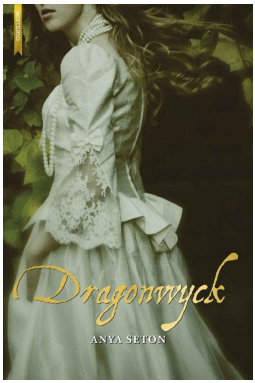
MISTERIO

Dragonwyck

ANYA SETON

© Gotch Photo Collection/Greenwich Library.
Cortesía de la Greenwich Library para esta edición.

Ann Seton nació en la ciudad de Nueva York y falleció en Greenwich. Era hija de Ernest Thompson Seton y de Grace Gallatin. Su cuerpo descansa en el cementerio de Putman, Greenwich. Varias de sus novelas han llegado a ser *best sellers* y dos fueron llevadas al cine: *Dragonwyck* (1944) y *Foxfire* (1950). Sus libros se han convertido en clásicos con el paso de los años. Entre los que alcanzaron mayor fama están *Catalina, Verde oscuridad* y *The Withorp Woman*.



La historia de una joven cansada de su vida y el misterio y que la espera en los magníficos pasillos de Dragonwyck.

Miranda Wells tiene dieciocho años y es la hija de un granjero en la América profunda. Está harta de batir mantequilla, de quitar las malas hieras del jardín y de que la pretendan jóvenes granjeros sin gracia. Por eso, al recibir la invitación de un pariente lejano en Nueva York, Nicholas Van Ryn, para que se mude a su casa, se entusiasma y lucha por convencer a su madre y, sobre todo, a su padre, para que le permitan ir. La oportunidad de vivir en Dragonwyck, una gran mansión, el magnetismo que el misterioso Nicholas ejerce sobre ella y su modo de vida le parecen un sueño.

Sin embargo, bajo las torres góticas de Dragonwyck, sus jardines en flor y las granjas de los arrendatarios se esconden terribles secretos: la riqueza de los que tienen mucho y la miseria de los que no tienen nada, la lucha entre la libertad y las costumbres feudales, y el amor, la violencia y la oscuridad que a veces se esconden tras una apariencia bien distinta.

Nota:
Dragonwyck fue publicado por primera vez en 1944 y su éxito fue tal que fue llevado al cine en 1946, con Gene Tierney en el papel de Miranda y Vincent Price en el de Nicholas. Es una historia que, como pocas, muestra cómo se hunde el orden feudal en el Nuevo Mundo y cómo sale a la luz uno nuevo, con el coste que ello conlleva.

Dragonwyck

Título original: *Dragonwyck*

Copyright © 1944 by Anya Seton Chase
Copyright renewed © 1971 by Anya Seton Chase

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com
Diseño de cubierta: Rasgo Audaz
Maquetación: Rasgo Audaz
Imágenes de cubierta: © Anna Mutwill/Arcangel Images
Imagen de la autora: © Gotch Photo Collection/Greenwich Library. Cortesía de la Greenwich Library para esta edición.
Conversión en epub: Books and Chips

Primera edición digital: enero de 2019

ISBN: 978-84-16973-66-8

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

ANYA SETON

Dragonwyck

Libros de seda

Desde el tiempo de mi niñez, no he sido
como otros eran, no he visto
como otros veían, no pude sacar
mis pasiones desde una común primavera.

No he tomado mi pena de la misma fuente;
no se despertaría mi corazón a la alegría
con el mismo tono;
y todo lo que quise, lo quise solo.

Entonces, en mi niñez, en el amanecer
de una muy tempestuosa vida, se sacó
desde cada profundidad de lo bueno y lo malo
el misterio que todavía me ata:
desde el torrente o la fuente,
desde el rojo peñasco de la montaña,
desde el sol que alrededor de mí giraba
en su otoño teñido de oro,
desde el rayo en el cielo
que pasaba junto a mí volando,
desde el trueno y la tormenta,
y la nube que tomó la forma
(cuando el resto del cielo era azul)
de un demonio ante mi vista.

Solo, de Edgar Allan Poe

Nota de la autora

La idea de esta novela surgió a partir de una noticia publicada en 1849 en el diario *New York Herald,* aunque los personajes principales son producto de mi imaginación. El contexto histórico, que incluye los últimos coletazos del señorío territorial, los enfrentamientos contra el pago de rentas a los terratenientes, la masacre de Astor Place y el desarrollo de los barcos de vapor como sistema de transporte, se basa en hechos reales, y he procurado presentarlo de una forma verídica, fiel a la realidad que se vivió en las fechas y lugares en los que tiene lugar el relato.

En los alrededores del río Hudson, la vida se desarrollaba tal como se describe en estas páginas, de hecho existía un lugar que presentaba ciertas semejanzas con la mansión que en la novela se llama Dragonwyck. La magnificencia neogótica, con todas sus oscuras e inquietantes manifestaciones, no quedaba limitada en aquella época a los castillos británicos ni a las haciendas sureñas.

Quiero aprovechar estas líneas para agradecer la paciencia y disponibilidad de los documentalistas de la Biblioteca de Greenwich y a todas las personas de Hudson, Albany, Kinderhook, Cornwall y demás pueblos a lo largo del río, por su amabilidad y ayuda durante mis investigaciones.

Estoy especialmente en deuda con el señor Carl Carmel, no solo por su libro *The Hudson,* que ha supuesto para mí un apoyo inestimable, sino también por su implicación e interés personal en el proyecto.

Capítulo 1

La carta de Dragonwyck llegó una tarde de mayo de 1844.

Uno de los chicos de la familia Mead la vio en la oficina de correos de Horseneck y, muy juiciosamente, se la llevó, siguiendo su camino habitual de regreso por la calle Stanwick, y la entregó en la granja Wells, que estaba a unos cinco kilómetros de distancia.

Cuando llegó la carta, Miranda no estaba haciendo —lamentablemente era ya una costumbre— ninguna de las tareas que debía realizar entre las dos y las tres.

No estaba en la casita junto al arroyo batiendo mantequilla ni cuidando la hierba del jardín y las plantas, ni siquiera echaba un vistazo de vez en cuando a Charity, la niña, que se había librado de la manta de una patada y mordisqueaba con deleite una brizna de hierba, encantada con aquel inesperado momento de libertad.

La joven se había escondido detrás del muro de piedra del pequeño cementerio familiar, cerca del campo de manzanos, el lugar más alejado de la casa dentro de los confines de la granja. Era su escondite favorito. Las siete tumbas, con las correspondientes lápidas grabadas, pertenecientes a la familia de su padre, no eran más que la morada de unos tranquilos y, por supuesto, silenciosos amigos. Incluso la pequeña lápida bajo el olmo gigante no tenía para ella nada de trágico, pese a las palabras grabadas: «Daniel Wells, hijo de Ephraim y Abigail Wells, fallecido el día 7 de abril de 1836 a la edad de un año», y al hecho de que se trataba de su hermano pequeño. Cuando ocurrió, Miranda tenía diez años, y en estos momentos solo se trataba de un recuerdo que la conmovía ligeramente.

Estaba acurrucada contra la pared, con la falda de color rojo cangrejo arrebujada por encima de las rodillas, lo que no era muy habitual. Una enorme oruga verde se deslizaba por el corpiño del vestido. La cálida brisa de mayo, con su aroma a flores de manzano

y a tréboles del campo cercano, hizo que el pelo le cayera sobre los ojos. Con cierta impaciencia, se apartó el mechón con una mano, con la otra seguía sosteniendo la novela *La bella adúltera,* devoraba con entusiasmo aquellas fascinantes páginas.

Las aventuras de la bella adúltera eran tan absorbentes que tampoco dejó de leer cuando una racha de viento más fuerte hizo que el sombrero de ala ancha que protegía su blanquecina piel del sol saliera volando y, pese a que la luz la alcanzó de lleno, pasando a través de las ramas del olmo, no se detuvo para volver a ponérselo. Para envidia de sus amigas, su piel era clara, muy blanca, también en parte gracias al tedioso tratamiento con crema de mantequilla y emplastos de pepino que a veces se aplicaba.

La novela en cuestión, *La bella adúltera,* se la había prestado Phoebe Mead, y tenía que devolvérsela antes de que cayera la noche, para que, a su vez, Phoebe pudiera devolvérsela a Deborah Wilson, quien la había hurtado de las alforjas de su hermano.

Pese a que Miranda tenía dieciocho años y había recibido una esmerada educación en la Academia para Señoritas de Philander Button, en Greenwich, y a pesar de la avidez con la que leía este libro y otros similares, seguía sin tener la más mínima idea de cuáles eran las circunstancias o las razones que podían llevar a una mujer a convertirse en una adúltera. De todas formas, en aquellos momentos eso no le importaba en absoluto. Lo que le importaba de verdad era la palpitante historia de amor que se describía en la novela. Héroes melancólicos, lánguidas heroínas, fantasmas que hacían un rechinante ruido al desplazarse, lúgubres castillos y luces sobrenaturales; y todo ello salpicado de vez en cuando por un beso tierno, consentido o robado, pero jamás culpable.

No escuchó la primera llamada de su madre. Solo se dio cuenta cuando el grito inicial «¡Ranny…!». Se convirtió en una exclamación mucho más vibrante y cercana al enfado: «¡Miranda! ¿Dónde te has metido, por el amor del Cielo?». En ese momento, se sobresaltó, la chica dio un brinco. Escondió el libro entre dos piedras de la irregular pared y se apresuró a responder.

—¡Ya voy, madre!

Se sacudió del vestido, lo más deprisa que pudo, las briznas de hierba y las flores de manzano y se recolocó la malla negra que durante las horas de trabajo envolvía sus cabellos suaves y rizados, que, al sol, eran tan dorados como los ranúnculos que salpicaban el cercano prado.

También recogió a Charity.

—¡Vaya, pequeña, estás mojada otra vez! —exclamó con tono de

reproche.

La niña se incorporó y soltó un gritito de angustia. Pese a que solo tenía un año, ya llevaba bastante mal que la riñeran.

Miranda se rió y le dio un beso en el cuello, que era muy suave y agradable al tacto.

—No te sulfures, chiquitina, que tu hermana mayor no está enfadada, aunque lo parezca. —No obstante, se le escapó un suspiro al repasar mentalmente todas las tareas que aún le quedaban por hacer antes de que anocheciera.

Le esperaba una montaña interminable de pañales que había que lavar y secar al sol, mucha mantequilla por batir y, lo peor de todo, un pollo que sacrificar, desplumar y desangrar para la cena de mañana, domingo. Miranda aborrecía esta tarea por encima de todas las demás. Le ponía enferma la simple visión de la sangre. Y aunque a su hermana y a sus hermanos les divertía mucho decapitar a las aves, como si fuera una especie de travesura consentida, Miranda siempre sentía náuseas al hacerlo. Tampoco le gustaba nada tener que meter la mano dentro para arrancar las viscosas entrañas.

Generalmente se pasaba más de diez minutos lavándose las manos y restregándose a conciencia los dedos, largos y delgados, tras realizar semejante actividad, algo que su padre, Ephraim, había observado con desaprobación una vez que la sorprendió haciéndolo.

—¡Eres una jovencita muy melindrosa, Ranny! —gruñó dirigiéndose a ella, además de fruncir el ceño hasta casi juntar las pobladas cejas—. El Señor, en su inmensa misericordia, nos ha concedido alimento abundante y pierde la paciencia con aquellos que se creen demasiado delicados como para mancharse las manos preparándola.

Ephraim siempre sabía qué era lo que nuestro Señor pensaba acerca de nosotros y de nuestros comportamientos, tanto o incluso más que el propio reverendo Coe.

Miranda dio por hecho que la llamada de su madre tenía que ver con el sacrificio del pollo y se dirigió hacia la casa despacio, cambiándose el peso de la niña de un brazo a otro y evitando mirar la zona vallada en la que la inocente víctima picoteaba el suelo, feliz e ignorante de su terrible destino.

Mientras caminaba distraídamente, se dio cuenta de que ya no había nadie en el campo de patatas del norte de la finca, lo que quería decir que su padre y sus tres hermanos habían terminado de trabajar allí antes de lo previsto, seguramente estarían ya en el campo más grande, en el del arroyo Strickland. También se dio

cuenta de que veía con más nitidez de la habitual el azul lejano y serpenteante del Sound, divisaba en el horizonte la arbolada línea púrpura de Long Island; esa claridad solía significar lluvia. Pero no se fijó en la apabullante belleza del paisaje campestre de Connecticut, con sus prados floridos, el campo verde oscuro y los olmos retorcidos recortándose contra el horizonte. La finca, la granja y la casa de seis habitaciones habían sido su hogar durante toda su vida, nunca se había alejado de él más de veinte kilómetros.

Cuando entró en la oscura cocina observó con alivio que en el delgado y todavía atractivo rostro de su madre no había enfado por la tardanza, ni siquiera fruncía los labios, gesto con el que metía prisa a sus hijos para que acometieran sin pérdida de tiempo sus tareas.

Abigail, que raramente se tomaba un descanso desde el amanecer hasta la noche, estaba sentada en una silla con el asiento de paja, mirando una hoja de papel desdoblada sobre la mesa de la cocina.

Levantó la cabeza al escuchar la llegada de su hija.

—Pasa algo muy extraño, Ranny, y no sé qué hacer al respecto. Tengo que hablar con tu padre para que tomemos juntos una decisión.

Miranda siguió la mirada de su madre y se fijó en el papel que había sobre la mesa.

—Es una carta, ¿verdad? —dijo en voz alta, con vivo y creciente interés. A la granja Wells no llegaban ni tres cartas al año—. ¿Puedo leerla?

—Supongo que sí —contestó Abigail—. Pero primero cambia a la niña, después amasa el pan mientras le doy de mamar. El tiempo siempre es escaso y no puede malgastarse.

La chica dirigió una mirada anhelante hacia la misteriosa carta, pero hizo lo que se le había ordenado. Mientras tanto, Abigail no paró de trajinar por la cocina, cortando lonchas de tocino con golpes secos y precisos y azuzando el fuego del horno en el que se iba a cocer el pan. Finalmente, se desabotonó el corpiño, agarró a la hambrienta niña y se sentó en la silla, baja y cómoda, en la que siempre le daba el pecho.

Una vez colocada la masa para hornear, Miranda agarró la carta. Primero examinó el sobre. El papel, grueso y suave, no le resultó familiar en absoluto, tampoco la letra, redonda y casi ilegible, sin ninguno de los historiados adornos para embellecer las mayúsculas que ella aprendió a hacer a duras penas en la academia. Allí, en el sobre, estaba la dirección:

A la atención de la señora Abigail Wells
Calle Stanwich
Horseneck (o Greenwich)
Connecticut

El matasellos decía simplemente: «Hudson, Nueva York», lo cual no le aclaró nada en absoluto a Miranda, que nunca había oído hablar de semejante lugar. Pero al dejar el sobre y sostener la carta entre sus manos le invadió una oleada de entusiasmo. Tuvo la intuición de que ese trozo de papel le iba a cambiar la vida y, aunque dicha intuición le resultaba placentera, también le produjo cierta aprensión. Leyó con impaciencia.

Dragonwyck, 19 de mayo de 1844

Querida prima Abigail:

Aunque no nos conocemos, como sin duda sabe, somos parientes, pues teníamos una abuela común, Annetje Gaansevant.

Tras hablar sobre el asunto a fondo, mi esposa y yo hemos tomado la decisión de invitar a una de sus hijas a nuestra casa para una estancia prolongada. Naturalmente, estamos en condiciones de ofrecerle muchas ventajas, de las que muy posiblemente no podría disfrutar en su situación actual. A cambio, y si le apetece, podría dar clases de vez en cuando a nuestra hija de seis años, Katrine, aunque, por supuesto, siempre sería tratada como una pariente, en ningún caso como sirviente ni institutriz.

He realizado averiguaciones y he tenido el placer de comprobar que tanto usted como su marido gozan del respeto y el aprecio de su pequeña comunidad vecinal. Le ruego que sea tan amable de informarme, tan pronto como sea posible, de cuál de sus hijas ha elegido, y yo me encargaré de todos los preparativos para su viaje a Dragonwyck.

Créame, señora, que se trata de una gran oportunidad.

Sinceramente, se despide de usted su primo y amigo.

Respetuosamente suyo,
Nicholas Van Ryn

Miranda leyó la carta dos veces y, asombrada, se volvió hacia su madre.

—Madre, no tengo la menor idea de lo que significa esto. ¿Quién es ese tal Nicholas Van Ryn?

—Pues creo que se trata de un personaje muy importante —contestó Abigail con una media sonrisa—. Posee una gran mansión al lado del río Hudson, no muy lejos de Albany.

—¿Y es su primo? —insistió Miranda, todavía más sorprendida.

—Eso parece —replicó secamente Abigail—. Recuerdo que mi madre me habló alguna vez de los Van Ryn, aunque dejé de pensar en ellos hace muchos años. Tráeme la Biblia Patterson.

Miranda se acercó rauda a la estantería en la que su padre guardaba su voluminosa Biblia.

—No, hija, esa no. —La detuvo Abigail—. Esa no tiene ninguna anotación mía. Me refiero a la que me traje al casarme con tu padre. Está en el ático, al lado del mosquete de tu abuelo y el cuerno de pólvora.

Cuando Miranda bajó el enorme volumen de cantos dorados, ambas se pusieron a revisar las notas que había entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

La cosa estaba bastante clara. Annetje Gaansevant, del condado de Rensselaer, en Nueva York, se casó en 1779 con Adriaen Van Ryn, dueño de la hacienda Van Ryn, y le dio un hijo, de nombre Cornelius, que debía de ser el padre de Nicholas. Después, tras la muerte de Adriaen Van Ryn, Annetje se casó de nuevo con un norteamericano de Connecticut, de apellido Patterson, y tuvieron un montón de hijos. La mayor había sido la madre de Abigail.

—Así que la abuela del tal Nicholas fue también mi bisabuela —concluyó Miranda—. No podía imaginarme que tuviera unos parientes tan importantes. —Se miró las manos, que eran muy pequeñas. Siempre había pensado que tenían algo de aristócrata, y le agradaba poder confirmar sus suposiciones, al menos en cierto modo.

—No llevas ni una gota de la sangre de los Van Ryn —gruñó Abigail—. Así que no tienes por qué pavonearte, ni siquiera un poco. Solo hay conexión a través de los Gaansevant, que eran granjeros holandeses, exactamente igual que nosotros. Y mejor que sea así, los Van Ryn siempre han sido raros y un tanto salvajes, así que, pese a su dinero, sus tierras y sus elegantes maneras me temo que guardan bastantes secretos inconfesables en el arcón.

—¿De verdad, madre? ¡Qué increíblemente romántico! —exclamó Miranda, a quien le brillaban intensamente los ojos, que

eran del color de la avellana—. ¡Cuéntame más cosas, por favor!

Abigail cambió de brazo para sostener al bebé.

—Seguro que sabes algo más sobre ese tal Nicholas, que es quien firma la carta. Supongo que será un hombre mayor. Es una pena que su nombre no aparezca en las notas de tu Biblia.

—Bueno, supongo que es de mediana edad —dijo Abigail—. Más o menos como yo. Y no sé nada sobre él, salvo que es el dueño de toda la hacienda, enorme al parecer, y que hace cuatro años, siendo presidente Van Buren, visitaba la Casa Blanca con bastante asiduidad. De eso me enteré por los periódicos.

—¡Oh, madre! —balbuceó Miranda, que casi había perdido el aliento—. ¡Qué persona tan importante! —Pensó durante un momento en lo que le había contado su madre—. Pero no has dicho nada acerca de la carta. De su invitación, quiero decir. ¡No sabe lo feliz que me haría aceptarla! —exclamó, al tiempo que aplaudía con un gesto inusualmente infantil para su edad.

—Ya, pero en el caso de que aceptáramos enviar a una hija, lo cual no me parece probable, ¿por qué tendría que tratarse de usted, señorita? —preguntó Abigail, torciendo ligeramente los labios en una mueca burlona—. ¿Por qué no podríamos enviar a Tibby?

Miranda frunció el ceño. Tabitha tenía solo dieciséis años, y estaba en la academia, terminando el último curso. En realidad, no había ningún motivo para que no pudiera ser la elegida, salvo por el hecho de que Miranda no podría soportarlo.

—A Tibby no le apetecería ir —contestó, intentando hablar despacio y con tranquilidad—. No es como yo. Ella no quiere… —Se interrumpió. No podía explicar, sin meterse en problemas, que a Tabitha no le gustaba leer novelas románticas ni suspiraba por un gran amor, por cambiar su modo de vida, por vivir aventuras. Es decir, lo contrario a ella. Tibby realmente disfrutaba cocinando, lavando y ocupándose de las tareas caseras, su aspiración en la vida era establecerse en la granja vecina, tras casarse con el joven Obadiah Brown, seguramente para tener un montón de niños lo antes posible. Ella era diferente. En verdad lo era, pensó Miranda con pasión.

Abigail observaba a su hija, parecía que podía leerle el pensamiento, se dibujaba en su expresión. Aunque no lo admitiera jamás, su hija mayor era la preferida de su corazón. Disfrutaba secretamente de su belleza delicada y frágil, incluso de su forma de comportarse, refinada y distinta a lo habitual. En su opinión, era muy semejante a las criaturas exquisitas que aparecían en *El libro para damas* de Godey: figura grácil y ligera, nariz pequeña y labios

llenos y expresivos. Fingía no darse cuenta de con qué afán se protegía de la luz del sol, para que esta no afectara a la blancura ligeramente rosada de su piel, exactamente igual que lo haría una dama de la alta sociedad neoyorquina. Y también entendía los inquietos sueños de la joven respecto a su futuro. Abigail también los había tenido en su momento, antes de casarse con el siempre responsable Ephraim, tras lo cual su vida se convirtió en un inacabable y monótono trasiego de trabajo y cuidado de niños.

—Bueno, pues siguiendo tu tónica habitual de falta de reflexión antes de hablar, voy a completar tu frase: tú si quieres ir —dijo con agudeza—. No te paras a pensar si estoy en condiciones de prescindir de ti ni en lo mucho que podrías echar de menos a tu familia viviendo tan lejos.

Algo afligida por las palabras de su madre, Miranda miró hacia arriba. Cruzó rápidamente la habitación y agarró a su madre por los estrechos hombros, apoyando la mejilla sobre su pelo castaño, que ya empezaba a mostrar algún que otro mechón grisáceo.

—¡Oh, querida madre, por supuesto que os echaría de menos! Lo que pasa es que… parece ser una magnífica oportunidad, casi imposible de que se repita.

Abigail sonrió con cierto desaliento, y Miranda tuvo muy claro en ese mismo momento que, independientemente de que a ella se le permitiera o no aceptar la invitación de Dragonwyck, Tabitha no iría en ningún caso.

Su madre se irguió, se abrochó el corpiño y colocó a la niña, ahora saciada y dormida, en la cuna. Agarró la piedra de arenisca y la pasó por la superficie de madera de roble de la mesa para limpiar y alisar una zona manchada.

—Vamos a dejar de hablar de este asunto por ahora. Date prisa y mata al pollo blanco pequeño. Los demás están creciendo bien, ese nos servirá. —Miró al reloj de pared Seth Thomas del que tan orgullosa se sentía—. Llevamos mucho trabajo atrasado. Los hombres van a llegar de trabajar antes de que la cena este siquiera a medio preparar.

Después de la cena y dado que la noche de mayo era muy cálida y agradable, la familia se reunió en el salón para la lectura de las Sagradas Escrituras y las oraciones correspondientes.

Como siempre, Ephraim se sentó en el sillón Windsor, cerca de la mesa central de madera de cerezo. Tenía la Biblia ante él y el dedo índice estirado y listo para seguir los renglones. No le temblaba ni un pelo de la barba, esperaba sin mover los ojos a que todos estuvieran quietos y prestando la debida y respetuosa

atención. No faltaba nadie, como siempre: su esposa y sus cinco hijos mayores, todos sentados en sillas rígidas, formando una línea recta casi perfecta. Solo el bebé, que no paraba de hacer ruiditos en la cuna, junto al fuego de la cocina, estaba exenta de asistir a la reunión familiar.

Junto a Abigail se sentaba Tom, el mayor. Era serio y responsable y, pese a que solo tenía veinte años recién cumplidos, parecía un doble de su padre, al que admiraba profundamente.

Seth y Nathaniel, los otros dos chicos, tenían catorce y doce años respectivamente, y dirigían miradas de anhelo a la ventana, preguntándose si, tras el rezo familiar, aún habría luz suficiente para jugar un rato con los hermanos Reynolds. De todas maneras, tenían muy claro que no debían moverse. Hacerlo ya les había costado más de un golpe con la vara de madera.

En el otro extremo de la fila, al lado de Martha, se sentaba Tabitha. Tenía las manos juntas y recogidas en el regazo, y la expresión de la cara, rolliza y pecosa, era adecuadamete piadosa.

Miranda era la única que no podía concentrarse. Sabía que Ephraim ya había leído la sorprendente carta, pero también era consciente de que no se hablaría de ella hasta la conclusión del rezo familiar.

Llevaba quince años asistiendo a esta ceremonia diaria, desde que tenía tres, y calculaba que ya había escuchado todos y cada uno de los pasajes del libro sagrado unas seis veces como poco y, a pesar de que Ephraim leía muy bien, entonando adecuadamente las frases y poniendo el énfasis necesario en las palabras, hacía ya bastante tiempo que había conseguido perfeccionar un método para seguir sus propios pensamientos, de los que solo se apartaba para decir junto a los demás el consabido «amén» cada vez que finalizaba uno de los capítulos.

Pese a todo, algunas veces se dejaba atrapar por la poesía y la intensidad de la palabra de Dios. De hecho, ciertas frases se adecuaban a lo que pensaba cuando soñaba despierta. Y eso era precisamente lo que estaba ocurriendo en aquel momento, pese a su preocupación por la carta que habían recibido desde Dragonwyck… o quizá precisamente debido a ella.

Ephraim estaba leyendo el capítulo veintiséis del Libro de Ezequiel, y ciertos versos que, en principio, no tenían por que significar nada para ella, al menos conscientemente, captaron su atención. Tenían la potencia y la capacidad de abrirse camino entre la niebla de la tierra encantada a la que la había llevado su imaginación.

—«Entonces todos los príncipes de la mar descenderán de sus sillas y… se vestirán, se sentarán sobre la tierra, y temblarán a cada momento» —decía Ephraim con voz tranquila y cadenciosa. La verdad es que no tenía demasiado sentido, pensó Miranda, pero en cierto modo las palabras eran bellas y misteriosas.

Ephraim bajó el tono, convirtiéndolo en amenazante.

—«¿Cómo pereciste tú, poblada en los mares, ciudad que fue alabada, que fue fuerte en la mar, ella y sus habitantes, que inculcaban espanto en todos sus moradores?».

Se estremeció ligeramente, invadida por una extraña sensación. No se atrevió a moverse, pero sus ojos recorrieron la habitación de la casa familiar. Allí estaba la amplia chimenea, que pocas veces se encendía, con varios candelabros colocados sobre la repisa. En una de las paredes, inmaculadamente pintadas de blanco, colgaba el muestrario de bordados que en su momento realizó la abuela Fisher, y los retratos silueteados de su padre y de su madre, que se realizaron el mismo día de su boda.

Buena parte del suelo de madera de roble estaba cubierto por las alfombras de lana que Tabitha y ella misma habían tejido durante innumerables, interminables y oscuras tardes de invierno. Más allá, en la ventana que daba al oeste y por la que se podían ver los últimos y rojizos rayos del sol vespertino, se distinguía perfectamente que uno de los paneles estaba astillado a causa de un golpe con una bola de nieve lanzada hacía ya mucho años por Tom, con un evidente exceso de entusiasmo.

Todo era familiar y aburrido. ¿Qué tenía que ver aquello con «príncipes del mar, ciudades alabadas, espanto y temblores»?

—«De fino lino bordado de Egipto… de cárdeno y grana de las islas de Elisah»… —entonaba Ephraim, que hacía ya un rato había pasado al capítulo siguiente— «… de Seba y de Raama fueron tus mercaderes: con lo principal de toda especiería y toda piedra preciosa y todo oro dieron en tus ferias».

Miranda sintió un agudo anhelo. Se imaginó que la vestían de lino finamente bordado en Egipto, en una habitación de mármol, y hasta creyó oler las exóticas especias y captar la belleza del oro y de las piedras preciosas. Volvió la vista hacia los rostros de sus padres, sus hermanos y sus hermanas, que no mostraban la más mínima emoción. ¿Cómo era posible que escucharan todo eso con tanta calma? ¡Hasta la Sagrada Biblia admitía que el mundo estaba lleno de misterio, de belleza, de maravillosos aromas y de lujo! ¿Cómo podían conformarse con ropa hecha en casa y siempre sudorosa, con el constante olor a establo y corral, y con patatas y cebollas en

vez de oro y piedras preciosas? Y es que en la habitación dominaba un intenso olor a cebollas. Los chicos llevaban arrancándolas casi desde el amanecer, y los brotes, verdes y blancos, yacían pulcramente apilados en el exterior de la cocina, esperando al anochecer, momento en el que Tom los trasladaría al carro para llevarlos a los muelles de Mianus, donde embarcarían para ser transportados hasta Nueva York.

Reaccionó prácticamente al mismo tiempo que los demás y cayó de rodillas, un instante después de que su padre cerrara la Biblia y empezara a rezar.

Siempre se dirigía al Señor como si estuviera dando cuentas de sus progresos a una especie de respetado y omnipotente patrón. Repasaba las faltas y debilidades de cada uno de los miembros de la familia, incluso las suyas propias, aunque eso solo lo hacía de vez en cuando. También, de vez en cuando, hacía referencia a algún logro digno de encomio. La receptora habitual de los elogios era Tabitha, y siempre, siempre, terminaba con un ruego íntimo de guía y consuelo. Pero aquella noche añadió algo inesperado.

—Hoy, Señor, ha surgido un asunto ante el que no sé exactamente cómo actuar —dijo Ephraim—. Te rogamos que nos alejes del deslumbramiento que causa en los mortales la atracción de la carne. —En aquel momento dirigió una rápida mirada a Miranda—. Y aléjanos también de cualquier actitud de arrogancia y orgullo falso. —Esta vez su mirada se clavó en los ojos de su esposa.

Para Miranda, la situación había quedado clara como el agua. Su padre no aprobaba la propuesta de la carta. La invadió una abrumadora sensación de decepción, que no desapareció con las últimas palabras de Ephraim.

—En todo caso, Señor, se hará Tu voluntad, y lo que sea que decidas respecto a los que te servimos lo acataremos con lealtad. Bendícenos y líbranos de todo mal durante esta noche. Amén.

La voluntad de Dios solía coincidir con la de su padre, pensó Miranda acaloradamente. Durante las horas transcurridas tras leer la carta, la invitación había pasado de ser una magnífica posibilidad a convertirse en una obsesión. Ese fantástico nombre, Dragonwyck, la había hechizado. Lo repetía una y otra vez para sí misma, como si así pudiera atraerlo hacia ella y hacer realidad lo que ya era su sueño más deseado.

Ephraim se levantó por fin, y Miranda se animó ligeramente porque, al parecer, al menos se iba a hablar del asunto. Lo normal era que, tras la oración nocturna, su padre se dirigiera a su escritorio de madera de cerezo para realizar las anotaciones

pertinentes en el cuaderno de contabilidad de tapas de cuero: número de fanegas de patatas recogidas en el campo del norte, cantidad de cabezas de repollo, quintales de guisantes; costes de transporte, precio de venta al por mayor en Nueva York. Ni un solo penique, ni un solo gramo escapaba a sus prolijas anotaciones. Al final, sus ojos, que tan bien veían en la distancia, solían parecer algo turbios tras el minucioso trabajo. Pero esta vez se quedó de pie junto a la mesa.

—Abby y Ranny, quedaos aquí, que tengo que hablar con vosotras. Tom, lava las cebollas y después échale un vistazo a Whiteface. Me da la impresión de que se está enfriando. Tibby, ¿crees que ese muchacho, Obadiah, va a venir a rondar por aquí otra vez esta noche?

Tabitha bajó los ojos y su redonda cara se puso roja como un tomate.

—¡Oh, padre! —dijo en un fingido tono de horror—. No tengo la más mínima idea acerca de sus planes y, en todo caso, no alcanzo a entender en qué podrían concernirme.

En los ojos de Ephraim brilló una contenida alegría.

—En todo caso, si finalmente apareciera, podéis sentaros en los escalones, de forma que tu madre pueda veros en todo momento. De todas maneras, debo decir que Ob es un chico muy formal y que tú no eres una chica voluble.

—Gracias, padre —dijo Tibby, lanzando una miradita de complacencia a su hermana bajo las espesas pestañas. Tabitha sabía perfectamente que su devoción y entrega a las tareas hogareñas complacía mucho a su padre, y que nunca le causaba ningún problema de ansiedad, todo lo contrario que Miranda.

Seth y Nat no esperaron a saber si su padre tenía alguna orden para ellos, salieron en estampida por la puerta y echaron a correr en dirección a la granja de los Reynolds.

Ephraim se volvió a sentar y, con un gesto de la mano, indicó a su esposa y a Miranda que hicieran lo mismo. Inmediatamente, sacó del bolsillo la carta de Van Ryn.

—Esta carta no me gusta nada —afirmó con gravedad—. Y, la verdad, no creo que mereciera la pena siquiera hablar de ella, si no fuera porque vosotras dos, estúpidas mujeres, ya la habéis leído, y Abby considera que es importante. —Miró a su esposa frunciendo el ceño—. Tengo muy claro que solo hay una respuesta posible a la petición.

Eran muy raras las ocasiones en las que Abigail discrepaba de la opinión de su marido, siempre acataba sus decisiones. Pero, esta

vez, apretó la boca con expresión firme.

—Sí que es importante, Ephraim —afirmó—. El señor Van Ryn es primo mío y, en mi opinión, su oferta es muy generosa. Creo que sería muy bueno para Ranny tener la oportunidad de vivir durante un tiempo en una gran hacienda y aprender algo sobre el mundo que hay más allá de esta granja.

Miranda le lanzó a su madre una mirada de gratitud.

—A mí me gustaría ir, padre —dijo con tono tranquilo, pues sabía que la manifestación de las emociones siempre le molestaba.

—Tu opinión al respecto no tiene la menor importancia, señorita —gruñó—. Siempre estás ávida de conocer cosas nuevas y absurdas. Pese a tu edad, sigues sin tener el más mínimo sentido común. Solo deberías pensar en ayudar a tu madre, hasta que te casaras con alguno de tus pretendientes. Hace meses que cumpliste los dieciocho y deberías plantearte la idea de casarte. No sé qué es lo que pasa contigo. Por ejemplo, Zach Wilson sería un buen partido y está claro que le gustas. ¡Y mira cómo lo tratas! —De repente, Ephraim se puso muy colorado y dio un golpe en la mesa con la mano abierta. Miranda dio un respingo y se le cayó el alma a los pies. Sabía perfectamente qué era lo que venía a continuación.

—Te he visto y escuchado muchas veces —graznó Ephraim—, alejándote de él y alzando la nariz al aire: «¡Oh, Zach, no te acerques tanto! Hueles a establo». «¡Oye Zach, deja de tocar con la flauta esa canción tan vulgar y pueblerina! ¿Por qué no tocas una balada de amor?». ¡Puaj! No me sorprende que se haya hartado de tus maneras tan cursis y que esté cortejando a la chica de los Mead.

Miranda se removió, incómoda. El interés de Zach por ella y su negativa a que la cortejara había sido objeto de discusión y riñas durante semanas.

Nunca le había gustado Zach. Tenía el pelo áspero, naranja como una zanahoria, y unas manos regordetas; su idea de mantener un romance parecía consistir en escaramuzas que casi parecían peleas en rincones oscuros, un beso lleno de babas en la mejilla y, en una ocasión, un pellizco, que encima le dolió, en esa parte del cuerpo que, incluso para sí misma, Miranda denominaba simplemente como «la que sirve para sentarse». Lo cierto era que, si tenía que ser sincera, todos y cada uno de los hijos de sus vecinos solo despertaban en ella desagrado, lo cual le hacía sentirse culpable ante sus padres.

Para ella resultaba amargo saberse distinta de las demás. Muchas veces se había obligado a participar en los bailes de la plaza y también a montar a caballo. Ambas cosas les resultaban muy

divertidas a sus amigas, así como hablar con falso desprecio de los chicos, y Miranda lo hacía para no defraudarlas, para que no la dejaran de lado.

—Por lo que se refiere a esta carta —continuó Ephraim, volviendo a retomar el asunto principal—, creo que su tono general es ofensivo. Este pariente tuyo tan distinguido, Abby, nos escribe como si considerara que está a la altura del rey de España. Me pregunto qué derecho tenía a realizar «averiguaciones» acerca de nosotros, ni por qué osa pensar que yo me sentiría muy halagado por tener la oportunidad de enviar a vivir con él durante un tiempo a una de mis hijas.

—Estoy segura de que no pretende ser arrogante, en absoluto —aclaró Abigail rápidamente—. Es tan solo que la gente de clase alta se explica de otra manera.

Miranda se dio cuenta de inmediato de que su madre había cometido un error.

—¡Ah, por supuesto! —contestó Ephraim ásperamente—. ¿Y desde cuando, señora, sabe usted cómo se explica la gente de clase alta? Y, a propósito de eso, ¿desde cuándo hay en este país «clase alta» o «nobleza» o como quieras llamarlos, si todos somos libres e iguales? Un granjero norteamericano es tan bueno, incluso yo diría que hasta mejor, que muchos de los «nobles» que viven en este país. No voy a volver a hablar de este asunto —zanjó, guardándose la carta en el bolsillo—. De hecho, voy a sentarme para contestarla.

—¡Oh, padre, por favor! —Miranda se movió rápido y agarró a Ephraim por el brazo—. Padre, escuche… —Hablaba casi sin aliento y con evidente desesperación—. Tengo el presentimiento de que… de que debo ir. Durante la lectura de las Escrituras de esta noche, sentí algo así como un mandato, se lo aseguro. No lo sé explicar mejor porque es la primera vez que me ocurre algo parecido. Pero creo que el Señor lo quiere así. Al menos haga una prueba, padre, por favor, y mire a ver qué ocurre.

Las palabras de su hija hicieron que Ephraim se detuviera a mirar el rostro de su hija, que estaba completamente turbado.

—¿Me dices la verdad, hija? Habla con el corazón.

Miranda asintió con convencimiento. Por la mente de Ephraim pasó por un momento la idea de que la chica, que normalmente le parecía demasiado pálida y delgada para ser considerada bella, poseía en realidad un delicado encanto.

—Muy bien, puedes realizar una prueba —dijo su padre con voz más suave, y le tendió la Biblia.

Miranda soltó un suspiro de alivio. Todavía había un hilo de

esperanza. La prueba del texto de la Biblia solo se utilizaba en momentos de crisis en los que el consejo del Señor era urgente y decisivo. El resultado siempre se consideraba, sin excepciones, como la voluntad real de Dios.

Puso las manos sobre el grueso volumen y rezó con fervor para que el resultado fuera el que ella deseaba. Si el Señor deseaba que fuera a Dragonwyck, sin duda, enviaría una señal. Pero, por si acaso, sin dudarlo ni por un momento, ella también haría su pequeña contribución. Y es que Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos. ¿No había dicho eso mismo Ephraim montones de veces?

Bajo la atenta mirada de Abigail y Ephraim, recordó varios pasajes del libro sagrado. Hasta que concluyó cuál era el que más le convenía. ¡Agar, por supuesto! Y no resultaría difícil dar con la página, ya que la historia de Abraham era una de las favoritas de Ephraim.

Cerró los ojos, como era obligado para realizar la prueba, abrió el libro, le echó una mirada furtiva y rápida a través de las largas pestañas y colocó la punta del dedo índice sobre un versículo. Después le devolvió la Biblia a su padre, que se aclaró la garganta y empezó a leer.

—«Al día siguiente, Abraham se levantó de madrugada, tomó un pan y un odre de agua y se los dio a Agar, poniéndoselos sobre el hombro. Luego le entregó a su hijo y la despidió. Agar partió y anduvo errante por el desierto de Berseba».

Ephraim dejó de leer y miró con suspicacia a su hija, que le sostuvo la mirada con mucha calma. Después de todo, el Señor había enviado una señal.

—No se ajusta demasiado a lo que tenemos entre manos —dijo Ephraim de mala gana—, aunque sí que parece tener cierto significado. Pensaré en ello esta noche y rezaré al Señor para que me ilumine.

La esperanza anidó en el ánimo de Miranda. Sabía que, durante la noche, Abigail se las apañaría para llevar a Ephraim a la conclusión que su madre también deseaba. Además, y de momento, lo importante era que la decisiva carta de rechazo no se escribiría aquella noche.

Sintió la urgencia de salir de la casa, cuya atmósfera se había vuelto sofocante para ella, y pasear al fresco del crepúsculo. Evitó pasar por los escalones en los que Tabitha estaba sentada, charlando con Obadiah; no obstante, escuchó la risa nerviosa y aguda de su hermana y algún murmullo de coqueta protesta.

Se tumbó cuan larga era en la hierba bajo un manzano,

observando el lucero del alba, que también lo era del crepúsculo. Y se quedó allí quieta, mirando el cielo y pensando en viajar a lugares lejanos. A Nueva York, por ejemplo. Se imaginaba vagamente la ciudad como un lugar lleno de torres y castillos, llenos de damas con vestidos de seda y de caballeros serios y románticos. Quizá alguno de ellos se prendara de ella, aunque probablemente no se atrevería a responder a sus requerimientos. Puede que tuviera que dejar caer un pañuelo, como Esmeralda, la protagonista de *La rosa abandonada,* que hizo que él se inclinara a recogerlo y se lo devolviera con una reverencia, de forma que la mirada que cruzaron reveló sin la más mínima duda el deseo de sus respectivas almas.

Todo lo que pensaba y sentía era confuso e informe, pero fascinante.

Capítulo 2

A la carta de aceptación de Ephraim, severa y directa, le siguió una rápida respuesta en la que se incluían pormenorizadas instrucciones para el viaje de Miranda a Dragonwyck. Así, a las tres de la mañana del lunes, catorce de junio, la chica se despertó al sentir que le tocaban suavemente el hombro. Abrió los ojos inmediatamente y vio a su madre, de pie junto a la cama y con una palmatoria en la mano.

—Es la hora, querida —dijo Abigail, el trato tan cariñoso de su madre hizo comprender a la chica la importancia de lo que iba a ocurrir ese día: se marchaba de su casa, abandonaba la ordenada seguridad familiar, dejaba de contar con el apoyo constante y directo de esta tranquila mujer, en cuyo amor y comprensión siempre se apoyaba de manera instintiva. «¿Y si le ocurriera algo a madre?», pensó Miranda, sintiendo un súbito terror, que también incluía la posibilidad de que cualquier otro miembro de su familia sufriera una desgracia. Si así fuera, pasarían muchos días hasta que se enterara y pudiera acudir.

Apoyó los pies descalzos sobre el suelo, al borde de la cama, y miró a Abigail.

—Quizá no debería marcharme —dijo despacio—. Podría pasar algo, y me necesitarías. ¡Oh, madre, la voy a echar muchísimo de menos!

Sus palabras despertaron a Tabitha, que bostezó antes de hablar con gran sentimiento.

—No te preocupes por madre, Ranny. No me importa ocuparme del trabajo extra, lo puedo hacer.

Su madre sabía que lo que decía era verdad. Tibby no solo podía ocuparse del trabajo de Miranda, sino que lo haría bastante mejor que ella. Miranda tenía muchos defectos, con respecto a esos temas y a otros: era superficial, inconstante e incluso perezosa. Se

preocupaba demasiado por las cuestiones terrenales y, como decía constantemente Ephraim, era muy melindrosa; Tabitha resultó ser todo lo contrario, lo venía demostrando prácticamente desde que tenía seis años: siempre hacía lo que debía y lo hacía bien. Nunca había que ordenarle nada dos veces. Incluso, en ciertos casos, ni siquiera una.

Abigail se preguntó por qué, siendo así las cosas y teniendo en casa un modelo perfecto de lo que debía ser una hija siempre cumplidora y obediente, no sentía por ella ese entrañable y conmovedor apego que la sola visión de Miranda le producía. Siempre tenía que reprimir las ganas de acariciarle el pelo de dorados rizos y de apretarle la cabeza contra el pecho, como solía hacer hasta hacía relativamente pocos años.

—Tonterías —se limitó a decir, colocando la palmatoria sobre la mesita de noche—. Por supuesto que vas a marcharte, Ranny. No empieces con tus bobadas melancólicas. Has conseguido lo que deseabas, así que disfruta de ello.

La chica no podía negar tal afirmación, así que no respondió. De todos modos, la voz de su madre, aunque algo brusca, le resultó reconfortante.

Miranda se vistió rápidamente. Se puso el vestido de ir a la iglesia, que era de color marrón y lana merina. No hubo forma de reunir dinero para un vestido nuevo, pero había hecho lo posible por mejorar este por medio de una pañoleta blanca, además de estirar y adecentar las enaguas para darle empaque y adornar la parte baja de la falda con unos miriñaques bastante pasables, con forma de campana. Sujetó la pañoleta con un precioso broche, que era la única joya que poseía. Se lo habían regalado el día que cumplió trece años, cuando aún estaba convaleciente de la escarlatina. El borde era de oro de verdad, la base de cristal, y lo completaba un adorno en forma de rosa, formado con trocitos de cabello de todos los miembros de la familia. El recio, rizado y negro mechón de Ephraim se mezclaba con el más lacio y castaño claro de Abigail y los más rojizos o rubios, de distintos tonos, de sus hermanos pequeños y del mayor. Lo había fabricado un joyero de Stanford por encargo de su padre, y Miranda estaba muy orgullosa de él. Lo cierto es que armonizaba con el vestido, y era casi tan elegante como su sombrero, que sí que era nuevo de verdad.

La sombrerería The Misses Lane, de Cos Cob, había confeccionado el sombrero después de muchas consultas a revistas de moda, aunque finalmente se basaron en un modelo de la única copia que tenían de la revista francesa *La Mode à Paris*. Estaba

hecho con paja natural entremezclada con tiras de satén, pero en lugar de las plumas de avestruz que aparecían en la ilustración, lo adornaron colocando una rosa roja de algodón a cada lado. El dinero de la venta de huevos que se había utilizado para costear el sombrero no daba para algo tan exótico como unas plumas de avestruz.

Miranda se ató bajo la barbilla los cordeles que sujetaban su extraordinaria adquisición, se echó una mirada en el cuarteado espejo y, finalmente, se volvió hacia su madre buscando su aprobación.

Abigail pensó que estaba muy guapa.

—Yo creo que el sombrero es un poco cursi, pero no está mal —dijo con su habitual brusquedad—. Toma el chal, di adiós a los niños y date prisa. Creo que he oído a Tom preparar el carro.

Miranda agarró la cesta de viaje, que había fabricado el viejo Hardy, el último indio Sinawoy que todavía vivía en el bosque de Stanwich. La cesta estaba muy bien hecha, era amplia y resistente y, desde luego, más que adecuada para su escaso equipaje. Después se inclinó hacia Tabitha, que estaba otra vez medio dormida.

—Adiós, Tibby.

Tabitha se incorporó y ambas hermanas se besaron con ternura, olvidándose en ese momento de sus pequeñas peleas y diferencias.

Los hermanos pequeños, Seth, Nat y el bebé, no se despertaron cuando Miranda los besó, pero a ella se le llenaron los ojos de lágrimas, como un preludio de la nostalgia que iba a sentir cuando estuviera lejos.

Afortunadamente, durante la siguiente media hora no tuvo demasiado tiempo para emocionarse. La barcaza comercial que iba a Nueva York salía de Mianus a las cinco y debían llegar al puerto con tiempo suficiente para descargar el carro y subir a bordo la carga y el equipaje.

A las cuatro en punto, justo en el momento en el que las primeras luces del alba asomaban por la distante elevación de Palmer Ridge, Miranda trepó al carro y se sentó al lado de su padre. Tom, que los acompañaba para llevar el carro de vuelta a la granja, se acomodó en la parte de atrás, encima de un gran saco de patatas. Ephraim azuzó al buey y partieron, sin más muestras de emoción por parte de nadie.

Miranda agitó la mano en dirección a su madre, cuya figura se volvía cada vez más pequeña, apenas podía distinguirla con la escasa luz del amanecer, y pensó en las cosas que le tenía que haber dicho, como por ejemplo: «Madre, escribiré a menudo. Si me

necesitan, volveré de inmediato. Se lo ruego, querida madre, no trabaje demasiado, ¿de acuerdo? Y cuídese, por favor».

Pero no lo dijo, ni eso ni otras cosas. Por su parte, Abigail se limitó a pronunciar tres frases.

—Pórtate como debes. Haz lo que te pidan el señor y la señora Van Ryn y sé útil para ellos. Y, por favor, cuídate.

Miranda tragó saliva y el paisaje, tan familiar, se volvió borroso. El carro empezó a subir y bajar por la carretera de Catrock, ascendiendo y descendiendo las colinas pedregosas, y después los frenos chirriaron con fuerza cuando empezaron a bajar la acusada pendiente que conducía al valle del río Mianus. Un montón de carros, procedentes de las granjas de los alrededores, esperaban para pasar el peaje del puente de Dumpling Pond. Isaac Taylor, que conducía el carro situado junto a ellos, saludó cordialmente a Ephraim y después se quedó mirándola un tanto sorprendido.

—¿Vais a alguna parte, amigos? —preguntó—. ¿Cómo es posible que una joven esté tan arreglada a estas horas de la madrugada?

—Ranny y yo nos vamos a Nueva York en la barcaza —contestó Ephraim asintiendo—. Ella va a ir a visitar a unos parientes de su madre que viven junto al Hudson.

—¡No me digas! —exclamó Isaac, soltando un silbido—. Procurad no perderos en la gran ciudad. La última vez que fui, en el año treinta y nueve, estuve a punto de volverme loco con tanto coche de caballos, siempre entre diligencias, carros privados y de punto, calles estrechas que se entrecruzan y serpentean y montones de vendedores ambulantes que te meten su mercancía por los ojos. ¡No sabes lo que me alegré de volver a la tranquilidad de casa! Nunca has estado allí, ¿verdad, Ephraim?

—No —respondió su padre secamente, con los ojos fijos en los sacos de patatas y de cebollas que Tom estaba cargando en la barcaza.

—La verdad es que hay un montón de estafadores —continuó Isaac—. Un tipo con una cadena de oro y vestido con un traje que parecía de seda intentó venderme el edificio del Ayuntamiento. ¡Me pidió unos cientos de dólares a tocateja y el resto en cómodos plazos mensuales! Le dije que no había nacido ayer y que hacía falta ser bastante más avispado para tomar el pelo a un estadounidense de Connecticut.

—Espero que nos arreglemos bien —dijo Ephraim—. Con la ayuda de Dios. Vamos, Ranny, sube a bordo. Parece que se están preparando para zarpar.

Se bajó inmediatamente del carro y atravesó el tablón de acceso

para entrar en la barcaza de transporte. No parecía haber ningún sitio específico para sentarse, así que se abrió paso entre los sacos de verduras, le quitó el polvo lo mejor que pudo a un saco de patatas y se sentó sobre él con cuidado.

Tom salió de la bodega y se acercó a ella.

—Buena suerte. —Vaciló un instante y se puso bastante colorado —. También me gustaría mucho ir. Tengo ganas de ver la ciudad.

—¡A mí también me gustaría mucho que vinieras, Tommy! —exclamó Miranda cálidamente—. ¿Por qué no te animas?

—Tengo que volver —respondió, negando con la cabeza—. Hay que escardar el campo del norte y prepararlo para la siembra. No podemos ausentarnos todos a la vez.

—Supongo que no —dijo Miranda. Tom era muy serio y trabajador. Nunca rehuía una responsabilidad ni la dejaba a medias. Pensó con pesadumbre que ella era egoísta y caprichosa. Pero, a pesar de todo, empezó a animarse sin poder evitarlo. Iba a vivir una aventura, un viaje, un cambio. Se dio cuenta de que incluso el mismísimo Ephraim, cuando la barcaza empezó a deslizarse por el río en dirección al Sound, el estrecho de Long Island, parecía disfrutar. Al menos tenía el gesto relajado, y hasta sonreía mientras charlaba con el capitán.

En el estrecho se levantó una brisa bastante fuerte del sudeste. La barcaza, que se llamaba *Dora J.,* pasó frente a Port Chester, Rye y New Rochelle, siempre muy despacio para no rozar el somero fondo con el casco, muy sumergido por el peso de la enorme carga que transportaba. Miranda pasó ciertas dificultades para sujetarse el precioso sombrerito, en un momento dado, incluso, el viento hizo que las cintas que lo asían le apretaran el cuello con mucha fuerza, hasta casi estrangularla. Cuando, sin que pudiera evitarlo, le salpicó en la cabeza una rociada de agua salada, aprovechó para desatarse el sombrero y examinó con ansiedad las flores que lo adornaban. Se había mojado un poco, así que lo protegió entre los pliegues de la falda y dejó que el viento y la espuma la despeinaran por completo. Era bastante impropio sentarse en un lugar público sin cubrirse la cabeza pero, al fin y al cabo, en el barco solo iban los marineros y su padre. No era probable que, dadas las circunstancias, juzgaran mal su gesto y la consideraran una maleducada. Seguramente ni se fijarían.

Se movían a favor de la marea, por lo que el viaje fue rápido. A las ocho y media avistó, recortada contra el horizonte, la línea de edificios de Nueva York, faltó poco para que se cayera por la borda por el entusiasmo que sintió. ¡Qué altos eran! Algunos hasta tenían

cuatro pisos… ¡Y qué cantidad de torres de iglesias! El sol refulgía sobre las tejas de pizarra y desde la orilla llegaba un sinfín de ruidos de todo tipo. El río se llenó rápidamente de embarcaciones de distintas clases: barcazas de carga como la suya, botes de pescadores, queches y hasta algún barco de vapor, todos parecían querer embestir a la pobre *Dora J.* En algún momento, Miranda se sujetó fuerte ante la, para ella, inevitable colisión que se iba a producir, pero lo cierto es que, finalmente, no ocurrió nada parecido. Avanzaron de frente y rodearon Corlear Hook hasta llegar, bastante rápido pese al intenso tráfico fluvial, a un muelle cercano a la calle South.

Miranda se volvió a colocar el sombrerito al ver que Ephraim se acercaba.

—Parece que ya hemos llegado —dijo. En sus gestos se notaba una cierta falta de seguridad. Cuando se bajaron del barco y se metieron de lleno en una barahúnda tan grande, movimiento y ruido por todas partes, que Miranda jamás hubiera pensado que pudiera darse, le sorprendió y también en cierto modo le reconfortó comprobar que, por una vez, su padre no estaba seguro de sí mismo.

Se detuvieron un momento en la calle South, intentando descubrir la forma de evitar el intenso tráfico. Los cascos de los caballos de tiro, al igual que las ruedas, retumbaban en los adoquines. También había carruajes privados, coches de punto, carros con enormes bidones de leche o llenos de sacos de pan y otros productos. Un hombre recogía restos de basura por los alrededores y un barbero anunciaba sus servicios tocando una campanilla que hacía un ruido estridente.

La gente los empujaba sin miramientos, un crío se detuvo ante ellos, los miró largamente y después levantó los ojos al cielo.

—¡Cómo hay Dios que por aquí hay algo más de campo que las amapolas! —Después bajó los ojos y miró fijamente a Ephraim—. ¿Usted no lo ve? —dijo el golfillo, que estaba claro que era muy parlanchín.

—Pues no, muchacho —contestó Ephraim, frunciendo el ceño—. No sé a qué te refieres.

—¡No me diga, hombre! —exclamó el chico—. ¡Pues entonces es mucho más de campo de lo que pensaba! Hacía tiempo que no veía nada tan paleto. —Hizo una mueca exageradísima, estalló en risotadas y se marchó a toda velocidad.

—Creo que se refería a nosotros, padre —dijo Miranda en voz baja y tras sonrojarse vivamente.

—¡Pequeño hijo de Satanás! —gruñó Ephraim. Con gesto enfadado, sacó del bolsillo la carta de Van Ryn y la consultó—. Dice que nos dirijamos a la Astor House. Será mejor que la busquemos.

Pero, tras preguntar un par de veces y recibir indicaciones absolutamente contradictorias, Miranda sintió cierto alivio cuando un coche de punto de detuvo junto a ellos.

—Son ustedes forasteros, ¿verdad? ¿Quieren que los lleve a alguna parte?

—¡Padre, por favor! Si no, no llegaremos nunca…

—¿Cuánto nos cobraría por llevarnos a Astor House? —preguntó Ephraim con precaución.

El cochero, que no podía ocultar su origen irlandés, puso cara de preocupación.

—No sé por qué me da la impresión de que no es allí a donde les conviene ir. Es un sitio muy finolis. ¡No les digo más que hasta cobran un dólar por entrar y dar una vuelta! Así que no les digo nada por una comida o una habitación… ¡Un ojo de la cara! Será mejor que los lleve a la fonda de mi hermano Paddy, en calle Morris. Los tratará de maravilla y a un módico precio.

—He dicho Astor House —contestó Ephraim adustamente.

El cochero se encogió de hombros.

—Pues entonces les cobraré un chelín.

—¿Cómo ha dicho? —estalló Ephraim—. ¡Váyase con viento fresco, pedazo de estafador! —Pese a lo cansada y desorientada que estaba, Miranda no pudo evitar estar absolutamente de acuerdo con su padre.

Isaac Taylor tenía toda la razón. Esa ciudad estaba llena de estafadores. Pero ¿cómo era posible que todos supieran con solo mirarlos que eran campesinos?

Al cabo de casi una hora lograron encontrar Astor House aunque, eso sí, después de perderse tres veces. Cuando finalmente subieron por Broadway, llevando cada uno a cuestas una de las cestas de mimbre y, entre Vesey y la calle Barclay, vieron la gran mole de granito del hotel, Miranda supo cuál era la respuesta a su pregunta. No era solo por las cestas de mimbre, aunque también, se debía a la ropa que llevaban. Nadie vestía un abrigo corto de castor como la de su padre, ni un fleco de barba puntiagudo, ni una levita con faldones tan largos, ni unos pantalones tan anchos. Y con respecto a las damas que estaban de compras en Broadway o simplemente paseando, qué decir de sus vestidos de cachemira o de satén, o de su preciosos sombreritos adornados con plumas. Cualquier parecido entre la ropa que vestía Miranda y la de ellas

era mera coincidencia.

Aunque a muchas mujeres les encante la ropa, no hay demasiadas que tengan gusto de verdad, que sean capaces de hacerse a la idea de qué hechuras o colores les van bien, o que tengan instinto para saber qué es lo que realmente se va a poner de moda o no, y si realmente merece la pena o serán gustos pasajeros e inadecuados. Y Miranda era una de ellas, aunque en Greenwich había tenido pocas o ninguna oportunidad de desarrollar esa capacidad innata. Ahora le tocaba pasarlo realmente mal. Siguiendo a su padre, entró por las amplias puertas de Astor House y deseó con todas sus fuerzas ser capaz de volverse invisible antes de encontrarse con su distinguido primo.

Nada de lo que llevaba era adecuado. Las mujeres que iban a la moda no llevaban pañoletas, ni vestidos de lana. Ninguna utilizaba guantes de algodón y, para rematar, aunque las hermanas Lane habían hecho lo que habían podido, el sombrerito era lo peor de todo. Los lacitos rosas y las flores rojas eran absolutamente ridículas. Se notaba a leguas de distancia que era barato, de mal gusto, en resumen, que se trataba de una imitación provinciana de la moda francesa de hacía cuatro años.

—Deja de ir por detrás de mí de esa manera —ordenó Ephraim con aspereza—. Levanta la cabeza y no te comportes como un conejillo asustado. Estás entrando en uno de los mayores templos de la avaricia que hay en el mundo, y quiero que parezcas lo que eres: una muchacha temerosa de Dios que no tiene nada que ocultar ni de lo que avergonzarse.

—Sí, padre. —Y Miranda estiró la espalda, procurando no desmerecer delante de la altiva joven que acababa de bajarse de un elegante carruaje justo a su lado. Sabiendo que era absolutamente imposible, por supuesto.

Entraron en el vestíbulo y se quedó sin aliento. Le pareció que nadaban en un mar de lujosa moqueta roja. Miró a su alrededor, observando confusamente una gran cantidad de espejos que reflejaban la luz de montones de lámparas de gas, de enormes columnas de mármol y de una tremenda cantidad de gente. Nadie les prestó la más mínima atención y, una vez más, se movieron sin rumbo, desorientados, hasta que finalmente Ephraim descubrió un mostrador de mármol en el extremo del vestíbulo. Tras él, un joven con aspecto aburrido tamborileaba los dedos.

—Debe de ser un portero —musitó Ephraim. Echó a andar hacia el mostrador, con Miranda pisándole los talones.

El aburrido joven los miró de arriba abajo y levantó una ceja

antes de hablar.

—Y bien, buen hombre, ¿qué puedo hacer por usted?

—Venimos a ver al señor Nicholas Van Ryn —dijo Ephraim—. Quizá usted podría indicarnos… —Se detuvo absolutamente sorprendido, Miranda tuvo la misma reacción.

El aburrido joven se transformó de inmediato. Hizo una reverencia, les dedicó no una, sino varias sonrisas a ambos, cada vez más amplias, empezó a tocar timbres e hizo señas a varios subordinados que aparecieron como si hubieran surgido de las paredes o los espejos.

—¡Por supuesto! —exclamó—. ¡Ustedes son el señor y la señorita Wells! El señor Van Ryn me mandó una nota. Todo está preparado para su llegada. Les ruego que me acompañen, por favor, y les conduciré a sus habitaciones. El señor Van Ryn llegará esta tarde. Ha ordenado que nos pongamos a su entera disposición. Absolutamente —remató, con un énfasis tal que la chica pensó que si ordenaban que les trajeran las joyas de la Corona británica o un león africano, lo harían de inmediato.

Miranda estaba aturdida. Ambos reaccionaron de la misma manera cuando dos de los botones se inclinaron para cargar con las cestas.

—¡Las llevaré yo! —exclamó Ephraim, pero ya los había perdido de vista. Los condujeron a ambos por una enorme escalera, después por un corredor extraordinariamente iluminado y finalmente llegaron a un gran salón decorado con muebles de palisandro.

—Su habitación es la de la derecha —dijo el empleado a Ephraim, abriendo la puerta con una reverencia—, y la de la señorita, esa de ahí.

—¿Quiere usted decir que podemos utilizar tres habitaciones solo para nosotros? —preguntó Ephraim, absolutamente asombrado —. Me parece un despilfarro pecaminoso.

El empleado del hotel se quedó bastante desconcertado.

—El señor Van Ryn nos dejó muy claro que quería que estuvieran ustedes muy bien acomodados, y espero que sea así.

—Lo estaremos, sin duda —contestó el padre de Miranda—. Se lo agradezco mucho, joven.

Cuando finalmente se hubieron marchado el conserje y los maleteros, Ephraim se dejó caer pesadamente sobre el sofá.

—Este tal señor Van Ryn debe de ser muy rico, y también muy derrochador. Pero ¿para qué necesita la gente todo este despliegue de lujos? —Miró con cara de desaprobación las preciosas cortinas de terciopelo, los cuatro sillones de madera tallada, el escritorio, la

mesa de centro, la alfombra con motivos floreados y, finalmente, a través de las dos puertas abiertas. En cada habitación había una cama con dosel, una mesa de tocador muy amplia, armarios de madera de nogal y reposapiés—. Lo único que necesita una persona normal y decente es una mesa, una silla y una cama.

Su hija se había quedado sin palabras y, desde el centro de la habitación, lo miraba todo con los ojos muy abiertos. A través de la ventana semiabierta entraba un continuo ruido de la calle. Finalmente se quitó el sombrero, lo dejó sobre una silla y se dirigió hacia una de las ventanas para mirar fuera, mientras acariciaba los suaves pliegues de las cortinas. Se volvió para examinar el vidrio, los pomos dorados y los cordones que las recogían. Se inclinó para apretar con el dedo índice el borde festoneado de la alfombra, cuyos tonos predominantes eran el gris y el rojo. Cuando se enderezó tenía en los ojos una expresión soñadora.

—Lo había leído alguna vez, pero no sabía que hay gente que, de verdad, vive así —dijo en voz baja, hablando medio para sí—. Creo que es maravilloso.

Ephraim soltó una especie de gruñido de impaciencia y se levantó.

—Miranda, eres una joven muy superficial. Siempre le has dado excesiva importancia a las cosas materiales. Dudo mucho de que esta excursión a Babilonia vaya a ser provechosa para ti. Creo que voy a decirle al señor Van Ryn que no puedes quedarte con ellos.

—¡No puede hacer eso ahora, padre! —exclamó—. ¡Ha dado su palabra!

Ephraim apretó los labios y se dio la vuelta. Nunca en su vida había incumplido una promesa, y jamás lo haría, pero no se sentía a gusto, ni mucho menos. Apenas tenía afinidad con Miranda, aunque, por supuesto, era su hija y estaba preocupado por la salvación de su alma. Había intentado erradicar en ella todas las tendencias frívolas y mundanas que, desde el principio, dominaban su forma de ser, pero sabía muy bien que no había logrado nada. Y ahora parecía que iba a sumergirse por completo en un ambiente en el que sus instintos naturales serían alimentados por el lujo, por la debilidad, por la inconsistencia, por todo aquello que él aborrecía.

Se dirigió a su habitación, cerró la puerta y cayó de rodillas para rezar fervientemente por Miranda.

Su inquietud fue en aumento debido al comportamiento de la chica. Las instrucciones del señor Van Ryn, su estúpida extravagancia a ojos de Ephraim, no parecían tener límite alguno. Había ordenado que les sirvieran la cena, que llegó en bandejas

porteadas por dos sirvientes negros, precisamente en el momento en el que Miranda y él se estaban preparando para comer el pan, el embutido y los trozos de empanada que les había preparado Abigail y que guardaron en la cesta de Ephraim.

La cena fue colosal en todos los aspectos. Para empezar, no reconocieron ninguna de las viandas que les sirvieron. Y la verdad es que tampoco les sirvió de nada el menú que les facilitó uno de los criados, escrito con una caligrafía muy historiada. Se trataba de un galimatías absolutamente incomprensible. A la tímida pregunta que realizó Miranda al respecto, el criado indicó que estaba escrito en francés. La joven lo agarró con dos dedos y procuró pronunciar las palabras.

—*Gigot d'agneau rotí* —murmuró Miranda, pronunciando con cuidado cada una de las letras—. Me pregunto qué puede ser. *Tournedos de volaille. Compote de fruites glacés.* —Fue probando todos los platos con precaución—. ¡Qué sabrosos están todos! ¡Y hay muchísimos!

Ephraim apartó el plato que tenía enfrente y sacó las salchichas de la cesta que había preparado Abigail.

—Un montón de bazofia asquerosa, si quieres saber mi opinión. Buena materia prima estropeada por un batiburrillo de salsas y jugos espesos que le quitan su sabor original. ¡Y encima es imposible saber que se está comiendo uno! ¡Ni toques eso! —gritó de repente cuando Miranda metió la cuchara en un plato que contenía una mezcla de frutas heladas—. ¡Contiene bebidas alcohólicas! ¡Puedo olerlas!

De hecho, las frutas estaban bañadas en ron. Miranda apartó la cuchara.

—Pero padre, tienen muy buen aspecto —dijo con tristeza—. ¿No puedo ni siquiera probar un poquito? Supongo que con una cucharada no me emborracharé, ¿no le parece?

—¡Miranda! —exclamó Ephraim escandalizado—. ¿Acaso vas a beber alcohol solo por el hecho de que tenga buen aspecto?

—No, padre, lo siento. Supongo que lo he dicho sin pensar.

—¡Hija, hija! —dijo Ephraim sin acritud—. No sabes la cantidad de pecados que se cometen sin pensar. Debes pelear contra tus apetencias, igual que Jacob peleó con el ángel del Señor. Mira, tengo algo para ti.

Rebuscó en su cesta y terminó sacando una Biblia con tapas de cuero que parecía nueva.

—Quizá te resulte difícil leer la Biblia de Van Ryn. Quiero que lleves esta contigo y la guardes en tu habitación. Léela cada día. He

marcado algunos pasajes para ti.

—¡Oh, gracias, padre! —exclamó, conmovida. Salvo el prendedor para el pelo, que sabía que había sido una propuesta de Abigail, era el único regalo que le había hecho su padre en toda su vida. Ephraim había escrito su nombre en la guarda.

Miranda Wells, junio de 1844, de su padre.

—Léeme ahora el salmo noventa y uno —ordenó Ephraim.

—¿Ahora? —protestó Miranda, bastante descontenta. Estaba deseosa de mirar por la ventana, pues la calle le fascinaba; también quería observar a fondo los detalles de su suntuoso dormitorio, arreglar un poco los cordones del sombrerito y quizás hacer algo para mejorar el aspecto de la pañoleta, que había quedado también muy castigada por el viento del río, quizá darle la vuelta y doblarla para que no se notara. En todo caso, lo de leer la Biblia a primera hora de la tarde en la habitación de un hotel de lujo de Nueva York le parecía extraño, tanto por el momento como por el lugar.

Pero para Ephraim, cualquier momento era adecuado para leer la sagrada palabra de Dios, y además pensaba que sería un acto de disciplina útil para Miranda, muy adecuado como antídoto contra todo lo que tenía a su alrededor.

—Sí, ahora —dijo, inflexible—. Quiero escucharte leer. —Se sentó en la silla, muy derecho, juntó las manos en el regazo y esperó. Cuando llegó al décimo verso, le hizo una seña para que se detuviera, y lo repitió con voz tranquila—. «A ti no te alcanzará la desgracia ni la enfermedad llegará a tu tienda». Miranda, ruego al Señor que así sea en la nueva vida que vas a emprender.

La chica se impacientó, aunque procuró no demostrarlo. ¿Qué desgracia o enfermedad podría sobrevenirle viviendo en casa de un distinguido caballero a orillas del Hudson? Padre se preocupaba demasiado, no era nada… nada… Le costaba encontrar una palabra adecuada para lo que quería expresar. Sofisticado quizá fuera la que buscaba. Sí, esa era la que mejor se ajustaba a lo que estaba pensando. Tampoco cayó en la cuenta de que era la primera vez que contradecía y criticaba a su padre, aunque solo fuera para sí misma. Terminó de leer el salmo completo y empezó a hablar inmediatamente, con la intención de que Ephraim no la obligara a continuar con la lectura.

—Padre, debería arreglarme un poco antes de que venga el señor Van Ryn. —Y, sin darle la oportunidad de decir nada, se metió en su habitación y cerró la puerta.

A las cinco, Miranda había hecho todo lo que había podido para

mejorar el aspecto de la ropa que llevaba. La pañoleta estaba enrollada, formando una especie de gargantilla. Había quitado las rosas del sombrero, y se había desecho las trenzas que llevaba a los lados, convirtiéndolas en rizos sueltos. Afortunadamente, su pelo se rizaba con naturalidad.

El señor Van Ryn aún no había llegado.

Ephraim miró los rizos sueltos con gesto adusto y de desaprobación.

—Creo que deberíamos ir abajo a preguntarle a ese impertinente de pelo aceitoso que está en recepción si tiene alguna idea acerca de a qué hora llegará «su excelencia».

En el vestíbulo había más gente incluso que por la mañana, cuando llegaron, si es que eso era posible. Por otra parte, el ruido de las charlas, las risas y el frufrú de los vestidos le pareció a Miranda una delicia. El aire estaba lleno de olores entremezclados: humo de tabaco, agua de colonia, sobre todo con aroma a rosa y a verbena, y pomada para el pelo.

Se acercaron al mostrador de recepción, que estaba medio ocupado por los miembros de una familia que, al parecer, acababa de llegar de Filadelfia. La madre llevaba un vestido negro de satén, una joven se adornaba con un chal y un sombrerito verde de seda y el padre, alto y muy pomposo, discutía con el recepcionista.

—Perdone un momento, por favor… —empezó Ephraim, inclinándose sobre el mostrador que lo separaba del empleado. En ese momento, en el atestado vestíbulo se escuchó un rumor, nuevo e indefinido, y la gente se agolpó junto a la puerta de entrada.

Miranda sintió curiosidad por saber lo que estaba ocurriendo y volvió la cabeza hacia donde miraba todo el mundo.

Un hombre alto cruzó la puerta de entrada, y ya desde el primer vistazo, observó instantáneamente en aquel hombre una distante dignidad y una indiferencia casi olímpica.

Se estaba preguntando de quién podría tratarse cuando escuchó un susurró procedente de una persona que estaba detrás de ella.

—Es Nicholas Van Ryn, ¿sabes? —E, inmediatamente, pareció que todo el mundo repetía el nombre del recién llegado, en susurros perfectamente audibles. Si no escuchó el nombre una docena de veces, no lo escuchó ninguna.

La familia de Filadelfia había dejado de discutir sin remedio, ya que el empleado los había dejado con la palabra en la boca y había ido a dar la más ceremoniosa de las bienvenidas al recién llegado.

—Nellie, ese hombre es Van Ryn, el terrateniente holandés —le dijo con tono de admiración a su hija la mujer recién llegada de

Filadelfia—. Vive en una mansión junto al río Hudson, como si fuera un conde inglés. No puedo ni imaginarme qué es lo que está haciendo en un hotel, pues dicen que es muy orgulloso y apenas se deja ver entre la gente normal.

—¡Oh, madre! —exclamó la joven de forma contenida, al tiempo que lo miraba arrobada—. ¡Perdone que lo diga, pero es extraordinariamente atractivo!

Y sí que lo era. Miranda, superada por los nuevos acontecimientos, en esos momentos lo único que intentaba era reordenar sus ideas.

Siguiendo al recepcionista, que iba hinchado como un pavo, y sin hacer el menor caso a las miradas e intentos de saludo que le dirigía la multitud a su alrededor, fue directo hacia Ephraim y Miranda, con la mano extendida a modo de saludo extraordinariamente cordial.

—¡Qué tal están, prima Miranda, señor Wells! Vamos enseguida a mi sala de estar para poder recibirlos de forma adecuada, pues este lugar está demasiado abarrotado. —Al decirlo, su cara, que hasta ese momento tenía una expresión sombría, se iluminó con una encantadora sonrisa.

La reacción de Miranda fue de entusiasmo y sintió que la invadía una alegría que no era capaz de explicar.

Mientras avanzaban por el vestíbulo en dirección a la *suite* de Nicholas, Miranda le lanzó miradas furtivas. Era alto, algo más de un metro ochenta, y bastante delgado. Unas botas Wellington, absolutamente lustrosas, cubrían la parte baja de sus pantalones de color beis; el *blazer* marrón y la capa de viaje completaban un atuendo cuyo portador llevaba con la soltura de un hombre acostumbrado a vestir con la mejor ropa que se podía encontrar, que probablemente escogía para él un criado, pues lo lógico era que no se preocupara de tales menudencias. El pelo, casi tan negro como las botas, era abundante y ligeramente rizado. Llevaba en el ojal una rosa roja de pitiminí, y con el tiempo supo que esa flor era parte de él, casi tanto como sus largas, estrechas y cuidadas manos.

Con respecto a su rostro, Miranda pensó que era la encarnación de las descripciones de los héroes de las novelas favoritas que devoraba. La boca, llena y flexible; la nariz, aquilina y de fosas un poco más amplias de lo normal; y la frente, ancha y noble, acentuada por unas cejas negras, rectas y pobladas, sin resultar hirsutas. Solo percibió una discrepancia con relación a sus modelos novelescos: los héroes siempre tenían los ojos grandes, oscuros y brillantes. Sin embargo, los de Nicholas eran pequeños y claros, lo

que evidenciaba su ascendencia holandesa. Sin embargo, el color azul pálido resultaba vívido y en cierto modo desconcertante, y estaban enmarcados en una cara que podría haber pertenecido perfectamente a un noble español.

Se acomodaron en una sala de estar que era incluso más lujosa que la de ellos.

—Les ruego que me perdonen por no haber estado aquí para recibirlos, pero el *Swallow* acaba de atracar. Espero que hayan estado a gusto y bien atendidos.

—¡No le quepa la menor duda, señor Van Ryn! —exclamó Miranda, que hasta se adelantó a su padre, dejándose llevar por la gratitud—. Todo ha sido magnífico, ¡perfecto!

Nicholas notó su ligero acento provinciano, aunque le gustó su voz cristalina, por lo que se volvió brevemente a mirarla, pero también sin perderse ni un solo detalle: la gracia de su cuerpo delgado y flexible, pese a la desastrosa ropa que llevaba, la delicadeza de sus rasgos, cuya belleza potencial solo necesitaba ciertos cuidados para que se manifestara adecuadamente, los grandes ojos de color avellana, que en ese momento solo eran capaces de mostrar su inocencia y una genuina y transparente admiración por él. Se sintió muy satisfecho, pues la chica dejaba ver claramente la riqueza de su alcurnia. ¡Gracias a la diosa Fortuna que no era una granjera patosa y sin ningún potencial!

Tras enviar la invitación, pasó por momentos de duda y recelo. No era conveniente abrir a la ligera las puertas de Dragonwyck a extraños y, pese al parentesco, que era la única razón por la que había accedido a la petición de su esposa para buscar a alguien que acompañara a su hija, no habría dudado en devolver a Miranda a Greenwich con la mayor delicadeza posible si hubiera sospechado mínimamente que fuera a desentonar en su ambiente.

—Su aspecto es mucho más joven que el que me esperaba —exclamó de repente Ephraim. Había estado examinando a Nicholas a fondo; sus conclusiones, aunque basadas en las mismas evidencias que había contemplado su hija, fueron radicalmente distintas.

—Tengo treinta y un años —dijo Nicholas, riendo.

—Pues no los aparenta —comentó Ephraim, aún algo extrañado. El individuo tenía ese aspecto y ese comportamiento viscoso que suelen volver locas a las chicas descerebradas. Lo que desde luego no poseía eran los rasgos que suelen presentar los hombres con una familia sólida y bien enraizada. ¿Sería adecuado dejar que la muchacha embarcara mañana sola con él, en un viaje que duraría toda una jornada? Y, por supuesto, sin olvidar que había permitido

que la estúpida muchacha le hablara directamente y sin ningún recato. Ephraim estaba absolutamente irritado por esas formas tan poco convencionales.

Dicha irritación, y lo que la había causado, le resultaron a Nicholas, que tenía la capacidad de leer la mente de las personas si realmente lo deseaba, absolutamente evidentes. Solía mostrarse indiferente ante la opinión de la gente, y el punto de vista de un granjero de Nueva Inglaterra no le interesaba ni lo más mínimo, pero este hombre era su invitado y el padre de su pariente, así que decidió despejar las dudas y preocupaciones de Ephraim, lo cual además le resultaría divertido. Así que se puso a hablar de su esposa Johanna y de la pequeña Katrina, haciendo mucho hincapié en lo mucho que se alegrarían de la llegada de Miranda.

Después trató de agasajar a Ephraim, preguntándole acerca de sus opiniones políticas y escuchándolas con un interés tan intenso como fingido.

Ephraim estaba de acuerdo con la anexión de Texas y se decantaba por Henry Clay para las siguientes elecciones presidenciales. Nicholas no estaba de acuerdo con ninguna de las dos cosas, pero tampoco con lo contrario: simplemente le aburría la política, y salvo el deseo de que su amigo Van Buren volviera a ocupar su antiguo puesto, no intervenía en ella en absoluto, así que se limitó a mostrar un cortés acuerdo con las opiniones de Ephraim.

Incluso cuando Ephraim describió las obligaciones de Miranda relacionadas con las cuestiones religiosas y le exigió la promesa de que la obligaría a mantenerlas sin la más mínima desviación, Nicholas se mostró comprensivo y no dudó en asegurárselo, aunque internamente no se comprometió en absoluto. Ephraim no podía concebir siquiera que una familia respetable no realizara las lecturas y rezos matutinos y vespertinos, o que no acudiera al servicio religioso de los domingos, lo que en la familia de Nicholas era tan real como la vida misma, por lo que finalmente se acordó la partida de Miranda al día siguiente, tal como estaba previsto.

Lo cierto es que Nicholas era ateo y hedonista, si Ephraim lo hubiera sabido o intuido, lo habría mirado con más horror que a un leproso. Pero no tenía forma de saberlo, por el contrario, acabó pensando que, después de todo y pese a sus malas impresiones iniciales, Van Ryn era un hombre muy agradable y de sólidos principios.

Solo estuvieron en desacuerdo en un caso. Comentaban las elecciones que se acercaban, y Nicholas habló de un tema sin darle importancia.

—Mis granjeros van a votar a Van Buren, naturalmente, a no ser que ese desconocido, Polk, consiga la nominación, cosa que considero muy improbable. Si eso ocurriera finalmente, ya decidiría qué es lo que deben hacer.

—¡«Sus» granjeros! —saltó Ephraim como un resorte—. ¿Qué puñetas quiere usted decir con eso?

—Me refiero a los arrendatarios de mis tierras —respondió Nicholas tranquilamente—. Son más de doscientos.

—¿No son dueños de las tierras que trabajan? —preguntó Ephraim frunciendo el ceño, a medio camino entre la indignación y la perplejidad.

Miranda, que permanecía muy calladita en un rincón de la sala de estar, escuchando esa conversación entre ambos hombres, que no le interesaba en absoluto, volvió la cabeza un tanto asustada por el tono de su padre. Había estado contemplando el atardecer de la ciudad de Nueva York, embelesada por las miríadas de luces que salían por las ventanas. Vio que Nicholas levantaba las cejas muy sorprendido y también notó cierto enfado en su expresión.

—¡Por supuesto que no son dueños de la tierra! —dijo con énfasis—. Me pertenece a mí, igual que perteneció a mi padre y así hasta remontarnos a Cornelius Van Ryn, que fue quien la adquirió mediante un título legal en 1630. Los arrendatarios pagan una renta anual mínima y reciben muchas cosas a cambio.

—¿Qué cantidad de tierra posee usted en total? —continuó Ephraim.

—Solo unos cuantos miles de acres. Mi hacienda es bastante más pequeña que la de los Van Rensselaer o los Livingston.

—¿Y los granjeros no tienen derecho a comprar la tierra que han trabajado toda la vida, si así lo desean? —Ephraim seguía dándole vueltas al asunto que parecía sacarlo de sus casillas.

—No —respondió Nicholas inmediatamente. Aunque su padre no se dio cuenta, Miranda sí que notó que, bajo su expresión correcta y amable, se escondía una profunda irritación. No entendió el porqué de la misma. Toda esa charla sobre las tierras, los arrendamientos y la propiedad no le interesaba en absoluto. No estaba en condiciones de saber que, en los últimos tiempos, Nicholas había tenido evidencias de que algunos de sus arrendatarios empezaban a mostrar un profundo desacuerdo con la situación, lo cual le molestaba mucho, por lo que no le gustaba hablar del tema. Se negaba a pensar siquiera que ese resto de sistema feudal, tan gratificante y que había sido una enorme fuente de riqueza para sus antepasados, y lo seguía siendo para él, pudiera

ponerse en cuestión y se cerniera sobre él una amenaza tan seria. Trataba a sus granjeros con aristocrática tolerancia, construía para ellos escuelas, capillas y puentes, compraba la maquinaria más novedosa para el trabajo en el campo, organizaba fiestas para que se divirtieran y los vigilaba para que mantuvieran la disciplina y un buen ritmo de trabajo, casi nunca había problemas. Y, a cambio, lo único que esperaba era lealtad y agradecimiento, como siempre había ocurrido, y compartir con ellos una parte proporcional y equilibrada de la producción.

—Yo preferiría ser dueño de medio acre de tierra pedregosa y poco productiva, labrarla para mí y para mi familia con esfuerzo y en libertad, que trabajar para otro en la granja más rica del país —espetó Ephraim con mucho énfasis.

—Eso me parece una tontería —respondió Nicholas de inmediato, pero enseguida controló su reacción—. Me atrevería a decir que no entendemos nuestros respectivos puntos de vista… Además, toda esta discusión debe de resultarle muy aburrida, prima Miranda —añadió al tiempo que se levantaba para acercarse a ella.

—La verdad es que no sé de qué están hablando en realidad —confesó—. Pero me encanta mirar por la ventana. El parque es muy bonito, me gustan mucho las luces y la fuente. ¿Qué es ese gran edificio, señor Van Ryn? —dijo, señalando con el dedo—. ¿Y ese otro?

—No debe llamarme señor Van Ryn, Miranda. Somos parientes, deberíamos tutearnos. Puedes llamarme primo Nicholas —dijo sonriendo. Ella notó una sensación cálida y agradable cuando se asomó a la ventana, colocándose junto a ella y mirando a la calle Broadway y más allá—. Eso es el Ayuntamiento —indicó, contestando a su pregunta—. Y el edificio que hay al otro lado de la calle es el teatro Park.

—¡Oh…! —susurró—. ¡Cuánto me gustaría ver una obra!

—¡Ranny! —exclamó su padre completamente indignado—. No es lo que parece, señor Van Ryn. Aunque la verdad es que no sé por qué se comporta tan a menudo de una forma tan impropia.

Miranda se ruborizó y bajó los párpados, aunque no sin antes ver la expresión de diversión en el rostro de Nicholas. ¿Sería por ella, por su padre o por otra cosa? No podía soportar la idea de que se estuviera riendo de ella, y es que, ya en esos primeros instantes, deseaba con todas sus fuerzas complacerlo. Se daba cuenta de que era muy mayor, y que llevaba mucho tiempo casado. Pero alguien como él, quizá más joven y con los ojos oscuros y brillantes, era exactamente el tipo de hombre con el que soñaba despierta cada día

su heroína favorita, la adorable Esmeralda.

Capítulo 3

Aquella noche Miranda apenas durmió. Todo le resultaba extraño: las luces que se filtraban a través de las cortinas, pese a que eran muy tupidas; la increíble suavidad de la cama; la ausencia de una compañera de habitación… Era la primera vez en su vida que Miranda dormía sola y, de no ser por la gran cantidad de ruidos que provenían no solo de la calle, sino incluso de la misma habitación, hasta habría echado de menos la respiración profunda de Tibby y sus ligeros susurros mientras soñaba. Escuchaba, por ejemplo, el tictac de un reloj de ónice que estaba encima de la repisa de la chimenea, el traqueteo de los carros sobre el pavimento, las campanas de la cercana iglesia de Saint Paul, sonando puntual y poderosamente cada hora, así como la voz del vigilante que patrullaba la calle.

—¡Es la una de la mañana de una magnífica noche de verano! ¡Sin novedad en el tercer distrito!

Más tarde, el vigilante pareció alegrarse de ser relevado de sus tareas y se volvió mucho más elocuente.

—¡Hoy es martes, una preciosa mañana de junio! Las cuatro de la madrugada y todo va bien. John Tyler sigue siendo el presidente de nuestro país. Hace un tiempo magnífico, para mayor gloria de nuestro Señor.

A las cinco de la mañana, Miranda se rindió.

Llevaba ya una hora vestida y mirando por la ventana cuando los camareros entraron en la sala de estar con el desayuno. Estaba demasiado nerviosa como para tener hambre y, cuando apareció Nicholas, sonriente y amable, a decirle que su carruaje estaba esperando en la puerta, hizo un esfuerzo para suprimir el deseo instintivo de aferrarse a su padre.

Al parecer, esa mañana Ephraim no tenía el cuerpo para sentimentalismos. La chica se marchaba, y él estaba ansioso por

regresar a casa. También había dormido muy mal y no era de los que disfrutaban rompiendo las rutinas, sino todo lo contrario.

Así pues, la despedida se produjo en las escaleras de entrada al hotel Astor House.

—Que Dios, en su infinita bondad y sabiduría, cuide de ti, Miranda. Recuerda siempre que eres la sierva del Señor, y obedécele con diligencia —dijo muy serio Ephraim, al tiempo que se calaba con fuerza en la cabeza el redondo sombrero de piel de castor—. Y también me despido de usted, caballero —dijo, volviéndose hacia Nicholas, que estaba de pie ante ellos. La brisa de la mañana le removía mínimamente la oscura y rizada cabellera—. Repréndala, castíguela, cuando lo merezca. Espero de verdad que le sea útil a su familia. Tiene cierta inclinación a la pereza, se lo advierto. Asegúrese de que escribe a casa a menudo y no deje que se olvide de sus oraciones.

Miranda se ruborizó mientras Nicholas inclinaba la cabeza con mucha seriedad.

—Quédese tranquilo, tanto usted como su esposa, caballero. La trataré igual que si fuera mi propia hija.

Miranda pensó que eso era absolutamente imposible, pues solo tenía trece años más que ella. Y ese pensamiento repentino la desconcertó.

—Pues, entonces, me despido tranquilo. Queden con Dios —dijo definitivamente Ephraim. Agarró la cesta de mimbre y empezó a caminar a buena velocidad por la calle Broadway.

Un sentimiento de tristeza invadió de inmediato a Miranda. Quizá debería haberlo besado, aunque pareciera una estupidez. A Ephraim no le gustaban las efusiones, ni verbales ni físicas. Además, pensó con tristeza, tampoco era su favorita, nada más lejos de la realidad. Sabía que, a partir de ese momento y por decirlo de alguna manera, Ephraim ya no contaba con ella. Había cumplido con lo que consideraba su deber, aunque a regañadientes, la había dejado marchar con su primo, al que acababa de conocer, y tenía que regresar para cumplir con sus obligaciones y proveer de lo necesario a la familia, de la cual estaba al cargo. Volver a lo que constituían sus verdaderos intereses, que era lo que estaba deseando hacer.

Suspiró mientras Nicholas la ayudaba a subir al carruaje. Cuando circulaban por la calle Barclay se sintió demasiado abatida como para fijarse en los lugares por los que pasaban. Era la primera vez que montaba en un carruaje privado, pero ni siquiera el cochero, vestido con librea, ni los dos magníficos alazanes fueron

capaces de captar su atención.

Supuso vagamente que todo sería de alquiler, pues no tenía la menor idea de qué era lo que la gente como Nicholas se podía permitir y lo que no. Lo cierto era que poseía todo un establo en Nueva York, aunque lo utilizaba muy de vez en cuando, pues sus visitas a la gran ciudad no eran muy frecuentes. Además, recientemente había construido una casa en Stuyvesant Place, con idéntico propósito. La casa estaba cerrada y los muebles cubiertos con sábanas protectoras, por lo que había pensado que no merecía la pena abrirla para una sola noche y prefirió alojar a sus parientes en un hotel.

Pero en cuanto llegaron al muelle del río Hudson y Miranda vio el enorme barco de vapor, blanco y dorado, que les estaba esperando, salió de inmediato de su depresivo estado de ánimo.

—¡Oh! ¿Vamos a navegar en él? —exclamó—. ¡Nunca había visto un barco tan grande y tan bonito!

Nicholas sonrió. Su inocencia le divertía. Le iba a resultar muy interesante ir conformando su mente inmadura, enseñándola y moldeándola. Tenía mucho que aprender antes de presentarla en sociedad como su prima. Para empezar, había que sustituir esas horribles ropas. Y tendría que cambiar el acento que dejaba clara su ascendencia yanqui, la absoluta evidencia de que había crecido en Nueva Inglaterra. También había notado su inseguridad a la hora de utilizar los cubiertos: había que corregir lo más rápidamente posible esa forma de comportarse en la mesa. Tendría que aprender a andar con dignidad, en vez de como si se estuviera disculpando por el mero hecho de existir. No caminaba erguida y sus movimientos resultaban torpes. Parecía no darse cuenta de que los caballeros siempre debían cederle el paso, siempre se quedaba atrás cuando él se apartaba para que pasara primero. ¡Era de lo más extraño! Pero estaba seguro de que aprendería con mucha facilidad. Afortunadamente, la madre naturaleza le había concedido un esqueleto delicado y una figura esbelta y grácil… muy distinta a la de Johanna.

Como le ocurría siempre, el hecho de pensar en su esposa oscurecía su estado de ánimo de manera inmediata.

Llegaron a la rampa de embarque, con adornos de madera de caoba y cubierta por una alfombra roja. Miranda se quedó quieta, un tanto desconcertada, y esperando de forma instintiva a que Nicholas pasara delante de ella.

—Las damas deben preceder siempre a sus acompañantes, Miranda.

—¡Ah, claro! —dijo rápidamente, asintiendo con la cabeza. Su padre siempre lideraba la marcha de la familia a todos los sitios a los que iban, pero estaba claro que la forma de comportarse de los aristócratas era diferente. No volvería a cometer ese error.

El barco, de nombre *Swallow,* le resultó absolutamente abrumador. Los periódicos decían de él con orgullo que se trataba de un palacio flotante. Desde el águila dorada esculpida en la proa hasta la alegre bandera que ondeaba en la popa, todos y cada uno de los rincones estaban bellamente decorados con filigranas, muchas de ellas con terminaciones en pan de oro. En el salón principal, que estaba en la cubierta superior, dos pisos más arriba, unas columnas de estilo corintio sostenían arcos góticos, y el amplísimo techo estaba decorado con pinturas de cupidos y guirnaldas. Las cortinas eran de satén, las alfombras, extraordinariamente tupidas, y las lámparas del techo, tipo araña, dejaban en pañales hasta a las del hotel Astor House.

El día anterior Miranda había viajado sentada sobre un saco de patatas, a bordo de la barcaza de transporte de productos agrícolas para su venta en Nueva York. En aquel momento tenía a su disposición un sillón comodísimo, con estructura de palo rosa y tapizado de terciopelo, en una zona privada de la impolutamente blanca cubierta principal. Además, sonaba la música. Una orquestina alemana tocaba pieza tras pieza, todas ellas populares, sin detenerse casi ni un momento entre una y otra.

—¡Qué ruido más infame! —comentó Nicholas desdeñosamente mientras se sentaba junto a ella, así que no se atrevió a confesar que la música le estaba resultando muy agradable. Pero en el momento en el que el *Swallow* empezó a navegar por el río, los esfuerzos de la pequeña orquesta por hacerse escuchar empezaron a resultar baldíos, ahogados por el estruendo de las grandes palas cilíndricas chocando contra el agua y el de los potentes motores de vapor que hacían salir un denso humo de las enormes chimeneas.

Empezaron a ganar velocidad tras dejar atrás Yonkers, y Miranda agradeció para sí a Nicholas que viajaran en un lugar de la cubierta aislado y protegido, ya que los fogoneros añadían constantemente antracita y troncos de madera para aumentar la presión del vapor, y los pasajeros menos avisados tenían que respirar el hollín y hasta les alcanzaban las chispas, así que debían refugiarse en el salón, que ahora estaba atestado de gente. Cuando dejaron atrás una zona anchísima del Hudson —Nicholas le explicó que desde la época de los primeros colonos holandeses la llamaban el Tappan Zee—, Miranda se dedicó a admirar el hermoso paisaje.

Nicholas le señaló las cumbres de Dunderberg y Anthony's Nose, así como la pequeña isla de Pollopel que, en tiempos de los holandeses, se decía que estaba habitada por un duende maligno que hechizaba a los marineros. Le contó esa leyenda del río y también muchas otras, que ella escuchaba fascinada y con los ojos muy abiertos por el asombro. Cuando quería, Nicholas era un excelente conversador, tenía la innata cualidad de hacer interesante cualquier asunto del que hablaba. Le divertía la atención que le prestaba Miranda y el gusto con el que lo escuchaba.

El *Swallow* atracó en Newburgh, un pequeño puerto en el que varios pasajeros bajaron desde las cubiertas al muelle. El barco pareció dar un salto hacia delante, los pistones empezaron a moverse a un ritmo frenético y las chispas empezaron a parecer moscardones en llamas.

Nicholas se levantó para asomarse y ver mejor otro barco que había surgido tras el saliente de Denning's Point.

—Es el *Express* —comentó—. Nos desafía. Seguro que el capitán ha ordenado ir a toda máquina hasta el atracadero de Poughkeepsie para hacer una carrera.

—¡Una carrera! ¿Y has dicho que nos desafía? ¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Miranda, muy sorprendida.

—Por el simple placer de demostrar que el otro barco es más lento, es decir, inferior.

Desvió la vista hacia él de inmediato, pensando que era una respuesta bastante absurda y preguntándose si estaría burlándose de ella, pero se dio cuenta de que miraba con mucho interés el avance del otro barco. La velocidad y el ruido de las máquinas del *Swallow* se incrementaron de tal forma que a Miranda le pareció que la estructura iba a estallar en pedazos y que las virutas de fuego podrían provocar un incendio. La carrera la asustó de verdad.

—¿No es peligroso? —exclamó, notando que la cubierta de madera empezaba a calentarse bajo sus pies.

Nicholas se encogió de hombros, sin dejar de mirar al barco perseguidor, que parecía inclinarse con la velocidad.

—Supongo que todo en la vida tiene su peligro.

Se hundió en su asiento cruzando los brazos y diciéndose a sí misma que no debía portarse como una estúpida cobardica. De hecho, todo el mundo parecía disfrutar mucho con la carrera, pues montones de pasajeros volvieron a salir a la cubierta, pese a la lluvia de pavesas, y empezaron a animar y lanzar hurras, o a quejarse cuando un barco alcanzaba al otro o viceversa. Hasta se lanzaron apuestas a los pasajeros del *Express,* del que les separaban

unos cien metros de agua, y cuyos pasajeros y tripulantes respondieron de igual manera.

Finalmente, todo acabó tan súbitamente como había empezado. El *Swallow* llegó claramente antes a su muelle del puerto de Poughkeepsie, y en la cubierta se produjo un estallido de vítores y aplausos, mientras que en la del barco perdedor se escuchaban claramente juramentos y abucheos.

Miranda se sintió un tanto estúpida y miró a Nicholas con cara de disculpa. Él, aunque no había dado rienda suelta a su entusiasmo como el resto de los pasajeros, no podía ocultar en su expresión una triunfal alegría. Pero solo duró un momento, en seguida volvió a su habitual contención y reserva.

Durante un momento, se sintió confundida y desasosegada, ya que no era capaz de entenderle en absoluto, se dio cuenta de que su reacción ante la carrera fue completamente distinta a la de los demás pasajeros. Pensó que, para él, la competición había tenido un significado especial y único, y que, de alguna manera, implicaba una especie de reivindicación de su propia voluntad.

El *Swallow* navegaba ya río arriba, a una velocidad decorosa desde que zarpó de Poughkeepsie, aunque Miranda se sentía todavía bastante desazonada, mucho más de lo que la situación habría demandado. Esa desazón se debía más a vagos presentimientos que a la realidad que estaba viviendo: esa carrera entre barcos comerciales, alocada y sin sentido, no le había gustado nada y le había dejado mal cuerpo. Estaba segura de que, en el futuro, desentrañaría su verdadero significado y presentía que no iba a ser nada bueno. No obstante, la tarde veraniega era de un azul luminoso y tranquilo, el río fluía pacíficamente y al volverse cada vez más estrecho permitía contemplar las orillas densamente arboladas. Cuando, por la orilla izquierda, contempló el perfil púrpura de los montes Catskill, Miranda ya había recuperado el entusiasmo por la travesía.

—¡Qué altas son, primo Nicholas! ¡No tenía idea de que unas montañas pudieran ser tan grandes!

Nicholas pensó en ese momento en los Alpes, en los que había pasado el verano de 1835, como parte de su gran viaje previo al matrimonio, así que sonrió, pero se abstuvo de realizar ningún comentario que la decepcionara. Prefirió llamar su atención sobre la hacienda Mountain House, cuyas trece enormes columnas blancas eran perfectamente apreciables pese a la distancia.

—Detrás de Mountain House está el territorio de Rip Van Winkle —dijo Nicholas—. Se dice que, en los días más calurosos del verano,

todavía se puede escuchar al hombrecillo jugando a los bolos.

Miranda lo miró sin comprender.

—¿No conoces el *Libro de apuntes de Geoffrey Crayon* y el cuento de Diedrich Knickerbocker?

Ella negó con la cabeza.

—Es un cuento de Washington Irving, un magnífico escritor y buen amigo mío —explicó Nicholas—. Estoy seguro de que tendrás la oportunidad de conocerlo.

Nicholas volvió a arrellanarse en el sillón. Ese era uno de sus más grandes intereses. Conocía bien los clásicos, por supuesto, aunque a su padre ni se le había pasado por la cabeza mandarlo a la universidad. Esa clase de educación, ahora abierta a casi todo el mundo, incluso a los hijos de los comerciantes y de los agricultores, no resultaba adecuada para los miembros de la aristocracia. Así pues, por su casa había desfilado toda una cohorte de tutores que lo habían preparado para la explosión cultural del gran viaje.

Se había pasado dos años viajando a todo lujo por Inglaterra, Francia, España, Italia y Alemania, para regresar finalmente a Dragonwyck y enterarse de que su padre había fallecido y que, consiguientemente, se había convertido en el dueño y señor de la hacienda.

Por lo tanto, Nicholas conocía los clásicos, pero en los últimos cinco años había desarrollado un gran interés por la literatura norteamericana contemporánea. En esto difería de la mayoría de los jóvenes de su clase, que seguían aferrados a los autores europeos y considerando a los estadounidenses paletos y deleznables.

Nicholas, fiel a sus orígenes y con una educación bastante menos democrática que la de la nobleza inglesa de su época, se sentía muy a gusto en el papel de patrón, señor y protector de las artes y las letras. De una manera casi inconsciente, se consideraba una especie de reencarnación de Lorenzo de Medici o del príncipe Esterhazy.

Disfrutaba acogiendo en Dragonwyck a los intelectuales. Leía las nuevas obras de Bryant, Hawthorne y de un nuevo, sorprendente y para él extraordinario y joven escritor llamado Poe, sentía una admiración sincera por todos ellos, aunque pudieran encontrarse en él sutiles huellas de superioridad y mecenazgo. Y es que la convicción de Nicholas acerca de su propia superioridad estaba tan arraigada en él, en su carne y en sus huesos, que no sentía ninguna necesidad de subrayarla delante de los demás, como hacían otros que no se sentían tan naturalmente seguros. Él era Van Ryn, de la hacienda Dragonwyck, algo que le correspondía por nacimiento y que resultaba inamovible, así en la tierra como en el cielo.

Volvió a mirar a Miranda, que no dejaba de contemplar el paisaje de ambas orillas, claramente embelesada. La brisa había llevado un poco de color a su piel clara y tenía los labios carnosos ligeramente entreabiertos. Sus pequeños pechos, perfectamente apreciables bajo el corpiño, subían y bajaban con rapidez. Desprendía un aura de femineidad muy potente, y sus ojos, grandes, dorados y con algún brillo de color verde esmeralda, cubiertos por largas y tupidas pestañas, eran realmente extraordinarios. Pero, en ese momento, eran absolutamente inocentes, inconscientes del exquisito potencial que almacenaban, al igual que todo su cuerpo. De todos modos, su potencial seductor era evidente y pertenecía a una mujer apasionada que aún no era consciente de serlo.

Recordó de repente a una marquesa que conoció en París y de la que se enamoró perdidamente durante unos meses, hasta que sus constantes exigencias terminaron por agobiarle. El recuerdo le molestó, por lo que habló de forma fría y distante.

—Me temo que eres un poco ignorante, Miranda. Voy a diseñar un plan de lecturas para que te pongas al día.

Su reacción externa fue una sonrisa nerviosa, interiormente se sintió herida por su tono y sus palabras. Durante el viaje se había comportado de una manera muy amigable y encantadora, por lo que ella se había sentido muy a gusto, casi como si tuvieran la misma edad. Por eso, le sorprendió mucho la nueva actitud de su primo, su expresión indiferente y distante, y que le hablara casi como lo habría hecho su padre. Notó que de repente lo aburría, lo comprobó al ver que se levantaba muy deprisa y se protegía con la capa.

—Voy a dar unas vueltas por la cubierta. Aquí estarás a salvo y tranquila.

Le hubiera gustado ir a pasear con él, pues no estaba acostumbrada a permanecer tantas horas sentada, sin moverse ni trabajar. Sus músculos jóvenes y saludables ansiaban realizar algo de ejercicio, pero no se atrevió a decir ni una palabra. Nicholas se había convertido en alguien inaccesible. Era la primera vez que contemplaba en él ese talante malhumorado. Lo cierto es que personas mucho más maduras y experimentadas que Miranda no eran capaces de entender sus repentinos cambios de humor.

Regresó al cabo de una hora, la chica se dio cuenta enseguida de que el malestar había desaparecido. Se aproximó a ella desplegando su sonrisa, extrañamente falta de alegría pero, en todo caso, magnética e intensamente personal, lo que hacía que su interlocutor se sintiera inmediatamente halagado.

—Llegaremos a Dragonwyck dentro de una media hora, Miranda. Este pueblo es Hudson.

Miró obedientemente al conjunto de edificios y a los embarcaderos de la pequeña población que, a primera vista, le pareció bastante menos atractiva que Newburgh o Poughkeepsie.

—Primo Nicholas, siento curiosidad por el origen del nombre de Dragonwyck —dijo tímidamente—. Aunque, por favor, no me tomes por una fisgona —añadió, temiendo que una vez más se sintiera ofendido por sus palabras.

Pero a Nicholas le encantaba hablar de todo lo que tuviera que ver con la historia de su familia y su hacienda. Así que se sentó de inmediato, dispuesto a contársela.

—El nombre es una mezcla bastante común proveniente de una leyenda de la India y otra holandesa que se ha anglicanizado, es decir, que se ha adaptado a nuestra cultura inglesa —añadió, notando que no había entendido el significado de la palabra—. Te explico: mi antepasado directo Cornelius Van Ryn, que fue quien adquirió nuestras tierras aquí, en América, navegó desde New Amsterdam para inspeccionar el terreno y escoger el lugar donde construir la mansión. Finalmente se decidió por un acantilado que hay sobre el río. Pero había un grupo de indios mohicanos que tenían su campamento en las inmediaciones. Pronto supo que tenían miedo del acantilado sobre el que había empezado a construir la casa. Siempre lo evitaban y, aunque él en todo momento se portaba con ellos de forma amable, también le tenían miedo a él, y tampoco querían tocar siquiera ni las piedras ni los ladrillos con los que se estaba construyendo el edificio. Pasado el tiempo, descubrió la causa de todo: los indios creían que, bajo el acantilado, vivía una enorme serpiente que devoraba cualquier ser vivo que se atreviera a invadir su territorio.

—¿Y pese a ello construyó la casa? —preguntó Miranda.

—¡Claro que sí! Y la llamó Draketmyck, que significa en holandés «la casa del dragón». Y así se ha llamado desde hace más de doscientos años.

—¿Y el dragón no os ha molestado nunca? —preguntó Miranda, medio en serio medio en broma. A Nicholas le hizo gracia la pregunta.

—Pues lo cierto es que no. En esta región hay muchas otras leyendas y supersticiones. Espero que no seas demasiado impresionable, porque si lo eres, la vieja Zélie te tendrá siempre en ascuas con sus historias de rocas voladoras, barcos fantasma, brujas con escobas y… —Se detuvo de repente, como si hubiera pensado

añadir algo más, pero se hubiera arrepentido en el último momento.

Ella esperó educadamente, pero no dijo nada más, y en ese preciso momento el barco de vapor sufrió una sacudida mientras se introducía en el muelle oriental.

—¡Aquí estamos! —dijo Nicholas.

Se volvió para mirar hacia el lugar hacia el que él había vuelto la cara.

Con el paso de los años, Miranda llegó a la conclusión de que la primera vez que contempló Dragonwyck experimentó la impresión más vívida e impactante de toda su vida. Con los ojos muy abiertos de puro asombro, contempló la fantástica y enorme silueta que se recortaba, oscura e impresionante, contra el cielo. Los capiteles, los hastiales triangulares y las chimeneas, elementos dominados por una torre alta y apuntada en el centro; era como si el bien y el mal, la felicidad y la tragedia que iba a experimentar bajo el techo de aquella impresionante mansión se hubieran materializado en el edificio, rodeado por el río y por su propia alma.

Mientras el vapor se acercaba con rapidez hacia el embarcadero privado, Miranda se quedó de pie, apoyada en la barandilla y sin separarse de Nicholas, mirando la casa con una especie de fascinada repulsión, mientras el sol de poniente iluminaba todas aquellas ventanas rectangulares de cristal, que contrastaban con la negrura de las paredes, cubiertas de hiedra.

Nicholas disfrutaba observando el asombro de la chica, no dijo ni una palabra.

Su casa formaba parte de él, pues era una especie de encarnación de su voluntad y de su forma de ser; tras heredar la mansión de estilo holandés, que no había sufrido cambios importantes desde su construcción, había sido él quien la había remodelado con la magnificencia del estilo neogótico. En su momento se sintió atraído por la obra de Andrew Downing, el joven arquitecto y paisajista que vivía en el río, en las cercanías de Newburgh, y cuyos trabajos construyendo «mansiones románticas y pintorescas», como decían los periódicos y las revistas, estaban transformando el paisaje de los alrededores. Pero la forma de ser de Nicholas no permitía aceptar las ideas de otros, así que, cuando acometió la remodelación de la vieja casa de los Van Ryn, cinco años atrás, utilizó las ideas de Downing solamente como inspiración y guía. Añadió veinte habitaciones más a las diez originales, así como los hastiales, las torretas y la gran torre central. El resultado, aunque recordaba en cierto modo al estilo de los castillos alemanes de Luis II de Baviera, cercanos al Rin, mezclado con detalles del

estilo Tudor británico y salpicado de pura fantasía, lo cierto es que no desentonaba en absoluto con las características de su ubicación, el río Hudson de la América de sus antepasados.

Los jardines de Dragonwyck, al igual que la mansión, eran también un reflejo de la complicada personalidad de Nicholas, de modo que la naturaleza había sido transformada y convertida en un mero adorno. Entre el bosquecillo de abetos canadienses, que había dejado intacto en la zona sur, y la falda de una colina muy rocosa que se elevaba a algo menos de un kilómetro hacia el norte había construido a lo largo de la orilla del río un exótico paraje de belleza completamente artificial.

Para Miranda todo resultaba abrumador y se sintió algo aturdida al subir los peldaños de mármol del embarcadero. Apenas vio las rosaledas ni sintió el penetrante aroma de las flores, tampoco vio con claridad los pequeños templetes de estilo griego clásico situados estratégicamente bajo enormes sauces llorones, los pabellones de piedra, las fuentes rodeadas de violetas, las cascadas… En ese momento era muy consciente de lo inadecuado de su vestimenta y de la mirada penetrante y desdeñosa que le dirigió el criado, vestido con librea, que había salido a su encuentro en el embarcadero y que transportaba con suma cautela su cesta de mimbre.

Le resultaba increíble que fuera a vivir en un lugar como ese y, mientras seguía a Nicholas, sus pasos se iban haciendo cada vez más lentos, pues, sin ser plenamente consciente de ello, quería retrasar, si fuera posible durante toda la eternidad, la llegada al gran portón de acceso a la casa. Sin embargo, su corazón latía cada vez más deprisa.

Finalmente, entraron en el enorme vestíbulo que penetraba al menos veinte metros hacia el interior de la mansión y desembocaba en los prados de la parte de atrás. El interior estaba oscuro, pues aún no se habían encendido las velas. Siguió los pasos de Nicholas, mientras dos personas se acercaron, cuadrándose delante de Nicholas e inclinando la cabeza a modo de saludo reverencial. Se trataba de Magda, el ama de llaves de los Van Ryn y, al mismo tiempo, doncella personal de la señora de la casa, y de Tompkins, el mayordomo.

Le dieron la bienvenida al dueño, pero a ella la ignoraron. De hecho, Miranda percibió una evidente hostilidad por parte de la mujer, que le dio la espalda ostentosamente, volviendo la cabeza cuando fue a saludarla.

—¿Dónde está la señora Van Ryn? —preguntó Nicholas, dejando que el mayordomo le quitara la capa y entregándole el sombrero.

—En el salón verde, milord. —El mayordomo era natural de Yorkshire, hacía años que acompañaba a Nicholas, desde su visita a Inglaterra, por eso utilizaba el tratamiento esnob de los sirvientes ingleses con sus amos. De hecho, si alguien le preguntaba a qué se debía un comportamiento tan excéntrico en América, él insistía en que, en cualquier país civilizado, un hombre que poseía tantas tierras y de ascendencia tan ilustre era noble sin remedio, por lo que había que dirigirse a él como tal. Nicholas estaba de acuerdo y no ponía objeción alguna, pese a que, en el fondo, el tema le resultaba indiferente. Él era quien era, y un Van Ryn no tenía ninguna necesidad de títulos o distinciones procedentes de Europa.

—Por aquí, Miranda —dijo Nicholas, indicándole que saliera del vestíbulo por una puerta que había a su izquierda—. Ahora tendré el placer de presentarte a mi esposa.

Le pareció notar una entonación algo peculiar en su voz, aunque pensó que quizá fueran imaginaciones suyas. No le dio tiempo a pensar mucho en ello porque enseguida entraron en el salón verde.

Johanna Van Ryn estaba sentada, bordando junto a la ventana. Cuando Nicholas y Miranda entraron, se sobresaltó, y el dedal de oro hizo un pequeño ruido al caer al suelo.

Miró a su marido, y sus ojos, en un principio apagados y descoloridos, volvieron a la vida, llenos de anhelo y muda admiración.

—¡Has vuelto! —susurró.

Nicholas se agachó a recoger el dedal y lo colocó en el taburete, junto a un buñuelo a medio comer. Se inclinó en dirección a su esposa y le tomó la mano, poblada de anillos, que ella había extendido, apenas la rozó con los labios.

—Pues sí, como puedes ver he vuelto. Y te presento a Miranda.

Johanna bajó los ojos y dejó escapar un suspiro casi inaudible.

—Bienvenida a Dragonwyck, niña —saludó, pero sin mirarla siquiera—. Espero que lo pases bien aquí. Nicholas, ¿me has traído las pastas que te encargué?

Miranda, asombrada, no podía despegar los ojos de su figura, sentada en la mecedora. Johanna estaba extremadamente obesa, con una gordura blanquecina que le provocaba hasta deformidades en los nudillos y en los codos. La cara era redonda y casi tan blanca como la nieve, y se había aplicado de forma muy desmañada un poco de colorete en las prominentes mejillas. O al menos eso pensó la chica, pues nunca había visto a nadie que se pusiera ese adorno. Tenía poco pelo, de un rubio mortecino, recogido hacia atrás, en un moño muy tirante, y adornado con un coqueto sombrerito rematado

por lazos de color azul, que en su caso no resultaba favorecedor: eso era imposible. También llevaba lacitos que adornaban el corpiño, sobre el que se distinguían perfectamente migas marrones, cuya procedencia era indudablemente el buñuelo del taburete.

Faltó poco para que a Miranda se le olvidaran los buenos modales, pero finalmente logró desplegarlos.

—Es usted muy amable, señora, tanto por su recibimiento como por haberme permitido permanecer en su casa. Mi padre y mi madre le presentan sus respetos a través de mí.

—Estoy segura de que se trata de personas muy respetables y también de que tú eres una buena chica y te portarás bien. Nicholas, ¿has traído esos dulces o no?

Su marido se quedó mirándola sin contestar durante un momento más, hasta que finalmente contestó con tono agradable.

—Sí, querida, las he traído. ¿Quieres tomártelas ahora o esperarás a la cena?

—¿Está todo lo que te encargué? ¿Los napoleones, los hojaldres de miel y los bombones y pasteles de moca?

—Sí, todo.

La satisfacción la llevó a contraer los carrillos coloreados.

—Bueno, creo que ahora me tomaré los bombones. Dile a Tompkins que sirva lo demás en la cena. Asegúrate de que mantiene la crema fresca para que no se derrita ni se ponga rancia.

—Me aseguraré de ello, querida —dijo, haciendo una ligera inclinación.

Miranda pensó que se portaba con ella con mucha dulzura. Supuso que estaba muy enamorado de su esposa y que no se daba cuenta de su gordura ni de su aspecto desaliñado. No fue más allá en sus suposiciones, pues estaba absolutamente decidida a llevarse bien con Johanna.

—Uno de los criados te acompañará a tu habitación —dijo Johanna, dándose cuenta por fin de que seguía allí de pie, esperando acontecimientos—. Y, cuando te acomodes, ve a buscar a Katrine. ¡No tengo ni idea de dónde está esa niña, no para quieta ni un momento! Podrías leerle un cuento para entretenerla.

—Creo que no sería muy adecuado pedirle a nuestra invitada que se ocupe de la niña esta misma noche —intervino Nicholas—. Debe de estar cansada por el viaje.

Johanna encogió los enormes hombros, metió los pies, increíblemente pequeños, en las zapatillas moradas y empezó a mecerse de atrás adelante.

—¡Ah, por supuesto! Debes descansar si lo necesitas, querida. Te

sentirás mejor después de una buena cena. Puedes tomar tus comidas en la guardería.

—No creo que eso sea adecuado —intervino de nuevo Nicholas—. Nuestra prima no es una sirvienta ni una institutriz. Es pariente nuestra y será un placer que cene con nosotros.

Johanna frunció los labios.

—Cómo tú quieras, Nicholas. Pero, por favor, dale las instrucciones a Tompkins cuanto antes, porque si no se van a echar a perder los dulces que has traído.

Miranda escuchó la conversación con desánimo. No sabía muy bien qué era la guardería, pero lo que había dicho Johanna dejaba muy claro que la consideraba como una especie de sirviente de rango superior. Y se sintió muy agradecida a Nicholas por su intervención. Pero ni eso ni la lujosa magnificencia del dormitorio en el que la habían instalado le impidió sentir una punzada de nostalgia, acompañada por el deseo irracional de volver a la sencilla granja que era su hogar, con su familia de verdad. Le parecía que ya había pasado una semana desde que se había despedido de su padre esa misma mañana y un mes entero desde que contempló por última vez el rostro inteligente y afectuoso de Abigail.

Se echó sobre la cama y se permitió estallar en un llanto amargo que no pudo detener pese a que tenía muy claro que su deseo había sido ir a Dragonwyck fuera como fuera, y allí estaba; de hecho, había deseado con pasión poder disfrutar de un ambiente de lujo y elegancia, ahora lo tenía a su alcance y a un nivel que superaba mil veces lo que había esperado encontrar. Se sentía indefensa y fuera de lugar: le asustaban los sirvientes, no le gustaba Johanna por mucho que lo intentaba y le abrumaban el tamaño y la grandiosidad de la mansión, que apenas había intuido cuando el propio Nicholas la acompañó escaleras arriba. Tampoco terminaba de gustarle del todo Nicholas. Le hacía sentir una sensación contradictoria, por una parte agradable y por otra de malestar, que a veces hasta la hacía estremecerse.

En ese momento pensó que deseaba no haber aceptado la invitación, pero se dio cuenta enseguida de que no estaba siendo honesta consigo misma. Algo la había empujado a Dragonwyck, desde el momento en el que escuchó hablar de la mansión, y ahora que por fin estaba allí, parecía tirar de ella todavía con más fuerza e intensidad, como si entre sus torretas hubiera una especie de inmenso imán escondido.

Se sentó, se secó las lágrimas y miró la habitación con detenimiento. Su dormitorio del Astor House no había sido más que

una preparación para esto. Las tres ventanas daban al sur y desde ellas había una visión perfecta del cauce del río. En la distancia se distinguían los montes Catskill, envueltos en una ligera neblina. El dormitorio estaba en el segundo piso, en el que había un total de seis grandes habitaciones, siendo la suya la de en medio, según averiguó después. Los muebles eran negros, de madera de nogal y de estilo gótico, y las cortinas de un azul pavo real brillante y luminoso, como la tela que colgaba del dosel de cuatro columnas de la enorme cama. Una alfombra Aubusson, con un diseño de gavillas de trigo atadas con cintas azules y doradas y seguramente confeccionada específicamente para la habitación, embellecía extraordinariamente el espacio. El aguamanil, la tina e incluso los pomos de las puertas eran de plata grabada. La juventud y el temperamento de Miranda, actuando de manera combinada con la extraordinaria decoración de la estancia, contribuyeron a una mejora inmediata de su estado de ánimo. Lo que tenía alrededor, además de lo que había vivido durante el viaje, la tenían absolutamente maravillada. ¡Quién se podía imaginar que iba a disponer de un armario-vestidor al que podía acceder desde su habitación y que sin duda era para su uso exclusivo! ¡Y un baño privado con una bañera de plata, al lado de su habitación! Pensó en los dificultosos y fríos paseos hasta los arbustos que tenía que hacer cuando estaba en casa, igual que todos los demás miembros de su familia, y sintió una punzada de pena por todos ellos. ¡Qué poco sabían del verdadero lujo y refinamiento! Ni siquiera tenían la expectativa de una forma de vida mejor, pues ni conocían sus características. Con la excepción de su madre, a la que recordó con cariño. ¡Cuánto le habría gustado venir aquí con ella!

Sacó sus cosas de la cesta de mimbre y las metió en los cajones de la lujosa cómoda de estilo holandés, en donde parecían completamente fuera de lugar. Tenía muchísimas ganas de quitarse el vestido de lana marrón, que ahora le parecía increíblemente feo, pero no tenía ninguna otra cosa que ponerse. Los vestidos de algodón resultarían todavía peor.

La cena transcurrió casi en silencio. Tompkins y un criado joven fueron los encargados de servirla, era realmente deliciosa, pero Miranda no tenía apetito. La abundancia de cucharas, tenedores y cuchillos de formas extrañas, cada uno distinto del otro, la desconcertaron, lo mismo que los vasos que estaban delante de los platos. Bebió un poco de uno de ellos al ver que los Van Ryn también lo hacían, con un ligero sentimiento de desafío hacia su padre, pero la bebida le supo amarga, así que apenas dio un sorbo y

dejó el vaso a un lado.

Nicholas, que presidía la mesa, apenas habló, limitándose a preguntarle educadamente si se había instalado a su gusto y si necesitaba algo. Parecía imposible que fuera la misma persona con la que tanto había disfrutado durante la mayor parte del viaje. Johanna estuvo concentrada exclusivamente en la comida y sus escasísimas intervenciones solo fueron a propósito de ella. El asado estaba demasiado hecho, pero las patatas pasables. Annetje tenía que recordar que no se debían batir tanto las salsas. Cuando terminó con el último bocado de los hojaldres de miel, levantó la mirada hacia Miranda.

—¿Dónde está Katrine? —le preguntó.

—Lo siento, señora, pero no lo sé. Todavía no la he visto —contestó Miranda un poco nerviosa, preguntándose si ya había fallado en una de sus tareas.

—¡Esa niña! —se quejó Johanna frunciendo el ceño—. Siempre está abajo, con los criados. Ahora que tú estás aquí, espero que seas capaz de mantenerla en la zona de arriba, que es donde debe estar. Esa es la razón por la que quería que tuviera compañía.

—Haré lo que pueda, señora.

Johanna le dirigió una mirada insatisfecha.

—No eres exactamente el tipo de persona que me esperaba, pero me imagino que sí, que lo harás lo mejor que puedas. Pareces muy dulce —añadió, dirigiéndole una tenue sonrisa y mirando rápidamente a Nicholas, que estaba pelando una nectarina y ni siquiera levantó la mirada.

—Tompkins, haga que la señorita Katrine venga aquí —ordenó Nicholas, indicando a Miranda que podía levantarse y salir del comedor para entrar en otra habitación, como ya había hecho su esposa, que se había dejado caer en un sillón orejero junto a la mesa de centro de la habitación.

Estaban en una de las muchas habitaciones de la casa en la que Miranda todavía no había entrado. La llamaban el salón rojo debido al color predominante de las alfombras y de los lujosos cortinajes de los ventanales, era más pequeña que el comedor y el salón verde, pues formaba parte del edificio original y Nicholas no la había tocado. Un mosaico holandés, decorado con imágenes de la historia de Adán y Eva en el Paraíso y su caída, adornaba el exterior de la chimenea. El mobiliario era bastante sencillo, al menos según los estándares de Dragonwyck: junto a la mesa de centro, protegida con un cobertor de terciopelo rojo, solo había tres sillones, un sofá de crin y, en una de las esquinas, un clavicémbalo antiguo y

desgastado.

A primera vista, a Miranda le pareció que la habitación era más agradable y casera que ninguna de las otras de la mansión en las que ya había estado. Se sentó tímidamente junto al instrumento musical, mientras Johanna se balanceaba, con manos torpes, había comenzado a bordar un pañuelo blanco, la verdad es que de una forma que dejaba bastante que desear. Nicholas, dándole la espalda al fuego, estaba embebido en la lectura del periódico de la mañana, concretamente el *Tribune* que había traído desde Nueva York. La habitación estaba iluminada por diez velas grandes y a su suave luz los tonos rojos se atenuaban, dejando un ambiente cálido y agradable. Se trataba de una escena muy doméstica y, no obstante, mientras estaba sentada, empezó a sentir un indefinible desasosiego, al mismo tiempo que se estremecía por una repentina sensación de frío. Pensó si debería atreverse a pedirles que encendieran la chimenea, pero enseguida decidió que no. La noche de junio era cálida, y notó que tanto la frente como la zona del labio superior de Johanna brillaban.

Miranda se removió inquieta en su asiento, y el incierto desasosiego, de un segundo a otro, se convirtió en un miedo ciego e irracional. ¿Miedo a qué? Se mojó los labios y miró a su alrededor. En aquella habitación, francamente confortable, no había nada que lo pudiera causar. Nicholas pasó una de las grandes páginas del periódico y el ruido que hizo se mezcló con el más rítmico de la mecedora en la que se balanceaba su esposa. Miranda tuvo la sensación de que ambos sonidos procedían de un lugar muy distante y frío. Juntó las manos e inmediatamente las separó, luchando con todas sus fuerzas contra el deseo urgente e irracional de huir de la habitación a toda prisa.

En ese momento se abrió la puerta y, arrastrando los pies, entró una niña pequeña. El miedo y la sensación de frío se esfumaron inmediatamente.

—Ah, aquí estás, por fin, chiquitina —dijo Johanna con poco entusiasmo—. No te portas bien si estás lejos de nosotros durante tanto tiempo.

Nicholas se levantó, agarró suavemente a la niña del brazo y la condujo hasta donde estaba Miranda.

—Mira, Katrine, esta es una prima tuya a la que no conocías.

La niña se puso un dedo en los labios y se quedó mirándola con expresión de asombro. La joven sonrió y extendió la mano. Algún día, Katrine iba a ser el vivo retrato de su madre. Ya en ese momento era rolliza y poco expresiva, de pelo escaso y amarillo

descolorido y con ojos pequeños que parecían guijarros.

—Estréchale la mano a tu prima —ordenó Nicholas rápidamente, y Katrine obedeció con gesto lento.

—Vamos a ser buenas amigas, ¿a que sí, querida? —dijo Miranda amigablemente, invitándola a que se acercara a ella, pero la fornida niña se resistió.

—Sí, prima Miranda —dijo Katrine, sin mostrar el más mínimo interés—. Mamá, ¿puedo ir a jugar con mi gatito ahora? —preguntó, arrastrando las zapatillas y retorciendo el borde de la falda de cuadros escoceses.

—Supongo que sí… —empezó a decir Johanna con tono de fastidio, y la niña no necesitó más. Lanzó una mirada rápida y aprensiva a su padre y, tras comprobar que no iba a negarse ni a detenerla, se marchó de la habitación, huyendo de su madre, que siempre estaba descontenta y no le mostraba afecto alguno, y de su padre, que la asustaba. Volvería a refugiarse en los placeres simples y seguros de la cocina y en el afecto y cariño con los que siempre la acogía Annetje.

Los ojos de Nicholas siguieron la salida de su hija, y Miranda adivinó inmediatamente que esa niña, poco atractiva y sosa, suponía una gran decepción para Nicholas, aunque en un hombre tan hermético como él le resultaba imposible adivinar hasta qué punto.

Johanna suspiró y se inclinó sobre el monograma que estaba bordando, que era una de las letras del apellido Van Ryn. Miranda pudo comprobar que las letras ya bordadas tenían un aspecto feo y desmañado.

—No puedo entender por qué Trine siempre está deseando irse con los criados —dijo Johanna, negando con la cabeza—. No puede haber heredado de mí esa inclinación, Nicholas, ni tampoco de ti, por supuesto, salvo por la línea de los Gaansevant, que sin duda eran y son gente común.

Miranda se quedó mirándola muy sorprendida, pues estaba segura de que la dueña de la casa sabía perfectamente que aquella afirmación era un insulto directo a su invitada, cuya única relación con los Van Ryn era precisamente a través de los Gaansevant, pero, con solo observarla, salió de dudas inmediatamente. Johanna se estaba limitando a seguir una línea de pensamiento habitual y familiar, y era del todo insensible a las consecuencias de sus palabras.

—Nadie podría dudar jamás de que tu linaje es absolutamente aristocrático y sin mácula alguna, amor mío. —Una vez más, a

Miranda le asombró el tono de infinita dulzura que empleó Nicholas con su esposa, que sonrió de inmediato.

—Mi padre —dijo, fijando los ojos en Miranda— solía decir que era complicadísimo encontrar partidos adecuados para sus hijas, a la vista de la evolución que estaba sufriendo el país últimamente. En la zona del río ya quedaban pocas familias aristócratas de verdad. Pero le agradó mucho que me casara con Nicholas. Pensaba que un Van Ryn era muy adecuado, aunque no me cabe duda de que habría preferido un Livingston o un Van Rensselaer.

—Estoy profundamente agradecido por el hecho de que me encontrara aceptable —dijo Nicholas—. Miranda, ¿sabes tocar el pianoforte? Sería agradable.

—Lo siento, pero no —contestó, negando con la cabeza.

—Bueno, no te preocupes. Ven y pasa las páginas mientras yo toco.

Miró hacia el instrumento, pero Nicholas negó con la cabeza.

—Nadie toca ya este vetusto instrumento. Perteneció a mi bisabuela, Azilde de la Courbet.

—Me gustaría que te deshicieras de eso, Nicholas —dijo de repente Johanna, al tiempo que dejaba por un momento de bordar—. No pega nada con el resto de los muebles, es demasiado viejo y está pasado de moda. Creo que a las criadas hasta les da miedo quitarle el polvo.

—La servidumbre siempre es supersticiosa —contestó Nicholas con indiferencia—. Y sabes que nunca me desharé de algo que haya pertenecido a mis antepasados. Para mí, las posesiones materiales son tan preciosas como la sangre y las tradiciones que he heredado. Vamos, Miranda, ven conmigo a la sala de música. Supongo que tú no querrás venir, querida. Nunca lo haces.

Johanna inclinó el grueso cuello hacia la labor.

—¿No es un poco tarde ya? Miranda debe de estar cansada, eso es lo que tú has dicho antes.

—Se me ha pasado el cansancio, no se preocupe por mí, señora —dijo rápidamente la chica, que no quería que se la mandara a la cama como si fuera una niña pequeña, y menos después de que Nicholas le hubiera hecho el honor de pedirle que lo acompañara, dejando claro que quería contar con su presencia. Además, intuía que en la conversación había algo oculto que aún no comprendía.

Sin decir nada más, Nicholas emprendió la marcha hacia el salón de música, que era una habitación casi vacía, de techo abovedado y una ventana-mirador salediza, que enmarcaba el pianoforte.

Cuando entraron, una figura que hasta entonces no había visto

penetró y encendió las velas de inmediato. Miranda se estaba acostumbrando muy rápidamente al casi invisible e inaudible servicio de Dragonwyck, pero tardó un poco más en darse cuenta de que estas cualidades del servicio formaban parte del concepto estético de la vida de Nicholas: la maquinaria vital del trabajo nunca debía interponerse en su actividad. La perfección de su entorno debía mantenerse sin esfuerzo aparente, y las necesidades, del tipo que fueran, debían resolverse como si una varita mágica fuera la encargada de satisfacerlas. Por esta razón, los jardines, por ejemplo, los prados, los árboles frutales y las flores estaban siempre desiertos. Los trabajos que requerían, como cavar, sembrar, regar y recolectar, los realizaban de noche un auténtico ejército de jardineros, alumbrados con lámparas y antorchas.

Nicholas se sentó en el taburete del piano y ella se dio cuenta inmediatamente de que no podía pasar las páginas de la partitura: aunque era capaz de leer la voz principal de melodías sencillas, no podía seguir las complicadas sonatas que le apetecía tocar a Nicholas aquella tarde.

Era un músico magnífico que tocaba con pasión y con escrupulosa brillantez. Al menos, eso fue lo que sintió Miranda, dado que no podía evaluar la cascada de sonido que produjo, al no tener un oído educado para ello. Observó las manos flexibles y el perfil de su cara, que se recortaba contra el verde las cortinas que había detrás del piano. Tenía los ojos fijos en la distancia, en un punto situado bastante más allá del instrumento, y se dio cuenta de que se había abstraído por completo, olvidándose de ella. De todas maneras, se sintió a gusto con su presencia.

Al acabar la primera pieza, realmente brillante, se detuvo.

—Era de Beethoven, Miranda. —Se volvió, la miró y le sonrió—. Ahora voy a tocar algo que creo que sí que te gustará.

De uno de los cajones de un mueble de madera que había al lado del piano sacó una única partitura.

—Es una pieza nueva que procede de Inglaterra, de una ópera que se llama *La chica bohemia*. Primero tocaré la música, que es muy sencilla, y después te unirás a mí para cantar la letra. No, no digas que no, porque sé que podrás. Es muy fácil.

Así que Miranda se sentó a su lado y cantó la pieza *Soñé que vivía en residencias de mármol*. En el momento en el que logró librarse de la timidez inicial, le sorprendió lo singularmente apropiada que era la letra para su situación actual. ¿Habría adivinado él sus pensamientos y por eso había escogido precisamente esta canción? Pero la letra también hablaba de amor,

y le tembló la voz cuando cantó la frase: «para ella nunca habría amor verdadero en esas salas de mármol». Ese no podía ser su sueño, ¿cómo iba a serlo?

La canción terminó, por fin, y Nicholas levantó la cabeza. Sus ojos se encontraron durante un momento y su pálida piel se ruborizó mínimamente.

—Tienes una voz muy bonita —dijo con suavidad—. Y cantas con sentimiento. ¿Acaso ya le has prometido a algún joven que «vas a amarlo para siempre»?

Negó con la cabeza y se volvió, atenazada por una repentina infelicidad.

Nicholas asintió satisfecho. Sería una pena educar a Miranda y convertirla en una verdadera dama desde su condición actual de granjera solo para que tuviera que volver y desperdiciar su vida con un pueblerino. Pensó que le buscaría un marido que mereciera la pena. Así que se levantó de repente y cerró la tapa del pianoforte.

—Buenas noches, Miranda.

¿Qué había hecho ahora? ¿Por qué la dejaba de una forma tan repentina? Murmuró algo, confundida por el hecho de que permaneciera de pie junto al piano, esperando a que ella saliera primero de la habitación.

—Despídete de la señora Van Ryn, después puedes retirarte —le explicó, o más bien le ordenó, al darse cuenta de su desconcierto.

Johanna todavía estaba en el salón rojo, pero la labor había desaparecido. La señora estaba bebiendo una copa de vino de oporto acompañada por unas galletas muy azucaradas.

La chica pensó con disgusto en lo enormemente glotona que era, al tiempo que le daba las buenas noches de forma muy educada. Johanna le respondió amablemente, con su habitual sonrisa, que casi no lo era, pero inmediatamente dejó de mirarla y posó la vista en su marido. Pero a él no pudo verle la cara porque estaba dando la espalda a ambas mujeres, enfrascado en la lectura del último ejemplar de la revista *Graham's Magazine,* que había recogido de la mesa de centro.

Hizo una inclinación de cabeza cuando Miranda se fue y siguió leyendo tranquilamente la revista.

Miranda se sintió muy desazonada cuando se dio cuenta de que era incapaz de encontrar el camino de regreso a su habitación. En el enorme vestíbulo, entró por el pasillo que no debía, así que no llegó a la escalera flanqueada por un arco, que era su punto de referencia. Anduvo entre un montón de oscuras habitaciones, como si estuviera en un laberinto, hasta encontrar por fin al silencioso

criado que había encendido las luces del salón de música.

—Es por aquí, señorita —dijo con tono neutro, y la condujo por las escaleras que llevaban a su habitación, acompañándola hasta que llegó.

Se dio cuenta con asombro de la cantidad de cosas que unas manos invisibles habían llevado a cabo en su ausencia. La cama estaba preparada, la colcha perfectamente doblada y las velas encendidas desde hacía tiempo, dada la cantidad de cera que se había consumido. Su cesta había desaparecido y los escasos productos de aseo que había traído estaban colocados sobre la mesa de tocador. La verdad es que su aspecto era muy triste, colocados sobre el paño de brocado. En una amplia palangana de cobre había agua caliente que despedía vapor y un montón de toallas aromatizadas con lavanda, en la mesilla, una jarra de plata llena de agua fresca para beber, junto a varios melocotones de magnífico aspecto.

¡Melocotones! ¡En junio! Lo cierto era que su capacidad de asombro ya se había sobrepasado hacía tiempo. La habitación estaba templada, y tuvo un súbito deseo de sentir la frescura de la seda sobre su cuerpo. El camisón de algodón le pareció áspero, y seguro que le daría mucho calor. Sintió el impulso de quitárselo y así lo hizo, al tiempo que pensaba que Tibby se sentiría horrorizada si la viera. Alzó las manos, colocándolas por encima de la cabeza, y disfrutó por primera vez en su vida de una gloriosa privacidad. Nadie iba a decirle que se apartara o le dejara sitio, ni le ordenaría que se diera prisa y se fuera a dormir. No habría necesidad de levantarse a las cinco de la mañana y ponerse a cocinar y después a lavar. Sintió una punzada de nostalgia al acordarse de su madre y de la niña. En cualquier caso, pensó que se las apañarían bien sin ella y que, después de todo, pronto estaría de vuelta… Bueno, no tan pronto. No hasta que se hubiera acostumbrado a esta forma de vivir tan extraña para ella y tan magnífica al mismo tiempo, a la aventura que eso suponía y al exquisito sabor de la gran riqueza y el gran lujo, no hasta que…

Se sentó, tapándose con las sábanas hasta el cuello, porque alguien había llamado con fuerza a la puerta.

—¿Quién está ahí? —preguntó asustada.

Se abrió la puerta y entró una extraña mujer. Cerró la puerta. Era muy delgada y llevaba un vestido negro y sin formas. Se acercó a la cama y la miró intensamente. Miranda estaba muy asustada. La mujer medía más de un metro ochenta. Tenía el pelo muy negro y áspero, sin ninguna cana, recogido en una especie de moño alto. La

cara era de color marrón oscuro, llena de profundas arrugas, en la que brillaban unos ojos negros como el carbón, vivos y astutos.

—¿Qué es lo que quiere? —susurró Miranda.

—Yo ser la vieja Zélie —informó la mujer, mientras se tocaba el pecho para afianzar su afirmación. Además de hablar de forma muy incorrecta, tenía un fortísimo acento—. Querer saber tu aspecto, verlo yo misma.

Miranda soltó el aire. El primo Nicholas había mencionado a Zélie en el barco. Recordaba que le había dicho que intentaría asustarla con sus historias de brujas y fantasmas. Sin duda, debía de ser una vieja sirvienta, posiblemente un poco ida ya, aunque sus ojos no dejaban ver ni la más mínima huella de locura. Se movieron despacio, como paladeando el aspecto de la aprensiva cara de la chica y la mata de pelo dorado que le caía sobre los hombros desnudos.

Zélie negó con la cabeza.

—*Pauv'e petit.* —Habló con triste resignación—. ¿Por qué venir tú a esta casa? Va a haber maldades. Azilde volver a reír.

—Está usted diciendo tonterías —dijo Miranda—. Por favor, márchese. Estoy cansada y necesito dormir.

Torció ligeramente los arrugados labios.

—Esta noche estar tú en salón rojo. Saber que tú sentir algo. ¿Sí?

—No sé lo que quiere de… —Se detuvo. Recordó esos escasos segundos de frío y de miedo sin sentido, probablemente hubieran sido producto de su imaginación, en cualquier caso, apenas habían durado unos segundos, no lo había vuelto a sentir y ahora hasta dudaba de que lo hubiera sentido en algún momento realmente.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Miranda—. ¡Váyase!

Pero la vieja asintió, insistiendo.

—Sí, tú notar algo. Pero no querer escuchar. Ir derecha al peligro con brazos abiertos, cantando, sin pensar. ¡Poder ser voluntad de Dios! —Hizo un gesto indefinido moviendo los brazos, y después se dibujó la señal de la cruz en la frente.

—¿Por qué quiere asustarme? —exclamó Miranda en voz alta, intentando reírse.

—No asustar, *p'tite,* solo advertir. —La mano arrugada de Zélie agarró un mechón de cabello de Miranda. La vieja lo sostuvo con suavidad, casi con ternura, con la mano cerrada. Cerró los ojos un momento y Miranda le dirigió una mirada intensa—. Deber creer… —Subió el tono de voz, que se tornó casi cantarín—. Haber oscuridad y maldad y agua ensangrentada alrededor de ti. También

amor, dos clases de amor, pero en su momento tú no darte cuenta, no distinguir. —Volvió a abrir los ojos de repente y le soltó el pelo —. Pensar que la vieja Zélie loca, ¿*hein*? Tú ahí acostada, desnuda, tu pelo dorado como una tela de araña, y no saber lo que yo intentar decir. ¡Bah! Tu niña todavía, tu alma todavía ciega, como topo que cava su madriguera en hierba en precioso, tranquilo y deslumbrante prado.

Sus ojos volvieron a brillar y su expresión se volvió apenada, también algo despectiva. Finalmente, la delgada y alta figura se dio la vuelta y salió de la habitación, cerrando la puerta sin hacer ruido.

—Definitivamente, está loca —susurró Miranda para sí.

Saltó de la cama y echó el cerrojo. Era la primera vez que hacía algo así, pues en la granja no había cerrojos. Después se puso el camisón de algodón y se sujetó el pelo, tras lo cual volvió a trepar a la alta cama, aunque esta vez agarró la Biblia que le había regalado su padre, y que antes había olvidado leer.

Rezó sus oraciones y después leyó con una apasionada y culpable concentración el salmo noventa y nueve.

Capítulo 4

Miranda descubrió enseguida que era perfectamente posible vivir en Dragonwyck con los Van Ryn y una veintena de criados y, pese a todo, sentirse completamente sola. Nicholas siempre estaba ocupado atendiendo los asuntos de la hacienda y el resto de su tiempo lo pasaba o bien en su estudio, que estaba en lo alto de la torre, o bien en los invernaderos, en los que desarrollaba su pasión por la horticultura. Era un pasatiempo muy habitual entre los terratenientes de la época, pero a Miranda le asombraba profundamente, pues entendía muy bien que un hombre cultivara la tierra para obtener su propio alimento o para conseguir dinero y comprar lo que necesitara para su subsistencia, pero le costaba asimilar que alguien tuviera interés en plantas inútiles que no servían ni para el sustento ni para vender, emplear tanto tiempo en un entretenimiento puramente estético, en un adorno.

Para Nicholas era un orgullo tener al menos un ejemplar de cada árbol que pudiera crecer en la región; además, tenía otros muchos importados mediante goletas llegadas de Europa y Oriente, que paraban a descargar expresamente en el muelle privado de Dragonwyck. Tenía cedros de incienso, cipreses de Bután, un árbol de Judas, un ginkgo, cuyas hojas tenían forma de abanico, e incluso un delicadísimo arce japonés. Todos estos podían sobrevivir a la intemperie, pero las palmeras y aloes, las adelfas y las orquídeas crecían en los invernaderos o bajo el porche del comedor.

Johanna también tenía sus propias aficiones, si es que podía denominarse así a la comida y los inconstantes intentos de realizar trabajos manuales, como la pintura de platos de porcelana al estilo chino, la elaboración de bolsos de tela o el ganchillo. El enorme peso de su cuerpo le producía habitualmente sopor, por lo que pasaba mucho tiempo sin salir de su habitación, salvo que hubiera invitados.

Miranda se acostumbró pronto a esta separación en la vida familiar, también descubrió con sorpresa que los esposos ocupaban habitaciones distintas. En Dragonwyck todo era para ella tan extraño como sorprendente. Esa debía de ser la manera de vivir de la aristocracia, ese nivel social que tanto envidiaba y cuyos esquemas de vida pretendía hacer suyos.

Se agarró a los lujos de su nueva vida con la avidez de un gato por la leche. Era una delicia poder dormir hasta las ocho de la mañana y degustar un desayuno delicioso, que realmente ni podía imaginarse antes de sentarse a la mesa. Le resultó inimaginablemente sencillo acostumbrarse a que fueran otras manos las que limpiaran su habitación e hicieran su cama, y a las infinitas maneras de llenar su ocio sin aburrirse ni dejar de disfrutar en ningún momento.

Nicholas le había permitido el acceso sin restricciones a la sala de música y a la biblioteca y, si se cansaba de tocar el piano, o más bien de aporrearlo, o de leer las novelas de Walter Scott de la serie de *Waverly,* que él le había recomendado y que le parecieron tan apasionantes o más que las románticas que leía a escondidas en la granja, siempre podía pasear por los jardines o por la orilla del río, viendo el incesante tráfico de barcos en ambas direcciones que prácticamente no paraba en todo el día.

Su única tarea consistía en intentar enseñar a Katrine. Todas las mañanas, después del desayuno, las dos se dirigían al aula, magníficamente iluminada por el sol matutino, y allí Miranda se armaba de paciencia y se dedicaba a decir palabras muy despacito («r-a-t-a, p-a-t-a, g-a-t-a»), y a pedirle amablemente a la niña que las deletreara. Katrine era dócil y ponía todo el interés que podía, pero era lenta, no tenía buena memoria y apenas retenía. Además, se distraía con muchísima facilidad. Poco a poco le fue tomando afecto a Miranda, que siempre se portaba con ella amablemente, aunque la nena seguía prefiriendo la compañía de su adorada Annetje, que siempre le daba golosinas y le contaba cuentos e historias. Así que Miranda tenía poco trabajo que hacer y, durante las primeras semanas, la gran novedad que suponía para ella este modo de vida fue más que suficiente. Nunca se le ocurrió llegar a pensar, ni remotamente, que quizá fueran sus ocasionales contactos con Nicholas los que daban realmente sentido a su estancia en Dragonwyck, los que le provocaban el entusiasmo que sentía. Lo que sí sentía era un enorme agradecimiento hacia él por la gran generosidad que había mostrado con ella.

Al día siguiente de su llegada, Magda, el ama de llaves, se

presentó en la puerta de la habitación de Miranda, cargada con un metro de coser, papel y lápiz. Solo dijo que era *Mynheer* —el señor, en holandés— quien la enviaba, y no se dignó a dar ninguna otra explicación. De hecho, apretaba los labios con fuerza, tanto que formaban una línea recta e inmóvil. Le tomó medidas empujándola a un lado y a otro con brusquedad.

Una semana más tarde, a la hora del crepúsculo, mientras intentaba remendar un enorme costurón de su viejo vestido de lana, alguien llamó a su habitación y, al abrir la puerta, el ama de llaves irrumpió sin más, seguida de un criado. Cargaban con un montón de bolsas, cajas y hasta un pequeño arcón.

—Son cosas que encargó *Mynheer*. Vienen de Nueva York —dijo Magda agriamente, en respuesta a la exclamación de la chica. No prestó la más mínima atención al entusiasmo de Miranda, pero se puso a desembalar todos los paquetes con mucha eficacia, dejando la ropa, porque de eso se trataba, encima de la cama.

Había dos vestidos de seda: uno de color verde claro con tiras de terciopelo negro en el cuello, las mangas y los frunces de la cintura; el otro era de noche, de color rosa y festones dorados. Y eso no era todo. También había un vestido de mañana de cachemira, de hermoso color azul cielo, una rebeca, un sombrerito verde, dos pares de zapatos, un abanico de marfil y un bolso de mano con joyas de cuentas. También había ropas más íntimas, que hicieron que Miranda se sintiera algo avergonzada y confusa: un salto de cama de muselina y diseño floreado, ropa interior de lino con adornos, enaguas, camisolas y hasta un corsé de ballenas.

—¿Pero como ha podido el señor Van Ryn…? Quiero decir, que es imposible que él haya mandado comprar todas estas cosas… —exclamó la chica, que se había puesto colorada como un tomate debido a la naturaleza de las prendas que Magda, con flema más británica que holandesa, iba colocando sobre la cama. De todos modos, Miranda estaba encantada por la delicadeza de las mismas.

Magda le dirigió una mirada de desdén.

—¿Cómo se le puede ocurrir que el señor dedique ni un segundo de su tiempo a estos asuntos? Se limitó a enviar una nota a *madame* Duclos, de Nueva York. El verano pasado acogimos a una huérfana francesa de Nueva Orleans e hizo exactamente lo mismo.

—¡Ah! —dijo Miranda, sonrojándose todavía más intensamente. Así que en el regalo había un punto de caridad ciertamente desagradable, por lo que su orgullosa ascendencia yanqui le hizo sentirse algo ofendida, cosa que le sorprendió. Además, ¿era apropiado aceptar este tipo de prendas como regalo de un hombre,

aunque se tratara de su primo? Inmediatamente se dijo a sí misma que era una estupidez. Él se enfadaría mucho si las rechazara, o si supiera que se había sentido por un momento ofendida debido al regalo. Pensaría que era una paleta, una estúpida. Además, la ropa era preciosa. Acarició el suave tejido de satén del vestido de noche y se quedó fascinada al descubrir que bajo sus grandes y pesados pliegues había un enorme aro que le daba forma. ¡Cuántas tantas veces había soñado con ropa como aquella!

Sin ninguna duda, *madame* Duclos había cumplido con creces el encargo que le había hecho Nicholas: «Envíe un guardarropa inicial completo para una dama joven, de pelo claro, alta, y con las medidas que se acompañan en nota aparte».

La modista había incluido una caja acolchada muy elegante que contenía acondicionador de pelo *Sirop de Boubie,* de la marca Guerlain, que garantizaba «la mejora del brillo y la textura de cualquier tipo de cabello», además, enjuague de boca a base de raíz de lirio, polvos de arroz y un frasco de perfume de heliotropo.

—¡Huele igual que el jardincito de flores de mamá en una noche de verano! —exclamó Miranda al aspirar el aroma del frasco—. ¡Oh, Magda, todo es magnífico, maravilloso!

La mujer no contestó, se limitó a recoger la lencería y a llevarla al armario para colocarla ordenadamente en los cajones. Los anchos hombros de Magda, cubiertos por un basto y severo vestido negro, combinaban perfectamente con su rígida desaprobación.

—¿Por qué no te caigo bien, Magda? —exclamó la chica impulsivamente—. ¿He hecho algo malo?

La mujer se incorporó de inmediato.

—No me compete formar una opinión sobre nada ni nadie, ni que me guste o me disguste. *Mevrouw* está esperando. —A veces se refería a Johanna como «la señora» en holandés. Cerró el último cajón y salió de la habitación, en dirección a la de su ama.

Miranda pensó que probablemente la criada se portaba de esa manera tan fría y poco amigable con ella porque a quien no le gustaba era a Johanna, que parecía confundida y también algo molesta. Sin embargo, no estaba del todo segura de que disgustara a Johanna, que en las escasas ocasiones en las que se dirigía a ella, lo hacía con fría y vaga amabilidad. Miranda la comparaba con un nabo, un nabo grueso y blanco, y se olvidó inmediatamente de ella cuando decidió probarse el vestido de seda verde. Le sentaba perfectamente: el corpiño realzaba sus pequeños pechos y se ajustaba a la escasa cintura. También colocó las ballenas del vestido de baile a la falda. Si la piel y el pelo eran bonitos y lustrosos

incluso con el viejo vestido de lana, el contraste con la seda verde era deslumbrante. El color realzaba sus rizos dorados y parecía extraer un brillo nuevo a sus ojos de color miel.

Quizá, con un poco de suerte, podría encontrarse a solas con Nicholas en el piso de abajo y agradecerle su amabilidad. Todavía faltaba más o menos media hora para la cena. Se apresuró a bajar, y el frufrú del roce de la seda le dio nuevos ánimos. Levantó la cabeza y contoneó las caderas un poco más de lo habitual para realzar el efecto.

Encontró a Nicholas en la terraza interior en la que trabajaba con sus plantas, examinando una orquídea «zapatilla de dama» que acababa de traer del invernadero. Se volvió y la examinó con detenimiento mientras se acercaba cruzando el comedor.

Mientras la miraba pensó, asombrado, que era absolutamente preciosa. Tenía el cuerpo de una bailarina.

—Primo Nicholas… —empezó tímidamente—, no sé cómo agradecerte esto. Quiero decir, toda esta ropa tan maravillosa me… tú me has hecho muy feliz.

—Me agrada mucho saber lo poco que cuesta hacerte feliz, Miranda.

Generalmente le intimidaba su tono irónico, que apenas reprimía, pero esta noche se sentía envalentonada. Sonrió pensando que a los hombres no solía gustarles que les dieran las gracias, por lo menos, a su padre y a Tom les pasaba eso. Así que se acercó y tocó con mucha suavidad la orquídea de color verde.

—¡Qué flor tan poco habitual! —dijo—. ¿Crece bien aquí?

Cuando la chica inclinó la cabeza sobre el pequeño tiesto de mármol de la orquídea, le llegó un suave perfume que, sin duda, emanaba de los rizos que le caían sobre el cuello. Levantó la mano con intención de acariciarlos, pero inmediatamente cambió de idea y la dejó caer a un lado del cuerpo.

—La orquídea crece bastante bien. ¿Nos sentamos un rato mientras llega la señora Van Ryn? —Indicó el banco de hierro, muy afiligranado, que estaba en la pared sur, rodeado de adelfas e hibiscos. Junto a él, un chorro de agua surgía de la boca de un león y caía sobre una especie de cuenco de alabastro. Todo ello, las plantas, el sonido del agua y los olores, recordaba a la frescura de un bosque.

Miranda pensó que por fin disponía de un rato a solas con él para hablar de lo que le había dicho Zélie la primera noche. No la había vuelto a ver desde aquel inexplicable encuentro nocturno y, afortunadamente, el tiempo había suavizado la extraña sensación

que le produjo, pero seguía sintiendo curiosidad. Así que, con cierta timidez, le preguntó, y Nicholas se volvió rápidamente.

—¿Has visto a Zélie? ¿Dónde?

Se lo explicó con brevedad y evitando hacer referencia a las afirmaciones más fantasiosas de la vieja, que ahora le parecían extremadamente estúpidas.

—¿Te asustó? —preguntó Nicholas, frunciendo el ceño.

—Pues un poco, la verdad, pero ahora ya no sé por qué. Dijo muchas cosas acerca de alguien riéndose en el salón rojo y también sobre que yo traía conmigo… algo malo. Sé que no son más que tonterías —añadió muy rápidamente, esperando que no se riera de ella por sus absurdos temores.

Pero él estaba muy enfadado, en absoluto le divertía escuchar aquello.

—La verdad es que se está poniendo imposible con sus estupideces. No tenía ni idea de que subiera a los pisos de arriba. Hablaré con ella muy en serio.

—¿Pero quién es? —preguntó Miranda, insistiendo a pesar de que tenía claro que él quería dejar el tema.

Nicholas se levantó, dándose cuenta con desagrado de que sus preguntas habían estropeado el pequeño e inhabitual momento de intimidad.

—Esa vieja debe tener por lo menos noventa años, ya va siendo hora de que se muera, y con ella sus estúpidas historias.

A Miranda le asombró la inquina de su tono, pero él siguió, eso sí, más tranquilo y procurando controlar la irritación.

—Mi abuelo, Peter Van Ryn, allá por 1752 se casó con una belleza de Nueva Orleans. Se llamaba Azilde Marie de la Courbete. La trajo aquí, acompañada de Titine, su esclava negra de compañía. Zélie es hija de Titine y de un indio mohicano. Siempre ha vivido aquí, en Dragonwyck.

—Su forma de hablar es muy extraña… —se atrevió a decir Miranda después de un momento, pensando que lo que había escuchado no era en absoluto una explicación.

—Me imagino que a veces utiliza el dialecto criollo que aprendió de su madre.

—No me refiero a eso, sino a las cosas que dice, cosas… siniestras. Y, ahora que me acuerdo, dijo que sería Azilde la que volvería a reírse.

—Hay una historia ridícula que Zélie mantiene viva —explicó Nicholas encogiéndose de hombros—. Azilde no era feliz aquí. Tras el nacimiento de su hijo, ella… —Hizo una pausa—. Murió, y esa es

la base de las estupideces que se ha inventado Zélie y que tienen que ver con un fantasma y una maldición. Y ahora, ¿no podríamos hablar de algo más agradable? ¿Has leído esos ensayos de Addison que te recomendé?

—Todavía no —confesó, mirándolo con gesto de disculpa—. Todavía estoy con *Ivanhoe*. ¡Es una novela estupenda, primo Nicholas!

—Querida niña, eres una romántica incorregible y, si me lo permites, debo decirte que el idioma inglés tiene muchos adjetivos, y más apropiados, además de «estupendo».

No pudo evitar sonrojarse de pura vergüenza, como hacía siempre que la reñía, pero esta vez comprobó con asombrada alegría que su reproche era distinto, que no había censura en el tono, sino una inesperada ligereza y que, aunque se estaba burlando un poco de ella, había calidez en su mirada aguda y azul.

—Tompkins ha dicho que la cena está lista, Nicholas. —Johanna, que jadeaba un poco tras el esfuerzo de bajar las escaleras y buscarlos por la planta baja, estaba de pie junto al arco de entrada de la terraza cubierta.

Pese a que la llamada había sido como una pesada piedra cayendo sobre un estanque de aguas tranquilas, la calidez y la sutil expectativa de ese instante compartido se mantuvieron.

—Siento muchísimo haberte hecho esperar, amor mío —dijo Nicholas con un tono que solo implicaba una disculpa de mera cortesía—. Miranda y yo estábamos hablando de literatura. Su vestido nuevo le sienta muy bien, ¿verdad? *Madame* Duclos ha hecho un buen trabajo.

Johanna se volvió para mirarla, a ella y a su vestido de seda verde. Los rollizos dedos, que cargaban con al menos media docena de magníficos anillos, formaron canales de grasa cuando se agarró una mano con la otra. Volvió de nuevo hacia Nicholas sus pálidos ojos.

—El vestido parece que le sienta muy bien —concluyó Johanna.

Durante las primeras semanas de la estancia de Miranda en Dragonwyck, acudieron a la mansión varios invitados ocasionales, como el matrimonio Newbold, que iba de Nueva York a Saratoga, y el señor Solomon Bronck, un hombre muy corpulento, que era el agente que gestionaba las valiosas posesiones inmobiliarias de Nicholas en Manhattan y que se ocupaba también de sus asuntos legales. Pero solo habían sido visitas relámpago, para un almuerzo o una cena, y Miranda apenas había tenido trato con ellos.

Sin embargo, se acercaba la celebración del 4 de julio en

Dragonwyck que, por lo que le habían dicho, siempre había sido importante, con banquete y baile por la noche y una fiesta campestre al día siguiente. Todas las habitaciones de invitados iban a estar ocupadas por personas cuyos nombres no significaban nada para Miranda, aunque especuló a costa de ellos con mucho entusiasmo, sobre todo en lo que se refería a los invitados de honor, los De Grenier, unos auténticos condes franceses para los que se estaba preparando la *suite* florentina, en el ala norte.

Pese al inevitable incremento de la carga de trabajo y los días de preparación, no se observaba la menor señal de ansiedad en la forma de comportarse de los sirvientes. Tompkins y Magda dirigían las operaciones, se contrataron algunos criados más, procedentes del pueblo y que ya habían servido anteriormente en ocasiones similares, y apenas se escuchaba un ligero rumor procedente de los sótanos a horas inhabituales por tardías. La verdad es que todo resultaba prácticamente indetectable. Por otra parte, era el propio Nicholas quien coordinaba toda la elaborada maquinaria de trabajo, mediante alguna orden ocasional o un breve paseo de inspección. Miranda estaba segura de que el resultado sería que Dragonwyck ofrecería, para aquella celebración, un ambiente suntuoso y de gran lujo. Pero el objetivo no era el de impresionar a sus huéspedes, ni mucho menos, eso habría sido muy vulgar. Era su deseo de perfección lo que gobernaba todo aquel trajín invisible, crear un entorno artísticamente perfecto en la vida real, que era lo que buscaba, a imagen y semejanza de la perfección de un lienzo o de los textos de los que tanto disfrutaba.

La tarde del tres de julio, los De Grenier descendieron del barco, y Miranda se sintió bastante decepcionada. Ella esperaba y pensaba que un noble francés, llegado directamente de la corte de Luis Felipe de Orleans, sería un personaje alto, lánguido y algo arrogante, como el propio Nicholas. Y a la condesa, de la que Miranda había hecho mil elucubraciones, se la había imaginado como una dama con peluca blanca, miriñaques de satén, de una belleza triste que dejara traslucir su alto linaje. Para ser más concretos, pensaba en una especie de copia mejorada, y por supuesto con la cabeza sobre los hombros, de María Antonieta.

La realidad le produjo mucha desilusión. El conde en cuestión era regordete y medio calvo. Más bajo incluso que la propia Miranda y, aunque lucía un gran mostacho, se podía decir que aquel adorno de su rostro era lo único de lo que podía presumir mínimamente. Su cara redonda mostraba continuamente un gesto de diversión. Al parecer, para él la vida siempre resultaba divertida

y había que disfrutarla. Su forma de hablar, en inglés, por supuesto, pues había pasado cinco años en Londres, desbordaba ingenio y, a ojos de Miranda, una franqueza absolutamente sorprendente. Y eso se habría considerado de una gran vulgaridad en cualquiera… menos en un conde francés, claro.

—Bueno, pues como pueden ver, *mes chers amis* —explicó el pequeño francés mientras se sentaban a cenar—, no soy en absoluto un aristócrata de *l'ancien regime*. ¡En realidad somos unos *parvenus,* o sea, unos advenedizos! El bueno de Luis Felipe ha premiado a mi familia por algunos… pequeños servicios que le hemos prestado. Nuestra única conexión con los Borbones quizá solo sea una pequeña y preciosa lechera del Midi que un día llamó la atención del viejo Luis. Bueno, la verdad es que captó algo más que su atención… *parbleu!* —dijo el conde lanzando una risotada.

Miranda bajó los ojos, observando el plato con atención. Seguro que el conde no quería decir que… Pero entonces, ¿qué era lo que había querido decir?

La condesa era una mujer pequeña y también rechoncha que no hablaba ni una palabra de inglés y se limitaba a escuchar a su marido, siempre con una tolerante sonrisa en la boca.

—Tiene usted una hacienda *magnifique*, *mon cher* —dijo el conde, dirigiéndose a Nicholas—. De un lujo que resulta sorprendente encontrar en un país tan nuevo; y su cocina, señora… —En ese momento miró a Johanna, paseó los ojos por la inmensidad de su vestido de seda azul—. Su cocina es soberbia —concluyó, juntando los dedos índice y pulgar y besándoselos sonoramente.

—Conde —dijo Johanna, dejando por un momento el tenedor junto a los platos—, ¿es cierto que en su país comen ancas de rana y caracoles? —Lo preguntó con mucha seriedad y, al observar que su interlocutor asentía, pues tenía la boca llena, puso cara de horror—. ¡Qué extraordinario!

—Tan extraordinario, amor mío, como nuestra afición a comer sesos de cordero o huevas de pescado —dijo Nicholas.

El conde miró a su alrededor. Se dio cuenta con cierta sorpresa de que ahí había algo interesante. Pensó que su anfitrión era muy cortés con su esposa… demasiado cortés. Y también que había una violencia reprimida bajo su aparente calma. Se produjo un silencio mientras le retiraban la *mousse* de cangrejo y le servían el paté de faisán. El conde dio un sorbo del excelente tinto Romanée-Conti mientras reflexionaba con gran interés sobre la situación.

En la cabecera de la mesa se sentaba el tal Nicholas Van Ryn, a

quien había conocido en París hacía dos años, y cuya invitación había aceptado encantado, ya que le apetecía mucho valorar *in situ* el nuevo país que se estaba desarrollando con tanta pujanza. En Nueva York ya se había dado cuenta de la histérica y pintoresca idolatría que provocaba la presencia de los europeos con un título nobiliario. Se había esperado algo parecido en casa de los Van Ryn, pero enseguida se dio cuenta de que los había juzgado mal.

El hombre era un *grand seigneur,* tan contenido como lo podría ser un Talleyrand o un Lamballe, y ni sus posesiones ni su forma de comportarse desmerecían en absoluto de los de los citados. El mero hecho de poseer tierras por herencia no parecía ser suficiente para producir un auténtico «noble» en un país que pregonaba a los cuatro vientos y de forma extremadamente beligerante la perfección de su sistema democrático. Así que dedujo que el individuo quizá fuera producto de un anacronismo. Observó durante un rato a Nicholas, que conversaba con la condesa en un francés muy cuidado. Decididamente, tenía muy buen aspecto y seguramente a las mujeres les resultara muy atractivo, salvo por el hecho de que desprendía mucha frialdad, probablemente por ausencia de sentimiento. No obstante, sí que podría guardar algo de pasión, eso sí, muy controlada y escondida. Había sensualidad en esa boca llena, aunque habitualmente estuviera apretada.

Su pensamiento le llevó a observar una vez más a Johanna. ¡Esa mujer era una vaca! Seguro que en la cama no era capaz de procurar ni la más mínima satisfacción. En consecuencia, Van Ryn tenía que tener una amante, aunque el conde ya se había dado cuenta de que esos asuntos se trataban de una manera diferente en América. Eran muy mojigatos en ese aspecto; puede que su sangre británica, o en este caso holandesa, careciera de la vehemencia amorosa de la tradición mediterránea.

—Miranda —dijo Nicholas de repente, interrumpiendo los pensamientos del noble francés—, después de la cena, ¿me harías el favor de traer para la condesa ese libro del señor Cooper que creo que estás leyendo? Le apetece echarle un vistazo.

—Por supuesto, primo Nicholas —contestó la chica levantando la mirada.

—*Sapristi!* —exclamó el conde para sí mismo, y le costó mucho no hacerlo en voz alta. Había olvidado por completo la presencia de esa joven. Johanna se la había presentado, indicando que era una especie de institutriz o gobernanta o algo así. Por otra parte, era muy joven, casi una niña. Estaba sentada en el extremo de la mesa, medio escondida entre las sombras, y hasta ese momento no había

abierto la boca. Y las cuatro palabras que acababa de pronunciar no revelaban nada, pero el gesto inconsciente de su mirada cuando se dirigió a Nicholas sí que reveló cosas, ¡por supuesto que sí! Y es que el conde se dio cuenta de que *cette petite* era realmente encantadora, y moviendo un poco la cabeza para que el gran centro de rosas no le impidiera la visión, se dio cuenta de que la chica estaba muy cerca de enamorarse perdidamente del «primo Nicholas», si es que no lo estaba ya.

Seguramente aún no lo sabía, ni ninguno de los otros. ¡Qué rara era esta gente! Pensó sonriendo que la gorda debería estar atenta a los acontecimientos. Antes de hablar de nuevo, se mojó un poco los labios con la lengua.

—Estoy ansioso por participar *qui vive* en su gran celebración del 4 de julio de mañana. ¿Cuál es el programa del día, *monsieur*?

Nicholas, rápido a la hora de mostrar su cortesía, se volvió hacia su invitado.

—Por la mañana damos una pequeña fiesta para mis arrendatarios, me temo que tendrá que soportar un pequeño discurso que debo pronunciar, pues es una tradición.

—¿Un discurso patriótico? —preguntó el conde sonriendo—. Será un placer.

—Al final de la tarde —continuó Nicholas, tras inclinar la cabeza con gesto de diversión ante el comentario del conde—, habrá un banquete, seguido de un pequeño baile. Hemos invitado a algunos vecinos que tendrán el placer de conocerles.

—Para nosotros también será un placer, *monsieur*. ¡Además soy un *passsionée* del baile! En realidad lo único que hago es dar botes como una pelota de gutapercha, pero me lo paso bien, que es lo que cuenta. A usted también le debe de encantar el baile, señorita. —Se dirigió deliberadamente a Miranda, que inmediatamente se ruborizó.

—No… No lo sé —respondió, bastante sorprendida por la súbita pregunta—. Me temo que no sé bailar bien. Nunca he bailado ni la polca ni el vals. De hecho, creo que ni siquiera acudiré al baile.

—Yo creo que Miranda debería quedarse con Katrine —intervino Johanna—. Seguro que la niña se asusta con la presencia de tanta gente en la casa y con el ruido.

—Cualquiera de las sirvientas puede sentarse al lado de Katrine y cuidarla —terció Nicholas—. ¡Por supuesto que Miranda tiene que acudir al baile! Seguro que aprende los pasos muy deprisa.

—Bueno, la verdad es que da lo mismo —concedió Johanna con displicencia, metiendo la cuchara en el helado de vainilla.

El conde asintió para sí, pensando que, después de todo, la gorda no era del todo estúpida, pues había intentado minimizar a la joven, manteniéndola en su lugar. Pero el primo Nicholas acudió presto al rescate, y los ojos de *mademoiselle* brillaron de agradecimiento. De momento, todo era instintivo. Y la señora quizá era demasiado vaga y engreída como para darse cuenta de lo que estaba a punto de pasar. Y, por su parte, *monsieur* estaba demasiado atado a las riendas de su alta posición como para permitirse a sí mismo darse cuenta. Y por lo que se refería a la pequeña, aún no había despertado. Todavía era un pequeño animalito.

Cuando se levantaron, el conde escrutó a Miranda con sus bien entrenados ojos, admirando sus miembros, largos, delgados y proporcionados, los pequeños pero altos pechos, realzados por el corpiño, y la suavidad de su piel. Le gustaba ese tipo de mujer, con ese pelo, que él denominaba *blond-cendré,* y ese cutis. Y le encantaba especialmente el pequeño lunar de la comisura izquierda de los labios, así como la nariz respingona. Esas características en una mujer solían implicar una extrema pasión. Suspiró pensando en que le gustaría ser quien la despertara…

Siguió observando su cuerpo, lleno de gracia y elegancia, mientras seguía a las damas para salir del comedor, caminaba a la altura de Nicholas. Su inocencia y juventud le conmovieron. «*Pauvre petite!*», pensó. Él podría enseñarle las maravillosas artes del amor con una ternura que jamás obtendría de ese Nicholas, pese a su atractivo y a sus excelentes modales. Pero, de inmediato, el conde recuperó su habitual sentido del humor. Las complicaciones sentimentales que estaban a punto de estallar en esa casa como una tormenta de verano no eran de su incumbencia.

Se preparó para tomar un oporto de calidad superlativa y para conversar con su anfitrión, que ya le había demostrado que tenía amplios conocimientos sobre muchísimos temas, y que además los expresaba muy bien. Hablaron de asuntos internacionales, como la guerra que sufría Francia en Marruecos, la recién alcanzada paz entre Inglaterra y China y la fundación de la Iglesia Católica de Alemania. Pasaron rápidamente por encima de la propuesta de anexión de Texas por los Estados Unidos y las posibilidades de que James K. Polk accediera a la presidencia del país tras las ya próximas elecciones. Con respecto a ese asunto, el conde no tenía una opinión excesivamente formada, por lo que Nicholas, con mucho tacto, pasó a hablar de ciencia y tecnología, a las que el francés era muy aficionado, sin llegar a ser un estudioso.

—¡Qué cantidad de maravillas hemos presenciado durante los

últimos años! —exclamó Nicholas con lo que parecía ser un entusiasmo real—. La máquina de vapor, el telégrafo, el daguerrotipo, el uso de ese gas nuevo para la iluminación, cuyo olor me parece horrible, por cierto…

—Sin duda —dijo el conde, mirando a su alrededor; la habitación estaba iluminada por grandes velas que, colocadas en lugares estratégicos, aportaban puntos de suave luz amarilla—. Usted no tiene aquí ninguna de esas lámparas. La verdad es que pensaba que en una mansión como esta, que es un verdadero palacio, habría dado uso a todos los avances modernos.

—Para mí no existe la belleza sin el misterio y las sombras. Hay un joven escritor estadounidense, Edgar Allan Poe, con cuyos escritos me identifico absolutamente. ¿Ha leído algún libro suyo?

El conde contestó negativamente, y Nicholas continuó.

—Pues estoy convencido de que, antes o después, lo hará. Creo que es un genio. Alguna vez iré a verlo para decírselo en persona. Escuche…

Y Nicholas empezó a recitar:

> —Por una senda oscura y solitaria,
> frecuentada solo por ángeles perversos,
> bajo el humor maligno de la luna,
> más allá de las órbitas del tiempo,
> llego a la Tule brumosa,
> al tenebroso imperio
> donde un fantasma rígido, la Noche,
> reina en su trono milenario y negro,
> fuera del espacio y del tiempo.[1]

Hacia el final del poema su voz empezó a vibrar en un tono más profundo, aportando un tono musical que realmente impresionó al conde, pese a que normalmente no le gustaba estar sentado escuchando recitales poéticos. ¿Quién podía imaginar que *monsieur* guardara dentro de sí tanta intensidad dramática, o una admiración tan grande por el misticismo macabro?

—*Tiens!* —exclamó con voz queda—. Es capaz de crear una atmósfera inquietante con solo una estrofa. La verdad es que no es demasiado alegre, no, pero sí exquisito, *mon ami,* exquisito de verdad. ¿De qué trata todo eso, la senda oscura, el humor maligno, el tenebroso imperio, tanta brumosa melancolía?

Nicholas se echó hacia atrás, cruzó las piernas y le ofreció un cigarro a su invitado.

—*Ne me demandez pas des énigmes* —dijo Nicholas con tono intrascendente. Se arrepintió por haber exhibido aunque solo fuera una mínima parte de sus emociones más íntimas. Se había visto arrastrado a ello porque le resultaba difícil encontrar a alguien que estuviera a su altura intelectual, y había esperado, ahora comprobaba cuan absurdamente, que el conde fuera capaz de entenderle.

—¿Cuál es la opinión en Francia acerca de esos experimentos que se están realizando con el éter? —preguntó, cambiando de tema.

—¡Ah, lo cierto es que eso es un verdadero milagro! Si de verdad funciona, ahorrará mucho dolor.

—Y permitirá una muerte más sencilla para aquellos que la merezcan.

El conde lo miró asombrado.

—¿Qué demonios quiere decir con eso de «aquellos que la merezcan»?

En ese preciso momento, Tompkins entró en la habitación y rellenó las copas de oporto. Nicholas esperó para contestar hasta que el mayordomo se fue.

—Creo que la muerte es algo inherente a la vida y que todos tenemos la que corresponde a nuestra naturaleza. Los mediocres mueren en la cama, el mismo sitio en el que empieza su vida. Sin embargo, para los valientes la muerte es una aventura más, aunque eso sí, la última.

—¡Ah! ¿Quiere decir que los que son asesinados es porque se lo merecen?

Nicholas mantuvo la mirada de su interlocutor durante un momento.

—Es posible —respondió finalmente—. En lo que se refiere a lo que habitualmente se piensa sobre la muerte, hay mucha necedad y sentimentalismo, demasiados lugares comunes. Sería mucho mejor para la raza humana que los feos y los inútiles fueran eliminados sin contemplaciones.

—¡Pero *monsieur!* —protestó el conde, aunque riendo—. Eso que dice es una barbaridad. ¿Y quién decidiría hasta qué punto uno es feo o inútil, tanto como para merecer la muerte? ¿Quién se atrevería a hacerlo?

Nicholas alzó la copa y dio un sorbo.

—Si surgiera la ocasión, le aseguro que yo me atrevería.

El conde tragó saliva. Las velas empezaban a consumirse, algunas de ellas apenas daban ya luz. Los rincones de la habitación

estaban en penumbra, pero la escasa luz iluminaba perfectamente el rostro duro e impasible de su anfitrión. El conde hizo la señal de la cruz de forma inadvertida para Nicholas, e inmediatamente se sintió avergonzado por el gesto. Solo se trataba del tipo de charla inmadura y atea que también se podía escuchar en los salones de París, entre jóvenes ricos y sofisticados. Pero, en cualquier caso, se sintió incómodo.

Se produjo un corto silencio. A través de la puerta cerrada, procedentes del salón de música, llegaban los acordes de una gavota. Su esposa debía de estar tocando el piano, para entretenimiento de la pareja tan poco coherente de mujeres que la acompañaban. Pensó que la pobre Marie Louise debía de estar aburriéndose mortalmente, junto a dos personas que no hablaban su lengua, ni ella la suya. Le apeteció salir y unirse a ellas. Pero Nicholas, por una vez sin atender a los deseos de su huésped, no hizo ademán de moverse. Se quedó sentado, tocando abstraídamente una de las rosas que había enviado *madame* Desprez, que se había caído del ramo que adornaba la mesa de centro.

El conde se aclaró la garganta para sacar un tema de conversación que pensaba que podría ser agradable.

—Tiene usted una magnífica hacienda para dejársela en herencia a sus hijos, *monsieur*.

Nicholas dejó la rosa sobre la mesa.

—Yo no tengo hijos.

—Eh, bien, ya llegarán. Hay mucho tiempo por delante —se apresuró a decir el conde. Pero Nicholas volvió la cabeza lentamente para mirarlo a los ojos.

—Usted ha visto a mi esposa. ¿De verdad cree que podría darme hijos?

«*Quelle question extraordinaire!*», pensó para sí el conde, absolutamente desconcertado. Pero pensó que debía contestar algo, lo que fuera.

—Lo cierto es que la señora Van Ryn está ciertamente, digamos, sobrealimentada, o incluso podríamos decir que obesa, pero eso no importa para lo que nos ocupa. Mire, la marquesa de Laon pesa noventa kilos y tiene ocho hijos, todos varones. No hay que desanimarse y, si algo va mal, si se sufre alguna *petite maladie,* lo normal es que se pueda solventar con facilidad. Ustedes tienen muy buenos médicos aquí… o al menos eso creo. —Se detuvo, asombrado al ver las expresiones que, a toda velocidad, se iban dibujando en el rostro de su interlocutor. Por un momento llegó a

pensar que se debían a los cambios de intensidad de la iluminación de las velas.

—Johanna no va a tener más hijos —afirmó Nicholas al tiempo que se levantaba—. Creo que ha mostrado interés por mis adelfas persas —añadió en tono informal—. ¿Le gustaría echar un vistazo según vamos a reunirnos con las damas?

Mientras admiraba en silencio las hermosas flores, el conde no paraba de hacer nuevas conjeturas, al tiempo que recolocaba las piezas de la peculiar conversación como si fueran las de un rompecabezas. ¿Acaso su anfitrión encontraba a su mujer tan repugnante como para no tener la menor intención de acostarse más con ella? ¿Sería eso lo que había querido decir? La verdad es que la gorda no tenía ningún atractivo, pero cuando uno desea, o hasta necesita, tener hijos varones legítimos, esas «dificultades» deben soslayarse en aras de un bien mayor. Siempre existe la posibilidad de tener un romance secreto, una vez que se ha cumplido con el deber. Dado que se trataba de un hombre más mayor, y por tanto más experimentado, quizá fuera su obligación indicárselo a *monsieur* Van Ryn al día siguiente, en cuanto tuviera la oportunidad de hacerlo.

Pero la oportunidad en cuestión no se presentó. Nicholas se había permitido el lujo de hacer confidencias muy personales al conde, mucho más que a cualquier otra persona en muchísimos años, y ahora se arrepentía de haberse mostrado tan débil.

Cuando la condesa agotó su repertorio, las damas se retiraron al salón verde, y allí se reunieron con ellas los dos caballeros. Después de sentarse junto a la condesa y charlar un rato con ella en un académico francés, Nicholas hizo algo que siempre procuraba evitar: volvió la mirada y la posó deliberadamente en su esposa.

Observó su intento de responder a las pequeñas bromas del francés mientras intentaba controlar los bostezos que siempre profería después de la cena. Se dio cuenta de cómo su pelo caía lacio y sin brillo sobre sus descomunales hombros, pese a los esfuerzos de Magda para lograr rizárselo, aunque fuera mínimamente, y vio cómo, entre los mechones, asomaba el cuero cabelludo de un horrendo color rosa. También se dio cuenta del torpe y patoso toque de coquetería con el que había intentado mejorar su aspecto, aplicándose algo de colorete en las mejillas e intentando oscurecer las pestañas con un lápiz. Los resultados eran desastrosos.

Bajó los ojos para mirar el pecho, excesivo y bamboleante, embutido en el corpiño de satén. Aquel día llevaba los diamantes de

la familia Van Ryn, un delicado collar de piedras rosadas que Pieter Van Ryn le había regalado a Azilde. Eran unos diamantes magníficos, pero en su cuello apenas mostraban su esplendor. Como ocurría con todo lo que tocaba Johanna, pensó Nicholas, a quien le daba la impresión de que, debido a un siniestro proceso alquímico, hacía que las joyas y adornos más extraordinarios se volvieran feos y poco lustrosos.

Ya ni recordaba, ni quería recordar, que no siempre había mirado a su esposa con ese desprecio, carente por completo de ternura y cariño.

En su boda, hacía siete años ya, estaba algo rolliza, pero era pasablemente guapa. Aunque era dos años mayor que él y su carácter era bastante plano, poseía cierto atractivo. Era tranquila, de buena familia y exquisita educación, y de ascendencia holandesa, tan tradicional y noble como la suya propia.

Cuando regresó del gran viaje, tras el que se encontró convertido en un huérfano total, pues su madre había fallecido cuando él tenía doce años, Nicholas había descubierto entre los papeles de su padre la designación de Johanna Van Tappen como la elección adecuada para convertirse en señora de la hacienda. Siguiendo esa orden póstuma, le había hecho la corte, sin pasión, pero tampoco a regañadientes. Así que se casaron, pero el gran cambio se produjo tras el nacimiento de Katrine. El sexo del bebé le produjo cierto disgusto en un primer momento, pero la comprobación de que, tras el difícil parto, Johanna ya no era fértil, pasó por una época de distanciamiento frío que, con el paso del tiempo, cristalizó en repulsión física. Llevaban tres años sin compartir lecho, y durante ese tiempo ella se convirtió en la ruina que ahora era.

No obstante, se trataba de su esposa, de la señora de Dragonwyck, así que, debido a su posición, el respeto y la cortesía eran un comportamiento obligado por su parte e independiente de cualquier otra consideración.

Contestó a la condesa, que se había lanzado a explicar las excelencias de sus hijos, su belleza y su *sagesse,* y dándose cuenta de que, en lo que se refería a ese tema, lo que la mujer deseaba era simplemente que la escucharan, Nicholas volvió la cabeza aproximadamente medio centímetro. Eso le bastó para fijar la vista en Miranda.

Estaba sentada en el otro extremo de la habitación, con la cabeza inclinada sobre los aros de bordar en los que Johanna había estado trabajando para elaborar el pañuelo con sus iniciales. El cambio lo había propuesto el propio Nicholas, pues al darse cuenta

de que Miranda era tan hábil con la aguja como torpe era Johanna, había comentado que sería una tontería que su mujer siguiera perdiendo el tiempo con eso, siempre y cuando Miranda fuera tan amable de encargarse de ello. Por supuesto, la chica lo hizo encantada y se sintió extraordinariamente orgullosa del resultado de su trabajo, de la exquisitez de las letras bordadas y de la limpieza del acabado. Y todo eso pese al terrible inicio de Johanna, que casi logra eclipsar por completo su talento para acabar la labor.

Gracias al aplique de plata situado en la pared, directamente sobre la cabeza de Miranda, la luz de la vela le iluminaba el pelo, dándole un tono dorado rojizo. El color y la textura de su cabello volvieron a producirle a Nicholas una sensación de placer que era algo más profundo que la simple admiración, y en la que se entremezclaban la voluptuosidad y el gusto. Nunca se había parado a pensar cuál era el origen de tal sensación. La introspección no era una de sus características personales.

Continuó con la contemplación del perfecto óvalo que formaba la cara de la chica, ahora inclinada sobre la labor, el cuello largo y blanco y la lozanía de sus clavículas, al tiempo que los dedos, largos y firmes, continuaban manejando las agujas de bordar y la seda, que tenía un aspecto muy parecido al de su piel. Apenas había participado en la conversación, dada su juventud y lo anómalo de su presencia en la casa. En ese momento, su imaginación volaba a propósito del entusiasmo que le producía el baile del día siguiente.

De repente, y como si fuera una reacción a la mirada mantenida de Nicholas, alzó los ojos y lo miró. Sintió una conmoción interna. El corazón empezó a latirle más despacio, pero con golpes potentes y hasta sonoros. Solo se miraron a los ojos durante un segundo, hasta que Nicholas se volvió hacia la condesa.

—¡Ah, eso es de lo más interesante, señora! Cuénteme más cosas acerca de su adorable Blaise.

Pero Miranda se dio cuenta de que, pese a la aparente trivialidad del incidente, lo que se había producido era un cataclismo. La naturaleza de la relación entre ellos había cambiado, alcanzando un punto de no retorno.

Esa noche soñó que su padre iba a buscarla a Dragonwyck y que corría a abrazarle con un gozoso afecto que, en realidad, nunca había sentido por él.

«He venido para llevarte a casa, mi niña», dijo mientras la acariciaba. Y ella se colgó de él, llorando de alegría, aunque en realidad era incapaz de marcharse. Durante un rato luchó frenéticamente, mientras su padre intentaba tirar de ella, envuelto

en las sombras del río. Después miró hacia abajo y vio que su cuerpo estaba encadenado, joyas entrelazadas le impedían moverse.

«¡Ya ves que no puedo liberarme!», gritó. «¡Estoy encadenada!». La cara de su padre enrojeció de cólera.

«¡Sabes que, si lo intentas de verdad, puedes librarte de esas cadenas! ¡Pero tienes que luchar!», le gritó.

Negó con la cabeza y él desapareció. Inmediatamente después, las cadenas se volvieron ligeras como nubes. Las recogió entre las manos y le entraron ganas de besar las joyas, pero al hacerlo la invadió un miedo atroz, tan repentino e intenso que se despertó.

Durante un rato estuvo temblando en la cama, pero en cuanto la luz empezó a invadir su habitación, con la que ya se había familiarizado, volvió a sentirse segura y a salvo. Dirigió la mirada a su alrededor, y todos los intensos temores de la pesadilla se convirtieron en lo que realmente eran: un conjunto de muebles magnífico, cómodo y de gran elegancia. Los primeros rayos del sol del verano se filtraban desde las distantes Taghkanic Mountains y llegaban a las ventanas. Se levantó y miró por una de ellas. Los montes Catskill parecían estar muy cercanos, se distinguían perfectamente. También podía ver nítidamente algunos tejados de casas, salpicando el paisaje aquí y allá, a lo largo del curso del río en dirección a Coxsackie. Las aguas del Hudson eran de un color azul brillante, solo interrumpido por una gran goleta que navegaba en dirección a Albany.

En el vasto prado se habían alzado pabellones decorados con banderines rojos, azules y blancos, bajo los que se habían colocado mesas de merienda. Durante la noche también se había levantado un tiovivo. Desde un bosquecillo de abetos enanos, algo más alejado, llegaban los sonidos de una flauta y de un organillo con los que los músicos populares estaban practicando.

Sin duda, iba a ser una jornada muy festiva y alegre.

1 N. del Trad.: Traducción libre de Luis Palés Matos.

Capítulo 5

Aquella mañana, el desayuno fue muy apresurado y en todo momento se hizo presente la gran confusión que reinaba en el exterior de la casa. Estaban empezando a llegar los arrendatarios de Nicholas, montados en sus ruidosos carros de granja, y se oía también el relincho constante de los enormes percherones de carga, los gritos de los hombres, la charla excitada y alegre de los niños, que lanzaban exclamaciones de alegría al ver el tiovivo y los pabellones para la comida campestre, el cacareo de las gallinas y el piar de los pollos, así como el balido de los corderos que habían traído como pago del arrendamiento al patrón.

Era uno de los dos días del año de pago de la renta y, antes del discurso de Nicholas y de la celebración que le seguiría, había que ocuparse del negocio. Se había colocado una plataforma bajo un enorme magnolio y, sobre ella, un sillón, una mesa y varias sillas.

A las diez en punto, Nicholas se subió a la plataforma, acompañado por Dirck Duyckman, su alguacil o guardaespaldas, o lo que fuera, y también por el conde y Miranda. Hacía bastantes años que Johanna había dejado de acudir a esta ceremonia. La aburría, además, no le gustaba que los paletos la miraran boquiabiertos. De hecho, uno de ellos, hacía varios años, había hecho en voz alta un comentario despectivo acerca de su aspecto. El hombre fue castigado, no con la dureza con la que lo habría hecho el abuelo de Nicholas —un día completo de calabozo—, sino de una forma más moderna, con la confiscación de la tierra equivalente a la renta en cuyo pago se había retrasado. De todas formas, Johanna no había vuelto a aparecer los días de pago, no hasta estar segura de que todos los arrendatarios se habían marchado a sus casas.

La condesa también prefirió quedarse en sus aposentos, descansando, pero al conde le apetecía contemplar esta costumbre, claramente feudal y, por lo que se refería a Miranda, a ella siempre

le apetecía estar cerca de Nicholas y tomar parte en la vida de Dragonwyck, siempre que se la invitara a hacerlo, por supuesto.

Nicholas se sentó en el tradicional sillón correspondiente al dueño de las tierras cedidas en arriendo, denominado el «sillón de la renta», que era de madera de roble, ennegrecida por el paso del tiempo. De hecho, lo había traído de Holanda el primer patrón y, desde su llegada, se había utilizado en exclusiva para este singular propósito. El alguacil se colocó al lado de Nicholas, sosteniendo un libro de contabilidad estampado en oro. Antes de hablar, cosa que hizo con tono muy ceremonioso, se aclaró la garganta.

—Que los arrendatarios se acerquen en fila de a uno para hacer sus pagos. ¡El patrón está preparado!

La multitud de granjeros, que se habían mantenido detrás de una cuerda extendida al final del prado, empezó a removerse, quitándose el sombrero tímidamente y colocándose en un orden que parecía bien establecido y conocido. Dos de los criados de los Van Ryn bajaron la cuerda.

Un hombrecillo arrugado, vestido con ropa hecha en casa y muy remendada, se acercó con dos gansos y un irregular saco de patatas.

—Tom Wilson —dijo el alguacil, ayudándose con el dedo para encontrar el nombre en la página del libro—. De la granja Hollow, en la carretera norte. Aves de corral y patatas. Correcto —dijo, aunque echó una mirada crítica a los gansos—. Estas aves son bastante pequeñas, Tom. ¿No podías haber traído otras mejores?

El granjero negó con la cabeza y le lanzó una mirada ansiosa a Nicholas, que se mantenía sentado y observando con mucha atención.

—No, señor, no me ha sido posible. Se me ha estropeado parte del maíz y las cosechas han sido escasas hasta ahora. No ha llovido lo suficiente. Además, mi mujer se hace mayor y ha estado muy enferma. Ya no es capaz de alimentar a las aves como antes.

Nicholas se inclinó hacia delante.

—Siento escuchar eso, Tom. ¿Ha ido al médico?

—No, señor. No le gusta ir al médico, dice que no le serviría de nada. Piensa que alguien le ha echado una maldición. Quizá la vieja Molly Clabber, que vive un poco más abajo, cerca de la carretera.

—¡Tonterías! —dijo Nicholas—. Si está enferma necesita ir al médico. Duyckman, cuando acabemos hazte cargo de esto, y después me cuentas.

El alguacil asintió muy serio.

—Gracias, señor —dijo Tom Wilson dubitativamente y tocándose la frente. Depositó los gansos y el saco de patatas sobre

una enorme lona que había a la derecha de la plataforma y se dirigió hacia un barril de cerveza que se había colocado allí para uso de los arrendatarios.

El alguacil volvió a hablar y se acercó otro granjero. El proceso siguió avanzando lentamente. Jed Ribling llevó un cordero lechal, una pierna de cerdo y un saco de harina de maíz, para cuya elaboración había utilizado el molino de agua cercano al pueblo. Sus entregas se anotaron en el libro y se colocaron sobre la lona. Inmediatamente, se unió a Tom Wilson junto al barril de cerveza.

La fila avanzaba, se iban escuchando apellidos holandeses, ingleses y, muy de vez en cuando, alguno alemán. Nicholas se dirigió a todos y cada uno de ellos, preguntándoles por sus familias o interesándose por la calidad de las cosechas del año.

Desde su lugar, en el extremo de la plataforma, Miranda lo observaba sobrecogida, impresionada por su infalible memoria para los nombres y las circunstancias de cada cual, por el detallado conocimiento de sus granjas y por la habilidad que desplegaba para decirle a cada uno de ellos las palabras más adecuadas.

—*Ma foi,* es como un joven rey —susurró el conde, inclinándose hacia ella para que nadie más le escuchara—. Aunque la verdad es que nunca he visto a un rey tan guapo.

—¡Oh, sí! —susurró a su vez Miranda con entusiasmo—. ¡Es verdad, es como un rey!, ¿a que sí? ¡No me extraña que lo admiren tanto!

El conde contuvo una sonrisa. No estaba ni mucho menos seguro de que todos los arrendatarios de la fila que iban depositando sus gansos, sus pollos, sus corderos y sus verduras admiraran tanto al patrón como Miranda; más bien pensaba lo contrario. Había notado alguna que otra mirada de inquina, y varios se habían abstenido de corresponder con una sonrisa, o con un simple saludo, al innegable encanto del patrón y a su trato de evidente aire de superioridad. Pero siguieron el proceso con mucha más docilidad que la que él podía haber esperado. Por otra parte, la fiesta había empezado: los jóvenes danzaban siguiendo con más o menos arte la música de las flautas y el organillo. El tiovivo, movido por un enorme caballo, se había llenado de niños que daban vueltas absolutamente felices y encantados. Los criados rellenaban continuamente jarras de cerveza y no paraban de ir y venir de la casa al prado y viceversa. La pista de bolos era la diversión más solicitada y, un poco más allá, en las cercanías del seto de aligustres que separaba la zona de la fiesta de los prados privados más cercanos a la casa, se jugaba a las tabas, seguramente con cruces de apuestas.

Ya solo faltaba una media docena de arrendatarios y Miranda, que había perdido un poco el interés, se preguntaba si resultaría adecuado unirse a la fiesta, en la que se desplegaba más alegría y diversión que la que había vivido en toda su vida. Pero, de repente, se dio la vuelta, sorprendida por una pequeña conmoción que se había producido mientras estaba distraída.

Un granjero alto, de unos treinta años, permanecía de pie frente a la plataforma, sin subir a ella, con las manos en los bolsillos y la mandíbula apretada y desafiante.

—Klaas Beecker, dos fanegas de trigo de invierno y… —empezó el alguacil, pero enseguida se detuvo—. ¡Quítese el sombrero delante del patrón, granjero!

Klaas alzó las manos, rojas y llenas de mugre, se apretó el sombrero todavía más.

—Yo no me quito el sombrero delante de nadie. Soy un ciudadano estadounidense libre.

—Quítate el sombrero o te lo quito yo de un golpe —espetó el alguacil, levantándose. La tripa le temblaba por el enfado—. Y, además, ¿dónde está tu renta?

Klaas le dio la espalda al alguacil. Sus ojos, pequeños y entrecerrados, se centraron en la cara de Nicholas con una malignidad que asustó a Miranda. La chica no tenía ni la menor idea acerca de qué era lo que estaba pasando. El conde adelantó la silla, encantado de que el incidente pusiera un poco de chispa al aburrido proceso.

—No le he traído ninguna renta, Nicholas Van Ryn —espetó Klaas con aspereza—. Y le aseguro que, a partir de ahora, no recibirá de mí ni un simple grano de trigo.

Nicholas alzó mínimamente las cejas, salvo por el hecho de que frunció ligeramente los labios, parecía mantener absolutamente la calma.

—¿En serio? —dijo con tono agradable—. ¿Y lo que propone es trabajar mis tierras, quedarse con todo lo que producen y gozar de los muchos privilegios que se le permiten sin entregar nada a cambio?

Klaas torció los labios, hizo un gesto de enfado y se volvió hacia el pequeño grupo de granjeros que todavía estaban detrás de él.

—¿Le habéis escuchado, amigos? —gritó—. ¡El maldito patrón! ¡Habla de «sus» tierras! —Se volvió de nuevo hacia él—. En realidad está hablando de mi propia granja, que fue antes de mi padre, y antes del padre de mi padre. La granja Hill ha pertenecido a los Beecker desde hace más de doscientos años, ¡y se atreve a decir que

es suya!

Los hombres a los que se dirigió se removieron inquietos. Uno asintió como para sí y otro apretó los puños, pero todos miraron a Nicholas, que contestó manteniendo un tono calmado y suave.

—Lo que pasa es que esa tierra es mía y lo será siempre. Da igual el tiempo que su familia lleve viviendo en ella, o que usted pretenda seguir haciéndolo. Y, por supuesto, no podrá hacerlo si no paga la justa renta que debe.

—¡Por Dios! Es la mayor injusticia de todos los tiempos. ¡Mi familia y yo hemos pagado varias veces lo que valen esas tierras con la renta de más de doscientos años, y lo sabe! ¡Ahí está usted, en su cómodo sillón, quedándose con los escasos beneficios que conseguimos de la tierra con nuestro sudor, y encima sigue quedándose con las tierras! Unas tierras que nos pertenecen por derecho. ¡No voy a soportarlo más! Y, se lo advierto, hay muchos más que piensan lo mismo que yo. Ya lo comprobará, mi elegante y joven señor.

—Klaas, sé razonable, hombre —intercedió el alguacil tras echar una mirada asustada a Nicholas—. En realidad no tienes ningún derecho sobre las tierras y, además, ten en cuenta todo lo que hace por ti el patrón. La iglesia que ha construido, el molino, las barcazas de transporte de mercancías que pone a vuestra disposición para que podáis poner a la venta vuestros productos en los pueblos y en Nueva York, el médico que os envía cuando estáis enfermos.

—¡Bah! —El granjero lanzó un potente escupitajo al suelo de la plataforma—. ¡Calla, gordo estúpido! Él no hace nada que no pudiéramos hacer nosotros por nuestra cuenta y sin su ayuda.

El escupitajo aterrizó junto a los zapatos de Nicholas, que sacó el pañuelo del bolsillo, se los limpió con él y lo arrojó al suelo.

—¡Loco estúpido! —exclamó el alguacil, realmente alarmado—. ¿Es que has perdido la cabeza? ¡Eres un desagradecido! ¿Es que no sabes lo que puede pasar?

—Tranquilo, Dirck —dijo Nicholas, levantando la mano con gesto de autoridad. Se levantó y se acercó al pequeño grupo de granjeros que aún quedaba. Tenía la piel de las fosas nasales extrañamente blanca—. Supongo que os alegrará saber que, puesto que Klaas Beecker piensa de la manera que ha expresado, no tiene ninguna necesidad de seguir viviendo en las tierras que labra y que me pertenecen por título legal. Se irá de ellas mañana por la mañana. No me cabe la menor duda de que él y su familia encontrarán un lugar y unas tierras en el oeste que se adecúen a su forma de concebir las cosas, donde no exista la ley ni se paguen

rentas justas.

Prácticamente todos los presentes emitieron un resoplido ahogado. El propio Klaas pareció desconcertado y arrugó la frente.

—Usted… usted no puede echarme de un día para otro, señor Van Ryn. No tenemos a dónde ir. —Se mojó los labios y tragó saliva—. Yo… yo he nacido en esa granja y usted lo sabe, señor. No puede usted portarse de una forma tan dura y cruel, señor Van Ryn.

Nicholas bajó la vista hacia su zapato y después la levantó hacia el granjero.

—Dado que no se encuentra a gusto aquí, seguro que será más feliz en cualquier otro sitio. Puede hablar con Duyckman después de la fiesta. Autorizaré que le entregue unas cuantas piezas de oro.

—No quiero su caridad, señor —contestó el granjero torciendo el gesto—. No… no me marcharé, no podrá echarme. Ya lo verá. Tengo amigos… se arrepentirá de esto. Destruiremos su maldita mansión… —Su voz se fue apagando al tiempo que Nicholas endurecía la mirada. Finalmente se dio la vuelta y se dirigió hacia donde estaban los carros de transporte. Al cabo de un rato se subió al suyo, tomó las riendas y condujo al caballo de vuelta al camino.

Alrededor de la plataforma se produjo un silencio mortal que finalmente rompió Nicholas.

—Que los arrendatarios que quedan se acerquen a entregar sus rentas.

Los hombres ni se miraron, se acercaron rápidamente. Gebhard, que era primo de Klaas Beecker, tenía las manos vacías. El alguacil se aclaró la garganta, previendo que habría más problemas. Miranda se inclinó ansiosamente hacia delante. ¿Cómo podían rebelarse así ante Nicholas, que se portaba tan bien con ellos, atendía sus necesidades e intereses y hasta organizaba una fiesta tan magnífica? ¡Era muy injusto! ¡Qué individuos tan paletos y vulgares! Eso era lo que pensaba, completamente indignada. Seguramente ese tal Gebhard no se atrevería a negarse a pagar su renta.

Y no lo hizo. Se quedó un momento de pie con actitud incierta, apoyándose alternativamente sobre sus botas rematadas con clavos y mirando al suelo. Nicholas esperaba, sin dar muestras de impaciencia. Finalmente, sin dejar de mirar a la base de la plataforma, se quitó el sombrero y murmuró algo sobre un problema que había tenido en la granja con el carro.

—Mañana traeré las cosas, señor. Si le viene bien —concluyó sumisamente.

—Por supuesto —accedió Nicholas—. No hay ningún problema.

No tengo la menor intención de portarme de forma dura o poco razonable. ¿Puedes avisar a todos los que están en la fiesta para que se acerquen, Duyckman? Quiero decir unas palabras a mis arrendatarios, como de costumbre.

El alguacil se levantó casi de un salto, salió corriendo y empezó a gritar entre los asistentes.

—¡El patrón va a hablar! ¡Acercaos todos a la plataforma! ¡Todos!

Fueron acercándose a regañadientes, disgustados por tener que dejar la diversión por un rato. Pero lo hicieron. Como habían hecho siempre, desde que tenían memoria, propia o de sus ancestros, se reunieron alrededor de su señor.

Al verles las caras, Nicholas llegó a la conclusión de que todo iba bien. Había habido algunas revueltas en la hacienda, todas menores, que siempre se habían resuelto con facilidad. Esta situación sería tan fácil de manejar y de resolver como las anteriores, utilizando una sabia mezcla de firme autoridad y de amable tacto.

No podía haber ingratitud real entre los arrendatarios. Eran su gente, la gente unida indisolublemente a su tierra. Sentían por él una lealtad afectuosa, al igual que él sentía por ellos una responsabilidad paternal que implicaba cuidar de su bienestar físico y material, y, si fuera necesario, aplicar la disciplina convenientemente para que se cumplieran las reglas. Lo que había ocurrido con Klaas, estaba plenamente seguro, ya habría corrido como la pólvora entre el grupo. Era el momento de introducir un toque de comprensión y tranquilidad. Así que hizo una inclinación para saludar y comenzó.

—Arrendatarios de Dragonwyck, me siento muy feliz de recibiros hoy a todos, el día en que se celebra la gloriosa independencia de nuestra nación. No quiero entreteneros mucho, pues sé que estáis deseando volver a vuestros juegos y deportes. Cada vez que os apetezca algo de comer o de beber, ya sabéis que podéis serviros libremente. Mis criados traerán más comida cuando se acabe, y hay dos corderos tostándose en el asador, al lado del tiovivo.

—Seguro que son nuestros propios corderos, así que no hay nada que agradecer —murmuró una voz femenina cerca de donde estaba Miranda, que la buscó con gesto de indignación, pero no fue capaz de identificarla. No estaba segura de si Nicholas había escuchado o no el sarcástico comentario, porque continuó hablando con tranquilidad y, en su opinión, con mucho sentimiento, acerca del

patriotismo, la belleza del paisaje y la superioridad del país sobre los demás.

—Y es que he viajado por muchos de ellos, por lo que puedo hacer comparaciones —afirmó Nicholas, que prosiguió asegurándoles el interés que siempre había tenido por su bienestar e indicándoles que siempre estaba dispuesto y presto a solucionar todos los problemas que tuvieran—. Seguro que es innecesario recordaros las grandes ventajas de las que disfrutáis como arrendatarios de las tierras de la hacienda, en comparación con la situación de los propietarios de granjas pequeñas, por mucho que posean un título de propiedad de su escasa tierra. Su situación es mucho más insegura que la vuestra. Jamás se me habría ocurrido hablaros de esto si no fuera porque he escuchado que algunos hombres, seguramente mal aconsejados, se han sentido inclinados a seguir las soflamas de individuos disfrazados con prendas multicolores, como si fueran indios, que incitaban a los arrendatarios a sublevarse contra sus terratenientes. Os conozco a todos, soy consciente de vuestra lealtad e integridad, así que sé que ninguno de vosotros se verá tentado de unirse a esa absurda e infantil mascarada. Así que no voy a decir nada más al respecto.

Terminó con algunas frases más, deseándoles salud y felicidad, e invitándoles a que disfrutaran de la fiesta. Cuando terminó, se produjeron algunos aplausos, e incluso una voz trémula gritó «¡Dios bendiga al patrón!», pero la gran mayoría se dio la vuelta en silencio para dirigirse a la zona de la fiesta.

Miranda observó que el gesto de Nicholas era de desaliento reprimido, y a ella la invadió una oleada de comprensión y afinidad. No sabía que él estaba recordando viejos tiempos en los que los discursos de su padre daban lugar a un auténtico frenesí de vítores, aplausos y golpes en el suelo con las pesadas botas.

El sistema de arrendamiento de tierras de la hacienda formaba parte indisoluble de las raíces de Nicholas. No veía en él la más mínima inconsistencia, ningún aspecto que fuera legítimamente criticable. Le molestaba enormemente que no se dieran cuenta de que los escasos pagos que tenían que hacer como renta no eran más que puramente simbólicos, una costumbre heredada. La verdad era que las aves y los productos del campo que le entregaban apenas significaban un mínimo beneficio para él, independientemente de cuál hubiera sido la situación en tiempos de su abuelo. Nicholas, gracias a sus inversiones en terrenos en la ciudad y a que, como es bien sabido, dinero llama a dinero en un país en pleno desarrollo, era un hombre inmensamente rico.

Por lo tanto, sus arrendatarios no le aportaban un beneficio financiero apreciable, sino más bien todo lo contrario, como podría demostrarle a cualquiera si así lo deseara. Sin embargo, se habría cortado la mano derecha antes que vender ni un solo acre de tierra de su hacienda, aunque después de la revolución y la independencia ya no hubiera leyes heredadas de Gran Bretaña que lo prohibieran.

Los vio disfrutando de la música, los juegos y los entretenimientos que había preparado para ellos, bebiendo su cerveza sin control y atiborrándose con su comida. Después se volvió y tropezó con la mirada de Miranda, que bajó los ojos rápidamente, pues sabía que a Nicholas no se le podía ofrecer comprensión y piedad. Inmediatamente, los ojos dejaron de brillarle, recobrando el habitual tono azul opaco, y apretó los labios, como de costumbre.

No obstante, su comprensión no le había molestado. Sonrió y la tomó del brazo.

—Seguramente estarás cansada, Miranda. La verdad es que esto ha durado demasiado. ¿No quieres echarte un rato para que esta noche estés fresca y hermosa?

A ella no le apetecía descansar, sino unirse a la fiesta, pero se estremeció ligeramente al sentir su inhabitual tacto, así como el tono de voz acariciador que empleó.

—Me temo que nunca podré estar muy hermosa, primo Nicholas —dijo, mirándole con los ojos bajos, a través de las largas pestañas. Era la primera vez en su vida que mostraba una brizna de coquetería—, pero igual me vendría bien descansar un poco.

Nicholas continuó agarrándola del brazo para ayudarla a bajar de la plataforma.

—Creo que eres mucho más hermosa de lo que piensas.

El conde, que avanzaba detrás de ellos, pensó que *monsieur* parecía estar despertando un poco. Las cosas avanzaban más rápido de lo que había pensado. Y enseguida bostezó. El sol calentaba bastante.

Los miró caminar juntos, el hombre alto, delgado y de pelo oscuro, y la joven alta, delgada y de pelo claro. Ambos se movían con idéntica fluidez y elegancia. Lo cierto es que formaban una pareja magnífica. Era una pena que fuera también una pareja imposible, pensó el conde. Pero inmediatamente dejó de pensar. Quería ya su comida.

Esa tarde, después de pasar horas de nervios y excitación mientras se preparaba para la fiesta, se dio cuenta, al mirarse en el espejo y también en sus pensamientos y su corazón, de que la

invadía una sensación de poder, completamente nueva para ella. Toda la ropa que había enviado *madame* Duclos había resultado perfecta, solo había necesitado ligeros toques aquí y allá que ella misma había realizado con sus propias y hábiles manos. Pero el traje de baile de satén rosa era triunfal.

El prendedor para el pelo quedaba bien con la cinta dorada que sujetaba el peinado tipo *décollatage*. Aunque, en ese momento, Miranda ya no pensaba que los prendedores fueran tan elegantes como los consideraba antes. Antes de sujetarlo a la cinta, echó una mirada a sus mechones, aún sueltos, y sintió una breve y ligera punzada de añoranza de su hogar. No obstante, parecía estar muy lejos, y una carta que había recibido precisamente el día anterior de Abigail le indicaba que todos se encontraban bien. Miranda intentó interesarse por lo que le contaba su madre, con frases cortas e inarticuladas: «Buttercup ha parido un ternero», «Ha habido una tormenta eléctrica muy fuerte y ha caído un rayo sobre el viejo olmo bajo el que las Damas de la Sociedad de Misiones iban a organizar una fiesta», y así. Todas esas cosas le parecieron distantes y sin la menor importancia, a Miranda le parecía que ya no había la menor conexión entre la chica que vivía en la pequeña casa de la granja familiar y esa deslumbrante criatura vestida de satén rosa que iba a acudir a un banquete y al baile de después.

Pensó en lo afortunada que era mientras se empolvaba las mejillas, aunque sin conseguir el más mínimo efecto, pues estaban rojas de puro entusiasmo por lo que iba a venir. Entusiasmo que se incrementó cuando un criado llamó a la puerta y le ofreció un ramito de flores que el patrón había ordenado que le prepararan: rosas de pitiminí, pequeñas orquídeas malva y helechos de adianto. «¡Qué buen gusto!», pensó con alegría. Había deseado ponerse algún adorno en el pelo… ¡y ahí lo tenía! Se colocó un ramillete a cada lado de la cabeza, por encima de los tirabuzones, y organizó el resto de las flores en una especie de diadema; después, completamente segura de que su aspecto iba a ser comparable al de cualquier dama moderna, dio un último apretón al precioso aro, alzó los hombros y caminó hacia el vestíbulo. Las puertas correderas que comunicaban la sala italiana y la verde estaban abiertas; esos dos amplios salones, la biblioteca y hasta el pequeño salón rojo estaban llenos de gente que iba de aquí para allá, saludándose y charlando durante un momento y después dirigiéndose a otros grupos.

Johanna, sentada en una silla dorada cercana a la entrada del salón verde, se mostraba inusualmente activa. Un hombre alto de bigotes rojizos se inclinó ante ella de forma muy halagadora,

mientras movía el abanico y hablaba con una animación que, si se la hubieran contado en lugar de verla, no habría podido creer. La señora de la hacienda vestía de forma suntuosa, con un brocado amarillo escogido a propósito para que las joyas de los Van Ryn pudieran lucir con todo su esplendor; consistían en un conjunto de collar y pendientes de rubíes, engarzados con un esplendoroso grupo de perlas y diamantes. Todos las admiraban, sobre todo el hombre del bigote rojo, que sobresalía por su altura entre un amplio grupo de damas y caballeros, que seguramente había acudido a presentar sus respetos a la anfitriona. Miranda se quedó en la puerta, desamparada y sin saber qué hacer, simplemente escuchando la historia de la joya que había viajado de la India a Amsterdam en el siglo xvii. Todos felicitaban a la portadora por la inmensa fortuna que significaba poder lucirla. Sí, Johanna aquella tarde tenía muy buen aspecto, más impresionante que gorda. En un momento dado, volvió la cabeza en dirección a donde estaba la chica y la vio sufriendo la penosa vergüenza y el desconcierto de encontrarse entre extraños que no le hacían el menor caso. Pero no le hizo ninguna seña para que se acercara, ni siquiera la saludó. Se limitó a volverse de nuevo para seguir hablando con sus amigos.

Miranda se ruborizó intensamente. ¿Acaso era la intención de Johanna que permaneciera al margen, en un rincón, sin participar de la fiesta? Pese a sus problemas físicos, la posición de Johanna estaba bien asegurada, pues era una Van Tappen por sangre y una Van Ryn por matrimonio, era la señora de la hacienda, y lucía en su pecho las joyas que proclamaban a los cuatro vientos su dominio. La chica recordó el tocado de flores y la pequeña pulsera que se había colocado en la muñeca. Una pareja, de camino al centro del salón para presentar sus respetos a los anfitriones, la miró con curiosidad. Le pareció escuchar un comentario hiriente.

Decidió apartarse de la puerta y pensó que quizá fuera mejor regresar a su habitación, pero se detuvo al ver a Nicholas, que cruzaba el vestíbulo procedente del salón rojo. Se miraron durante un segundo en silencio. Él llevaba un traje azul marino, realzado por una cascada de volantes, nunca lo había visto tan tremendamente atractivo. En ese mismo instante, tras ese segundo que duró la mirada, seria por parte de ambos, sus miserias desaparecieron. En cualquier caso, la expresión de los ojos de su primo le resultó completamente inescrutable.

—Las flores te sientan de maravilla, Miranda, tal como había pensado. Vamos, quiero presentarte a mis amigos —dijo, y casi la arrastró, sin hacer caso a sus tenues protestas.

—¡Oh, no, por favor! No voy a saber qué decir.

Pero no le hizo el menor caso y la fue llevando de grupo en grupo, repitiendo las mismas palabras.

—Os presento a mi prima, la señorita Miranda Wells.

Los rostros, algunos amables, otros indiferentes, muchos especulativos, tampoco faltaron los francamente hostiles, se convirtieron en una especie de neblina desconectada de los nombres. Saludó a un montón de Van Rensselaer, Livingston, Schuyler y otros muchos que ni siquiera entendió. Los dos únicos que traspasaron la niebla fueron los del señor Martin Van Buren, el expresidente, un caballero calvo y bastante mayor que llevaba un traje de color cereza, y su hijo John, que resultó ser el caballero alto con bigote rojo que había estado hablando con Johanna.

A estos los saludó con un temor casi reverencial. Casi había perdido la timidez cuando terminó la ronda de presentaciones, pero, después, Nicholas se sentó junto a la chimenea con un grupo de damas, dejándola sola de nuevo. Sin su presencia, se sentía perdida. Las tres jóvenes con las que la había dejado parecían ser Van Rensselaer; se limitaron a hacer algunos comentarios educados, pero calculadamente fríos, e inmediatamente se enfrascaron en una conversación acerca de la boda de una tal Cornelia, en la que ella evidentemente estaba de más.

Así que se sentó, ignorada y triste, hasta que Tompkins, hinchado como un pavo entre tanta gente importante, le indicó a Johanna que la cena estaba preparada. En ese momento se le acercó un joven de unos veinticinco años, bastante bien parecido, y se inclinó ante ella.

—¿Señorita Wells? —preguntó—. Permítame presentarme. Soy Harman Van Rensselaer.

Sonrió con timidez y puso la mano sobre su antebrazo, preguntándose de qué se podría hablar durante horas y horas con un vecino de cena al que no conocía de nada, le resultaba imposible adivinarlo, pues no había ido a una fiesta de verdad en toda su vida. Pero en realidad no tenía por qué preocuparse. Harman era un joven muy animado y vital, al que le gustaba mucho hablar, y la admiración que captó en sus ojos sirvió para que recuperara la confianza en sí misma.

—Es usted nueva en la zona alta del río, ¿no es así, señorita Wells? —empezó—. Espero que le guste el lugar.

—¡Sí, por supuesto! Aunque apenas conozco los alrededores. Me imagino que usted vive cerca de Albany, ¿verdad?

—No —contestó Harman de inmediato, negando también con la

cabeza—. Yo pertenezco a la rama de los Van Rensselaer de Claverack.

El joven rio quedamente al comprobar su desconcierto.

—Me imagino que este tema debe de resultar algo confuso para usted. Aquellos del otro lado de la mesa son los Rensselaer de Ford Crailo, los de la hacienda superior, o más bien algunos de ellos. El hombre de negro que está sentado al lado de la viuda Mary Livingston es Stephen Van Rensselaer, el patrón actual. Más allá están su hijo, también Stephen, y dos de sus hijas, Cornelia y Catherine. De hecho, yo tengo siete hermanas, pero no intente adivinar quiénes son, entre otras cosas porque hoy solo han venido dos.

—Aunque estuvieran las siete, no creo que fuera capaz —dijo Miranda sonriendo—. Da la impresión de que aquí hay muchos Livingston y muchísimos Van Rensselaer.

—El hombre que está a su derecha no es ni una cosa ni otra —dijo Harman—. Seguro que sabe de quién se trata, ¿verdad?

Miranda miró de soslayo al hombre, corpulento y de mediana edad, que estaba sentado junto a ella tomándose una anguila con gelatina de brandi. Se volvió y negó con la cabeza.

—Bueno, pues es Fenimore Cooper, el escritor. Él y su esposa suelen venir bastante a menudo desde Cooperstown. Están visitando a los Schuyler.

—¡Ah, claro! —dijo Miranda con rapidez, pensando que le habría gustado haber tenido tiempo para leer *El último de los mohicanos,* una de las novelas que le había recomendado Nicholas.

Cuando tuvo la oportunidad de hablar con el señor Cooper comprobó que era un individuo algo taciturno. Parecía estar mucho más interesado en las exóticas creaciones culinarias que llegaban constantemente desde la cocina que en sus tímidas preguntas. Hasta que, en un desesperado intento por mantener viva la conversación, y mientras Harman charlaba animadamente con su vecino de mesa de la izquierda, sacó a relucir la fiesta campestre de por la mañana para los granjeros.

Cooper dejó el tenedor inmediatamente.

—¿Ha tenido algún problema Van Ryn a la hora de recoger las rentas? —preguntó, con tanta intensidad que se quedó de piedra.

—Pues… sí, la verdad es que sí, aunque solo con uno de ellos —contestó algo titubeante.

—¡Repugnante! —El autor alzó la mano y la dejó caer sobre el mantel de damasco con cierta fuerza. Temblaron las copas y Miranda dio un respingo. No tenía ni la menor idea de qué podía

ser lo que había disgustado tanto y de forma tan repentina al caballero, pero pronto lo averiguó. El señor Cooper le volvió la espalda e, interrumpiendo abrupta y perentoriamente la conversación que tenía lugar en el otro extremo de la mesa, se dirigió al patrón Van Rensselaer—. ¡Ese asunto tan monstruoso se está extendiendo, Stephen! ¡Van Ryn también ha tenido problemas! —tronó.

Todo el mundo dejó de comer y lo miró con expresión atónita. En la cara tranquila de Stephen Van Rensselaer se dibujó un gesto de consternación, no tanto por la noticia, que por otra parte ya conocía, sino porque se hubiera introducido un tema de conversación tan desagradable en presencia de las damas y en una importante reunión social.

—Siento escucharlo —dijo, y se volvió hacia Mary Livingston para hacer un comentario trivial sobre el tiempo. La dama, tocada con un sombrero blanco de viuda, hizo un gesto de comprensión hacia el tacto mostrado por su compañero de mesa, y le respondió de manera también muy informal.

Pero ya no hubo forma de parar a Cooper. Aunque en la zona en la que vivía no se daba esta forma de posesión y alquiler de las tierras de labranza, puede que hubiera deseado muchas veces que fuera así. Nunca olvidaba que su esposa formaba parte de la familia De Lancey, dueña de la hacienda Scarsdale y, en todo caso, sus convicciones se alineaban con el extremismo conservador.

Se volvió hacia Nicholas con vehemencia y le habló prácticamente a gritos, para poder salvar con la potencia de su voz la distancia que los separaba, había unas seis personas entre ellos.

—Van Ryn, me imagino que conoce usted o que ha oído hablar de ese médico, Smith Boughton, un incapaz que no vale un pimiento y que ha llegado desde el condado de Columbia. ¡No para de dar discursos y mítines defendiendo la rebelión y el desafío a la ley! ¡Por Dios, si yo fuera uno de ustedes, terratenientes, lo atraparía y lo colgaría del árbol más cercano!

Nicholas pensó también que tanta vehemencia era de muy mal gusto, pese a que estaba de acuerdo con lo que decía.

—No hay duda de que tiene usted razón, caballero, aunque no me parece que ese individuo al que hace referencia vaya a causarnos excesivos problemas. Y, por otra parte, la ley está de nuestra parte, sin la menor fisura. No creo que debamos hacer uso de la violencia.

—Puede que ustedes no, pero ellos sí que lo harán. Las clases bajas son duras de mollera y estúpidas, y seguirán a cualquier líder

que les prometa el cambio y el asalto al poder. No utilizan la lógica, y ustedes no deben esperar gratitud por parte de sus arrendatarios, porque nunca la tendrán. Si no reaccionan por sí mismos, ya lo haré yo, utilizando mi pluma como arma.

Se produjo una pausa incómoda en las conversaciones que tenían lugar en la mesa. Las últimas palabras que había pronunciado Cooper habían sentado mal a casi todos los comensales, pues consideraban el tema muy desagradable. Con la excepción del conde, que lo observaba todo con interés y diversión, y de la condesa, que no se había enterado de nada en absoluto. Salvo esas excepciones, en general, a casi todos los presentes les unía una concepción de las relaciones sociales y un modo de vida muy específicos, de forma que, por naturaleza, tendían a negarse a creer que aquel *statu quo* pudiera estar amenazado de alguna forma, y se negaban a asumir tal amenaza, por mucho que quien se la hiciera ver estuviera de su parte y más que dispuesto a defenderlos. Por otra parte, era de lo más impertinente sugerir siquiera que necesitasen cualquier tipo de defensa que proviniese de fuera de su propio círculo.

Martin Van Buren estiró las rollizas piernas antes de intervenir.

—Es cierto que, en estos momentos, hay bastante agitación en el país, pero pasará, como pasa todo. Van Ryn, nunca había visto unos claveles tan magníficos y tan grandes —afirmó, señalando los adornos florales de la mesa—. Deberías enviar a Lindewald a tu jardinero mayor para que adiestrara al mío.

—Será un auténtico placer —respondió Nicholas, y la concurrencia se adhirió de forma casi entusiasta al tema de la horticultura, muy popular entre ellos, lo cual supuso una inmediata relajación del ambiente.

Junto a Miranda, el señor Cooper volvió a centrarse en su cena, no sin gruñir un poco discretamente, y se libró de más conversaciones complicadas cuando Harman le pidió que bailara con él la primera polca. Eso le provocó rubor y algo de avergonzada infelicidad.

—Estaría… estaría encantada, señor Van Rensselaer, pero no sé bailar la polca.

Harman se quedó de piedra al escuchar tan sorprendente confesión. ¿De dónde demonios había salido esa chica? No sabía nada de ella, salvo que tenía cierto parentesco con Van Ryn. Era deliciosamente guapa y sus modales y comportamiento eran encantadores, aunque parecía un tanto tímida e insegura. Parecía una joven de mundo, aunque la verdad era que, a veces, no actuaba

como si lo fuera. Echó una mirada a sus propias hermanas. Sí, decididamente ellas tenían una sofisticada desenvoltura de la que carecía la muchacha. ¡Pero qué más daba! Recobró la compostura inmediatamente.

—No se me ocurre nada tan agradable como la posibilidad de enseñarle a usted a hacerlo, señorita Wells.

Miranda murmuró unas palabras de agradecimiento, pero volvió los ojos hacia Nicholas con tristeza. Había deseado secretamente que fuera él quien la enseñara y ahora comprendía lo presuntuosa que había resultado dicha esperanza.

Era como si Nicholas, que atendía alternativamente a la condesa, sentada a su izquierda, y a la esposa de Stephen Van Rensselaer, a su derecha, estuviera de nuevo a una distancia infinita. Ni una sola vez la miró.

Sintió como si le doliera el corazón. ¿Qué podía haberla llevado a pensar que habían establecido una forma especial de entendimiento, de comprensión mutua? Una mirada furtiva y compartida, un ligero toque en el brazo, uno o dos cumplidos. Pensó que se había vuelto loca y que, por supuesto, no significaba nada para él.

Y allí, al otro extremo de la mesa, estaba Johanna, sonriendo y actuando como la anfitriona perfecta, ofreciéndole más pudin a Martin Van Buren, que estaba sentado a su derecha, mientras que comentaba con Stephen Van Rensselaer la dificultad que suponía para la señora de una hacienda atender al crecimiento y educación de una hija. Johanna, la señora de la casa y la esposa de Nicholas.

Durante la cena se habían retirado los muebles de los salones, dejándolos preparados para el baile, de modo que, tras dejar a los hombres en el comedor para que hablaran de cuestiones masculinas y tomaran la tradicional copa de oporto o de otros licores, las damas se retiraron al salón rojo y la biblioteca. Al ver que Johanna se aposentaba en la librería, Miranda fue detrás de las hermanas Van Rensselaer, que se dirigieron al otro salón.

Nada más cruzar el umbral revivió el penetrante escalofrío que sintió la primera tarde. No se había vuelto a repetir, no obstante, en ese momento lo experimentó de nuevo. Era una especie de opresión, informe e indescriptible, pero muy molesta, que empezaba como una pequeña punzada y que, inmediatamente, crecía con fuerza, como si las aguas de un río fueran a desbordarse. Aún no lo sentía, pero intuía que si aquella sensación seguía aumentando, la invadiría un horror asfixiante.

Estaba tan desesperada por superar ese momento que

interrumpió sin venir a cuento la conversación de las dos damas que estaban a su lado.

—¡Aquí hace muchísimo frío!, ¿no les parece? Para estar en julio, quiero decir. ¡Quizá deberíamos cerrar la ventana!

Catherine Van Rensselaer, de Fort Crailo, no tuvo más remedio que interrumpirse en mitad de una frase y fijó la vista en Miranda; su prima Harriet, de Claverack, hizo lo mismo. Las dos jóvenes eran morenas y guapas, decididamente se parecían, como parientes que eran.

—Yo no tengo frío —dijo Harriet un tanto envarada—. Más bien al contrario. Además, me da la impresión de que todas las ventanas están cerradas, por cierto.

—¡Ah, es verdad, ahora que me fijo! —balbuceó Miranda, perfectamente consciente de que estaba diciendo tonterías, pero sin ganas de parar, ya que el desasosiego estaba cediendo, tal como pretendía—. Puede que, cuando empiece el baile, el resto de los salones estén más caldeados. Sí, seguro que se templará el ambiente cuando bailemos. —Soltó un profundo suspiro de alivio, pues la sensación había desaparecido, y empezó a dudar de si realmente la había experimentado. Lo que sí que sintió fue la desagradable sensación de haberse comportado como una estúpida sin ninguna razón para hacerlo, empezó a sentir que el rubor inundaba su sensible piel.

Las jóvenes intercambiaron una mirada. O bien la chica tenía fiebre o era boba o las dos cosas… o, lo que sería aún peor, ¿cabría la posibilidad de que se hubiera excedido con el vino? Con una sola mirada, las dos primas Van Rensselaer estuvieron de acuerdo acerca de lo que tocaba hacer.

—Sí, la verdad es que bailar es extraordinariamente agradable —dijo Catherine, sonriendo levemente en dirección a Miranda; y después, una vez cumplido su deber de tratarla con educación, se volvió hacia su prima y siguió con la charla previa a la chocante interrupción—. ¿Tienes invitación para la velada de Newburgh de la semana que viene? Creo que nosotros iremos, porque el señor Downing es muy caballeroso y siempre ofrece unas fiestas magníficas, pese a que su ascendencia no es… completamente…

—Sí, sé lo que quieres decir, querida —intervino Harriet—, aunque después de todo está casado con una De Wint, el señor Downing tiene tanto gusto para el arte y tanto talento para la arquitectura y el paisajismo que creo que podemos considerarle como uno de los nuestros a todos los efectos. ¿Y tú vas a ir al baile de los Van Cortlandt?

Miranda, eficazmente silenciada por esa conversación acerca de personas que no conocía, se mantuvo allí forzadamente durante un minuto, sintiéndose excluida. ¿Por qué la despreciaban de esa manera? Deseaba con todas sus fuerzas ser aceptada en términos de igualdad por aquellas personas. No quería simplemente estar en los alrededores, mordisqueando sus sobras: lo que quería era formar parte de su círculo, ser parte de él a todos los efectos. Finalmente subió al piso de arriba, en dirección a su habitación, con la excusa de que tenía que arreglarse el vestido. Ninguna de las damas le prestó la menor atención, ni a ella ni a la prenda.

Se puso delante del espejo y habló consigo misma.

—Soy guapa, ¿verdad? —susurró—. Y voy bien vestida. ¿Cuál es el problema?

Lo averiguó de inmediato. Cuando salió de su habitación y volvió al pasillo, que se había cubierto con gruesas alfombras para la ocasión, escuchó las voces de las jóvenes con las que había coincidido en el salón rojo. Catherine y Harriet, junto con algunas de las otras damas, también habían subido al piso de arriba para retocarse un poco. Estaban en una de las habitaciones de invitados y la puerta no estaba cerrada del todo. Miranda se quedó paralizada al escuchar su nombre.

—¿Pero quién diablos es esa tal señorita Wells? —preguntó una voz que no reconoció.

—Pues una especie de institutriz para Katrine, ni más ni menos —respondió Harriet con sorna, y después soltó una risa de superioridad—. Eso es lo que me ha dicho Johanna.

—Sin embargo, tiene todo el aspecto de una dama, y el señor Van Ryn la ha presentado como prima suya —insistió la primera voz.

—Sí, es una de esas parientes pobres de los Gaansevant. Procede de una granja, según creo. Nicholas la ha acogido con los brazos abiertos. Ya sabes el espíritu de clan que tienen los Van Ryn. Está intentando hacer algo por ella… educarla, podríamos decir.

—Pues tu hermano Harman parece que la encuentra atractiva… —dijo la otra con tono malicioso.

—Bueno, como todos los hombres, Harman se siente atraído por cada cara bonita que encuentra, pero no hay ningún peligro de que se embarque en ninguna relación con ella cuando sepa su procedencia. No entiendo qué hace aquí esta noche. De hecho, Johanna piensa que su presencia no es adecuada, ni muchísimo menos. Estoy segura de que mi institutriz nunca acudió a una fiesta con invitados. Además, su modo de comportarse es bastante

extraño, lo cual demuestra su ausencia de educación y de raíces.

A Miranda le ardían las mejillas, apoyó una de ellas contra el fresco panel de madera de nogal. ¡Arrogantes y odiosas clasistas! No era así, de ninguna manera. Ella no era así. El primer impulso que tuvo fue el de entrar como un ciclón y enfrentarse a Harriet, pero pronto pensó algo mucho peor. Lo que había dicho no era más que la pura verdad. Era una chica de granja que tenía una relación muy lejana con la familia, una «especie de institutriz» de Katrine, una «pariente pobre». Y con respecto a su modo de comportarse y a la ausencia de educación y de raíces… ¿acaso no era verdad también?

La invadió el desaliento. Dio tres pasos hacia su habitación. No bajaría al baile, se quedaría arriba. Nadie la echaría de menos de verdad, ni siquiera Nicholas; de hecho, Johanna estaría encantada. Respecto a los demás, si se dignaran a pensarlo, cosa que no ocurriría, su conclusión sería que había hecho bien en no dejarse ver.

Mientras permanecía allí, sin saber qué hacer, los músicos, que habían estado afinando los instrumentos y ensayando un poco, empezaron a tocar con suavidad la pieza que le había enseñado Nicholas. *Soñé que paseaba por salones de mármol,* cantaron los violines. Miranda alzó la cabeza y escuchó. Le pareció que era una señal.

Pensó que no iba a esconderse de nadie en su habitación, bajaría al baile. Respiró hondo, agarró con fuerza el abanico y el pañuelo bordado y bajó por la escalera, justo delante de las otras damas, que habían salido en grupo y dejaron de hablar de inmediato al verle la espalda, erguida y desafiante.

Fue esa actitud de desafío la que gobernó su comportamiento el resto de la velada. Decidió dejar que Johanna la mirara con desdeñosa frialdad desde su trono y que el resto de las damas la miraran todo lo que quisieran desde las sillas o mientras bailaban. Por lo menos, los caballeros se portaron con amabilidad. Harman se presentó inmediatamente, y aprendió a moverse con cierta naturalidad bastante rápido, tanto en las polcas como en los valses.

Bailó con unos cuantos Livingston y con no menos Van Rensselaer, también con John Van Buren, cuya esposa, enferma, se había quedado en casa. Pese a que sus bigotes, grandes y rojizos, a veces le rozaban la frente, disfrutó bastante de su baile con él, porque el señor Van Buren le dijo enseguida que tenía una elegancia parecida a la de la joven reina. Miranda se sintió enormemente halagada, pero también sintió algo de vergüenza, pues no tenía ni la menor idea acerca de a qué reina podía referirse

el caballero. Van Buren alivió su desazón casi inmediatamente.

—Había oído decir que los ingleses no bailaban excesivamente bien, al menos en general —prosiguió, guiando a Miranda de forma experta—, pero debo decir que la princesa Victoria, pues todavía no era reina cuando bailé con ella, me hizo cambiar de opinión por completo.

Miranda levantó los ojos, asombrada.

—¿Quiere usted decir que ha bailado con la reina Victoria de Inglaterra? —balbuceó.

John Van Buren se sintió algo molesto. Seguro que todo el mundo sabía que había acompañado a su padre en la visita de este a Inglaterra, y de su magnífica relación con la familia real británica. Una relación que, en algunos círculos de América, hasta había desatado rumores acerca de un posible enlace entre el hijo del presidente y la joven princesa. Esos comentarios eran absurdos, por supuesto, pues era plenamente feliz con su esposa Elizabeth; no obstante, aunque en público se quejaba, la verdad es que íntimamente disfrutaba con el sobrenombre de «príncipe John» con el que se le denominaba habitualmente desde aquellos tiempos cuando no estaba delante. Ya habían pasado siete largos años.

Miranda, cuyo conocimiento de los hombres se había ampliado bastante durante las últimas semanas, y sin el disgusto que le habría producido si hubiese sido Nicholas el que se hubiera sentido ofendido, se redimió del error de una manera brillante.

—No me sorprende que la reina disfrutara bailando con usted —afirmó—. Lo hace usted muy bien y además… —Miranda bajó las pestañas.

—¿Además qué? —la animó Van Buren, ya calmado y satisfecho.

—Pues que es usted muy guapo —murmuró, esbozando una tímida sonrisa.

—¡Qué tonterías dice, niña! —dijo Van Buren riendo. Pero inmediatamente cambió su opinión acerca de ella. La verdad es que esa joven era encantadora. No le gustó que otro caballero le solicitara el siguiente baile. Pero a Miranda le ocurrió todo lo contrario, porque quien la sacó a bailar fue Nicholas.

Durante toda la noche había estado rezando por que lo hiciera. Pieza tras pieza había solicitado bailar a otras damas, y Miranda ya casi había perdido las esperanzas de que la sacara a bailar. De hecho, el conde ya se había acercado a ella y había empezado el protocolo de solicitud.

—*Mademoiselle,* ¿me haría el honor de…? —Y, en ese preciso momento, apareció Nicholas.

—¿Le has concedido ya este baile al conde, Miranda? —preguntó.

—¡Oh, no…! —exclamó, con una vehemencia nada halagadora para el pequeño y regordete francés—. La verdad es que no, primo Nicholas.

El conde hizo un gesto y sonrió para sí.

—No quiero que se me descarte, de ninguna manera —dijo—. Espero poder bailar con *mademoiselle* más adelante, en esta pieza me consolaré haciéndolo con la señorita Van Rensselaer. Quiero decir, con alguna de ellas… —Y se dirigió hacia la zona de las sillas, pues en una de ellas estaba sentada Harriet, esperando ávidamente que alguien la sacara a bailar.

Miranda pensó que, pese a sus «extraños modales» y a su procedencia, no le habían faltado en ningún momento compañeros de baile. Pero ese pensamiento se evaporó inmediatamente, en cuanto la orquesta empezó a tocar el vals *Coryantis* y se encontró en brazos de Nicholas.

Su mano enguantada apenas le rozó la cintura del vestido rosa de satén, la mantuvo más alejada de los treinta centímetros que prescribía la etiqueta. No obstante, conforme avanzaban las dulces notas del *Coryantis,* se sintió abrumada por su cercanía. Era como si se encontraran atrapados en una burbuja transparente, a través de la cual podía ver los salones y las figuras de las otras parejas, pero como si fueran irreales o estuvieran muy lejos.

Nada tenía importancia, excepto Nicholas y la cercanía de sus cuerpos. El corazón le latía con furia, le temblaba la mano que apoyaba sobre la de él, el aire se detenía en la garganta y apenas podía expulsarlo en un mínimo jadeo. Inmediatamente se lanzó a hablar, sobre el baile, sobre la música, sobre la conversación con John Van Buren y la charla anterior con Harman Van Rensselaer. Pero, de repente, Nicholas detuvo su verborrea.

—Tranquilízate, Miranda —ordenó con cierta brusquedad. Ni siquiera la había mirado. Su cara morena, cincelada como si la hubiera delineado un escultor, se mantenía alta, con los ojos fijos en algún punto alejado, bastante más allá de su cabeza. Ni siquiera la miró al hablar, pero tras la orden, que ella consideró un reproche, añadió dos palabras más—. Querida mía.

En un principio dudó, no sabía si lo había escuchado bien, sintió miedo, quizá no hubiera pronunciado esas palabras de manera informal o impaciente, sino con verdadero énfasis, dándole todo su significado de íntimo cariño. Pero inmediatamente le apretó la mano con intensidad, y supo que le había entendido perfectamente.

Para el resto de las parejas, el vals se hizo interminable. Los músicos miraban a Nicholas, esperando una señal, pero no la recibieron, por lo que empalmaron el final del *Coryantis* de nuevo con su inicio, empezando otra vez.

El conde, que daba botes alrededor de Harriet sudando por todos los poros, pues la chica era joven, estaba en plena forma y era bastante más alta que él, observó con el rabillo del ojo a la pareja que formaban Nicholas y Miranda y pensó que ese joven era bastante indiscreto, pues la gente empezaría a atar cabos inmediatamente. Por otra parte, la cara de la chica era tan transparente como un trozo de vidrio de ventana.

Pero antes de que la actitud de Miranda y Nicholas se convirtiera en algo realmente llamativo, de hecho en el mismo momento en el que el señor Stephen Van Rensselaer se inclinaba a susurrarle a la viuda Mary Livingston que si no se tratara de Nicholas podría pensar que…, precisamente en ese momento, fue el propio conde el que introdujo una distracción inesperada en el baile.

No tenía ninguna intención de hacerlo, en ningún momento su altruismo o el interés que despertaba en él la joven pareja le habría conducido a ayudarles a costa de un daño físico para él. Todo fue un accidente.

Tenía muy cansadas las piernas, cortas y regordetas, de modo que los pasos que daba eran cada vez más cortos, conforme se iba acercando el segundo final del vals. Al notarlo, procuró sacar fuerzas de donde no las había y agarró a Harriet con fuerza de la cintura, al tiempo que intentaba hacer una pirueta y saltar hacia atrás. Resbaló sobre uno de sus apretados zapatos negros y se le enganchó el tobillo en una de las patas de la silla más cercana. El conde y Harriet cayeron al suelo de madera, ambos gritando de dolor y asustados.

Una docena de manos solícitas se lanzaron a ayudar a Harriet, que se retiró rápidamente para arreglarse el vestido y recuperar la dignidad. Pero el conde se quedó en el suelo, sin dejarse ayudar y dando gritos en francés. Está claro que, cuando uno siente verdadero dolor, se queja en su lengua.

—*Un médecin! Un médecin!* —exclamó la condesa, extendiendo las manos hacia su postrado y doliente marido.

—Inmediatamente, *madame* —intervino Nicholas—. Cálmese, por favor. Voy a llamar a un médico. Conde, creo que estaría mejor sentado que en el suelo, sea cual sea la naturaleza de su lesión.

Entre cuatro criados colocaron al conde sobre un gran tablero y

lo trasladaron fuera de las zonas de baile. En todo momento, Nicholas acompañó a su dolorido y sufriente invitado.

Todo el mundo se quedó quieto, hablando del accidente, hasta que la orquesta atacó una polca y, siguiendo el código no escrito de ignorar lo desagradable, todo volvió a los cauces habituales por los que se desarrolla un baile de la alta sociedad. Johanna, que, con sus andares de pato, se había acercado unos pasos al lugar de la catástrofe, volvió a sentarse en su sillón presidencial de la otra habitación, pero captó la mirada de la chica y le hizo una seña para que se acercara. Miranda obedeció diligentemente y caminó hacia el sillón dorado.

—Ve al vestíbulo a esperar al médico —le ordenó—. Los criados están preocupados, al menos los que no están muertos de risa en el piso de abajo. Cuando llegue el doctor, acompáñale a la habitación del conde.

—Sí, señora —contestó Miranda. Entendió perfectamente que acababa de prohibirle seguir en el baile, pero no le importó ni lo más mínimo. Después de aquel baile con Nicholas cualquier otro le resultaría anodino y decepcionante. De hecho, prefería estar sola, recordar todos y cada uno de los detalles de la última media hora, el momento en el que la agarró por la cintura para bailar, la presión de la mano y su tono de voz al pronunciar aquellas dos mágicas palabras: «querida mía».

El vestíbulo estaba sombrío y desierto, y el ruido de las salas en las que se estaba celebrando el baile no llegaba hasta él. Se sentó en una silla gótica de madera labrada, sujetándose la barbilla con la mano, y esperó. Transcurridos unos veinte minutos, escuchó el sonido de cascos al galope, después, un corto relincho.

Miranda abrió la puerta a un hombre joven, que entró dando grandes zancadas. No llevaba sombrero y el traje gris estaba muy arrugado, olía a piel de caballo. Era algo más alto que Miranda, pero de huesos anchos, así que parecía más bajo de lo que era en realidad. Tenía mucho pelo, rubio como la arena y muy desarreglado, la cara pecosa y un brillo de humor en sus ojos grises.

—Seguramente es usted el doctor… —dijo Miranda, que se esperaba algo así como un doble del doctor Lynch, que era el que atendía su pueblo: sombrero de seda, barba bien recortada, dignidad y madurez, eso como mínimo.

Con un giro de su recia y musculosa muñeca, el joven movió el maletín negro que llevaba, como si enseñara un salvoconducto.

—Sí, soy médico. El doctor Jeff Turner, de Hudson. Estaba atendiendo a la mujer de Tom Wilson y me avisaron de que aquí

eran necesarios mis servicios, y con urgencia. —Hablaba con voz rápida y franca—. ¿Dónde está el paciente? —continuó, mirando a la chica con tranquilidad—. ¿Qué ha pasado, que uno de los elegantes caballeros se ha excedido con el vino? ¿O a una de las damas le ha dado un vahído con los vapores?

—¡Por supuesto que no! —contestó de inmediato, enfadada por sus palabras y por la mirada de desdén que estaba dirigiendo a la sombría magnificencia del vestíbulo—. Uno de nuestros invitados se ha hecho daño bailando… un noble francés, el conde de Grenier.

Esperaba impresionarle con la explicación, pero su reacción la decepcionó.

—Seguro que, a un conde, una torcedura le duele mucho más que al común de los mortales —gruñó Jeff Turner—. Supongo que es usted la señorita Van Ryn, puesto que ha dicho que el lesionado es uno de sus invitados.

Miranda se sonrojó. ¡Qué individuo más odioso!

—La señorita Van Ryn tiene seis años —informó adustamente—. Me llamo Miranda Wells, soy prima del patrón.

—¡Ah, claro! —dijo Jeff, como si cayera en la cuenta de algo. No dijo nada durante un momento, la miró con una expresión entre la diversión y la pena—. He oído hablar de usted.

Miranda se sintió muy ofendida por la mirada y la afirmación posterior.

—No puedo entender cómo es eso posible. —Alzó la barbilla con una arrogancia que ni la viuda Mary Livingston hubiera podido superar.

Jeff Turner estalló en carcajadas, lo cual hizo que se pusiera aún más furiosa.

—¡Caray, como se las gasta usted para ser tan joven! —dijo, aunque sin un atisbo de grosería—. De vez en cuando, la gente humilde cotillea sobre sus «superiores», ¿sabe? Y ahora, pórtese bien y acompáñeme a donde se encuentre ese doliente conde.

Miranda buscó algo que decir, pero no se le ocurrió nada suficientemente devastador. Según subía las escaleras, hasta se olvidó de Nicholas, debido a la falta de respeto de ese joven médico rural. ¿Por qué no iba a poder decir «nuestros invitados», y por qué no iba a poder poner en su sitio a ese individuo? Además, era la primera persona que veía que parecía no tener el más mínimo respeto por el estatus de los Van Ryn.

Como requerían las normas de la hospitalidad, Nicholas se había quedado junto al conde, que estaba en su cama. Se levantó cuando entraron Miranda y el médico. La condesa golpeaba tenuemente la

almohada de su marido y dejaba escapar unos suspiros que más bien parecían pequeños grititos histéricos.

Jeff no saludó siquiera al dueño de la hacienda. Apartó con suavidad a la condesa y procedió a examinar al conde con una concentración muy profesional.

—Una torcedura de tobillo, eso es todo —informó, sin dirigirse a nadie en particular—. Tráiganme algunas vendas.

Nicholas dio la orden a una criada joven y se acercó a la cama.

—¿Está usted completamente seguro de que no se ha roto la pierna?

Jeff se irguió, apoyándose en uno de los muy adornados postes de madera de la cama.

—Estoy completamente seguro, señor Van Ryn.

Ambos hombres se miraron a través del mueble, estudiándose. Finalmente Nicholas asintió satisfecho.

—Tengo confianza en su profesionalidad, he oído hablar de usted a mi alguacil. Es una suerte que estuviera usted esta noche en mis tierras.

Jeff contuvo la dura contestación que le hubiera apetecido darle. Aunque nunca se había encontrado antes con el patrón, siempre había despreciado su figura, pues lo consideraba un odioso opresor que vivía en la opulencia más absoluta y negaba a sus arrendatarios no solo la independencia que sin duda merecían, sino incluso la más mínima de las justicias. Si la llamada de Dragonwyck no se hubiera transmitido como una emergencia, se habría negado con acritud a acudir, ya que aún estaba indignado por la trágica secuela de la decisión que Nicholas había tomado por la mañana, durante la «ceremonia» del pago de las rentas. Pero ahora que estaba frente a él, parte de la hostilidad desapareció. Y es que en el intercambio de miradas que se produjo entre ellos, Jeff intuyó algo completamente inesperado: que estaba ante un hombre muy solitario y también muy infeliz.

Mientras vendaba con cuidado el tobillo torcido del conde, Jeff hizo el comentario que antes había controlado, pero de una forma mucho menos agria.

—Si se hiciera justicia de verdad, esas tierras no deberían ser suyas, señor Van Ryn.

Miranda jadeó y miró al joven médico absolutamente indignada con él. Sin embargo, Nicholas mantuvo la calma.

—¿En serio? Siento saber que está usted en contra del sistema de arrendamiento de tierras.

—*Pour l'amour de Dieu!* —exclamó el conde de repente desde el

lecho del dolor. La verdad es que no había soltado ni la más mínima queja durante la revisión y la cura de Jeff—. Les ruego que, por lo que más quieran, no discutan aquí sus diferencias. Me duele, estoy exhausto y, perdónenme, *messieurs,* pero este asunto de las rentas no lo entiendo en absoluto. ¡Y no tengo las más mínimas ganas de entenderlo en este momento!

Jeff sonrió.

—No, la verdad es que en Francia hicieron las cosas bastante mejor: se limitaron a hacer una revolución, a renovarlo todo en poco tiempo. —Se volvió hacia Nicholas, endureciendo la mirada—. Aunque puede que sus granjeros arrendatarios no sean muy diferentes de los franceses, señor Van Ryn.

—Y también puede que se esté usted poniendo algo melodramático —respondió Nicholas—. Por favor, doctor, este asunto está aburriendo a mi invitado. Si ha terminado, estaré encantado de invitarle a tomar una copa o un vaso de vino en el piso de abajo.

Jeff se estiró la americana y recogió el maletín negro.

—Seguro que sería muy agradable —dijo—, pero tengo mucho trabajo. La mujer de Tom Wilson está gravemente enferma de tuberculosis, y Klaas Beecker, a quien esta mañana ha expulsado usted de su hogar, ha sufrido un desgraciado accidente con la guadaña. Se ha cortado… —Jeff se detuvo para dar más énfasis—… las venas de ambas muñecas. Dudo que vaya a sobrevivir.

Hubo una pausa, durante la cual Nicholas parpadeó varias veces.

—¿No ha recibido el dinero que le encargué a Duyckman que le entregara?

—Pues creo que sí —contestó Jeff, soltando una breve y amarga risa—, pero no creo que tres piezas de oro sean suficientes para evitar… accidentes tan desafortunados.

Nicholas apretó los labios.

—Le ordeno que haga todo lo que esté en su mano, y más, para que Klaas se recupere. No repare en gastos.

Jeff caminó hacia la puerta, se detuvo en el umbral y se volvió.

—Es extraordinariamente amable por su parte —dijo, imitando el inexpresivo tono de voz que había utilizado el propio Nicholas—, pero haría todo lo posible por salvar a Klaas aunque su atenta orden hubiera sido exactamente la contraria.

Salió hacia el pasillo lo más dignamente que supo y sin parar de pensar en que se había portado de una manera poco educada y bastante pretenciosa; es decir, que una vez más se había dejado llevar por su carácter irreflexivo, primario. Bajó las escaleras

delante de Nicholas y de Miranda, preparándose para salir por la puerta sin decir nada más. Estaba un poco avergonzado por su grosería y, además, deseando salir de esa opresiva mansión para volver con los granjeros, cuya forma de vida entendía perfectamente y a cuya causa social estaba absolutamente entregado.

Pero no contaba con que Nicholas, dando grandes y veloces zancadas, se colocara delante de él antes de que pudiera salir por la puerta y le dedicara una amplia y extraña sonrisa.

—Por favor, le ruego que comparta una copa de vino conmigo antes de dedicarse de nuevo a sus quehaceres. De verdad que sería un gran placer.

—Bueno, está bien… —respondió Jeff algo vacilante y sorprendiéndose a sí mismo. Siguió a su anfitrión hasta la biblioteca, sorprendido por la intensa voluntad que había demostrado al insistir en su invitación, por otra parte bastante natural y lógica en cualquier circunstancia. No le gustaba nada la arrogancia y la crueldad que emanaba de Nicholas, a oleadas casi físicas, ni tampoco la lujosísima elegancia de su forma de vestir, ni siquiera la rosa blanca del botón de la solapa; no obstante, el hombre en sí no terminaba de disgustarle. Y es que Jeff era un muy buen médico, estudioso, inteligente e intuitivo, y se daba cuenta de que, bajo la apariencia que Nicholas se esmeraba en presentar ante el mundo, había una cualidad ciertamente difícil de diagnosticar, algo que no cuadraba con las normas, una especie de grieta que le inspiraba cierta piedad, neblinosa y molesta para él.

Pero esa impresión desapareció después de que, en la cálida noche de julio, galopara los tres kilómetros que lo separaban de la casa gris en la que vivía la familia de Klaas Beecker.

Klaas yacía seminconsciente sobre el colchón de hojas de maíz, con las muñecas vendadas con paños llenos de sangre, y la cara tan pálida como las blancas paredes de la habitación, mientras su esposa, que sollozaba desconsolada, yacía sentada en el suelo, entre el montón de sillas, mesas, alfombras y demás enseres que habían apilado para cumplir el obligado desahucio del día siguiente.

Capítulo 6

Durante el resto del verano hubo mucha actividad en Dragonwyck, por donde pasó una riada constante de invitados, a los que había que agasajar y entretener desde la mañana hasta la noche. Se celebraban pequeños conciertos vespertinos y nocturnos y también se representaban obras de teatro cómicas en las rosaledas, a la luz de grandes velas y linternas. También había paseos en barca por el Hudson, que incluían meriendas o cenas. Hasta se celebraron fiestas de natación, aunque estas solo eran del gusto de Nicholas, un nadador muy experto que había aprendido la técnica en el Mediterráneo. Muy pocos de sus invitados sabían nadar y tampoco compartían con él su deseo de vencer a los elementos.

En cualquier caso, Nicholas solía nadar al amanecer. Una mañana en la que Miranda no podía dormir, salió de la casa y se dirigió al río. Atraída por un ruido rítmico que no supo identificar, se acercó inocentemente a la orilla, donde se quedó, absolutamente helada, mientras Nicholas, que no la había visto, empezó a salir del agua. Contempló el cuello, muy bronceado, y también el pecho y los hombros desnudos; en ese momento se dio la vuelta y salió corriendo frenéticamente hacia la casa. Subió a su habitación y se volvió a meter en la cama. Estaba avergonzada y aturdida, pero además sentía una emoción bastante más profunda que esas reacciones superficiales. Esa visión, que solo duró una fracción de segundo, del pelo rizado y mojado sobre la frente, era como la de la estatua del joven Apolo que había en la pérgola del jardín de sauces, ante la que todas las damas se apresuraban a desviar los ojos, y la miraban tan intensa como brevemente para que no resultara indecoroso.

Por supuesto, a ella la estatua le parecía hermosa, lo mismo pensó de la imagen de Nicholas… aunque apartó inmediatamente la idea de sus pensamientos.

Durante los últimos tiempos se había sentido bastante atormentada. Desde la noche del baile, él la había evitado. O, peor que eso, había dejado de defenderla frente a Johanna, de modo que, sin su apoyo, la chica se dio cuenta de que su posición en la casa había pasado a ser exactamente la que la dueña deseaba. Fue presentada a muy pocos de los invitados y, en esos raros casos, de forma muy breve. Solo asistía a las veladas en las escasas ocasiones en las que Katrine también acudía. Y ahora, la mayoría de las veces, comía y cenaba con la niña en el aula de la guardería. Se trataba de un tipo de ajuste de lo más lógico, el tipo de vida que ella misma y sus padres habían esperado que se diera durante su estancia en Dragonwyck, lo cual no evitó que le hiciera sumirse en una aburrida tristeza. ¡Había sido tan distinto al principio, cuando, pese a no ver a Nicholas demasiado a menudo, su actitud siempre había sido interesada y muy personal! Solo había dos cosas que le permitían mantenerse con ánimos: la certeza, debida a la intuición, de que su actitud despreocupada no era real, y el recuerdo del día de su cumpleaños. Cumplió diecinueve el día trece de septiembre, y cuando regresó a su habitación al mediodía, después de dar clase a Katrine, encontró sobre la mesa una rosa muy grande y singular, de color marfil y con el centro dorado. Y, debajo de la flor, un libro, *Cuentos dos veces contados,* de Nathaniel Hawthorne. Entre las páginas del libro había una nota: «La flor es como tú, y los cuentos del libro seguro que te van a interesar. Ambos son portadores de mi aprecio en una fecha tan señalada. N. V. R.».

La verdad es que fue bastante poco en relación con la enorme alegría que le produjo. Y aunque llevó la rosa en el corpiño hasta que se marchitó, él no hizo ninguna otra referencia a la flor ni a su cumpleaños, por lo que su gozo desapareció pronto.

Un día de principios de octubre, los Van Ryn y sus invitados de ese momento, los Beeckman y los Philips, fueron a cenar con los Van Rensselaer a la mansión de la hacienda Claverack. Miranda, quien por supuesto no estaba invitada, observó desconsolada su partida desde una de las ventanas del pasillo de la primera planta.

Ese día se utilizaba el carruaje de la hacienda, un enorme vehículo de color gris oscuro en cuyas puertas estaba dibujado el escudo de armas de los Van Ryn, tres panteras negras sobre un campo rojo. Ninguno de los carruajes de los Van Ryn necesitaban identificación alguna, ya que eran lo suficientemente conocidos en la zona, sobre todo por los caballos de color crema, casi idénticos, que tiraban de ellos; pero en aquella época todos los que disponían de un escudo heráldico lo desplegaban, no precisamente para hacer

ostentación del mismo, sino como bandera del privilegio del que gozaban.

Al mirar por la ventana, vio salir de la casa a Johanna, una especie de tonel envuelto en terciopelo púrpura, con el sombrero de plumas ladeado de mala manera y luciendo en las orejas, los dedos y el inmenso pecho las magníficas joyas de los Van Ryn. Con la afanosa ayuda del cochero, se las compuso para subir al carruaje, que se balanceó violentamente sobre los muelles cuando se dejó caer sobre el asiento. La señora Beeckman y la señora Phillips la siguieron, después entraron sus respectivos esposos. Pero Nicholas no entró, sino que se situó al lado del cochero.

Miranda se preguntó inmediatamente cuál sería la razón por la que no viajaba dentro del carruaje, como Johanna y sus invitados. Apretó la cara contra el cristal para intentar ver mejor, y la respuesta surgió de su propio interior: evitaba estar cerca de Johanna siempre que podía. En cualquier caso, no pudo obviar lo asombrada que se sintió al caer en ello. Era la primera vez que lo pensaba, pero le pareció haberlo sabido siempre. De todas formas, si aquello era verdad, y estaba convencida de que lo era, ¿qué diferencia había? Se apartó de la ventana, desesperanzada. Sentía la presión de la enorme y silenciosa casa. Se sentía anonadada, empequeñecida. Podía ir a su habitación y escribir a su madre, o sentarse al piano, al que últimamente no tenía acceso, pues siempre había invitados pululando por los distintos salones. Pero no le apetecía hacer ninguna de estas dos actividades. Lo cierto es que necesitaba hablar con alguien, y lo necesitaba desesperadamente, con quien fuera. Y, sin saber por qué, pensó en Zélie. No había vuelto a ver a la vieja desde su primer encuentro pero, a través de Katrine, sabía que tenía un cuarto abajo, en las cercanías de la cocina. Puede que a Nicholas no le gustara, ¡pero al menos sería algo distinto! Lo que le había dicho era misterioso y hasta algo estúpido, pero también le resultó interesante en cierto modo.

Así que, siguiendo un impulso, Miranda bajó las escaleras hacia la zona de servicio, moviéndose despacio y con precaución, pues la casa, aunque desierta, parecía poblada de sombras misteriosas. La puerta que daba a las escaleras de bajada salía de la zona de servicio que había junto al comedor, nunca la había utilizado. La familia, con la evidente excepción de Katrine, nunca bajaba a ese submundo. La escalera terminaba en el vestíbulo de la servidumbre; una docena de caras asombradas la miraron cuando llegó. Tompkins, sentado en mangas de camisa y con una taza en la mano que casi rebosaba de espuma, se incorporó mínimamente, aunque

sin ponerse de pie, antes de dirigirse a ella.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita? —dijo con tono enfadado y cansino.

—Quería… ver a Zélie, por favor.

El mayordomo se encogió de hombros.

—Está en la esquina más alejada de la cocina, como de costumbre —indicó. Era evidente que solo adoptaba su ceremoniosa actitud británica en presencia de Nicholas. ¡No se iba a molestar por tamaña nimiedad de persona!

Miranda pasó a través de dos salas de cocina, llenas de fogones, hornos y estanterías repletas de utensilios de cobre que brillaban como el oro. En otra habitación, aún más alejada, había una chimenea, sobre cuyo fuego se asaba al espeto un cerdo, al que daba vueltas un niño pequeño con una manivela. Y en una esquina, no lejos del fuego, estaba la vieja Zélie, balanceándose en una mecedora. Al otro lado de la habitación había otra mujer mayor, con ropa típica holandesa, también en una mecedora. Era Annetje, la jefa de cocina, que en su amplio regazo sostenía a Katrine, mientras le cantaba una antigua canción holandesa.

—*Trip a trop a tronjes*
De vaarken in de boonjes…

Las llamas, el olor familiar de la carne tostándose, la voz maternal que cantaba y la visión de las dos mujeres mayores meciéndose hicieron que el corazón de Miranda se enterneciera. Estaba claro por qué la pequeña prefería estar ahí en vez de en las habitaciones de arriba. Le sonrió a Katrine, que le devolvió la sonrisa con gesto somnoliento, pero sin moverse ni decir nada.

Zélie alzó la cara llena de arrugas y detuvo el movimiento cadencioso de la mecedora.

—Quieres hablar conmigo, *petite*. —Fue una afirmación, no una pregunta. Señaló una pequeña banqueta que estaba a su lado y la chica se sentó obedientemente.

Del otro lado de la habitación volvió a llegar el sonido de la canción infantil, aunque algo más suave y apagado.

—*Trip a trop a tronjes…*

—¿Qué me quieres? —preguntó Zélie con su extraña forma de hablar—. Tú no escuchar —afirmó, negando tristemente con la cabeza—. Azilde reír pronto. Yo decirte antes.

—¡No empiece otra vez con eso, por favor! —exclamó Miranda exasperada—. No he venido a escuchar esas monsergas. La verdad es que ni sé por qué he venido. Supongo que porque me siento muy sola.

—¡Sola! —Zélie prácticamente escupió la palabra—. No saber tú lo que ser soledad… todavía. ¿Por qué no volver a tu casa, al hogar, a donde pertenecer?

Miranda bajó los ojos con tristeza y juntó las manos en el regazo. El hogar, sí. De vuelta a la seguridad, con Abigail. De vuelta a un lugar acogedor, como este fuego. Pero no volver a ver nunca a Nicholas, abandonar toda esperanza de que un día, de alguna manera… Nunca iba más allá de ese pensamiento. No había ninguna posibilidad de que se cumpliera ese deseo, que tampoco tenía forma definida. No podía tenerla.

Zélie vio la cara de decepción de la chica y soltó una carcajada repentina y áspera.

—El diablo es capaz de leer tu alma. Cuando desear algo con mucha fuerza, poder convertirse en realidad, yo saber. Si querer que pase algo malo de verdad, terminar pasando.

—Eso son tonterías, Zélie —dijo Miranda quedamente, negando con la cabeza.

La vieja se puso muy tiesa y se inclinó hacia delante. Sus ojos brillaron enfadados y amenazadores, pero el enfado se le pasó con la misma velocidad con la que había llegado. Suspiró, se echó de nuevo hacia atrás y volvió a mecerse.

Esa parte de la cocina estaba en silencio, solo se oía el crepitar del fuego y la carne tostándose. Katrine se bajó del regazo de la cocinera, agarró con fuerza la muñeca de trapo que siempre llevaba con ella, se acercó a Zélie y le puso la mano en la huesuda rodilla.

—Cuéntame alguna historia de las de antes, Zélie —rogó—. La de Azilde. Seguro que a Miranda también le apetece escucharla. ¿Verdad que sí, Miranda?

—Bueno, supongo que sí —dijo la chica, aunque sin mucho entusiasmo. No tenía ninguna curiosidad acerca de la historia de Azilde que, por lo que parecía, solo estaba ligada a la superstición, al miedo y al desastre. Pero la perspectiva de abandonar la cálida cocina, y hasta la estrafalaria compañía de aquella mujer, y cambiarla por el silencio de la mansión le parecía todavía peor.

—Al patrón no gustar que hablar de Azilde —dijo Zélie—. Asustarle.

—¡Menuda ridiculez! —dijo Miranda sonriendo—. A él no le asusta nada.

—Ya —contestó Zélie, dando un suspiro de paciencia—. ¡Jóvenes estar ciegos! Todo el mundo temer a algo, *p'tite*. Sí, yo contarte la historia. Escucharla bien. —Estuvo callada durante varios minutos, después empezó a hablar con voz suave y cantarina, como si repitiera frases y palabras aprendidas hacía muchísimo tiempo y, asombrosamente, pronunciadas con gran corrección en inglés. Miranda se quedó asombrada, pensó que alguien la había corregido y se la había aprendido de memoria—. Marie Azilde de la Courbet era la chica más hermosa de Nueva Orleans; siempre estaba cantando, riendo y expresando la alegría de su corazón a través de sus suaves ojos negros.

Al principio, mientras Zélie hablaba, Miranda escuchaba un tanto ausente, pues el relato no le interesaba demasiado, y el acento de la mujer le resultaba difícil de seguir, aunque la construcción de frases fuera correcta. Pero poco a poco, la voz de la vieja fue adquiriendo una especie de poder hipnótico. Azilde se volvió real, y a Miranda se le olvidó que estaba escuchando la historia de una chica que había vivido en una ciudad distante y desconocida hacía cien años, y que Zélie estaba contando la historia de una tragedia que había sabido a través de las historias de su madre, la negra Titine, que había sido la mucama de Azilde.

El pasado se volvía real gracias a los vívidos detalles que aportaba Zélie, de modo que hasta parecía que Azilde estuviera allí, junto a ellas, entre las sombras de la cocina, con su alegría constante, sus rizos negros y su cutis pálido y terso. Entre los rizos llevaba siempre una flor, un jazmín o una rosa. Vestía trajes muy elaborados y con muchos adornos, siempre de color amarillo, pues para Azilde ese era el color del sol y de la alegría.

—Cantaba todo el día como un ruiseñor —dijo Zélie—. Y todas las noches bailaba en el palacio del gobernador con elegantes caballeros franceses de pelucas blancas y rizadas.

»Azilde se enamoró de un criollo joven y guapo, criado del marqués de Vaudreuil, y la pareja se reunió clandestinamente varias veces junto a la fuente del patio de los Courbet, en la parte de atrás de su casa de la calle Royal.

»Hasta que, un día de octubre de 1752, Pieter Van Ryn llegó a Nueva Orleans. Había viajado en su propio bergantín para comprar un cargamento de añil de Luisiana, que después vendería en Nueva York obteniendo un inmenso beneficio. En teoría, los colonos franceses tenían prohibido vender mercancías a nadie que no procediera de la madre patria, aunque, como suele ocurrir, siempre había formas de solventar ese pequeño inconveniente. Los ojos

azules de Pieter, su actitud distante, la altanera elegancia y, sobre todo, su persistencia, algo fría pero inquebrantable, revelada por alguna sonrisa y algún halago, desconcertaron y, en cierto modo, cautivaron a los alegres colonos. Así que Van Ryn consiguió su añil, y también a la hermosa Azilde.

—¿Quieres decir que se enamoró de ella? —preguntó Miranda con entusiasmo.

—El amo ser incapaz de sentir amor —dijo, volviendo a sus construcciones erróneas y encogiendo ligeramente los hombros. Pero no fue un gesto de desdén, sino un estremecimiento—. Simplemente querer tenerla, ser de su propiedad. —Se detuvo un momento y retomó el hilo del relato aprendido—. Demostró a sus padres que era muy rico, un gran señor, y aceptó que la dote fuera muy baja. Ellos pensaron que habían hecho un negocio estupendo.

»Ni siquiera Titine supo jamás qué había ocurrido de verdad durante el largo y tormentoso viaje hacia el norte. Pero su señorita se había transformado en una especie de descolorido espectro, cuyos ojos oscuros solo eran capaces de transmitir dos expresiones: un vacío acuoso que, cuando su marido estaba cerca, se transformaba en un profundo terror. Se acabaron las canciones y las risas. Día tras día, durante el invierno del norte, de nieves y fríos interminables, Azilde permanecía sentada junto a una chimenea, con el pelo descuidado, con sus hermosos rizos ocultos por un gorro blanco holandés de la madre del patrón, y el delicado cuerpo siempre estremecido y cubierto por un vestido negro y triste.

»El invierno siguiente nació Adriaen. El patrón se sintió momentáneamente satisfecho con su esposa por haberle proporcionado el requerido heredero. Pero en todos los demás aspectos le había decepcionado por completo. La belleza y la alegría, que en un principio tanto le habían agradado, no sobrevivieron a la metamorfosis que supuso para ella convertirse en señora de la hacienda y esposa holandesa. No obstante, dejó de lado sus incapacidades cuando nació Adriaen, y le dio el collar de diamantes y el pequeño clavecín del salón rojo. Pero Azilde no se puso jamás el collar. Después del nacimiento del niño, hasta el patrón se dio cuenta de que no solo era su cuerpo el que se estaba encogiendo, como si la abandonara. También su espíritu se había retirado a una tierra brumosa y lejana, de la que nunca quiso regresar.

Zélie hizo una pequeña pausa para respirar hondo y aclararse la garganta.

—Se pasaba los días sentada, mirando por la ventana —continuó

—. Cuando preguntaban, no contestaba. Solo algunas veces, muy de vez en cuando, bajaba al salón rojo y tocaba el clavecín, siempre que el patrón estuviera fuera de la casa. Y siempre tocaba una cancioncita criolla que había aprendido de niña. Al patrón no le gustaba nada que lo hiciera, se volvía loco de furor. Entonces, un día…

Zélie interrumpió el relato. Miró a la niña, que estaba sentada en el suelo junto a sus rodillas, pero Katrine había perdido el interés. Estaba inclinada, jugando muy concentrada con su muñeca de porcelana, tanto que hasta fruncía el ceño mientras le colocaba una de las enaguas almidonadas que le había dado Cristabel.

—Continúa, Zélie… —urgió Miranda. La vieja asintió con suavidad.

—Un día se produjo el desastre. El barco del patrón se estrelló contra los acantilados. Murieron todos los hombres y se perdió el cargamento completo. Titine estaba sentada junto a Azilde, intentando que le hiciera caso al niño, cuando el patrón entró como un toro, gruñendo y protestando. Agarró a Azilde por los hombros y le gritó: «¡No vas a entenderlo, loca inútil, pero estoy arruinado!».

»Al principio Azilde se limitó a mirarlo, pero enseguida empezó a reírse siniestramente. Titine me contó que la risa hacía que su pelo oscilara. El patrón la soltó, bajó los brazos y dio un paso atrás. «¿De qué te ríes?», le susurró. Y, por primera vez en muchos meses, le contestó: «Me río porque… », empezó, y se interrumpió debido a las horribles carcajadas, «Porque la desgracia ha llegado por fin a esta casa llena de odio. Y, siempre que eso ocurra, me reiré».

La voz cantarina de Zélie se interrumpió de repente. En la chimenea, uno de los troncos cayó y se produjo una lluvia de chispas rojas en el hogar. Miranda soltó un profundo suspiro.

—¡Qué cosa tan horrible dijo! ¿Estaba loca ya por entonces, la pobre?

—Loca de miedo y de tristeza, *p'tite*. Un alma ser incapaz de vivir sin amor.

—Pero tenía a su niño —arguyó Miranda.

—Sí, pero ya ser demasiado tarde. La locura llegar para siempre. Una semana después de que el patrón decir lo del barco hundido, bajar por la noche al salón rojo, tocar su canción y volver a reír. Titine escucharla y bajar a toda prisa, pero no llegar a tiempo. Azilde agarrar un cuchillo de una de las alacenas del comedor. —Zélie levantó la mano y e hizo el gesto elocuentemente, llevándosela a la garganta.

Miranda tragó saliva, sin poder despegar los ojos de su cara

arrugada y triste.

—Y todavía seguir riendo cuando en Dragonwyck ocurrir algo malo —dijo Zélie con calma, sin alterar el tono de voz—. Solo poder escucharla los que llevar su sangre en las venas; de todas formas, los hay que también poder sentir sus advertencias, aunque no ser capaces de escucharla. Yo sentirla… y creer que tú también.

La chica se quedó en silencio. Durante un momento estuvo a punto de creerla, cuando pensó en las dos ocasiones en las que se había enfrentado a un miedo mortal. Pero desde entonces se había sentado muchísimas veces en el salón rojo y no había experimentado nada especial, de modo que tanto su sentido común como su reverente admiración por Nicholas, que había expresado un gran desdén por las supersticiones de Zélie, decidieron por ella.

—Es una historia espeluznante, terrible —dijo, sintiéndose muy razonable y madura—. Pero ocurrió hace muchísimo tiempo. Es bueno olvidar las antiguas tragedias. Estoy de acuerdo con el señor Van Ryn en que ese tipo de sucesos no se van a repetir.

Zélie, que aparentemente no la estaba escuchando, sacó de uno de los bolsillos de su viejo vestido una pipa de arcilla y un montoncito de tabaco. Puso una pajita en el fuego y encendió la pipa, cerrando los ojos mientras inhalaba la primera bocanada de humo.

—Sabes que ahora no puede ocurrir «algo malo» en Dragonwyck —continuó Miranda, un tanto desconcertada—. Es un lugar muy bonito y me encanta, y lo único que deseo… —Se detuvo de repente.

Zélie abrió los ojos de inmediato y fijó las negras y diminutas pupilas en la chica.

—¡Ajá! —exclamó con malicia—. Tú solo querer… —Cruzó las escuálidas y huesudas piernas y dio otra calada a la pipa—. Ir tú arriba. Estar agotada, yo vieja, querer descansar. —Y desvió la mirada sin más.

Miranda se levantó, sintiéndose incómoda y enfadada. Para empezar, no debería haber ido a buscar a la vieja estúpida. Se fue a donde estaba Katrine, que en ese momento jugaba con una camada de gatitos en un rincón, junto a la rueca.

—Vamos al piso de arriba, querida —le dijo—, te leeré algo.

La chica, que no solía ser desobediente, esta vez negó con la cabeza.

—Prefiero quedarme aquí. Annetje va a hacer un muñeco de jengibre.

Así que no tuvo más remedio que desandar el camino, pasando

de nuevo sola por las cocinas y por el vestíbulo de la servidumbre.

En ese momento ya se habían encendido todas las lámparas y velas, así que la casa ya no estaba oscura ni daba miedo. El aroma de las flores estaba muy presente y se mezclaba muy bien con el aromático olor de la madera de cedro que se quemaba en las distintas chimeneas. Paseó por las habitaciones de la planta baja con la cabeza muy alta, en actitud algo desafiante.

Sintió como si todos los lujosos objetos le dieran la bienvenida: los muebles, brillantes y con remates dorados, las gruesas y cómodas alfombras, las estatuas de mármol, los artículos de porcelana china y de Dresde, las cortinas y los tapices de brocado. El lujo desprendía un aroma embriagador.

Pensó con enfado que ese era su sitio. Era la prima de Nicholas. ¿Por qué esa vieja bruja había intentado asustarla para que se marchara?

Finalmente entró en el salón rojo. Estaba tan tranquilo como los demás. Era el más acogedor de todos los salones de la casa: era más pequeño que el resto y sus cortinas eran de un cálido color carmesí. Se acercó al clavicémbalo y levantó la tapa. Dudó por un momento, pero de inmediato puso el dedo sobre una de las teclas amarillentas. Sonó una nota muy suave. Se le aceleró un poco el pulso y esperó. No pasó nada. Ni sensaciones raras ni un escalofrío de advertencia. Nada. Y pensó que, en realidad, nunca lo había sentido. Y probablemente Zélie tampoco.

Sacó el taburete de debajo del instrumento y empezó a tocar *I dreamt I dwelt in marble halls;* lo hizo más rápido de lo habitual, y el viejo instrumento, que tanto hacía que no se tocaba, emitió unos sonidos algo atiplados y tintineantes, pero el efecto general fue bastante alegre.

Volvió a tocar la pieza dos veces más hasta que cerró la tapa, colocó la banqueta bajo el instrumento y subió a su habitación. Se quitó el vestido y se colocó el salto de cama con volantes de muselina de la India y se sentó relajadamente en el sillón que había junto al fuego. En la mesa de nogal que estaba junto a ella había varios libros, además de la Biblia que le había regalado su padre, que destacaba por su tamaño entre todos los demás. Lo miró sintiendo cierto cargo de conciencia. ¿Hacía cuánto que no cumplía con la «obligación» diaria de leerla, al menos una vez? En Dragonwyck no se observaba ningún precepto religioso, de modo que solo se acudía de vez en cuando al oficio del domingo, cuando convenía por algún compromiso social. La familia iba a la iglesia del pueblo, en la que se sentaba cerca del púlpito, bajo un dosel de

madera labrada, y escuchaba los sermones, la vedad es que bastante anodinos, de Dominie Huysmann.

Miranda pensó, sintiéndose culpable, que hacía semanas que no pensaba en Dios, en su salvación. Agarró la Biblia y empezó a pasar sus finas páginas. Siguiendo un impulso, cerró los ojos, escogió una página y puso el dedo sobre un punto al azar. Se trataba del capítulo veinte del libro de Job.

—«Devorará riquezas, pero inmediatamente las vomitará; de su vientre las sacará Dios».

Miranda puso cara de disgusto. ¡Qué asqueroso, qué poco inspirador! La Biblia ya no le abría las puertas a un mundo maravilloso y cautivador. Se había vuelto aburrida y cansina para ella, así que la dejó sobre la mesa, en la que cayó haciendo un ruido sordo. Tomó su ejemplar de *Cuentos dos veces contados,* en cuya guarda había colocado la nota de Nicholas, que releyó por centésima vez. También había leído todos los cuentos, pero con ese libro se sentía más cerca de Nicholas, porque él lo había leído también y le había dicho que su autor tenía mucho talento y que alguna vez sería famoso.

Así que empezó otra vez *El velo negro del pastor*.

Capítulo 7

El río se heló muy pronto ese invierno y, como los grandes barcos no podían navegar, los invitados dejaron de acudir a Dragonwyck. Miranda no sabía si Nicholas había utilizado la recepción de aquella auténtica horda de invitados para algún fin específico, pero ahora, en noviembre, sin nadie más en la casa que los Van Ryn y ella misma, se sintió de repente mucho más contenta.

Nicholas le hacía caso de nuevo. Le resultaba muy duro que no le hubiera prestado la menor atención durante muchas semanas del verano, pero el temor de que hubiera perdido todo interés por ella se disipó. Aunque no dijeron palabra alguna al respecto, notó que su relación volvía a hacerse más cercana, semejante a la del baile del 4 de julio.

Una mañana de martes de mediados de noviembre, Magda llamó a la puerta de Miranda.

—*Mevrouw* desea verla en su habitación —dijo la sirvienta—. De inmediato —añadió secamente, cuando vio que la chica se acercaba al tocador para cepillarse el pelo y sacudir las mangas de su vestido mañanero de color azul.

Un tanto turbada, Miranda siguió a la sirvienta por el pasillo. Era la primera vez que Johanna la llamaba a su habitación.

La señora de la casa estaba acostada en la cama ancestral de los Van Ryn. Al igual que la silla de las rentas, había llegado de Holanda con el primer patrón, en el frontispicio del dosel habían labrado tres leopardos, alrededor de ellos, hojas y arbustos. Cualquiera se sentiría abrumado y empequeñecido por los cuatro colosales postes de roble que la sujetaban, pero el efecto quedaba compensado por la enorme cantidad de carne de Johanna, que se extendía flácida por gran parte del colchón.

La habitación era muy grande y proporcionada en sus dimensiones, pero no daba la impresión de que hubiera mucho

espacio, ya que estaba llena de una heterogénea colección de muebles desgastados que, con toda probabilidad, Johanna se había traído de Albany. Y, pese a los constantes esfuerzos de las criadas, todas las mesitas estaban llenas de cajas de bombones a medio comer, páginas arrancadas de revistas y trocitos de pinturas de cera de colores. Últimamente Johanna se había aficionado, a su manera indolente, a hacer flores de cera, que se habían puesto de moda entre la alta sociedad. A pesar de que el sol del otoño brillaba sobre el helado río, las gruesas cortinas marrones estaban cerradas a cal y canto, y la habitación olía a rancio y a ausencia de aire fresco.

Miranda, que lo había examinado todo con una rápida mirada, pensó que si esa fuera su habitación la tendría muy bonita. Seguro que sería la más agradable de toda la casa.

Johanna estaba acabando de desayunar. Se limpió la boca y le acercó una taza vacía a Magda.

—Dile a Annetje que la próxima vez ponga más nata montada en el chocolate del desayuno. ¡Había poquísima, parecía agua! Y llévate la bandeja.

La doncella obedeció sin rechistar.

Johanna se acomodó sobre los almohadones y reconoció la presencia de la muchacha con un indolente suspiro.

—¡Ah, buenos días! Quería hablar contigo.

—Sí, señora —respondió Miranda con cierta ansiedad—. ¿Hay algún problema?

La expresión de Johanna, inicialmente de vago mal humor, se endureció por completo tras observar atentamente a la chica. El reluciente azul del vestido de Miranda y los dorados tirabuzones, muy cuidados, brillaban con fuerza. La mirada resentida de Johanna se detuvo en su escueto talle, que no pasaba de cincuenta centímetros.

—Ese talle tan ajustado no puede ser bueno para ti —dijo con acritud—. No es adecuado para tu posición. Ni tampoco tu peinado. Deberías recogértelo con un pañuelo o con una red.

Miranda se puso un poco colorada y se retiró los rizos que le caían sobre la frente.

—Lo siento mucho, señora —dijo, balbuceando ligeramente—. ¿Es esto… es esto lo que me quería decir?

—No. No estoy satisfecha con los progresos de Katrine. No prestas suficiente atención a la niña.

—Lo intento, señora, se lo aseguro —contestó la chica con tono contrito.

—Bueno, pues hoy quiero que la lleves a Hudson. Le supura un

dedo. Llévala al doctor Hamilton, de la calle Diamond.

Miranda se sintió amargamente decepcionada. Había esperado este día con mucha ilusión. Hacía dos noches, durante la cena, Nicholas le había preguntado algo de repente.

—Miranda, ¿sabes patinar?

—¡Sí, por supuesto, y me encanta! —había contestado, acordándose de las salidas a patinar a Dumpling Pond, cerca de la granja.

A él le brillaron los ojos y asintió.

—La ensenada que hay junto a Bronk Island está completamente helada. Si hace buen tiempo, el martes cruzaremos el río y patinaremos allí.

Era martes y el tiempo se había mantenido claro y sin viento. Era un día magnífico. Le apetecía hacer un poco de ejercicio, pues sus músculos se empezaban a rebelar contra la inactividad femenina que ahora se esperaba de ella. Y, además, habría estado sola con Nicholas.

—Yo creo que no le supura, señora —indicó—. El trineo tenía una pequeña astilla y se la saqué. Ahora ya casi ni se ve donde estaba.

—Pues Magda dice que le supura y que está infectada —dijo Johanna frunciendo los labios—. Además, la niña tiene que ir al zapatero de la calle Union para que le arregle las botas, y aquí tienes una lista de cosas que quiero que me traigas del pueblo —añadió, extendiendo la mano para darle un trozo de papel…—. Ve inmediatamente.

—¿A dónde va a ir Miranda inmediatamente?

Las dos mujeres se sobresaltaron. Nicholas estaba de pie en la puerta, con una sonrisa en los labios. Ignoró a Miranda y fijó la mirada en su esposa.

La pálida cara de Johanna se volvió informe. Se mojó los labios antes de hablar.

—Me… me has asustado, Nicholas. Vienes tan pocas veces por aquí…

Él inclinó la cabeza y siguió esperando respuesta a la pregunta que le había hecho. Con un movimiento nervioso, Johanna se ajustó la rebeca para intentar cubrir un poco los enormes pechos y también procuró ajustarse el gorro de dormir.

—Miranda tiene que llevar a Katrina a Hudson. La niña necesita ir al médico —respondió por fin.

—¿Y es que el médico no puede venir aquí, como de costumbre? —preguntó su marido, enarcando las cejas.

—Tardaría mucho. Además, aprovechará para hacer otros recados en el pueblo —añadió con un tono algo más desafiante—. Ya he mandado preparar el carruaje, está esperando.

Nicholas bajó la cabeza otra vez.

—Entiendo. Por lo que se ve, ir a Hudson es muy importante. Miranda y Katrine tienen que ir sin falta. Lo cual cambia ligeramente los planes que tenía para esta mañana, pero no importa. Desde hace tiempo tenía pendiente hablar con el *sheriff* del condado. Querida, tus deseos son siempre lo primordial para mí, como bien sabes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Johanna, soltando un dificultoso suspiro.

—Pues que voy a acompañarlas a Hudson, por supuesto —respondió amablemente Nicholas—. Difícilmente podrían regresar antes de que caiga la noche y, tal como están los ánimos con los granjeros, las carreteras se han vuelto inseguras. La semana pasada abordaron el carruaje de los Livingston.

Miranda no pudo evitar mirar a Nicholas con el mayor disimulo que pudo, pero también encantada. No obstante, él la ignoró y no dejó de mirar intensamente a Johanna, cuyo gesto en esos momentos era de perplejidad, y también algo más… ¿Podría decirse que estaba asustada? La joven se asombró. Nicholas era siempre extremadamente cortés con ella, como lo había sido en este intercambio. Y era verdad que siempre hacía que se cumplieran los deseos de Johanna, sobre todo durante estos últimos meses. ¡Mira que era estúpida! Miranda se impacientó y se olvidó de Johanna, cuyos deseos no resultaban importantes para ella en absoluto, ahora que Nicholas se había hecho cargo de la situación.

Ese día de noviembre en Hudson iba a convertirse en uno de esos días que solo se producían de vez en cuando, sin previo aviso, y que resultaban agradables e interesantes, tanto en su conjunto como en cada uno de sus detalles. Solo sintió emoción, no fue capaz de percibir las oscuras fuerzas y corrientes ocultas que fluían en ese momento. Tardó muchos años en comprenderlas.

En ese instante, le bastaba con que Nicholas fuera sentado junto a ella en interior del carruaje. Por fin se sentía a gusto en su presencia: entusiasmada, con ganas de vivir nuevas experiencias… y también guapa. Llevaba el vestido de seda verde que ella misma había mejorado incorporándole un bonito lazo de color crema. Sobre él, para protegerse del frío, se había colocado una pelliza de paño de color gris, los guantes y el bolso de mano eran de color amarillo limón. Aunque había tenido escasas ocasiones de

ponérselo, sabía lo bien que le sentaba el sombrerito verde, con las cintas de satén y las plumas de avestruz. Perfumó el pañuelo con un seductor aroma de heliotropo que le aportaba aún más confianza en sí misma.

Durante la primera milla, mientras los dos caballos de color crema avanzaban suavemente por el pueblo o bajaban el ritmo para evitar las zonas heladas y los baches de la carretera ribereña, Nicholas apenas dijo nada. Pero vio que la miraba, y sintió la electricidad inundando la atmósfera del cálido interior de la cabina. Estaba contenta. Katrina estaba sentada en el asiento de enfrente, jugando con su muñeca. De vez en cuando, miraba con satisfacción la venda que le envolvía la supuesta herida, estaba muy contenta por haber despertado tanta atención hacia ella. La herida ya no le dolía nada, pero su madre le había dicho que era muy mala y peligrosa. Por eso la llevaba Miranda al médico, a Hudson. ¡Era estupendo ir a Hudson! Quizá se tomara un helado, y puede que su padre le comprara algo.

La niña miró a Nicholas con expresión de duda. Era raro que las acompañara. A veces no le veía durante varios días y, cuando coincidían, normalmente no le prestaba ni la más mínima atención. Pero a veces le daba regalos. Deseaba que Annetje hubiera ido con ellos también. ¡Una pena!

—Estírate las enaguas, querida —le dijo Miranda sonriendo—. Las llevas muy arrugadas. —Se inclinó hacia delante para ayudarla y los rizos dorados cayeron sobre las regordetas piernas de Katrine, de forma que le hicieron cosquillas, y eso le gustó a la niña. Le gustaba Miranda porque era muy guapa y muy agradable. Además, siempre olía muy bien.

—¿Podremos tomar helados en Hudson? —preguntó de repente la niña—. ¿Eh, papá, podremos?

El gesto de Nicholas se oscureció, Miranda adivinó de inmediato lo que estaba pensando: se preguntaba si la niña iba a ser como Johanna. Pero inmediatamente se relajó y se apoyó contra el respaldo de tela de brocado que cubría los asientos del carruaje. Y se rio, lo que le hizo parecer mucho más joven.

—¡Pues claro que podrás tomar helados! Iremos a cenar a la posada Hudson House. Había pensado que podríamos acercarnos a casa de la viuda Mary Livingston, a visitarla y, sin duda, nos invitaría a cenar, pero quizá prefieras hacerlo en una posada.

—¡Oh, sí, por favor, papá! —rogó la niña, que normalmente no estaba nunca tan animada en presencia de su padre.

—¿Y a ti qué te gustaría hacer, Miranda? —le preguntó

Nicholas. Se le aceleró la respiración ante el tono íntimo de su voz.

—La posada, por favor —dijo sin dudar. No le apetecía ir a visitar otra mansión, en la que, además, la acaudalada viuda acapararía a Nicholas, dejando completamente al margen a Miranda, como de costumbre.

Tras ese pequeño intercambio, Nicholas empezó a hablar de forma encantadora y amable. Le explicó cosas sobre la zona que estaban atravesando. Ya habían salido de su hacienda, pero conocía perfectamente todo el camino hasta Hudson. En Nutten Hook les enseñó una choza en la que vivía una bruja.

—Por lo menos eso es lo que piensan los granjeros —dijo Nicholas riendo—. Vende pociones amorosas y, en las noches sin luna, se sube en su escoba voladora y llega hasta el mismísimo Kinderhook.

Miranda también rio, no tanto porque le hiciera gracia lo que había dicho, sino por la forma en la que se estaba dirigiendo a ella. Era muy inusual que Nicholas estuviera alegre y comunicativo, y aquel día no aparecía por ninguna parte la oscura reserva de la que no prescindía casi nunca, al menos en la casa. Parecía estar disfrutando del momento tanto como ella.

—¡Mirad! —exclamó cuando pasaron junto a la ensenada de Stockport—. ¿Veis las cascadas, allí arriba?

Ella asintió.

—Una vez, cuando era niño, aposté con mis amigos a que era capaz de bajar la cascada en un bote.

—¡Pero eso es terriblemente peligroso! ¡Es imposible que nadie sea capaz de hacerlo!

—Pues yo lo hice —dijo Nicholas—. Y aunque me rompí la pierna, mereció la pena. Siempre me he sentido orgulloso de vencer todas las dificultades.

Miranda pensó que eso era muy cierto. Seguro que hasta de niño habría sido capaz de controlar todas las situaciones, por muy difíciles que fueran.

El carruaje pasó por un gran bache y dio un bandazo, Miranda no pudo evitar caer sobre Nicholas, rozando con la mejilla el hombro de su abrigo azul. Sintió un tenue olor a lino almidonado, *peau d'espagne,* y también el cuero de las botas. Igual que le había ocurrido durante el baile, tanto su voluntad como su cuerpo parecieron fundirse como la cera caliente al estar cerca de él. Los ojos le brillaban con esa expresión peculiar que ya conocía. Recogió del suelo el sombrero alto, que se le había caído, y la chica notó que le temblaban ligeramente las manos.

Más o menos al mediodía llegaron a Dugway Road, una de las entradas principales del pueblo, y subieron la empinada colina por la calle Dos para entrar en Hudson.

—¡Qué bonito es el pueblo! —exclamó Miranda. Aunque en un día como el que estaba viviendo, habría considerado bonito hasta un conjunto de destartaladas cabañas construidas sobre el barro. En cualquier caso, el pequeño pueblo no carecía de encanto. Las casas eran de ladrillo o de piedra, dejando claro que su origen había que buscarlo en el de la propia Nueva Inglaterra. En Hudson se habían instalado muchos cuáqueros de Nantucket que, después de la revolución, llegaron buscando un puerto nuevo y seguro para la caza de ballenas; así, se instalaron alrededor de los granjeros holandeses, que preferían cultivar la tierra. Los Folger, los Macy y los Coffin, entre otros, habían surcado el mar, consiguiendo grandes beneficios durante los últimos cincuenta años.

—¿Dónde está la calle Diamond? —preguntó Miranda—. La prima Johanna dijo que el doctor Hamilton pasaba consulta allí… Lo digo por el dedo de Katrine.

Nicholas negó con la cabeza.

—Hamilton es un viejo carcamal. Solo es capaz de usar curas antiguas: corteza de sauce, cloruro de mercurio y brandi. Lleva a la niña al joven Turner. Parece muy capaz.

—¡Pero es un maleducado! ¡Y quiere acabar con el sistema de la renta de tierras! —exclamó Miranda, sin poder evitarlo, dada la antipatía que había sentido hacia el joven médico.

—Razón de más para que lo halague haciéndome cliente suyo —respondió Nicholas de inmediato—. Pronto abandonará sus estúpidos puntos de vista si lo convierto en el médico de la hacienda.

—¡Oh…! —dijo—. Ya entiendo. —¡Qué astuto era Nicholas!

Le dio las instrucciones al cochero y después se volvió de nuevo hacia ella.

—Voy a visitar al mayor Curtis y al *sheriff*. Ha habido más problemas para recaudar las rentas. Les ordenaré que acaben de una vez por todas con este ridículo asunto. Después nos encontraremos en Hudson House, a las dos.

Saltó del carruaje y se quedó de pie, con el sombrero en la mano, hasta que partieron hacia la casa del médico. Ella se quedó mirando su alta silueta, que lo era todavía más con el sombrero puesto, avanzando rápidamente por la calle. La gente lo miraba y cuchicheaba. En un momento dado se quitó el sombrero y se inclinó para saludar a una anciana vestida de gris, y su pelo oscuro y rizado

brilló al sol de la mañana.

El carruaje torció por la calle Union y dejó de verlo. Se detuvieron frente a una casa baja de ladrillo, en la calle Front, bastante cerca del río. En la puerta, pintada de blanco, había un pequeño cartel que decía: «Jefferson Turner, doctor en Medicina». Miranda suspiró.

—Vamos, Katrine. Esta es la casa del médico.

La niña agarró con fuerza su muñeca Cristabel y la siguió con obediencia. Cuando Miranda levantó la aldaba de latón para llamar, se sorprendió mucho al escuchar un montón de voces procedentes del interior; una de ellas, la de un hombre, sonó más fuerte que la de todos los demás.

—¡Al cuerno con ellos! ¡No es momento de medias tintas, os lo digo yo!

La llamada de Miranda dio lugar a un repentino silencio. Alguien había ordenado que se callaran, y tuvo que esperar impacientemente durante cinco largos minutos antes de que le abriera la puerta el propio Jeff. Tenía el pelo rubio enmarañado y las mangas de la camisa remangadas, lo que permitía ver unos brazos musculosos, llenos de pecas y de pelo rojizo.

La chica torció los labios, se estiró el vestido y alzó la barbilla.

—La señorita Van Ryn se ha hecho daño en un dedo —informó con tono altivo, poniendo la mano sobre el hombro de Katrine—. El patrón desea que usted la examine.

Jeff seguía mirándola con cara de asombro. Después desvió la mirada hacia el carruaje de los Van Ryn, cuyo escudo de armas brillaba en la puerta. Volvió a mirar a la chica, que parecía enfadada, hasta que, finalmente, volvió la cabeza hacia atrás y soltó una especie de gruñido.

—¡Bueno, debe de haber caído sobre mí una maldición! —dijo—. Pase, señorita. Es para mí un honor absolutamente extraordinario.

Miranda le lanzó una mirada furiosa y entró en la casa, que no tenía más que cuatro pequeñas habitaciones, aparte de la cocina en la parte de atrás. La habitación principal y la sala de curas estaban llenas de hombres, por lo menos una docena, y una mujer llorosa que se limpió los ojos rápidamente en cuanto vio a Miranda.

—¡Mirad quién ha acudido a mi puerta! La señorita Van Ryn, ni más ni menos… —Le hizo una exagerada reverencia a la desconcertada Katrine, que se puso la mano en la boca y se agarró a las faldas de Miranda.

—Pero la cosa no acaba ahí —continuó Jeff con gran

exageración—. ¡También ha venido la distinguida señorita Wells! Quien, por supuesto, también está tocada por la nobleza, amigos míos, pues es prima del patrón.

Un murmullo recorrió la habitación. Un hombre bajo y delgado, con bigotes grises, tiró del brazo de Jeff y le susurró algo.

La mujer se puso de pie. Llevaba un chal andrajoso cubriéndole los estrechos hombros.

—¡Vaya! —dijo con acritud—. Los Van Ryn pueden vestirse de seda y terciopelo mientras mis hijos y yo pasamos hambre. —Caminó hacia Miranda, pero no se detuvo ante ella, sino que salió por la puerta. A la chica le latía el corazón a gran velocidad.

—Ya nos reuniremos después, amigos —dijo Jeff—. Puede que sea necesario cambiar de planes después de esto —indicó, señalando el carruaje de los Van Ryn. Todos se intercambiaron miradas de entendimiento, algunos asintieron. Salieron en silencio de la habitación, solo se quedaron el hombre bajo y Jeff.

Miranda fue capaz de hablar al fin.

—¡Estaban reunidos para organizarse contra el pago de rentas! —gritó indignada.

Los dos hombres se quedaron mirando su gesto acusador y Jeff se echó a reír.

—Sin duda, princesa. Permítame que le presente al doctor Smith Boughton.

El hombre se inclinó ligera y fríamente.

Smith Boughton, pensó. Se acordó de las palabras de Fenimore Cooper durante el banquete: «Van Ryn, me imagino que conoce usted o que ha oído hablar de ese médico, Smith Boughton, un incapaz que no vale un pimiento, que ha llegado desde el condado de Columbia. ¡No para de dar discursos y mítines defendiendo la rebelión y el desafío a la ley!». Así que debía de ser él quien estaba organizando a los granjeros.

—Creo que debería usted avergonzarse —le dijo indignada—, por buscar problemas y animar a la gente a que actúe contra la ley. Estaban contentos en las haciendas hasta que llegó usted.

Los dos médicos intercambiaron una mirada. Aunque Boughton era mayor, los dos habían estudiado medicina en Castleton, Vermont. Eran amigos desde que se conocieron. Desde la llegada de Boughton al condado de Columbia, que siempre había sido un activista, Jeff había hecho todo lo que había podido por ayudarle. Jeff parecía ser una persona equilibrada y con sentido del humor, pero su amigo no. En ese momento dio un paso en dirección a Miranda; le centelleaban los ojos, y la chica se dio cuenta de que no

era ni dócil ni apocado.

—Repite usted como un loro lo que ha escuchado —le reprochó en voz alta—. Los granjeros nunca han estado contentos en las haciendas. Mi propia familia era arrendataria de los Rensselaer, sé de lo que hablo. ¿Tiene idea usted, señorita con la cabeza llena de pájaros, de por qué los padres fundadores acabaron con la situación colonial? Para lograr la libertad y acabar con la tiranía. Todos los hombres blancos que habitan a lo largo y ancho de este gran país son libres, ¡todos!, menos los arrendatarios de estas haciendas. Afirmo que aquí hay una zona de podredumbre, lo que es intolerable estando un país libre. ¡La reliquia de un pasado que debe desaparecer para siempre! —Apretó el puño y Miranda dio un paso atrás. Katrine, con los ojos como platos, se escondió detrás de sus amplias faldas.

—¡Pero es la ley! —protestó Miranda débilmente. Notó fuerza y convicción en la oratoria de aquel hombre, pequeño pero duro; aunque, por supuesto, no la había convencido, ni un ápice.

—La ley es incorrecta e injusta —replicó Boughton un poco más calmado—. Y se va a cambiar.

—Sin violencia —intervino Jeff con tono admonitorio—. Si hay violencia, la causa sufrirá las consecuencias, y serán graves —remató Jeff, dirigiéndose directamente a su amigo.

El otro asintió y suspiró.

—Nos vemos más tarde —dijo mirando a Jeff. Hizo una rápida inclinación hacia Miranda y se marchó.

—Y ahora, señorita —dijo Jeff, sonriéndole a Katrine—, vamos a ver ese dedo que la ha traído aquí en un momento tan interesante. —Agarró de la mano a la niña y la condujo a la sala de curas. Se trataba de una habitación pequeña, con una alfombra de tonos rojos. Junto a un banco de roble en el que había unos fórceps de hierro y un par de escalpelos, se apoyaba un armario lleno de botellas y de frascos con píldoras, un mortero de piedra con su mano y algunos libros de medicina. El mobiliario lo completaban una mesa y dos sillas. Por una ventana sin cortinas entraba la luz, en ese momento, a raudales.

Miranda admiró a regañadientes la destreza con la que los dedos romos de Jeff deshacían la venda y la forma tranquila y amigable con la que le hablaba a Katrine. Pero no encontró nada más que admirar. No le gustaba nada su cuerpo, fuerte y agresivamente masculino, sus groseros modales y, por encima de todo, no toleraba su traidora alianza con los que maquinaban acciones en contra del pago de rentas. Estaba deseando volver a encontrarse con Nicholas

para contárselo, miró hacia el reloj de la sala de curas: ya era más de la una y media.

—Este dedo está perfectamente —dijo Jeff, alzando la cabeza después de examinarlo con mucha atención.

—Ya —confirmó—. Era lo que yo pensaba.

Jeff se enderezó y cruzó los brazos.

—La verdad es que todo esto me parece de lo más interesante. ¿Puedo atreverme a pensar que he hecho brotar una pasión secreta en su pecho de doncella? ¿Podría ser que la única razón por la que ha venido usted aquí hoy haya sido la esperanza de verme de nuevo? Puede que ese desdén oculte…

—¡Deje de decir imbecilidades! —estalló Miranda, e inmediatamente se horrorizó. Las jóvenes bien educadas no debían gritar así, ni mucho menos decir la palabra «imbecilidades». Era una conducta deplorable, digna de una niña, no de una señorita. Y ahora ese hombre insufrible estaba riéndose de ella otra vez.

Se estiró los guantes amarillos y se recolocó el sombrero.

—Hemos venido hoy aquí, doctor Turner, porque Nicholas… —se corrigió inmediatamente—, porque el patrón así lo ha ordenado. Y ahora le deseo muy buenos días.

Su pequeño desliz y el tono de su voz cuando dijo «Nicholas» calmaron a Jeff. La miró muy atentamente. Su belleza, delicada, pálida y dorada, no le atraían. Prefería mujeres más entradas en carnes, con más pecho, y que tuvieran espíritu de lucha, en la línea de Faith Folger, cuyo aspecto contradecía su origen cuáquero, por las mejillas tan sonrosadas y por su risa tan contagiosa. También le gustaba cómo se adornaba el pelo negro con cintas de colores.

Miranda, con sus pretensiones, le había enfadado tanto como él a ella. Además, dado que sabía que procedía de una granja y que su educación había sido muy normal, es decir, muy yanqui, pensaba que era una auténtica traidora a su clase. La chica tenía la cabeza llena de pájaros, en realidad, de lujos. Pero en ese momento pensó que quizá se tratara de algo más profundo. Sería una pena que la muy boba pensara que se había enamorado de Van Ryn, quien, por otra parte, era un hombre de aspecto romántico y muy atractivo. No habría solución posible para un caso como ese, salvo un tremendo desengaño para la muchacha. O algo peor: que Van Ryn la sedujera. Pero, en el momento en el que esa idea lo asaltó, lo cierto es que la descartó inmediatamente. Pese a su actitud antisocial, estaba seguro de que, en las relaciones, no era esa clase de hombre. Estaba tan seguro de ello como de que se llamaba Jeff.

—¿Van Ryn ha venido hoy con usted aquí, a Hudson? —

preguntó bruscamente.

—Sí —respondió Miranda—. El señor Van Ryn nos ha acompañado. —Dirigió una mirada anhelante y absolutamente transparente al reloj de pared y se dirigió resueltamente hacia la puerta.

Jeff no pudo reprimir el impulso de agarrarla del brazo.

—Señorita Wells —dijo con mucha seriedad—, ¿por qué sigue usted en Dragonwyck? ¿No echa de menos su hogar y a su familia?

Miranda se puso roja de furor.

—¡Es usted un impertinente, señor! —espetó, librándose de su mano. Agarró a Katrine y salió con gran dignidad.

Jeff encogió los anchos hombros y la miró mientras se acercaba al carruaje y subía a la cabina. Continuó mirando por la ventana con el ceño fruncido, hasta que alguien llamó a la puerta. Era una mujer mayor, bastante desaliñada, que entró dando un traspié.

—¡Oh, doctor! —jadeó—. Me vuelve a doler. Necesito más medicina.

—Pase usted a la sala de curas entonces, señora Potts —dijo amablemente—. Puede que esta vez podamos llegar a la raíz del problema. —Cuando se puso a examinar ese cuerpo dolorido, buscando síntomas que le dieran pistas, se olvidó de todo lo demás. Era lo que siempre le pasaba.

Hudson House, una posada situada en la calle Warren que hacía poco que se había remozado con esmero, ofreció una excelente comida al grupo de los Van Ryn. Los colocaron en una mesa bastante aislada, en una esquina del comedor, un salón sostenido por columnas blancas potentes pero airosas, y el propietario, muy atento, se preocupó personalmente de que ningún otro mortal de clase media o baja pudiera aproximarse al patrón. Con la excepción, por supuesto, de los nerviosos y muy activos camareros.

Miranda le contó inmediatamente a Nicholas que, en casa del médico, nada menos y precisamente cuando ella llegó, se estaba celebrando una reunión contra las rentas, y que Smith Boughton había acudido a ella, pero Nicholas le quitó importancia.

—No es más que una reacción histérica muy infantil. Me sorprende que un hombre tan sensato como Turner esté tomando parte en todo esto. Pero la cosa parará pronto. Ya he hablado con el *sheriff*.

No estaba de humor para tratar asuntos desagradables. Se notaba que también estaba disfrutando de la tarde. Hasta se había acordado de comprarle a Katrine una nueva muñeca de trapo y una caja de pinturas. También había algo para Miranda: una pequeña

jarrita de esmalte dorado en la que colocar sales de olor. Tanto Katrine como ella se mostraron enormemente agradecidas por los detalles.

La tarde pasaba demasiado deprisa. Miranda no deseaba que llegara la hora de volver y parecía que Nicholas tampoco tenía ninguna gana. Pasearon por Parade Hill, una zona ajardinada que estaba a los pies de la calle Warren, admirando tranquilamente la belleza del Hudson, así como dos viejas goletas balleneras que estaban atracadas en las dársenas. Pronto las goletas dejarían de atracar allí, pues en pocos años llegaría el tren, que pasaría junto a la pacífica orilla y llenaría de hollín y de chispas los jardines y el muelle.

Pero ese día reinaba la tranquilidad. Además de ellos, había más paseantes, chicas con sombreritos cuáqueros y sobrios pañuelos cubriéndoles el pelo, niños que reían y que, muy contentos, hacían rodar sus aros alrededor de la fuente, y abuelos que estiraban las piernas al fresco de la soleada tarde.

Miranda y Nicholas apenas hablaron, manteniendo una tranquila actitud de alegría. Nicholas, que tan a menudo se mantenía alejado de ella, inaccesible, la estaba dedicando por completo aquella tarde, respondía a sus preguntas y a sus gestos ante las vivas escenas vespertinas, sonriendo satisfecho al observar las divertidas actitudes de los niños.

Pero, de pronto, surgió una situación desagradable que estropeó, al menos en parte, la magnífica tarde. Ocurrió cuando pasaban junto a un recóndito banco en el que se sentaban dos viejos, ambos con bufandas, que fumaban sus pipas.

—¿No es ese Van Ryn? —restalló una voz aguda, propia de las personas sordas—. No es su mujer la que está paseando con él, ni mucho menos, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! Su mujer está gorda como un tonel, y no sale de casa —exclamó la otra voz, soltando risillas seniles—. ¡Espera un momento! ¿No será su…? —Una súbita y casi inesperada discreción hizo que el individuo no pronunciara la palabra, pero el significado quedó meridianamente claro, hasta para Miranda. Su felicidad desapareció de inmediato y de la manera más amarga. Durante unas horas se había olvidado por completo de la existencia de Johanna.

Nicholas no reaccionó, aunque estaba clarísimo que había oído los maliciosos comentarios. El sol, muy rojo ya, se escondía detrás de los Catskill, y desde el río llegaba una brisa fresca que azotó las rojas mejillas de Miranda e hizo vibrar las cintas del sombrerito y

sus rizos sueltos. Se estremeció, él la miró.

—Tenemos que volver a casa, Miranda. —Puso cierto énfasis al decir «casa», y ella respondió con una acidez que no pudo controlar.

—Dragonwyck no es mi casa. Estoy aquí porque se tolera mi presencia, y porque tú… —dudó por un momento—. Porque tú aún no has decidido mandarme de vuelta. Porque está claro que no le gusto a Johanna —terminó de decir, en voz muy baja.

Iban bajando los escalones de la calle y, aunque la sujetaba del brazo, lo hacía tan tenuemente que apenas lo sentía. Y se mantuvo en silencio durante tanto tiempo que la chica se asustó. No debía haber dicho eso. Puede que se hubiera enfadado porque pensaba que había criticado a su esposa. O quizá la considerara una ingrata, a la que ya no le bastaba con su enorme generosidad y exigía aún más. Eso sería terrible.

La condujo hasta el carruaje sin hablar. La chica, muy triste, se sentó en un rincón. Katrine bostezó y se apretó contra el asiento que había frente a ella, agarrando con fuerza a Cristabel, la nueva muñeca de trapo y la caja de pinturas. Miranda cubrió a la niña con una manta de viaje.

Lanzó una mirada suplicante a Nicholas. Apenas pudo ver su perfil entre las sombras, la nariz aguileña con sus amplios orificios, los labios llenos y muy apretados y la mandíbula bajo las sombras del pelo negro que le caía sobre la mejilla. Pese a lo inmóvil que estaba, podía ver cierta intensidad en su actitud, una especie de contenida violencia que no se manifestaba externamente. Una vez más se había esfumado la sensación de compañía comprensiva, de nuevo, se encontraba sola.

Antes de que volvieran a cruzar la ensenada de Stockport ya era noche cerrada, así que los caballos iban al paso, más despacio que por la mañana. Las lámparas de aceite del carruaje iluminaban de forma vacilante y escasa los abetos que flanqueaban la carretera. Después se adentraron en un bosque mucho más denso, tanto que los arbustos rozaban los laterales del coche. Miranda no pudo soportar más el silencio.

—¿Estás enfadado conmigo, primo Nicholas? —preguntó con voz vacilante.

Él volvió la cabeza, pero antes de que pudiera contestar sufrieron un sobresalto que los apartó a los dos de sus respectivas preocupaciones. Del silencioso bosque surgió de repente un clamor extraño, con gritos de lucha y toques de cuernos y bocinas. Por detrás de ellos sonaban constantemente flautas y tambores, a cuyo ritmo muchas voces cantaban una versión desafiante de la antigua

balada *Old Dan Tucker*.

Docenas de hombres enmascarados rodearon el carruaje, todos vestidos con prendas de vivos colores, que gritaban y gesticulaban levantando horcas, rastrillos y palos. Los caballos se detuvieron corcoveando y el carruaje se detuvo bruscamente.

—¡Destrocemos el coche! —gritó uno de los hombres, y notaron un golpe seco contra el duro techo.

—¡No hagáis eso, no es la manera! —gritó otro de los hombres que llevaba una máscara de pelo de oveja—. ¡Deje de cobrar las rentas, Van Ryn! Baje para que podamos hablar con usted.

Nicholas ya estaba fuera del carruaje. Aunque el corazón le latía a toda velocidad, Miranda no sintió miedo. Pese a las armas, que eran, en realidad, instrumentos de trabajo, parecía que la cosa tenía más de bufonada que de ataque; lo cierto era que las estúpidas máscaras y los trajes resultaban de lo más infantiles.

—No pasa nada, querida —le dijo a Katrine en tono tranquilizador, aunque la niña solo estaba medio despierta—. Sigue durmiendo. —Inmediatamente volvió a cerrar los ojos.

Miranda se bajó también del coche, tanto por la curiosidad que sentía como por el deseo de estar al lado de Nicholas. Este se acercó al hombre de la máscara azul de piel de oveja, mientras los demás formaban un círculo amenazador a su alrededor.

—¿Y bien? —dijo Nicholas, dirigiéndose al hombre de la máscara azul—. ¿Qué diantre es todo esto? —Habló con la misma tranquilidad que si estuviera en una fiesta en los jardines de Dragonwyck y, antes de que el otro pudiera contestar, una figura alta, con una prenda de percal rosa y una máscara de plumas de pavo, salió del círculo blandiendo una antorcha, que acercó peligrosamente a la cara del patrón.

—¡Sabe usted perfectamente quiénes somos y lo que queremos! —gritó—. ¡Somos indios! ¡Hemos desenterrado el hacha de guerra para solucionar una tremenda injusticia!

Nicholas paseó despacio la mirada por la figura que le había gritado. Lo observó de abajo a arriba: botas de clavos, muy sucias de barro, una especie de pijama de felpa y un cinturón de cuero sin curtir, del que colgaba un cuerno estrecho, una desmañada máscara le cubría el rostro, pintarrajeada sin ningún cuidado.

—Si quieren disfrazarse, por decir algo, de indios, no tengo ningún inconveniente —dijo en el mismo tono que antes, esta vez curvando un poco los labios en una media sonrisa—. De todas formas, lo cierto es que me parece una actitud un poco infantil, tratándose de hombres de cierta edad. Así, pues, les pido, por favor,

que vayan a jugar a otra parte porque están bloqueando la carretera.

De las docenas de gargantas allí presentes surgió un rugido amenazador. El grupo se acercó a Nicholas pero, además del odio que se desprendía de ellos hacia el hombre que les hacía frente con tanta calma, también podía detectarse cierta inseguridad. Su actitud los desconcertaba, se dieron cuenta de que no estaba fingiendo y que su acción no había producido en él el esperado efecto de temor, sino solo enfado contenido por tener que parar el carruaje, lo que estaba provocando un retraso en el viaje. Además, la lealtad al patrón estaba presente en su sangre desde hacía muchas generaciones, pese a su violenta y actual oposición al feudal sistema de rentas.

El grupo dudó, y varios de los enmascarados se volvieron hacia el que llevaba la piel de oveja azul, esperaban recibir órdenes de lo que debían hacer.

—Díselo, Águila Azul —murmuró el de las plumas de pavo.

El que al parecer era el líder extendió la mano en dirección a Nicholas, ordenándole que se detuviera.

—Se lo advertimos, Van Ryn —dijo con voz potente, aunque un tanto amortiguada por la máscara—. No intente cobrar las próximas rentas. Nosotros, los indios, estaremos vigilando. Nuestro jefe, Trueno Grande, se lo ha prometido a los granjeros. Puede mandar a todos los *sheriffs* y alguaciles paniaguados que quiera, pero le dará igual, porque no cobrará las rentas.

—¿De verdad? —dijo Nicholas—. Muy bien, pues ya que me han dado a conocer el mensaje, doy por hecho que podemos continuar nuestro camino.

Se produjo un tenso silencio. Hasta Miranda, que se había quedado impresionada por la tranquila y valiente reacción de Nicholas ante aquel tropel, pudo notar el desaliento del líder, que enseguida se transmitió a los demás, y se asombró al darse cuenta de que sentía hasta un poco de pena por ellos, pese a lo absurdo que había sido que intentaran acabar con la negativa del patrón asaltándolo mediante una mascarada pueril y ridícula.

Finalmente, el hombre de la máscara azul se hizo a un lado.

—Pueden seguir su camino.

Mientras Nicholas volvía a subir al carruaje, se movieron unos cuantos palos y horcas y sonaron algunos cuernos, pero la actitud de desafío había tocado a su fin.

—¡Has estado espléndido! —exclamó Miranda, una vez que ambos estuvieron de nuevo sentados en la cabina del carruaje—.

¡Tan…! —Su voz se transformó en un grito de horror.

Los cristales de las ventanas de ambos lados de la cabina se rompieron al mismo tiempo y, por encima del fuerte ruido de los vidrios haciéndose añicos, sonó el estampido de un disparo.

Sin pensarlo, se arrojó a los brazos de Nicholas, que la sujetó de forma convulsa y la apretó contra él. Se le cayó al suelo el sombrero, y él se dobló y la besó ligeramente el pelo.

Cuando el cochero fue capaz de controlar a los aterrorizados caballos, se abrió de repente la puerta de la izquierda y Jeff Turner, con gesto ansioso y asustado, se los quedó mirando.

—¿Están bien? —preguntó en voz alta. A la luz de la antorcha que había agarrado para acercarse al carruaje pudo ver la cara de Miranda apoyada contra el pecho de Van Ryn y, en mitad del desconcierto y la preocupación que sentía, antes de que Nicholas la apartara de sí con suavidad, pensó que eso demostraba lo que había entre ellos.

—Ese balazo ha sido un error, Van Ryn —dijo Jeff—. No sabe hasta qué punto lo siento. Uno de los hombres ha perdido la cabeza, nos vamos a encargar de él. Nadie quiere que las cosas deriven hacia la violencia. —Con una mirada rápida y experta comprobó que nadie había resultado herido. Katrine, que ahora lloriqueaba, no estaba herida por los cristales, pues la manta la había protegido. Y la bala había ido de una ventana a otra sin alcanzar a nadie.

Todavía temblorosa, Miranda agarró a la asustada niña, la abrazó y miró a Jeff con un gesto que, después del miedo, dio paso a la más absoluta indignación. Nicholas reaccionó de forma parecida, aunque se recompuso rápidamente, salvo que su cara permaneció blanca como la cera. Los dos miraron la máscara azul de piel de oveja que Jeff se había quitado de la cara en cuanto escuchó el disparo.

—Así que el doctor Turner también es Águila Azul —dijo Nicholas con énfasis—. ¿No cree que debería obligar a sus compinches a mantener la calma?

—Sí, por supuesto —respondió Jeff con impaciencia—. Ya le he dicho que lo siento, pero afortunadamente no se han producido daños… y tampoco es tan incomprensible que alguien haya perdido los nervios. Es usted muy provocador, Van Ryn, con sus aires de grandeza y su negativa a considerar más puntos de vista que el suyo propio. ¿Acaso no se da cuenta de que estos hombres están desesperados, es que es estúpido?

Jeff cerró la boca tras el exabrupto, intentando controlar su temperamento. Ni la violencia ni el abuso verbal eran las formas

adecuadas de corregir esta injusticia que, además y por desgracia, estaba respaldada por la ley. Los dos personajes del carruaje le ponían furioso. Aunque no podía evitar sentir cierta admiración por Nicholas: era un hombre muy tranquilo y valiente.

—Usted es el estúpido, doctor Turner —replicó Nicholas con tono de indiferencia.

Jeff se dio la vuelta y avanzó hacia el grupo de enmascarados. Con gesto de disgusto, vieron alejarse por la carretera el carruaje y desaparecieron entre los pinos. No habían conseguido nada de lo que pretendían y además habían obrado mal y se habían puesto en evidencia y en peligro debido al absurdo disparo de pistola.

—No os preocupéis, amigos —dijo Jeff, admitiendo tácitamente que las cosas habían salido mal—. ¡Ánimo, porque tenemos razón y, al final, venceremos! La próxima semana en Ancram les demostraremos que las cosas no van a quedarse así.

Se produjeron murmullos de asentimiento. Formaron una fila y volvió a sonar la música de las flautas y los tambores. Algunas voces cantaron el estribillo:

—«La luna brillaba plateada,
y, al final de la noche, el *sheriff* llegaba.
Arriba, en una colina, un indio se alzó
y con mucha fuerza su cuerno sopló.
¡Big Bill Singer, quita de en medio!
¡Haremos pedazos tu pelliza sin remedio!»

Cantando terca y desmañadamente, los falsos indios recorrieron el camino de vuelta hacia las granjas cuya tierra trabajaban, pero que no eran suyas.

En el carruaje de los Van Ryn, Miranda luchaba por controlar un llanto histérico, que pugnaba por estallar, al tiempo que sostenía a la niña en las rodillas, intentando calmarla con caricias suaves y continuas. No se sentía así solo por el susto y el peligro que habían corrido, ni tampoco por la vergüenza de haberse lanzado a los brazos de Nicholas sin ni tan siquiera pensarlo, haber sentido la presión de su rostro y su casi imperceptible beso en el pelo. Esta vez no le cupo la menor duda de su respuesta, y junto al júbilo que esto le produjo, no pudo evitar un temor corrosivo. No podía ni mirarlo. Mantuvo la cara vuelta hacia un lado, por encima de la cabeza de Katrine, limitándose a atisbar por la ventana el oscuro exterior y a escuchar el helado viento que silbaba en la noche. Pese a que le castañeteaban los dientes, no era frío lo que sentía.

Pensaba que tenía que irse a su casa, con su familia y cuanto antes, ya mismo. Sin la menor duda. Se lo diría mañana, o mejor, ahora, en ese mismo momento, antes de perder el valor.

—Primo Nicholas —dijo en voz alta y tensa—, queda muy poco tiempo para Navidad. Debería volver a casa, pues seguro que mi madre me va a necesitar. Siempre hay muchísimo que hacer en esa época. Creo que debo irme de inmediato, mañana o pasado… quizá…

Nicholas se acercó en la oscuridad y le puso la mano sobre el brazo. Y sentir su tacto hizo que se callara de inmediato.

—Sé paciente, Miranda —dijo con tono tranquilo, pero de forma autoritaria—. Volverás a la granja a su debido tiempo. A su debido tiempo… —repitió en voz más baja. Después retiró la mano de su brazo.

¿Para qué debía tener paciencia? Se sintió invadida por la angustia. No podía seguir de esa manera, pero no tuvo valor para protestar, así que echó la cabeza hacia atrás y la apoyó sobre los cojines. Quizá más tarde, cuando estuviera en su habitación, de nuevo cómoda y caliente, volvería a ser capaz de pensar con claridad y de decidir qué hacer.

Se estremeció cuando salieron del bosque y el viento procedente del río entró con redoblada fuerza a través de los cristales rotos tras el balazo. Katrine se había adormilado de nuevo. La niña se apoyaba pesadamente sobre el pecho de Miranda, balanceando la cabeza al ritmo del movimiento del carruaje.

Capítulo 8

Miranda no regresó a casa. En una carta que escribió a su madre mencionó la posibilidad, pero Abigail, controlando la añoranza que sentía por su hija favorita, contestó diciéndole que, si los Van Ryn deseaban que siguiera con ellos, debía quedarse allí por cortesía y por agradecimiento.

> *Veo que estás adquiriendo unos modales magníficos y aprendiendo a comportarte como una auténtica dama. Debes aprovechar al máximo esta oportunidad que te está dando la vida y que es tan difícil de tener.*

Así que le pareció absurdo insistir en volver y mucho más cuando, a la mañana siguiente, pensó que el repentino pánico que sintió la noche anterior era inexplicable, ahora que lo analizaba a la luz de la radiante mañana. De hecho, en realidad, no había nada de lo que arrepentirse, ni dentro ni fuera del carruaje. ¿Qué había de raro en buscar ayuda en el acompañante y protector? Además, el comportamiento de Nicholas había sido natural y caballeroso, el adecuado por tratarse de un pariente mayor y experimentado. Ni siquiera su madre habría dicho nada al respecto si lo hubiera visto, tampoco lo censuraría cuando lo supiera. Y es que aún no se lo había contado en ninguna de sus cartas.

La vida en la mansión continuó como si el día en Hudson no hubiera tenido lugar. Nicholas hizo pedidos de libros a Nueva York y Boston, y llegaron varias cajas en varios de los barcos que atracaron en el muelle. De allí se llevaron directamente a la habitación de la torre, en la que Nicholas pasaba la mayor parte del tiempo. Un velero con base en Albany, que regresaba de un largo periplo por las Indias Orientales, trajo consigo una apreciable cantidad de plantas de aquellas lejanas tierras y, para disgusto de

Miranda, se retiraron del porche cubierto las adelfas persas, dejando sitio a palmeras, plantas de aloe y helechos bulbosos de Ceilán que no le gustaron absolutamente nada. Le encantaban las flores de las adelfas, de un color rosa brillante, y también el verde reluciente de las hojas, echaba de menos su fragancia en las habitaciones, sobre todo en el comedor. Pero Nicholas parecía haber perdido el interés por las flores.

A principios de diciembre, todo el mundo perdió el interés por las nuevas plantas y su localización. El movimiento contra el cobro de las rentas estaba ganando impulso.

El seis de diciembre era el Día de San Nicolás y, según la costumbre holandesa, en esa fecha se celebraba un intercambio de regalos. Varios de los niños vecinos recibieron una invitación para ir a jugar con Katrine; a las tres ya habían llegado los invitados: el pastor, Dominie Huysmann, con su esposa y tres niños de lo más formales; los Verplanck, de Kinderhook, con toda su prole; dos nietos de Van Rensselaer y los pequeños Dejong, de Stuyvesant.

Fue el propio Nicholas quien se disfrazó del santo de su nombre, pero no según la versión navideña de portador de regalos, Santa Claus, sino en la forma original de monje del siglo iv. Se vistió con una sotana de satén azul ricamente bordada, una mitra de oro y un gorro de obispo. Todos los ropajes habían venido de Holanda, al igual que la tradicional ceremonia, que Nicholas ofició con gran solemnidad. Aunque no infligió ningún castigo a los niños que se habían portado mal, Katrine y los demás permanecieron sentados, completamente aterrorizados mientras, tal como mandaba la tradición, les hablaba de los pecados y el castigo que merecían los que los perpetraban. Incluso en el momento en el que levantó el báculo por encima de la cabeza y rasgó el saco de muselina que contenía ciruelas glaseadas, que cayeron al suelo como una tormenta de granizo, los niños permanecieron quietos y sentados hasta que él despareció por una puerta. Solo en ese momento se lanzaron a recoger las golosinas.

Cuando se sentaron para comerse las ciruelas, se abrieron las puertas del salón italiano, en el que se había dispuesto una larga mesa cubierta con un mantel de tela damasco. Sobre ella había una fila de zuecos de madera, colocados cerca de los bordes. Los zuecos se guardaban durante todo el año en un ático, esperando a ser utilizados el Día de San Nicolás. En cada uno de ellos estaba escrito el nombre de un niño y, junto a un poco de heno para el caballo del santo, se guardaba un pequeño número de juguetes y chucherías.

Para los adultos no había regalos, pues el día apropiado para

ellos era el de Año Nuevo. Así que, mientras los críos se entretenían, los mayores pasaron al salón verde para charlar y tomar un refresco. Miranda tuvo que sentarse en un sillón, apartada del grupo, allá donde le indicó Johanna. A la joven ya no le importaban estas demostraciones continuas de su condición inferior, porque desde el día de la excursión a Hudson sentía un deseo algo compulsivo de apaciguar a la señora de la casa, lo cual era ciertamente poco razonable, pues había llegado a la conclusión, sin ningún género de dudas, de que no había ningún motivo para sentirse culpable. No obstante, constantemente hacía todo lo que podía para tener contenta a Johanna, hasta se recogía los rizos en un moño.

La conversación discurrió por lugares comunes y obviedades hasta que Nicholas, que ya se había despojado del disfraz, hizo acto de presencia. De inmediato, el pastor Huysmann volvió su rostro delgado y preocupado hacia el patrón.

—¡Señor, me quedé asombrado cuando supe lo del dosel! —exclamó. La nuez se le movía frenéticamente—. Doy por hecho que sabe que yo no tenía la menor idea acerca de lo que iba a ocurrir. ¡Son unos rufianes! ¡Y se han vuelto locos!

Miranda dirigió la vista hacia Nicholas. ¿A qué se refería con lo del dosel? Estaba segura de que se trataba de una nueva manifestación a propósito de la retirada de las rentas, enseguida se enteró de los detalles.

Aquella mañana, mientras ella ayudaba a rellenar los zuecos, Johanna, Katrine y Nicholas habían acudido a la iglesia para atender a los oficios del día del santo. Y resultó que el dosel de madera de roble labrada que cubría los asientos de los Van Ryn había sido destrozado durante la noche. Lo habían hecho añicos a hachazos, había astillas por todas partes. Además, los autores dejaron una nota escrita sobre los asientos: «Los doseles y los palios son para los reyes, y aquí no tenemos reyes».

—Ha sido espantoso —dijo Johanna, dirigiéndose a la comprensiva audiencia—. ¡Les aseguro que había astillas en todos los cojines!

El pastor escuchó respetuosamente la queja de la patrona, e inmediatamente se volvió hacia Nicholas.

—Pero, señor, el asunto empeora día en día. ¿Qué podemos hacer?

—¿Que qué podemos hacer? —repitió Nicholas, mirando al pastor con altivo regocijo—. Bueno, para empezar volveremos a construir un dosel mañana mismo. Ya he dado las órdenes

oportunas. Esta vez será de madera negra de nogal, de un estilo que recordará al gótico, pero de formas delicadas. Y lo presidirán las armas de los Van Ryn, cosa que no ocurría con el anterior.

Huysmann tragó saliva audiblemente.

—Eso enfadará mucho a los arrendatarios. Podrían… podrían hacerle daño o… —dijo dudando, sin atreverse apenas a contradecir al patrón, aunque el miedo terminó ganando la batalla—… o a mi familia y a mí. Saben que soy leal a la hacienda.

Las damas se removieron inquietas, mirándose unas a otras con cierta ansiedad. La esposa del pastor se mordió los pálidos labios y apretó el bolso de mano contra el escaso pecho, como si fuera uno de sus hijos. Nicholas frunció el ceño.

—No hay nada que temer por lo que respecta a mis arrendatarios. ¡Nada! ¿Acaso cree que no seremos capaces de controlarlos y guiarlos, igual que hemos hecho durante doscientos años? Esta histeria pasará, como han pasado otras.

El pastor, tras lanzar una rápida mirada a su patrón, terminó inclinando la cabeza.

—Sí, señor. Sin duda, tiene usted razón.

Las mujeres se sosegaron. Después de todo, era un asunto que debían tratar los hombres y, si el señor de Dragonwyck creía que no tenía importancia, así sería, sin lugar a dudas. Ninguna de ellas había tenido relación directa con los arrendatarios. Sin embargo, Miranda no estaba tan segura, parecía ser la única. Le vino a la memoria la reunión clandestina en la sala de curas de Jeff Turner, la extraña detención del carruaje por parte de los arrendatarios disfrazados de indios, los golpes con los rastrillos en el techo del carruaje y, por supuesto, el disparo. ¿No podría Nicholas estar equivocado esta vez?

Nicholas no se equivocaba, al menos en el hecho de que el resultado inmediato de la rebelión no le afectaba personalmente. Lo demás le importaba poco. Que los acontecimientos que se iban a producir durante los siguientes días, acontecimientos en los que no participó en modo alguno y de los que no tuvo noticia hasta que hubieron terminado, fueran finalmente a cambiar su vida ni lo sabía ni lo hubiera creído en aquel momento de ninguna de las maneras.

El creciente malestar en el condado de Columbia eclosionó fuera de la hacienda de Dragonwyck y las tierras de los Van Rensselaer. El doce de diciembre, en Copake, el *sheriff* Henry Miller y uno de sus ayudantes intentaron desalojar a dos granjeros que se negaban a pagar sus respectivas rentas, y se encontraron con una violenta oposición. El pequeño doctor Smith Boughton, disfrazado del jefe

indio Big Thunder, inflamó con su oratoria a sus seguidores, también disfrazados de nativos americanos. Rodearon al *sheriff,* le arrancaron los papeles legales con los que se disponía a desalojar a los granjeros y los quemaron en un barril de alquitrán. Hecho esto, permitieron que los asustados oficiales regresaran a Hudson entre abucheos y el resonar de los cuernos.

El dieciocho de diciembre, las cosas llegaron a su punto culminante. Big Thunder convocó una reunión masiva en Smoky Hollow, una taberna cercana a Claverack. Unos mil «indios» se reunieron en la plaza que había frente a la taberna, formando un pandemónium de disfraces y máscaras. Esta vez llevaban muchas armas, y se produjo un asalto a la bodega, por lo que corrió el *whisky* sin ningún control. La mezcla de insurgencia social y alcohol resultó letal y, como era de esperar, degeneró en tragedia.

Mientras el doctor Boughton procuraba en vano calmar a la multitud desde el balcón de la taberna, una bala perdida alcanzó a uno de los congregados y lo mató. Se trataba del joven Bill Rifenburg, un tranquilo muchacho de una de las granjas cercanas, hijo único de una viuda.

La multitud, repentinamente silenciosa, se reunió alrededor de la figura inmóvil que yacía en el suelo, mirando embobada la oscura y roja mancha de sangre que empapaba el chaleco indio. Alguien había despojado de su máscara al chico. Jeff, que no se había disfrazado, estaba arriba con Boughton. Los dos médicos se miraron horrorizados.

—¡Ya ha ocurrido! —exclamó Jeff—. Intenta que se mantengan en calma; mientras, yo haré lo que pueda por ese chico.

Big Thunder se asomó de nuevo al balcón, apoyándose con fuerza sobre el pasamanos. Jeff bajó las escaleras a toda prisa, se abrió camino hacia el muchacho y se arrodilló junto a él. No se movía. No había nada que hacer, estaba muerto. Permaneció arrodillado junto al cuerpo, preguntándose cómo iba a transmitirle la horrible noticia a la señora Rifenburg y lamentándose amargamente por la tragedia, que inevitablemente acabaría con la causa contra las rentas. En ese momento llegó corriendo el *sheriff* Miller, junto con cinco ayudantes, que atravesaron la multitud como un cuchillo en la mantequilla.

—¡Así que ahora hay que añadir el asesinato al resto de cargos! —exclamó el *sheriff* al observar lo que había ocurrido. Alzó la cabeza y vio a Big Thunder asomado al balcón—. ¡Vamos, muchachos! ¡Por fin tenemos a ese falso Big Thunder!

Con los revólveres desenfundados, los agentes de la ley entraron

corriendo en la taberna. Encontraron a Boughton apoyado contra el hogar de la chimenea del primer piso, absolutamente desolado y con un gesto de desesperación en la cara. Intentó resistirse al arresto, luchando con todas sus fuerzas y maldiciendo, pero los seis hombres lo redujeron, lo colocaron boca abajo en la silla de un caballo y se lo llevaron.

Jeff lo observó todo sin poder intervenir. No podía hacer nada por su amigo, ya que un enfrentamiento con la ley solo empeoraría la cosas de forma irreparable. El *sheriff* no le prestó atención ni le molestó. No tenía ninguna orden de arresto contra el doctor Turner, al que conocía por su buen trabajo como médico, y además quería alejarse lo más deprisa posible de la multitud, todavía aturdida y silenciosa, antes de que se volviera amenazadora. Dio un pequeño golpe en el lomo de la cabalgadura a la que iba atado Boughton, y tanto él como sus cinco ayudantes montaron en sus respectivos caballos y condujeron al prisionero hacia Hudson.

Jeff ayudó a transportar el cadáver de Jeff Rifenburg a casa de su madre, e hizo lo que pudo para consolar a la afligida viuda. Finalmente, abatido por completo, él también regresó al pueblo.

Big Thunder estaba en la cárcel, pero las autoridades seguían estando nerviosas. Desde las colinas cercanas, los cuernos no pararon de sonar en toda la noche. Los activistas contra las rentas enviaron notas de amenaza, diciendo que liberarían a su líder por la fuerza. Que quemarían la ciudad, si era necesario. Se movilizó la caballería ligera del Hudson, también llegó un pequeño contingente de tropas desde Albany. Conforme crecían las amenazas y el pánico, se envió un mensaje a Nueva York, desde donde llegó la brigada montada germano-americana del capitán Krack, en un barco fletado rápidamente al efecto.

Jeff estaba en la puerta de su casa cuando observó el desembarco de la elegante brigada, que desfiló por la calle Front hasta Warren. Les precedía una pequeña banda de tamborileros militares, cuyos marciales redobles contribuían eficazmente a resaltar el esplendor de las charreteras y los galones de la tropa montada, toda ella ataviada con cascos de metal coronados con plumas y águilas doradas, vainas colgantes con sus correspondientes sables y botas de cuero negras y relucientes.

Y todo esto para reprimir a un puñado de granjeros de ropas harapientas y para mantener en prisión a su pequeño líder. Jeff se sintió desalentado y entró en la sala de curas. Se dejó caer sobre una silla y escondió la cabeza entre las manos.

Rillah, la mujer de color, canosa ya, que lo ayudaba con las

tareas caseras entró de golpe en su habitación, le puso delante una taza de vino especiado y le habló con el cadencioso acento de la gente de color llegada del sur.

—Échese esto al coleto, amo —le dijo con tono suave y afectuoso—. Seguro que se le olvidarán por un rato los malos humores.

—¿Qué haría yo sin ti, Rillah? —dijo Jeff.

—*Pos* lo mismito que lo que hacía antes, pero no le *vi* a dejar, ni que lo intente, se lo advierto —le amenazó la mujer en tono cariñosamente burlón, negando con la cabeza que llevaba cubierta con un turbante. Se había escapado de una plantación de Georgia y había tenido que interrumpir el viaje clandestino en tren con dirección a Canadá antes de morir de agotamiento y neumonía—. ¡Deje ya de preocuparse tanto por «esos pobres granjeros»! —añadió, dándole unos golpecitos en el hombro—. Y llegará su día para la libertad, si es que *tié* que llegar. ¡Nunca había conocido a un amo que se preocupara tanto por los problemas *dotros*! Olvídelo ya, ahora mismito.

Jeff se bebió el vino y sonrió distraídamente. Ya estaba acostumbrado a sus estallidos de afecto. Pensó que, de un modo u otro, ella tenía razón: el momento no había llegado todavía. Llegaría el día en el que los granjeros obtuvieran una victoria total, pero no sería mediante los disturbios y la violencia. Su lucha era para perfeccionar el sistema democrático, por lo que debían utilizar métodos así mismo democráticos. Las elecciones eran el único sistema posible. Había que colocar al hombre adecuado, a su hombre, en la oficina del gobernador. Ni más ni menos.

Suspiró. Eso llevaría muchísimo trabajo y no había ninguna garantía de éxito; y, mientras tanto, los hacendados y terratenientes habían vuelto a ganar. El juicio de Boughton se había retrasado a marzo, y Jeff no tenía demasiadas esperanzas en el resultado. Todo el poder de la riqueza, del prestigio social de la clase dirigente y de los hechos consumados se habían confabulado contra el pequeño doctor y los granjeros a los que lideraba.

Jeff se levantó, se puso el sombrero y el abrigo verde y salió de la casa para dirigirse a la prisión, para intentar consolar a su amigo lo mejor que pudiera. Mientras se abría paso sorteando a la multitud que abarrotaba las calles, en las que abundaban personas vestidas con uniformes improvisados, pensó en Nicholas Van Ryn. Seguro que ahora se mostraba mucho más arrogante que nunca. «¡Maldito seas!», pensó para sí. Durante un momento, lo odió, le invadió una enorme impotencia.

Los Livingston y hasta los Van Rensselaer habían dado muestras de debilidad durante los enfrentamientos contra las rentas vitalicias y hereditarias; la lucha les había hecho tambalearse, se habían asustado de verdad. Pero Nicholas, no; él siempre se había mostrado arrogante y absolutamente seguro de que nada podía cambiar el mundo que había heredado, ni amenazar la supremacía conferida a su estirpe por derecho de nacimiento.

Jeff pensaba que Nicholas era un individuo realmente peligroso. ¡Que Dios ayudara a la persona o personas que se cruzaran en su camino o le causaran dificultades, si es que podían llegar siquiera a rozar su armadura! Pensó también en Miranda. ¡Pequeña boba llena de ínfulas! Agarrada con todas sus fuerzas a ese mundo de lujo decadente, comportándose como una aristócrata pretenciosa y reverenciando abiertamente al oscuro e impredecible señor de Dragonwyck. Antes de que regresara a su hogar, al estatus social al que realmente pertenecía, le cortarían las alas con toda seguridad. Lo que necesitaba era trabajar de verdad, de forma honesta y productiva, encalleciendo aunque solo fuera un poco esas manos tan finas y bien cuidadas, y un hombre de bien, trabajador y honrado, que le arrancara esos aires de grandeza y fuera capaz de darle una buena retahíla de hijos para hacer crecer al país. Era lo suficientemente saludable como para poner un poco más de carne rodeando esos huesos, pensó irritado.

Tras cruzar la calle Uno estaba tan concentrado en sus pensamientos que no pudo evitar tropezarse con un cuerpo blando y suave. Hubo una pequeña explosión de risas y un par de ojos negros le miraron fijamente.

—¡Tenga piedad de nosotros, doctor Turner! No puede ir así de despistado por la calle, atropellando a las personas…

Se trataba de Faith Folger. Vestía un traje cuáquero de diario, de color gris, y los rizos oscuros recogidos bajo un gorro. Su madre la había pillado saliendo de casa vestida de otra forma, mucho menos casta, y la obligó a vestirse de esta manera para acudir al desfile. No obstante, Faith captaba la atención de los hombres vistiera como vistiera. Jeff se disculpó con ella por su torpeza, mientras dos soldados de uniforme se habían bajado de los caballos y rondaban a su alrededor con la esperanza de captar su atención.

—¿Y qué hace usted, señorita, paseando entre esta multitud de obscenos soldados? —preguntó Jeff con tono burlón.

Faith negó con la cabeza, pero se las apañó para dirigir una mirada ladeada a los dos soldados de caballería.

—¡No he venido a ver el desfile ni a acercarme a los soldados,

doctor! Voy a la farmacia, a un recado al que me ha mandado mi madre —protestó recatadamente, haciendo un mohín y mirando a Jeff a través de las pestañas entrecerradas.

Jeff no pudo evitar deleitarse con la visión de sus labios rojos. Varias veces le había robado algún beso, y había disfrutado muchísimo con ello. Pero en aquel momento la chica no lo tentaba tanto como solía hacer. De repente, le pareció excesivamente exuberante y descarada.

—Muy bien, pero tenga cuidado, no vaya a romper el corazón de algún militar —dijo en tono de broma, y se levantó mínimamente el sombrero para despedirse. La chica se quedó bastante sorprendida.

—¿No vas a acompañarme, Jeff? —preguntó, pasando al tuteo de inmediato. Él siempre había buscado su compañía. Y aunque todavía no se había dicho nada definitivo, sabía que su familia aprobaba la hipotética relación, además de que ella misma estaba deseando establecerse como la señora Turner más pronto que tarde.

—Siento muchísimo no poder hacerlo ahora —se disculpó Jeff, aunque podría haberla acompañado sin ningún problema—, pero es que voy a visitar a Boughton.

—¡Ah! —musitó la chica algo apesadumbrada, mientras le dedicaba una breve y desconcertada sonrisa. El resto del camino hasta la farmacia lo hizo como una auténtica cuáquera recatada y soltera, con la cabeza baja e ignorando a los dos soldados, que caminaron junto a ella llevando a sus caballos de las riendas y haciendo comentarios elogiosos sobre sus muchos y apreciables encantos.

Los Van Ryn tenían la inveterada costumbre de cerrar Dragonwyck después de Año Nuevo y embarcar con el servicio hacia Nueva York para instalarse en la mansión de la calle Stuyvesant, pero aquel año Nicholas rompió la tradición.

—¿Pero por qué no? —protestó Johanna de mal humor—. Esta casa es muy húmeda durante el invierno. Además, no entiendo por qué tenemos una mansión en la gran ciudad si no vamos a hacer uso de ella. Y, por supuesto, me apetece muchísimo ir al teatro.

Ya era de noche, estaban sentados en el salón rojo. Johanna había decidido aprovechar la habilidad de Miranda con la aguja, así que le había encargado que hiciera los dobladillos de una gran cantidad de servilletas nuevas de lino. La chica estaba sentada en un extremo de la habitación, junto al clavicordio, en una silla estrecha y rígida que, gradualmente, se había convertido en el único asiento que se le permitía utilizar. Katrine ya estaba en la cama. Aquella noche estaba siendo muy diferente a las habituales, en las

que Johanna bostezaba, leía una frase, dos como mucho, en una revista, y volvía a bostezar mientras esperaba que el reloj de pared de oro y bronce señalara la hora de irse a la cama. Y la diferencia fundamental era que, aquella noche, Nicholas estaba con ellas.

Normalmente las dejaba en el preciso instante en el que terminaba la cena, ambas escuchaban sus pisadas ascendiendo la escalera, camino de la habitación de la torre. Algunas noches, pocas, iba al salón de música a tocar el pianoforte, a veces con suavidad, otras con gran energía, casi excesiva, lo que hacía que se escucharan algunas disonancias. Pero aquella noche estaba sentado en un sillón, frente a su esposa.

—Este año prefiero permanecer en Dragonwyck, amor mío —repitió—. Si necesitas vestidos nuevos puedes avisar a una modista para que venga aquí a enseñarte telas y probártelos.

Johanna hizo un mohín de disgusto con su enorme cara y se mordió el labio inferior.

—¿Pero por qué, Nicholas? Había hecho muchos planes.

Se levantó del sillón, caminó alrededor de la mesa de centro y sonrió levemente mientras miraba a su esposa desde arriba. Parecía esforzarse para controlar la irritación, tamborileaba el suelo rítmicamente con la roja zapatilla.

—No puede deberse a la rebelión. Tú mismo dijiste que todo había acabado, Boughton ya está en la cárcel —insistió ella, pero fue bajando la voz poco a poco—. Y con la humedad del invierno, seguro que pillo uno de esos terribles catarros…

Nicholas hizo un movimiento con la mano, apenas perceptible.

—Eso sería una pena, querida. Tienes que tomar muchas precauciones. De todos modos, sea como sea, permaneceremos en Dragonwyck.

Johanna se removió en el sillón. Al encontrarse con la mirada de su marido, bajó los ojos. Miranda hasta sintió pena por ella durante un momento, pero de inmediato ese sentimiento fue sustituido por el alivio. Si se trasladaban a la ciudad para pasar los últimos meses del invierno, sin duda, la devolvería derechita a Greenwich. Difícilmente la habrían incluido entre el personal de la casa de Nueva York.

En todo caso, ¿por qué no quería regresar a su casa? Se hizo la pregunta a sí misma con cierto apasionamiento. Finalmente, alzó la cabeza para mirar a Nicholas. La suave luz de las velas proyectaba sombras sobre las paredes rojas. Él dominaba la habitación, de la misma manera que dominaba a las dos mujeres. Y, como si hubiera notado de alguna forma su mirada, volvió los ojos hacia ella.

Una vez más, Miranda se asombró de que con aquella suave luz, el azul de sus ojos resultara tan vívido e intenso. Sin embargo, también parecía como si tuviera alguna anomalía, como si sus ojos estuvieran vacíos, como si una cortina impidiera que de ellos saliera luz, no mostraban el menor signo de vida en su interior. Sintió un escalofrío, pero también un deseo compulsivo y extraordinariamente potente de que extendiera sus brazos hacia ella. De haberlo hecho, habría corrido hacia él, olvidando ciegamente la presencia de Johanna y cualquier atisbo de decencia.

En lugar de eso, él se inclinó para recoger el pañuelo de Johanna, que había caído al suelo, y se lo dio, haciendo al tiempo una ligera inclinación de cabeza.

—Buenas noches, señoras —dijo con suavidad—. Les deseo que pasen una buena noche y que descansen. —Salió inmediatamente de la habitación.

Durante la media hora siguiente, hasta la llegada de Tompkins con una bandeja llena de pasteles y una copa de vino, la señora de Dragonwyck no pronunció una sola palabra. Permaneció sentada en su sillón, con los ojos fijos en el pañuelo que Nicholas había depositado en su regazo.

Enero y febrero pasaron volando para Miranda. El río estaba bloqueado por el hielo y las carreteras casi impracticables, así que no hubo visitantes. Los días podían parecer monótonos, pero para ella no lo eran. En Dragonwyck, la tensión casi podía cortarse con un cuchillo. Flotaba en el ambiente una expectativa creciente, algo estaba por llegar, algo inevitable e inminente, aunque en realidad no había motivos para tener tal sensación. Cada mañana se levantaba con un entusiasmo irrefrenable que, indefectiblemente, cada tarde, tranquila e igual a la anterior, se apagaba.

A mediados de marzo cayó una gran tormenta de nieve, y Johanna permaneció en su habitación, intentando recuperarse de uno de esos fuertes resfriados que tanto temía. Los ruidos de los estornudos y de sonarse la nariz de forma violenta llenaban la casa, pese a que la puerta de su enorme habitación casi siempre estaba cerrada. Una mañana, al pasar por allí de camino al aula, Miranda vio entrar a Magda corriendo con una palangana de mostaza disuelta en agua y un decantador lleno de una bebida humeante, que resultó ser una mezcla de oporto, zumo de limón y especias; también escuchó a Johanna quejarse con voz ronca y preguntar por qué no le habían llevado aún las tostadas con mantequilla.

Ni siquiera cuando estaba enferma era capaz de disminuir su enorme ingesta de todo tipo de comida, sobre todo de dulces y

grasas. Miranda sintió desprecio y continuó su camino hacia el aula para impartir su lección diaria a Katrine.

El aula brillaba a la luz del hogar, las llamas crepitaban con fuerza. Había nieve apilada en el exterior de las ventanas, aunque el viento soplaba ya con bastante menos fuerza. Las dos cabezas rubias estaban inclinadas sobre una pizarra en la que Katrine garabateaba cuando, repentinamente, se abrió la puerta de la habitación. Entró Nicholas, y tanto la joven como la niña lo miraron asombradas.

—Es un verdadero placer verte… primo Nicholas —balbuceó—. Estábamos… estaba corrigiendo las sumas de Katrine. —Era la primera vez que entraba en el aula desde que Miranda llegó a la mansión. Y su asombro aumentó al detectar cierta inseguridad en su actitud. Habría deseado decirle algo, pero finalmente cambió de idea.

Se acercó a la ventana, se quedó un momento de pie mirando hacia el río, de color gris a estas alturas del año y casi cubierto por completo de nieve y hielo.

—¿La niña va bien? —preguntó sin interés.

—¡Desde luego que sí! Aprende deprisa y se le dan bien los números. Creo que ya está preparada para poder seguir un libro de aritmética. Quizá podríamos pedirlo a la ciudad…

Nicholas echó una mirada a su hija, que tenía las mejillas enrojecidas y los dedos blanquecinos, y no solo de tiza, sino de apretarlos nerviosamente ante la inusitada visita de su padre, que rio brevemente.

—¿Y por qué íbamos a molestarnos con un libro de texto? Sumar y restar un poco es más que suficiente para una chica.

Miranda iba de sorpresa en sorpresa. Su tono ácido era inhabitual, pues casi nunca dejaba traslucir las emociones al hablar, ni el desprecio que ahora mostraba ni ninguna otra.

—Imagino… —empezó Miranda, dudando—. Supongo que será decepcionante para ti no tener un hijo varón.

—No me dejo llevar por las decepciones —respondió, pero durante un segundo le cambió la expresión de la cara. Después se acercó al fuego y extendió las manos.

Miranda se ruborizó. Había sido de lo más inadecuado mencionarle eso a su primo. Pero ¿qué era lo que había querido decir con esa contestación? ¿Que no podía permitirse la decepción de que la estirpe de los Van Ryn no continuase ante la falta de un hijo varón, o que todavía esperaba que Johanna pudiera…?

Este pensamiento inacabado hizo que se sintiera muy desgraciada y para que no se le notara rompió a hablar.

—Creo que pronto dejará de nevar. Lo digo porque parece que llega algo de luz del sol por el oeste.

—Eso espero —dijo Nicholas—. Porque si no, el médico se retrasará.

—¿El médico? —repitió sin comprender.

—Eso he dicho —contestó, hablando cada vez con más frialdad —. La señora Van Ryn está enferma y, como es natural, he mandado llamar a un médico para que la atienda.

La chica se sintió herida por su tono y por el hecho de que usara la expresión «la señora Van Ryn» para referirse a su esposa. Era una forma nada sutil de colocarla a ella en su sitio.

—No me había dado cuenta de que la prima… de que la señora Van Ryn estuviera tan enferma.

Nicholas no contestó. Se alejó del fuego y volvió a dar unos pasos inquietos hacia la ventana. Cerró las pesadas contraventanas, se volvió y le habló a la niña con tono adusto.

—Cuando termines con las clases ve a ver a tu madre. No le prestas mucha atención y está enferma.

—Sí, padre —contestó la niña. Dudó durante un momento y, venciendo el temor que le provocaba su padre, se atrevió a preguntarle—. ¿Me dejará jugar con su reloj el doctor Hamilton, igual que cuando tuve el sarampión?

—No va a venir el doctor Hamilton —contestó Nicholas, frunciendo el ceño—. He llamado al doctor Turner.

Miranda alzó la cabeza rápidamente. ¿Por qué? ¿Por qué el tal Turner, que era tan grosero, y además participó en la revuelta contra las rentas? Además, había otros médicos, aparte de Hamilton y Turner.

Jeff estaba en su casa de Hudson cuando le abrió la puerta a un mozo de cuadra procedente de Dragonwyck, que le llevaba un mensaje indicándole que sus servicios eran requeridos en la mansión. Sus pensamientos y reacciones fueron muy semejantes a los de Miranda. No le gustaban nada las tormentas de nieve, y menos si tenía que desplazarse a caballo, así que pensó en negarse. Pero le pudo la curiosidad, además de una sensación gratificante de orgullo profesional. Si Nicholas tenía tanta fe en él como médico que hasta era capaz de superar sus enfrentamientos ideológicos, él también debía mostrarse generoso y prestarle sus servicios.

Jeff ensilló el caballo, cargó el maletín lleno de píldoras e instrumentos en el borrén trasero y siguió al guía a través de los senderos llenos de nieve.

Cuando llegaron al pequeño pueblo de Dragonwyck, ya había

anochecido. Las luces que salían de algunas ventanas transmitían una agradable sensación de calidez y confort. Concretamente, la vicaría tenía un aspecto de lo más acogedor. El pastor, la señora Huysmann y tres de sus hijos estaban reunidos alrededor de una lámpara colocada en la mesa de centro, que estaba cubierta con un alegre mantel rojo. Al acercarse a lomos del ya cansado caballo pudo distinguir muchos detalles caseros, como un reloj sobre la repisa de la chimenea, que repicó cinco veces, y un hervidor de metal del que salía vapor colocado en el hornillo del fuego. El enjuto rostro del pastor parecía relajado mientras miraba a su esposa por encima de las lentes de leer; ella zurcía unos pantalones al tiempo que sujetaba sobre la rodilla a un crío somnoliento.

Jeff, estremeciéndose de frío a pesar del grueso abrigo de lana verde, pensó que la vida familiar tenía que ser muy agradable. ¡Qué cosa tan magnífica formar parte de una escena como esa tras un duro día de trabajo! Se imaginó de inmediato a Faith en el lugar de la señora Huysmann. No fue capaz de formar imágenes de los hipotéticos niños que tendría con ella, pero la siguiente escena que se le vino a la cabeza le resultó de lo más clara: Faith y él metidos en la cama, sobre un cómodo colchón de plumas, absolutamente aislados del mundo… Eso sí que sería cálido, placentero, vital y agradable.

Decidió que mañana mismo la pediría en matrimonio.

El caballo ascendió trabajosamente la última y prolongada cuesta, tambaleándose un poco debido a que los cascos estaban cubiertos de nieve helada. Finalmente, tras un recodo, apareció Dragonwyck.

A la luz crepuscular, el edificio de piedra parecía gigantesco, lleno de hastiales y torretas recortándose contra la negrura del cielo nocturno. Todas las cortinas estaban echadas, por lo que no salía ninguna luz de las ventanas. En esa mansión no había nada cálido, vital ni agradable. El lugar le pareció maligno e insalubre, como si perteneciera a una época moribunda.

Aunque era un hombre extraordinariamente pragmático, Jeff sintió una sensación de rechazo y aversión tan fuerte que estuvo a punto de darse la vuelta antes de llegar a la zona de las caballerizas. Seguro que podría pedir que le acomodaran en alguna de las casas del pueblecito, quizá en la vicaría o en cualquiera de las granjas cercanas. ¿Pero qué excusa podría poner para no entrar, después de haber recorrido tantas millas? Se enfadó consigo mismo. Lo que estaba pensando y sintiendo era una estupidez digna de un chiquillo, no de un hombre hecho y derecho, y médico, además.

Dentro había una persona enferma que lo necesitaba, y Jeff nunca le daría la espalda a alguien en tal situación, fuera quien fuese.

Usó la enorme y plateada aldaba, e inmediatamente Tompkins abrió la puerta.

—Buenas noches, señor. Me temo que la cabalgada habrá sido muy incómoda. Llevan esperándolo dos horas.

Jeff se sopló los dedos entumecidos y avanzó hacia el otro extremo del enorme vestíbulo, en el que había un fuego encendido. Las luces del fuego y de los candelabros apenas contribuían a paliar la sensación de decadente y lujosa frialdad. Se levantó los faldones del abrigo para intentar calentarse las heladas piernas.

—Espero que la señora Van Ryn no esté gravemente enferma —dijo—. ¿Qué tal se encuentra ahora?

—Pues yo creo que algo mejor, doctor. Pero el señor esperaba ansiosamente su llegada. Siempre es muy atento en lo que se refiere a la salud de su esposa.

Jeff se preguntó si eso sería verdad, pues le resultaba muy difícil imaginarse a Nicholas como un marido atento. Quizá estuviera equivocado. Haciendo gala de una humildad poco habitual en él, tuvo que reconocer que ni entendía ni sabía nada en absoluto acerca de este tipo de gente.

Tompkins lo acompañó al piso de arriba y Magda los recibió en la puerta del dormitorio de su señora. Johanna no le dio una bienvenida cálida, ni siquiera educada. Estaba de mal humor.

—No logro entender por qué el señor Van Ryn no ha mandado llamar al doctor Hamilton, como siempre —dijo al tiempo que alzaba con desgana la gruesa mano derecha, que dejó caer indolentemente en cuanto él la tocó.

—Lo siento, señora —se disculpó, sintiéndose un poco avergonzado—. En cualquier caso, haré todo lo que pueda y sepa para aliviarla. —Sin decir nada más, procedió a realizar un minucioso examen de la paciente, sin dejarse intimidar por la acusada falta de cooperación de Johanna ni por la mirada hostil y desaprobadora de Magda.

Salvo el fuerte resfriado, Johanna estaba perfectamente. Incluso teniendo en cuenta el voluminoso tamaño de su cuerpo, hasta el corazón estaba en buenas condiciones.

—No hay nada de lo que deba preocuparse, señora —le dijo alegremente una vez que hubo terminado de examinarla—. Tómese estas gotas tres veces al día y raspaduras de cebolla para combatir el resfriado, eso es todo. Pronto se sentirá mejor. Aunque, la verdad, me gustaría decirle una cosa más… —añadió Jeff al ver una gran

cantidad de galletas y pasteles mordisqueados en la mesita de noche —. Durante unos días debería seguir una dieta blanda. Gachas y té, un huevo pasado por agua y ese tipo de cosas. Nada más.

Se quedó perplejo ante el gesto de tremendo enfado con el que recibió esta última recomendación.

—¡Menuda tontería! —exclamó—. ¡Todo el mundo sabe que hay que comer mucho cuando se está resfriado! ¡Hay que mantener las fuerzas!

—Permítame que le explique, señora —dijo Jeff en tono tranquilo—. Usted no va a perder las fuerzas porque pase un día o dos en la cama y a dieta, lo que le ayudará a tener digestiones sencillas. Eso le vendrá bien para recuperarse antes y por completo. —La verdad es que le habían entrado ganas de reírse al observar la violencia de su reacción tras unas instrucciones tan sencillas y lógicas.

—¡Comeré todo lo que quiera! —contestó en voz alta y con gesto terco—. Magda, asegúrate de que están haciendo ese bizcocho borracho. ¡Tengo muchísimas ganas de comérmelo! —añadió, mirando a Jeff con ojos desafiantes.

Él se encogió de hombros. Tenía una corazonada acerca de lo que realmente ocurría allí: la comida era para ella la única satisfacción que podía ofrecer a sus sentidos. Desprovista de la posibilidad de satisfacer otras pasiones, había encauzado todos sus deseos hacia una sola dirección. En cierto modo, era algo parecido al deseo, pensó con pena y disgusto. De hecho, también podía considerarse una forma de enfermedad.

—Su resfriado se curaría antes si no se tomara ese bizcocho borracho, u otros dulces —afirmó—, pero, en cualquier caso, no tardará en librase de él. —La visita que estaba haciendo era absurda desde el punto de vista médico, y en ese momento deseó estar en casa, cómodo y descansando, listo para acudir a ayudar a gente que estuviera enferma de verdad. Buscó un último comentario con el que cerrar adecuadamente la estúpida disputa, y paseó la mirada por la habitación, hasta encontrar lo más atractivo que había en ella.

—¡Qué flores tan magníficas! —dijo, realmente admirado al ver un arbusto plantado sobre una maceta lacada que descansaba sobre la mesa más grande que había en el enorme cuarto. Las flores, que crecían rojas, fuertes y lustrosas como estrellas, en medio de las hojas de un verde intenso, también proporcionaban una agradable fragancia. El enfado desapareció del rostro de Johanna.

—Son adelfas persas. El señor Van Ryn las recibió hace poco —

dijo despacio—. Las ha hecho traer hoy para alegrar la habitación. Son muy bonitas, ¿verdad?

Su tono de voz pareció extrañamente fatigado. Quedaba claro para Jeff que su esposo no solía regalarle flores; también pensó que si él mismo estuviera casado con esa foca, tampoco lo haría.

Sonrió mínimamente, musitó su acuerdo acerca de la belleza de las flores y se retiró de la habitación.

De camino al piso de abajo, pasó junto a Miranda, que estaba de pie, junto a una puerta que supuso que era la de su propia habitación. La chica inclinó la cabeza fríamente a modo de saludo y le lanzó una mirada de resentimiento, con sus preciosos ojos entrecerrados. Con ese vestido verde, adornado con un lazo de color crema a la altura del cuello, con la cabeza erguida y magníficamente rematada con el cabello dorado y ondulado, le recordó a un lirio del valle. Le devolvió el saludo con idéntica frialdad, enfadado al comprobar que seguía comportándose con él de una manera hostil.

Descubrió que Nicholas no compartía dicha hostilidad cuando el dueño de la casa se acercó a saludarlo en el piso de abajo. El patrón se mostró educado, como siempre, pero también muy afable. Escuchó con mucha atención el informe de Jeff acerca del estado de salud de su esposa antes de pronunciar ninguna palabra al respecto.

—Sí, estoy seguro de que tiene usted toda la razón. El resfriado está remitiendo, de eso no hay duda, pero había que asegurarse de que los pulmones no estaban afectados, y descartar cualquier otra posible complicación. ¿No le parece, señor?

Jeff mostró su acuerdo y mencionó con brevedad sus esfuerzos para reducir la dieta de Johanna.

—¿Se mostró de acuerdo? —preguntó Nicholas.

—¡No, en absoluto! —respondió contrito, aunque sin poder evitar una corta risa—. De hecho, ha mandado que hagan un bizcocho borracho.

Se produjo una corta pausa, hasta que Nicholas rompió de nuevo el silencio.

—Ah, sí… Me temo que mi esposa es muy dada a disfrutar de los placeres de la buena mesa —afirmó, sonriendo de manera indulgente. La sonrisa y el tono fueron exactamente así, indulgentes. Mostraba una actitud medio apenada, medio divertida, semejante a la que se tiene ante un niño caprichoso.

Era una actitud lógica, pero pese a ello Jeff no pudo evitar sentir un pequeño estremecimiento, un leve desasosiego. Miró con intensidad a su anfitrión, y el malestar desapareció de inmediato. La

sonrisa que iluminaba la atractiva cara de Nicholas parecía completamente sincera. Los brillantes ojos azules solo expresaban una atención cortés a su invitado.

Jeff disfrutó de la noche. Se había preparado para él una habitación y Nicholas no quiso escuchar siquiera sus protestas respecto a la invitación para pasar la noche en Dragonwyck. En cualquier caso, hubiera sido una locura volver a su casa a esas horas, con una oscuridad total y sin que la nevada y el viento hubieran terminado del todo.

Miranda se unió a ellos para la cena. A primera vista le pareció que la chica era muy tímida, aunque poco a poco fue animándose y comenzó a intervenir, empujada, como él mismo, por la brillante forma de conversar de Nicholas.

Lo que hizo su anfitrión en la mesa, cubierta por un exquisito mantel de lino, fue casi mágico. Les contó anécdotas de sus viajes a Europa, utilizando un lenguaje expresivo y colorista que casi les permitía ver con la imaginación el castillo de las cercanías del Rin, en el que conoció a una condesa loca de atar, o la callejuela de Florencia en la que le robaron la cartera. También se refirió a lugares más cercanos, como el propio Nueva York, cuando se inauguraron las fuentes de más de quince metros de alto de las que salía agua a raudales y que causaron sensación entre la multitud. Y también les habló de teatro y *ballet,* de aquella increíble noche en la que la extraordinaria Fanny Elssler se quitó las zapatillas y bailó con los pies descalzos, solo cubiertos con medias, sobre un escenario lleno de pétalos de rosa y notas de cariño y admiración arrojadas por la maravillada audiencia.

Nicholas no se limitaba a dejar asombrados a los dos, que no sabían nada de Europa ni de *ballet,* no entonaba un monólogo, de ninguna manera: utilizaba constantemente halagos y cumplidos muy sutiles para invitarlos a que dieran su opinión, a participar en la charla.

Describió vívidamente el traje y el aspecto de la divina Fanny.

—Iba de blanco, ¿saben?, aunque muchos pensaban que el rojo o el verde hubieran hecho resaltar más su belleza morena. ¿Tú qué opinas, Miranda?

También se dirigió a Jeff al hablar de algunas extrañas costumbres relacionadas con la comida.

—¿Qué opina desde un punto de vista médico?

Y en todos los casos escuchaba atentamente la respuesta del interpelado.

Se sentían intelectualmente estimulados, pero también relajados.

Apenas se fijaron el uno en el otro, pues era el anfitrión quien acaparaba el interés.

A las nueve se levantó de la mesa y Miranda, dándose cuenta de que la velada tocaba a su fin, soltó un mínimo suspiro de decepción, que Jeff imitó, aunque solo para sí. Nicholas había logrado que se sintiera inteligente e importante, y había disfrutado enormemente con ello.

—Voy a subir a ver a la señora Van Ryn —dijo Nicholas.

Jeff, que tenía las piernas cruzadas en actitud relajada, las descruzó de inmediato.

—¿Desea que le acompañe para ver cómo evoluciona? —preguntó, aunque sin demasiado entusiasmo.

—No, no hace falta, supongo. Ya le llamaré si creo que es conveniente o necesario. —Inmediatamente dejó la habitación. Miranda lo siguió con la mirada.

—Sí —dijo Jeff, dándose cuenta de su expresión embelesada y riendo quedamente—. Debo admitir que puede ser encantador.

La chica se ruborizó y puso cara de desconcierto.

—Ahora se da cuenta, ¿verdad? —dijo—. Lo maravilloso que es y…

—No hace falta que termine, la entiendo perfectamente —dijo Jeff, sin poder evitar sentirse enfadado. Aunque sentía más admiración por Nicholas de la que hubiera podido siquiera imaginar, no le gustó nada el embeleso de sus ojos al referirse a él.

—¡No entiendo por qué me trata usted siempre como si fuera una niña! —exclamó indignada.

—Le ahorraré la respuesta, pues es obvia —contestó, echando la silla hacia atrás. Cuando ella salió a toda prisa del comedor, pensó que le habría proporcionado un gran placer darle un azote en el trasero. Hasta le entró un hormigueo en la palma de la mano.

Subió a su habitación, se quitó la levita y se puso la bata que habían dejado para su uso. Era de satén amarillo, con el reverso de terciopelo. Se la abrochó con cuidado y, al mirarse en el espejo de cuerpo entero, no pudo evitar estallar en carcajadas. El pelo pajizo, el ancho cuello y el pecho cubierto de vello, dentro de la prenda, quedaban ridículos. «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda, amigo mío», pensó, y se sentó junto al fuego, esperando, por si Nicholas lo llamaba. Pasó una hora entera sin que pasara nada, así que se fue a la cama.

Miranda también había subido al primer piso. Estaba muy irritada con Jeff. Cuando llegó al rellano se volvió y bajó de nuevo, con la idea de dar las buenas noches a Katrine en su habitación,

aunque estaba casi segura de que la niña ya estaría dormida. Abrió la puerta y se asomó. La vela de la mesa de noche estaba encendida, le sorprendió comprobar que Katrine estaba sentada en la cama, muy rígida y con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué no estás durmiendo, querida? —preguntó Miranda.

—No puedo —dijo la niña—. Hay mucho ruido abajo.

—¿Ruido? —repitió Miranda, ahuecándole la almohada y estirando la ropa de la cama—. No se oye ningún ruido, cariño. Seguro que lo has soñado.

La miró con gesto de incredulidad, con los ojos muy abiertos.

—¿Es que no lo oyes? El piano no para de sonar. Y hay una mujer que se ríe continuamente y muy fuerte.

Miranda escuchó durante un momento. No se oía nada, solo se sentía la nieve derritiéndose sobre las hojas de los árboles.

—Acuéstate, querida. No te inventes cosas.

La niña la empujó enfadada.

—¡Estás siendo mala conmigo, Miranda! Lo he oído perfectamente. Ve al vestíbulo, ya verás.

Miranda abrió la puerta para complacerla y que se calmara. La casa estaba inusualmente silenciosa, no se oía ruido alguno. No había ningún criado cerca y las puertas de todos los dormitorios estaban cerradas. Se preguntó si Nicholas seguiría en la habitación de Johanna, al otro lado del vestíbulo, y se sintió triste. Tenía el oído muy fino, y hasta pudo escuchar el crepitar de una vela a punto de consumirse, pero nada más, ningún ruido de ninguna clase. De hecho, el silencio le resultó opresivo.

—¡Ahora lo has tenido que escuchar! ¿A que sí? —exclamó la niña—. Se ríe muy alto, pero no es una risa alegre. Parece como si viniera del salón rojo.

Y de repente, como si se hubiera desbordado un río, la niña se puso a temblar de miedo.

—¡Es Azilde! —gimió—. Es lo que dijo Zélie que iba a pasar. El piano y la risa. ¡Haz que pare, por favor, haz que pare! —Su expresión de terror era absoluta.

Miranda la agarró por los pequeños hombros y la sacudió.

—Escucha, Katrine… —exclamó en tono autoritario, intentando vencer al miedo de la pequeña—. No pasa nada. Yo no oigo nada. Zélie es una mujer vieja y estúpida, no debes hacer caso de sus locas historias.

La niña recobró el aliento y se puso de nuevo en alerta. A pesar de todo, Miranda también agudizó el oído y sintió un escalofrío helado por la espina dorsal. Seguía sin oír nada. La niña se echó

hacia atrás, soltando un suspiro de cansancio.

—Ha parado —afirmó.

—Ni siquiera había empezado —corrigió Miranda inmediatamente, pero Katrine no la escuchó. Cerró los ojos, y la respiración, que había sido hasta entonces un jadeo, se fue normalizando gradualmente. En pocos minutos se quedó profundamente dormida.

Miranda volvió a su habitación, enfadada consigo misma: quería bajar de nuevo al vestíbulo y tocar la campanilla de llamada para poder hablar con alguien y preguntarle sobre aquello, aunque solo fuera un momento.

Inmediatamente pensó que era una absoluta tontería. Ella no había oído nada, seguro que nadie lo había hecho. Se trataba solo de la fantasía de una niña que estaba nerviosa.

Al cabo de un rato se calmó, pero no lo suficiente como para poder conciliar el sueño. Se sentó sobre la cama, recostada en el cabecero. El fuego de la chimenea calentaba la habitación lo suficiente, así que le bastaba con el camisón blanco, no necesitaba taparse. Miró las brasas, intentando alejar de su mente la idea de esa risa fantasmal que la niña imaginaba que había escuchado, sustituyéndola por las maravillosas descripciones de Nicholas. Pronunció «lago Como» en voz alta, para empaparse de la belleza que imaginaba solo con decir el nombre de aquel lugar. Había descrito un palacio de mármol semiescondido entre cipreses, había logrado que se imaginara a sí misma escuchado el suave movimiento del agua contra la orilla, el canto de un ruiseñor o la canción de amor que entonaba un barquero: «*Piangi, piangi fanciulla*». Nicholas había cantado la primera estrofa con mucho sentimiento, ella no tenía ni idea de que fuera capaz de cantar tan bien.

Levantó los brazos por encima de la cabeza y se estiró. Por fin le estaba entrando el sueño. Metió los pies dentro de las sábanas, pero volvió a sacarlos inmediatamente, pues algo la puso de nuevo en alerta. En el pasillo se oía ruido de pasos apresurados, murmullos y finalmente alguien llamando potentemente a una puerta bastante alejada de la suya.

Se puso las zapatillas y salió de la habitación. Los criados se movían muy rápido, pero desorganizadamente, todos con velas encendidas en las manos. Magda estaba de pie, retorciéndose las manos. Su rostro, siempre malhumorado, estaba gris ceniciento. Uno de los criados llamaba con fuerza a la puerta de la habitación de Jeff, que la abrió de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó con tono calmado, pero con atención. No obstante, por su forma de pronunciar era obvio que acababa de despertarse.

—¡La señora está mucho peor! —gritó Magda—. ¡Dese prisa, por favor!

Jeff agarró su maletín, se apretó el cinturón de la magnífica bata y se dirigió a la habitación de Johanna. Miranda lo siguió.

Los ruidos que se oían en la habitación eran pavorosos: jadeos y arcadas constantes, casi rítmicas. En la cama, la figura deforme de Johanna se inclinaba hacia atrás y hacia delante de forma mecánica y monótona.

Durante un instante, Jeff se quedó paralizado por la sorpresa, pero rápidamente se puso a trabajar. Le tomó el pulso, que era terriblemente irregular y débil; la carne que tocaba con los dedos estaba húmeda, como la de una anguila.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó bruscamente a Magda que, de pie, junto a la cama, no paraba de lamentarse. El susto había hecho que se olvidara de la mala impresión que le había causado el nuevo médico.

—Empezó de repente, hace más o menos una hora. Vómitos y arcadas. Pensé que ya se le pasaría.

—¿Se ha comido eso? —preguntó Jeff. En la mesa de noche, junto a la cama, había un plato con los restos de lo que había sido un enorme bizcocho borracho, cubierto de azúcar caramelizada, muy jugoso por el licor y lleno de fruta escarchada. Junto al plato, vio también un pulverizador de nuez moscada. A Johanna le encantaba la nuez moscada.

—Sí, ha comido muchísimo bizcocho. El señor Van Ryn le pidió que no lo hiciera, que siguiera sus consejos, doctor, pero no pudo convencerla.

—¿Dónde está el señor Van Ryn? —preguntó Jeff con tono duro. Estaba haciendo todo lo que podía por su paciente, insuflándole gases de amoniaco para que el corazón recuperara su ritmo habitual, pero la mujer apenas podía tomar aire. Le puso paños calientes en la cabeza y en el abdomen, pero ella se los quitaba de un manotazo.

—Está arriba, en su habitación de la torre. He mandado a buscarlo.

¿Una indigestión aguda? En principio era lo que parecía y lo que Jeff pensó. ¿Oclusión intestinal? El pastel, en esas cantidades, podría haberla producido, demasiado azúcar en un organismo debilitado. Pero ninguna de estas explicaciones terminaba de

satisfacerle. Las pupilas de Johanna estaban dilatadas, de modo que lo ojos habían perdido prácticamente su habitual color azul pálido. Jeff pensó que algunas drogas eran capaces de provocar eso.

—¿Guarda algún tipo de medicina? —le preguntó a Magda.

La criada negó con la cabeza.

—Nada, señor. Solo las gotas que le ha dado usted.

—¿Qué ha comido desde que la visité? Piénselo con detenimiento.

—Nada. Solo el bizcocho borracho, como le he dicho.

Jeff tragó saliva con gesto sombrío. Pasado un tiempo, las arcadas se fueron espaciando, pero el pulso también se volvió aún más débil, y el rostro de Johanna comenzó a teñirse con una pátina azulada. Sabía que Nicholas iba a llegar de un momento a otro y que tenía que realizar adecuadamente la pregunta que debía, pero que no quería hacer.

—¿Le dio algo el señor Van Ryn?

La criada volvió a negar con la cabeza.

—He estado en la habitación en todo momento, recogiendo cosas y limpiando. Simplemente le acercó el bizcocho cuando ella se lo pidió, nada más.

Mientras frotaba frenéticamente los flácidos, fríos y gruesos brazos de la mujer, Jeff pensó que era un estúpido. En ese momento llegó Nicholas, que pasó junto a Miranda y se quedó en la puerta, absolutamente paralizado.

Se acercó a su esposa, que pareció notar su presencia. Intentó fijar los ojos en él y movió ligeramente los labios hinchados y tumefactos. La respiración se volvió aún más dificultosa.

—¿Qué está pasando? —gritó Nicholas, al tiempo que se volvía a mirar a Jeff, con la cara pálida como la cera. El médico hizo un gesto de desesperanza.

—Una indigestión aguda. Me temo que le está fallando el corazón —susurró. La taparon con mantas, le colocaron paños con agua templada y la incorporó un poco para que pudiera respirar con más facilidad. Nicholas ni se movió. Parecía una estatua de mármol.

Veinte minutos después, Johanna dejó de respirar. Magda dio un grito agudo y salió de la habitación sollozando.

Jeff le bajó los párpados y le cubrió el rostro con la sábana. Después se dejó caer en un sillón, sintiéndose derrotado y también avergonzado. Había estado en la casa toda la noche, debería haber sido capaz de salvarla. ¿Habría dejado pasar algún síntoma en el examen que le hizo al llegar? Tenía que tener alguna enfermedad y se le había pasado inadvertida. Pensó amargamente que había sido

pretencioso y arrogante.

Nicholas se apartó de la cama, moviéndose como si acabara de despertar de un sueño.

—Su repugnante glotonería la ha matado —dijo. La voz no mostraba ninguna emoción, excepto una vaga tristeza. Se limitaba a establecer un hecho. En ese momento Jeff no reaccionó, pero al día siguiente, al recordarlo, le pareció que había sido un comentario extrañamente insensible. En realidad, eso era lo que él mismo pensaba… pero no era su marido.

Nicholas se dirigió hacia la puerta y vio a la chica, muy asustada y temblorosa.

—Vete a la cama, Miranda —dijo—. Todo ha terminado.

Soltó un suspiro ahogado. Desde el momento en que llegó a esa habitación todo se había desarrollado de una manera irreal, como en una pesadilla. Estaba estupefacta. Obedeció a Nicholas y caminó hacia su habitación como una sonámbula.

El patrón se dirigió al vestíbulo y reunió a los asombrados criados para darles instrucciones.

Jeff alzó la cabeza, dándose cuenta de que se había quedado solo en la habitación con el cadáver cubierto por la sábana. Sin saber muy bien por qué lo hacía, tomó con los dedos un pequeño trozo del pastel, lo envolvió en una servilleta y se lo guardó en el bolsillo. Después agarró el maletín y se dispuso a salir de la maldita habitación. Pasó junto al arbusto de adelfas. Recordó el orgullo con el que Johanna había hablado de él. Estaba claro que el fallecimiento de la pobre mujer no iba a despertar excesivas reacciones de pena ni de ternura.

Poco después, mientras se alejaba a caballo de la mansión, oyó, como todo el mundo en Dragonwyck, el tañido de la campana del pueblo. «Dong, dong, dong», repicó el gran badajo de hierro. Lo hizo treinta y cuatro veces, una por cada año de vida de Johanna.

Capítulo 9

La tarde del segundo día después de la muerte de Johanna, Dragonwyck se llenó de visitantes. Carruaje tras carruaje, con las cortinas siempre bajadas, llegaban hasta el enorme portón negro y asomaban distintos miembros de la familia Van Tappen, procedentes de Greenbush, Albany y Watervliet. El suelo y los escalones resonaban con las pisadas de los incontables amigos, comerciantes, arrendatarios… Se admitía a cualquiera que quisiera mostrar sus condolencias, subían al dormitorio para despedirse y presentar sus últimos respetos a la señora de la hacienda.

Allí estaba ella, de cuerpo presente, sobre la ancestral cama familiar, entre dos candelabros que se mantenían encendidos constantemente, cubierta con un paño mortuorio de terciopelo negro que le tapaba todo el cuerpo, con excepción de la cara. La habitación estaba llena de flores, montones de nardos y lilas. Las adelfas se habían retirado.

Todos los objetos de tela, cortinas, tapetes, etcétera se habían sustituido por otros de color negro. Se habían enviado cientos de metros de tela desde Hudson, y Magda y las demás criadas se habían pasado las horas cosiendo y colocándolo todo.

A las cuatro de la tarde, Miranda había terminado de elaborar su propio vestido. El negro, sin ningún tipo de adornos, le confería una gran distinción, pero por una vez no tenía el menor interés en su propia apariencia. Todavía estaba medio embotada de horror e incredulidad. Se repetía constantemente que lo que había ocurrido no podía ser real. No era posible que la muerte sobreviniera de una forma tan repentina, no parecía estar tan enferma.

No había salido de la habitación desde que Nicholas le dijo que se quedara en ella. Le habían llevado la comida en bandejas, y Magda, que había asumido el control de la casa, dado que el patrón se había encerrado, como debía hacer todo marido desconsolado, le

había dejado muy claro que no era bienvenida en absoluto entre los Van Tappen. No obstante, el gran dormitorio del final del pasillo atraía a Miranda con una fascinación enfermiza. Al anochecer salió de su cuarto y se unió al grupo de visitantes que murmuraba su estupor frente a la puerta de Johanna. Pasó con ellos a la silenciosa habitación y se puso en la cola para pasar al lado de la cama.

«¡Esa no es Johanna!», pensó, muy sorprendida. Y es que los rasgos fijos, casi cerúleos, transmitían una tranquila dignidad que ella jamás le había visto en vida. La obesidad había desaparecido y, a la suave luz de las velas, hasta parecía que su carne se había purificado. Los blanquecinos labios, faltos de sangre, se mantenían curvados, como si estuviera esbozando una sutil sonrisa.

Miranda emitió un sonido involuntario, una especie de quejido, y algunas cabezas se volvieron para mirarla con curiosidad. Se controló a duras penas y regresó a su habitación a toda prisa.

¿De dónde habría salido esa dignidad, esa apariencia de poder que había transfigurado un rostro que, en el tiempo que compartió con ella, solo había mostrado malhumor y avidez por la comida? ¿Podría ser que en el interior de Johanna se encontraran cualidades que nunca salieron a la luz en su presencia? Y esa sonrisa… como si, ya muerta, hubiera alcanzado una sabiduría secreta y triunfante. ¿Había sido Johanna siempre así o solo se trataba de otro truco del Gran Mago, una consecuencia accidental del profundo misterio de la vida y la muerte?

En ese momento pensó que le habría gustado no odiarla tanto y, de repente, surgió de sus ojos un río de lágrimas. Porque solo en ese momento se dio cuenta verdaderamente de lo muchísimo que había odiado a Johanna.

Fue Magda quien le llevó la bandeja de la cena y la dejó caer pesadamente sobre la mesa.

—Por supuesto, dejará la casa inmediatamente después del funeral —le dijo la mujer de muy malos modos.

Miranda tragó saliva.

—Eso pensaba —dijo. Debía marcharse, por supuesto. No podía quedarse sola en la casa con Nicholas. ¡Nicholas! La chica juntó las manos y se acercó a la ventana, escondiendo el rostro de la mirada rencorosa de la criada. Una vez que se hubo marchado, apartó la bandeja sin tocar nada de su contenido.

Tras la tragedia que había tenido lugar, Nicholas estaba mucho más lejos de ella de lo que había estado jamás. Con su fallecimiento, su esposa había adquirido para él una importancia nueva y extraña. No estaba muy segura de hasta qué punto sentía pena por la

pérdida, porque tampoco estaba segura de lo que Nicholas sentía por Johanna cuando estaba viva. Pero, en cualquier caso, era su esposa, la madre de su hija, y tenía que estar terriblemente abatido. Miranda enterró la cara entre los brazos. Un rato después se desnudó y se metió en la cama, completamente exhausta tras la noche anterior, que pasó completamente en vela.

A medianoche, la casa estaba muy tranquila. Dejaron de oirse pasos procedentes del vestíbulo. Los Van Tappen hacía tiempo que se habían acostado. Miranda se durmió muy profundamente, de modo que no oyó la puerta abrirse y cerrarse inmediatamente después. Pero lo que sí escuchó fue su nombre, e inmediatamente abrió los ojos, aturdida, y los abrió aún más cuando vio a Nicholas delante de ella, mirándola fijamente. Se quedó muda, con aquellos hermosos ojos muy abiertos y todavía borrosos por el profundo sueño que acaba de abandonar.

Colocó la palmatoria sobre la mesita de noche y se quedó junto a la cama. Ella vio la gran banda de luto sobre su antebrazo y no se atrevió a levantar más los ojos para poder mirarlo a la cara y de frente.

—¡Miranda! —dijo con urgencia—. ¡Mírame!

Le obedeció, pero muy despacio, llevando poco a poco su mirada desde la banda hasta su rostro. Suspiró profundamente. Con un movimiento súbito y algo violento, la atrajo hacia él y la besó con ansia. Ella sintió sobre sus pechos el potente y rápido latido de su corazón.

—¡No, no…! —susurró aterrorizada, luchando por alejarle de ella.

Inmediatamente, alzó la cabeza y retiró los brazos, dejándolos caer sobre las almohadas. Se levantó y soltó una corta risotada.

—¿Tú crees que con ese estúpido «¡No, no…!» me detendré?

—No… no lo sé —susurró. Su salvaje ferocidad la había asustado, pero ahora que se había apartado de ella, ya frío y controlado, sus ojos se llenaron de él y lo miró suplicante.

—Levántate y ponte la bata —ordenó. Mientras lo hacía, él se dio la vuelta, avanzó hacia la chimenea y removió las brasas con el atizador.

Miranda se puso de pie, alta y delgada bajo la blanca y elegante bata, con el pelo suelto, recogido solo tras las orejas y cayendo libre sobre los hombros, como el de una niña pequeña.

Le agarró la mano izquierda. Ella, sin comprender, observó cómo le colocaba un enorme anillo en el dedo anular. Se quedó mirándolo asombrada. Era de oro viejo e imitaba la forma de dos

pequeñas manos rematadas con diamantes que sostenían una joya rojiza con forma de corazón.

—Es el anillo de compromiso de los Van Ryn —dijo él con tono tranquilo. Sin salir de su asombro, dejó de mirar el anillo y fijó la vista en su rostro.

—No… no lo entiendo.

—Por supuesto que lo entiendes, Miranda —dijo él con mucha suavidad.

Por un momento, sintió una inmensa alegría, pero desapareció inmediatamente. Dio un par de pasos hacia atrás. A menos de veinte metros yacía de cuerpo presente una mujer que sonreía levemente y de manera extraña.

—Johanna… —susurró la chica.

La mirada de Nicholas se endureció. En ese momento de silencio se escuchó el tictac del reloj de la repisa de la chimenea y también el ladrido de un perro procedente de los establos.

—Ella nunca pudo ponerse el anillo. No le cabía. Su dedo era demasiado grueso.

En medio de la confusión que sentía, le dio gracias a Dios por ello. Si había sido así, entonces estaba bien. ¡Por supuesto que estaba bien si ella nunca se lo había podido poner!

—Harás exactamente lo que yo te diga —dijo Nicholas.

La oscura piedra roja del anillo brilló a la luz de las brasas y los pequeños diamantes centellearon.

—Sí… claro que sí —susurró—. Siempre.

—Esconde el anillo. No hables de él, ni de esto, con nadie. El viernes volverás a casa. Y dentro de doce meses, ni un día más ni un día menos, pediré tu mano.

—Doce meses… —repitió ella, a punto del desmayo.

—Por supuesto. Es lo que debe durar el luto.

—¡Pero Nicholas! —exclamó, juntando las manos y mirándolo con desesperación—. Es que no puedo creerlo… Jamás pensé, ni esperé… ¿Me quieres realmente? Nunca me lo has dicho…

Nicholas sonrió y le puso las manos sobre los hombros.

—Te acabo de pedir que compartas mi apellido. Las palabras tiernas son para los jovencitos que acaban de salir de la escuela. Piensa y vive para el futuro, Miranda. Igual que yo.

Se inclinó y la besó, esta vez con suavidad. Después se marchó, y la joven, sola delante del fuego agonizante, se sentó y miró el anillo de compromiso como si estuviera hipnotizada.

En ese mismo momento, en Hudson, Jeff seguía encerrado en la sala de curas, con las cortinas completamente corridas. Acababa de

terminar el último examen, había estado haciéndolos durante todo el día. No tenía ningún libro de toxicología, pero sí que había podido encontrar alguna información oportuna en varios tratados farmacológicos.

Delante de él, en un plato, quedaban unas pocas migas de la muestra del bizcocho que se había llevado de Dragonwyck. El resto lo había examinado con su microscopio, que no era demasiado preciso, pero sí lo suficiente como para detectar cualquier sustancia que no fuera dulce. No encontró nada. Siguiendo las instrucciones del libro, había introducido en una retorta una muestra del bizcocho, la había quemado y había añadido sobre otra algunos productos químicos. Todos los resultados fueron negativos.

Sintiendo un repentino ataque de asco tiró al cubo de la basura todos los restos.

Pensó que debería avergonzarse de sí mismo. Pensó que sus sospechas solo se debían a un resentimiento infantil, además, había fallado como médico a una paciente, lo que implicaba aquellas terribles consecuencias. La había perdido, eso era lo que había pasado.

Cerró el libro y volvió a colocarlo en la estantería para que siguiera acumulando polvo. Limpió a fondo la sala de curas y se fue a la cama, tras decidir que nunca volvería a pensar en el asunto.

Capítulo 10

Johanna fue enterrada con toda la pompa que correspondía a su condición. Doce hombres de las familias Livingston, Van Rensselaer, Schuyler y Van Tappen se encargaron de portar a hombros el féretro, encabezando el cortejo fúnebre. Cada uno de los portadores llevaba sobre el hombro una pequeña almohadilla blanca de satén para soportar el ataúd. A primera vista no era visible, pues estaba cubierto por la tradicional manta fúnebre holandesa de lana negra, el *dood kleed,* de la que colgaban cincuenta borlas de seda blanca que vibraban rítmicamente con el paso de los portadores.

Detrás del féretro caminaba Nicholas, solo, vestido con traje de seda negra. Su rostro era inexpresivo, en todo momento mantuvo la mirada clavada en el suelo.

Le seguía Katrine, acompañada por parientes de su madre. Miranda quedó relegada a seguir el cortejo apenas por delante de los sirvientes.

El kilómetro escaso que separaba la casa de la iglesia se cubrió en media hora, y la frente de los que llevaban el ataúd estaba perlada de sudor.

Miranda apenas se enteró de nada de lo que dijo el pastor en el servicio funerario, porque cuando se sentó en la esquina del banco de atrás, que era el lugar que se le había asignado, tuvo la sensación casi física de que alguien la estaba observando. Volvió la cabeza e inmediatamente se tropezó con los ojos de Zélie. La mirada de la vieja era al mismo tiempo maliciosa e intencionada, como si conociera un secreto, su secreto. La saludó con una mínima inclinación de cabeza y sus arrugados labios se fruncieron dibujando una melancólica sonrisa.

La chica se estremeció y se llevó la mano al corpiño para tocar el anillo que le había dado Nicholas y que había escondido allí. Y cuando lo hizo le invadió un tremendo enfado consigo misma, por

pensar algo tan absurdo. ¡Era imposible que Zélie lo supiera!

No volvió a mirarla. Cuando el servicio terminó, el ataúd de Johanna fue transportado a su lugar de reposo definitivo en el cementerio de la iglesia. Miranda estaba demasiado agitada como para prestar atención.

El resto del día transcurrió con la celebración de los ceremoniales correspondientes.

La mesa del comedor, cubierta con un mantel negro, estaba rebosante de platos: además de los acompañamientos, había ternera asada, cordero al horno y carpa cocida. Todos los asistentes comían con solemnidad, acompañando las viandas con vino y ponche.

Nicholas regaló una cucharita de plata con una figura labrada a cada uno de los que transportaron el féretro. Las figuras representaban a cada uno de los doce apóstoles. A todos les agradeció su ayuda con unas palabras corteses y afligidas, manifestando en todo momento la pena que sentía y que arrostraba con dignidad.

—¡Pobre hombre! —murmuró la señora de Henry Van Rensselaer, dejando sobre la mesa el cuchillo y el tenedor y mirándolo con comprensiva admiración—. ¡Quedarse viudo tan joven! ¡Y siendo tan atractivo! —Inmediatamente pensó en sus cuatro hijas, todas ellas solteras. Pero aún era demasiado pronto para atender a esas cosas. Así que volvió a agarrar el cuchillo y el tenedor. El banquete fúnebre era magnífico.

Miranda no tomó parte en ninguno de los actos. Nadie la invitó a que lo hiciera, así que permaneció en su habitación, completamente sola. Y, a la mañana siguiente, emprendió el regreso a casa.

Como el río aún estaba cerrado al tráfico de barcos, Nicholas dispuso que viajara en el carruaje pequeño, acompañada de Dirck, el segundo cochero, y de Greta, una criada de mediana edad que actuaría de acompañante y carabina. Tendrían que pasar al menos dos noches en posadas, la primera en la Beekman Arms de Rhinebeck y la segunda en Peekskill. Una joven no podía pasar la noche sola en una posada.

La apresurada partida de Miranda, a las siete de la mañana, fue acogida en la mansión con indiferencia, incluso con vergüenza. Se acercó a la habitación de Katrine a decir adiós, pero la niña estaba somnolienta y poco comunicativa. De hecho, todo su interés estaba centrado en su próxima visita a la tía Van Tappen de Albany. Para Miranda, fue mucho peor la ausencia de Nicholas que la indiferencia de Katrine. La chica estaba segura de que, aunque no

tuvieran oportunidad de hablar a solas, al menos haría acto de presencia para desearle buena suerte. Pero no lo hizo.

Greta, rolliza e impasible dentro de su vestido de alpaca negra, ya esperaba en la puerta del carruaje. El equipaje de Miranda, que incluía un baúl con los vestidos que habían sido comprados para ella durante su estancia en Dragonwyck, estaba perfectamente amarrado en la parte de arriba del carruaje. Notó la impaciencia en la cara rubicunda de Dirck, mientras los caballos resoplaban y se removían, ansiosos por empezar a moverse en la fría mañana de la temprana primavera.

No podía hacer otra cosa que subir al coche. Cerró con fuerza la pesada puerta y el cochero azuzó a los caballos inmediatamente. Miranda apretó la cara contra la ventana y dirigió una última mirada a Dragonwyck. La torre y los hastiales brillaban como el latón al recibir los rayos del sol del amanecer. Le invadió la desolación al contemplar la gran casa y no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Palpó el anillo para tranquilizarse. Era un gesto que estaba convirtiéndose en habitual y que le daba seguridad. Después se echó hacia atrás, intentando esconderse de la mirada de Greta. La mujer abrió un bolso de tela, sacó de él una carta y se la tendió a Miranda.

—Tenga, señorita —dijo—. El señor me encargó que se la diera inmediatamente después de que partiéramos. —Su cara inexpresiva no transmitía inteligencia ninguna, ni tampoco curiosidad. No era más que una sirvienta obediente y eficaz, pero de la que no se podía esperar ningún tipo de iniciativa o mala intención. Por eso la había escogido Nicholas como acompañante de Miranda.

El corazón de la chica se aceleró al tiempo que abría la carta. Era breve, decía lo siguiente:

> *Siento mucho no haber podido despedirme. Era lo mejor y, además, lo que hay entre nosotros no necesita expresarse con palabras. Ya falta un día menos del tiempo prescrito, querida mía.*
>
> *N.*

Olvidándose de cualquier discreción, Miranda apretó la nota contra los labios, aunque inmediatamente después miró a Greta, preguntándose si lo habría visto. Pero la mujer se había dormido de inmediato, así que Miranda se metió el trozo de papel en el corpiño, justo al lado del anillo. El desaliento desapareció. Un año no era

demasiado tiempo.

Pensó que aprovecharía bien el tiempo, que estudiaría y desarrollaría su inteligencia para merecerlo. Había mucho que hacer, docenas de prendas íntimas que realizar y de manteles y servilletas sobre las que bordar el monograma. No se uniría a él con las manos vacías. No quiso pensar en la dificultad de realizar todo aquello de forma discreta a fin de cumplir la clarísima instrucción de Nicholas de que no se lo dijera a nadie. Alejó el turbador pensamiento: ya se las arreglaría como fuera.

El horror y la pesadumbre de los últimos días se fueron diluyendo conforme se alejaban de Dragonwyck. Su forma de pensar en Nicholas cambió radicalmente, y pasó a ser la que ella quería. Él la amaba y se casarían pronto: el fin natural de cualquier romance. No quiso acordarse ni de Johanna ni de los comportamientos despegados e inexplicables que, muchas veces, desplegaba Nicholas. Nunca se debe mirar atrás, fue lo que pensó despreocupadamente, sintiéndose madura y filosófica. Lo único que importa es el futuro. Exactamente lo que le dijo Nicholas.

En el momento en el que llegó a tal conclusión, el carruaje estaba pasando por Hudson, también se acordó brevemente de Jeff Turner. El solo hecho de pensar en él hacía que se sintiera incómoda y llena de animadversión hacia él.

Pero pronto dejaron atrás el pueblo, formado por casas de ladrillo e iglesias de torres puntiagudas. Los caballos galopaban vigorosamente por la carretera, camino de Poughkeepsie, y Miranda notó que, a su paso, aparecía gente que volvía la cabeza, admirando la magnífica disposición del equipaje, la elegancia del cochero con librea, los dos bayos perfectamente similares en tamaño y aspecto, con sus impolutos arneses plateados y tintineantes y la impecable sirvienta que viajaba frente a ella, que se alcanzaba a ver a través de los amplios ventanales. Miranda alzó el mentón y así lo mantuvo, dedicando el gesto a quien la mirara.

Pasado el mediodía de la tercera jornada de viaje, atravesaron Bedford Village y continuaron por la ruta del norte. Pasadas unas millas, Miranda reconoció los familiares paisajes cercanos a su casa. Se sintió alegre por ello, y la nostalgia por ver a su madre al fin afloró con toda su fuerza. Cuando llegaron a Stanwich se inclinó hacia delante para asomarse por la ventana y dar instrucciones al cochero. Presa de un gran entusiasmo, entrecerró los ojos cuando alcanzó a ver los terrenos de la granja.

No obstante, cuando vio la casa cuadrada y pintada de blanco, se sintió apesadumbrada. ¡Era tan pequeña, tan insignificante…!

Además, en el prado que había delante de la puerta de la cocina descansaba el enorme carro de transporte con una gran carga de estiércol, que su padre y Tom apilaban junto al establo. Los dos hombres alzaron la cabeza al oír el ruido del carruaje que se aproximaba. Se dio cuenta de que no estaban afeitados, rostros sudorosos y sucios.

El cochero estaba a punto de sobrepasar el camino que llevaba a la casa cuando se acordó de darle la indicación.

—Tuerza por aquí —dijo desde la cabina con voz no muy alta, pero sí desafiante—. Esta es mi casa.

Tuvo que soportar la mirada de asombro del lacayo. Tiró de las riendas para hacer girar a los caballos y los hizo pasar por la estrecha cancela. Greta, tan indiferente como siempre, volvió los ojos hacia la casa con mirada inexpresiva.

El carruaje se detuvo a poca distancia del montón de estiércol, y Dirck, extraordinariamente respetuoso, con el sombrero en la mano, le abrió la puerta a Miranda y se quedó esperando, muy firme. Tom y Ephraim se quedaron paralizados, hasta que el joven abrió la boca con asombro.

—¡Santo cielo, padre! ¡Pero si es Ranny! —exclamó.

Ephraim se recuperó de la sorpresa y torció la boca, rodeada de barba, con gesto de desaprobación.

—Ya lo veo. —Avanzó en dirección a la chica, que esperaba nerviosa y sin atreverse a pisar con las delicadas bailarinas el suelo del patio, lleno de fango, sucio y resbaladizo.

—¿Y bien, señorita? —empezó su padre—. ¿Acaso tus parientes se han cansado de ti y te han mandado de vuelta a casa, eso sí, bien envuelta y empaquetada?

—¡Pues claro que no, padre…! —exclamó, ruborizándose de inmediato. Aunque no le alegraba especialmente volver a ver a su padre, lo cierto es que se esperaba un recibimiento un poco más cálido—. La señora Van Ryn falleció el lunes pasado y, por supuesto, he vuelto a casa de inmediato. No he tenido tiempo de escribir.

—Lógico —admitió Ephraim, secándose las manos con un pañuelo rojo lleno de manchas—. Siento el fallecimiento de la pobre señora, aunque todos somos mortales y a todos nos llega la hora cuando el Señor lo decide. Esta casa es la tuya y lo será siempre. Deja de balancearte sobre ese escalón como un gallo en el gallinero. Encontrarás a tu madre en la parte de atrás, en el huerto. Seguro que se alegrará de verte.

No había remedio, la orden era clara, así que Miranda se levantó

un poco las faldas de seda y descendió con sumo cuidado.

—Tom —siguió Ephraim volviéndose hacia su hijo—, creo que habrá sitio para los caballos en el establo, pero el carruaje va a tener que quedarse fuera. Y, por lo que se refiere a ustedes… —dijo dudando, e hizo una pausa. Lo cierto era que, al descubrir la presencia de Greta en el interior del carruaje, no sabía muy bien qué hacer con ellos—. Miranda les preparará algo para cenar, ya encontraremos una cama para cada uno.

—¡No es necesario, padre! —dijo Miranda avergonzada. Pudo observar un perverso brillo en los ojos del cochero al pensar que ella iba a ser quien le preparara la cena. Ella, que en Dragonwyck tenía más de una docena de manos siempre a su servicio—. El señor Van Ryn ha preparado las cosas para que regresen inmediatamente. Pasarán la noche en la carretera. Adiós —añadió rápidamente dirigiéndose a los criados—, y muchas gracias a los dos. Mi hermano ayudará a bajar el equipaje. —E, inmediatamente, dio la vuelta a la esquina de la casa a todo correr.

Vio una figura tocada con un sombrero gris para proteger la cabeza del sol y, olvidándose inmediatamente de los zapatos y los bajos de la falda, corrió hacia ella lanzando un grito de alegría.

—¡Querida mamá! ¡Oh, madre, no sabe lo que me alegro de verla!

Para Miranda comenzó un periodo difícil. Había pasado casi un año desde que dejó a la familia. Su hogar no había cambiado, pero ella sí, y mucho. Además, salvo Abigail, todos los demás le parecieron unos extraños, toscos y poco educados. La niña no la reconoció y empezó a gritar aterrorizada ante la presencia de una dama que olía a perfume y llevaba un extraño y crujiente traje de seda verde.

Sus tres hermanos la miraban con avergonzada cautela, después de darle una bienvenida bastante envarada. Tabitha, con la cara colorada por cocinar junto al horno y el delantal ladeado, no salía de su asombro.

—¡Madre mía, Ranny! ¡Jamás te habría reconocido! —exclamó, y las dos hermanas se dieron un beso breve. Pero tampoco hubo calidez en la bienvenida de Tibby. Observó a Miranda con un sentimiento en el que se mezclaba la envidia y la desaprobación. Vestido de seda, corpiño bajo, lazo, bailarinas… ¡y hasta polvos en la cara! Tabitha se horrorizó. Apretó los labios y, cuando todos se sentaron a la mesa de la cocina para la cena, miró brevemente a su padre, segura de que compartía su reprobación, y también de que pronto la proclamaría en voz alta.

Ephraim no la decepcionó. Nada más terminar de bendecir la mesa, clavó el cuchillo y el tenedor en el jamón casero curado que tenía delante y se dirigió a Miranda.

—¿De verdad vas a cenar y después a fregar los platos con esa ropa tan ridícula? —preguntó.

Tabitha se rio entre dientes y los chicos pequeños se dieron codazos el uno al otro.

Antes de que Miranda pudiera decir nada, su madre se inclinó hacia delante e intervino muy deprisa.

—Solo será por esta noche, Ephraim. Ranny está cansada del viaje. Mañana recuperará el ritmo y las costumbres habituales.

—Eso espero —gruñó Ephraim—. No quiero tener por aquí chicas improductivas, estúpidas y vestidas con volantes. —Empezó a cortar el jamón y no dijo ni una palabra más. La familia, que estaba segura de que a continuación vendría una larga regañina, comenzó a comer con sorpresa.

El aspecto de Miranda incomodaba a su padre. No podía evitar reconocer que la chica estaba guapísima y que ahora, tanto por su aspecto como por sus modales, no desentonaría en absoluto con las elegantes damas que vio en el Astor House de Nueva York. Aunque estaba impresionado, no le gustó su abrupta llegada en el coche con blasones, acompañada nada menos que por dos sirvientes y con aquellos magníficos y casi idénticos caballos con los arneses plateados. El señor Van Ryn debía de haberle tomado mucho aprecio a la chica para prodigarle tantas atenciones. Pero ahora estaba en casa de nuevo y era su deber arrancarle todas las estupideces que le hubieran enseñado acerca de la vida aristocrática. Se sirvió patatas fritas y le pasó el plato a Abigail.

Miranda jugueteó con la comida. No tenía hambre, el jamón salado, las patatas grasientas, ni siquiera el pan recién horneado que había hecho Tabitha, cortado en gruesas rebanadas, le apetecían, acostumbrada como estaba a la elaborada y sofisticada forma de cocinar de Dragonwyck. Se daba cuenta de cosas que antes nunca le habían molestado ni sorprendido. ¿Acaso los chicos habían zampado siempre con ese ansia y se limpiaban la boca con el dorso de la mano? Y, acostumbrada a la caballerosa cortesía de Nicholas, le desconcertaba ver que su madre y su hermana tenían que esperar a que los hambrientos hombres hubieran terminado de servirse los platos para hacer lo propio.

Estar de nuevo en casa era como volver al extremo estrecho del túnel. Todo le parecía opresivo: la charla acerca de la granja, los rezos familiares y la lectura de la Biblia —en su ausencia, Ephraim

había terminado el Nuevo Testamento y había regresado al Deuteronomio—, tener que irse a la cama a las ocho en punto, la obligación de compartir cama con Tabitha…

—Será por poco tiempo —le dijo su hermana con cierta agresividad al ver su cara de consternación. La cama le parecía increíblemente estrecha—. Pronto será toda para ti.

Miranda volvió los ojos. La rolliza cara de su hermana transmitía una alegría triunfante.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir, Tibby?

—Ob y yo nos casaremos el mes que viene, Dios mediante —dijo su hermana pequeña, al tiempo que pensaba que eso era más de lo que ella había conseguido, pese a sus preciosos ropajes y a que era dos años mayor.

Miranda se sentó en la cama, recordando la ancha carota de Obadiah, su ligero tartamudeo y sus manos gruesas y curtidas.

—¿Estás enamorada de él, Tibby? —preguntó con mucha seriedad.

Su hermana asintió y bajó la cabeza, avergonzada. Uno no habla de amor de una manera tan directa, pero Ranny siempre había sido bastante rara.

—Entonces seguro que serás muy feliz —afirmó Miranda con voz un tanto trémula. Pensó en Nicholas y lo echó extraordinariamente de menos. En esos momentos, el año que debía esperar parecía todo un siglo. ¡Ojalá que su boda pudiera ser también el mes que viene! Le apetecía hablar de él con Tabitha, solo por el placer de decir su nombre, pero sabía que no debía. El anillo estaba bien escondido bajo el camisón que le llegaba hasta el cuello.

—Tengo dos vestidos de seda —dijo rápidamente, cambiando el curso de sus pensamientos—. Escoge el que más te guste y yo misma lo ajustaré para que te siente bien.

—¡Oh, Ranny, muchísimas gracias! —exclamó su hermana, completamente abrumada—. Eres muy generosa. Coser siempre se te ha dado mucho mejor que a mí —dijo, intentando mostrarse también magnánima. La susceptibilidad hacia su hermana, al ver que la trataba bien y no la subestimaba, parecía haberse esfumado. Además, lejos de tener que escuchar todas las maravillas que tuviera que contar acerca de Dragonwyck, Miranda parecía no querer hablar en absoluto de su estancia. En vez de eso, escuchó pacientemente hablar a su hermana de las virtudes de Ob y de la casita de tres dormitorios que se estaba construyendo al lado de la granja Brown, para uso de la joven pareja.

—Un salón ¡con papel pintado!, cocina y dormitorio —susurró Tabitha exultante, dirigiéndose a su callada hermana, que estaba en la cama junto a ella—. Aunque es cierto que, después, la casa no será suficientemente grande —añadió, sonrojándose en la oscuridad —. Ob dice que espera que tengamos que añadir espacio al menos una vez al año. ¡No debía haberme dicho eso el muy sinvergüenza!, ¿no crees?

—¡Escandaloso! —convino Miranda. Intentó imaginarse a Nicholas y a ella en una casita como la que había descrito su hermana, pero le resultó imposible. Para ella, y para todos los que le conocían, la imagen de Nicholas iba indefectiblemente unida a la magnificencia, a los muebles tapizados con brocados e hilo de oro, a criados invisibles, a la sombría y regia atmósfera de Dragonwyck.

Se llevó la mano al cuello del camisón y tocó el anillo. La rojiza gema con forma de corazón estaba templada por el roce de su cuerpo. Pasó el dedo por la circunferencia de oro.

Mucho después de que Tabitha se quedara dormida, ella seguía echada boca arriba, mirando al techo, quieta, sin hacer ruido, y empezaron a manar de sus ojos lágrimas lentas y espesas que le recorrieron la cara y terminaron llegando al incómodo colchón de hojas de maíz.

Capítulo 11

Tabitha se casó el sábado treinta y uno de mayo, en la capilla principal de la Segunda Iglesia Congregacional, que estaba en lo alto de la colina. El templo estaba abarrotado de fieles calvinistas pertenecientes a las familias más representativas de Greenwich: los Mead, los Reynolds, los Peck, los Close y los Husted.

Ephraim y Abigail, que estaban sentados en el banco delantero, inclinaban la cabeza educadamente cada vez que veían entrar a alguno de sus amigos y conocidos, tras felicitar a la joven pareja. La alegría de Ephraim se había incrementado gracias a la ausencia del reverendo Noah Coe, cuyos ocho años de ejercicio como pastor habían sido muy impopulares entre la congregación, precisamente la semana pasada se produjo su destitución fulminante, tras una tormentosa reunión a la que acudieron casi todos los congregacionistas de Greenwich.

El caso es que Coe ya no estaba, ¡nunca es tarde si la dicha es buena! Ephraim miró al reverendo Clark, el joven pastor que lo había sustituido temporalmente, hasta que la congregación tomara una decisión definitiva. Según él, lo que se necesitaban era un pastor sólido y una nueva iglesia de piedra. Seguramente que él mismo podría aportar un par de cientos de dólares; por otra parte, a Bob Mead y a Eliphalet Peck este año les había ido muy bien, incluso bastante mejor que a él… Estaba absorto en esos pensamientos cuando Abigail le dio un ligero codazo.

—¡Vamos, Ephraim! Están esperando —susurró su esposa. Nuevamente consciente de lo que tenía que hacer, se puso de pie y agarró a Tabitha del brazo, mientras que los asistentes se aclaraban la garganta, preparándose para cantar el himno que correspondía: *Roca de la eternidad*.

Miranda, mientras seguía a su padre y a su hermana por el pasillo, pensó con orgullo que Tibby estaba guapísima. Llevaba el

vestido gris claro de seda, recortado y fruncido. La diferencia de altura entre ellas había permitido utilizar la tela recortada de los bajos para agrandar el corpiño y la cintura, que resultaban muy estrechos para su hermana. Miranda también le había añadido unas cuantas pequeñas plumas de avestruz, todas de color verde, para adornar el pequeño sombrerito de novia. Un vestido de novia completamente blanco habría sido considerado un tremendo despilfarro para la hija de un granjero y, sin la generosidad de Miranda, Tabitha se habría casado con un vestido de diario, de lana o de alpaca.

Junto al púlpito, Obadiah esperaba a la novia, con su ancha cara brillante, reluciente —había dedicado un buen rato al aseo personal.

Ephraim dejó a su hija pequeña y se colocó junto a Miranda. El reverendo Clark abrió la Biblia y alzó los brazos. Los asistentes inclinaron al unísono sus cabezas… todos menos Abigail. Apretó los dedos contra el banco y no dejó de mirar al grupo que estaba en el púlpito. La madre de Obadiah la miró, dándose cuenta de su gesto tenso.

—Es difícil verlas marchar, Abby —susurró con tono comprensivo—, pero Ob será un buen hijo para ti, además, no se van a vivir muy lejos.

Abigail asintió. No miraba a Tabitha, sino a su otra hija, Miranda. Y es que le sorprendía mucho su gesto desconsolado y la expresión de abatimiento y dolor; eran tan evidentes que su corazón se estremeció.

«Lo sabía», pensó, muy turbada. «A la chica le ha pasado algo que no me ha contado».

No paró de pensar, intentando adivinar la razón que habría detrás de la infelicidad de Miranda, una infelicidad que Abigail había sentido desde el momento de su regreso, ya hacía un mes, y que había intentado negar o justificar por el tremendo cambio que había tenido que sufrir en su vida y costumbres. Pero había algo más, no le cabía duda. Pensando en eso, se sorprendió de que el servicio nupcial hubiera finalizado ya, y también cayó en la cuenta con abatimiento de que, en el instante más importante de la vida de Tabitha, su hija mediana, no le había prestado la menor atención.

Más de treinta invitados cruzaron el puesto de peaje, camino de Stanwich Road, dirigiéndose después a la granja Wells para el ágape: empanadas de manzana, de melocotón deshidratado y de ruibarbo, jamón, rosquillas, café y sidra. Abigail y sus hijas llevaban cocinando varios días.

Ephraim no iba a servir bebidas de alta graduación alcohólica, pero algunos de los jóvenes amigos de Ob habían llevado una buena provisión de ron de Connecticut y, antes de que las sombras de la tarde hubieran alcanzado la pared este de la casa, el alboroto ya era considerable.

Los mayores se habían sentado bajo los árboles y miraban divertidos los juegos de los jóvenes, que casi siempre tenían que ver con robar besos. Ni siquiera Ephraim veía con malos ojos este tipo de comportamiento en las bodas, ni tampoco el resto de los granjeros, partidarios también de mantener sus rígidas reglas, pero todos sabían que, en ciertas ocasiones, el regocijo travieso y juguetón ayudaba a mantener el alma de los chicos y chicas en paz consigo mismos.

Miranda estaba deseando marcharse y esconderse en la tranquilidad de su pequeña habitación del ático, que ya no tenía que compartir, pero no se atrevía a hacerlo, consciente de que su ausencia enfadaría a su padre. Intentó mantenerse al margen para no tener que estar con los jóvenes, que se encargaban de proveer empanadas y de llevarse los platos sucios a la cocina, de lavarlos y devolverlos limpios. Algunos de los chicos la miraban con ojos de carnero degollado, pero tenían miedo: era alta, distinguida e inalcanzable, tan hermosa y resplandeciente con su vestido de seda verde.

—Es una creída, ni más ni menos —le susurró la pequeña Phoebe Mead a Deborah Wilson. Ambas estaban medio escondidas en un rincón del granero, donde se habían refugiado para huir de Zach Wilson, a quien le tocaba llevar los ojos tapados y avanzaba dando tumbos de un lado para otro con los brazos extendidos, intentando agarrar a una de las chicas.

Miranda se encogió detrás de un árbol al ver a su antiguo pretendiente avanzar hacia ella. Habría logrado escaparse si no hubiera sido porque Ob, que ya era su cuñado, la agarró con fuerza por la cintura y la empujó literalmente hacia Zack, que no perdió el tiempo y empezó a toquetearla. Todo el mundo dejó de correr para ver lo que pasaba. Hubo risitas nerviosas, pero ella se quedó quieta como un palo mientras los ásperos dedos se paseaban por el vestido y después por el pelo.

—¡Eres Ranny! —gritó Zach, arrancándose la venda y procediendo a darle un intenso beso en la boca. A la velocidad del pensamiento, ella le soltó una sonora bofetada en la regordeta mejilla, tan fuerte e inesperada que el muchacho se tambaleó.

Se produjo un espeso silencio. Un beso era la prenda habitual

que había que pagar cuando alguien era atrapado. Si a la chica no le gustaba el chico que le robaba el beso, podía limitarse a emitir una risita nerviosa y volver la cara, pero una reacción como aquella, tan violenta, y la marca de los dedos en la blanca carota del muchacho no era normal. Se la frotó, absolutamente perplejo.

—¿Pero qué diantre pasa con ella? —musitó.

—Hubiera sido mejor que atrapases un iceberg, Zach —dijo en tono muy alto una voz masculina—. El resultado hubiese sido el mismo y al menos te hubieras ahorrado la bofetada.

Miranda se volvió despacio, vio la expresión indignada del rostro de Tabitha y adivinó exactamente lo que pensaba: «¡Ya está Ranny haciendo una escena, fastidiando la diversión y, de paso, la boda!».

—Lo siento, Tibby —susurró, sintiendo el intenso rubor que la invadía. Se levantó las faldas y corrió hacia la cocina.

Abigail había contemplado el incidente sin perder detalle, pero afortunadamente Ephraim, no.

—Voy a vigilar el horno. Se enfría muy rápidamente —murmuró, yendo tras su hija. La encontró en el piso de arriba, con la cara aplastada contra la almohada y llorando con tanta fuerza que ni siquiera escuchó a su madre cuando se acercó. Al sentir su mano en el hombro dio un brinco.

—Ranny, niña —dijo Abigail con suavidad—. Dime qué es lo que te preocupa, sé que… —Se detuvo de repente, mirándola de hito en hito. Del corpiño de Miranda colgaba un anillo de oro tallado con una gran joya de color rojo y con forma de corazón. La chica lo cubrió rápidamente con la mano, pero su madre negó con la cabeza y le abrió los dedos suave pero firmemente—. ¿Qué es esto, Miranda? —preguntó con severidad—. ¿Y por qué lo escondes?

De abajo, a través de la ventana abierta, llegaban hasta la cálida habitación nuevos gritos y risas a propósito del juego. Una mosca volaba perezosamente, deteniéndose de vez en cuando en los travesaños del techo.

—Estoy esperando, querida. —Le puso una mano sobre el hombro, y Miranda, emitiendo un quejido, apretó la cara contra el delgado pecho de su madre.

—Es el anillo de compromiso de los Van Ryn —susurró.

Lo que sintió Abigail fue algo más que asombro. Le siguió un profundo desaliento. ¿Era posible que Ranny hubiera robado el anillo de alguna manera y, por miedo a admitirlo, lo hubiera escondido? Resultaba obvio que era de un valor incalculable.

—¿Y cómo es que lo tienes tú? —preguntó desabridamente.

Miranda alzó la cabeza. Dado que su madre le obligaba a decírselo y le debía obediencia, no habría mala fe en la ruptura de su promesa.

—Él me lo dio —respondió con orgullo—. Nicholas.

Al principio, su madre solo fue consciente de una enorme sensación de alivio. No era extraño que el señor Van Ryn le hubiera hecho un regalo a la chica con motivo de su partida, desde el principio había mostrado una gran generosidad. Pero enseguida volvió a preocuparse.

—Pero ¿por qué un anillo de compromiso? ¿Y por qué lo escondes? Y… —Su temor crecía mientras iba preguntando, pensando y adivinando—. Le has llamado Nicholas, no es una forma respetuosa de referirte a él, Ranny.

Miranda se levantó y se dirigió a la mesa en la que había colocado sus objetos de tocador. La botella de agua limpiadora no estaba en su sitio, así que la cambió de lugar. Después agarró el peine, pero lo volvió a dejar sobre la mesa.

—Vamos a casarnos, madre —afirmó.

—¿Cómo? —exclamó Abigail. Miranda se volvió hacia la madre. Levantó ligeramente la barbilla. Sus grandes ojos mostraban al mismo tiempo sorpresa y desafío, pero en la boca se dibujaba una leve sonrisa.

—Sí, madre, me voy a casar con él —repitió—. La próxima primavera.

—¡Pero Ranny, eso es imposible! ¡Creo que te has vuelto loca, muchacha! —Abigail entrelazó las manos. Su habitual seguridad se había convertido en confusión—. Es demasiado mayor para ti… —De todo el montón de objeciones que podían surgir, esa fue la primera que se le vino a la cabeza. La imagen de Nicholas que ella tenía era la de un caballero de mediana edad, perfectamente asentado como tal.

Miranda se rio quedamente, dándose cuenta de que su madre aún tenía de él la misma imagen que ella se había hecho antes de conocerlo.

—¡Oh, madre, solo tiene treinta y dos años, y es el hombre más atractivo del mundo! Parece… Parece… —¡Si al menos tuviera un retrato de él, como había deseado tantas veces!—. ¡Espera un momento! —exclamó, y se puso de rodillas para abrir el baúl de crin. Prendida con un alfiler apareció una ilustración que había recortado de un libro de regalos, el nombre se podía leer en la portada: *Una guirnalda de rosas para 1844*. Se la pasó a su madre—.

Se le parece un poco, aunque el tiene muchísimo mejor aspecto.

Abigail frunció el ceño al ver el retrato de un hombre joven, alto y moreno, adoptando una postura algo descuidada sobre una balaustrada. El texto decía: «Lord Allingham espera a su novia». Colocó la ilustración sobre la cama.

—Me doy cuenta de que no es como me lo esperaba, Miranda —dijo con mucha seriedad—. Pero da igual. ¿Cómo es posible que su esposa muriera un lunes, que tú te marcharas el viernes y que, en ese lapso de tiempo, te entregara un anillo de compromiso?

Su voz resonó en la habitación como un trueno lejano, frío y tormentoso. La chica hizo un gesto defensivo involuntariamente. El brillo de ilusión y de alegría con el que se le habían iluminado los ojos cuando sacó la ilustración para enseñársela a su madre y mientras esta la miraba desapareció inmediatamente.

—Sí —dijo, intentando buscar las palabras adecuadas—. Sé que parece… Sé que es difícil de entender, pero la cosa no fue exactamente así. —Tragó saliva. De repente, tomó conciencia de que estaba agachada, al lado de su madre, agarrándose las rodillas y mirando hacia arriba a Abigail con gesto de súplica desesperada.

—Le quiero muchísimo, madre. Me enamoré de él desde el principio, ahora me doy cuenta. ¿Por qué no intentas entenderme, por favor? Y él… nunca fue feliz con Johanna.

Abigail fue relajándose poco a poco, al tiempo que permitía que el amor por su hija barriera como una brisa fresca las sospechas que había empezado a abrigar y que tanto la afligían. La forma de comportarse de la aristocracia era diferente, ¿y quién era ella para juzgarles? Se quedó en silencio, acariciándole el pelo a su hija, y pronto empezó a sentir orgullo, aunque en cierto modo también se sintiera culpable. ¡Sería una boda increíble!

—Tu padre… —dijo, todavía tratando de digerir aquella idea disparatada.

—Padre no debe enterarse hasta dentro de mucho tiempo —interrumpió Miranda de inmediato—. Nadie debe enterarse. Me lo dijo él… Nicholas.

Abigail apartó la vista de la mirada suplicante de su hija. Tenía claras las razones por las que debía guardarse el secreto: todo Greenwich se escandalizaría si se conocieran los planes de Miranda. No obstante, que la cosa fuera tan furtiva, que hubiera que llevarla con tanto secretismo… Había algo inadecuado en ello, algo malvado, o al menos eso le pareció a Abigail. De todas formas, la chica estaba loca por él, enamorada de verdad. Sería una gran dama. No tenía derecho a frustrar sus expectativas, su futuro, tan

brillante y tan inesperado. Así que se incorporó con energía y se alisó el vestido de popelina.

—Lávate la cara y mira a ver si las nuevas empanadas están listas. Te guardaré el secreto, Ranny.

La boda de Tabitha terminó con una ruidosa celebración típica en la zona: el paseo de todos los asistentes cantando y bailando hasta llegar a la nueva casa de los recién casados. Ambos estaban en el carro, mientras los jóvenes danzaban y hacían bromas alrededor, mientras los mayores les seguían alegres y sonrientes. Pronto llegaron a la nueva casita de la granja adyacente, y en cuanto entró la pareja, más de veinte amigos de Ob empezaron a cantar, más bien a berrear, mientras otros hacían sonar ollas y cacerolas. Dos de los jóvenes Mead dispararon sus mosquetes al aire, con cierto peligro para los que se encontraban cerca. Nat y Seth, orgullosos de estar entre los jóvenes en lugar de con los niños, y disfrutando de la importancia adicional que les confería el hecho de ser hermanos de la novia, no paraban de dar vueltas alrededor de la casa, haciendo sonar un pífano y un tambor. La serenata duró hasta la medianoche, y el jaleo hizo imposible que la gente de las granjas cercanas pudiera dormir.

—Tibby ha tenido una despedida poco habitual —dijo Ephraim, quitándose los zapatos nuevos y dejándose caer en el sillón con un quejido de cansancio—. Ella y Ob son muy queridos, de eso no cabe la menor duda.

Abigail y Miranda estaban limpiando la cocina. Ninguna de ellas hizo comentarios a lo que había dicho Ephraim. Había sido una magnífica boda, como correspondía a su posición preferente dentro de la comunidad.

Un ruido enorme hizo temblar los cristales de las ventanas; inmediatamente después les llegó un clamor de gritos y hurras.

—Espero que no hayan roto el viejo cañón de Cos Cob —dijo Ephraim riendo entre dientes—. Hace muchos años que no había una serenata como esta. —Miró a su hija mayor, que se había puesto un delantal para proteger el vestido y lavaba pulcramente los platos—. Es probable que dentro de poco haya otra en tu honor, Ranny —dijo con tono amable.

Ella pensó que no era probable, pues a Nicholas no le gustaría nada esta forma de empezar el matrimonio, ni el escenario ni los asistentes. Repentinamente asustada, soltó el grasiento estropajo y miró a su padre, que había apoyada los pies encima de la mesa para estar cómodo. ¡Al menos llevaba puestos los calcetines!

—Lo que pasa es que, como no dejes a un lado esos aires de

grandeza, no creo que vayas a poder encontrar un marido —siguió Ephraim, cuyo buen humor inicial iba desapareciendo al no recibir respuesta—. A los hombres no les gusta esa forma que tienes de comportarte. Como no cambies tu forma de actuar, vas a ser una solterona.

—Espero que no, padre —dijo Miranda. Le quitó a su madre un plato grande, y sus miradas se encontraron.

—Dedícate a secar, Ranny —susurró Abigail—. Ya termino yo de lavar. No quiero que se te estropeen las manos.

Le dirigió a su madre una mirada enormemente agradecida. Le resultaba muy reconfortante haber compartido con ella su secreto. Era como si se hubiera convertido en real. Y es que había momentos en los que le parecía que todo lo que había sucedido en Dragonwyck hubiera sido una especie de sueño, igual que el propio lugar. ¿Y si Nicholas la olvidaba? ¿Y si no sentía de verdad lo que le había dicho? ¿Y si conocía a otra?

El verano avanzaba y el temor de Miranda crecía. Abigail intentaba ahorrarle muchas tareas, pero la rutina inexorable de la granja demandaba la participación y el esfuerzo de todos: no sobraba ningún par de manos. Y menos ahora que Tabitha se había ido.

Hornear, hervir, lavar, ordeñar las vacas, cuidar a Charity, que tenía dos años y era muy traviesa… Miranda atendía a todo de forma automática, sintiéndose triste y preocupada. Tampoco era demasiado eficiente en el trabajo. A veces se le quemaba el pan o se salían las brasas. Una vez dejó que se quemase un gran caldero de magníficas moras que Abigail había puesto a hervir para preparar la mermelada que se consumía durante el invierno.

—¡Por el amor de Dios, Ranny! ¡No sé quién ayuda más, si Charity o tú! —le espetó su madre, completamente exasperada, al descubrir ese último desastre.

La chica se echó a llorar.

—¡Lo siento muchísimo, madre! Voy a ir a recoger más moras. Estaba removiendo el caldero y de repente me puse a pensar… y se me olvidó quitarlo a tiempo del fuego.

—Llévate a la niña a dar un paseo y quítate de en medio, anda —dijo Abigail, casi arrancándole de las manos el cucharón de madera chamuscado y ennegrecido, y mirando el caldero con tristeza—. Prefiero hacerlo yo a verte en la luna, sin prestar atención a nada. ¡Anda, vete de aquí! ¡Largo!

Obedientemente, Miranda agarró de la mano a la niña, que dio un gritito de alegría.

—¡Vamos a recoger flores, Ranny! —dijo—. ¿Podemos hacer un ramo?

Abigail miró a sus dos hijas mientras paseaban por el campo del norte. Pensó que su hija mayor tenía el corazón roto. No se explicaba por qué él no la escribía. La chica llevaba añorándole todos estos meses.

Con los labios apretados, se puso a limpiar el caldero con mucho vigor. Ella también empezaba a dudar.

A finales de septiembre, Miranda no podía soportar más el silencio. Nunca tenía apetito y dormía muy mal. Sus talismanes, el anillo y la nota que hizo llegar Nicholas el día de su partida de Dragonwyck, ya no le servían para pensar que todo iba a ir bien. Aunque también era verdad que, de forma tácita, había aceptado el hecho de que él no escribiría. De la misma manera, asumía que el acuerdo implicaba que ella tampoco debía escribirle a él. Pero ¿por qué no? Miranda no paraba de pensar. No podría haber nada más natural que unas palabras agradeciéndole lo amable que había sido con ella e interesarse por su salud. Una carta que, si cayera en manos de cualquier otra persona que no fuera Nicholas, no levantara ninguna sospecha.

Una mañana, cuando los hombres estaban trabajando en los campos y Abigail se había marchado a hacer una visita a Tibby, Miranda se coló en el salón y se sentó en el escritorio de madera de cerezo de su padre.

Hizo cuatro borradores, finalmente copió el último en una hoja de papel de líneas que había al final del libro de contabilidad de Ephraim. No había otro tipo de papel en la casa.

Stanwich Road, Greenwich,
25 de setiembre de 1845

Querido primo Nicholas:

Parece que ha pasado una eternidad (borró esa última palabra con un cortaplumas y la sustituyó por mucho tiempo) *desde que dejé Dragonwyck.*

Espero que goces de buena salud, lo mismo que Katrine. No dejo de pensar en ti (antes de escribir la letra y lo pensó mejor y la cambió por una u) *gran amabilidad y hospitalidad. Por favor* (lo borró) *Me alegraría mucho saber que estás bien.*

Dejó a un lado la pluma y miró por la ventana con ojos melancólicos, al tiempo que escuchaba el rumor de las hojas de los olmos. ¿Cómo debía firmar? Desde luego, nada de «afectuosamente», y menos «con mucho cariño». No se atrevía a utilizar esas palabras o expresiones.

Finalmente volvió a agarrar la pluma y firmó simplemente con su nombre, «Miranda», procurando embellecerlo con los adornos que había aprendido a hacer en la academia para señoritas.

Dobló la carta, la selló y escribió la dirección. Esa misma tarde recorrió los cinco kilómetros que separaban la granja de la oficina de correos de Horseneck, la franqueó y volvió caminando entre los campos dorados y después por la umbría carretera de Stanwich, sintiendo el corazón algo más ligero.

Seguramente él lo entendería, sería capaz de leer entre líneas y le enviaría una contestación que la tranquilizara.

Pero pasaron las semanas y no hubo respuesta.

Abigail se daba cuenta del gran decaimiento de su hija, sentía una gran ansiedad. En esos momentos, deseaba que no hubiera ido nunca a Dragonwyck, que no hubiera conocido al maldito Nicholas. Siempre había sido excesivamente romántica y ahora se arrepentía mucho de haberla animado.

—Cómete lo que tienes en el plato, Ranny —solía decirle con tono entre irritado y frustrado—. Pareces un cuervo desplumado.

—¡Y tanto! —dijo Ephraim una vez mostrando su acuerdo, limpiándose la boca y mirando a su hija—. ¿Qué es lo que te preocupa, muchacha? Tienes la cara más chupada que el biberón de un bebé. —Últimamente estaba más contento con ella. Se había vuelto muy tranquila y sumisa. Había pensado en algún momento que quizá estuviera un poco deprimida, pero las chicas eran criaturas inestables, de humor cambiante y bastante caprichosas—. Bueno —continuó, pensando que lo que le iba a decir la alegraría—, la semana que viene se celebra el festival de la cosecha en el granero de los Peck. He sabido que viene un violinista desde Stamford. Seguro que eso te anima. ¡Igual hasta podrías volver de la fiesta con un novio!

Miranda no dijo nada, se mantuvo sentada, tal como solía hacer últimamente, con los párpados bajos y mirando inexpresivamente a la mesa.

Su padre frunció el ceño y abrió la boca para hablar cuando, de repente, Nat le interrumpió.

—¡Mirad! —gritó, asomándose por la ventana de la cocina—. ¡Hay un extraño sobre un caballo ruano que acaba de cruzar nuestra

cancela!

Miranda se sobresaltó. Contra toda razón, la esperanza hizo que su corazón se acelerara. Se unió a los demás, que miraban ansiosamente por la ventana, observando al jinete que se aproximaba: los extraños eran todo un acontecimiento en su comunidad.

—No puede ser un vendedor ambulante —dijo Nat—. No lleva ninguna bolsa.

El caballo iba al paso, muy despacio y con la cabeza gacha. El jinete llevaba una capa de lana y un gorro de piel de castor muy gastado.

—Seguramente será alguien que se ha perdido —sugirió Abigail. Le asaltó un pensamiento, exactamente el mismo que había tenido Miranda. Miró a la chica y se dio cuenta de que, dado el desaliento que mostraba su cara, no podía tratarse de Nicholas de ninguna manera.

—Voy a ver qué quiere —dijo Ephraim, dirigiéndose a la puerta. En ese momento, el extraño alzó la cabeza, y Miranda no pudo evitar dar un grito de sorpresa.

—¡Pero si es el doctor Turner! —Se quedó mirando los anchos y poderosos hombros, la cara redonda y sonriente, y lo odió porque venía de río arriba, porque le recordaba agudamente su vida en Dragonwyck, pero no era Nicholas. No obstante, pensó que podría tener noticias, lo cual hizo que reaccionara con algo más de entusiasmo. ¡Por supuesto que las tendría!

Bajó los escalones al tiempo que Jeff desmontaba.

Tardó un poco en reconocerla. Tenía el cabello dorado recogido alrededor de la cabeza. Iba vestida de un modo muy sencillo, con tela de algodón y un delantal. Estaba demasiado delgada y también muy pálida, de modo que sus grandes ojos de color avellana ahora parecían enormes, enmarcados en una cara tan afilada. Le temblaron los labios cuando le dirigió una sonrisa.

—¡Oh, doctor Turner! —exclamó impulsivamente—. ¿Viene usted de…? —Se interrumpió de inmediato, dándose cuenta de que Ephraim la estaba mirando.

Jeff la tomó la mano, sin apenas escuchar lo que le estaba diciendo. Pensó que ese entusiasmo, esa forma de gritar alegremente su nombre, había sido por él, que le alegraba verle. Sintió una oleada de calidez. Vestida con esa ropa tan sencilla, le pareció muchísimo más guapa que con los vestidos de moda y los artificiosos rizos que solía llevar en Dragonwyck. Le conmovió verla tan demacrada y con tantas ojeras bajo los preciosos ojos.

—¿Y quien es este caballero, si puede saberse, Ranny? —preguntó Ephraim secamente.

Jeff le soltó la mano y sonrió, un tanto confundido y avergonzado por no haberse presentado adecuadamente.

—Mi nombre es Jefferson Turner, soy de Hudson, señor Wells. Quizá Miranda le haya hablado de mí.

—Pues no lo ha hecho, señor —dijo Ephraim. Él también había malinterpretado el comportamiento de Ranny. Seguramente ese joven era la explicación de los suspiros y la languidez de su hija. Pero, aunque a primera vista Jeff le pareció bien, no tenía la menor intención de mostrarse amistoso hasta que se le dieran todas las explicaciones pertinentes. Las cosas tenían que hacerse como es debido.

Jeff pronto se sentó a la mesa, mientras Abigail preparaba para él unos buenos trozos de jamón y de empanada. Miranda tenía claro que sus preguntas debían esperar a que su padre se sintiera satisfecho con sus explicaciones, y no paró de moverse, del horno a la mesa y de la mesa al horno, bullendo de impaciencia.

Jeff había estado en Nueva York.

—Allí hay un gran médico, el doctor John Francis. Ha desarrollado un nuevo tratamiento para el cólera. Un viejo barco ballenero, el *Nellie B,* atracó en Hudson en julio y trajo con él desde la India un brote de cólera. Solo ha habido, por el momento, cinco casos, Dios quiera que la cosa se quede ahí, pero por desgracia perdimos a dos de ellos. —Dejó el cuchillo y su cara se ensombreció.

—Espero que fueran buenos cristianos y que murieran en la fe de nuestro Señor —dijo Ephraim, y Jeff asintió.

—¡Oh, sus almas seguro que están a salvo! Pero yo trabajo para lograr el bienestar de los cuerpos.

—Joven —dijo Ephraim—, ese comentario me ha parecido un tanto ligero. Nuestro cuerpo terminará convirtiéndose en fuego y cenizas. No obstante… —continuó, porque se había sentido interesado por su trabajo y, salvo ese mínimo desliz, el joven médico parecía un hombre interesante, por encima de la media—, ¿encontró en la ciudad alguna medicina para el cólera?

—No hay nada que lo cure salvo la arcilla —dijo con tristeza—. La arcilla china. El doctor Francis la ha probado y funciona.

—¿Quiere decir que hay que tragarla? —preguntó Nat, asombrado. Los tres chicos estaban escuchando muy atentos, encantados con esa novedad en sus vidas.

Miranda era la única que no prestaba atención. ¿Qué le

importaban el cólera y su tratamiento? Solo le interesaba una cosa. La cena se le hizo interminable. Incluso después de que todo el mundo hubiera terminado de comer, Ephraim se olvidó de las sombras de la noche y siguió sentado en la mesa, hablando con su invitado. ¡Y eso a pesar del carro lleno de patatas y el caballo, al que ya le había puesto el arnés, preparado para llevar la carga al muelle!

Jeff explicó el uso de la arcilla para combatir el cólera y les contó su viaje desde Hudson. Había viajado a caballo porque quería parar por el camino en Poughkeepsie, Fiskill y White Plains para visitar a algunos amigos y hablar con otros médicos.

—Esta mañana estaba en Rye —dijo sonriendo—, y estando tan cerca de Greenwich, decidí acercarme a visitar a Miranda. —No era del todo cierto, pues desde el principio tenía pensado pasar por casa de los Wells. Pero tampoco entendía muy bien por qué deseaba volver a verla, y eso le hacía sentirse confundido y algo avergonzado.

—Pues me alegro de que haya venido —dijo Ephraim con sinceridad—. Esta noche se queda con nosotros, por supuesto. Puede compartir cama con Tom. —Se volvió hacia su silenciosa hija —. Ranny, puedes ir a dar un paseo con el doctor. Enséñale el huerto y los árboles. Estoy seguro de que de donde viene no crecen manzanos como estos. —Ephraim había atado cabos. Sin duda, el joven había venido a cortejarla. Habría preferido a alguno de los muchachos del vecindario, pero Jeff era aceptable, muy aceptable. No iba a ser duro con la chica. La verdad es que podía haber escogido bastante peor.

Así que, con la aprobación de su padre y bajo la desconcertada mirada de su madre, Miranda y Jeff se fueron a dar un paseo por la granja.

—No tienes muy buen aspecto, Miranda —dijo Jeff suavemente —. Creo que debería darte un tónico.

Ella caminaba rápido, ansiosa por alejarse de la casa lo suficiente como para que nadie pudiera escuchar su conversación. No hizo caso de su comentario y saltó con facilidad el muro de piedra. Él la siguió y, cuando estuvieron sobre el irregular terreno, junto a unas flores silvestres medio comidas por los gusanos, se volvió hacia él con apremio.

—Dime, ¿has estado en Dragonwyck? ¿Has visto al señor Van Ryn?

Jeff se quedó muy sorprendido por su gran interés, le defraudó darse cuenta de que el ansia que había mostrado no era por él, en

absoluto. Todavía estaba obsesionada con el patrón de la hacienda.

—Dragonwyck está cerrada —dijo—. Desde junio. El señor Van Ryn está de viaje; por el sur, tengo entendido. ¿No lo sabías?

Negó con la cabeza, tratando de que no le viera la cara. Pero él ya había visto las lágrimas que le rodaban por las mejillas.

—Lo vi una vez en septiembre, en el juicio del pobre Boughton —dijo de mala gana. No tenía intención de hablarle de ello, ni tampoco de trasladarle el mensaje que el patrón le había dado para ella. Y es que se había convencido a sí mismo de que, ahora que había vuelto a casa, se habría olvidado de Nicholas. Estaba completamente convencido de que eso habría sido lo mejor para ella. Pero, a pesar de su angustia, no podía negárselo.

—¿Cómo estaba? —preguntó, casi sin aliento—. ¡Por favor, por favor, dímelo!

—Parecía estar muy bien. Solo lo vi un minuto.

Tras decir eso suspiró, recordando la pequeña sala de juicios de Hudson, en la que Smith Boughton fue juzgado por segunda vez por el delito de sedición contra los señores de la haciendas. El primero de ellos finalizó sin que el tribunal acordara una decisión.

La segunda vez, las cosas fueron muchísimo peor. Presidió el juez John Edmonds, un hombre de ojos acerados y mirada fría. El abogado de Boughton, Ambrose Jordan, perdió los nervios e incluso provocó una pelea a puñetazos con John Van Buren, que representaba a los terratenientes. Ya desde el principio, Jeff tenía escasas esperanzas respecto al resultado del proceso, pero el veredicto fue infinitamente más duro de lo que intuía. Smith Boughton fue condenado a cadena perpetua en la prisión de Clinton.

El resultado del juicio fue recibido con mucha pena, incluso por algunos de los que habían apoyado la imputación del pequeño médico. Hubo lágrimas en la sala, y la señora Van Rensselaer hasta se desmayó. Jeff miraba a los patrones con un sentimiento de odio: bien alimentados, petulantes, casi todos ellos situados en la galería, bien aislados del populacho, ávidos por conservar sus dudosos «derechos históricos» sobre la tierra y aterrorizados por un hombre pequeño y pálido que se había atrevido a amenazar su riqueza y su poder.

Nicholas estaba en la galería, entre todos ellos, inconfundible con su traje negro, de luto riguroso. Había presenciado el juicio con gesto impasible, con la cara medio vuelta y sin que sus ojos azules mostraran aparente interés.

En cuanto se pronunció el veredicto, se levantó y salió de la

galería. Jeff también dejó la sala de juicios, movido por un impulso repentino de abrazar a su amigo, aunque evidentemente fue imposible cumplirlo. El guardia no lo dejó pasar: en ese momento nadie podía visitar al prisionero. Así que descendía cabizbajo los escalones del juzgado cuando alguien lo agarró suavemente del brazo. Era Nicholas.

—Buenos días, doctor Turner, aunque imagino que no serán tan buenos para usted.

—De ninguna manera, aunque usted sí que estará satisfecho —dijo desabridamente, y siguió caminando.

—El veredicto ha sido duro, pero justo —opinó Nicholas con voz calmada—. Si yo fuera él, me suicidaría. Preferiría estar muerto a pasar el resto de la vida en la cárcel.

Jeff pensó que lo decía completamente en serio.

—No estoy de acuerdo con usted, señor Van Ryn —contestó Jeff—. La vida es un bien precioso, y pudiera ser que la sentencia fuera conmutada si cambian las circunstancias. Y ahora le ruego que me excuse. Me marcho a Nueva York dentro de poco y tengo muchas cosas que preparar.

—¿Ah, sí? —preguntó Nicholas educadamente.

—Sí, y también río arriba. Si finalmente voy a los alrededores de Greenwich, seguramente me pasaré a saludar a la señorita Wells —añadió Jeff, más por la curiosidad de ver la reacción de Nicholas que por otra cosa.

Durante un momento no dijo una palabra, adoptando esa expresión hermética que era tan habitual en él, pero inmediatamente le habló de nuevo.

—Si la viera, ¿podría decirle que viajaré río arriba en abril?

—Naturalmente —respondió, pensando que el mensaje era de lo más trivial. Eso era lo que había pensado hasta ese momento, pero ahora se preguntaba si en realidad no escondía algún mensaje oculto.

Cuando se lo trasladó a Miranda tuvo clara la respuesta, pues la chica se transfiguró por completo, expresando una alegría indescriptible.

—¿Eso dijo? —exclamó—. ¡Oh, gracias, muchas gracias, Jeff! —Lo llamó por su nombre de forma inconsciente, medio llorando y medio riendo de alegría. ¡Todo estaba bien! Nicholas no había contestado a su carta porque Dragonwyck estaba cerrado y él de viaje. Pero vendría en abril, tal como le había prometido.

Dejó de preguntarse inmediatamente por qué no había escrito. Tendría sus razones, él era distinto de todos los demás hombres. Le

había dado su palabra, y ahora estaba avergonzada por haber sentido la necesidad de una confirmación. No obstante, ¡qué feliz se sentía ahora que disponía de ella!

Le dirigió una sonrisa a Jeff, haciéndole partícipe de su alegría.

—Eres fácil de contentar —espetó él, mostrando a las claras su enojo. Ahora estaba claro que iba a ver a Nicholas en abril, dentro de seis meses, y que sobre esa distante cita seguramente estaría construyendo una absurda estructura romántica, ¡la muy ingenua! Jeff no fue capaz de adivinar lo que había ocurrido de verdad. Sabía que Miranda había permanecido tres días encerrada en su habitación tras la muerte de Johanna, y también le habían contado que el viudo se pasó esos mismos tres días sin salir de su habitación de la torre, apurando su pena.

—¡Miranda! —dijo, siguiendo un impulso—, ¿por qué buscas la infelicidad, siempre esperando cosas que no puedes conseguir? ¿No puedes estar contenta aquí, en tu hogar? La granja es muy bonita…

—¡Bonita! —repitió asombrada, mirando a su alrededor.

La arboleda en la que estaban se encontraba en una zona más elevada que la casa, que surgía como una paloma blanca entre los abetos y los olmos, erguidos y protectores. Los campos, separados por vallas de piedra, se ondulaban suavemente en dirección a la estela azul zafiro del distante río Sound. El aroma a lavanda de finales de octubre filtraba el aire limpio y claro, e intensificaba el olor de las hojas de los árboles frutales.

Los arces de las colinas de Cat Rock ya estaban cubiertos de hojas rojas y doradas, colores que se repetían con mayor intensidad cerca de la valla gris del pequeño cementerio, plagado de nogales americanos y del arbusto que llamaban vara de San José. En el pasto más cercano, el pequeño cencerro de Buttercup sonaba rítmicamente, pues Seth guiaba al animal hacia el establo para el ordeño nocturno.

—La verdad es que el campo sí que es muy bonito —dijo Miranda sin convicción—, pero no tiene la más mínima elegancia y, por lo que respecta a la granja, lo único que se puede esperar de ella es trabajo, solo trabajo. —Se miró las manos. Pese al cuidado que tenía y a la ayuda de su madre, se habían enrojecido un poco, y dos de sus uñas, con forma de almendra, estaban rotas.

—El trabajo no es nada malo —respondió Jeff—. Da alegría conseguir hacer cosas, ser útil para uno mismo y para los demás. Nos moldea. El pan que se gana trabajando sabe mejor… —Cerró la boca, viendo que bajaba los ojos y hacía un gesto inequívoco de aburrimiento, como si estuviera recibiendo un sermón que

conociera de memoria.

—¿De verdad te crees —dijo, repentinamente enfadado y elevando la voz— que tu maravilloso Van Ryn, con sus tierras, sus carruajes y su inútil ociosidad es un hombre feliz, como lo es tu padre o lo soy yo mismo?

A Miranda le gustó darse cuenta de que al menos había logrado que le hiciera caso, pero ese fue todo el efecto que consiguió. Le dirigió una sonrisa indulgente, después le habló con suavidad, como si no quisiera herir sus sentimientos.

—Ni se me ocurriría comparar al señor Van Ryn con padre o contigo, en ningún aspecto.

—¡Miranda, eres…! —dijo, pero no terminó la frase. Después soltó una carcajada. No había forma de cambiarla—. Vamos, enséñame el resto de la finca, me interesa, al contrario que a ti, por lo que veo. —La agarró del brazo para ayudarla a pasar de nuevo por encima del murete de piedra.

Jeff se quedó varios días en la granja Wells porque durante la primera noche a la niña se le irritó mucho la garganta. Unas horas más tarde aparecieron las temidas manchas blancas, y la aterrorizada Abigail no necesitó que Jeff le dijera que Charity tenía difteria, pues ya había perdido a un crío por culpa de esa terrible enfermedad. No necesitó al médico para el diagnóstico, pero sí, y desesperadamente, cuando la asfixiante membrana amenazó con cerrar por completo la pequeña garganta de la niña, que solo pudo evitar la rapidez y pericia de Jeff al preparar una caña de junco con un hueco para perforarla y llegar a la tráquea. Así salvó la vida de la pequeña. Jeff y Abigail trabajaron juntos durante tres días con sus tres noches, lavándola con una esponja, poniéndole cataplasmas y obligándola a que aspirara esencia de trementina.

A Miranda, que no había sufrido la enfermedad, se la obligó a permanecer alejada de la habitación, pese a sus protestas.

Una vez que hubo pasado todo y que Charity, gracias a la enorme capacidad de recuperación de los niños, empezara a mejorar, la familia casi consiguió que Jeff se avergonzara por la enorme gratitud que le demostraron.

—Nunca olvidaré lo que ha hecho —sollozó Abigail, exhausta pero sintiendo un alivio inmenso—. ¡Jamás en la vida!

Y esa noche, durante las oraciones familiares, Ephraim dejó a un lado los capítulos que tocaban y escogió la lectura de la parábola del buen samaritano, agradeciéndole después a Dios «que les hubiera enviado un salvador para socorrerlos en su tremendo momento de necesidad».

Ephraim aceptó la negativa de Jeff a cobrar nada por sus servicios, pues estaba convencido de que muy pronto sería su yerno. Y se quedó asombrado cuando, una mañana, Jeff se subió a su caballo, tras despedirse efusivamente de todos, y se marchó de regreso a Hudson, sin solicitarle permiso para cortejar a Miranda.

—No lo puedo entender —le dijo a Abigail esa noche en el lecho conyugal—. Estaba seguro de que iba a pedir la mano de la chica; además, ella resplandeció como una mañana de primavera cuando llegó.

Su esposa se limitó a suspirar, dándose la vuelta nerviosamente en el colchón. Ahora sabía el porqué de la alegría de Miranda, y que no tenía nada que ver con la aparición de Jeff. Sin embargo, estaba de acuerdo con Ephraim en que Jeff sí que la amaba. No obstante, Abigail fue leal a su hija, además, ahí seguía ese anillo de compromiso. Ranny había aceptado a otro y debía hacer honor a ello. Amaba a Nicholas, eso era más que evidente.

—No entiendo a los jóvenes de hoy —gruñó Ephraim—. Son caprichosos y no saben leer en el fondo de sus mentes. —Le asaltó una nueva idea—. Puede que Jeff haya vuelto a casa para organizar allí las cosas antes de pedir su mano. Volverá. Seguro que se trata de eso.

—Puede —concedió Abigail suavemente. Prefería no preocupar a su marido antes de tiempo.

Capítulo 12

Nicholas llegó a Greenwich el dos de abril, había pasado un año exactamente desde que vio a Miranda por última vez. Le ofrecieron una habitación en la posada Weed's Tavern, en la calle Main, que le pareció estrecha y ruidosa. Daba a una estación de postas, en la que paraban continuamente carros de granjas, carruajes y diligencias. Así que ordenó al cochero que investigara un poco el terreno, volvió al carruaje y se dirigió hacia Stanwich por una carretera llena de barro primaveral, donde alquiló el segundo piso completo de una pequeña posada.

Tan pronto como se hubo acomodado y después de que el aturullado posadero, que apenas tenía huéspedes últimamente, deshiciera el equipaje para él, Nicholas pidió un vaso de vino de Madeira. Después abrió su maleta-escritorio y empezó a redactar una nota.

Una hora más tarde, uno de los mozos de cuadra la entregaba en la granja Wells. Iba dirigida a Ephraim, que se estaba enjuagando la cabeza y la cara en la bomba de agua, preparándose para la cena. Entró de estampida en la cocina, donde Miranda y Abigail estaban poniendo la mesa. Sostenía la nota entre los dedos húmedos.

—¡Creo que esto es lo más increíble que nos ha ocurrido nunca! —exclamó—. Tu elegante primo Nicholas está en Stanwich y va a venir a visitarme para tratar un asunto «de la mayor importancia».

Miranda pudo ver la letra, la reconoció perfectamente. Junto al horno de la cocina, su madre y su padre empezaron a dar vueltas delante de ella. Se agarró al borde de la mesa y cerró los ojos. Pero se calmó de inmediato. ¡La larga incertidumbre se había acabado por fin! Se avecinaban problemas, pues padre lo pondría difícil, pero sabía que Nicholas sería capaz de manejarlo, pues era capaz de conseguir cualquier cosa que deseara en el mundo.

—¿Qué es lo que puede querer, por el amor de Dios? —

refunfuñó Ephraim pasándose un peine por la barba—. Ranny… —dijo, volviéndose hacia su hija, pero Miranda había volado escaleras arriba. El vestido de seda verde, que no se había puesto desde la boda de Tibby, estaba colgado y preparado.

Se soltó el pelo y, utilizando los dedos, formó algunos rizos, que colocó a ambos lados de la cara. El resto lo apretó con fuerza en el nacimiento del cuello. Se puso un toque de colonia de heliotropo en las muñecas y en el cuello y, ya preparada del todo, deshizo el nudo de seda y sacó de su escondite el anillo de compromiso, lo besó y se lo puso en el dedo.

Cuando bajó ya se podía oír el sonido de las ruedas de un carruaje. Al entrar en la cocina, escuchó la llamada a la puerta principal, que nunca se utilizaba.

Ephraim fue a abrir y toda la familia se arremolinó en la fría habitación principal. Descorrió el cerrojo, abrió la puerta y entró Nicholas. Se inclinó ante Ephraim y se detuvo en el umbral. Le faltaba poco para golpear con la cabeza el techo, que era muy bajo, y miró los rostros que aún no conocía. Entonces vio a Miranda, que estaba detrás de todos. Le latía el corazón a toda velocidad y le temblaban las manos, ahora que por fin había llegado el momento.

La cara de Nicholas se iluminó, y su mirada casi la quemó. No había preguntas, porque las respuestas eran obvias: la cara de ella lo decía todo. Atravesó despacio la habitación y, ante los boquiabiertos niños y el atónito Ephraim, tomó la mano de Miranda y se la besó suavísimamente.

—¿Qué significa esto, señor? —exclamó Ephraim.

Nicholas soltó la mano de la chica y se volvió hacia su asombrado padre.

—¿Puedo hablar con usted a solas, señor Wells? —Su tono dejaba muy claro que quería acabar cuanto antes con una tarea que le resultaba aburrida. Ephraim hizo un gesto con la mano y todos se marcharon de la habitación inmediatamente; ni siquiera a Abigail se le ocurrió mirarlo para ver si quería que se quedara.

—¡Caramba…! —exclamó el joven Nat, soltando un silbido, dejándose caer en una silla y mirando de hito en hito a su hermana—. ¡Así que este es tu señor Van Ryn! ¡Cómo te las gastas, Ranny!

Se quedó de pie, orgullosamente delante de ellos, echando hacia atrás la cabeza y sonriendo ligeramente. Era como si le brillara todo el cuerpo.

Los chicos la miraban como si fuera la primera vez que la veían. También su madre la miró y se sintió repentinamente consternada. El tal Nicholas era tal como Miranda se lo había descrito, y más. En

toda su vida había visto un hombre tan atractivo, ni que desprendiera tanta autoridad. También había mostrado ternura en la forma de saludar a Miranda. A un marido no se le podía pedir otra cosa que autoridad y ternura, sobre todo si iban acompañadas de riqueza y estatus.

Y, entonces, ¿qué era lo que le pasaba? Abrió la puerta del horno y les dio la vuelta a las hogazas. El pan se estaba dorando bien. La cerró y se puso a cortar trozos de manzana con excesiva energía. Después de cortar la segunda soltó el cuchillo. Tendría que hacerle frente. Desde el momento en el que había entrado por la puerta, Abigail había sentido una extraña aversión; no fue exactamente miedo, aunque se le pareció. Pensó que no había ninguna razón para ello, pero la aprensión, que llegaba a ser repugnancia, no terminaba de desaparecer.

—A vuestras cosas, chicos —les dijo a sus hijos con la brusquedad habitual—. Este asunto no os concierne, sea el que sea.

Los tres se levantaron, deteniéndose cuando escucharon a su padre levantar la voz en tono de enfado y protesta, y después el tono calmado de la contestación. Se marcharon en fila de mala gana, Tom a ordeñar la vaca y Seth y Nat a apilar la leña. Por el camino se detuvieron a admirar el brillante carruaje, los cuidados caballos, que parecían gemelos, y al cochero, que ignoró displicentemente a los chicos.

En la cocina, las dos mujeres se acercaron la una a la otra. Miranda agarró la mano de su madre y se la apretó con fuerza. La chica sintió un estremecimiento por todo el cuerpo cuando su padre abrió la puerta de un empujón.

—¡Miranda, ven aquí!

Nicholas estaba de pie, junto al fuego de la chimenea, con su habitual aire despreocupado, pero Ephraim se sentó en el sillón, tamborileando los dedos sobre la mesa, y Miranda se dio cuenta de que su padre no solo estaba enfadado, sino también perplejo.

—Dice que quiere casarse contigo —dijo Ephraim a su hija, con tono de adusta incredulidad. Juntó las pobladas cejas hasta formar casi una línea—. Y dice también que tú lo sabes.

Dudó por un segundo, pero inmediatamente asintió.

—Sí, padre. Voy a casarme con Nicholas. —Se acercó a la chimenea y sonrió tímidamente en dirección a su amado. Sus ojos expresaban una irritación controlada, porque le parecía que esta escena con Ephraim era tediosa e innecesaria; no obstante, agarró a la muchacha por la cintura y la atrajo hacia él.

Ephraim miró a la pareja y, de repente, su hija se convirtió en

una extraña para él. Buscó palabras con las que refutar las pretensiones de ambos, prohibir el matrimonio, echar a Van Ryn de su casa, pero no las encontró. No había objeciones válidas, tal como había señalado con desprecio y suficiencia el propio Van Ryn.

—¿Qué piensas tú de este asunto tan extraño, Abby? —preguntó Ephraim volviéndose hacia su esposa, que había seguido a Miranda al interior de la habitación.

Ambos se quedaron mirándolos, quietos y juntos al lado del hogar. Abigail pensó con enorme pena que la chica ya no estaba con ellos, pues su rostro reflejaba también ausencia y desdén, como mostraba Nicholas. A la madre le pareció que se había abierto una enorme grieta negra entre las planchas de roble del suelo y que ambos se habían quedado al otro lado. Finalmente puso la mano sobre el hombro de su marido.

—Creo que es lo que va a pasar, Ephraim. Y debemos intentar que todo vaya lo mejor posible —dijo en voz baja.

Ephraim todavía planteó algunas protestas y objeciones, pero no pudo hacer nada frente a la implacable voluntad de Nicholas y al ferviente deseo de Miranda. Se encolerizó todavía más al enterarse de que el matrimonio ya estaba organizado. Nicholas había ido a la casa parroquial para ponerse de acuerdo con el reverendo Clark y fijar la ceremonia para las tres de la tarde de dentro de dos días. Se celebraría en la propia granja Wells.

—¡Eso es indecente! ¡Es demasiado pronto! —tronó Ephraim—. ¡Y mi hija debe casarse en la iglesia, como una buena cristiana! En esta granja no hay capilla…

—Nuestro matrimonio no va a celebrarse delante de un montón de curiosos —contestó Nicholas. Opinaba que ya era una concesión más que suficiente que el pastor de los Wells fuera quien oficiara la ceremonia, en lugar de hacer venir a uno holandés, lo que hubiera sido más adecuado para la boda de un Van Ryn—. Y, por lo que se refiere a la fecha… —continuó, imperturbable—, la verdad es que no veo razón alguna para esperar.

—Pero no tiene nada preparado… —intervino Abigail—. Ni siquiera un traje de novia.

—No necesita nada. Hay un guardarropa completo esperándola en mi casa de Nueva York.

Abigail apretó los labios y dirigió la vista hacia Miranda, deseando que la chica defendiera sus derechos, que concedían a la novia la prerrogativa de escoger fecha y lugar. Pero sus ojos de color avellana estaban fijos en Nicholas, ciegos a todo lo demás.

Así pues, Miranda se casó a las tres de la tarde del domingo

cuatro de abril, en el salón de la casa de la granja, sin más testigos que su propia familia, Obadiah incluido. Tabitha y su joven marido se quedaron en un rincón, detrás del escritorio de madera de cerezo, ambos absolutamente asombrados por el inesperado curso de los acontecimientos. Tibby pensó que no sentía envidia de su hermana, pues sería una segunda esposa, y además él era mucho mayor. Pero mirando el rostro de Nicholas, y fijando después los ojos en la cara paciente y bovina de su marido, suspiró sin darse cuenta.

Fuera llovía con fuerza. No era un chaparrón de primavera, sino un temporal fuerte y persistente. Las gotas salpicaban los vidrios de las ventanas, haciendo un ruido continuo. El salón estaba frío y húmedo, a Abigail se le calaron hasta los huesos y hasta el mismísimo corazón. Cerró los ojos para intentar alejar de sí la imagen del pastor, vestido de negro completamente y con sotana, la espalda recta de Nicholas, con levita y pantalones azul oscuro, y la figura de Miranda, pálida, con una expresión parecida a la del trance, con el vestido de seda verde, pronunciando las respuestas rituales con voz apagada.

Abigail pensó que el verde no daba suerte a las novias. Pero no solo el presagio del color del vestido era funesto en este matrimonio. Estaba segura de que no le traería la felicidad que anhelaba tan fervientemente, aunque no podía explicar el porqué, ni siquiera a sí misma.

«Ranny, pequeña… ¡No lo hagas, no lo hagas!», pensó para sí de forma desgarradora, sabiendo que su hija, delgada como un espectro, no la iba a poder escuchar. «¡Nunca conocerás la felicidad! ¡Te hará pedazos el corazón!».

Pero la cabeza dorada se inclinó para realizar la última oración. Ya era demasiado tarde.

—¡Vamos, Abby, reacciona! —dijo Ephraim, tomándola del brazo—. No es momento de caras largas. La chica ha tomado su decisión, y lo hecho hecho está. Seguro que, si obedece las sagradas escrituras, si se ocupa de su hogar y de su marido y no se deja llevar por la ociosidad, le irá muy bien —puntualizó. Una vez que la cosa ya no tenía marcha atrás, no veía motivos para continuar con las protestas y los reproches.

Abigail había preparado una colación nupcial, pero Nicholas decidió no quedarse.

—Quiero que nos vayamos de inmediato. Te quiero para mí solo —dijo a Miranda en voz muy baja. Esas fueron las primeras palabras que le dirigió tras la ceremonia. Tampoco la había tocado siquiera, pero mientras se despedía a toda prisa de su familia, no

dejó de mirarla.

Cuando llegó el momento se abrazó con fuerza a Abigail, pero Nicholas no le dejó ni siquiera experimentar la dulce nostalgia de una despedida completa.

—Vamos, Miranda —dijo, señalando al carruaje que esperaba en la puerta y al cochero que estaba de pie, con el sombrero en la mano.

—¡No tardaré en venir a visitaros! ¡Y vendré muy a menudo, mucho! —exclamó dirigiéndose al silencioso grupo familiar que estaba en la entrada de la casa, todos mirándola con cara de pena. En estos momentos sintió por ellos un cariño inimaginable e imposible de expresar, como nunca lo había sentido. Incluso por Ephraim y Tibby.

«¡Oh, Dios!, ¿pero qué estoy haciendo? ¿Cómo puedo ser capaz de dejarlos de esta manera tan apresurada e insensible? ¡Querida madre!», pensó. Abrazó con todas sus fuerzas a su hermana, apretándola con los brazos, abandonándose a la pena, pero Nicholas tiró de ella hacia el carruaje. Cerró la puerta y le dio al cochero la orden de partir. Los caballos emprendieron la marcha.

Se asomó a la ventana, apretando la cara contra el cristal. Vio que los chicos se despedían agitando las manos, vio a Abigail agarrar a la niña en brazos y frotar las mejillas contra sus rizos, buscando consuelo. Finalmente todos se dieron la vuelta y durante un momento la puerta de la cocina permaneció abierta, delimitando un espacio de calidez y de luz en medio de la oscuridad del día lluvioso y gris. Pero la luz desapareció y la casa se diluyó en la penumbra.

La invadió una sensación de irrealidad. Se apretó contra los asientos y los cojines de terciopelo azul y cerró los ojos.

«No soy yo», pensó. «No puedo ser yo quien se ha casado. Cuando abra los ojos volveré a encontrarme en la pequeña habitación del ático. Mamá estará abajo, en la cocina, preparando masa, y la nena en su parque, alzando las manos para que la suba en brazos. Papá y los chicos ya estarán en los campos trabajando».

Pero abrió los ojos y a quien vio fue a Nicholas, mirándola fijamente. Levantó la mano izquierda y miró el anillo dorado que llevaba en el dedo.

—Sí —confirmó Nicholas—. Estamos casados, Miranda. —El tono de voz hizo que su pánico creciera.

«Pero no te conozco», pensó. «¿Cómo puedo estar casada contigo si no te conozco?». Miró de nuevo el anillo nupcial y se acordó de otra mano, una muy gorda, también con un anillo no muy distinto

del que llevaba puesto, estrangulando el dedo. Vio esa mano sobre la colcha negra, perfectamente distinguible a la luz de dos candelabros. Soltó un suave quejido y se apretó contra el rincón del asiento del carruaje.

Nicholas entrecerró los ojos. Le puso la mano sobre el hombro, apretando tanto que casi le hizo daño, a pesar de la tela sedosa del vestido. La atrajo hacia sí y la besó una vez. Ese beso le hizo olvidar a Johanna y también el dolido rostro de Abigail. Sintió cierto miedo y, después del miedo, un extraño y avergonzado placer. Él se separó y rio.

—Pronto estaremos en casa —dijo—. Este no es sitio para efusiones amorosas.

Se sintió herida por esa risa. Le pareció que hubiera perdido interés por ella, ahora que ya la había conseguido.

Los caballos avanzaban incansables. Cuando llegaron a la carretera principal y torcieron hacia el oeste, en dirección a Nueva York, cesó por fin la lluvia, de forma que el estado del firme mejoró y el carruaje dejó de dar tumbos y de encontrar baches. De vez en cuando, se veían luces de pueblos, la mayoría pequeños, y la marcha se hacía más lenta cuando atravesaban la calle principal de alguna pequeña ciudad, como Port Chester, Rye y Mamaroneck; pero pronto las dejaron atrás y la noche se cernió de nuevo sobre ellos.

—¿Cómo has pasado este año de separación? —preguntó Nicholas, rompiendo por fin el silencio, y por el tono se dio cuenta de que quería que su respuesta fuera tan trivial como la pregunta. Ya sabía que solo permitía que afloraran las emociones, del tipo que fueran, cuando era él el que iniciaba el proceso, y que disfrutaba controlándolas, igual que un jugador de ajedrez controla sus piezas. Así que se adaptó al tono que había empleado él.

—Bueno, se me ha hecho muy largo —dijo con tono neutro—. He intentado estar ocupada. Tú… tú has viajado, ¿no es así?

—Sí. Fui por el Canal hasta el lago Erie, después por el Mississippi, hasta Memphis. Pero no he encontrado nada hacia el oeste que me interese. Todo es bastante bárbaro, sin desarrollar. He pasado el invierno visitando a unos amigos en una plantación de Savannah. Ese tipo de vida me ha gustado más. En el sur hay cultura y belleza, las dos cosas.

—¡Oh, bien! —dijo ella. Pensó que seguramente, durante ese año que había pasado, habría conocido a muchas chicas ricas y hermosas; incluso Miranda, pese a su ignorancia respecto a la geografía del país, había oído hablar de la belleza y la dulzura de

las mujeres sureñas. ¿Se habría arrepentido en algún momento de su promesa de acudir a pedir su mano? ¿Habría hecho el amor con alguna de ellas, pertenecientes a esa cultura bella y refinada que le había descrito?

Él no le aclaró nada al respecto. Se limitó a hablar del sistema de explotación de las plantaciones y de la esclavitud, que aprobaba con vehemencia.

—Es deplorable que las leyes no la permitan en el norte. ¡Qué falta de visión! Aunque es cierto que nuestro clima no permitiría que los negros trabajaran con tanta eficacia.

Mientras el carruaje avanzaba sin pausa, le explicó lo fértil que era la tierra sureña y la magnificencia de sus jardines, del encanto de ciudades antiguas como Charleston y Savannah.

—Aquí hay una posada donde podemos comer algo y beber un poco de vino, si te apetece —dijo cuando estaban a punto de llegar a Pelham—. Aunque cuando lleguemos a casa estará todo preparado para nosotros.

Lo cierto es que tenía hambre y frío, pero adivinó que él no deseaba parar.

—No —murmuró—. Me encuentro bien. Sigamos, si tú quieres.

—Bien —contestó suavemente en la oscuridad—. Entonces, seguimos adelante.

¿Adelante, hacia dónde? Le volvió a entrar el pánico. La noche anterior, cuando subió a la pequeña habitación del ático, Abigail había intentado hablar con ella.

—Ranny…, no sé cómo… cómo hablarte de esto, cómo prepararte… —Su madre hizo una pausa más larga y vio que se había ruborizado. Se volvió hacia Miranda, fijando los ojos en los de ella con expresión infeliz—. Debes entregarte a tu marido, incluso aunque no te…, bueno, da igual. Lo que quiero decir es que debes hacer lo que él desee. ¿Comprendes…?

—Sí, madre. Ya lo sé —la interrumpió Miranda. Ella también estaba avergonzada, pero por encima de ello sentía que ni siquiera su madre debía inmiscuirse en el milagro que estaba teniendo lugar, en la increíble alegría que significaba para ella su unión con Nicholas.

No dejó continuar a Abigail, poniendo como excusa que tenía que terminar de hacer el equipaje. Y en ese momento se acordó del gesto de pena de su madre y de que los ojos, alertados y ansiosos, se le llenaron de lágrimas.

En ese momento no le había gustado que su madre, con la escasísima experiencia que tenía acerca del amor, pretendiera darle

explicaciones o consejos al respecto. Le había mentido, pues no tenía la menor idea de cómo funcionaban las relaciones íntimas entre un hombre y una mujer. Y, en cualquier caso, Nicholas era diferente a los demás, en todos los aspectos. ¿Cómo iba a tener el más mínimo miedo? Su amor haría que todo fuera fácil y sencillo, pensó en ese momento, olvidándose de que, durante la temporada que pasó en Dragonwyck, a veces sí que le había tenido mucho miedo.

Ahora estaban casados, y la mágica ceremonia no los había convertido en dos seres humanos unidos, como ella esperaba. No le conocía mejor que antes, en absoluto. Pero se dijo a sí misma que todo iría bien y que era una tontería sentirse asustada. Todas las recién casadas lo estaban, lo sabía. Incluso Tabitha.

Soltó un suspiro que provocó la mirada de Nicholas.

—Ya estamos cerca de casa —dijo—. Mira, esas son las luces de Nueva York. Ya solo quedan tres millas.

—¿Tu casa está en la misma ciudad? —preguntó, sintiéndose relajada porque el tono impersonal había cambiado a otro más cercano.

—Sí. Y al ritmo que crece, dentro de poco tiempo estará en el mismísimo centro. La casa se construyó sobre una de las primeras granjas de los Van Ryn, muy cerca de la *bouwerie* del propio Petrus Stuyvesant.

—¡Ah…! —dijo, un poco desconcertada—. ¿Y qué es una *bouwerie*?

Le explicó que el término significaba granja en holandés y, mientras el carruaje avanzaba por la carretera, que ya en la ciudad se convertía en la Tercera Avenida, le señaló diversos lugares, como el Potter's Field en la calle Cincuenta, la tenue silueta del embalse de Croton, en la calle Cuarenta y dos, y la residencia Peter Cooper en la Veintiocho.

En la calle Diez torcieron por Stuyvesant y los caballos, sintiendo la cercanía del establo, se lanzaron al galope.

Sintió que se abrían unas puertas de hierro y que el carruaje enfilaba una suave curva para detenerse finalmente frente a una gran casa de tres pisos, con paredes de ladrillo y un agradable pórtico de color blanco.

Nicholas la tomó del brazo y la acompañó. Alguien había abierto la puerta, pasaron a un vestíbulo y, debido al agotamiento y al ligero mareo tras tantas horas en el carruaje, le pareció ver que estaba adornado con cabezas tocadas con sombreritos blancos.

—Esta es su señora —dijo Nicholas en voz alta, empujándola

suavemente hacia delante.

—¡Bienvenida, señora Van Ryn! —exclamó un coro de voces.

Muy sorprendida, dio un paso atrás y volvió la cabeza. Nicholas la miró con el ceño fruncido y aumentó la fuerza del apretón en el brazo.

—Los sirvientes te están saludando a ti —dijo con tono serio.

Se puso un poco rígida, se ciñó la capa y esbozó una sonrisa que tenía más de disculpa que de saludo.

Los gorritos y delantales y las libreas de color rojo se pusieron en fila y salieron.

—No conozco a ninguno de ellos… —susurró, mientras desde el fondo de su cerebro se repetía constantemente el tratamiento: «señora Van Ryn». «Yo soy la señora Van Ryn. Miranda Wells es ahora la señora Van Ryn», pensó.

—¡Pues claro! —confirmó él, conduciéndola hacia un pequeño salón de desayuno en el que había una mesa preparada junto al fuego—. Despedí a todos los sirvientes de Dragonwyck. Y ahora come, querida mía… —Señaló hacia la mesa—. Tienes que estar famélica.

—Así que todos aquellos sirvientes ya no están —repitió pensativa. Tompkins, Annetje, Magda y muchos más que habían formado parte del servicio de los Van Ryn durante muchos años. ¡Gracias a Dios que ya no estaban! Nunca la hubieran aceptado ni obedecido. ¿Por qué los habría despedido Nicholas? ¿Habría pensado en lo duro que sería para ella? Lo miró con agradecimiento.

—¿Y la vieja Zélie? —preguntó.

—Zélie ha muerto. Cuando despedí a los demás, ella se negó a marcharse y permaneció allí sola. El alguacil me dijo que falleció durante el invierno. —Se colocó a su lado con un rápido movimiento—. Cariño, es tu noche de bodas. Ahora que, por fin, estamos en casa, ¿no crees que debemos olvidarnos de todo menos de nosotros? Hay una copa de vino preparada para ti. ¿Por qué no te la bebes?

La cena estaba exquisitamente preparada. Había capón frío con gelatina, paté de ostras y setas y una tarta helada nupcial rematada por un ramo de flores de azúcar de naranja. Pero aunque el vino blanco la refrescó un poco, Miranda se dio cuenta de que no iba a ser capaz de comer nada. Nicholas tampoco comió, y dándose cuenta de que ella ni tocaba la comida, se levantó.

—Ven conmigo —dijo.

Notó que su cara perdía el poco color que tenía y que la

garganta se le secaba y se volvía áspera.

Subieron las escaleras. La casa estaba muy silenciosa. Finalmente, abrió una puerta en el primer rellano y la condujo a la habitación que había preparado para ella.

La había redecorado al estilo imperio, con muebles de las maderas más nobles, de bordes dorados y con incrustaciones, tapizados con satén azul celeste y bordados en tonos rosa. Pero apenas pudo ver aquello, pues el perfume de cientos de flores la embriagó desde el mismo umbral de la puerta. Eran lilas y rosas, colocadas en jarrones de porcelana que había en todas las mesas, brillando a la luz de enormes velones. Dos de ellos se habían colocado en candelabros dorados, uno a cada lado de la cama. Su mirada se centró en ella, llena de pétalos.

—Nicholas… no —susurró, extendiendo las manos con un gesto implorante y convulso—. ¿No te das cuenta? Las flores, esos candelabros al lado de la cama. ¿No te acuerdas…?

Dio un grito ahogado cuando se acercó a ella, con los ojos casi llameantes. Pensó que iba a golpearla y se apoyó contra la pared. Pero no la golpeó. Avanzó hacia los candelabros y apagó las velas. Después se volvió a acercar a ella.

—¡No…! —gritó—. ¡No, no, por favor…!

A las cinco de la mañana, las campanas de la cercana iglesia Saint Mark, que estaba a media manzana, doblaron en la fría y neblinosa mañana. Entre las cortinas se colaba la ligera luz del amanecer. Lo había estado esperando, con los ojos doloridos, sin lágrimas, clavados en las ventanas. Así se había pasado varias horas.

Con muchas precauciones, se movió varias veces, alejándose un centímetro escaso cada vez de quien dormía a su lado. Con un cuidado infinito alzó la cabeza, luchando contra la enorme tristeza que la invadía e intentando encontrar las prendas que iba a ponerse. Si pudiera juntarlas, encontraría un lugar en el que vestirse y alguna forma de escapar. Aunque no tenía dinero, seguramente que con su desesperación podría convencer a alguien, a un cochero de punto o a un vendedor ambulante, de que la llevara a la carretera.

La luz se volvió algo más intensa y se movió de nuevo, acercándose al borde de la cama. Se apoyó sobre un codo, y en la piel blanca de los brazos y los pechos descubrió varias marcas y rojeces. Adelantó un poco más la cabeza, procurando calcular de qué modo podría deslizarse fuera de la cama con un movimiento silencioso. Pero el pelo, largo y suelto, le impedía ver bien. Intentó recogérselo por detrás, pero no fue capaz. Además, se dio cuenta de

que la respiración que escuchaba a su lado había cambiado de ritmo, así que contuvo la suya propia.

Las campanas de Saint Marks tañeron de nuevo a las cinco y media y un coro de estorninos se puso a piar alegremente en el árbol que había frente a la ventana. Escuchó un grito distante desde la calle.

—¡El lechero! ¡Vengan a comprar mi leche recién ordeñada! —La ciudad se estaba despertando. Debía darse prisa, mucha prisa…

Se clavó las uñas en las palmas de las manos. Furtivamente, como si se moviera en contra de su voluntad, volvió la cabeza hacia la figura acostada a su lado.

Su terror fue disminuyendo por oleadas, dando paso a la sorpresa. Ese no era el mismo hombre que había producido en ella tanto horror y sufrimiento hacía varias horas, que había violado su alma y su cuerpo sin la más mínima piedad. No era el aristocrático señor de Dragonwyck, ni siquiera el encantador y atento compañero con el que había disfrutado una o dos veces. Lo que vio fue el rostro durmiente de un hombre indefenso, casi un niño, con el pelo negro alborotado como nunca lo había visto y sin esas líneas de crueldad que normalmente le salían de las comisuras de los labios.

Suspiró ligeramente al mirarlo, y él movió la mano derecha y se la colocó sobre el pelo. Sintió un ahogo en la garganta y en el pecho, pues el inconsciente cambio de postura tenían un significado evidente: volvía a reclamar lo que era suyo, aunque fuera inconscientemente, apropiándose de la dorada mata de pelo que se extendía sobre la almohada.

Abrió los ojos y la miró. Ella se encogió debido al inmediato cambio de su gesto, adoptó esa expresión que tan bien conocía ya, la fría intensidad que no contenía ningún cariño.

—Miranda… —susurró en un extraño tono de súplica.

Pese a que dudó, curvó el cuerpo, preparándose para saltar de la cama.

Sus labios se curvaron, dibujando la sombra de una sonrisa, pero teñida de cierta tristeza.

—No puedes dejarme —dijo—. ¿Acaso no lo sabes? Solo la muerte será capaz de separarnos.

—No —susurró ella—. No lo sé. Tengo miedo —confesó, al tiempo que las lágrimas empezaban a correr incontenibles por las mejillas.

Estiró los brazos y la atrajo hacia él con suavidad. Su cuerpo tenso se relajó. Pensó que así era él en realidad. No debía olvidar nunca, hiciera lo que hiciese o dijera lo que dijese, que era una

buena persona y que la amaba. Fue el principio de una larga y penosa decepción, porque Nicholas era incapaz de ser bondadoso ni de sentir la clase de amor por el que suspiraba su corazón. Y esa imposibilidad apareció cuando tenía doce años, el día en el que falleció su madre.

Capítulo 13

Las primeras semanas del matrimonio de Miranda fueron bastante felices. Durante ese periodo, Nicholas se comportó como el marido con el que había soñado, tierno y atento. El horror de la noche de bodas se fue diluyendo, porque Nicholas no volvió a mostrarse violento. Ella olvidó las lágrimas y empezó a florecer un enamoramiento más suave y maduro. Los brazos, el pecho y el cuello empezaron a llenarse, y su rostro perdió las agudas líneas y se redondeó, como antes. Su belleza dejó de ser etérea y se volvió más seductora, realzándose más todavía gracias al magnífico vestuario que Nicholas había adquirido para ella. Parte de él la esperaba en los armarios de su cuarto vestidor. Lo había realizado *madame* Duclos, basándose en sus antiguas medidas. Pero Nicholas le facilitó también una lista con otras tiendas, entre las que había proveedores de abrigos, capas y chales y también fabricantes de sombreros, indicándole que podía comprarse todo lo que quisiera. Se pasaba las horas disfrutando del irreal cuento de hadas en el que, tras ver dibujos y bocetos, encargaba no uno ni dos, sino hasta seis sombreros de satén, rematados con velos, flores importadas de Francia o las más elegantes plumas de avestruz. Llevada por el entusiasmo, compró mucha más ropa de la que nunca podría necesitar, ni aunque se cambiara cinco veces al día, y cometió algunos errores más. Por ejemplo, no fue capaz de resistir la tentación de comprarse un vestido de tafetán rojo, que oscurecía el tono de su pelo y no realzaba su excelente figura. Pero, en general, su natural sentido de la elegancia la guiaba con acierto. Nicholas no puso ninguna pega ante tal compulsión de compras.

—Quiero que vistas la mejor ropa, Miranda, como corresponde a tu posición como mi esposa. Pronto empezaremos a dar fiestas y debes aprender a actuar conforme al lugar que ocupas en la sociedad.

Esta perspectiva la asustaba, pues Nicholas esperaba mucho de ella. Tenía que ser bella, culta, ingeniosa y una magnífica anfitriona, de modo que la reputación de la hospitalidad de los Van Ryn no solo se mantuviera, sino que creciera con su presencia.

Mientras Johanna estuvo viva, la responsabilidad de la vida social y las invitaciones a la mansión habían recaído fundamentalmente sobre Nicholas; la primera señora de la hacienda no tenía el más mínimo interés en relacionarse con personas ni familias que no procedieran de la zona alta del río, de modo que, con el resto de los invitados, había mostrado una pasiva indiferencia.

Sin embargo, a Miranda le exigió una cooperación activa. Tenía que estar al tanto de las cuestiones que socialmente interesaban en ese momento: el tormentoso problema de Oregón, la anexión de Texas como estado esclavista, la probabilidad de una guerra con México, que podía cristalizar en cualquier momento, dada la belicosa actitud del presidente Polk, etcétera. Debía ser capaz de hablar acerca de las producciones teatrales de Shakespeare del señor y la señora Kean, de los recitales de ópera de *madame* Borghese en Castle Garden o de la música que había compuesto Donizetti para el libreto en italiano de la ópera basada en la novela de *sir* Walter Scott, *La novia de Lammermoor*. Incluso debía ser capaz de expresar una opinión documentada acerca de los extraordinarios resultados de la hipnosis. Pero, por encima de todo, tenía que ser capaz de mostrar un interés, basado en la lógica y en la preparación cultural, por los libros recién publicados en Inglaterra: *Zanoni,* la extraña nueva novela de *sir* Edward Bulwer-Lytton, la crónica del señor Thackeray, *Notas desde Cornhill hasta el Cairo* o el escandaloso retrato que Charles Dickens hacía de América en *Martin Chuzzlewit.*

Miranda realizó un esfuerzo ímprobo para no defraudar a Nicholas, prestando gran atención a todas las anotaciones y marcas que hacía para ella, y cada mañana, tras el desayuno, durante una hora como mínimo, se encerraban en el pequeño estudio de la sala de estar para escuchar una densísima lección.

Era un buen maestro, se mostraba serio y meticuloso, sin permitirle ni la más mínima negligencia; sin embargo, también era capaz de convertir en interesante cualquier concepto o historia que transmitiera. Ella aceptó con facilidad la relación alumna-maestro que se establecía en esos momentos y se sintió muy agradecida al darse cuenta de su anterior ignorancia.

Lo cierto era que su curiosidad intelectual hasta ese momento había sido escasa, por no decir nula, y aceptaba las opiniones de

Nicholas sobre cualquier tema sin el más mínimo cuestionamiento. Opinaba que las novelas históricas de *sir* Walter Scott estaban sobrevaloradas y que las novelas de Dickens eran vulgares, por lo que no debía perder el tiempo en leerlas; sin embargo, era un entusiasta da los ensayos de Emerson, cuyo exacerbado individualismo cuadraba perfectamente con las convicciones personales del propio Nicholas. Le hizo aprenderse de memoria varias citas completas de la obra *Autosuficiencia*: «No debemos disculparnos nunca. Si un gran hombre viene a comer a mi casa, no deseo satisfacerle, sino que debe ser él el que me satisfaga a mí… Un hombre de verdad no pertenece ni debe rendir tributo a ningún tiempo o lugar, sino que es el centro de todas las cosas… Dejemos entonces que un hombre sea consciente de su propia valía y lo mantenga todo bajo el poder de sus botas».

Ella aceptaba esos conceptos sin cuestionárselos, pues eran aplicables a Nicholas, y quizá a cualquier hombre, o gran hombre; sin embargo, jamás se los aplicaba a sí misma. No obstante, en uno de los ensayos, se encontró con una frase que la conmocionó: «Al igual que las oraciones de los hombres son una enfermedad de la voluntad, las creencias religiosas son una enfermedad de la inteligencia».

—¡Oh, Nicholas! —exclamó al leer la frase—. ¡Qué afirmación tan espantosa! ¿Acaso este hombre no cree en Dios?

Él alzó la vista del libro y la miró con una sonrisa tolerante.

—Querida niña, ninguna persona inteligente cree en Dios. Solo los inmaduros e ignorantes necesitan apoyo del exterior. No hay más dios que uno mismo.

—¡Yo no creo en eso! —exclamó indignada. Era verdad que las oraciones en familia y la lectura constante de la Biblia en muchos casos la aburría indeciblemente, y que en la iglesia a veces se desentendía de los sermones y dejaba volar la imaginación, pero se sentía culpable por ello, consideraba esos comportamientos como erróneos, como errores propios que no tenían ninguna relación con las verdades eternas: el cielo, la salvación y, naturalmente, Dios.

—No es posible que digas eso en serio —insistió de forma verdaderamente excitada—. Me parece retorcido, Nicholas. Y, por otra parte, si de verdad no eres creyente, ¿por qué vas a la iglesia?

Su diversión creció. Nunca la había visto tan vivaz e indignada. ¡Por fin era ella misma! De sus preciosos y enormes ojos color avellana parecían salir llamaradas y su pequeña y adorable boca dibujaba un mohín de rebeldía. Así que cerró el libro, se echó hacia atrás y cruzó las piernas, dispuesto a disfrutar de la batalla.

—Voy a la iglesia de Dragonwyck de vez en cuando para servir de ejemplo a mis arrendatarios. Las clases bajas necesitan algo en lo que creer, una idolatría. Eso los tranquiliza.

Por primera vez no le gustó nada esa calmosa y segura superioridad que antes siempre había admirado.

—¿Y qué pasa conmigo? —dijo, muy alterada—. Yo creo en la religión. ¿Es porque procedo de «las clases bajas»?

Se encogió de hombros y se levantó.

—Pues muy probablemente sí, querida mía. Pero lo superarás. Y yo seré testigo de ello.

—¡No! —estalló Miranda—. ¡Nunca!

Nicholas contempló su expresión indignada, la mujer no lo miraba. Ella se dio cuenta de que aquel silencio era distinto a todos los anteriores.

—Ven aquí, Miranda —dijo en voz baja.

Decidió no acercarse, ni mirarlo siquiera. Pudo sentir el poder de su voluntad tirando de ella. Volvió la cabeza y levantó los párpados muy despacio.

Hizo un pequeño movimiento con los brazos, insistiendo en que se acercara y, aunque su mente se resistía, terminó obedeciéndole. La abrazó y manoseó con una rudeza que no había mostrado desde la primera noche en la que yacieron juntos. Pero en aquel momento, esa violencia sí que le produjo un oscuro placer. Se apretó contra él con fuerza. Entonces, en ese mismo momento, la soltó, y de una forma tan repentina que perdió el equilibrio y solo pudo recobrarlo sujetándose a la mesa. Él soltó una corta carcajada.

—Estírate la ropa, querida. Los criados podrían entrar en cualquier momento.

Se puso roja como un tomate y se levantó la manga del vestido mañanero de color azul. La humillación que sentía no era nada si la comparaba con el sentimiento de degradación, de pérdida de una parte de su integridad personal. Se dio la vuelta, acercándose a la ventana, mirando sin ver a los que pasaban por la acera de delante de la casa, tras la valla.

Él observó su cabeza inclinada, el blanco cuello sobre el que caían los rizos, y suavizó la dura expresión de su rostro.

—Esta tarde podríamos visitar el Museo Americano. Es una lástima que la temporada de teatro haya terminado ya.

Miranda, sin moverse del sitio, apretó la mejilla contra el cristal de la ventana. Se sentía como una niña pequeña a la que se podía avergonzar en cualquier momento y, después, ofrecerla una golosina para ponerla contenta. Pero también se daba cuenta de que

Nicholas estaba haciendo una concesión realmente extraordinaria. Le apetecía muchísimo ver la maravillosa colección del señor Barnum, pero Nicholas había rehusado siempre llevarla porque consideraba que esas diversiones eran para paletos sin clase.

Con excepción de sus paseos en carruaje cerrado a las distintas modistas, no había visto nada de Nueva York. La sociedad había respetado el habitual periodo de luna de miel y se habían abstenido de incluirlos en sus invitaciones, era la costumbre: nadie invitaría a una recién casada antes de recibir una invitación de la pareja a un evento social.

Por fin se dio la vuelta y se llevó una gran sorpresa al darse cuenta de que Nicholas había sufrido uno de sus desconcertantes cambios de humor.

—¿Te apetece que pasemos el resto del día exactamente como querías? —preguntó sonriente—. Pararemos en todos los lugares que quieras y no pondré ni la más mínima objeción. ¡Te lo prometo!

«¡Nunca lograré entenderlo, nunca!», pensó, viendo su amplia sonrisa, que ahora era franca, abierta y hasta podría decirse que alegre. No podía comprenderlo: hacía menos de una hora su comportamiento había sido el de un estricto e impersonal maestro de escuela, y apenas media hora antes la había tratado con una brutal pasión, seguida por la más completa indiferencia.

—¡Ven aquí, querida! —dijo—. ¿A dónde quieres ir? ¿A ver las maravillas de Barnum? ¿O un recital de cantantes negros? ¿Los mimos de Niblo's Gardens? ¿O todo?

—¡Oh, Nicholas! ¿De verdad podemos? —exclamó, olvidándose del enfado ante tal despliegue de entretenimientos a los que desde los primeros días le había dicho que quería acudir.

Él tiró de la campanilla para avisar al servicio.

—Voy a ordenar que preparen el carruaje. Ponte un vestido de paseo, no demasiado elegante, porque no me apetece que llamemos la atención.

Escogió un vestido muy sencillo de cachemir, de color azul zafiro, con un pequeño aro para ensanchar la falda. Además, se puso guantes negros y un sombrerito de satén con cintas del mismo color que el vestido. Cuando se encontró de nuevo con Nicholas en la escalera de entrada vio que también se había vestido de una manera más informal de lo que era normal en él, con un traje gris oscuro, camisa blanca lisa y pañuelo de cuello de color beis.

—La verdad es que estás de lo más encantadora. Te has preparado bien para nuestra expedición hacia el meollo de la democracia neoyorquina —dijo con un tono algo humorístico y

nada agresivo. Estaba claro que quería agradarla, había ordenado que prepararan la calesa abierta, que no solía utilizar porque atraía demasiadas miradas de curiosidad.

El día de mayo era cálido y brillante. A lo largo de la calle Lafayette, los jóvenes olmos y arces estaban abarrotados de hojas de un verde intenso. Las ventanas de muchas casas estaban adornadas con geranios y se reflejaban sus colores rosas y rojos en la cara de los viandantes que, en la mayoría de los casos, caminaban a paso rápido, como si el primaveral aire neoyorquino les hubiera insuflado una carga de electricidad.

Miranda, disfrutaba enormemente del sol, de contemplar a la gente, de todo, y se frotaba las manos enguantadas con un gesto casi infantil. El paseo era perfecto. Si no fuera porque Nicholas era a veces tan… No sabía como culminar el pensamiento. Pero era una tontería ensombrecer el placer que sentía por miedo a un cambio de humor de Nicholas, quien de un minuto al siguiente podía parecer una persona distinta.

—Son más de las dos —dijo él al llegar a la calle Mott—. Te propongo que comamos algo aquí antes de ir al museo. ¿Qué tipo de comida prefieres? ¿La del Astor House, quizá? ¿O la de Delmonico's?

—Me gustaría probar algo distinto, por favor —contestó, tras pensarlo durante un momento—. Un sitio donde haya un montón de gente riendo, con música… ¿Y crees que podría tomar almejas fritas y buñuelos?

—¡Por supuesto que sí! —contestó riendo.

—Pero… ¿te importa que vayamos primero al museo…? ¡Oh, mira! —exclamó, interrumpiendo lo que estaba diciendo y olvidando que señalar era de mala educación—. ¡Ese hombre tiene un aspecto rarísimo! ¿Qué es?

Por la acera caminaba una figura vestida con un traje de seda negra, cuyo *blazer* era de cuello alto. Tenía el rostro amarillo, las mangas de su traje eran muy anchas, le tapaban los brazos y las manos. Para completar el cuadro llevaba un gorro mínimo sobre la cabeza, en apariencia completamente rapada, de la que salía una fina y larga coleta.

—Es un chino, querida —le indicó Nicholas—. En esta zona deben vivir alrededor de cien personas procedentes de China. Los primeros llegaron hace unos años, y el barco en el que venían, un junco, volvió a sus tierras sin algunos de ellos, que se establecieron aquí. Nuestro país se está llenando de toda clase de extranjeros —añadió, con cierto tono de enfado—. A la clase dirigente nos

resultará cada vez más difícil gobernarlos de forma adecuada.

—Puede que se vayan integrando con el tiempo —arguyó ella con vaguedad. Apenas sabía casi nada del torrente de irlandeses, alemanes y escandinavos que llegaba constantemente a Nueva York. Y menos de la constante marea negra procedente del Congo africano y de los estados del sur, en el segundo caso huyendo de la esclavitud—. ¡Mira, ya estamos en el museo! —exclamó, observando con alegría el gran edificio blanco que se alzaba en Park Row. El exterior estaba lleno de banderas americanas y, en la fachada, a cada lado de la puerta de acceso, se habían colocado carteles pintados con animales indescriptibles y de colores muy llamativos.

Nicholas despidió al cochero, pagó los veinticinco centavos que costaba la entrada y se unió a la multitud de marineros, granjeros, inmigrantes y niños que habían llegado hasta allí, atraídos por la hábil propaganda que Barnum había hecho de sus «maravillas» por toda la ciudad.

Miranda corrió de exposición en exposición, tirando entusiasmada del brazo de Nicholas, al que no le gustaba apresurarse, pero también muy agradecida por la hábil y experta forma en la que se abría paso a través de la multitud. Le encantaron los perros amaestrados y el circo de pulgas; le horrorizaron el niño gordo, los gigantes, los albinos y la boa constrictor de más de quince metros que se enroscaba tranquilamente alrededor de un huevo también gigantesco. Un cartel que había junto a la jaula decía que dicho huevo contenía «otra aterradora serpiente, aunque aún joven», lo cual añadía morbo al espectáculo.

Le impresionó el diorama móvil de los funerales de Napoleón Bonaparte y el garrote «absolutamente idéntico» al que se utilizó para matar al capitán Cook en las islas Fiyi. Y aún le impresionó más la visión de una mujer de color que, subida sobre una plataforma, se tambaleaba y hablaba sola. «Tiene 161 años, fue la niñera de George Washington y lo hacía saltar sobre sus rodillas», decía el cartel.

—¡Qué maravilla! —susurró Miranda, mirando asombrada a ese increíble ser humano que era una especie de puente entre el borroso pasado del país y la actualidad.

Nicholas se abstuvo de indicarle que se trataba de la tercera Joyce Heth a la que se exhibía como si fuera auténtica y que sus dos predecesoras habían muerto en la más absoluta de las indigencias.

Finalmente llegaron a la joya de la colección: al final de la sala principal, separado de las demás atracciones por una cortina de

terciopelo rojo, estaba el así llamado general Tom Thumb, vestido con su uniforme militar completo y sentado sobre un trono dorado en miniatura. No era más alto que un niño de seis meses y su pequeña y alegre cara tenía una expresión astuta e inteligente.

—¡Oh, qué ricura! —exclamó Miranda, uniéndose así al coro de exclamaciones femeninas. Un hombre grueso y con barba estaba de pie junto al pequeño trono del «general». Miró con intensidad a Miranda y después a Nicholas y se inclinó y susurró algo al oído del enano.

La pequeña criatura se puso de pie inmediatamente y avanzó hasta el extremo de la plataforma en la que se encontraba, extendiendo la mano en dirección a Nicholas.

—Es un honor para el señor Barnum verlo en su museo, señor Van Ryn —dijo con voz aflautada—. ¿Quiere que le dedique un baile de las Highlands en su honor?

La gente se retiró ligeramente hacia atrás, murmurando y mirando con cara de asombro a los Van Ryn. Miranda se ruborizó debido al súbito interés despertado y, sin saber que el actor y su jefe se aprovechaban del prestigio que suponía para ellos reconocer a las personas de cierta importancia, se sintió halagada.

Sin embargo, Nicholas frunció el ceño, aunque estrechó la pequeña mano y le indicó al actor que estarían encantados de presenciar su famoso baile.

Una vez terminada la actuación, Nicholas se llevó a Miranda a toda prisa, no quería que Barnum se acercara para saludarlos.

—Sí, no te preocupes, nos vamos enseguida. Ha sido espléndido, pero me gustaría ver una atracción más, Nicholas, por favor —dijo Miranda, indicando una señal de color rojo sobre fondo blanco en la que se leía: «Desalojo», embellecida por una flecha que señalaba un oscuro pasadizo—. ¡Vamos a ver el «desalojo», por favor! —suplicó.

Nicholas la miró a los ojos y contempló su gesto de súplica.

—¡Pues claro, querida! De todo lo que hay en este museo, es a donde más deseo ir.

Encantada por su entusiasmo y deseando aún continuar la visita, lo empujó hacia el cartel y entraron por el oscuro pasadizo que conducía a una empinada escalera que terminaba en una puerta. La abrió con ansia y vio que daba a la calle Ann.

El sol hizo que pestañeara y miró a su alrededor.

—¿Dónde está el «desalojo»? —preguntó desconcertada.

Él soltó una de sus inhabituales carcajadas y señaló la puerta.

—Acabas de pasar por él. Es una de las varias formas que tiene Barnum de librarse de las multitudes estúpidas.

Miranda pensó que debería habérselo explicado, que debería haber evitado que hiciera el ridículo de esa manera, con él y consigo misma. El trivial incidente, debido a que desconocía el significado de la palabra y su equivalencia con «salida», hizo que se sintiera avergonzada. Si alguien ama de verdad a una persona, la protege de la humillación y no se ríe de ella, ni de sus defectos o de su ignorancia. Sin embargo, se obligó a pensar que sí que la amaba, y lo hizo con fiereza. En realidad, todo lo que hizo aquel día era solo para agradarla. A él no le apetecía. De hecho, Nicholas continuó cumpliendo a rajatabla el programa de visitas que había prometido.

Caminaron hacia la calle Franklin y comieron en Contoit, en un local al aire libre llamado New York Gardens, en una pequeña mesa bajo un castaño. Una orquestina alemana tocaba la música que a Miranda tanto le apetecía escuchar. Le sirvieron las almejas fritas y los buñuelos y probó la cerveza por primera vez. Esa bebida tan plebeya la hizo sentirse a la vez adormecida y contenta. El adormecimiento pasó pronto, pero la alegría se incrementó, pues parecía que no habían hecho más que comenzar la ronda de diversión.

Volvieron a subirse al carruaje y se dirigieron a la sala de conciertos Palmo's para ver el recital de los cantantes y cómicos negros. Siguió con enorme atención los chistes que se cruzaban y las canciones que interpretaban, los bailes en los que movían los pies y taconeaban con un ritmo frenético, aderezados con unas letras absurdas.

Y todavía les quedaba Niblo's. Allí tomaron helados y sendas copas de vino antes de adentrarse en una galería llena de pinturas y de asistir al extraordinario espectáculo sobre el Hades, en la que aparecían demonios, fantasmas y esqueletos, todos terroríficos. Además del espectáculo y la galería de pintura, Niblo's ofrecía también una exposición botánica con plantas locales y también exóticas.

—¡Mira, algo con lo que de verdad vas a disfrutar, Nicholas! —exclamó Miranda mientras entraban al jardín botánico—. Aunque me imagino que no tienen nada que pueda siquiera compararse con tu colección de plantas de Dragonwyck. ¡Mira, hay orquídeas, camelias y adelfas!

Se mantuvo tanto tiempo callado que ella pensó que no la había escuchado, así que lo miró y se dio cuenta, sorprendida, de que no miraba en absoluto las plantas, sino a ella. Esa habitual frialdad en su mirada, que tanto la asustaba, había reaparecido, pero también

había un punto de ironía en sus ojos.

—¿No te apetece ver las flores? —preguntó con cierto nerviosismo.

—No especialmente —respondió, e inmediatamente consultó el reloj de oro—. Si no nos damos prisa, no llegaremos al espectáculo de mimo.

La chica pensó que, de momento, no quería que le recordaran Dragonwyck, porque los recuerdos aún le resultarían demasiado dolorosos. La invadieron la pena y también los celos. Desde el momento en que volvieron a encontrarse en la granja de su padre, ninguno de los dos había mencionado siquiera a Johanna. ¿Podría ser que aún la echara de menos? El pensamiento la angustió de repente. No, no era posible. ¡De ninguna manera!

¿Sería que ella era demasiado joven e incapaz de interpretar los sentimientos de los hombres? Eso era lo que pensaba mientras cabalgaban de vuelta a casa por la avenida Broadway. Era tarde y la luna teñía de plata las casas de piedra marrón y el esplendor gótico de la iglesia Grace Church, recién terminada. Su tenue brillo eclipsaba el de las lámparas de gas de la calle. Apenas se escuchaba ningún sonido, salvo alguna risa procedente de las casas por las que pasaban y el continuo golpeteo de los cascos de los caballos sobre el suelo adoquinado.

—¿Lo has pasado bien, Miranda? —preguntó mientras el carruaje doblaba por la calle Ocho.

—¡Por supuesto, muy bien! —exclamó—. ¡Ha sido maravilloso! —Y, siguiendo un impulso de amorosa gratitud, lo tomó de la mano, pero sus dedos se mantuvieron rígidos, sin responder a su gesto, de modo que la mano quedó allí, como si no fuera bienvenida.

La chica retiró la mano y volvió la cabeza. Las lámparas de gas se emborronaron con las lágrimas que le llenaron los ojos. ¿Por qué actuaría de esa forma? ¿Por qué no respondía a ese simple gesto, tan natural y espontáneo?

La respuesta le surgió de inmediato, amarga y evidente. Nicholas no era un hombre sencillo ni natural ni espontáneo; esas cualidades no estaban presentes en su trato con ella porque no formaban parte de su compleja personalidad.

Todavía no había tenido tiempo suficiente para analizar y darse cuenta de que parte de su fascinación por él había surgido precisamente de su imprevisibilidad y de lo misterioso que le parecía aquel hombre procedente de un mundo superior que, de forma milagrosa, había tenido a bien desearla. Tampoco se había

dado cuenta de hasta qué punto la atracción física que sentía por él borraba otras apreciaciones, de modo que sus vínculos con Nicholas no se debían solo al magnetismo que su cuerpo ejercía sobre ella, sino, paradójicamente, también al miedo y el dolor que le infligía con su actitud y, a veces, con sus actos, como en la noche de bodas.

—¿Estás llorando, Miranda? —preguntó en tono divertido—. Haz el favor de ahorrarle al cochero tus penas. La verdad es que es una forma un tanto singular de acabar el día tan feliz que me aseguras que ha sido para ti.

Se apretó el pañuelo contra la boca y controló como pudo el temblor de los hombros.

El carruaje llegó por fin a su destino, y ella salió en estampida casi antes de que se detuviera del todo; sentía una frenética necesidad de huir, de estar sola, encerrada en una habitación… y sí, completamente sola. No pisó el escalón del coche, resbaló y cayó sobre el tobillo derecho, torciéndoselo. Dio un grito agudo y Nicholas apareció inmediatamente a su lado, la tomó en brazos y, de ese modo, entró con ella en casa y subió por las escaleras.

La torcedura de tobillo no era seria y, mientras cedía el dolor, miró a su marido con asombro. Fue el propio Nicholas el que se lo lavó y vendó, con tanta delicadeza como lo habría hecho una mujer. No quiso llamar a la doncella y él mismo la ayudó a desvestirse. Pidió un vaso de oporto y la miró ansiosamente mientras se lo bebía.

Cuando la hubo colocado cuidadosa y confortablemente en la cama, con el pie en alto sobre una almohada, se acostó junto a ella y apoyó su cabeza sobre el hombro. Lo hizo todo sin mostrar pasión, como si fuera una niña pequeña.

«¿Cómo puede ser a veces tan cruel conmigo y otras comportarse con esta ternura?», pensó. E, inmediatamente, su capacidad de percepción, que se iba despertando y desarrollando, le dio la respuesta. Le producía placer herirla, hacerla daño, pero no permitiría que nada ni nadie más lo hiciera.

Una semana más tarde, algunos miembros selectos de la alta sociedad neoyorquina recibieron invitaciones en sobre lacrado para una reunión vespertina, seguida de una cena, en la residencia de Nicholas Van Ryn, que se celebraría el jueves veintiocho de mayo a las siete de la tarde.

La presentación en sociedad de Miranda no iba a ser multitudinaria, los asistentes fueron cuidadosamente seleccionados por Nicholas: los Schermerhorn, los Brevoorst y los Hamilton Fish, sin duda, los representantes más eminentes de la aristocracia

Knickerbocker. También el viejo Philip Hone y su esposa: el que una vez fue alcalde de Nueva York era un personaje muy divertido y no podía faltar en ningún evento social. Después de algunas dudas, también los Astor, al completo, recibieron la invitación: el viejo y senil John Jacob, William B. y su hijo, también de nombre John Jacob, y su novia, la señorita Gibbes. El hecho de que la familia Astor fuera la más rica de todo Nueva York no influyó en absoluto en la decisión de Nicholas, porque eso no compensaba en absoluto su ascendencia alemana de bajo perfil social. Pero le gustaba la nueva mansión que habían construido en la plaza Lafayette, así como la fría seriedad del joven John Jacob. Además, su novia, Charlotte Gibbes, procedía de una excelente familia sureña.

Se podría haber redondeado la lista con algún miembro más de la élite; no obstante, a Nicholas no le afectaban las invisibles pero muy reales barreras que separaban los distintos niveles de la sociedad ciudadana. De hecho, él y otros miembros de la aristocracia consideraban que cualquier reunión se enriquecía con la presencia de otros invitados menos prominentes y a su vez, en cierto modo, exóticos. Con este motivo, mandó invitaciones a *madame* Teresa Albanese, que había cantado durante unas semanas en Castle Garden, a la señorita Elizabeth Ellet, una poetisa de afilada lengua, miembro del Grupo Literario de Mujeres, y a Herman Melville, un joven marinero que acababa de publicar un libro de viajes llamado *Taipi: un edén caníbal,* que había revolucionado el mundo literario por la originalidad de su prosa y el descarnado realismo de sus descripciones, incluyendo los sugerentes desnudos de las muchachas polinesias.

Durante varios días, Miranda estuvo preocupada por la fiesta, que sería su presentación pública como la señora de Nicholas Van Ryn. Su nerviosismo hizo que apenas prestara atención a la declaración de guerra a México que había realizado el presidente Polk. En realidad, todo el mundo estaba esperando que se produjera, y los acontecimientos estaban teniendo lugar en zonas muy lejanas y de nombres extraños, como Palo Alto o Resaca de la Palma. Así pues, su indiferencia era un reflejo de la del propio Nicholas.

—Yo creo que no tenemos ningún derecho moral a declarar esa guerra —decía—, pero me atrevería a decir que la ganaremos y que el país crecerá apreciablemente. Y, en cualquier caso, en el sur habrá otro estado esclavista, por lo que las consecuencias serán positivas.

—¿Y no traerá eso problemas con los estados del norte? —preguntó Miranda, acordándose de la manifestación abolicionista cuyos participantes portaban antorchas y que, hacía unas noches, había desfilado ante su propia casa.

—Es muy probable —respondió él, encogiéndose de hombros—. No me cabe la menor duda de que, algún día, el norte y el sur se lanzarán a por sus respectivas y contrarias yugulares.

—¿Quieres decir que pelearán entre ellos, que habrá guerra? —preguntó asombrada—. ¡Pero eso no es posible! ¡Somos el mismo país! ¿Por qué no pueden seguir las cosas como están ahora?

—Porque los hombres, en su mayoría, son estúpidos —respondió Nicholas, e inmediatamente cambió de tema—. Por cierto, el pequeño conde de Grenier está otra vez en Nueva York. Llegó ayer en el Celtic y me ha escrito una nota. Lo he invitado a la fiesta. Esta vez su esposa no le acompaña.

—¡Oh! —exclamó en voz baja, algo sorprendida. Se acordaba muy bien de aquel francés regordete, de su buen humor y de sus halagos en Dragonwyck. ¡Qué lejano le parecía todo aquello! ¡El baile de la noche del 4 de julio! El vals *Coryantis* con Nicholas… En ese momento se dio cuenta de cuánto lo amaba y el recuerdo le hizo daño. Aquella noche, durante unos escasos minutos, fue feliz, pero también se sintió humillada por parte de las chicas Van Rensselaer y, sobre todo, de Johanna.

—Nicholas —preguntó de repente—. ¿Cuándo vamos a ir a Dragonwyck? —El corazón empezó a latirle más rápido mientras esperaba la respuesta. Y, no obstante, ¿por qué iba a asustarse de hacer una pregunta tan natural? La hacienda era el verdadero hogar de su marido y ahora también el suyo.

—Bueno, las obras no estarán terminadas hasta finales de junio —explicó—. Ahora están trabajando, pintando y haciendo remodelaciones. Calculo que nos marcharemos de aquí dentro de unos quince días, para huir del calor, al hotel de montaña de los montes Castkill. Estaremos allí unas semanas antes de ir a Dragonwyck.

Soltó un suspiro de alivio. ¡Qué estúpida era! Se había imaginado que evitaría hacer la más mínima referencia a Dragonwyck, e incluso que ni se plantearía volver a vivir allí. Pero estaba completamente equivocada, como le pasaba tantas veces con Nicholas. Lo que ocurría era lo que muchas veces le solía decir su madre, que «tenía la cabeza llena de pájaros».

Subió a su habitación, al escritorio, y le escribió una larga y eufórica carta a Abigail, detallando su gran felicidad al lado de

Nicholas y sus grandes bondades como marido.

Tres días después, al recibir la carta y leerla, Abigail se sintió contenta y, en cierto modo, aliviada, y se la pasó a su marido.

—Parece feliz como un cerdo en una charca. Ya te dije que dejaras de preocuparte por ella —comentó con sus drásticas, directas y poco cuidadas formas de granjero, y le devolvió la carta.

Pero ella, tras leerla una vez más, frunció el ceño.

—No creas que las tengo todas conmigo. Me parece que exagera. Parece como si quisiera convencerse a sí misma, además de a mí.

—¡Por todo el amor del cielo, Abby! —exclamó Ephraim, abriendo la puerta de golpe—. Si el Señor te diera una corona de oro te preocuparías por si acaso fuera de plata bañada. Si Ranny dice que es feliz, pues es que lo es. ¿Qué más quieres, un juramento sobre la Biblia?

—Pues no, supongo que no —concluyó ella suspirando. Hundió de nuevo las manos en el montón de suaves plumas de ganso que estaba arrancando cuando llegó la carta de Miranda.

La misma tarde de la fiesta, Miranda estaba acostada en la habitación, oscurecida gracias a las cortinas, e intentaba descansar. La peluquera acababa de marcharse, casi ni se atrevía a mover la cabeza para no estropear su magnífico trabajo. Gracias a la actividad de Nicholas y a los eficientes y experimentados criados de la casa, todo estaba preparado. No habían requerido, ni prácticamente permitido, ningún tipo de intervención suya, ni siquiera de sugerencia, por mínima que fuera.

—No se preocupe por nada, señora —le había dicho la señora MacNab, el ama de llaves escocesa, cuando le preguntó si había llegado el hielo—. El señor ha dado órdenes muy concretas y estrictas, y Sandy y yo nos encargaremos de todo.

La trataban como a una niña encantadora, como a veces hacía, y lo cierto es que, tras sentirse inicialmente un tanto enfadada, se dio cuenta de que, en realidad, no tenía ni la más mínima experiencia, por lo que su intervención podía ser hasta contraproducente.

Sería divertido e interesante conocer gente, o al menos eso pensaba, y por ello se sentía cada vez más entusiasmada. Intentó cerrar los ojos para descansar, pero le era imposible conciliar el sueño. Salvo el día de la «expedición democrática», como la había denominado Nicholas, y de algunas esporádicas visitas a la iglesia de Saint Mark, que estaba a la vuelta de la esquina, durante las semanas precedentes solo se había relacionado, o más bien visto, con los criados, además de con Nicholas, naturalmente.

Tampoco es que necesitara a nadie más que a Nicholas, se dijo a

sí misma de inmediato. No es que se sintiera sola, pero a veces echaba de menos a alguien con quien hablar, una amiga, para ser más precisos. Otra mujer con la que poder hablar de lo que fuera, por ejemplo de tonterías como la ropa de moda o los bordados. Con otra mujer podría hablar sin preocuparse de decir cosas intrascendentes, comentar lo primero que se le viniera a la cabeza. Sin embargo, con Nicholas debía estar siempre en guardia, temiendo meter la pata, y siempre sentía ansiedad, salvo cuando estaba sola.

Alguien llamó a la puerta y la señora MacNab entró en su habitación con una carta en la mano.

—Es para usted, señora.

Lo primero que pensó Miranda es que era de su madre, pero inmediatamente se desilusionó. La letra no era la de Abigail, tan familiar y cuidada; al contrario, le resultaba desconocida y algo destartalada. Por otra parte, el sello postal era de Hudson, en el Estado de Nueva York.

Inmediatamente rompió el sello y miró la firma. «Jefferson Turner». ¡Qué extraño le resultaba que la escribiera! Apenas se había acordado de él desde la semana que pasó en la granja, en aquellos momentos su preocupación por la falta de noticias de Nicholas, precisamente rota con el mensaje que le hizo llegar a través de él, apenas le permitió interesarse por el simpático y magnífico médico. Por supuesto que le guardaba una gratitud especial por haber conseguido salvar a Charity, pero eso era todo. Leyó la carta con cierta curiosidad.

Mi querida Miranda:

Recientemente he sabido de su matrimonio. Debo confesarle que me sorprendió mucho. Espero que sea usted muy feliz.

Cuando vuelva por aquí, yo no estaré para felicitarla, pues me he alistado en el ejército y salgo inmediatamente hacia México. No tengo la menor idea de qué clase de soldado seré, pero me da la impresión de que, en esa contienda, los médicos serán muy necesarios, pase lo que pase.

Por favor, dé recuerdos a su familia de mi parte cuando les escriba. Y espero que todo le vaya bien a usted. Que Dios la bendiga.

A Jeff le había costado mucho escribir aquella carta. Jamás se habría atrevido a hacerlo si no hubiera estado la guerra de por

medio, con la evidente y alta probabilidad de no regresar. Si se salvaba de las balas mexicanas, lo más probable era que la fiebre amarilla o la disentería se encargaran de hacer el trabajo.

El comentario acerca de la sorpresa que le había producido el matrimonio de Miranda se quedaba muy, pero que muy corto. En primer lugar, la noticia lo dejó anonadado, después la sorpresa dio paso a un enorme enfado, casi a un furor ciego, que centró exclusivamente en la figura de Nicholas. Esa furia había resultado esclarecedora y cuando se calmó, la causa apareció ante él, clara y nítida: eran celos y se debían a sus sentimientos hacia Miranda, no podía hacerse a la idea de que fuera la esposa de ningún otro hombre que no fuera él.

Ephraim no anduvo muy desencaminado cuando le dijo a Abigail que Jeff volvería a Greenwich, pues lo tuvo en mente de forma casi constante. Jeff se daba cuenta ahora de que solo estaba dejando pasar algo de tiempo para que Miranda se librase por fin de su obsesión por Nicholas. Y, paradójicamente, lo que fue creciendo en él fue una obsesión por ella, hasta que finalmente reconoció los síntomas: estaba enamorado.

«¡Por los clavos de Cristo! ¿Cómo soy tan idiota como para enamorarme precisamente de esa chica?», se preguntó, burlándose de sí mismo y de los vericuetos del destino al darse cuenta, tras recibir la noticia de su matrimonio, de que lo que realmente había querido y quería era casarse con ella. ¡Lo deseaba con todas sus fuerzas! Pero, siendo pragmático como era, no perdió tiempo en lamentaciones. Convirtió sus sentimientos en acciones concretas. En cualquier caso, se habría alistado, sin pararse a analizar a fondo las razones, claras u oscuras, que habían llevado al presidente Polk a declarar la guerra a los vecinos del sur. El país estaba en guerra, y eso le atañía de forma directa, como buen patriota que era. Podía ayudar, de la manera que fuera, lo cual era suficiente para él. Pero además, la repulsión que le causaba ver a Miranda convertida en la señora de Dragonwyck, en la esposa de Van Ryn, aceleró su decisión.

Fue después cuando escribió la carta.

A Miranda, que, lógicamente, no tenía la menor idea de todo esto, la carta la desconcertó y la conmovió. En un principio, había habido cierta antipatía entre ambos. Incluso durante su breve estancia en la granja, ella pensó que le desagradaba. Pero tras leer la carta, podía llegar a la conclusión de que no era así.

Aún estaba con los ojos fijos en la carta cuando Nicholas entró en la habitación sin llamar y se quedó mirándola.

—¿No estás descansando? —dijo con tono desaprobador, al tiempo que se acercaba a la cama—. ¿Qué estás leyendo?

—Una carta del doctor Turner —respondió. Se produjo una pausa, tras la que Nicholas estiró la mano.

—Déjame verla.

Se la dio, aunque ligeramente sorprendida. Nunca había mostrado el más mínimo interés en las cartas que recibía de su casa. Lo miró mientras la leía y le sorprendió darse cuenta de que, conforme avanzaba, desaparecía el gesto de tensión en su cara y creyó notar una expresión… ¿de qué? ¿De algo parecido al alivio o incluso de satisfacción? No podía estar segura.

Se la devolvió.

—Su tono me parece demasiado… familiar. ¿Acaso te conoce lo suficiente como para desear que la deidad te colme de bendiciones?

—Pasó una semana en la granja con nosotros, ¿sabes? —contestó con cierto nerviosismo. La pregunta de Nicholas tenía su habitual toque irónico, pero en realidad no podía discernir si estaba disgustado o no. Ni si le disgustaba que hubiera recibido una carta personal de otro hombre, ¿por qué esa expresión de alivio?

—No sabía que había pasado una semana entera —respondió Nicholas con poco énfasis—. Pero es un joven agradable y, por lo que veo, un auténtico patriota. No me cabe duda de que disfrutaste de su compañía… —Esta vez no le cupo la menor duda de que el tono era sarcástico, sin más.

Volvió la cabeza con gesto cansado antes de contestar.

—No… —dijo—. Solo pensaba en ti.

El pequeño conde de Grenier fue el primero en llegar a la fiesta. Había engordado un poco durante el año que había pasado en Lyon, dirigiendo su negocio de venta de seda. De hecho, el viaje a Nueva York se debía a asuntos comerciales y de exportación. El traje de satén color ciruela y el chaleco en los que iba embutido le hacían parecer una especie de salchicha; no obstante, seguía teniendo la misma mirada curiosa y penetrante de siempre, al igual que su enorme, curvado y ridículo mostacho.

Le había interesado sobremanera la evolución que había sufrido el curioso grupo de los Van Ryn y estaba impaciente por ver a Miranda ejerciendo su nueva posición. Cuando la vio bajar por las escaleras, precediendo a Nicholas, moviéndose con esa particular elegancia que la caracterizaba y deteniéndose un momento para controlar los nervios, su corazón galo sucumbió ante ella.

«¡Está extraordinariamente bella!», pensó mientras daba un saltito para besarle la mano. «¡Qué cambio tan impresionante!».

Como solo lo haría un hombre francés, se dio cuenta inmediatamente de que el cambio se debía en parte a los arreglos externos: el maravilloso vestido de satén blanco con lazos negros tipo Chantilly, el ligero toque de coral de los labios, el tono rubio intensificado del pelo, que sin duda se debía al uso de camomila… ¡Y, por supuesto, los diamantes de los Van Ryn, que brillaban espléndidos sobre su pecho! Era la primera vez que se ponía las joyas que le había enseñado Nicholas y que él guardaba, y lo había hecho por orden expresa suya. Su reticencia inicial fue vencida cuando vio que se habían limpiado a fondo y que brillaban con más fuerza que nunca. No obstante, jamás creyó que le permitiera ponerse el gran colgante que llevaba Johanna la noche del baile, ni tan siquiera tocarlo. No lo había sacado de su caja hasta esa tarde.

En todo caso, el cambio de Miranda no se debía solamente a la ropa que llevaba, ni a las joyas ni a los arreglos o el maquillaje. El conde la miró con genuina admiración. Su tono de voz se había enriquecido, era más profundo, y había perdido por completo el acento provinciano.

—Me alegro mucho de volver a verlo, conde —dijo sonriendo. No obstante, sus enormes ojos ya no miraban con transparente inocencia.

La pequeña estaba despertando, no cabía duda, al tiempo que se desarrollaba su matrimonio con el atractivo enigma que encarnaba aquel hombre. Soltó de mala gana los dedos de Miranda y se volvió para saludar a Nicholas.

«*Ciel!* ¡Menuda pareja!», pensó. Allí de pie, uno al lado del otro, en el umbral de la puerta, parecían los personajes de uno de esos espléndidos retratos de Winterhalter, tan suaves y tan perfectos. ¡Ese matrimonio era como un cuento de hadas hecho realidad! Pensó sin poder evitarlo en que, tras la tan considerada muerte de la esposa obesa, esa Cenicienta pueblerina y maltratada había conseguido capturar a su príncipe encantador. Y ahora serían felices y comerían perdices por siempre jamás. Cosas como aquella solo podían suceder en este increíble y joven país.

El conde siguió disfrutando de lo lindo. A las señoras Schermerhorn, Brevoort y Fish les encantaron sus galanterías. Este tipo de damas eran muy habituales en Francia: matronas sólidas y de buena cuna que agradecían la atención masculina mientras sus maridos se acercaban a la chimenea y hablaban de las barbaridades que perpetraba la administración política de turno, del desarrollo de la guerra o, con gran satisfacción, de la muy conveniente evolución de sus propiedades heredadas, aquellas granjas familiares se habían

convertido en terrenos urbanos de un valor incalculable.

«Esa era la base de sus fortunas», pensó el conde, que captaba de vez en cuando alguna frase mientras entretenía a la señora Fish con algún cotilleo de la corte de Luis Felipe. La fortuna de los Van Ryn también procedía de esa increíble transformación y crecimiento de la ciudad. Sintió una punzada de envidia al pensar que Nicholas nunca tendría que preocuparse por el dinero. Tenía un administrador honrado, eficiente y, por supuesto, bien remunerado, que se encargaba de vender sus terrenos de la ciudad, que crecía a pasos agigantados, obteniendo pingües beneficios. Aunque tampoco hacía falta administrar demasiado. «*Ça marche tout seul*», pensó el conde sintiéndose algo deprimido, mientras se alejaba con elegancia de las tres damas para buscar un grupo alternativo. Y se encontró con la familia Astor, reunida alrededor de John Jacob, el viejo, que insistía obcecadamente en acudir a todas las reuniones sociales aunque acabara sistemáticamente dormitando en un sillón, con la barbilla apoyada en el pecho, y ofreciendo a la concurrencia la imagen de su cabeza calva llena de pecas debidas a la edad.

El conde ya conocía a los Astor de otras reuniones mantenidas en su anterior viaje y no los encontraba nada estimulantes. Tanto William como el joven John Jacob siempre tenían los labios apretados y tardaban tanto en responder a las preguntas, incluso a las más triviales, que la infatigable y rápida mente del conde ya las había olvidado cuando por fin respondían. En algunas fiestas parisinas había cosechado grandes éxitos imitando a la familia más rica de América, para regocijo de sus amigos y conocidos, aunque ahora eso ya era historia. Le llamó poderosamente la atención, positivamente, por supuesto, la presencia de la señorita Gibbes, que estaba condenada a unir su destino vital con el cara de acelga de John Jacob, el joven, naturalmente. Pero en ese momento, su mirada cambió de rumbo.

En la esquina más alejada, cerca de un piano de palisandro, vio a Miranda hablando con un hombre muy corpulento, con una asombrosa barba rubia que le confería una apariencia jupiterina, que contrastaba con el entusiasmo juvenil de sus gestos. Junto a ellos estaba sentada una mujer muy pequeña, de cara astuta como una ardilla y con la mirada brillante y maliciosa clavada en el barbudo, que parecía algo avergonzado.

«¡Tengo que averiguar qué está pasando allí!», se prometió a sí mismo el francés, y decidió escurrirse de la aburrida compañía de los Astor. La muy atractiva señorita Gibbes, futura señora Astor, podía esperar.

Nicholas lo ayudó sin querer, pues se acercó al grupo acompañado de los Philip Hone, de modo que el conde pudo escurrirse sin que se notara. Se quedó un rato en las cercanías, admirando la forma aparentemente sencilla con la que Nicholas manejaba a sus invitados y adecuaba su comportamiento a las características y expectativas de cada uno de ellos. Con una palabra, una sonrisa o una pregunta, ejercía de catalizador entre los distintos grupos, tres en este caso: los hombres de la chimenea, las damas semiabandonadas que estaban junto a la ventana y la familia Astor. Pocos instantes después, todos charlaban animadamente, hasta el viejo John Jacob se despertó y contribuyó con algún tembloroso comentario.

El conde pensó que Nicholas era un personaje afable y cortés en extremo. Cuando decidía mostrarse encantador, era verdaderamente irresistible. Pero dudaba mucho de que esa decisión, la de ser encantador, la tomara a menudo.

Por fin se aproximó a Miranda y a sus dos momentáneos y singulares acompañantes.

—Conde, permítame que le presente a la señora Ellet. Escribe unos poemas maravillosos. Y también a este caballero, el señor Herman Melville, que acaba de escribir un libro fascinante, *Taipi*. Señora, caballero, el conde de Grenier —dijo, poniendo fin a las presentaciones.

«*Bravo, ma chère!*», la felicitó el conde para sí. La presentación, sencilla, agradable y directa, había sido digna de una duquesa, aunque la verdad era que las duquesas siempre actuaban con malos modales, al menos en Francia. Su intervención dejaba clara la enorme distancia que había entre aquella chica que recordaba, tímida y que apenas hablaba, y esta dama que tenía delante.

—He oído hablar de su exquisita poesía, *madame* —dijo, mintiendo descaradamente y haciéndole una reverencia a la señora Ellet—. Y es para mí un gran placer poder hablar con dos autores americanos. Aguardaba la ocasión con auténtica impaciencia.

Examinó con curiosidad a Melville. No había leído todavía su libro, pero sí que había oído hablar de él. Fundamentalmente porque no se ajustaba a los delicados parámetros anglosajones establecidos por la joven reina inglesa, pero también porque la mayoría de los críticos literarios decían que estaba tan bien escrito que resultaba difícil creer que su autor fuera un marinero sin educación.

—Sin duda, ha tenido usted una vida de lo más interesante, caballero —le alentó el conde, ya que el barbudo no parecía muy

inclinado a soltar prenda.

—¡Oh, sí, conde! —intervino entusiasmada la señora Ellet, juntando las manos en un gracioso ruego—. La señora Van Ryn y yo nos morimos por escuchar las aventuras que ha vivido el señor Melville en las islas… caníbales. ¡Dios mío, qué horrible! Pero qué interesante también.

El señor Melville volvió los ojos de color verde mar hacia la señora, con un gesto muy calmado.

—Los habitantes de las islas Marquesas no son caníbales —dijo—, pero tampoco les echaría en cara que se zamparan a los misioneros.

La señora Ellet soltó una risita un tanto histérica.

—¡Oh, por favor, qué bromista es usted! Debo decirle que cada domingo dono cinco dólares a esos misioneros para que los dediquen a evangelizar, alimentar y ayudar a los paganos.

—Pues, si es así, le recomendaría que se ahorrase el dinero, señora. Le aseguro que, si siguen siendo paganos, vivirán tan felices como hasta ahora. —Bajó la mirada y la fijó en el amplio escote de la señora Ellet, que dejaba a la vista gran parte de sus escarpados pechos—. Lo cierto es que las nativas no van mucho más desnudas de lo que va usted hoy —añadió con mucho énfasis.

La dama se ruborizó al instante y con gran intensidad. El conde tuvo que carraspear para reprimir la carcajada. Pero Miranda, horrorizada ante el rumbo de la conversación, que con toda seguridad una anfitriona con experiencia habría evitado o no habría propiciado, como había hecho ella, sacó a colación lo primero que se le vino a la cabeza.

—El señor Melville también tiene raíces holandesas, ¿saben? —dijo atropelladamente, con la intención de apaciguar a la señora Ellet—. Su madre era miembro de la familia Gansevoort.

—Vaya —dijo entre dientes y con tono helado la ofendida dama.

—¡Ah, miren quién se acerca! —exclamó el conde, cambiando de tema con mucho tacto al reconocer a un personaje europeo que le resultaba familiar—. ¡Pero si es la Albanese, en carne y hueso! ¡Esto sí que es un regalo!

Todos se dieron la vuelta y vieron a Nicholas saludando a un personaje con un vestido naranja de satén y decenas de adornos de bisutería. La cantante italiana irradiaba vitalidad y naturalidad campesinas, y también una alegría que se contagiaba, desde su pelo negro y oleaginoso hasta los amplios pies, calzados con unas zapatillas rojas bastante gastadas y algo sucias.

Agarró la mano de Nicholas con cordialidad, recorrió con la

mirada de arriba abajo a Miranda y tiró de ella con un grito bastante agudo.

—*Ah, ma che bella la bimba!* —dijo en su idioma con un gesto apreciativo y estampándole un sonoro beso en la frente a la muchacha, que notó un cierto aroma a ajo en su aliento. También saludó con la mano al conde, al que había conocido en París.

—Estoy *molto* contenta de verlos a todos —exclamó, con un acusadísimo acento italiano, además de introducir el término de su propio idioma—. ¡Voy a cantar para ustedes!

Se acercó a toda velocidad al piano, dejando un acusado aroma a almizcle a su paso.

—¿Alguien tendría la bondad de acompañarme? —exclamó, sacando del bolso de mano una partitura.

—Me concederé a mí mismo ese placer, *signora* —dijo Nicholas, haciendo una inclinación y sentándose en la banqueta.

La señora Schermerhorn se caló los impertinentes y miró con aire de duda a la Albanese. ¡Una cantante italiana de ópera en el salón! ¡Ciertamente asombroso! En cualquier otra casa se habría considerado una afrenta a las buenas costumbres aristocráticas. Pero la reputación conservadora de Van Ryn y su *savoir-faire* eran invulnerables. Y, sin la menor duda, su impoluta sangre azul venía de muy, muy antiguo.

Cuando la riquísima y directa voz de la cantante hubo terminado *Casta Diva,* de *Norma,* la señora Schermerhorn se había relajado ya por completo, de hecho, se preguntaba si sería posible convencer a *madame* Albanese de que acudiera a la pequeña fiesta que estaba organizando en su mansión para la semana siguiente.

De manera gradual y en función de sus respectivas naturalezas, todos los asistentes fueron sucumbiendo al hechizo de la artista. La cantante tenía una técnica excepcional, además de una voz pura y cristalina que hacía resplandecer lo mejor de cada nota, pero aún era más subyugante la enorme vitalidad que desprendía, la pasión y el entusiasmo que transmitía con sus interpretaciones.

Cantó para ellos *Voi che sapete,* de *Las bodas de Fígaro,* y la escena de locura de la nueva ópera *Lucía*. El aplauso que estalló cuando puso fin a su actuación fue mucho más estruendoso del que cabría esperar en una reunión social llena de manos enguantadas y preñada de convenciones sociales poco dadas a expresar de forma abierta las emociones.

La Albanese se inclinó para agradecer la ovación y dibujó una luminosa sonrisa.

—Yo *credo* que nunca había cantado *così* bien —dijo,

absolutamente encantada. No obstante, sabía que ninguno de los asistentes tenía la suficiente preparación musical como para poder rebatir tan exagerada afirmación, así que lo siguiente que hizo fue extender dramáticamente los brazos hacia Nicholas—. Pero ha sido usted el que me ha inspirado, *signóre*. Toca usted *con fuoco, con amore… veramente maraviglioso!*

—Exagera usted, señora. Me siento muy honrado, de verdad —murmuró Nicholas sonriendo.

«*Tiens!*», exclamó el conde para sus adentros, estirándose para poder ver bien al anfitrión, que permanecía oculto por la tapa del piano. ¿Quién podía esperar tanta pasión y brillantez de un hombre cómo él? El conde repasó mentalmente las muchas recepciones sociales a las que había acudido en este país, y no pudo recordar haber conocido a ningún caballero tan interesado en la música, más allá de algún vergonzante intento de cantar una canción con una joven en la que el individuo estuviera interesado. Lo cierto es que tocar el piano se consideraba una actividad femenina y nadie en su sano juicio podría pensar que Nicholas fuera afeminado. Era un personaje que no admitía clasificaciones, pensó el conde bastante confundido y algo molesto. Como a la mayoría de sus compatriotas, le gustaba que los análisis lógicos terminaran en conclusiones claras y netas, y no conseguirlo le causaba inquietud.

—Ahora cantaré una canción en *il suo* idioma —anunció la señora Albanese orgullosamente. El conde trasladó un poco su silla para poder ver mejor a Nicholas.

La diva cantó una triste balada de la ópera *Maritana,* de William Wallace, *Escenas que brillan,* logrando que su sencilla letra alcanzara un nivel trágico indescriptible: la desgracia de la esperanza vana, del amor no correspondido.

Mientras tocaba, el conde vio que Nicholas volvía la cabeza y fijaba su intensa mirada azul en la cara de Miranda, vuelta hacia un lado. En esa mirada había anhelo, también una llamada o una súplica. Pero cuando la muchacha cambió de postura, sin darse cuenta de que su marido la estaba mirando, él volvió los ojos de inmediato, centrándose en la partitura y las teclas.

El intuitivo francés concluyó que, después de todo y pese a la apariencia de perfección, había algo que no funcionaba del todo en aquella pareja. Pero inmediatamente se cansó de especular al respecto, pensando que le buscaba tres pies al gato como una vieja aburrida. Y, como le ocurría siempre, se preguntó cuánto tiempo faltaría aún para que se sirviera la cena.

No tuvo que esperar demasiado. El recital terminó con una

alegre canción tradicional italiana y, mientras se reproducían los aplausos y el coro de comentarios elogiosos, la señora Albanese, al tiempo que sonreía e inclinaba la cabeza con agradecimiento, se acercó a Miranda.

—Necesito ir al servicio —indicó, con meridiana claridad latina—. ¿Me puede indicar el camino, *prego*?

—Eh… ¡Sí, por supuesto! —respondió Miranda, inicialmente vacilante, ruborizándose mucho y saliendo de la habitación a toda prisa con la *prima donna*.

En el piso de arriba le aguardaba una vergüenza todavía mayor, pues su invitada soltó un grito de admiración al contemplar el dormitorio. Le encantaron las cortinas, las alfombras, la cama…, en fin, todo.

—Tu marido debe ser un amante estupendo —dijo la señora Albanese, dando golpecitos sobre el colchón—. Estoy segura de ello. Eres afortunada, *bambina,* y seguro que muy *felice,* ¿a que sí?

Durante un instante, Miranda se enfadó muchísimo, pero se le pasó inmediatamente al darse cuenta del interés genuino y amigable que surgía de los brillantes ojos oscuros de la artista.

—Por supuesto —respondió—. Muy feliz.

La Albanese, insatisfecha con la respuesta, frunció el ceño.

—¡Pero estás demasiado seria! —dijo, rodeando el hombro de Miranda con su largo brazo cubierto de seda naranja, e inundando a la chica con su olor a ajo y su buena voluntad—. Mira, *bimba,* en mi país tenemos un… ¿cómo se dice en inglés? ¡Ah, sí, un refrán! *Amare, cantare, mangiàre*. O sea, amar, cantar y comer, que son los tres mejores dones que Dios nos ha concedido. No hace falta nada más.

Miranda sonrió pensando en lo sencilla que sería la vida si las cosas fueran de verdad así. Pero, por otra parte, ¿por qué no? Y, bajo la influencia de tan vibrante personalidad, se sintió ligera de espíritu y mucho más alegre.

Cuando bajaron, los invitados ya se dirigían al comedor. Nicholas se acercó a ella para susurrarle al oído.

—Todo el mundo está encantado contigo. La fiesta está yendo muy bien. —Así que su nuevo y alegre estado de ánimo le resultó fácil de mantener, de modo que, una vez sentada a la mesa, no paró de hablar y reír, olvidando por completo los nervios del comienzo.

Nicholas había situado a la señora Albanese entre el conde y Herman Melville, suponiendo que el resto de los invitados masculinos podrían llegar a sentirse abrumados por su arrolladora personalidad. A Melville no le ocurrió. Habló con mucha animación

y, de vez en cuando, soltó alguna ruidosa carcajada. Cuando ocurrió, la señora Ellet le dirigió miradas asesinas. No obstante, la dama se aplacó cuando Nicholas le preguntó su opinión acerca de Edgar Allan Poe, en quien tenía mucho interés personal. La dama se controló, agitando la cabeza y, con ella, sus escasos rizos.

—¡Pobre señor Poe! ¡Lo que está sufriendo, cuántas desgracias! Su joven esposa a punto de morir, me temo. Se han tenido que mudar a una casucha en el campo, lejos de la ciudad.

Bajó la voz hasta convertirla en un susurro, lo que trajo consigo que todas las demás conversaciones de la mesa cesaran inmediatamente.

—Siento mucha pena por él… por su terrible fracaso, quiero decir; y además ese escándalo con la señora… ¡Oh! —exclamó—. ¡Todo el mundo está escuchando!

Así era, pero como si se hubieran puesto de acuerdo, al mismo tiempo todos empezaron a hablar de otras cosas, siguiendo las normas de la buena educación. Lo cierto es que, con la excepción de Nicholas, nadie tenía excesivo interés en las desgracias del poeta. Simplemente les había llamado la atención el susurro de la señora Ellet. No obstante, Nicholas reaccionó de una manera absolutamente imprevista, pues, dejando atónita a Miranda, que consideraba a la señora Ellet una mujer desagradable y vulgar, prometió a la pequeña mujer que se acercaría a Fordham el lunes para visitar a Poe en el lugar en el que ahora vivía.

—Pero ¿por qué, Nicholas? —le preguntó Miranda más tarde, cuando todos los invitados se hubieron marchado—. ¿Por qué tenemos que ir a ver a los Poe? Y además, ¿no crees que la compañía de la señora Ellet resulta muy aburrida y cansina?

—Sin duda —contestó—. Pero no podemos aparecer allí sin que nos presente nadie.

—Pero ¿por qué tenemos que ir? —insistió. La visita no le atraía nada en absoluto: ir a una casucha en el campo a visitar a un borracho, al que incluso algunos consideraban fuera de sus cabales y cuya esposa se estaba muriendo de tuberculosis.

Nicholas torció el gesto. No le gustaba que le preguntaran ni tampoco estaba acostumbrado a que cuestionaran sus decisiones. Miranda se sentó frente al tocador para cepillarse el cabello, que caía casi hasta el suelo, como una especie de brillante y dorada mantilla. Con el salto de cama color crema estaba adorable y apetecible; además, aquella noche se había comportado bien, mostrando a la perfección todo lo que le había enseñado. Así que no respondió de forma sarcástica, tal y como inicialmente se le había

venido a la cabeza.

—No lo entenderías, querida —dijo únicamente.

Dejó el cepillo sobre la mesa y se volvió para mirarlo.

—¿Y por qué no? —exclamó con pasión—. ¿Por qué siempre me dices que me calle y no me explicas nada más que lo que tú quieres? Alguna vez podrías contarme qué es lo que piensas y lo que sientes, antes de que… —Se detuvo abruptamente. Estuvo a punto de decir «antes de que sea demasiado tarde»… ¿Cómo era posible que hubiera reaccionado tan apasionadamente por un asunto tan nimio? No le sorprendió que la mirara con expresión de asombro.

Durante un momento no dijo nada, mientras se ponía una bata violeta y se sentaba en una silla, frente a ella.

—Querida —empezó sonriendo—, no tenía ni idea de que mis motivos para conocer a Poe fueran tan importantes para ti. Pero te los explicaré encantado. Admiro el genio de ese hombre y, además, sus escritos desarrollan ideas y sentimientos parecidos a los míos propios; tienen un cierto toque macabro, un voluptuoso aroma de misterio y de maldad que me atraen con mucha fuerza. Y tengo curiosidad por presenciar su degradación. Me interesa.

Había dejado su tono irónico, y ella hizo un ligero gesto de desesperanza, al tiempo que se le llenaban los ojos de lágrimas. No era capaz de interpretar el sentido de sus palabras, su mente se cerraba al concepto y, además, no comprendía en toda su amplitud algunas de ellas, como «macabro» o «voluptuoso». Por un momento había pensado que de verdad iba a confiar en ella, y que contestaría con verdadera franqueza y claridad. Y no fue capaz de captar que, bajo la máscara de ligereza que había utilizado, lo que le había dicho era la verdad: simple, dura y terrible.

Y él, dándose cuenta de todo ello, se rió.

—Vamos, preciosa, es muy tarde. Vete a la cama y no te aturdas con cuestiones que no puedes entender.

Capítulo 14

La visita a la extraña, pequeña e infeliz casa de Fordham tuvo un efecto de alcance insospechado en la vida de Miranda, aunque durante tres años no tuvo la menor idea acerca de ello.

El lunes, Miranda y Nicholas hicieron la comida principal del día muy temprano, alrededor de la una, después recogieron a la señora Ellet en una casa de huéspedes muy exclusiva en la que se alojaba cuando visitaba la ciudad, subieron por Broadway, cruzaron el río Harlem y por fin se adentraron en la carretera de Kingsbridge.

El día era extremadamente caluroso, como bastantes otros de aquel verano de 1846, que estaba siendo el más cálido del que se tenía memoria en Nueva York. Dentro de la berlina cerrada, el ambiente era opresivo, por lo que Miranda se sentía lánguida y somnolienta. Tanto ella como la señora Ellet utilizaban de vez en cuando y muy discretamente sus pañuelos para secarse el sudor por encima del labio superior. Pero Nicholas, que parecía inmune a la alta temperatura, tenía un aspecto tan fresco y vivo como de costumbre, y no dejaba de preguntarle a la dama acerca de los recientes éxitos cosechados en diversos recitales poéticos de «la hermandad romántica», como se conocía en tono algo sarcástico al grupo literario que formaba con las señoras Anna Cora Mowatt, Margaret Fuller, Anna Lynch y Frances Osgood.

Eliza Ellet se consideraba a sí misma la estrella más brillante de esa constelación de poetisas y disfrutó contándole la selecta audiencia que había acudido a escucharlas, y más todavía cuando le pidió que recitara alguna de sus creaciones más trascendentales, las cuales aludían generalmente a «ese elusivo tiempo entre la medianoche y el alba, cuando los suaves dedos de Morfeo cierran los ojos de la aurora y hasta las hadas se retiran a dormir en sus camas floridas». Sí, esas palabras utilizó la señora Ellet con estudiado embeleso.

No obstante, el efecto poético se perdió cuando olfateó sonoramente y se puso repentinamente pálida.

—¡Oh, hace tanto calor! Y, además, parece que huele a… —dudó—… a jamón cocido.

—¡Oh, señora Ellet, no sabe cuánto lo siento! —dijo Miranda reaccionando de repente, pues las poéticas palabras de la dama no le habían provocado el más mínimo interés, se había perdido en sus propios pensamientos—. El olor seguramente procede de la cesta que les llevamos a los Poe. Ya sabe, dijo que sería conveniente llevarles algo…

«Algo» era una enorme cesta de mimbre absolutamente abarrotada de provisiones: pollo asado, empanada de gamo, varios tarros de mermeladas diversas y, por supuesto, el ofensivo jamón cocido. Todo ello se había colocado debajo del asiento. En el último momento, Nicholas había añadido una botella de oporto y otra de brandi.

—El oporto para la enferma y el brandi para Poe —le había dicho a Miranda.

—¡Pero Nicholas! —protestó ella—. ¿De verdad crees que debemos llevarle alcohol siendo… como es?

—Me han dicho que cuando está borracho se pone mucho más interesante, y tengo la intención de averiguar si es verdad. ¡La gente habla demasiado! —dijo Nicholas.

Tales palabras no le causaron el impacto que hubieran tenido dos meses antes; ya era consciente de que vivía en un entorno nuevo, en el que los valores morales entre los que había crecido y que habían conformado su manera de actuar no prevalecían.

Después, tras una cortés disculpa dirigida a su invitada, Nicholas se dirigió al cochero y le dijo que colocara la cesta en el exterior. Miranda apoyó la cabeza en los cojines y se dijo a sí misma que quizá su expresión fuera demasiado seria. Eso fue lo que le dijo la inefable señora Albanese.

El lugar donde vivían los Poe no era en realidad una desastrada casucha, como se había temido. Se trataba de una construcción pequeña, típica de un granjero o un trabajador, con dos puertas de acceso y un bonito porche lleno de jazmines y madreselva. Un gran magnolio americano proyectaba su sombra sobre la casa, las abejas no paraban de rondar las flores y, conforme se acercaba el carruaje de los Van Ryn, las campanas de la capilla del cercano colegio de Saint John sonaron armoniosamente en el aire cálido y sereno. El caso es que el lugar transmitía esa paz y tranquilidad típicamente campestres, lo cual era paradójico, dada la situación. Desde luego

que era paradójico, porque en el interior de la casa había una chica que estaba a punto de morir y un genio medio loco, ambos al precario cuidado de la agobiada y amable madre y suegra, respectivamente, la señora Clemm, que corrió hacia la puerta a dar la bienvenida a la señora Ellet, que a su vez le presentó a los Van Ryn.

—Se alegrarán mucho de verlos, estoy segura —dijo la señora Clemm—. A Eddie la gusta tener compañía y a mi pobre Virginia también, aunque la verdad es que hoy tiene un mal día, pobrecilla. El doctor Francis está con ella ahora. —Suspiró. Era de mediana edad, pero su gesto crispado y de ansiedad le acentuaba las arrugas de la cara. El vestido negro estaba limpísimo, lo mismo que el gorrito blanco con orejeras que le cubría el pelo, pero tenía brillos en los codos y algún que otro remiendo en los bajos. Además, Miranda se dio cuenta con pena de que el zapato derecho de la dama se había partido, la mujer lo había arreglado con mucha maña con un trozo de cuero pintado de negro.

—Dado que la señora Poe está enferma, quizá no deberíamos interferir… —dijo Nicholas, al tiempo que le hacía una seña al cochero para que trajera la cesta.

—¡No, de ninguna manera! Seguro que hablar con ustedes y con la señora Ellet les viene bien, pobres chiquillos. Pasen, por favor.

La mujer aceptó la cesta con mucho agradecimiento y sin un ápice de falso orgullo, al igual que aceptó la visita de los Van Ryn. Había muchas personas que se acercaban a Fordham, críticos literarios, editores y alguna que otra admiradora femenina, y se podía decir que la familia subsistía gracias a sus aportaciones de comida y, en algún caso, de efectivo. Y es que el pobre Eddie parecía incapaz de ganar dinero por sí mismo, pues, de una forma u otra, siempre terminaba enfrentado con los hombres que podrían ayudarlo.

La señora Clemm hizo pasar a los visitantes a través de un estrecho pasillo pintado de blanco, por el que se accedía a un diminuto dormitorio. En el piso de abajo había otras dos habitaciones, la cocina y un saloncito, sin apenas muebles y tan pequeñas como el propio dormitorio. No obstante, todo estaba inmaculadamente limpio, las ventanas relucientes y sin una mota de polvo desde el techo hasta el suelo.

Virginia estaba echada en un sofá frente a la ventana; su pequeño y maltrecho cuerpo apenas asomaba del edredón que la cubría. La cara, extremadamente pálida y enfermiza, estaba enmarcada por una mata de pelo negro, limpio y bien peinado, sin

duda, gracias a los esfuerzos de su madre. Le brillaban los ojos por la fiebre, los tenía fijos en el médico, un hombre bastante mayor, que le sujetaba la muñeca, tomándole el pulso.

En el momento en el que la señora Clemm hizo entrar a los visitantes, Poe se levantó del escritorio sobre el que estaba apoyado, con la espalda encorvada, en postura de apática desesperación. Miranda se asombró de su escasa estatura; de hecho, tanto ella como la señora Clemm eran varios centímetros más altas y, por supuesto, al lado de Nicholas, el poeta parecía un enano.

Había tipificado la apariencia masculina según los rasgos de Nicholas y, aunque muchas mujeres pensaban que Poe era atractivo, a Miranda no se lo pareció. Eso sí, tenía una frente prominente, con amplias entradas hasta los bucles negros. Era tan ancha que sobresalía por encima de las mejillas, haciendo que su cara, cetrina, tuviera forma de pera. Llevaba un descuidado bigote. La mala salud y la pobreza le habían arrugado la cara, suelta y sin tensión bajo los ojos grises, que quizá en algún momento fueron magnéticos y atentos, pero que ahora parecían medio dormidos, quizá tras una dosis reciente de láudano. No aparentaba los treinta y siete años que tenía: si a Miranda le hubieran dicho que había cumplido los sesenta, lo habría creído.

Su recibimiento a la señora Ellet fue poco entusiasta, pues sabía perfectamente que era una cotilla maligna, cuya lengua viperina era la responsable de haber mancillado su relación platónica con la señora Osgood. Al darse cuenta de su frialdad, Miranda deseó más que nunca no haberse entrometido en la penosa vida de la familia. No obstante, el tono de Poe se volvió mucho más cálido cuando se dirigió a los Van Ryn, y su mirada adquirió algo de luz.

—Ha sido muy amable por su parte venir desde la ciudad —dijo, haciendo una inclinación ante Miranda y estrechándole la mano a Nicholas—. Es un largo camino. Siento que no estemos en condiciones de recibirlos como merecen —afirmó, señalando pesaroso el sofá sobre el que descansaba Virginia.

—Admiro enormemente su trabajo, señor Poe, no se puede imaginar hasta qué punto —dijo Nicholas con su tono más encantador—, y no quería dejar la ciudad sin tener el placer de conocerlo y decírselo personalmente.

Poe era siempre muy sensible a los halagos, pero le alegró todavía más el tono sincero de Nicholas. Fue como si reviviera… y rejuveneciera.

—¿Ha leído alguna cosa mía, lo dice de verdad? —preguntó ansiosamente—. *El cuervo,* supongo —añadió con cierta amargura

—. Toda mi fama parece descansar sobre el plumaje de ese triste pájaro.

—He leído absolutamente todo lo que ha publicado, señor Poe —contestó Nicholas, haciendo caso al gesto del escritor y sentándose en una de las rígidas sillas de alto respaldo que estaban cerca del escritorio—. Tanto poesía como ficción. Sus historias me parecen provocadoras y fascinantes. De todas formas, tengo que confesarle que prefiero sus versos. Me parece que, con ellos, su genio alcanza las cotas más elevadas, al menos hasta ahora.

Poe también lo pensaba y, cuando comprobó que era verdad que Nicholas se sabía de memoria la mayoría de sus poemas y que hasta era capaz de citar algunos de los pasajes más oscuros y poco conocidos, que el público en general había olvidado hacía bastante tiempo, como *Tamerlane* o *La durmiente,* acercó su silla a la del visitante y se enfrascó en una animada y agradecida conversación.

Mientras los dos hombres hablaban, la señora Ellet se colocó junto a ellos, intentando meter baza de vez en cuando con opiniones de su propia cosecha, aunque sin mucho éxito por el evidente desprecio de Poe y la falta de interés de Nicholas. Por su parte, la señora Clemm condujo a Miranda al sofá, una vez que el médico hubo terminado con su revisión.

La muchacha enferma fijó los turbios ojos en Miranda.

—Son ustedes muy amables por haber venido a visitar a Eddie —susurró—. ¡Es usted guapísima…! —añadió, con cándida dulzura.

Miranda sonrió y agarró su pequeña, frágil y pálida mano. Le conmovió la paciencia y la gentileza de su expresión, en una cara muy juvenil, pese al evidente sufrimiento. Y es que, aunque Virginia era mayor que Miranda, ni la pobreza ni la enfermedad había logrado envejecer sus rasgos. Era la misma chica dócil que se casó con su primo Eddie hacía diez años.

—Estoy convencida de que mejorará pronto —dijo Miranda, dándose cuenta inmediatamente de lo vacía que debió sonarle a la pobre mujer una frase tan convencional. Las ulceraciones rojas de la tisis ya invadían el rostro de Virginia, además, le atacaba una tos muy aparatosa y el pañuelo con el que se tapaba la boca se teñía más de rojo cada vez.

—No se quede aquí, señora —dijo el doctor, dirigiéndose a Miranda con cierta brusquedad—. Ahora no debe hablar. —Tomó de la mano a la chica y prácticamente la arrastró hacia la cocina.

—No hay sitio para sentarse junto a ella —explicó el doctor al ver la expresión de sorpresa de Miranda—. Ya hay demasiada gente en la habitación.

Tenía razón, pues las tres sillas del salón estaban ocupadas por Poe, Nicholas y la señora Ellet, mientras que, al otro lado, la señora Clemm estaba inclinada sobre su hija, cuyos párpados estaban cerrados, demostrando que la enferma se encontraba completamente exhausta.

—Bien, bien… —dijo el viejo mientras entraban en la cocina. Sus ojos brillaban—. Esa pobre criatura tiene que descansar, aunque, por desgracia, de poco le va a servir. Respecto a usted, con todo respeto y admiración, debo decir que es un ejemplar femenino casi inmejorable, querida. No sabe lo que me alegro de conocerla. Me llamo Francis. John Wakefield Francis. Espero que haya oído hablar de mí, ¿es así? —Le dio un golpecito bajo la barbilla.

Miranda se puso un poco en guardia, pero la verdad es que era imposible echarle nada en cara al doctor Francis. Se trataba de un personaje afable, incapaz de controlar su gusto por la contemplación de mujeres bellas, enormemente vigoroso y activo para su edad, y no menos generoso. Su gran capacidad profesional y su dinero siempre estaban al servicio de los necesitados.

—Pues la verdad es que no lo creo, lo siento… —empezó ella—. Llevo muy poco tiempo en Nueva York. —De todas maneras, el nombre le recordaba algo, aunque no sabía qué. Sin embargo, estaba segura de que no había escuchado su nombre en Nueva York, sino antes. ¿Dónde y a quién?

—¡Mal panorama el que tenemos aquí! —dijo el médico, sacudiendo la cabeza coronada de gris—. Lo siento mucho por ellos, por todos ellos. ¡Pobres criaturas! Solo tienen problemas, enfermedad y disgustos. Me da la impresión de que usted no tiene excesiva relación con este tipo de situaciones, ¿me equivoco? —Echó un vistazo a su vestido rosa de moaré, al gracioso sombrerito con adornos de cintas, a los pendientes de perlas y al broche.

—No, creo que no —contestó sintiendo un escalofrío.

—La vida no es vida hasta que uno sufre heridas de verdad y es capaz de lamérselas y curárselas —dijo el doctor golpeando la mesa de repente con la mano abierta que, por cierto, tampoco es que estuviera excesivamente limpia—. Me imagino que usted no quiere que las dificultades la hagan papilla, ¿verdad?

—¡No, por supuesto que no! —contestó sin poder evitar reírse. Se dio cuenta de que el médico pensaba que era una aristócrata mimada, lo cual le hizo bastante gracia y le gustó.

Eso quería decir que había eliminado ya de su aspecto y sus modales cualquier reminiscencia de la granja de patatas y de las tareas manuales asociadas a ella. ¡Y había sido Nicholas quien había

logrado moldearla en tan poco tiempo! Le estaba muy agradecida por ello.

—Vendería mi alma a quien me ofreciera una taza de té —musitó el doctor Francis, agarrando el atizador y removiendo las brasas del fogón—. El camino de regreso es largo y me esperan un montón de pacientes. ¿Es usted capaz de diferenciar los extremos de una tetera?

Miranda dudó. Se suponía que una chica bien educada, como él debía pensar que era, no podría ser capaz de manejarse con los cacharros de la cocina. Le habría sido muy fácil decir que no, que no era capaz, y esperar de brazos cruzados a que volviera la señora Clemm, una vez que dejara descansar a Virginia y volviera a la cocina. Pero el viejo parecía muy cansado, y además le recordaba a alguien; es como si ya conociera esa forma de enfrentarse a la enfermedad y al sufrimiento, aunque no era capaz de formar un pensamiento concreto al respecto. No obstante, la sensación era agradable.

—Vamos con ello —dijo, y le quitó la tetera de las manos. Se colocó un delantal limpio alrededor de la cintura para proteger la amplia falda rosa del hollín del fogón y, en un momento, el agua de la tetera estaba hirviendo.

—Así que no es usted tan inútil como parece, preciosa —dijo el doctor—. Utilice usted este té —dijo, extrayendo un paquete del bolsillo del pantalón—. Dudo de que aquí tengan.

En el preciso momento en el que le servía el humeante líquido, Miranda recordó por fin lo que hasta ese momento había tenido enterrado en la memoria. El otoño pasado, en la granja, también había servido un té para Jeff, la misma noche de su llegada, cuando la charla sobre el cólera había llegado a aburrirla, interesada como estaba en otras cuestiones. Y también había hablado de un médico neoyorquino… ¡que sin duda era el doctor Francis!

Se sentó, bastante asombrada, no por la coincidencia ni por el hecho de que, pese a la diferencia de edad, hubiera muchas semejanzas entre ambos médicos, sino por la emoción que sintió al acordarse de Jeff.

—¿Conoce usted al doctor Jefferson Turner, de Hudson? —preguntó ansiosamente.

—¡Por supuesto que sí! —respondió el viejo médico—. ¿Pero cómo diantre lo conoce…? ¡Ah, claro! Se me olvidaba que ustedes, los Van Ryn, viven río arriba. Jeff Turner vino a verme el año pasado. Lo cierto es que no sé si he trabajado en mi vida tan a gusto como con él. Es un chico estupendo, sí, pero todavía mejor médico.

Le ofrecí que se estableciera en Nueva York, pues quería que trabajara conmigo, pero tiene muchísimo apego a la comunidad en la que creció, tanto que no quiere separarse de ella por nada del mundo. Además, el dinero apenas le importa.

—Sí, eso es cierto —dijo, mostrando su acuerdo con algo de impaciencia. Desde el principio, el desprecio que Jeff sentía por el lujo de Dragonwyck había causado fricciones entre ellos.

El doctor Francis agarró la taza de té y soltó un exabrupto.

—¡Esta maldita guerra! Supongo que no sabe que Turner se ha ido a México. No se lo echo en cara. Si yo fuera más joven, también habría salido pitando hacia allí. Pero no deja de ser un desperdicio que un chico tan brillante como él muera.

—Bueno, supongo que no morirá —dijo, sonriendo.

Notó que el médico se enfadaba de verdad con ella. Su mirada lo decía todo.

—¿Qué sabe usted de la guerra, señora? Y, ya que estamos, ¿qué sabe usted de la vida? Usted y los de su clase siempre están bien envueltos en algodón, para que no sufran ni una rozadura. Sus magníficos y lujosos escondites están bien seguros, así que no saben que el peligro, la sangre y la muerte no son conceptos etéreos, sino hechos tangibles. ¡Por supuesto que puede morir! Y hasta tiene más posibilidades de que le pase que a otros, porque tiene agallas, es valiente y no se arredrará ante el peligro, sobre todo si lo corren otros y cree que debe ayudarlos. No le importará atender a los heridos en plena batalla y, si es necesario, empuñará las armas para pelear. —Se detuvo y la miró con intensidad—. En cualquier caso, ¿qué significa para usted Jeff Turner, señora?

Miranda desvió la vista. Había escuchado con creciente zozobra al enfadado viejo. Pensó que no sabía lo que Jeff significaba para ella.

—Es un amigo —contestó por fin.

Vio su imagen delante de ella en ese momento: el pelo del color de la arena clara, los ojos grises que, a la menor oportunidad, brillaban con una chispa de humor, las manos recias y poderosas que, sin embargo, podían ser las más suaves del mundo cuando exploraban la piel de una niña enferma como su hermanita y, junto a todo ello, ese sensación de confianza y de empatía, en absoluto superficial, que era tan inherente a él como su propio cuerpo.

—Sí, un buen amigo, al menos eso creo —remachó, hablando despacio—. Le causó muchos problemas a mi marido en la hacienda, pero también salvó la vida de mi hermana pequeña.

—¡Ambas cosas son muy propias de él! —gruñó el viejo médico

—. Bien, señora, no tengo más remedio que marcharme. Estoy casi seguro de que tiene usted unas ganas enormes de unirse a esa confabulación metafísico-poética que está teniendo lugar ahí al lado —dijo, señalando con el dedo sin ningún pudor hacia el pequeño salón—. Siento mucho haberme enfadado con usted y haber berreado. Las mujeres tan jóvenes y tan preciosas como usted no deberían tener que enfrentarse a lo desagradable de la vida. No me gustaría que perdiera ese aspecto tan maravilloso de porcelana de Dresde que presenta. —Con dos dedos, le dio un pequeño pellizco en la mejilla, agarró su cartera de médico y salió por la puerta de la cocina.

Miranda se levantó, lavó la taza, puso otro tronco en el fuego y organizó un poco más la cocina, que por otro lado estaba muy limpia y ordenada. Lo que menos le apetecía era unirse a la «confabulación» que había mencionado el médico. Las pequeñas tareas hogareñas que acababa de realizar y esa cocina tan entrañable le parecieron lo más adecuado para descansar la mente durante un rato, antes de reunir de nuevo fuerzas para sumergirse otra vez en las oscuras y tempestuosas emociones que le hacía experimentar su vida con Nicholas.

Conociéndole ya bastante más que antes de su matrimonio y sabiendo por tanto cómo eran algunos aspectos de su forma de ser, le resultaba sorprendente que le hubiera permitido estar fuera de su alcance y de su vista durante tanto tiempo, lo cual demostraba que la entrevista con Poe estaba siendo para él excepcionalmente interesante.

Cuando finalmente abrió la puerta que daba a la otra habitación, comprobó que su suposición era acertada. Nicholas le hizo un gesto con los ojos, invitándola a sentarse, pero inmediatamente dejó de prestarle atención. Los dos hombres habían colocado las sillas junto a la mesa, en medio de ellos descansaba la botella de brandi, ya medio vacía, y dos vasos. La señora Clemm se había llevado a Virginia al dormitorio y estaba allí con ella. La señora Ellet, a la que ninguno de los dos hombres hacía el menor caso, estaba sentada en el ahora disponible sofá y se abanicaba con gestos irritados y nerviosos. Su mirada maliciosa no se perdía detalle de la escena de la mesa, Miranda podía leerle el pensamiento como si estuviera hablando: «¡Querida, Poe está borracho como una cuba, te lo aseguro! Te puedo asegurar que ha sido indignante… ¡Y desde el primer vaso! Y también pude ver que el pobre señor Van Ryn, un caballero de la cabeza a los pies, por supuesto, también estaba de lo más avergonzado».

Miranda se sentó en la tercera silla sin hacer ruido. Apenas entraba luz por las ventanas en ese momento, ya que el sol se había ocultado tras los abetos que bordeaban la carretea de Kingsbridge. Muchos rincones de la habitación estaban a oscuras, pero la escasa luz que aún había era suficiente para apreciar el deplorable cambio en el estado de Poe, el temblor constante de las manos, el antinatural pliegue de los labios y el brillo enfermizo de los ojos, muy abiertos.

Miranda volvió la cabeza, tan horrorizada como apenada. Pese a su inexperiencia, se dio cuenta de que lo que le ocurría era algo más que una simple borrachera. Y es que la ingesta de la más mínima cantidad de alcohol era un veneno para el precario equilibrio de la salud del poeta, que le hacía perder el control por completo.

Y Nicholas estaba allí sentado, tan tranquilo, con los brazos cruzados y absolutamente relajado, observando con sardónico interés el espectáculo que se desarrollaba delante de él. No se había bebido ni la cuarta parte de su vaso de brandi.

Poe se llevó el vaso a la boca con mano temblorosa.

—¡La fama! —exclamó con voz pesada—. ¡No me importa ni lo más mínimo, lo he dicho muchas veces! ¡Es una falsedad! No me interesa en absoluto. —Se inclinó hacia delante de forma involuntaria y se le cayó el vaso, que se estrelló contra el suelo.

Al escuchar el ruido, la señora Clemm se acercó a toda prisa y se hizo cargo de la situación.

—¡Oh, Eddie, querido! ¿Cómo has podido hacerlo otra vez? ¡Nos lo habías prometido! —exclamó, agarrando la botella. Después lanzó una mirada de disculpa a los invitados.

—¡No te la lleves, Muddie! —espetó Poe, agarrándola del brazo con gesto febril—. ¡Es mi medicina, mi líquida nepente! ¡Devuélvemela, mujer irresponsable! ¿No te das cuenta de que con esta ambrosía dorada me convierto en un rey? ¡Me enseña el camino que va directo a los cielos y a su paz amnésica!

—Muy bien, Eddie, querido —dijo la mujer con calma, acariciándole la frente—. Lo que has dicho es de tu nuevo poema, ¿verdad? ¿Por qué no se lo lees a tus invitados? —le propuso, al tiempo que escondía la botella detrás de la espalda, abría un cajón del escritorio y sacaba un par de folios escritos.

—Le ruego que lo haga, señor —dijo Nicholas, cruzando las piernas—. Sería un gran honor para nosotros.

El poeta frunció el ceño, moviendo con fuerza la cabeza de un lado a otro y agarrando todavía el brazo de la señora Clemm. En ese momento, desde el dormitorio llegó el sonido de la tos agonizante

de Virginia.

Por el rostro de Poe cruzó un espasmo de terror en estado puro. Levantó la cabeza y dejó de moverla, y la mirada salvaje, desenfocada y enloquecida recobró gradualmente una cierta sobriedad.

—Lee el poema, Eddie —repitió la voz de su suegra y tía con tono maternal, mientras intentaba avanzar hacia la habitación de su hija. Después de una larga experiencia, la señora Clemm había aprendido que este era el sistema para traerlo de vuelta a la lucidez, siempre y cuando no hubiera sobrepasado la frontera de la absoluta irracionalidad. En ese caso, tardaba varios días en recuperar un estado más o menos cuerdo. La mujer había entendido a su modo que sus ininteligibles poemas, cuyo significado ella no lograba captar jamás, eran una forma de sacar fuera las miserias que lo torturaban, tanto la interior como la de sus tristes circunstancias, y mucho menos dañina que el peligrosísimo licor, que lo sacaba de sus casillas y podría hasta matarlo.

Suspiró con alivio cuando la mano de su sobrino se relajó, la soltó y buscó los folios que había encima de la mesa. Los agarró con cierta dificultad y empezó a leer:

—Los cielos estaban cenicientos y lúgubres;
las hojas, marchitas y secas…

Su tono de voz, al principio arrastrado e incoherente, fue ganando poco a poco potencia y timbre. Transcurridos solo unos instantes, ya pronunciaba y acentuaba cada sílaba con acierto y delicadeza, de modo que las palabras sonaban armoniosas y melódicas. Había heredado de sus padres, ambos actores, el talento para comunicar las emociones a quienes lo escuchaban.

La señora Ellet dejó de abanicarse y se inclinó hacia delante. Todos guardaban un silencio casi sepulcral, incluido Nicholas, mientras la voz palpitaba y adquiría cadencias evocadoras y extrañas.

Ulalume era el poema que estaba leyendo para ellos. Una elegía que se adelantaba a la muerte de Virginia y ponía de manifiesto el recurrente tema de la derrota de su alma.

Miranda no encontró significado alguno en los primeros versos, aunque sí que reconoció su gran musicalidad y su evocadora potencia.

—Y ahora, mientras la noche envejecía

y las manecillas de las estrellas apuntaban al ama…,
mientras en las manecillas de las estrellas se intuía el ama…,
al final de nuestro camino un líquido
y nebuloso lustre nació…

Pero fue en la siguiente estrofa cuando captó por completo el significado del poema, y la cautivó. Fue como si la voz, con su arrolladora fuerza interior, fuera capaz de derribar puertas de hierro y nieblas, y lograra transportarla a «la región de los suspiros». La tristeza invadió todos los rincones de su cuerpo. Pero no solo sintió tristeza, sino una inquietante premonición. Durante unos segundos sintió el mismo terror que la invadió aquella tarde en el salón rojo, y fue como si cada una de las palabras estuviera dirigida a ella, y solo a ella.

—Pero Psique, alzando su dedo,
dijo: «Tristemente, desconfío de esta estrella,
desconfío extrañamente de su palidez:
¡Apresúrate! ¡Oh, no nos detengamos!
¡Oh, vuela, volemos, pues es necesario!».
Habló con terror, dejando caer sus alas
hasta que hicieron surcos en el polvo.
Sollozó en su agonía, dejando caer
plumas hasta que hicieron surcos en el suelo.
Hasta que con pesar hicieron surcos en el suelo.

Miranda, de manera consciente y voluntaria, dirigió una asustada mirada hacia su marido. Durante el tiempo que dura un latido del corazón, una de las frases se repitió en el alma como un redoble de tambor: «Tristemente, desconfío de esta estrella».

Se removió ligeramente en la silla y Nicholas se volvió para mirarla, le dedicó una sonrisa y movió la cabeza indicándole que no interrumpiera el recital. El gesto la devolvió a la realidad y se relajó. Se trataba solo de una habitación en la que había varias personas y un poeta borracho, aunque extraordinariamente elocuente.

Como reacción, escuchó con impaciencia el resto del poema, pensando que era innecesariamente oscuro y tenebroso. Ya estaba harta de esta situación morbosa, de esa pequeña casa de campo llena de enfermedad y de miseria humana. Lo sentía por ellos, lo sentía muchísimo, pero echaba también mucho de menos la

espaciosa y cómoda elegancia de su dormitorio. Le estaba empezando a doler la cabeza y el calor se hacía cada vez más intenso.

> —Bueno, ahora lo sé. Este difuso lago de Auber,
> esta neblinosa región en el medio de Weir.

El poema había terminado por fin.

—¡Extraordinario! —exclamó Nicholas de todo corazón, y Miranda se sintió aliviada cuando vio que se levantaba.

—Absolutamente distinto a todo, divino… —dijo la señora Ellet, levantándose también. Cautelosamente y con la punta de los dedos, tocó la mano de Poe, murmuró que había sido un gran placer, respiró sonoramente por la nariz cuando olió los efluvios a brandi que impregnaban la habitación y salió para decirle adiós a Virginia.

—Todavía no está acabado del todo, tengo que hacer bastantes cambios —dijo Poe con tono aburrido. Había perdido toda la vitalidad mostrada al recitar el poema y su forma de hablar volvía a ser errática. Con un lápiz, hizo un par de anotaciones inútiles en el manuscrito y después hundió la cabeza entre los brazos, que había apoyado sobre la mesa. Su respiración se volvió muy sonora, casi estentórea.

—¡Pobre Eddie! —dijo la señora Clemm—. Ya está profundamente dormido. Por favor, caballero —dijo, dirigiéndose a Nicholas de forma suplicante—, con sinceridad, ¿de verdad le ha gustado el poema?

—Creo que es uno de los mejores que ha escrito.

Su rostro, ansioso hasta ese momento, se iluminó.

—¿Podría ayudar un poco a que se publicara? Sé que usted no se dedica a estas cosas profesionalmente, pero quizá sí que podría decir algo, aquí o allá, en el lugar adecuado. El señor Gove también lo ha escuchado y nos dijo que haría lo que pudiera.

—Estaré encantado de intentarlo —respondió Nicholas, y dejaron a la señora de nuevo sola y al cuidado de sus dos muchachos enfermos…

Aquella noche, cuando Miranda y Nicholas estaban sentados en el fresco comedor, disfrutando de una cena tardía, ella acumuló el valor suficiente como para hacerle la pregunta que había estado rondándole la cabeza durante todo el viaje de vuelta.

—¿Ha ido la visita como esperabas, Nicholas? ¿Te alegras de que hayamos estado allí?

Dejó la taza de café sobre la mesa y frunció ligeramente el ceño.

—El hombre no merece la pena —dijo desdeñosamente—, sin embargo, sus sueños me dan envidia.

—Sus sueños… —repitió ella sin entender.

Nicholas asintió, pero cerró los labios con firmeza y no se explicó.

Poe, la persona, lo había decepcionado. Nicholas esperaba encontrar una especie de alma gemela, alguien que compartiera su desprecio por la mezquina moralidad y la prosaica actitud hacia el mal que él mismo sentía. Pero, en lugar de eso, lo que había encontrado era una debilidad despreciable, un hombre enfermo, agarrado desesperadamente a su madre política y suspirando por el alcohol y, lo que era aún peor, absolutamente horrorizado por la idea de la muerte.

Sin embargo, durante la conversación con él, hubo un momento que le compensó, pues, de manera inconsciente, sugirió una forma de adentrarse en los dominios místicos del poder y de la consciencia superior. Una forma incomparablemente superior a los sucios caminos del alcohol. Nicholas pensó que quizá podría experimentarla en algún momento.

—¿No podrías enviarles un poco de dinero a los pobres…? —sugirió Miranda al ver a su marido tan pensativo.

Él se encogió de hombros y volvió a agarrar la taza de café.

—Cuanto antes muera su mujer, mejor será para todos, incluida ella misma, o al menos eso creo. Pero, si quieres, le ordenará a Bronck que les haga llegar una cantidad.

Estaba tan deseosa como él de olvidarse de la visita, y así lo hizo. Pero, al igual que le pasó a Nicholas, hubo algo que no pudo apartar por completo de su mente. En su caso, se trataba del inesperado placer que había sentido en aquella pequeña cocina al hablar de Jeff. No obstante, el recuerdo del médico la intranquilizaba. Aunque no pensaba demasiado en él, no dejaba de leer las noticias que llegaban de la guerra. Y siempre que se publicaban listas de bajas las leía con ansiedad y sentía un profundo alivio al leer el último nombre.

Capítulo 15

A mediados de junio, el calor llegó a su punto culminante, varios días de bochorno abrumador y noches húmedas y asfixiantes. Ni siquiera se podía encontrar alivio en los jardines de la calle Stuyvesant, ya que la ciudad los cercaba, estaba demasiado próxima. Los olores de la calle, a excrementos, basura y polvo, eclipsaban por completo los aromas de las rosas y resedas del jardín. Parecía también que los ruidos se magnificaran, sobre todo los gritos de los vendedores ambulantes y el traqueteo de los carros, cuyas ruedas de madera vibraban sobre los adoquines de la calle. Y a través del denso aire llegaban los bramidos del ganado preparado para el sacrificio, procedentes del gran mercado de la calle Cuarenta y dos, lo cual contribuía a la confusión de los sentidos.

Todos los que podían abandonaban la ciudad y, entre ellos, naturalmente, se encontraban los Van Ryn. Un jueves por la maana, Nicholas y Miranda se subieron a bordo del *Reindeer* para remontar el Hudson. Desembarcarían en el muelle de Catskill y después recorrerían en carruaje los aproximadamente quince kilómetros hasta el hotel de montaña de Pine Orchard.

Miranda tenía la esperanza de que, puesto que los arreglos de la mansión de Dragonwyck todavía no habían finalizado, Nicholas la llevara de viaje. Durante las dos semanas anteriores habían acudido a fiestas organizadas por los Schermerhorn y los Astor, en las que Miranda se había encontrado con personas que tenían planes para el verano mucho más interesantes que los de ellos. Unos iban a ir a la playa de Rockaway, otros a las White's Mountains; dos parejas iban a ir nada menos que a las cataratas del Niágara y a la región de los Grandes Lagos, concretamente al lago Erie.

—¡Cuánto me gustaría ver el océano de verdad! Sabes que no lo he visto nunca, Nicholas… ¡O las cataratas del Niágara! —le había dicho con anhelo, pero no le hizo ningún caso y, por tanto, no

cambió su plan ni un ápice. Ya había viajado bastante durante el año del luto y, además, quería permanecer cerca de Dragonwyck para poder estar presente en el día de cobro de la renta de julio, además de supervisar el final de las obras de la casa.

—Podemos ir unos días a Saratoga si nos cansamos del hotel de montaña —dijo, y con eso terminó la conversación.

Miranda, apoyada sobre el pasamanos de caoba del *Reindeer,* mientras miraba la orilla de los Palisades, pensó que quizá se estaba comportando de forma desagradecida y codiciosa por desear viajar más. ¡Qué distinto era este viaje del primero que realizó río arriba! El barco se parecía mucho a aquel; pero el *Swallow,* el elegante *Swallow,* con la imagen del pájaro al que hacía referencia su nombre, una golondrina, pintada en azul junto a la gran rueda del vapor, ahora no era más que un amasijo de madera podrida que yacía en el fondo del Hudson. El *Swallow* había realizado demasiadas carreras con el *Express,* y el año anterior se había estrellado contra las rocas de una pequeña isla llamada Noah's Brig y se había partido en dos. Se ahogaron una docena de personas.

Miranda se preguntaba si lo que sintió aquel día no habría sido una premonición, cuando la carrera la asustó tanto. Volvió la cabeza para mirar la esquina del puente, casi idéntico al del *Swallow,* con el mismo recoveco en el que Nicholas la había acomodado aquel día de junio de hacía dos años, una casi andrajosa figura con un vestido de lana y un horroroso sombrero barato. ¡Cómo le asombraron los arcos y los adornos de madera del barco, los candelabros, las tupidas alfombras rojas y las estatuas! El *Reindeer* era aún más lujoso, paro ahora Miranda estaba acostumbrada a la magnificencia.

Se miró el vestido de viaje de muaré azul, que se ajustaba perfectamente a su figura, realzada por la suave brisa del río. Ese vestido había costado cien dólares y ni siquiera lo había considerado caro. Aquella chica que estuvo sentada en un discreto rincón se habría quedado horrorizada si hubiera sabido el precio, pese a lo mucho que le gustaba la ropa bonita. Había muchos años en los que la granja no producía ni cien dólares de beneficios.

¡Cuánto había cambiado! Pero bajo la capa superficial de orgullo que sentía, se encontró con una base de desazón. Había conseguido todo lo que ansiaba la Miranda de hacía dos años, todo aquello lo habría considerado un verdadero paraíso: riqueza, posición social… y a Nicholas. ¿Por qué se acordó entonces de un refrán, presuntamente español, que leyó hacía tiempo en una de esas novelitas románticas absurdas que le prestaba Debby Wilson, *La*

venganza de la gitana? Decía algo así como: «¡Ten cuidado con lo que deseas porque puede hacerse realidad!».

«¡No sé qué diablos me pasa!», pensó con impaciencia, y se dio la vuelta al ver que Nicholas se acercaba.

—Vamos a cenar, querida mía —le dijo alegremente, colocándole el brazo sobre el suyo—. El capitán nos espera en su camarote. —Parecía estar disfrutando del viaje en barco. Le gustaba aquel río que se deslizaba junto a su hacienda y, aunque apenas compartía sentimientos con el resto de la raza humana, uno de los pocos era esa sensación de libertad y ocio alegre que produce viajar en barco.

En uno de los desiertos pasillos que conducían al camarote del capitán, se inclinó sobre ella y la besó. Fue el tipo de beso que un recién casado le da a su amada del alma. Así que Miranda entró en el camarote radiante de felicidad.

Esa sensación se mantuvo durante el desembarco y el tedioso viaje en carruaje por un camino muy empinado que llevaba hasta el hotel. El Pine Orchard se consideraba una de las maravillas de la zona este del país. Era visita obligada para todos los extranjeros que viajaban a esa zona de los Estados Unidos. Harriet Martineau había escrito al respecto que hubiera preferido perderse las praderas del centro del país, el Mississippi y hasta las cataratas del Niágara, en lugar de ese hotel. Su fama no se basaba en su excelente cocina, ni en su fachada, que imitaba el estilo griego clásico con columnas corintias, ni siquiera en la magnífica forma de gestionarlo de sus dueños, la familia Beach. Lo que verdaderamente convertía el lugar en único era el romanticismo inherente al lugar en el que se encontraba, al pie de un precipicio de ochocientos metros de altura y, consecuentemente, a las espectaculares e impresionantes vistas que tenían las habitaciones y muchas de las zonas comunes.

Cuando Miranda atravesó al hotel y llegó a la terraza, se quedó con la boca abierta. Le pasaba a todo el mundo. Se podía ver todo el valle del Hudson, con sus extraordinariamente fértiles campos brillando al sol de la tarde. A unos doce kilómetros hacia el este, el gran río se estrechaba considerablemente y empezaba a trazar curvas, de camino a Albany y Rhinebeck. A más de setenta kilómetros, ya en Massachusetts, los montes Berkshire se elevaban contra el horizonte, oscuros e irregulares. Podía verse de vez en cuando una nube flotando o un evanescente rastro de niebla que oscurecía las granjas en la lejanía, lo que acentuaba la sensación de encontrarse en algo así como la cima del mundo.

—Volar debe parecerse a esto… —musitó Miranda, casi sin

aliento. Los paisajes siempre afectaban mucho a su estado de ánimo, y le pareció que quien viviera habitualmente en este lugar tendría que estar siempre feliz, como si estuviera más cerca de Dios, ese ser que últimamente se había convertido para ella en algo vago y nebuloso, al que seguramente no le llegaban sus oraciones, siempre apresuradas y tímidas. El divertido desprecio por la religión de Nicholas había terminado por afectarla. Ya no leía nunca la Biblia, y los tres últimos domingos no había acudido a la iglesia. No es que Nicholas se lo prohibiera, pero ponía bastantes dificultades. Aunque Saint Marks estaba justamente a la vuelta de la esquina de la casa, siempre insistía en que acudiera acompañada por un criado y en el carruaje. Él no iba a acompañarla, por supuesto. Además, cada vez se despertaba más tarde por las mañanas, ya que por las noches acudía a eventos sociales y, cuando no era el caso, Nicholas raramente se acostaba antes de la medianoche.

Su entrenamiento para la vida aristocrática no había estado falto de cierta sensación de culpabilidad. Pero en este lugar paradisíaco, tan cercano al cielo, pensó, con esa convicción juvenil de que un cambio de aires daba lugar de forma inevitable a cambios personales, que aquí todo sería sencillo y fácil.

Durante unos cuantos días disfrutó con todo: la lujosa *suite,* de tres habitaciones, la vivificante frescura del aire de las montañas, las personas con las que se encontraba, todas muy bien vestidas y de magnífico aspecto, tanto en el comedor como en la sala de baile para los conciertos vespertinos, o en la terraza, desde la que disfrutaba de las maravillosas vistas. Le habría gustado mucho charlar con algunas de esas personas, como la joven pareja de Charleston, la ruidosa familia Benton, con cuatro hijos, que habían viajado desde Boston y nunca se cansaban de entretenerlos con anécdotas llenas de humor que les habían sucedido durante el largo viaje, e incluso el trío de damas de avanzada edad que siempre se sentaban en una de las esquinas de la terraza a hacer punto y beber limonada mientras cotilleaban.

Pero, al parecer, Nicholas no tenía la menor intención de hacer amistad con nadie. Rechazó de forma desairada un par de tentativas, y después de eso nadie volvió a molestarse en intentarlo. Esta preferencia por la soledad no produjo hostilidad en el resto de los huéspedes del hotel, pues sabían que estaban en su viaje de novios, pero sí que incrementó el interés por la romántica pareja.

Cuando entraban en el comedor, todas las conversaciones se detenían y no se reanudaban hasta que el camarero les conducía a su mesa privada. Todas las mujeres se afanaban en intentar adivinar

el perfume que se había puesto aquel día la señora Van Ryn. Y el caso es que ambos eran tan atractivos y desprendían tal aire aristocrático, como el de las parejas de las que solían hablar los periódicos y revistas, que hasta los hombres tenían cierto interés y escuchaban con tolerante paciencia las frases de admiración de sus esposas.

Las dos primeras semanas pasaron muy deprisa y, aunque junto a Nicholas la relajación era casi imposible, tampoco había lugar para el aburrimiento. En realidad y de forma inconsciente, Miranda echaba de menos hacer algo, solo descansaban y se llenaban de naturaleza; en otras palabras, quería liberarse de la tensión. La relativa indiferencia por las relaciones conyugales de las últimas semanas, que ella, en su inocencia y falta de experiencia, había considerado algo normal, se truncó de nuevo en una violenta pasión.

Estos ciclos, tan opuestos, se extendieron a lo largo del tiempo y no resultaba sorprendente que ella fuera incapaz de preverlos con cierta antelación, ni tampoco que los recibiera con una sumisión total. Pensaba que el matrimonio siempre debía de ser así, y si no lo era, no tenía forma de averiguarlo. ¡Antes morir que hablar con nadie de tales temas!

A veces obtenía un oscuro placer, del que se sentía avergonzada, pero lo que siempre había era dolor. Pensaba que, para él, su cuerpo era un mero instrumento, sin ningún tipo de identidad personal. Pero tenía que someterse, sin mostrar miedo, ya que la más mínima resistencia incrementaba su brutalidad. Hacía lo que debía, pues una mujer siempre debe obedecer a su marido. Pero, por debajo de todo, como una capa de granito bajo la arena, estaba la verdadera razón de su proceder: el deseo de esclavizar sus sentidos y su alma.

El uno de julio, Nicholas le dijo que iba a dejarla sola durante tres días, a partir del siguiente, y la invadió una ola de alivio que controló rápidamente.

—He dado órdenes para que, mientras estoy fuera, se te sirvan las comidas en el salón de la *suite* —dijo Nicholas—. Por supuesto, no quiero que aparezcas sola en el comedor.

Sabía que era inútil protestar, pero se sintió defraudada. Había imaginado que quizá podría trabar amistad con la familia Benton o incluso con las damas ancianas que se sentaban todas las noches en la terraza. Ansiaba poder hablar con alguien, pero también se culpaba por ello. Una recién casada no se relacionaba con los demás.

En aquel momento estaban precisamente en el salón, después de haber desayunado, y volvió los ojos hacia la ventana. El sol de la mañana iluminaba el valle en su totalidad, y el día era tan claro que, por detrás de los montes Berkshire, se podían ver los altos picos de las White´s Mountains. La belleza de la vista había supuesto para ella un gozo constante, pero ahora, y durante tres días, también sería su única compañía. Pensó con oscuro humor que eso le pasaba precisamente por disfrutar tanto del paisaje.

—Vamos, querida —dijo Nicholas, sacándola de sus lúgubres pensamientos y tocando el timbre para que acudiera el criado del hotel—, vistámonos para nuestro paseo matinal.

Era lo que hacían habitualmente por las mañanas. De hecho, habían explorado los caminos montañosos varios kilómetros a la redonda.

Nicholas había enviado a los criados a Dragonwyck para que ayudaran a preparar la mansión, sabiendo que el excelente servicio del hotel cubriría perfectamente sus necesidades. De hecho, Miranda apenas hacía uso de una doncella personal que tenía asignada, pues le encantaba cuidar ella misma de su magnífico guardarropa. Su habilidad con la aguja le procuraba no solo entretenimiento, sino un auténtico placer, y disfrutaba mucho colocando flores frescas en la ropa interior, añadiendo lazos azules a algunos vestidos, cosiendo saquitos de heliotropo o verbena a los corpiños de los vestidos, antes de colocarlos en los armarios para que los perfumaran. Pero también había mucho que lavar y que planchar, enaguas que almidonar, ropa de cama que cambiar a diario, sombreritos que planchar y refrescar, y eso no lo podía hacer ella. Ese era el trabajo de una de las dos criadas que habían sido asignadas a la *suite,* una especie de autómatas silenciosas, vestidas con delantales de percal y cofias y que no tenían para ella la más mínima individualidad, con la excepción de que una de ellas era muy joven y cojeaba ligeramente.

Fue precisamente esa criada la que se presentó tras la llamada de Nicholas. Y es que Miranda, tras examinar la pila de ropa recién lavada, había descubierto que uno de los volantes de su salto de cama preferido, el de muselina de la India, se había desgarrado, y después alguien había intentado arreglar el desaguisado con unas torpes puntadas.

—¿Sabe cómo ha podido ocurrir esto? —preguntó Miranda con tono de enfado, señalando la prenda.

No hubo respuesta. La criada se frotó las manos en el delantal.

—¿Y bien? —insistió Miranda, con tono un poco más suave—.

¿Lo ha hecho usted?

La chica estaba extremadamente delgada y su aspecto era anodino. El uniforme rosa le sentaba fatal, pues no tenía cuerpo al que ajustarse y la cofia apenas ocultaba un pelo castaño sin ningún lustre. Tenía la cara muy redonda, de rasgos celtas y mejillas salientes, que parecían servir solo para sujetar unos ojos muy abiertos y asustados.

Miranda esperó sin decir nada más, y la chica por fin se mojó los labios.

—La plancha estaba demasiado caliente, señora… Por favor, no diga nada, se lo ruego. Me echarían sin remedio. —Tragó saliva y retorció tanto el delantal entre los dedos—. ¡Por favor, querida señora! —añadió con voz rota—, no sabe lo que siento haber estropeado esa prenda tan preciosa, pero nunca había utilizado una plancha de hierro hasta que vine aquí.

—¿Y por qué plancha si no sabe hacerlo? —preguntó Miranda, colocando la prenda sobre la cama.

—Pues… —La chica agachó la cabeza y, desde abajo, la miró entre avergonzada y miedosa a través de una pestañas largas y oscuras. No pudo ocultar su origen irlandés al pronunciar la siguiente frase—. La cosa es que ellos no lo saben, señora. Para conseguir este trabajo tuve que decir alguna mentirijilla que otra, que los santos del cielo me perdonen.

Para su sorpresa, a Miranda le gustó la muchacha. Seguro que, si no pareciera un gato hambriento, podría resultar atractiva, y hasta guapa.

—Entonces el trabajo es muy importante para usted, ¿no? Por cierto, ¿cómo se llama? —preguntó.

—Peggy O'Malley, señora, llegué a este país en barco hace menos de un mes. Seguro que estoy tan verde como los prados que hay alrededor de mi casa. Y respecto al trabajo… —Su gesto se volvió sombrío de nuevo—. Este trabajo es todo lo que tengo en el mundo, señora, y veo difícil que pudiera conseguir otro.

De repente, Miranda se acordó de la cojera. No, no le resultaría fácil a una inmigrante irlandesa tan joven e inexperta encontrar otro empleo, sobre todo habiendo tantas personas fornidas y con experiencia entre las que escoger.

—Yo misma lo arreglaré, Peggy, pero a partir de ahora deberás ser más cuidadosa —dijo, tuteándola con tono cariñoso.

La chica agarró la mano de Miranda y se la besó.

—¡Que los santos bendigan su bondadoso corazón, señora! Voy a probar las planchas sobre mi propia piel antes de que toquen nada

suyo, señora. —Hizo una torpe reverencia y salió de la *suite* a toda velocidad, camino del pasillo. Miranda observó el patético esfuerzo de la chica para disimular la cojera de la pierna derecha y no pudo evitar que la invadiera la tristeza.

Cuando Nicholas y ella iban de camino hacia las North Mountains y Artists' Rock, sacó a colación el tema.

—¿Qué pasa con todas esas irlandesas que no dejan de venir aquí? Quiero decir, ¿tienen alguna alternativa, salvo dedicarse al servicio?

A Nicholas le divirtió la pregunta.

—¿Desde cuando te preocupan los problemas sociales, amor mío? Bueno, supongo que también pueden encontrar trabajo en las fábricas.

—¡Pero las condiciones allí son horribles! —exclamó, recordando que una chica de Greenwich se había marchado a trabajar en un molino de hilar que estaba cerca de Hartford. La muchacha regresó seis meses después, enferma de tisis, y no paraba de contar historias terribles de oscuridad e inmundicia, además de las dieciséis horas de trabajo al día, sin tiempo para descansar.

—Sin duda —confirmó Nicholas.

A ella le habría gustado seguir hablando del tema, ya que no dejaba de pensar en la pobre chica, que incluso siendo más joven que ella se había atrevido a luchar sola en una tierra extraña y muy lejana para ganarse la vida, y en un país que solo era hospitalario si el que llegaba se dejaba explotar hasta la extenuación.

No obstante, una explosión de gritos y risas la sacaron de sus silenciosos pensamientos. Al doblar un recodo del camino apareció la incontenible familia Benton. Los críos, niños y niñas, todos en pantalón corto y tocados con sombreros marineros de paja, se subían por las rocas como si fueran cabras, arrancando hierbas y flores silvestres y sin parar de dar alaridos. El más joven, un crío de cinco años con un suéter de manga corta, gritaba tan fuerte como los demás, pero no podía moverse con libertad, ya que tenía que sujetar contra el pecho a un cachorrito de Spaniel de pocas semanas de edad.

Los padres, calzados con botas de montaña y ropa de marcha, los seguían con un poco más de tranquilidad, aunque la verdad es que hacían casi tanto ruido como su prole.

—¡Willie! —le gritó la señora Benton al pequeño—. ¡Aléjate de ese árbol, que tiene hiedra venenosa! ¡Samantha, mira que mariposa tan bonita! ¡Chicas, poneos los guantes otra vez! ¡Os van a salir verrugas! ¡Willie! ¡Suelta el cachorro! Si sigues apretándolo de

esa manera lo vas a aplastar. —Al tiempo que el pequeño Willie obedecía a regañadientes, la señora Benton descubrió la presencia de los Van Ryn—. ¡Oh! —dijo, dirigiéndose a su marido con el mismo tono estridente que anteriormente—. ¡Los recién casados! ¡Qué romántico!

Nicholas hizo una exclamación de enojo.

—Demos la vuelta —susurró a Miranda, sin tener en cuenta el hecho irrefutable de que los Benton ya los habían rodeado como una partida de indios. La mujer se acercó a ellos muy sonriente, sin duda, decidida a no desaprovechar la oportunidad de conocer a la esquiva pareja. Extendió la mano y empezó a hablar a toda velocidad.

—Es un día magnífico para un paseo, señor Van… —Pero su discurso quedó interrumpido por un grito de Willie capaz de helar la sangre a cualquiera. Su angustia contagió a los otros niños, que salieron corriendo—. ¿Qué pasa, querido? —exclamó la señora Benton, mirando al niño por todas partes de forma frenética, buscando la herida que sin duda le había hecho berrear de esa manera.

—¡El perrito, allí…! —sollozó el niño, señalando al acantilado que estaba cerca del camino. Todo el mundo miró a la vez hacia donde señalaba. Había un escarpado descenso de unos diez metros y, después, una plataforma. En ella se podía adivinar una pequeña bolita marrón, de la que surgía un tenue quejido.

Todos los niños empezaron a llorar a la vez, mientras que Willie escondía la cara contra el pecho de su madre. Parecía evidente que el perrito no tenía salvación.

El señor Benton se retorció los bigotes y después se sonó la nariz.

—¡Pobre criatura! —dijo con sentimiento—. Tranquilos, niños. Conseguiremos otro perrito.

Willie miró a su padre con expresión horrorizada.

—¡Pero tiene que ir a por él, padre! ¡No puede dejarlo ahí! ¡Está llorando, lo he oído!

—¡Eso es imposible, Willie! —contestó el padre, mirando hacia el acantilado y hablando de forma brusca debido a su propia angustia—. Es imposible llegar ahí.

—Yo lo recogeré —dijo Nicholas.

Todos los niños dejaron de llorar y se lo quedaron mirando con los ojos como platos y la boca abierta.

—Le agradezco mucho su ofrecimiento, caballero —dijo el señor Benton—, pero no puedo permitir que arriesgue su vida por un

perrito. Además, es completamente imposible.

Nicholas alzó las cejas, como si estuviera sorprendido.

—Yo nunca intento nada que no pueda hacer —afirmó, al tiempo que se despojaba de la levita de paseo—. ¿Serían tan amables de dejarme sus pellizas?

Sorprendidos, los dos Benton se quitaron sus dos prendas, que eran bastante largas. Nicholas las ató y después unió la suya. Finalmente, sujetó uno de los extremos a la raíz de un árbol.

—Nicholas, no… ¡Por favor, no lo hagas! —susurró Miranda.

No le hizo el menor caso. Tenía el gesto decidido y fruncía el ceño debido a la concentración, pero en sus ojos se podía ver un brillo excitado. Miranda había visto en él esa expresión antes, durante su primer viaje por el Hudson, cuando se produjo la carrera entre los dos barcos, y también la noche en la que se había enfrentado a los arrendatarios contrarios al sistema y disfrazados torpemente de indios.

La unión de los abrigos llegaba de sobra a la plataforma, y cuando Nicholas empezó a descender con cuidado, la señora Benton soltó un gritito de angustia y cerró los ojos.

—¡Se va a matar…! —susurró.

Mientras observaba la escena, el corazón de Miranda palpitaba con tanta fuerza que parecía golpearle las costillas, pero la verdad es que no dudó ni por un momento de que Nicholas fuera capaz de hacerlo. Era perfecta conocedora de la potencia de su cuerpo, de su capacidad para controlar los músculos y de la fuerza de su voluntad. Los aterrorizados Benton no podían saber, al contrario que ella, que ese descenso, aparentemente milagroso, de la escarpadura, era posible para él porque no tenía ningún miedo y, libre de ese obstáculo que atenaza a la mayoría de las personas en situaciones de peligro, era capaz de centrar su rápida atención y su aún más rápido cerebro para descubrir las irregularidades de la escarpadura en las que agarrarse con las manos y sujetarse con los pies. En menos de un minuto llegó a la pequeña plataforma, agarró al aterrorizado perrito y lo metió dentro de la camisa, junto al pecho.

Tardó en subir dos minutos y se quedó de pie en el sendero, sin que apenas se hubiera acelerado su respiración, estaba segura de que tampoco su pulso.

—Ha sido… maravilloso, caballero —dijo el señor Benton tartamudeando—. No se me ocurre la manera de agradecérselo.

Los niños se arremolinaron alrededor de Nicholas, mirándolo con veneración, como si fuera un héroe de uno de sus libros de

aventuras. Colocó el perrito sobre las acículas de los pinos. Ya en el suelo, el animal soltó un ligero quejido y se lamió frenéticamente una de las patas.

—Me atrevería a decir que se va a salvar. Ese arbusto de ahí abajo amortiguó mucho la caída —afirmó, al tiempo que se volvía a poner la levita de paseo.

Mientras Willie acunaba al perrito, acariciándolo y hasta besando las peludas orejas, la señora Benton se unió a su marido, deshaciéndose en palabras de agradecimiento y admiración, pero Nicholas no se detuvo a escucharles. Sonrió brevemente, tomó de la mano a Miranda y se apresuró a volver con ella al hotel.

—Estoy muy orgullosa de ti —susurró después de que torcieran el recodo y los Benton les perdieran de vista—. ¡Oh, Nicholas, querido… no pensaba que fueras a…! —Como consecuencia de su entusiasmo notó que se atragantaba ligeramente. No se le habría ocurrido que fuera capaz de poner en peligro su propia vida por salvar a un pequeño animal y aliviar la tristeza de un chiquillo. Estaba claro que no era tan indiferente al sufrimiento como quería aparentar—. ¿Quieres hacer el favor de ir un poco más despacio y dejarme que te diga lo valiente y maravilloso que has sido? —dijo de la forma más insinuante que pudo, dado que Nicholas ni había vuelto la cabeza y seguía avanzando a grandes zancadas por el sendero.

—Miranda, querida mía, agradezco tu entusiasmo marital, pero vamos a dejarnos de cursilerías.

Ella soltó la mano de su brazo. Durante un momento tuvo sus dudas, pero solo durante un momento, porque su imperioso deseo de creer en la bondad innata de su marido era tan grande que venció a su despegado comportamiento. A los hombres siempre los avergonzaba que se hiciera referencia a su bondad y valentía, así que el hecho de que las minimizara a su sarcástica manera era lo normal, en su caso y en el de todos.

—De acuerdo —dijo, sonriéndole ampliamente—. No volveré a decir ni una palabra, excepto que ha sido grandioso. —Nunca lo había amado tanto como en aquel momento.

La convicción de que, por fin, había descubierto una debilidad secreta y escondida en el corazón de Nicholas se mantuvo incluso cuando se negó fríamente a saludar a los Benton en el comedor. Estos, tras lo sucedido por la mañana, lógicamente esperaban poder hablar con los Van Ryn para volver a mostrarles su agradecimiento. Pero Nicholas siguió manteniendo su indiferencia con respecto al perrito al que había salvado la vida y a la familia que se hacía cargo

de él.

A la mañana siguiente, a las siete, Nicholas dejó el hotel y se montó en el carruaje que llevaba al embarcadero de Catskill, en el que tomaría un barco para llegar a Dragonwyck. Después de que se marchara, Miranda paseó nerviosamente de un lado a otro de las habitaciones de la *suite,* incapaz de concentrarse en las escasas actividades que Nicholas le había permitido realizar en su ausencia. Podía ir a dar un paseo a las once, nada más, el resto del tiempo debía permanecer allí sin salir. La joven señora Van Ryn no podía dejarse ver por las dependencias del hotel sin acompañamiento. Así que se entretendría escribiendo a casa, tenía un montón de libros para leer y también una copia de la revista *Godey's* para empaparse a fondo de las nuevas tendencias de la moda. También tenía el bastidor de bordar, en el que estaba creando una obra maestra de seda de color crudo adornada con flores de jardín. Y, por si fuera poco, no se cansaba de la vista desde la habitación, con los sutiles cambios de iluminación que se producían según avanzaba el día. Suficiente entretenimiento para tres días.

No obstante, al final de la mañana, se dio cuenta de que ninguno de ellos terminaba de satisfacerla. También notó que la mayor parte de su inquietud era puramente física. Sentía náuseas y el estómago algo pesado.

Se preguntó si sería el pescado de la noche anterior. Se acercó a la bañera con el borde de mármol que había detrás del biombo de la habitación y buscó entre los distintos frascos de cremas y de agua de colonia. Tenía tantos que hasta se había olvidado de qué contenía cada uno de ellos, aunque estaba bastante segura de que no había medicinas. Tanto ella como Nicholas gozaban de una salud de hierro.

Pensó que debía encargar unas sales para la acidez de estómago, recordando que eso era lo que utilizaba Abigail cuando ella o alguno de sus hermanos tenía ese tipo de molestias digestivas. El esfuerzo de tocar el timbre y ordenar el encargo se le hizo muy costoso, así que lo que hizo fue echarse en la cama.

Después de dormir casi dos horas se sentía mucho mejor y con un hambre voraz. Ordenó una cena abundante: carne asada, lengua fría, pollo en gelatina, bollitos de crema y un trozo de tarta *sillabub* con crema, azúcar y vino. Cuando llegó la comida, y tras probar un poco de todo, se dio cuenta de que había perdido el apetito por completo. La sola visión de las bandejas y los platos le produjo ganas de vomitar.

Echó la silla hacia atrás y tocó el timbre para volver a llamar al

camarero, pero se había marchado pensando que al menos disponía de una hora para él mientras la señora Van Ryn daba buena cuenta de aquel banquete. Así que fue Peggy la que acudió a su llamada.

—¿Sí, señora? —dijo, inclinándose—. ¿Necesita alguna cosa?

Miranda asintió, señalando con desmayo la comida que había en la mesa.

—Llévate todo eso, por favor… ¡inmediatamente! —Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el antimacasar de la butaca, y cerró los ojos.

Peggy le dirigió una mirada de desconcierto pero, obedientemente, retiró todo lo que había sobre la mesa. Miró los trozos de carne y la espesa salsa que los acompañaba, la montaña de puré de patatas de guarnición con trocitos de mantequilla, la media lengua de buey, el pollo en gelatina con trufas… y soltó un quedo quejido.

Miranda abrió los ojos.

—¿Qué es lo que pasa, Peggy? Tú no puedes llevarte sola todo esto. Avisa al camarero…

—Sí, señora. —Le temblaba la voz, y el malestar de Miranda fue sustituido casi por completo por la sorpresa. A la joven criada le caían las lágrimas por las mejillas. Y a raudales.

—¡Peggy! —exclamó Miranda—. ¿Qué es lo que te pasa, por Dios?

La chica se mordió los labios y empezó a cubrir los platos con los cobertores de metal.

—Es que soy una estúpida, señora. De repente, pensé en cómo es posible que esté aquí ahora. Podría…

—¿Podrías qué? —insistió Miranda, poniendo la mano sobre el hombro de la criada, que inmediatamente levantó la cabeza.

—Mi madre y el bebé se murieron de hambre el Día de San Patricio —dijo sombríamente—. En Irlanda hay hambruna, señora.

Miranda, absolutamente anonadada, no pudo apartar los ojos de la muchacha. Alguna vez había leído en los periódicos que en Irlanda había escasez de alimentos, la plaga del mildiú había afectado a la cosecha de patatas de forma devastadora en casi todo el país, pero la noticia no le había causado mucha impresión, tampoco a sus compatriotas americanos, que comentaban que no podrían mandar barcos con grano para alimentar a la población hasta el siguiente año, como pronto.

—¡Pero eso es horrible! —tartamudeó, dándose cuenta de lo poco que servían las palabras para demostrar su comprensión con una desgracia de tal magnitud, que ni siquiera podía imaginar. Para

ella, la abundancia de comida era parte integral de la existencia. Comida sencilla en la granja y platos elegantes y elaborados con Nicholas. Pero siempre abundante y a disposición.

Se dio cuenta de lo cruel que debía parecerle a Peggy ese despliegue casi obsceno de comida que había ordenado, para después apenas tocarla.

—Tú no tienes hambre, ¿verdad? —exclamó, viendo los delgadísimos brazos y las mejillas hundidas de la chica. Pero negó con la cabeza inmediatamente.

—Señora, aquí los cerdos están mejor alimentados que el conde de Kenmare, allá en mi casa. Lo que pasa es que cuesta comer bien cuando has perdido la costumbre y te pesa el corazón como si fuera una piedra de molino. —Le echó una de sus miradas de soslayo, torciendo la boca con una sonrisa triste—. La verdad es que no debería estar a todas horas dándole la murga con mis penas, pero es que es como si me invitara. ¡Tiene usted una cara tan amable y tan bonita!

—Me gustaría ayudarte —dijo Miranda despacio. Dinero, pensó enseguida. Una propina grande, enorme, pero ahora no tenía nada de dinero, solo un dólar en el bolso. Nicholas tenía la costumbre de premiar a los sirvientes en función de su eficiencia, y ya había dejado claro que Peggy era descuidada y que no tenía experiencia.

Peggy sonrió de tal forma que toda su cara se iluminó.

—No se preocupe, no necesito ayuda, pero que Dios la bendiga de todas formas. Él me ha dado dos manos para trabajar, y pronto habré reunido lo suficiente como para devolverle al padre Donovan el dinero que me prestó para el pasaje —dijo con gran seguridad—. Siéntese, señora. Está usted un poco pálida. Y aquí estoy yo, charlando como una cotorra en lugar de hacer lo que me ha ordenado. —Rodeó la mesa, desapareció durante un momento y volvió con una gran bandeja. Soltó una exclamación al ver que Miranda sufría una violenta náusea y se acercaba a una silla para dejarse caer, completamente descompuesta y jadeante.

La criada soltó la bandeja y se acercó a atenderla. Pese a los espasmos de vómito que sufría, Miranda se dio cuenta de la suavidad y el cuidado del gesto con el que le sujetaba la cabeza y de los murmullos tranquilizadores que le susurraba.

—Pobrecilla, bonita, enseguida estará bien. Apoye la cabeza en mi hombro, le humedeceré la cara con una toalla mojada. Y ahora, a la cama, deprisa…

Miranda se trasladó a la cama con la ayuda de Peggy, que la tapó con la colcha, y se sentó a su lado, acariciándole el pelo.

—Gracias —susurró Miranda, intentando sonreír—. Lo siento mucho. Me imagino que el pescado que tomé anoche no me sentó bien.

—Pues a mí no me parece que esto sea por el pescado, señora. —A la joven criada le brillaban los ojos y tenía una expresión maliciosa.

—¡Entonces, podrían ser los primeros síntomas del cólera…! —exclamó Miranda, alarmada.

Peggy soltó una carcajada.

—¡Ni tampoco el cólera, me apuesto lo que sea! —Se inclinó hacia ella y le hizo una pregunta en voz muy baja.

—Pues… sí —calculando mentalmente los días y todavía preocupada—. ¿Pero por qué iba a…? —La sorpresa apenas la dejaba pensar. No tenía más información acerca de esos temas biológicos que la que haba obtenido observando los animales de la granja, pero de repente se acordó de los problemas que tuvo Abby antes de que naciera Charity.

—Pues creo que va a ser eso, señora —dijo Peggy, entre divertida y emocionada. ¡La querida y preciosa dama, tan inocente como un corderillo, pensando en pescado en mal estado y en el cólera! Peggy, la mayor de siete hermanos, había sido educada sin ningún remilgo. No se había perdido ni el más mínimo detalle de ningún acontecimiento, ni de la llegada de una vida ni tampoco de la muerte, la aceptación de que las cosas son como son, además del típico humor y empatía irlandeses, era consustancial a su carácter, lo que le había servido para superar las desgracias y para luchar a tumba abierta por la supervivencia.

—¡No me lo puedo creer! —murmuró Miranda, casi para sí misma. No sentía alegría, no llegaba a hacerse a la idea de los cambios inevitables que el acontecimiento traería consigo. Ni siquiera llegó a pensar en Nicholas. En su cerebro solo había espacio para una espesa incredulidad.

—Es la naturaleza, señora —dijo Peggy enérgicamente—. Primero la cama y después la cuna, como solía decir mi pobre madre, que en paz descanse. Bueno, ahora la dejo para que se relaje. Sé que soy muy charlatana…

—No, no te vayas, por favor —le rogó Miranda, agarrándola de la mano—. No quiero estar sola. No te preocupes, ya hablaré con la gobernanta si tienes que hacer algún otro trabajo. Solo quédate y háblame.

La criada miró la pálida cara que descansaba sobre la almohada. El tono implorante y cargado de soledad de Miranda le llegó al

corazón. Por lo que Peggy podía ver, la pobre señora no tenía nada de lo que preocuparse, más allá de unas pequeñas molestias en el estómago. Pero, pese a eso, estaba muy turbada. Hasta un murciélago ciego podía verlo. Y estaba claro que los ricos no eran siempre felices, aunque resultara difícil de creer.

—¿De qué quiere que le hable, señora? —preguntó amablemente.

—De tu hogar en Irlanda… a no ser que no quieras hablar de eso porque te ponga triste. —A Miranda no le importaba demasiado de lo que le hablara la chica. Lo único que quería era compañía mientras intentaba adaptarse a la sorprendente nueva circunstancia, a la que no sabía cómo enfrentarse.

Así que Peggy se puso a hablar, y su acento irlandés se fue haciendo más profundo conforme se iba olvidando de sí misma y de la dama que yacía en el lecho. Procedía de uno de los lugares más bellos de Irlanda, las orillas de Lough Leane, en las cercanías de Killarney. Bajo el techo de paja de la cabaña de hierba siempre había habido pobreza, pero también alegría vital. No importaba la escasez de leche en los cuencos de madera ni las escasas raciones de patatas; lo que nunca faltaba eran el humor y el ingenio de su madre, guapa y pelirroja, ella casi siempre lograba que se olvidaran del vacío de sus estómagos. Y cuando la pequeña vaca Kerry se les murió, la leche faltó por completo. Pronto también dejó de haber patatas. Un día, su madre se tumbó sobre el jergón con el niño en brazos y nunca más volvió a levantarse. Todos habrían muerto de hambre, pues los vecinos estaban en la misma situación, si no hubiera sido por el párroco y el señor de la hacienda. Los dos, desesperados ante la situación de los aldeanos, hicieron lo que pudieron. Enviaron al padre de Peggy a Belfast, donde todavía había algo de trabajo y de comida. Acogieron en la casa de caridad a los tres chicos O'Malley que habían sobrevivido, junto con otros jóvenes del pueblo, y aportaron los fondos necesarios para que Peggy y los demás jóvenes del distrito embarcaran hacia América. Aquella tierra era la salvación, la tierra de la abundancia.

Pero Peggy no le habló a Miranda de la terrible primavera que soportó ni de los horribles veintiún días que tuvo que pasar apretujada en la bodega apestosa de un carguero junto con otros muchos inmigrantes. Le habló de la excepcional belleza de Killarney y de los tres lagos que surgían entre las montañas como joyas azules y mágicas. Le habló de las rosas silvestres, que apenas necesitaban cuidados en aquel clima cálido y húmedo, y de los bosques de madroños que ella y sus hermanos podaban para darles forma y

cuyas ramas cortaban para hacer preciosas cajas de madera.

Después, haciendo la señal de la cruz y animada por el renovado interés de Miranda, bajó la voz y le habló de las ruinas de la torre y de la iglesia de Aghadoe.

—Ningún mortal ha vivido allí desde hace cientos de años, desde la época de los Black O'Donohue, pero dicen que las pequeñas bailan en la torre cuando se esconde la luna.

—Las pequeñas… —repitió Miranda, sonriendo—. ¿Te refieres a las hadas?

—¡Calle, señora, no hable de eso! —exclamó Peggy, mirando a su alrededor con cara de susto—. No se las puede nombrar, porque entonces vienen… ¡Si se habla de ellas, lo escuchan todo! —Dejó de hablar, movió los ojos de un lado a otro y soltó una risita—. Pero bueno, supongo que no habrá ninguna que pueda cruzar el océano metida en una cesta, se ahogaría. Y si lo lograra, seguro que los agentes de inmigración harían que se volviera por donde había venido… ¡Menudos son! Así que creo que no tenemos de qué preocuparnos.

Miranda se rió con ganas. Le encantaba su sentido del humor.

—Peggy, me ayudas mucho. —Había dejado de considerarla una criada frágil, ignorante y tullida; no sabía cómo, pero lo cierto era que durante la última hora había pasado de ser una criada a considerarla una amiga. La comprensión y simpatía que sentían la una por la otra había hecho que superaran sus diferencias sociales en muy poco tiempo. Aunque, en realidad, Miranda se dio cuenta, sorprendida, de que esas diferencias solo se habían establecido en los últimos meses. Ella también había crecido en una granja en la que fundamentalmente se cultivaban patatas.

—¿Cuánto ganas aquí al mes, Peggy? —le preguntó de repente.

La chica se puso algo nerviosa. Una nunca sabía de dónde podían llegar los problemas. De hecho, sabía por experiencia que surgían en los momentos y circunstancias más inesperados. Y el trabajo era algo fundamental, precioso como una joya.

—Pues… cuatro dólares al mes, señora. Sin contar las propinas, si es que las hay.

Miranda se incorporó, sentándose sobre la cama.

—¿Dejarías este trabajo y te vendrías conmigo como doncella personal? Te pagaría… —Dudó por un momento, pues sabía que podría tener dificultades con Nicholas, pero continuó rápidamente —. Te pagaría veinte dólares al mes. Eso te serviría para ayudar más a tus hermanos pequeños y a librarte de la deuda del padre Donovan, ¿verdad?

Peggy se separó de la cama, mirando a la señora, por cuyo gesto, enmarcado por los rizos dorados, parecía que le estuviera pidiendo un favor.

—¡Santa Madre de Dios! No me estará tomando el pelo, ¿verdad?

—¡Pues claro que no! Te quiero a mi lado, Peggy. —Su deseo de compañía y amistad cristalizó completamente al pronunciar esas palabras. Deseaba fervientemente que Peggy estuviera con ella. Sería alguien centrada exclusivamente en ella, dentro de un mundo dominado por Nicholas, sobre todo en Dragonwyck. En ese momento cayó en la cuenta de lo mucho que temía el regreso a la mansión.

Peggy se puso de rodillas junto a la cama y agarró tímidamente la suave mano de Miranda con la suya, áspera por el trabajo.

—Para mí sería como un regalo del cielo, querida señora, pero no puede olvidarse de… —Tragó saliva—. Me rompí la pierna cuando me caí del henar, hace diez años ya, y desde entonces ando cojitranca, aunque trato de que se note lo menos posible; pero, de todas formas, soy fuerte y trabajo mucho. —Terminó hablando con convencimiento, deseando que nadie sintiera lástima por ella.

—Tu forma de andar no me importa ni lo más mínimo —dijo Miranda, apretándole cariñosamente la mano—. Entonces, ¿estamos de acuerdo?

A la joven criada se le iluminó la cara, pero después se le volvió a ensombrecer.

—¿Y qué dirá él, señora? —preguntó sombríamente. Pensó en ese hombre tan guapo, pero que le daba tanto miedo como los Black O'Donohue.

Miranda no tuvo necesidad de preguntarle a quién se refería cuando decía «él».

—No habrá problema —respondió sonriendo, tratando de mostrar una confianza que en realidad no sentía. Plantearía la propuesta con mucho cuidado, sin dejarle adivinar que la necesidad que tenía de la presencia de Peggy iba mucho más allá de la comodidad que aportaba una doncella personal al uso. Sabía que no quería que ella intimara con nadie, nunca. De hecho, había hablado unas cuantas veces con la señorita Gibbes, la prometida de John Jacob Astor, el joven, y finalmente habían concertado una inocente cita para salir una tarde, antes de que se fueran de Nueva York. Pero resultó que los caballos no estaban disponibles, y que Nicholas quiso que le acompañara caminando por Broadway a visitar a la anciana señora Stuyvesant. Otras veces, de la misma manera y sin

decirlo abiertamente, no había permitido que aceptara otras invitaciones de damas jóvenes a las que había conocido en reuniones sociales. Al principio, se sentía contenta de que Nicholas quisiera acapararla de esa manera, ya que pensaba que tal actitud demostraba su amor por ella, tan intenso que no quería compartirla con nadie, pero empezó a descorazonarse cuando se dio cuenta de que también deseaba que cortara cualquier tipo de relación con su madre. Esperaba poder invitar a Abigail a pasar una temporada con ella en Dragonwyck. Le enviaría dinero a Ephraim con el fin de contratar a una chica en ausencia de su madre para que se ocupara de sus obligaciones en la granja. Y es que, ¿qué sentido tenía ser rica si no podía hacer regalos a su propia familia? Había pensado en todos los detalles antes de presentarle el plan a Nicholas.

Su desdeñosa incredulidad ante lo que él consideró una idea absurda desde todos los puntos de vista hizo que incluso se ruborizara. No obstante, no tendría ningún inconveniente en enviar dinero a los Wells, si ella pensaba que lo necesitaban; de hecho, fue a buscar su cartera, pero ella lo detuvo. Ephraim y Abigail no aceptaría jamás un regalo de ese tipo, lo hubiesen considerado una limosna.

Miranda se dijo a sí misma que, cuando se hubieran establecido del todo, tras las obras, volvería a plantear el tema de la visita; ya encontraría el valor y el momento adecuado, así que, mientras tanto, dejó de hablar del asunto.

Apretando los labios, se dijo a sí misma que no dejaría que ocurriera lo mismo con Peggy. ¡De ninguna manera! Así, completamente decidida a plantear el tema en cuanto Nicholas regresara, hizo llamar inmediatamente al señor Beach, dueño y director del hotel.

Con él no hubo ninguna dificultad. Podía reemplazar a Peggy inmediatamente e, incluso aunque no hubiera sido así, el señor Beach nunca se opondría a los deseos de un cliente tan importante.

Así que, cuando llegó el momento en el que esperaba el regreso de Nicholas en el carruaje de la tarde, dos días después, Peggy ya se había instalado como doncella personal de Miranda, quien lo había pasado bien vistiendo a la muchacha con un nuevo uniforme. Ella misma cortó y arregló uno de sus vestidos de mañana de fustán, elaboró un coqueto gorro y un delantal y la ayudó a peinarse el cabello marrón con dos coletas que le colocó por detrás de las orejas. La transformación fue magníficamente recibida por las dos jóvenes. Con el nuevo uniforme, Peggy parecía esbelta e inteligente, se miraba al espejo con mucho orgullo. Además, la nueva criada

ayudó a Miranda a superar el malestar que sintió durante las dos mañanas siguientes y comenzó a arreglar y refrescar el guardarropa de su nueva señora con tal interés que suplió con creces su falta de experiencia y habilidad. Al principio, colocó los aros de metal al revés, ató las ballenas de los corsés por el lado contrario al que debía, cosió un botón de un corpiño a un guante y colocó un precioso y coqueto sombrero en una caja de zapatos. Pero aprendía deprisa, y se tomaba los fallos con un sentido del humor tan contagioso que Miranda, en lugar de enfadarse, se divertía.

De cara al regreso de Nicholas, Miranda organizó las cosas con una sutileza de la que ni ella misma sabía que fuera capaz. Ordenó una magnífica cena, con platos que sabía que le gustaban, como paté de hígado, lomos de lubina con salsa espesa y una botella bien fría de vino de Sauternes. Con ayuda de Peggy, se lavó el pelo y se pasó el cepillo más de cien veces.

—Le gusta que flote —dijo pensativa—. Creo que el pelo es lo que más le gusta de mí…

—Pues no me extraña nada, señora —dijo Peggy, mirando la larga cabellera, que prácticamente llegaba hasta las caderas de Miranda—. Entonces, ¿no se lo puede dejar suelto? —Ambas estaban desarrollando conjuntamente una conspiración tácita, pues eran conscientes, sin mencionarlo, de que la continuidad de esta nueva relación, que tanto significaba para las dos solitarias muchachas, dependía de que fueran capaces de crear una situación propicia, utilizando cualquier arma que tuvieran a su alcance.

—No, eso no. No es elegante —contestó Miranda, negando con la cabeza. Así que recogió la mayor parte de la mata de pelo con una redecilla de color rosa, que hacía juego con el vestido de muselina que lucía. Como todas las mujeres que vestían a la moda y podían disponer de medios ilimitados, Miranda tenía más de un vestido para cada ocasión imaginable. Por ejemplo, un traje de paseo no resultaba adecuado para la comida del mediodía, y mucho menos para el té. Un salto de cama mañanero, independientemente de los adornos que tuviera, nunca debía llevarse después del mediodía, ni siquiera en la habitación propia y privada. El vestido rosa que llevaba había sido diseñado y realizado por una experta modista con el único propósito de agradar al marido, en unas circunstancias de intimidad como las que Miranda estaba planificando para aquella noche. La falda, fina y ligera, se combaba ligeramente sobre las suaves enaguas y el corpiño, muy ajustado, era muy bajo y dejaba ver una parte generosa de sus blancos pechos. Solo había algunos adornos aquí y allá, de un rosa más

pálido que el del vestido, como si unas pequeñas y juguetonas abejas rondaran una flor a la que no podían llegar.

—¡Y ahora las joyas, señora! ¡Montones de joyas! —exclamó Peggy, aplaudiendo frenéticamente al imaginarse lo bien que le quedarían. Pero Miranda sonrió y negó con la cabeza.

—Este vestido queda mejor sin joyas, salvo quizá el broche con el camafeo… De todas formas, espera un momento. —Se detuvo en el momento de ir a agarrar el camafeo. Era una joya que quedaría perfecta con el vestido. Dudó un instante y frunció el ceño. Finalmente, lo decidió, ¿por qué no?

Envió a Peggy a la recepción del hotel, donde guardaban la caja fuerte con los joyeros. Abrió uno de ellos y sacó dos bandejas. En la parte de abajo, dentro de una bolsa de terciopelo, estaba el rubí. Lo sacó, lo colocó sobre la mano, lo miró y no pudo evitar sentir cierta fascinada repulsión. ¿Sobre cuántos pechos, ya desaparecidos, habría descansado esa joya fría e indiferente? Hasta le pareció que brillaba con cierta burlona suficiencia.

—¿Algo va mal, señora? —preguntó Peggy en un susurro.

Miranda se acordó de que sentía una ácida envidia por Johanna cuando lucía esa joya. Abrió la mano y la joya cayó sobre la mesa del tocador con un ruido sordo.

—La última mujer que se puso esta joya está muerta —dijo en voz más alta de lo necesario.

—¡Que los santos cuiden de nosotras! —exclamó Peggy, haciendo la señal de la cruz—. ¡No se lo ponga, señora! ¡Guárdelo en su sitio!

Miranda se quedó quieta, sin dejar de mirar la joya y su colgante. Después paseó la vista por el joyero abierto.

—Todas estas joyas han pertenecido a mujeres muertas, a las anteriores señoras Van Ryn. Así han llegado hasta mí.

La criada se estremeció. Su queridísima señora casi le daba miedo, mirando todas esas joyas, como si estuviera hablando con ellas… ¡o con sus antiguas dueñas! Pero…, eso no tenía el más mínimo sentido.

—Bueno, a decir verdad, la mayoría de la gente de dinero hereda las joyas de sus antepasados —razonó Peggy—. Yo creo que es su estado el que le trae esos pensamientos tan lúgubres. Lo que debe usted tener en cuenta de verdad es la nueva vida que lleva dentro, señora, y no preocuparse por el pasado, que pasado está.

A Miranda se le alegró la cara rápidamente.

—Sí —dijo—. Creo que tienes razón. —Volvió a tomar el colgante, deslizó alrededor del cuello la fina cadena de oro e inclinó

la cabeza para que la criada pudiera asegurar el cierre.

—¡Parece usted una auténtica reina, señora! —exclamó Peggy, absolutamente boquiabierta al ver el resultado.

Miranda sonrió levemente y echó un vistazo al reloj de porcelana que estaba encima de la repisa de la chimenea.

—Vamos, ya casi es la hora.

La criada asintió y se fue a su pequeño cuarto del ático. Se arrodilló sobre la almohada de paja para rezar el rosario, que era de madera de madroño. Besó el pequeño crucifijo y empezó a rogar a Dios para que lo que iba a desarrollarse abajo saliera bien.

Miranda, con un rápido vistazo, se dio cuenta de que Nicholas había regresado de un humor excelente, y dio gracias a Dios por ello. El día de pago de las rentas había transcurrido sin incidentes. Ni un solo arrendatario había fallado con el tributo. El alguacil le aseguró que la gestión de la hacienda iba bien y que en la casa ya estaba todo preparado.

Tras felicitar a Miranda por el precioso vestido que llevaba, sus ojos se detuvieron durante un momento en el colgante y el rubí. A la muchacha le pareció que se ponía un poco rígido y en ese mismo instante pensó que le iba a ordenar que se lo quitara. Pero estaba equivocada, pues lo que en realidad hizo fue reírse.

—¡Vaya! —empezó, en su habitual tono burlón, pero no sarcástico—. Veo que el rubí por fin ha encontrado un acomodo acorde a su valor. —E, inmediatamente, se inclinó y le besó el pecho justo encima de la joya.

Tras la cena, por la que también la felicitó, la condujo hacia la ventana, que estaba abierta de par en par. La noche era muy estrellada, faltaba muy poco para la luna nueva, por lo que el valle apenas estaba iluminado. La oscuridad le hacía tener la sensación de encontrarse en un espacio abierto, esta impresión la envolvió y la llenó de paz. Apoyó la cabeza sobre el hombro de su marido y sintió una agradable e inhabitual confianza. Pensó en un verso que había leído en la revista *Graham's Magazine:*

> La noche se llenará de música
> y los problemas que ocupan el día
> cerrarán sus tiendas, como hacen los árabes,
> y desaparecerán sin ruido.

Era muy bonito y, además, era verdad. ¿Por qué le preocupaba tanto contarle a Nicholas lo de Peggy? Es más, ¿por qué se preocupaba tanto por todo y veía problemas donde en realidad no los había? Bajo la escasa luz de las estrellas en aquella noche tan sublime, todos sus supuestos problemas quedaban reducidos casi a

la nada. Por supuesto que le encantará la idea, pensaba, porque se dará cuenta de que a mí me encanta.

Pronto se desilusionó. Empezó con tono alegre.

—Nicholas, tengo que confesarte algo. Mira, mientras has estado fuera… —De inmediato, él retiró la mano de su cintura. Cerró la ventana y corrió las cortinas.

—Dime, hermosa mía, ¿de qué se trata? —preguntó suavemente, pero los ojos habían vuelto a adquirir el frío tono azul tan habitual en ellos.

La magnífica belleza de la noche había dejado de estar a su alcance, y la convencional habitación de hotel, solo iluminada con lámparas de aceite, la desasosegaba mucho. Así que se olvidó de su discurso, tan cuidadosamente preparado, y le planteó la cuestión de forma bastante torpe.

—¿Quieres decir… —empezó Nicholas, presa de la incredulidad — que has contratado como doncella personal a esa pequeña lisiada que todo lo hace mal?

Miranda se estrujó las manos.

—Ya no hace las cosas mal porque la he enseñado, aprende deprisa, irá muy arreglada, pero acorde a su posición y, además, tampoco es una lisiada. Ha tenido una vida muy dura y…

—¡Querida niña, qué recomendación tan singular! Si lo que quieres es que contratemos a todos los pobres que han llevado o llevan vidas duras y difíciles, tendríamos que levantar una ciudad, o varias, en Dragonwyck. —Nicholas se sentó en la butaca y cruzó las piernas.

—¡Le das la vuelta a todo! —exclamó con desesperación—. Por favor, por favor, intenta entenderme. Quiero que venga Peggy, es inteligente y tiene mucha voluntad. Me dijiste que podía tener una doncella personal…

—De hecho, ya he contratado a una. Una francesa, muy bien preparada y con experiencia. Cuando lleguemos a Dragonwyck te estará esperando.

—¡Pero yo no quiero a esa mujer! ¡Yo quiero a Peggy! —La protesta infantil resonó en sus propios oídos. Le invadió la desesperación. Sus lágrimas no le conmovieron, todo lo contrario, parecieron divertirle. Con un tremendo esfuerzo, logró controlarse.

—Por favor, Nicholas, si me quieres, concédeme lo que te pido. Es muy poco. —Se acercó a él con las manos extendidas, intentando utilizar el último cartucho que una mujer suele tener en sus manos, el deseo que su cuerpo puede despertar en un hombre. Pero él se limitó a reír de nuevo y a mirarla con una frialdad implacable.

—Pues sí, querida, eres adorable. Pero, de todas maneras, la despedirás mañana por la mañana.

Lanzó un suspiro de hartazgo y lo miró con furia desesperada. No quería utilizar ese recurso, y tampoco tenía esperanzas de que fuera a funcionar.

Echó la cabeza hacia atrás y habló con una aspereza impropia de su forma de ser.

—Estos días me he encontrado mal. He vomitado. Creo que voy a tener un bebé.

La transformación que se produjo en su expresión la dejó petrificada. Se levantó de un salto y la agarró por los hombros, casi sacudiéndola.

—¿Lo dices de verdad, Miranda? ¿Estás segura?

Asintió.

—¿Estás contento? —preguntó, muy enfadada—. ¿Esto sí que te ha gustado?

Contemplando sus ojos exultantes, no necesitó escuchar la respuesta.

—Entonces, ¿puedo quedarme con Peggy? —continuó inexorablemente.

Él le agarró la mano y se la llevó a los labios.

—¡Si me das un hijo, puedes quedarte con todo lo que haya en la tierra, en el cielo o en el infierno, Miranda!

A lo largo de los meses siguientes, Miranda analizó la extravagancia de esa afirmación y el tono de su voz cuando la hizo. En el momento de escucharla, estaba tan cansada de la lucha por Peggy y tan aliviada por la inesperada victoria que no le dio la importancia que tenía. Siempre había sabido que Nicholas, como la mayoría de los hombres, y sobre todo los que tenían grandes fortunas, quería un heredero. Era de lo más natural. Pero su reacción, ahora que había posibilidades de que se diera el caso, no fue natural, en absoluto.

Desde aquella noche en el hotel Mountain House, su comportamiento con ella cambió radicalmente. Sin ninguna excepción, todas y cada una de sus palabras y acciones iban dirigidas a salvaguardar su salud y su tranquilidad. Mientras que antes disfrutaba negándose a concederle la mayoría de sus deseos, por nimios que fueran, y doblegando su voluntad para hacer siempre la suya propia, ahora no le negaba nada y la trataba extraordinariamente bien. La cuidaba y la protegía, como alguien cuida y protege necesariamente algo con lo que puede obtener lo que más desea.

Capítulo 16

Durante las siguientes semanas, el malestar físico de Miranda fue tan insistente que no dejó espacio para ninguna otra emoción. Había temido mucho el regreso a Dragonwyck, pero cuando el barco fluvial *Express* atracó y vio la familiar silueta de la torre recortarse contra el cielo oriental, la hacienda no significó para ella nada más que un lugar en el que descansar dentro de una habitación oscura y enfrentarse a las continuas náuseas.

Apenas escuchó las palabras de asombro de Peggy.

—¡Madre del amor hermoso, qué castillo tan enorme! ¡Pero si es más grande que el Palacio Episcopal de Irlanda!

Pero Miranda no sintió la más mínima emoción ni orgullo al escucharlo. Todos sus esfuerzos se concentraron en bajar del barco y los escalones de mármol antes de que la sequedad de la boca y el mareo que sentía llegaran a su segura e inevitable conclusión. Se apretó el pañuelo contra la boca y, con el apoyo de Nicholas y sus palabras de aliento, se las arregló para llegar a la entrada de carruajes, allí se detuvo, bamboleándose y casi cayendo sobre él.

Nicholas la tomó en brazos y empezó a ascender hacia Dragonwyck.

—¡No, por favor! —exclamó débilmente—. Puedo caminar. Esto es muy humillante. —Y es que vio la fila de criados a cada lado del gran vestíbulo, esperando para recibirlos.

—Es absolutamente normal y apropiado que un marido lleve en brazos a su mujer cuando la pareja entra por primera vez en su casa —dijo Nicholas con suavidad—. No te preocupes, querida.

Ahora siempre se comportaba así, con amabilidad y gentileza, soportando sus vergonzantes problemas estomacales con un tacto y una paciencia que siempre la dejaban atónita, pues siempre le habían repugnado la enfermedad y la debilidad.

La llevó en brazos al piso de arriba y la dejó encima de la cama

con mucho cuidado. Durante un buen rato se sintió tan mal que ni se dio cuenta de lo que había a su alrededor. Peggy, que los había seguido muy de cerca, sabía muy bien lo que tenía que hacer: aplicar paños fríos y mojados en vinagre sobre la frente, preparar una palangana con agua tibia para los pies, que solían quedarse fríos, y darle extracto de menta para masticar y que lo tuviera durante un rato en la boca.

Las náuseas fueron desapareciendo poco a poco. Sabía que, al menos durante un rato, se encontraría más o menos débil, pero tranquila y relajada, lo cual era de agradecer. Miranda abrió los ojos y lo primero que vio fue el gesto solícito de Nicholas. También observó tres grandes ventanas frente a ella y otras dos a su derecha, las que daban al norte.

Pensó que era la habitación de Johanna y la recorrió un escalofrío que no era físico. Pero pensó de inmediato que no debía comportarse como una estúpida, así que alzó la cabeza y recorrió la habitación con la mirada, dándose cuenta, con inmenso y agradecido alivio, de que se había cambiado todo. El satén verde había sustituido al rojo de las antiguas cortinas y las alfombras Aubusson que cubrían el suelo casi por completo eran de color beis. Por supuesto, el abigarramiento de muebles con los que Johanna se rodeó a sí misma en vida había desaparecido por completo. Solo permanecían tres piezas de caoba y un par de sillas pequeñas. La amplia habitación mostraba así sus enormes dimensiones.

Todo había cambiado, sí, pero con una excepción. Sus cansados ojos miraron hacia arriba y se puso rígida. Al principio no lo había notado, porque el tapizado era también verde, a juego con las cortinas, pero el escudo de armas del cabecero y los cuatro postes de madera maciza no daban lugar a confusión alguna.

Hacía mucho tiempo, casi en otra vida, había entrado por primera vez en aquella habitación y se había quedado de pie, muy cohibida, al lado de la cama, con el corazón lleno de envidia y resentimiento. Hasta había pensado qué cambios haría si fuera la suya. ¿Cómo se había atrevido a pensar tal cosa? Y con ese recuerdo llegó otro, tan cortante como el filo de un cuchillo. Se acordó de una cara oscura y arrugada, pero con ojos jóvenes y penetrantes, que la miraban con cierta pena. Y se acordó de aquellas terribles palabras: «El diablo es capaz de leer tu alma. Cuando deseas algo con mucha fuerza, puedes hacer que se convierta en realidad, te lo aseguro. Si queremos que pase algo malo de verdad, terminará pasando».

Miranda volvió la cabeza con fuerza y cerró los ojos.

—¿Vuelves a sentirte mal? —preguntó Nicholas.

—No, Nicholas, no es eso… Es que no quiero dormir en esta cama.

Él contestó con inesperada paciencia y hasta le explicó sus razones. Se trataba de la cama ancestral de los Van Ryn, en la que, durante muchas generaciones, todos los de su sangre había nacido y muerto en ella. Era la cama en la que dormían el señor y la señora de la hacienda, y en la que nacería su hijo. Le concedería cualquier otra cosa que le pidiera, pero en esto no podía ceder.

«Bueno, pues dejémoslo estar», pensó Miranda, que no tenía ni energía ni, en realidad, razones válidas para discutir. Al fin y al cabo, ¿qué más daba?

Muy pronto se acostumbraría a la gran cama que, además, era de una comodidad innegable. Trataría de no volver a acordarse de aquella infausta noche en la que había candelabros a ambos lados del lecho, en el que yacía una figura inmóvil con un sutil rictus sonriente en el pálido rostro. Nunca volvería a mirar atrás. ¡Nunca!

Ahora era la señora de Dragonwyck, una Van Ryn. El pasado, pasado estaba. No seguiría el sendero de la culpa ni del miedo ni siquiera de la pena. Debía cooperar con Nicholas en su tácita cruzada para borrar de sus mentes el año que había pasado en Dragonwyck, soportando el desprecio de Johanna.

Los criados de entonces ya no estaban, tampoco Zélie. Había muchos muebles nuevos y los antiguos se habían cambiado de sitio o se habían tapizado con otras telas. Todas las paredes de la casa se habían vuelto a pintar o a empapelar o a enlucir. Incluso de la propia cama, el mueble insustituible por antonomasia, habían sido cambiados el colchón, las almohadas y cojines y, por supuesto, las sábanas y colchas, casi todos sus elementos eran nuevos.

No obstante, había un legado del pasado al que no podía dar la espalda conscientemente: Katrine. Sin duda, ya era hora de que la niña volviera a casa, junto a su padre.

Dos días después abordó el tema con Nicholas.

—Si quieres que venga de visita, no me opongo —dijo—. Aunque, en realidad, no veo por qué habría de hacerlo. Su tía la cuida bien y, según tengo entendido, han hecho buenas migas. Además, creo que tiene muchos primos pequeños con los que jugar y entretenerse.

Lo que decía era razonable, pero lo conocía demasiado bien como para pasar por alto la aversión que le producía la idea de que Katrine volviera a la mansión, lo que corroboraba lo que Miranda siempre había pensado en su fuero interno: Nicholas solo sentía

indiferencia por su hija.

—Es tu hija, Nicholas. ¿Nunca la echas de menos ni sientes ganas de verla? —exclamó Miranda con súbita vehemencia.

Durante unos instantes, él no dijo ni una palabra. Luego, interrumpió su silencio.

—Dudo que quiera venir a vivir aquí, querida. Ha estado sometida a otras influencias.

Al principio no lo entendió.

—¿Quieres decir que Katrine no desea estar conmigo?

Se encogió de hombros al pensar en las coléricas cartas que había recibido de los parientes de Johanna cuando la noticia de su nueva boda llegó a Albany.

—Creo que a la niña la han llenado de prejuicios contra nuestra boda, y que ahora está muy bien donde está. Ya iré a verla y a hablar con ella algún día.

Miranda se calló. Había sido bastante estúpida al no considerar que Katrine sufriría si tuviera que volver a la fuerza al lugar en el que había fallecido su madre, y que probablemente le habrían metido en la cabeza que ella, Miranda, no era más que una sustituta indebida e inadecuada.

Además, no solo los Van Tappen desaprobaban el nuevo matrimonio de Nicholas. En realidad, todas las familias de la parte alta del río estaban horrorizadas. El asunto era la comidilla en las reuniones para tomar el té que se celebraban en las salas de estar de los Claverack, Kinderhook y Greenbush. «¡Menuda trepa advenediza!». «Sin raíces ni educación, solo dotada de juventud y una cara bonita. ¿Cómo pueden ser los hombres tan estúpidos?».

Algunos, como por ejemplo la esposa de Henry Van Rensselaer, muy desairada por no haber podido relacionar a Nicholas con ninguna de sus hijas, iban aún más allá.

—Seguro que ya había algo entre esos dos… incluso cuando la pobre Johanna aún vivía. ¡Lo vi con mis propios ojos! —susurró en una de sus reuniones con sus amigas y conocidas—. Todo es muy inadecuado y desafortunado. No creo que mantenga la relación con ellos, no volveré a invitarlos. —Ellos tampoco lo hicieron.

Nicholas estaba muy enfadado, pero se lo ocultó a Miranda, pues en este momento deseaba protegerla de cualquier cosa que la incomodara. Estaba siempre a su alrededor, muy solícito, ordenando cada dos por tres que le prepararan platos ligeros con los que calmar sus problemas de estómago, pidiéndole que se fuera a la cama a las nueve, acompañándola a dar breves paseos, de los que siempre regresaban antes de que ella llegara a cansarse.

También intentaba entretenerla y divertirla. Atrapada en el letargo del embarazo, que avanzaba a su ritmo, y con la inteligencia oscurecida por el constante malestar, Miranda era incapaz de realizar esfuerzos mentales. Nicholas trataba de vencer, u ocultar, su propio aburrimiento leyendo pacientemente para ella novelas recién publicadas, sin ningún valor literario, como *La chica holandesa de Venecia* o *Nellie, la hija del chatarrero.* Y por las tardes tocaba para ella las baladas sencillas y sentimentales que más le gustaban, como *Ben Bolt, El viejo cofre de roble* o *Nellie era una dama.* Hasta iban juntos a la iglesia los domingos.

Todo esto hacía que ella estuviera contenta y convencida de que todo iba bien. Salvo por el hecho de que su tren de vida era mucho más alto que el de la mayoría de las parejas, en esa época los Van Ryn representaban el paradigma de la felicidad doméstica: la vida transcurría tranquila y monótona. No había violencia ni enfrentamientos de ningún tipo. El pasado y el futuro se fundían en la distancia, como si no existieran.

El mundo exterior se había vuelto irreal. Vagamente, habían llegado noticias de que la guerra con México se desarrollaba razonablemente bien. En septiembre hubo una batalla en Monterrey, que se ganó, y al enterarse Miranda pensó en Jeff. La victoria confería cierto sentimiento de seguridad pero, en cualquier caso, Jeff era una realidad borrosa, como todo lo demás. Incluso la decepción por el hecho de que su madre no pudiera ir a visitarla se desvaneció pronto. Y es que Nicholas había cambiado su decisión acerca de Abigail: si Miranda quería que viniera su madre, la invitaría, por supuesto. Así que envió la carta de inmediato. La cuidadosa respuesta, nada alarmante, no daba ninguna pista acerca de lo que le había costado a Abigail escribirla.

Desde hacía años Abigail había sufrido ataques periódicos de reuma, que soportaba en silencio y sin la menor queja. Pero esta vez el ataque no cedió; se le fijó en los dedos, las rodillas y la cadera derecha, y la atacaba un dolor constante y muy agudo. Apenas podía moverse por la casa. No habría soportado el viaje a Dragonwyck, de ninguna manera.

En su carta apenas hacía referencia al dolor e indicaba otra razón: «Tabitha va a dar a luz pronto y debo permanecer a su lado. Ella no dispone de una casa llena de sirvientes para ayudarla, y tú sí», había escrito Abigail. «Con toda probabilidad, iré a verte más adelante para cuidar de ti, querida, pero no te comportes como una niña mimada. Da gracias por tener un marido tan bueno y tan atento».

En sus cartas, Miranda hacía referencias constantes a la atención y a la ternura de Nicholas con ella.

En noviembre, ni siquiera el deseo de Nicholas de protegerla de cualquier emoción negativa que pudiera afectar al buen desarrollo del bebé sirvió para evitar que conociera una desgracia devastadora.

Cuando llegó la noticia estaban en el salón rojo, ya habían cenado. Miranda ya no tenía ningún recelo o miedo irracional a aquella habitación, incluso se preguntaba cómo era posible que se hubiera comportado de una forma tan estúpida, pensando que debía evitar su presencia en ella.

El pequeño clavicordio seguía en el lugar de siempre. A veces hasta lo tocaba, pues pensaba que su discreto tintineo se adaptaba mejor a las canciones sencillas que le gustaba interpretar que el gran pianoforte de la sala de música.

Nicholas y ella estaban sentados en la mesa de centro, dentro del cálido círculo de iluminación que derramaba una lámpara grande. Estaba leyendo para ella, porque así se lo había pedido. Mientras escuchaba, jugueteaba con un bolso. La historia la estaba haciendo disfrutar de una agradable melancolía y le encantaba que Nicholas se mostrara tan tolerante con ella, leyéndole sin protestar una novela sobre fe y amor por Jesús, el hijo de Dios. ¡Cómo había cambiado! Lo miró con cariño, fijando la vista en su pelo oscuro y abundante. Lo que le estaba ocurriendo era lo que precisamente se describía en el libro: la conversión podía llegar a través de los dedos de un niño.

Ambos alzaron la cabeza al escuchar el sonido de los cascos de un caballo que se acercaba al galope.

—¿Qué ocurrirá ahora? —se preguntó Miranda en voz alta, aunque sin excesivo interés. Sin embargo, se volvió hacia su marido, que había soltado una exclamación, había dejado rápidamente el libro sobre la mesa y se había levantado de inmediato.

Se abrió la puerta de un empujón, dando paso a Dirck Duyckman, el alguacil de su marido. Tenía la cara, redonda y pálida como una luna llena, brillante por el sudor. También el traje, bastante desaliñado debido a la cabalgada, presentaba manchas, seguro que procedentes del caballo, del que había sido exigido el máximo esfuerzo.

—Malas noticias, señor. ¡Muy malas! —exclamó, intentando recuperar el aliento.

Miranda miró alternativamente a los dos hombres. Notó que

Nicholas se estremecía ligeramente, pero enseguida alzó la cabeza.

—¡Suéltelo de una vez! ¡No se quede ahí parloteando sin decir nada!

El alguacil se pasó un pañuelo bastante usado por la cara.

—Ha ganado Young, señor. ¡Los va a indultar, a todos esos canallas! ¡Hasta a Boughton! Va a cambiar la ley del Estado. Es el fin, señor. ¡El fin de la hacienda!

Miranda se asustó mucho y dirigió su mirada hacia Nicholas, que se había quedado completamente quieto, como si fuera una de las estatuas de granito que tanto abundaban en Dragonwyck. La semana pasada había ido a Hudson a votar, pero no le había dicho nada acerca de la enorme importancia de esas elecciones. Estaba casi seguro de que el gobernador Wright no sería capaz de lograr la reelección y de que John Young, un antirentista declarado, se haría con el puesto.

—¿Qué significa eso, Nicholas? —susurró—. No lo entiendo. —No contestó y continuó igual de rígido. Entrecerró los ojos, mirando, sin ver, a ella, alrededor de la habitación y a su alguacil, que seguía allí muy nervioso, sin dejar de mirar a Nicholas, a quien siempre había temido.

—Pues significa, señora, que la hacienda no podrá mantenerse intacta por más tiempo. Las granjas irán a parar a manos de quienes quieran comprarlas. Los que defendían el fin de los arrendamientos obligatorios han ganado por fin la batalla.

—Jamás —dijo Nicholas tranquilamente.

Esa afirmación, realizada con tanta calma, asustó al alguacil mucho más que si el señor Van Ryn hubiera estallado en gritos y maldiciones, como habría hecho cualquier hombre en una posición como la suya. Se mojó los labios nerviosamente.

—No podrá usted evitarlo, señor. Es la ley. Los Van Rensselaer ya han cedido. Hasta dicen que su patrón opina que, a la larga, será algo bueno para ellos.

—Puede que, al fin y al cabo, sí que lo sea, Nicholas —intervino Miranda tímidamente, intentando acabar con su gesto helado—. Si te negases a vender, ¿no crees que eso traería muchos más problemas y que, después de todo, no habría mucha diferencia con la situación actual? Todavía quedaría muchísimo terreno alrededor de la mansión.

Se dio la vuelta y la miró con furia.

—¿De verdad crees, jovenzuela ignorante, que porque un político charlatán de Albany lo diga voy a rendirme…? —Sus ojos se posaron en el chal blanco que cubría la pequeña protuberancia

de su vientre—. Te ruego que me perdones, querida —dijo, volviendo a su tono normal de los últimos tiempos—. He sido extraordinariamente desconsiderado. Dirck… —Se volvió hacia el alguacil, que estaba casi temblando—. Puede irse.

El asombrado alguacil no perdió tiempo en hacerlo mientras mascullaba maldiciones. Si el patrón quería enfrentarse a todo el país, era asunto suyo. La verdad es que era lo suficientemente cabezota como para intentarlo. Pero él no participaría, no señor. Ya había tenido una ración más que suficiente de amenazas, heridas y hasta disparos en la oscuridad. Se marcharía al oeste y, para variar, sería su propio jefe. Ya estaba bien de patrones.

Miranda perdonó inmediatamente a Nicholas la salida de tono, debida sin duda al enfado. Sabía que el sistema de rentas significaba para él mucho más que para el resto de hacendados, que ceder ese poder le resultaba algo impensable, literalmente no podía imaginárselo, es decir, que ni siquiera podía plantearse la posibilidad. Había comprendido, al menos parcialmente, que la hacienda era un símbolo para él. Era su reino por derecho de nacimiento. Si hubiera sido el rey de Prusia, su actitud no habría sido diferente, en absoluto. Pero no estaban en Europa, y los Estados Unidos de América no eran un reino, sino una república. Lo aceptaran o no, estaban sujetos a las leyes de la democracia en la que vivían. El sistema de arrendamientos obligatorios era una reminiscencia del pasado, ni siquiera del pasado del país, en realidad, era una especie de descendiente fallido de la Europa medieval. Y la república, en arrasante expansión, iba a extirparlo como a cualquier otra rama muerta.

Miranda no se daba cuenta en ese momento de hasta qué punto su aceptación de la nueva situación se debía a la influencia de Jeff. Cuando estuvo en la granja hablaron varias veces del sistema de arrendamientos obligatorios, y él insistió en que era injusto, funesto y contrario a las libertades individuales y al progreso; pero ella había cerrado su mente de forma terca e incluso desdeñosa. No obstante, en todo caso, le había prestado atención.

Después de todo, y aplicando ese sentido práctico tan arraigado en las mujeres, en contraposición a la tendencia orgullosa de los hombres, la pérdida de las granjas no afectaría ni a su riqueza ni a su casa, es más, la única diferencia consistía en que convertiría a unos arrendatarios hostiles en unos vecinos pacíficos y contentos.

¡Si Nicholas pudiera afrontar la derrota, al menos por una vez! Lo miró tristemente y se dio cuenta de lo inútil que era su esperanza. Jamás aceptaría, nunca doblegaría su voluntad en

ningún aspecto, fuera o no importante. Cuando lo hacía era porque había un propósito escondido de mayor importancia para él.

—No sé qué es lo que podrás hacer, Nicholas —dijo, hablando en voz baja—. En esta situación, deberías ceder las granjas; la ley pronto te obligará a ello.

—No me rendiré nunca —contestó con idéntica tranquilidad—. Mi hijo heredará la hacienda intacta.

Pero eso era imposible o, al menos, era lo que ella pensaba. ¿De verdad creía que podía luchar él solo contra todo el país? Ni siquiera Nicholas podía hacer eso. Además, Dirck había dicho que los Van Rensselaer, que tenían muchas más tierras y granjas, al parecer, ya habían aceptado lo inevitable.

Avanzó hacia ella y le puso la mano en el hombro.

—Miranda, ¿acaso dudas de que pueda controlar cualquier tipo de circunstancia? Si no fuera así, ¿crees que estarías tú aquí ahora, con mi hijo en tu vientre?

Lo miró muy sorprendida. Sus palabras eran absolutamente ciertas, pero, pese a todo, le pareció percibir en su voz un énfasis oscuro y secreto. Fue como si escuchara el siniestro sonido de una campanilla en la niebla, avisando de la presencia de animales invisibles, y recordando que era mejor mantenerse alejado de ellos. Abrió mucho los ojos.

—¿Por qué me miras así, Nicholas? —susurró.

Quitó la mano de su hombro y sonrió con naturalidad.

—No debes preocuparte por nada, por nada en absoluto. Todo lo que afecte a la hacienda es cosa mía. No hace falta ni que pienses en ello. Y ahora deberías irte a la cama. Se está haciendo tarde. —Se inclinó y la besó en la frente.

Le obedeció sin decir nada y caminó hacia las escaleras.

En la habitación la esperaba Peggy, como siempre. Su carita aguda y delgada se había llenado durante los últimos meses y había adquirido un belleza extraña, pero apreciable. Era feliz en Dragonwyck, estando al servicio de la señora de la casa. Al resto del servicio le gustaba Peggy, ya que su afilada lengua irlandesa era rápida y divertida, pero nunca hiriente, y además su defecto físico les conmovía. Por eso soportaban la poca importancia que se daba a sí misma, cosa que resultaba extraña teniendo en cuenta su posición como criada personal de la señora y el hecho de que impidiera a toda costa que nadie excepto ella atendiera a la patrona.

—Esta noche ha subido más tarde, señora —dijo la criada, que sintió cierta ansiedad al ver entrar a Miranda, con su cabeza rubia tan cabizbaja—. ¿Está muy cansada?

Miranda la miró y le dedicó una cansada sonrisa a modo de saludo. Su metafórico miedo a la niebla casi desapareció cuando Nicholas la tocó en el hombro y le habló con calma, indicándole que no se preocupara, pero todavía mantenía una cierta ansiedad.

Se dejó caer con escasa energía en una de las butacas y cerró los ojos, mientras Peggy le peinaba el pelo con cepilladas largas y suaves. Después de un rato, los cuidados y el bienestar físico trajeron consigo una dulce sensación de paz. La madera de cedro ardía alegremente en la chimenea y llenaba el ambiente de un suave y agradable aroma. La habitación estaba perfectamente ordenada, pues Peggy había aprendido rápido a mantenerla así, siguiendo sus instrucciones. Una esquina de la sábana y el cobertor estaban doblados en pico, y un enorme ladrillo caliente, bien envuelto en un paño de franela, hacía desaparecer el frío helador de las sábanas de lino que olían a lavanda. Peggy no había olvidado nada: ni el vaso de leche caliente que Miranda debía beberse cada noche ni la colocación exacta de las almohadas para que el cuerpo de su señora, cada vez más distinto y abultado, se encontrara lo más a gusto posible para que pudiera descansar.

—¿Así mejor? —preguntó Peggy con ternura, mientras la arropaba con las mantas y arreglaba el cobertor.

Miranda empezó a asentir, pero de inmediato soltó una exclamación de sorpresa, llevándose inmediatamente las manos al abdomen.

—¡Peggy! —exclamó—. ¿Qué ha sido eso?

La criada palideció.

—¿Ha tenido un dolor o un espasmo?

—No, no me ha dolido —negó Miranda, moviendo la cabeza—. Ha sido como si algo se moviera dentro, deprisa, como el vuelo de un pajarillo.

—¡Oh, gracias al cielo! —exclamó la criada alborozada, aplaudiendo quedamente—. Lo que nota es el movimiento de la vida, querida señora. Su bebé se mueve dentro de usted.

Miranda empujó el cobertor, las mantas y las sábanas y se miró el vientre, asombrada.

—Hasta ahora no me parecía real —dijo entre alegre y desconcertada. Durante todos esos meses de malestar y letargo, el niño no había sido otra cosa que un concepto. Ni siquiera el arreglo de la que había sido su antigua habitación para convertirla en la del niño le había permitido concebirlo como una nueva y concreta entidad humana.

Y en ese momento la invadió una sorprendente alegría, una

expectación tan potente que se llevó como una fuerte ráfaga de viento la intranquilidad que le había causado Nicholas.

—¿Por qué estabas preocupada Peggy? —preguntó con voz somnolienta—. Esta sensación es maravillosa, no hay nada de lo que preocuparse.

La criada dudó por un momento, pero llegó a la conclusión de que, ahora que no había motivo de preocupación, tampoco suponía ningún problema comentarlo.

—Me parecía raro que no lo hubiera sentido usted todavía, señora, estando ya en el séptimo mes de embarazo. Lo he estado esperando durante las últimas seis semanas. —No añadió que había comentado su intranquilidad con la señora MacNab, el ama de llaves, quien había tenido experiencia con otras señoras embarazadas a las que había servido anteriormente.

Miranda, protegida por la esperanza y por la alegría que sentía, rio plácidamente.

—Bueno, puede que sea un bebé rollizo y perezoso, y que no haya tenido ganas de moverse hasta ahora.

Peggy también se rió. Pero mientras cerraba las cortinas y colocaba la pantalla protectora delante del fuego de la chimenea, ya casi convertido en brasas ardientes y cenizas, le rogó en silencio a la Santa Madre de Dios que su señora tuviera razón y que no se debiera a que el pobre bebé fuera demasiado débil como para hacerse notar.

El noviembre tormentoso, con muchas ventiscas de aguanieve e incluso granizo, dio paso a un diciembre frío y cargado de nieve. Después de todo, no hubo ninguna necesidad de que Nicholas manifestara abiertamente ninguna resistencia a los cambios en la hacienda, pues ni las leyes se habían cambiado todavía ni había tomado posesión aún el nuevo gobernador del Estado. De hecho, tuvieron que pasar ocho años antes de que finalizara el último litigio legal por parte del Estado contra los terratenientes y sus derechos heredados de mantenimiento de las granjas: solo entonces se instauró por completo el nuevo orden.

Mientras tanto, los arrendatarios, que sabían que su punto de vista había prevalecido y que, más pronto que tarde, conseguirían sus propósitos, permanecieron mucho más sosegados de lo que lo habían estado en los últimos años.

El seis de diciembre, la mansión se abrió de nuevo para celebrar la fiesta infantil de San Nicolás. Este año no se invitó a ninguno de los niños de las familias vecinas del río. Nicholas no quiso arriesgarse a recibir negativas. Si no hubiera sido por el avanzado

estado de buena esperanza de Miranda, las semanas previas se habría concentrado en doblegar mediante el desprecio y el ridículo la actitud de las familias que se habían atrevido a criticarle abiertamente. Habría invitado a familias importantes de la ciudad de Nueva York, se habría procurado la inestimable ayuda del viejo e incondicional Martin Van Buren y habría ofrecido un baile de tal brillantez que todas las familias del campo habrían acudido, aunque solo fuera por curiosidad.

Pero todo eso debía esperar hasta la primavera, cuando Miranda se hubiera recuperado y ya hubiera un heredero en Dragonwyck.

En todo caso, los niños de los arrendatarios acudieron en tropel. ¡Se juntaron casi cien! Como todo el mundo, sus padres no tenían ningún inconveniente en obtener algo a cambio de nada, y muchos, de hecho, habían sentido que el año pasado no se hubiera celebrado la fiesta debido al cierre de la mansión. Ninguno negaba que el patrón hacía las cosas muy bien. Había regalos y golosinas para todos los críos, hábilmente escondidos en los grandes zuecos dorados. Llovieron dulces de mazapán, que descansaban sobre sábanas de muselina suspendidas en el techo, y que Nicholas hizo caer utilizando el cayado tradicional del santo. Las galletas de jengibre parecían no terminarse nunca y los buñuelos fritos en aceite estaban suculentos, crujientes, en su punto justo. Para los mayores, como siempre, no faltó la cerveza ni el ponche de ron.

Después de la ceremonia, Nicholas se paseó entre su gente, ejerciendo el magnetismo habitual sobre cada uno de ellos, preguntándoles sobre aspectos personales, lo cual los halagaba, y expresando el placer que sentía al volver a verlos después del año de luto y del cierre de la mansión. Obvió elegantemente que muchos de ellos se habían comportado como enemigos, ya que habían pasado una larga temporada luchando por liberarse de su obligada condición de arrendatarios.

Su actitud de benevolente interés era exactamente la misma que había mantenido durante los diez años que había ejercido como patrón, muy semejante a la de su padre, su abuelo y a la del resto de sus antepasados desde 1640.

Cuando se alejó el último carro atestado de gente, cuyas ruedas dejaban un profundo surco sobre la nieve recién caída, la rolliza esposa de Hans Gebhard miró a sus tres hijos, que estaban absolutamente felices y saciados. Estaban en la paja, jugando con los regalos que habían recibido: una muñeca, un pequeño tambor y un par de patines. Todavía les quedaban en los labios y en la lengua restos de los dulces que habían comido.

—El patrón no es tan malo, Hans —le dijo pensativa la señora Gebhard a su marido.

—¡No te atrevas a llamarle «el patrón» nunca más, ahora que nos vamos a librar de él! —respondió Hans con acritud, mirando enfadado a su esposa—. ¿Tan pronto te has olvidado de Klaas, mujer? ¿Acaso unas pocas golosinas y unas cervezas son capaces de sacarte de la cabeza a Klaas y lo que le obligó a hacer? —Después escupió con desprecio hacia la nieve.

La señora Gebhard, en efecto, se acordó del pobre Klaas, que se había cortado las venas y había muerto desangrado después de que el patrón, hacía dos años, lo expulsara de la granja el día del pago de la renta. Era un sobrino de Hans, fue horrible.

—Todo eso se ha acabado para siempre —dijo. Gracias al ponche de ron sentía una agradable calidez en el estómago. Estaba harta de mala voluntad y de reproches. Se habían acabado los días de pago de las rentas y, cuando llegara el próximo julio, la granja sería suya por fin. ¡Se acabaron las fiestas al aire libre! La idea la traspasó como una ráfaga de viento helado. Esa celebración era algo que se esperaba con ansia durante toda la primavera, el 4 de julio, los juegos, el baile, los ríos de cerveza helada y deliciosa…

Miró nerviosamente a Hans, temiendo que pudiera adivinar sus pensamientos traidores a la causa. No podía parar de cavilar. Nadie podía negar que el patrón les ahorraba montones de problemas. Por ejemplo, el envío de los productos a Nueva York. Y era él quien lo organizaba, él era quien enviaba todo lo que producían las granjas en un solo lote. Ahora tendrían que arreglárselas solos, cada granja por su propia cuenta y lo mejor que pudiera. Además, estaba también el molino que el patrón había construido para ellos. Estaba en uno de los extremos del terreno de la hacienda. De ahora en adelante, no les permitiría usarlo gratis, ni tampoco echar las redes para pescar sábalos en esa zona del río.

La señora Gebhard suspiró y se estremeció, tanto que le temblaron las gruesas mejillas. Tenía que ser más fuerte, como lo era Hans. Ningún precio era suficientemente alto a cambio de conseguir la libertad, el derecho a la posesión del pedazo de tierra en el que los Gebhard habían nacido, trabajado y muerto durante generaciones, durante más de doscientos años.

Capítulo 17

Fue precisamente el Día de San Nicolás cuando un barco de transporte de tropas atracó en uno de los muelles de Nueva York, procedente de Nueva Orleans. De él bajaron alrededor de cien heridos de guerra, así como muchos féretros que contenían los cuerpos de los que ya no podían sentir el dolor de las heridas.

Jeff Turner formaba parte del primer grupo, pero todavía estaba en un estado demasiado grave como para agradecer el hecho de no pertenecer al segundo. Una bala mexicana se había instalado en su brazo izquierdo y se había desplazado hasta la clavícula, también le había atravesado la mejilla, dejando una ranura en el hueso de la cara antes de perderse en el brillante cielo tropical.

Todas las heridas habían empezado a cicatrizar, la potente estructura corporal de Jeff había podido soportar sus problemas en el brazo y la clavícula. Él mismo habría podido dirigir la cauterización y el entablillado, y habría continuado bajo el mando del general Worth, con entusiasmo, el camino hacia Saltillo. Pero la herida de la cabeza era otro cantar. Había permanecido inconsciente durante varios días.

En Monterrey lo habían introducido en un carruaje de armamento para trasladarlo a la base de operaciones del general Taylor, en Cerralvo. Allí había recibido atención médica rápida en un hospital de campaña y, como ni recobró la consciencia ni murió, fue introducido en un vagón de mercancías junto a otros heridos. Finalmente, llegó a la costa de Texas, desde donde fue trasladado a Nueva Orleans en un velero. Las Hermanas de la Caridad lo cuidaron en su hospital hasta que la fractura se soldó y pudo plantearse el regreso a casa.

La intención de Jeff era remontar el Hudson de inmediato, pero, en cuanto puso pie en el puerto, se dio cuenta de que necesitaba descansar. Aún le resultaba difícil mantenerse en pie, pues sufría

mareos. En el muelle había montones de familiares esperando a sus seres queridos, pero a él no lo esperaba nadie. Con la mano buena, agarró su maleta, más bien lo que quedaba de ella, y se abrió paso entre la multitud, rezando para no perder el sentido y no montar una escena. Varias miradas de comprensión se dirigieron hacia él, posando brevemente la mirada sobre la cicatriz de la mejilla y la manga izquierda de la pelliza, que colgaba hueca. Aunque el brazo estaba curado del todo, la clavícula no había sanado y todavía necesitaba un cabestrillo.

Una mujer con falda de lana, al observar la palidez de su rostro, la extrema delgadez de su cuerpo y el aspecto desaliñado del uniforme azul, lo miró con pena.

—¡Oh, pobre teniente, tan joven! —exclamó.

Pero, por lo demás, nadie reparó en él, y se sintió agradecido por ello. Tenía la típica alergia masculina a llamar la atención.

Cuando llegó a la acera, los ruidos de la ciudad le afectaron a los sensibles nervios, le sonaban como truenos. Las casa, los caballos de tiro o de transporte y las riadas de personas le parecía que giraban a su alrededor, sin dejarlo avanzar.

Juró para sí y apretó los dientes. Se subió a un coche de punto, le indicó al cochero que lo llevara a un hotel barato, fuera donde fuese, y cerró los ojos.

El cochero le hizo caso, avanzó dos manzanas a lo largo de la calle South y dejó a Jeff en la posada Schmidt's Tavern. Se instaló en una habitación pequeña y deprimente por la que le cobraban cincuenta centavos al día. Al menos estaba limpia y tenía una cama, en la que se tumbó después de librarse de la señora Schmidt, la dueña, que mostró una predisposición muy alemana a la sobreprotección.

Permaneció un par de horas tumbado, en estado de sopor, hasta que lo despertó un punzante dolor en el cuello. Se sentó y se pasó los dedos por el hombro, notó un bulto. Se había formado otra bolsa de pus en la herida. Frunció el ceño al darse cuenta y trató de girar el cuello para mirarla, porque en la habitación no había ningún espejo. Necesitaba un corte rápido con el escalpelo y un paño húmedo. Su maletín médico se había quedado atrás, en Cerralvo, perdido entre cactus y yucas.

Tomó una decisión rápida, escribió una nota y llamó a gritos a la patrona para que la entregara en cuanto fuera posible. Inmediatamente, se volvió a tumbar en la cama.

Ya había oscurecido cuando oyó pasos subiendo las escaleras y una llamada en la puerta de su habitación. El doctor John Francis

traspasó el umbral.

—Bueno, aquí estás de nuevo, joven héroe —dijo riendo entre dientes, y extendió el brazo para estrecharle la mano como si se hubieran visto ayer mismo. Su experta y rápida mirada no se perdió detalle del estado de Jeff, pero no mostró conmiseración, del mismo modo que Jeff no se la hubiera agradecido.

—¿Has hecho el amor con una bala de cañón? —preguntó haciendo gala de su ingenio y sentido del humor, al tiempo que dejaba el maletín en el suelo y se sentaba sobre la cama—. ¿Es que no había nada más caliente y suave que abrazar por aquellos lares? ¡No, no te sientes! Sigue tumbado. Te crees que lo sabes todo, ¿eh? Sí, yo soy un carcamal, pero todavía no eres ni la mitad de buen médico que yo… Sí, sí, ya lo veo. ¿De verdad que me has mandado llamar por una verruguita?

Mientras seguía hablando con alegre sorna, sus hábiles aunque deformados dedos no dejaban de palparlo; notó la herida del brazo, el absceso de la clavícula, la cicatriz aún fresca de la cara y la depresión del cuero cabelludo.

—La verdad es que estás bastante más feo que cuando te vi la última vez —dijo guiñándole un ojo, al tiempo que colocaba el maletín encima de la cama con un gruñido por el esfuerzo, y extraía el escalpelo—. ¿Qué pasó?

—Una sola bala —explicó Jeff que, sin ganas de hablar, indicó con un rápido movimiento del índice la trayectoria que había seguido el proyectil.

—¿El mexicano estaba en un agujero o es que tú te habías subido a un árbol? —preguntó el anciano doctor, al tiempo que introducía con fuerza el escalpelo en la bolsa de pus.

—¡Ay! —exclamó Jeff—. ¡No, demonios, no estaba subido a un árbol, sino en un tejado! ¿Se puede saber qué ha puesto en esa compresa? ¡Nunca había visto nada tan asqueroso! Yo lo habría hecho con agua… ¿o es que quiere cauterizar otra vez?

—¡Que el destino me libre de tener que atender a otro médico, y más si encima es un joven sabelotodo! —respondió el viejo médico frunciendo mucho el ceño—. Ocúpate de ti mismo, muchacho, y deja que yo me ocupe de mi trabajo. Me has llamado, ¿no? Quieres que intente arreglar este desastre que tienes en el hombro, ¿verdad? ¡Pues calla y déjame trabajar, demonios!

—¡Sí, señor! ¡A sus órdenes, señor! —dijo Jeff sonriendo y parodiando el lenguaje de la disciplina militar—. Pero, si me permite la pregunta, ¿qué es ese ungüento marrón? Quema como un hierro candente.

—Son algas marinas empapadas en alcohol. Lo fabrica para mí un viejo chino de la calle Pell. Y no tengo la menor idea de por qué casi siempre impide que se infecten las heridas, así que no me lo preguntes. Los chinos saben muchísimo de medicina natural, y no creas que me enorgullece tener que recurrir a sus remedios. Supongo que a ti tampoco, pero deberías. —Volvió a sujetar el cabestrillo—. Bueno, pues de momento vas listo, muchacho. En un par de meses estarás como nuevo, si no hacemos caso a la cicatriz de la mejilla, aunque supongo que muchas damas, las más bobas, la considerarán de lo más romántica. Si descansas mucho y te comportas como un ser humano más o menos normal, los mareos se te pasarán pronto. —Limpió el escalpelo con alcohol y lo guardó en el maletín, junto con las vendas y el ungüento de algas, cerrándolo inmediatamente. Encendió un enorme cigarro puro, muy negro y maloliente, dejó caer el cuerpo, bastante voluminoso, sobre la única silla de la austera habitación y dirigió una mirada de interés a su joven amigo.

—Y ahora, vamos con los chismorreos. ¿Qué diablos hacías en un tejado en Monterrey?

Jeff buscó las palabras adecuadas, luchando contra la inevitable reticencia que suelen tener los que han vivido una guerra a hablar de ella a personas que no tienen la menor idea de en qué consiste ni cuáles son sus circunstancias. Pero, poco a poco, el interés y la empatía del viejo fueron haciendo efecto. Los recuerdos de Jeff le hicieron salir de las cuatro paredes entre las que se encontraba y volvió a estar en el desierto, entre el polvo, en pueblos con casas pardas de adobe y paredes encaladas deslumbrantemente blancas, bajo el sol de justicia de México.

El general Taylor, muy acertadamente llamado «el viejo rudo y valiente», había calculado al milímetro la toma de Monterrey. Para empezar envió a la ciudad al general Worth con mil ochocientos hombres, entre los que se encontraba Jeff, a una zona poco esperable para el ataque, mientras él atacaba el flanco oriental para despistar a las fuerzas enemigas. El veinte de septiembre, Worth llegó a la posición prevista, de forma que la ciudad quedó atrapada entre las tropas enemigas, que cada vez estrechaban más el cerco, dejando a los mexicanos escasa capacidad de movimiento y, por tanto, de reacción. Los fuertes enemigos fueron cayendo uno tras otro: Federación, Independencia y el Palacio Episcopal por el oeste, y Tenería y Libertad por el este.

La mañana del veintitrés de septiembre, las tropas estadounidenses avanzaban sobre la ciudad por ambos lados. Pero

en lugar de arriesgar la vida en las calles, batidas por fuego de artillería y francotiradores desde las ventanas, los soldados americanos recibieron la orden de entrar en las viviendas, excavando túneles o derribando las paredes. Así avanzaron, casa por casa, hacia la plaza mayor de la ciudad.

Jeff detuvo su relato, acordándose del entusiasmo que produjo en las tropas esta forma tan original de atacar. Eran como una horda de gatos persiguiendo a ratones: excavando, derribando puertas y paredes, saltando de un tejado a otro, cruzando los preciosos patios llenos de flores. Estaban encantados por el éxito y la facilidad con la que se desarrollaba la operación, presas de un entusiasmo infantil por la ocupación, a la que nadie se enfrentaba. Y Jeff tanto como los demás.

En aquel momento recordaba las caras aterrorizadas de las mujeres, morenas y recias, escondiéndose en los rincones de sus casas asaltadas, mirando a los salvajes soldados destruir sus muebles, derribar las imágenes de sus santos, reducir a pedazos su ropa y demás enseres.

Cuando cayó la tarde, las dos alas del ejército estadounidense se encontraban a una manzana de la plaza mayor. Lo que quedaba del ejército defensor mexicano se había replegado en aquella zona, al mando de su comandante, Ampudia, cuya pericia militar no era tan grande como su valentía. El general Worth pidió voluntarios para colocar un pequeño mortero en un tejado bastante expuesto al fuego enemigo, desde el cual se podría bombardear la plaza con facilidad.

—Y me imagino que tú saltaste como un muñeco con muelles —gruñó el doctor Francis—, cuando lo que en realidad deberías haber hecho era quedarte atrás para atender a los heridos y salvar alguna vida que otra…

Jeff se puso muy colorado, y rio nerviosamente.

—Bueno, lo cierto es que colocamos el mortero, lo que ayudó mucho a que la batalla acabara pronto. Con la primera detonación acabamos con una docena de enemigos, pero no nos permitieron seguir con tanta facilidad después. —Jeff se detuvo un momento—. Es curioso, pero vi venir la bala que me hirió —dijo pensativo—. El que la disparó fue un mexicano de cara muy agradable. Lo vi, al otro lado de la calle, apoyando su arma sobre un barril para acertar el tiro. Durante un segundo nos miramos a los ojos, y tuve la estúpida sensación de que me caía bien. —Sonrió—. Y eso es todo lo que le puedo contar de primera mano acerca de la toma de Monterrey, ya que cuando me desperté estaba en el hospital de las

monjas de Nueva Orleans.

—Pues a mí también me ha caído bien ese mexicano que te disparó —dijo el doctor Francis sonriente y en tono de broma—. La verdad es que necesitabas que alguien te metiera en la cabeza un poco de sentido común, aunque fuera con un balazo. Y ahora estás aquí y tienes que descansar, muchacho. Ven mañana a mi consulta, no trabajarás como médico, pero sí que podrás mirar y decir lo que opines, aunque sean bobadas. No quiero que hagas nada hasta que estés recuperado del todo.

Jeff miró al anciano doctor con mucho afecto. Entendía perfectamente que la idea era dejarlo descansar a cambio de un salario. Durante un momento se sintió tentado de aceptar su oferta. Si se iba con el doctor Francis, trabajaría para una clientela acaudalada, lo que no le hacía mucha gracia, pero también traerían consigo dinero rápido que le permitiría investigar, además de asociarse con un hombre al que admiraba muchísimo.

Pero ese era precisamente el problema. La necesidad de independencia, extraordinariamente arraigada en Jeff, no le permitía estar a las órdenes de nadie, ni siquiera bajo su supervisión; tampoco estaba hecho para una práctica médica sencilla y monótona. Además, lo necesitaban en casa. Le había sorprendido mucho el disgusto que produjo en sus pacientes la noticia de que se iba a la guerra.

El viejo le leyó el pensamiento.

—Ya veo por dónde vas —gruñó—. Conozco bien esa mirada de mula terca. Independiente como un iceberg en el océano. Muy bien, vuelve a tu pequeña ciudad junto al río y mátate por ese montón de paletos comidos por las moscas. —Se sonó la nariz de forma estentórea. Esta segunda negativa de Jeff a su propuesta de asociación le defraudaba enormemente. Cualquier profesional con éxito desea un discípulo, un reflejo de sí mismo con el que compartir todo lo aprendido a lo largo de su vida. El doctor Francis sabía que pocos lograban encontrar esa clase de discípulo que de verdad mereciera la pena. Y ahora que estaba seguro de haberlo encontrado, le resultaba difícil renunciar a él. De todas formas, entendía perfectamente las razones de Jeff y las respetaba.

Ambos hombres guardaron silencio durante un rato, un silencio que no era incómodo: el viejo médico, envuelto en una nube de humo de tabaco, y el joven, mirando al techo con expresión ausente.

—El verano pasado me encontré con una amiga tuya que parecía estar muy interesada en ti —dijo Francis de repente.

Jeff se volvió con gesto interrogativo.

—Una chica guapísima, pero por desgracia casada, así que no te emociones. Era la señora de Nicholas Van Ryn, ese aristócrata soberbio y pagado de sí mismo que ejerce su dominio en tu zona del Hudson.

Jeff suspiró sonoramente y se sentó en la cama.

—¿Dónde se encontró con Miranda? —preguntó rápidamente.

—¡Ah!, con que Miranda, ¿eh? —dijo el viejo, alzando las cejas—. La vi en casa de Poe, me preparó una taza de té… ¡con sus propias manitas blancas como la porcelana china!

—¿Qué tal estaba? ¿Tenía buen aspecto?

El viejo gruñó, algo impaciente.

—Por lo que recuerdo, llevaba un magnífico vestido rosa de satén y un sombrerito adornado con una ridícula pluma de algún pobre bicho. No es que me fijara mucho, no creas, pero tenía unos tobillos preciosos y esbeltos, como la cintura y los pe… ¡Bueno, bueno, no pongas cara de querer fulminarme! —protestó el médico al ver la expresión de Jeff—. Su aspecto era saludable, si es eso lo que querías saber.

El viejo le dirigió una mirada muy burlona.

—En fin, la verdad es que ahora no debe tener la cintura tan esbelta, por lo que he escuchado. Creo que le quedan unos dos meses para dar a luz.

—¿Cómo? —exclamó Jeff violentamente.

El doctor Francis rio entre dientes al ver el gesto de Jeff.

—Eres joven, Jeff. ¿Te ha hablado alguien sobre la cigüeña o sobre las abejas y las flores? Ese pájaro suele hacer notar su presencia cuando hay una pareja de recién casados en edad de merecer. O incluso aunque no estén casados, si se dan las circunstancias…

Jeff hizo un gesto de impaciencia.

—¿Cómo sabe que… que está embarazada? —Había logrado olvidar a Miranda casi por completo durante los meses que había pasado en México, en realidad, la había archivado en su mente, en una zona alejada de lo inmediato para que no le distrajera de su objetivo: luchar por su país y salvar vidas. Esas tareas no permitían distracciones sentimentales. Y ahora estaba molesto consigo mismo al descubrir lo mucho que le molestaba que llevara en su vientre un hijo de Nicholas.

—Pues lo sé porque el gran señor Van Ryn me escribió para contármelo —respondió el doctor Francis—. Me pidió, o más bien diría que me ordenó, que me trasladara a su hacienda y me pasara

allí varias semanas, hasta que su esposa tuviera la bondad de traer al mundo a su maravilloso hijo y heredero.

—¿Y acudirá usted? —preguntó Jeff, pronunciando muy despacio.

—¡De ninguna manera! Le dije que tenía mejores cosas en las que emplear mi tiempo que cuidar de una joven perfectamente sana, tomándole el pulso cada hora, aunque cobrara mucho por no hacer nada. Le indiqué que se buscara otro médico-marioneta para realizar tan ardua tarea. Me consta que muchos estarían encantados de hacerlo. Y ahora que lo pienso, podrías hacerlo tú mismo. Te tienen muy a mano.

—¡No! —exclamó Jeff de forma explosiva.

El viejo médico se echó hacia atrás y miró al joven con sumo interés.

—Los encantos de la dama te tienen atrapado, ¿verdad?

—No es eso. Pero, además… bueno, estoy seguro de que Van Ryn no querría verme ni en pintura. Soy el médico que atendía a su primera esposa cuando murió.

—Entiendo —asintió Francis—. ¿Y de qué murió? ¿Fue algo repentino?

—Indigestión aguda. Sí, muy repentina —respondió Jeff con cierta brusquedad. Recordar sus sospechas acerca de Nicholas ahora le avergonzaba. Seguro que fueron los celos, que en aquel momento no supo reconocer. Se puso muy colorado al pensar en los experimentos que realizó con aquel trozo de tarta que se llevó a escondidas de la habitación.

—¿Por qué no te casas, Jeff? —El viejo dejó el cigarro y le puso la mano en el hombro con gesto amistoso—. Seguro que hay alguna mujercita por ahí que te guste lo suficiente y que sea capaz de cuidarte un poco. Y aunque, al principio, no estés del todo enamorado de ella, el amor acabará llegando con los años y la costumbre. —Rio entre dientes—. Benjamin Franklin tenía más razón que un santo, sin serlo precisamente: «De noche todos los gatos son pardos».

Jeff sonrió, acordándose de Faith Folger. El día que había navegado río abajo para unirse al ejército, la vio allí de pie, en la orilla junto a su madre, mirándolo fijamente. Tenía los ojos negros llenos de lágrimas.

—Te estaré esperando, Jeff —le había susurrado—. Hasta que vuelvas, porque volverás.

La había besado brevemente, mientras su madre fingía no mirar. El beso apenas había significado nada para él, ya que su mente y su

corazón estaban llenos del recuerdo de Miranda, y la verdad es que no pensaba que fuera a regresar. Sin embargo, ahora le resultaba reconfortante acordarse de Faith.

—Creo que le haré caso, señor —le contestó con mucha seriedad. Era su amigo, pero también mayor y una eminencia médica. Debía tratarlo con respeto—. Doctor Francis, en cuanto tenga dos manos completas y la cabeza de nuevo entre los hombros, lo más probable es que se los ofrezca a una mujer, junto con otras cosas, claro.

Hudson acogió el regreso de Jeff con enorme entusiasmo. Lo habrían recibido como un héroe, con banda de música, homenaje y demás parafernalia, pero no lo permitió, así que la gente tuvo que contentarse con acompañarlo hasta su casa y llenarlo de regalos: mermeladas y gelatinas de todas clases, tartas y bizcochos, patos y pollos asados, etc. La vieja Rillah no paraba de recoger las cosas que traían, preparándolas y sirviéndoselas a los numerosísimos visitantes.

El Día de Año Nuevo a Jeff le parecía como si no se hubiera ido nunca. Tenía aún el brazo izquierdo algo rígido, pero podía utilizarlo; todavía sufría vértigos, aunque muy de vez en cuando, y podía volver a ejercer, estando atento y procurando no acabar agotado.

Aún no había pedido la mano de Faith, aunque sí que le había enviado un regalo por Año Nuevo, el libro *El cáliz de oro,* que había alcanzado una gran popularidad. Le compró la edición de lujo, con la cubierta de cuero rojo y un baño dorado en los bordes. Faith se sintió muy animada. Títulos como *El cofre del amor* o *La invitación nupcial* habrían resultado bastante más significativos, por supuesto, pero el solo hecho de regalar un libro ya era una señal que indicaba que sus intenciones eran serias; la chica hasta hizo planes para celebrar la boda en junio. Ahora que él estaba otra vez en casa, no permitiría que todo fuera como antes, simples flirteos y algún beso robado que otro. Quería a Jeff, había rechazado tres propuestas firmes y serias porque esperaba a Jeff. Ya era el momento de que pronunciase las palabras que correspondían.

Pero pasó enero y Jeff seguía sin pedírselo, parecía mantenerse lejos de ella. Rechazó todas sus invitaciones, alegando que necesitaba descansar y recuperarse del todo. Cuando Faith, cuya desesperación crecía, se inventó un dolor de cabeza persistente y atravesó las nevadas calles del pueblo para ir a su consulta, la recibió con afecto, incluso con ternura, pero no habló. Le dijo que no tomara alimentos fritos durante un par de semanas, le dio una

dosis de calomelanos y la mandó a casa, bastante defraudada, pero no desconsolada del todo. Conocía a los hombres, había notado un tono especial en su voz, un toque de intimidad, a su manera masculina. Y, además, sabía que no tenía rival. Se podía decir que no había ni una sola chica en el pueblo que no hubiera intentado ponerse a tiro del médico, pero él no hizo caso de ninguna de ellas.

De hecho, Jeff tenía la intención de declararse, pero también lo frenaba esa reticencia tan masculina a sellar una relación y a comprometerse de forma irrevocable.

Finalmente decidió que daría el paso el Día de San Valentín. Le mandaría uno de esos regalos cursis que tanto llegaban al corazón de las chicas y haría la llamada tradicional a casa de sus padres.

Pero cuando llegó el día catorce de febrero, la pobre y defraudada Faith no recibió de Jeff ningún regalo de San Valentín, ni él solicitó visitar a su padre. El joven médico estaba en Dragonwyck.

Durante las primeras semanas tras su llegada, no tuvo la menor noticia acerca de los Van Ryn. Se alegró mucho al saber que la situación de las haciendas iba a cambiar por ley y que, además, su amigo, el pequeño Boughton, iba a ser indultado. Pero exceptuando las novedades generales, era como si los moradores de Dragonwyck hubieran estado en la península de Kamchatka en lugar de allí al lado, junto al Hudson. La carretera de la orilla estaba bloqueada por la nieve y el río, completamente helado e impracticable.

Jeff había decidido de nuevo olvidarse de Miranda, y lo había logrado. Hubo una epidemia de gripe en Hudson, así que estuvo demasiado ocupado y demasiado cansado como para pensar, ni en ella ni en nada que no fuera su trabajo.

Entonces recibió una carta del doctor Francis desde Nueva York. Después de los saludos y de las preguntas habituales preocupándose por su salud, decía lo siguiente:

> *No te sorprendas si, después de todo, los Van Ryn te acaban requiriendo, ya que me he tomado la libertad de escribir al «Gran Señor» recomendándote de corazón. Ha llamado al doctor Brown para que atienda el parto de su esposa, ya sabes, el doctor William Brown de Gramercy Park. Lo conozco y es bastante capaz, pero el problema es que me parece que Van Ryn lo aterroriza. A Brown la cosa no le huele nada bien. Cree que el embarazo no progresa como debería y no se atreve a decírselo a Van Ryn. Sin que el patrón lo supiera, me mandó una carta pidiéndome consejo, pero no tengo ni idea de qué es lo que ocurre, ni quiero*

tenerla, la verdad. Por lo que me cuenta, me da la impresión de que es un embarazo normal y corriente. He contestado al pobre estúpido (a mí me parece que la tarifa que está cobrando en Hudsonle ha paralizado la mente) diciéndole que no se preocupe, que traer niños al mundo es tan sencillo como hacer rodar un tronco cuesta abajo. La madre naturaleza lo hace por su cuenta y riesgo, aunque no debemos dejar que la gente lo sepa, ¿de qué íbamos a vivir si no los médicos? Terminé diciéndole que se pusiera en contacto contigo si necesitaba ayuda. Después recibí una carta del propio Van Ryn quejándose de Brown y rogándome otra vez que fuera para allá. Así que, como no voy a ir ni atado a un caballo, le he propuesto también a él que te llame. ¡Cuánto alboroto, por favor! Me apuesto lo que sea a que ni el Gran Khan tártaro armaría ni la mitad del jaleo que está montando este aristócrata decadente a causa de su heredero.

Jeff arrojó la carta a su escritorio. No iría ni aunque lo llamaran. No quería que nada le volviera a relacionar con Miranda ni con las oscuras e intrincadas complejidades de Dragonwyck. El doctor Francis tenía toda la razón, seguro que se trataba de un alboroto ridículo. Tenía un médico bien preparado para atenderla y, por otra parte, seguro que no le pasaba nada. Siempre había sido una granjera saludable, fuerte como una yegua, pese a su fragilidad aparente.

Jeff pensó, muy enfadado, que no eran más que tonterías, así que se arremangó y se dirigió a la sala de curas para extraer un forúnculo del cuello al joven Jimmy Coffin.

A la mañana siguiente, a las ocho, sonó el timbre de la puerta y acudió a abrir. Se quedó de piedra. Allí estaba Nicholas en persona, bien tapado con un abrigo de piel. Detrás había un trineo rojo y un caballo jadeante.

Los dos hombres se miraron durante unos momentos, hasta que Nicholas alzó la mano.

—¿Viene conmigo, por favor, Turner? —dijo con tono casi humilde—. Lo necesitamos.

Jeff frunció el ceño y se apartó del umbral.

—Ya tienen ustedes un médico allí. Yo haría lo mismo que él —contestó fríamente—. El doctor Francis me ha escrito.

Nicholas negó con la cabeza.

—Brown es un estúpido. No confío en él. Le ruego que me acompañe… y deprisa. Hay algunos síntomas, y Brown dice que el parto está empezando. —Hablaba a tirones, estaba demacrado. En

sus ojos no había ni rastro de la habitual mirada irónica ni de superioridad. Simplemente suplicaban.

Jeff había tenido que lidiar con muchos padres nerviosos, pero la tensión de Nicholas le pareció excesiva.

—¿Qué le hace pensar que la señora Van Ryn corre algún peligro? —preguntó Jeff con tono grave.

Nicholas lo miró con cara de desconcierto.

—¿Miranda? —dijo, dudando—. No creo que Miranda corra peligro. Dese prisa, Turner, se lo ruego…

Jeff estaba asombrado. ¿Así que toda esta agitación se debía al niño que estaba en camino? ¿Cómo era posible que las preocupaciones de este hombre siempre se debieran a motivos extraños? Sintió de repente una gran pena por la muchacha que estaba encerrada en Dragonwyck.

Suspiró, agarró su abrigo y se lo puso moviendo el brazo izquierdo con cierta dificultad.

—No sé si podré hacer algo, pero de todas formas iré con usted.

Durante el vertiginoso regreso a la mansión no se pronunció ni una sola palabra. Nicholas condujo el caballo casi con violencia, azotándolo sin ninguna piedad. Las tablas siseaban al deslizarse por la nieve, las campanillas de plata sonaban histéricamente alegres, en contraste con la situación y con los respectivos estados de ánimo de ambos hombres. El viento gélido les azotaba la cara y, de vez en cuando, caían sobre ellos trozos de hielo procedentes de las ramas de los árboles, pero Nicholas no parecía enterarse. Tenía la mandíbula apretada y los ojos entrecerrados y fijos en el camino cubierto de nieve.

Jeff se arrebujó aún más en el abrigo y, aunque no tenía esa intención, no pudo evitar acordarse de la última vez que había subido a toda prisa a Dragonwyck a través de la nieve. Aquella vez su tan proclamada habilidad no sirvió para nada, pensó con amargura. No dejaba de ser chocante que Van Ryn aún mantuviera fe en él.

Cuando llegaron a la puerta de las caballerizas y Nicholas tiró de las riendas para frenar al tembloroso animal, la puerta se abrió de golpe, dando paso a Peggy, que estaba muy agitada.

—¡Oh, señor! —dijo tragando saliva—. La señora lo está pasando mal, pero no me permiten estar con ella. ¡Por favor, deme su permiso!

Nicholas la apartó a un lado de malos modos, sin siquiera dignarse contestarla, y los dos hombres subieron las escaleras a toda prisa.

Junto a la cama en la que se encontraba Miranda jadeando, estaban el doctor Brown y una enfermera alemana que Nicholas había traído también de Nueva York. Lo habitual era que el médico fuera un hombre menudo y elegante con formas halagadoras y zalameras con sus pacientes, lo que solía procurar una lista de clientes con dinero, a quienes les interesaban más los modales que la pericia médica. Pero el que se encontraba junto a Miranda tenía un aspecto muy desaliñado, por la barba recortada le corrían grandes goterones de sudor, que previamente le recorrían la cara.

—¿Qué está pasando? —exclamó Nicholas, dirigiéndose a él con furia.

El pequeño médico lo miró, absolutamente aterrorizado.

—Nada malo, señor Van Ryn —tartamudeó—. El parto ha comenzado, pero todo va perfectamente, perfectamente. —Su aire de falsa seguridad no engañó a nadie, ni siquiera a la enfermera, que susurró algo en alemán, *Ach Himmel!,* y miró a Nicholas con ojos de sapo.

—Señor Van Ryn, ¿sería usted tan amable de salir, y también la enfermera, mientras hablo con el doctor Brown? —intervino Jeff con toda la calma que pudo, intentando frenar la histeria que reinaba en la habitación—. Estoy seguro de que no hay ningún motivo de alarma.

Tan pronto como se hubo cerrado la puerta, el doctor Brown se secó el sudor y soltó un suspiro de alivio.

—Doy gracias a Dios porque haya venido usted, Turner. —Ya no le importaba tener que compartir sus extraordinarios emolumentos, habría renunciado a ellos sin ningún problema si se le hubiera permitido volver con todos los honores a su plácida consulta de Gramercy Park—. ¡Este hombre es un maníaco! —añadió sombríamente—. Creo que me mataría si algo saliera mal.

—¡No diga tonterías! —espetó Jeff, acercándose a la cama.

—Mi querido compañero, ¡no puede usted ni imaginárselo siquiera! —susurró el doctor Brown, mirando nerviosamente hacia la puerta por la que había desaparecido Nicholas—. Intenté renunciar al encargo, ¡y me encerró en mi habitación! Me vigila constantemente, parece que quiera atravesarme con esos helados ojos azules. ¡Hasta creo que quiere hipnotizarme!

—¡Estupideces! —dijo Jeff, sin poder evitar sonreír. Se puso el dedo índice sobre la boca, pues Miranda había soltado un gemido entrecortado y había abierto los ojos.

El doctor Brown le había estado administrando láudano, por lo que había estado sumida en sueños fantásticos, entre los que, de vez

en cuando, las sombras ganaban fuerza y el dolor se abría paso. Fijó lentamente las pupilas en el rostro que estaba inclinado sobre ella.

—¿Jeff? —susurró, con tono semejante al de una niña que se lleva una sorpresa—. Estás en México, ¿verdad?

—No —contestó sonriendo, y le separó de las húmedas sienes algunos mechones de pelo dorado—. Estoy aquí, contigo.

De muy, muy lejos, el dolor envió un nuevo y agudo aviso. En ese mundo de sombras en el que estaba inmersa solo había lugar para la aceptación y el dolor. Agarró a tientas la mano de Jeff y obtuvo de ella la primera sensación de alivio y seguridad desde hacía mucho tiempo. El demonio se removió en su trémulo cuerpo, luchando, rampando, molestando, hasta que, sintiéndose vencido, se marchó.

—No sabía que conocía usted a la señora Van Ryn —dijo asombrado el doctor Brown.

—Sí —confirmó Jeff, sin dar más explicaciones. Aprovechó el momento de tranquilidad para realizar un breve examen. Todo era absolutamente normal, todo marchaba bien. No observó ningún motivo de preocupación y así se lo hizo saber a su colega.

—Me alegra escucharlo —dijo Brown, por primera vez con gesto alegre—. Puede que sea el ambiente de este opresivo lugar lo que me ponga nervioso. De todas maneras, hay algo raro en lo que se refiere al ritmo cardiaco del feto. Es difícil de captar con el estetoscopio.

—Pasa muchas veces —replicó Jeff. En ese momento estaba completamente de acuerdo con el juicio del doctor Francis y del propio Nicholas: ese individuo era un idiota y todo ese nerviosismo le había cegado la capacidad de juicio.

A las cuatro de la mañana del día siguiente, festividad de San Valentín, Miranda dio a luz un niño. La criatura estaba bien formada y tenía los rasgos agraciados, como no podía ser de otra manera, dado cómo eran sus padres. Tenía bastante pelo de color oscuro y unas cejas rectas, como su padre, y en la comisura de la boca, un pequeño lunar, como Miranda. Su nacimiento fue recibido con enorme alegría. Las campanas de Dragonwyck repicaron muy fuerte, dando la bienvenida al heredero y avisando a los arrendatarios de que durante todo el día se serviría cerveza y ponche en la zona de las cocinas. Los propios criados se servían jarra tras jarra, ya que la disciplina se había relajado por completo.

Peggy se metió en su cuarto para hincarse de rodillas y rezar una oración de acción de gracias a la Santísima Virgen. Se le había permitido entrar en la habitación durante las últimas horas, pues

Miranda le dijo a Jeff que quería tener junto a ella a la pequeña criada irlandesa.

Por lo que se refiere a Nicholas, se negó a marcharse de la habitación preparada para el bebé, que descansaba en una cuna decorada con seda y brocado, y allí permaneció sin moverse y sin dejar de mirar su pequeña carita.

Fue Jeff quien se quedó junto a Miranda tras el parto. Ella flotaba en la adormecida paz que sigue al alumbramiento de una criatura. En ese estado de confusa alegría, nada ni nadie le parecía real, pero sí que fue vagamente consciente de la decepción que sintió por el hecho de que Nicholas no acudiera a verla, y mucho más del agradecimiento a Jeff. Él fue la roca a la que se agarró durante los momentos de mayor sufrimiento, y suya fue la voz, siempre suave y calmada, que la consoló. A la apasionada gratitud que casi siempre sienten las mujeres hacia los médicos que las atienden durante el alumbramiento, Miranda añadía algo más. Aunque durante mucho tiempo ni siquiera lo sospechó, fue durante esas horas que siguieron al nacimiento del niño cuando Miranda sintió por primera vez verdadero amor por Jeff. En ese momento, solo era consciente de sentir una gran paz y felicidad.

Pero para él no había ni una cosa ni la otra. Desde el mismísimo momento en el que ella se agarró ciegamente a su mano, supo que nunca volvería a plantearse casarse, ni con Faith ni con nadie.

Su disciplinada mente fue capaz de dejar a un lado esa verdad, de tan tremendas consecuencias para su vida futura, y guardarla para más adelante. Había un tema más urgente al que enfrentarse en ese momento, así que se sentó rígidamente junto a la cama de Miranda, tratando de decidir cómo abordarlo.

El caso era que, después de todo, los casi histéricos temores del doctor Brown sí que tenían base, aunque el médico, un estúpido integral, no fuera capaz de darse cuenta de ello en el instante preciso. En aquel momento se estaba emborrachando, consumía con sumo placer el mejor brandi de Nicholas.

Jeff se había dado cuenta inmediatamente del tono azulado de la piel del bebé y de la hinchazón de las puntas de sus pequeños deditos. Inmediatamente después de comprobar que podía dejar sola a Miranda durante un rato, fue a buscar la caja de madera de su estetoscopio, aplicó el aparato al pecho del bebé y pudo confirmar sus peores temores. Los latidos del corazón eran espasmódicos, y tan débiles que cada uno de ellos parecía ser el último.

Podía estar equivocado, pensó Jeff sombríamente, ya se había

equivocado otras veces. Pero sabía perfectamente que esta vez no. El corazón del bebé no estaba bien, podría seguir funcionando a tirones durante una hora o incluso un mes, pero no era probable que durara más tiempo.

Miranda no debía enterarse hasta que hubiera descansado lo suficiente, tenía que decírselo a Van Ryn. Y, la verdad, prefería que lo colgaran, lo ahogaran o lo descuartizaran en lugar de hacerlo.

Caminó por el pasillo hasta la habitación del bebé y allí encontró a Nicholas, en la misma postura, mirando al niño inexpresivamente. Este estaba en brazos del ama de cría, lo acunaba y le daba de mamar. Jeff tragó saliva y aspiró con fuerza.

—Señor Van Ryn —empezó en voz baja—, tengo que decirle algo. El niño no está bien. Su corazón está en malas condiciones.

Esperó, el único indicio que tuvo de que Nicholas lo había escuchado fue un ligero movimiento de un músculo de la cara. ¿Qué le pasaba a ese hombre? Su inmovilidad y ausencia de reacción lo puso nervioso. Tuvo un presentimiento y dirigió la vista a la cuna: el bebé todavía respiraba. Así que lo intentó de nuevo.

—A veces pasan estas cosas, por mucho que nos duelan. No sabe cuánto lo siento. Al menos, su esposa está perfectamente… —hizo una pausa, pero continuó a pesar del disgusto que le producía decir esas palabras—. Algún día podrán venir otros niños.

Nicholas alzó la cabeza con un movimiento rapidísimo y el joven médico no pudo evitar un movimiento instintivo de retroceso. Ese cuerpo envenenado encerraba una amenaza, estaba seguro, y Jeff sintió un temor repentino y atávico.

—Mi hijo está perfectamente bien —afirmó Nicholas en voz baja —. Agradezco mucho sus servicios, por los que será adecuadamente recompensado. Ahora puede irse.

Jeff sintió un repentino furor, y le empezó a latir la sien afectada por el balazo.

—¡Así que no va a creerme!, ¿verdad? —exclamó con rudeza—. Usted no es capaz de creer nada que no le convenga o que no quiera creer, eso es lo que ocurre. —Cerró la boca, intentando mantener el control.

El niño soltó un gritito lastimero, que no se parecía en nada a los que solían emitir los recién nacidos. Jeff se inclinó inmediatamente sobre la cuna, notando al hacerlo el gesto de su padre, advirtiéndole de que se alejara.

—Escuche, Van Ryn —dijo Jeff. De repente se le había pasado el enfado, pues cayó en la cuenta del patetismo del hombre, defendiendo una causa completamente perdida e incapaz de

enfrentarse a ello—. Por desgracia, el corazón del niño tiene una malformación, probablemente será una constricción excesiva de la arteria aorta. Contra eso no servirán de nada la cantidad de cuidados y atenciones que se le puedan prestar. No es culpa de nadie ni puede prevenirse. Es un trágico accidente de la naturaleza, ni más ni menos. —Había escogido las palabras con muchísimo cuidado, intentando abrir un hueco en el aparentemente impenetrable muro que se levantaba ante él. Pero se dio cuenta con desesperación de que no había logrado nada.

—Tiene usted mucha confianza en su opinión, doctor Turner —dijo Nicholas con bastante cortesía—, pero en este caso concreto no la comparto en absoluto. —Se volvió y miró por la ventana—. El trineo está preparado para llevarlo de vuelta a su casa.

Un silencio opresivo inundó la habitación.

—Por lo menos, déjeme decírselo a Miranda —suplicó Jeff—. Independientemente de lo que usted desee creer, sería de una crueldad intolerable no advertirla.

Nicholas se volvió hacia él con expresión gélida.

—No hay ninguna razón para que vuelva usted a ver a la señora Van Ryn. Buenos días, doctor. —Como si fuera un policía, acompañó a Jeff hasta las escaleras y permaneció allí, evitando así cualquier posibilidad de que se comunicase con Miranda o con el doctor Brown. Le era imposible no cumplir la voluntad de Nicholas, así que bajó los escalones. Después de todo, un médico al que se despide de una forma tan sumaria no tiene derecho a discutir ni a rogar. Si no fuera por Miranda, se habría lavado las manos, olvidando cuanto antes todo el asunto. Con toda seguridad, Brown se acomodaría a la opinión o, más bien, al deseo de Van Ryn respecto a las condiciones del niño, antes de ser despedido a su vez. Y Miranda se quedaría sola.

Pensó que no podía dejarla así, inerme ante la inevitable tragedia, sola con ese demente. Al pensar en la palabra «demente», su formación y su práctica científicas le hicieron darse cuenta de que el término no era adecuado para el caso. Nicholas no era un loco convencional, pues mantenía el control absoluto de sus facultades, mucho más que la mayoría del resto de los hombres. No era un loco, era algo infinitamente más peligroso, un alma poderosa que solo obedecía a sus propios deseos y que se movía en un ámbito distinto del habitual. Pero no era el momento de análisis, además de que Jeff no podía hacer nada respecto a Nicholas. Se quedó de pie en el vestíbulo de abajo, hasta que al ver pasar a un criado tuvo una idea.

—¿Puede decirle a Peggy que venga a verme de inmediato, por favor? —le dijo Jeff en voz baja—. Me refiero a la criada personal de la señora Van Ryn.

Mientras esperaba, miró preocupado hacia las escaleras, temiendo que Nicholas bajara, ya que el trineo aún no había emprendido la marcha. En el enorme vestíbulo no entraba la luz del sol de la mañana. Esa zona siempre estaba gris, oscura y plomiza. Le pareció como si las ninfas y sátiros que decoraban el papel de la pared lo miraran con malas intenciones entre las sombras, y que las sillas negras de madera labrada lo señalaran con hostilidad. No le sorprendía que aquel lugar hubiera intimidado a Brown, pues era tan acogedor como un mausoleo.

Oyó que se abría la puerta del servicio y unos pasos irregulares y suaves. Peggy apareció a su lado.

—Hola, señor. ¿Me ha mandado llamar?

—Sí —confirmó, asintiendo con gravedad—. Nadie puede ayudar, excepto usted.

Se lo explicó todo, y los ojos pardos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—¡Ah, pobre señora, qué crueldad! Yo ya me temía desde el principio que el pequeñín no venía bien. Apenas se movía…

—Tendrá que cuidar de ella, Peggy, y ayudarla a soportarlo.

—Yo la quiero mucho —dijo la chica con sencillez, tragando saliva, y al ver la expresión de Jeff, levantó ligeramente las comisuras de los labios—. Y creo que usted también, querido doctor —añadió con suavidad—. ¡Vamos, no frunza el ceño ni se enfade por lo que digo! No he podido evitar tener los ojos bien abiertos esta noche, y lo cierto es que en esta casa grande y extraña solo he visto amor verdadero durante esas horas.

Jeff pensó que quizás había mucha verdad en esa afirmación. Pero Miranda había escogido vivir en «esta casa grande y extraña» y había deseado fervientemente estar junto a su dueño. Y, por lo que sabía Jeff, no se había arrepentido de ello. Nicholas era el tipo de hombre que fascinaba a las mujeres: el poder y la falta de piedad siempre les resultaban atractivos, sobre todo si, además, el envoltorio físico también era agradable. Movido por su sentido de la justicia y asqueado por los celos que sentía, Jeff se convenció a sí mismo de que Miranda era feliz y de que volvería a serlo cuando la tragedia de la inevitable muerte del pequeño se hubiera superado y Nicholas hubiera aceptado por fin la realidad de los hechos. Ni siquiera él podría negarse a aceptar la muerte. Así que agarró el maletín y le dedicó una sonrisa a Peggy.

—Me alegra de que al menos cuente con usted. Si alguna vez va a Hudson, pase por mi consulta y déjeme echarle un vistazo a esa pierna. Cabe la posibilidad de que se pueda hacer algo al respecto.

Peggy corrió hacia la puerta de servicio para que nadie la viera en el vestíbulo, y menos él, con sus ojos azules como el hielo. Y mientras corría pensó y sintió apasionadamente que ese médico era muy amable y muy buena persona.

No hizo ninguna falta que Peggy preparara a Miranda. Desde el momento en el que tuvo al niño entre sus brazos supo lo que pasaba. Durmió durante doce horas, completamente exhausta e, inmediatamente después, el ama de cría entró en la habitación con un pequeño bultito entre las manos.

—No ser capaz de hacerle mamar, *gnädige Frau* —dijo la mujer con tristeza, dejando al bebé junto a Miranda, envuelto en su ropita de recién nacido. Lo colocó en el hueco del codo y apartó la sábana. Lo miró durante un rato y después dejó caer la cabeza sobre la almohada, cerrando los ojos.

—Váyase, por favor —le rogó al ama de cría.

Cuando Peggy entró en la habitación un rato más tarde, la encontró aún así, con los ojos cerrados y las lágrimas corriendo suavemente por las mejillas hasta el pelo rizado del niño, cuya cabecita estaba apoyada en la mejilla de su madre.

—¡Oh, Dios mío, no! —exclamó Peggy, y se arrodilló junto a la cama—. ¡Seguro que será feliz en el cielo, pobre y precioso corderito! ¡La Santa Madre de Dios cuidará de él en persona hasta que usted llegue a reunirse con él!

Miranda se revolvió y abrió los ojos.

—Hay que bautizarlo inmediatamente. Que llamen al pastor Huysmann —ordenó con voz queda.

Fue precisamente en el bautizo urgente de la criatura cuando Miranda se dio cuenta de que Nicholas se negaba a admitir que a su hijo le pasara nada. Solo cuando la vio estallar en angustiosas lágrimas consintió en que el pastor realizara la rápida ceremonia, como si fuera una concesión absurda. Nicholas afirmó que más tarde, dentro de uno o dos meses, se celebraría el bautizo tradicional, con todo el condado como testigo, y Miranda no dijo nada. Su corazón desconsolado solo se alivió mínimamente cuando el niño hubo recibido el nombre de Adriaen Pieter Van Ryn y el horrorizado pastor ya estaba de camino a su casa para contarle las malas noticias a su esposa, que pronto las esparció por todo el valle.

El niño vivió seis días y durante todo ese tiempo, pese a las furiosas protestas de Nicholas, Miranda tuvo en todo momento al

niño junto a ella, sin dejar que nadie más lo tocara excepto Peggy. Se negó a dejarlo en manos del ama de cría, y la pequeña cantidad de leche que recibió procedió de sus propios pechos. Pero no tenía fuerzas para mamar adecuadamente, y durante la tormentosa noche del viernes soltó un suave quejido y no encontró más fuerzas para seguir respirando.

A lo largo de esos seis terribles días, Miranda pensó mucho en Dios. Mandó a Peggy a buscar la Biblia que le había dado su padre. Durante meses había estado guardada en el fondo de un cajón, pero ahora la guardaba bajo su almohada y la leía constantemente. Lo que durante muchos años no había sido nada más que una retahíla de palabras sin el menor significado para ella, en ese momento, y a la luz de su pena, le proporcionaba consuelo y fuerza.

Acurrucó al niño contra su pecho y recitó para ambos el salmo sesenta y uno: «Oye, oh Dios, mi clamor; atiende a mi oración. Desde los confines de la tierra te invoco, cuando mi corazón desmaya. Condúceme a la roca que es más alta que yo». Y, de forma gradual, la resignación se fue apoderando de su alma.

Pero no de la de Nicholas. Cuando esa noche entró en la habitación y vio la cara de Miranda, lanzó una violenta exclamación.

Ella negó con la cabeza, mirándolo muy apenada.

—Calla —susurró con ternura—. El Señor se lo ha llevado, querido Nicholas.

Levantó violentamente las sábanas y se quedó mirando el cuerpo, pequeño y rígido. Su gesto era convulso. Se fijó en Peggy, que estaba apoyada en uno de los postes de la cama, llorando quedamente.

—¡Tú eres la culpable, repugnante lisiada! —gritó, avanzando amenazadoramente hacia ella—. ¡Lo has agarrado sin cuidado, lo has dejado caer…!

—¡Madre de Dios! —susurró Peggy, encogiéndose. Él extendió las manos hacia su cuello, la chica retrocedió centímetro a centímetro, intentando alejarse de aquella cara asesina y librarse de las manos de acero que la ahogaban.

—¡Nicholas! —gritó Miranda, intentando levantarse de la cama.

Él dudó por un momento, y Peggy, aterrorizada, logró tomar una bocanada de aire. Inmediatamente después, la furia desapareció de su expresión, su rostro adquirió un tono gris y salió de la habitación a grandes zancadas.

No volvió a aparecer en tres días. Se encerró en la habitación de la torre, que hacía mucho que no utilizaba. Frenética ante la falta

de ayuda, ya que estaba todavía demasiado débil para levantarse, Miranda le envió mensajes repetidamente por medio del mayordomo y de la señora MacNab. No se atrevió a enviar a Peggy. Él contestó, siempre a través de la puerta cerrada, que podía organizar las cosas como le pareciera bien y que no diría nada más.

Así que el pequeño ataúd llegó al cementerio del patio de la iglesia acompañado solo por los llantos de los sirvientes y de Peggy, que había convencido casi a la fuerza a su señora de que no acudiera.

La mañana del funeral Nicholas bajó por fin. Entró en la habitación de Miranda y le dio un beso muy breve.

—Buenos días, amor mío. Tienes muy buen aspecto. El blanco siempre te sienta bien.

Ella se quedó mirándolo estupefacta. Se miró el chal blanco y después volvió a mirarlo a él. Su cara estaba demacrada y ojerosa, con un matiz amarillento que nunca había visto. Tenía el traje desarreglado, igual que el pañuelo de cuello, y despedía un tenue olor a sudor.

—¡Nicholas! —exclamó—. He estado terriblemente preocupada por ti.

—Tonterías —respondió, y sonrió. Tras la sonrisa había una advertencia. Caminó hacia la ventana y abrió las cortinas.

—El hielo debe tener por lo menos un metro de grosor en el canal del oeste y en nuestro muelle más o menos lo mismo. Tenemos que dar una fiesta de patinaje. Voy a preparar la lista de invitados inmediatamente.

—Una fiesta… —repitió—. No te entiendo… —Entonces dejó de mirarlo. Estaba segura de que, una vez superado el arrebato de violencia, se consolarían mutuamente, se acercarían más el uno al otro y estarían más cerca de lo que habían estado nunca, compartiendo la pena y mirando hacia el futuro.

Pero ahora, mientras escuchaba a Nicholas hablar a la ligera de invitaciones, del estado de las carreteras y de la posibilidad de que volviera a nevar, se dio cuenta angustiada de cómo iban a ser las cosas a partir de ese momento.

Durante el resto de su vida juntos él nunca volvió a hacer referencia alguna al niño, tampoco parecía escuchar si alguien lo nombraba en su presencia. Era como si la desgracia nunca hubiera tenido lugar.

Capítulo 18

Las familias del río se ablandaron ante la tragedia sufrida por los Van Ryn. Un fresco día de marzo, la viuda Mary Livingston se colocó una de sus mejores capas blancas y, tras pasar la noche en casa de una amiga en Valatie, se dirigió a Dragonwyck.

Tras esa visita, le dijo a todo el mundo que la señora Van Ryn era muy agradable y de una dulzura extraordinaria y que, sin duda, se había convertido en toda una gran dama.

—No me extraña nada, ni me parece mal en absoluto, que Nicholas se haya casado con ella —dijo la viuda a la señora de Robert Livingston de Linlithgow, en la mansión conocida como The Hill, en una de sus reuniones para tomar el té—. Y, además, creo que ha tenido suerte. Desde niño ha sido una persona difícil, ya sabes. Recuerdo lo mucho que le preocupaba a su pobre madre, Katrina Brinckerhoff, de Rhinebeck. Siempre estaba peleándose, no hablaba con nadie… ¡y era extraordinariamente terco! Ella era la única capaz de manejarlo, pues a su padre nunca le hacía caso. —Se detuvo un momento para llenar la taza de su invitada—. Katrina era una mujer guapísima. No he vuelto a ver a nadie con una melena rubia tan magnífica. Aunque, ahora que lo pienso, la nueva esposa de Nicholas también tiene ese tipo de pelo, es realmente preciosa.

—¿De verdad? —preguntó cortésmente otra dama, mientras se servía un pastel de semillas.

—Me pregunto si Johanna fue alguna vez feliz de verdad junto a Nicholas —dijo la viuda Mary, continuando con su línea de pensamiento.

—¡Vaya, seguro que sí! —exclamó la señora Robert—. Estaba loca por él, además, siempre la trató de maravilla.

—Ya lo sé —dijo la viuda, inclinando un poco su majestuosa cabeza—, pero Johanna me contó una vez antes de que se volviera tan… corpulenta y… —Dándose cuenta de que estaba hablando de

una persona muerta, suprimió la palabra que iba a pronunciar, nada menos que «estúpida» y la sustituyó por «lenta»—. Pues eso, me contó que nunca la perdonaría por no haber sido capaz de concebir un hijo para él. «Nunca me lo perdonará», esas fueron sus palabras exactas. Por supuesto, nunca pudo volver a intentarlo, ya sabéis… —La viuda se había inclinado hacia delante y susurraba. La anciana había llegado a una edad en la que tendía a hablar demasiado y con escaso control sobre las consecuencias de lo que decía. La señora de Robert Livingston se ruborizó.

—¡Oh, bueno! Una decepción, por supuesto, pero ocurre con mucha frecuencia.

—Eso es lo que yo le dije a Johanna, pero se sentó, me miró con esos pálidos ojos tan redondos que tenía y me dijo: «Tú no conoces a Nicholas». Y la forma en la que lo dijo me dejó muy preocupada.

—¿De verdad? —volvió a decir la señora Robert, que se estaba aburriendo, porque apenas había coincidido con los Van Ryn—. No me cabe duda de que pronto tendrán un hijo saludable. Y si usted cree que la nueva esposa es aceptable, yo también iré a visitarla cuando esté en el vecindario.

Así lo hizo, y la siguieron todas las mujeres de la aristocracia local.

Los jóvenes señores Van Ryn dieron muchas fiestas aquel año. Nicholas mostraba una energía casi febril. Se habían acabado los tranquilos y hogareños días que Miranda tanto había disfrutado mientras esperaban la llegada del niño. Nicholas invitó a muchas personas y, durante algunas semanas, varias a la vez, y de todo tipo: aristocracia de Albany y de Nueva York y también nobles ingleses, pues por entonces había en Nueva York muchos escritores británicos de poca monta preparando «observaciones y notas sobre la vida en América», el tema se había puesto de moda al otro lado del Atlántico. También invitó a militares, pero ninguno por debajo del rango de capitán. En septiembre, México se rindió y los Estados del este se llenaron de héroes que regresaban de la campaña militar.

Dragonwyck se llenó de voces constantes, desde que los invitados bajaban a engullir el variadísimo y abundante desayuno hasta bien pasada la medianoche, cuando por fin se arrastraban otra vez hacia sus habitaciones, exhaustos tras tanta actividad.

Muchos de ellos se asombraban de la extraordinaria cantidad de entretenimientos que se les proporcionaban: paseos en barco, exposiciones de flores en el jardín, veladas musicales, pequeñas obras de teatro humorísticas, bailes y meriendas elegantes, siempre acompañados por un ejército de sirvientes que llevaban cestas de

viandas exquisitas, como capón relleno o sábalo de río sin espinas. Solo algunos de ellos no se sentían del todo a gusto con tanta y tan organizada actividad, que Nicholas convertía en casi obligatoria, ya que creían percibir cierto grado de tiranía en su anfitrión.

Una de las más críticas fue *lady* Hermione Basset, hija de un anodino conde británico. Era una mujer virgen de mediana edad. Llevaba un diario con anotaciones acerca de sus viajes. A este lo denominó *Pequeños apuntes de más allá del Atlántico,* y tenía la intención de publicarlo una vez que hubiera terminado de «apuntar», cuando regresara a Londres.

El veinte de septiembre de 1847, *lady* Hermione, después de haber pasado dos días en Dragonwyck, en los que no había parado de bailar, pasear en barca, inspeccionar invernaderos, cabalgar campo a través y tomar parte en concursos de tiro con arco, se excusó con firmeza, se encerró en su habitación y otorgó a Dragonwyck algunos de sus «apuntes» más críticos y, en algún caso, perspicaces:

> *Situado en uno de los estuarios más pintorescos de América, se trata de una construcción ciertamente noble, un castillo de verdad, no menor en belleza y magnitud que algunos de los más pequeños de la aristocracia de Inglaterra. El edificio está construido con piedra gris, salpicado de unas plantas trepadoras cuya exacta naturaleza botánica aún no he sido capaz de dilucidar (nota: debo preguntarlo), posee almenas ¡y hasta una torre!, lo que le otorga cierto aire de antigüedad. ¡Imaginen mi asombro al enterarme de que el edificio, tal como es ahora, se construyó hace apenas diez años!*
>
> *Lo cierto es que el viajero tiene mucho de lo que asombrarse en este lugar. El gusto estético, y también y sobre todo unos recursos económicos ilimitados, se han combinado con la riquísima naturaleza del lugar para producir un efecto de lujoso exotismo. ¡Qué maravilla esos valles boscosos llenos de abetos canadienses! ¡Qué magníficos esos cenadores de mármol, rodeados de arroyos artificiales plateados, esos prados de color esmeralda, esa exquisita profusión de rosas multicolores!*
>
> *Ya dentro del vestíbulo, todo es de estilo neogótico y destila magnificencia. Ni que decir tiene que aquí el culto a la belleza y a la razón se combina con las mejores viandas y los vinos más impecables procedentes de todo el mundo.*

Lady Hermione se rascó el borde del dedo índice y frunció el ceño. ¿Era «impecable» la palabra adecuada? Bueno, daba igual, ya la corregiría después. Se tenía que centrar en el aspecto que de verdad importaba.

> *Se estará preguntado, querido lector, qué clase de residentes habitan tan deliciosa morada, e inmediatamente voy a complacerle, por supuesto. El señor X, mi anfitrión, es un caballero de singular atractivo personal. Es más alto que la media de los caballeros que conozco y bastante delgado. Su pelo es negro azabache y tan rizado que le caen bucles sobre la frente, casi hasta las nobles cejas; sus brillantes ojos captan inmediatamente la atención de su interlocutor, puesto que su color es de un intensísimo azul céreo. Imagine que estuviera en presencia de alguien con cierto parecido a lord Byron, pero con la suavidad de un Chesterfield; esa comparación solo le servirá para hacerse una idea parcial de la impresión que causa este caballero. Pero insisto, solo parcial, pues me temo que a mi anfitrión le falta cierta tranquilidad innata, la contemplativa serenidad que es una especie de marca de agua de la verdadera nobleza.*
>
> *¡Y es que eso es algo que he observado con cierta frecuencia en este país! ¡Esa agitación del espíritu, esa necesidad incombustible de realizar una actividad tras otra, sin descanso ni casi transición! El señor X está en una excelente forma física: monta como un centauro, pero a tal velocidad que pareciera que le persiguen constantemente las Furias, nada como el mítico Leandro, supera con facilidad a todos los tiradores de arco, pero…*

Lady Hermione soltó la pluma. Lo que quería poner por escrito era bastante sutil y se preguntó si resultaba pertinente respecto al objetivo principal de su futuro libro, es decir, realizar una reflexión filosófica sobre los Estados Unidos de América. Era una mujer lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que ni el señor Van Ryn ni la misma hacienda, Dragonwyck, podían considerarse en absoluto ejemplos típicos de ese país, y quizá no resultara educado ni de buen gusto criticar una hospitalidad que ella encontraba exigente y excesiva. Además, tenía la desagradable impresión de que Nicholas manejaba a sus huéspedes como a marionetas con hilos invisibles y que, bajo su superficial cortesía, no sentía ni el más mínimo interés por ellos.

En cierta manera, la reacción de *lady* Hermione estaba motivada por el rencor, pues se había prendado de Nicholas casi nada más verlo. La primera tarde en Dragonwyck le pareció que entre ella y su anfitrión se establecía un cierto flirteo, por supuesto, socialmente adecuado, pero en cualquier caso muy agradable. Él le había dado un ramito de artemisas y había hecho referencia al nombre de la flor y a su semejanza a la casta y adorable diosa de la luna. Eso hizo que se sintiera femenina y seductora. Pero la cosa terminó casi instantáneamente, pues pudo ver en primera fila cómo pasaba casi de inmediato a volcar su atención en una tal señora Gates, una dama de New Jersey insignificante, tanto por su pequeñez como por su escasa importancia social.

Lady Hermione no mostró el más mínimo interés por Miranda. La consideraba simplemente una esposa bonita, de un gusto exquisito en el vestir, pero bastante poco sociable, que apenas hacía saber su opinión sobre nada y siempre se comportaba como su marido esperaba. No le extrañaba que pareciera siempre cansada, pensó *lady* Hermione, rascándose la muñeca que se había lastimado al manejar el arco. Esa frenética actividad era capaz de cansar a cualquiera. Se iría mañana por la mañana, pensó mientras cerraba y guardaba con cuidado y bajo llave el diario. Tenía la intención de ir a Boston, donde le habían dicho que encontraría más efervescencia intelectual, en lugar de física. Seguro que le divertiría dirigir su punzante pluma contra las pretensiones culturales de estos advenedizos americanos. Y, por lo menos, podría descansar físicamente.

Lady Hermione podía marcharse, pero Miranda no. En ese momento, su vida era absolutamente superficial y seguía todas y cada una de las directrices que marcaba Nicholas. No era ni feliz ni infeliz, se encontraba en una especie de limbo, parecía que se hubieran lanzado juntos a una carrera frenética cuyo objetivo ella desconocía por completo. No sabía ni la dirección ni el propósito de la misma, pero las actividades incesantes, la presión de los visitantes y el carácter dominante de Nicholas no le permitían ser consciente de ello. Solo en algunos sueños la invadía una amarga tristeza y la sensación de pérdida catastrófica. Y en esos momentos se despertaba dándose cuenta de que estaba llorando desconsoladamente.

No tenía tiempo, ni tampoco privacidad, para indagar en su propia alma. Fuera de su habitación siempre había gente y dentro siempre estaba Nicholas.

No tenía amigos. A veces, entre las hordas de invitados, conocía

a alguien que le gustaba y pensaba que por fin había alguien que la consideraba un ente con su propia individualidad, y no un apéndice de Nicholas. Pero nunca tenía la oportunidad de entablar conversación, y no digamos de intimar. Sin que lo pareciera, allí estaba siempre Nicholas, interviniendo de modo que, como pasó con *lady* Hermione, el invitado la dejara de lado y solo la considerara una joven esposa que adoraba a su marido y no tenía muchas cosas que aportar por sí misma, salvo su belleza y elegancia.

Por otra parte, la visita de su madre se pospuso indefinidamente. Abigail ya podía ir a visitarla en cualquier momento, pues su ataque de reuma había pasado y el bebé de Tabitha crecía saludablemente, sin problemas. Cuando Abigail recibió la carta que informaba del fallecimiento del niño de Miranda, su idea fue acudir a Dragonwyck inmediatamente. Pero pasaron los meses y no se produjo la invitación, ni se estableció fecha para la misma. Las cartas de Miranda empezaron a escasear y eran cada vez más breves. Parecían informes de sociedad: «Ayer recibimos al expresidente Van Buren y a otros muchos que están interesados en el proceso electoral», o: «Mañana iremos a un baile a la mansión de los Astor. Me imagino que será un evento muy brillante». Ni el más mínimo comentario personal.

Abigail ocultó su dolor a base de malos modos. Ephraim, los chicos y hasta la pequeña Charity fueron víctimas de la creciente aspereza de su lengua.

Y, por lo que se refería a Jeff, Miranda no volvió a verlo hasta el otoño de 1849. Al principio pensó que, tras la muerte del niño, lo vería a menudo, y que Nicholas, a quien debía gustarle el joven doctor, ya que había acudido a él en dos momentos de crisis, lo invitaría a Dragonwyck.

Nicholas no solo no invitó jamás a Jeff, sino que incluso le prohibió a Miranda que lo viera o se pusiera en contacto con él en ningún caso. No pudo ni siquiera llevar a Peggy a que le examinara la pierna para intentar una mejora en sus condiciones, si es que ello fuera posible desde el punto de vista quirúrgico. No quería que nadie de la familia ni de la casa tuviera nada más que ver con el doctor Turner.

Hacía tiempo que Miranda había dejado de buscar razones para los comportamientos de su marido, aunque concluyó que de lo que se trataba era de no ver nada ni contactar con nadie que le recordara la muerte del niño. Así que también aceptó aquello, y más aún porque tenía un cierto sentimiento de culpa en lo que se refería

a Jeff. Su interés por él, su ternura y gratitud, no se adecuaban bien a su condición de esposa de otro hombre. Así que hizo lo que Nicholas le dijo.

Fue Peggy la que sufrió mucho durante aquella época. Atendía a su señora con lealtad, y Miranda siempre se comportaba con ella muy amablemente, pero la antigua, cercanísima y enormemente afectuosa relación había desaparecido. La señora siempre tenía prisa, por la mañana, al mediodía y por la noche. Solo parecía pensar en sus maravillosos vestidos y en las ocasiones que tendría para exhibirlos. Se habían acabado las confidencias, incluso la posibilidad de que las hubiera, porque el patrón siempre estaba en medio. Y Peggy tenía miedo de Nicholas. Él la ignoraba; cuando ayudaba a Miranda en su aseo o sus arreglos personales, miraba a través de ella, y no le hablaba prácticamente nunca. Sabía que le permitía quedarse porque era muy útil a Miranda como criada personal: había aprendido a coser y a planchar, mantenía un orden impecable en el amplísimo guardarropa, etcétera. Pero nunca olvidó su ataque ni la expresión de locura de sus ojos el día que murió el niño. Se daba cuenta de que esa reacción tan explosiva se debía a una rebeldía contra el destino, y que ella representaba el chivo expiatorio más a mano en aquel desgraciado momento. También pensaba que, aunque arrepentirse no cuadraba con su naturaleza, era probable que sí que lamentara aquella pérdida de control. De todas maneras, siempre se sentía incómoda en su presencia.

Además del señor, había otra cosa que hacía que no se sintiese a gusto en Dragonwyck. Durante la cortísima vida del pobre bebé, la mansión le había producido una sensación extraña. No era exactamente tristeza, sino algo siniestro que le causaba estremecimientos en la espina dorsal. Esa sensación se acentuaba aún más en el salón rojo. El resto de los sirvientes no sentía nada parecido cuando entraban allí a limpiar, pero Peggy sí. Una tarde, mientras el patrón estaba encerrado en su habitación de la torre y la señora permanecía en la cama con su niñito moribundo, Peggy bajó al salón rojo para buscar allí un pañuelo de encaje que se había extraviado. No se quedó allí mucho tiempo porque en aquella habitación había alguien. Alguien a quien no se podía ver ni oír, pero que estaba allí. Tan real y tan terrorífico como Black O'Donohue, aquel que recorrió al galope el lago Leane la Noche de Difuntos, tan real como aquel pequeño que bailaba en las ruinas de Aghadoe.

Peggy salió huyendo de la habitación como alma que lleva el diablo y se encerró en su cuarto del ático. Cuando se puso a rezar el

rosario todavía le sudaban las manos.

Unas semanas más tarde empezó a contárselo a su señora, pero la pobre y dulce joven no quiso escucharla. Lo cierto es que se dirigió a ella con cierta brusquedad, incluso la miró con ojos torcidos y algo asustados. Así que Peggy no dijo nada más; en todo caso, esa sensación tan siniestra, cuya causa desconocía por completo, parecía haber desaparecido.

De cuando en cuando, Peggy recitaba susurrando para sí un antiguo sortilegio en gaélico que su pelirroja madre le había enseñado en la mísera casa de Killarney:

> «El Maligno tiene tres cosas:
> Un ojo maligno,
> una lengua maligna
> y una mente maligna.
> Y Dios tiene tres cosas, que son las que le enseñóa su hijo
> la Virgen María, porque las había escuchado en el cielo:
> Una palabra misericordiosa,
> una palabra cantarina
> y una palabra bondadosa.
> Que el poder de estas palabras sagradas alcance a todas las personas de Erin, nuestra Irlanda,e incluso a las de más allá».

Ese era más o menos el sentido del sortilegio, aunque Peggy lo recitaba en su lengua vernácula gaélica, tal como se lo enseñó su madre. Haciéndolo así, sus poderes mágicos eran más fuertes. La casa necesitaba magia, magia buena y oraciones: la pobre señora apenas podía encontrar alivio en su propio credo religioso tras la muerte del pobre niño. El señor se reía de ella cuando leía la Biblia, incluso una vez le preguntó qué bienes habían procurado al mundo todas esa supersticiones, o si «maullarle a la imagen de algo que solo existía en la imaginación de los incultos acaso había evitado alguna vez la pena o la decepción», eso le dijo el señor a su señora con el tono suave y desdeñoso que solía utilizar casi siempre.

De hecho, la Biblia había vuelto al fondo del mismo cajón del que la señora la sacó tras el fallecimiento del bebé. Tampoco era tan malo, pensaba Peggy, que apenas conocía la Biblia, además no sabía leer. Pero de lo que sí que estaba segura era de que cualquier alma, de alta o baja cuna, necesitaba la fe. Encendía muchas velas a la Santa Madre de Dios y le rezaba con fervor.

En Nueva York le resultaba fácil acudir a misa, ya que había una

iglesia nueva cerca de la calle Stuyvesant y podía escaparse a primera hora del día. La señora casi nunca se levantaba antes del mediodía.

Fue precisamente el diez de mayo de 1849, en Nueva York, cuando esta fase de la vida de Miranda terminó de forma brusca, a causa de la masacre de Astor Place.

Los Van Ryn estaban invitados a pasar la tarde y a cenar pronto en casa de Clement Vandergrave. La hora de llegada eran las cuatro, después acudirían al Teatro de la Ópera de Astor Place para ver la interpretación de *Macbeth* de William Charles Macready. Toda la aristocracia y la gente adinerada de Nueva York acudían a ese teatro, extremadamente elegante, cuya construcción en 1847 había sido sufragada por ciento cincuenta caballeros socialmente importantes. La representación de aquella tarde prometía ser muy interesante. Hacía tres días, el ridículo enfrentamiento entre el británico Macready y el americano Edwin Forrest había llegado a mayores cuando ambos intérpretes decidieron representar sus respectivas versiones de *Macbeth* la misma tarde y prácticamente a la misma hora, Macready en el Astor y Forrest en el Broadway. Se produjeron incidentes en ambas representaciones, pues entre los asistentes se encontraban tantos amigos que vitoreaban como enemigos que abucheaban y pateaban. A la sociedad en su conjunto, el tema le divertía, y en las conversaciones se ponían en la balanza las razones que cada uno de los actores tenía para estar indignado con el rival.

Lo cierto es que las discusiones no tenían por qué haberse salido de madre —aquello denotaba una falta de dignidad profesional y de cortesía impropia de dos actores con tanto talento—, pero eso fue precisamente lo que ocurrió, dando lugar a reyertas y disturbios por toda la ciudad. El enfrentamiento derivó en una especie de símbolo paradigmático de la lucha de clases.

Macready era inglés, y el actor favorito de la alta sociedad neoyorquina, mientras que Forrest era muy apreciado por el pueblo llano, no solo por ser compatriota, sino también por sus apasionadas interpretaciones de personajes como Jack Cade y Espartaco, que representaban la lucha de los desfavorecidos contra la clase dirigente.

En ese momento se estaban produciendo disturbios e insurrecciones populares por toda Europa, cuya base era precisamente la incipiente lucha de clases, hasta entonces larvada. Los problemas también habían llegado a América que, sin duda, era una democracia, sí, pero… ¿funcionaba realmente como tal? La

duda era recurrente entre la población trabajadora. Con tal motivo se organizaron acciones y movimientos, algunos de gran proyección y calado, como el abolicionismo, y otros de alcance más local, como la lucha contra los arrendamientos de tierras en las haciendas y los disturbios de Astor Place.

Nicholas y Miranda salieron en calesa de la calle Stuyvesant a las cuatro en punto, de camino a casa de los Vandergrave, en Gramercy Square. Miranda estaba contenta. Era una tarde de mayo fresca y fragante en la que había desaparecido el habitual mal olor de la ciudad. También Nicholas estaba de buen humor, pues le apetecía ir al teatro con conocidos que, como él, apreciaban las representaciones. A Miranda le gustaban los Vandergrave, y el teatro era su segundo espectáculo favorito, después de la ópera, que para ella había sido todo un descubrimiento. Pensó, divertida, pero también con cierta pena y añoranza, en la chiquilla inocente que, hacía tres años, había disfrutado tanto con las ridículas pantomimas de Barnum, y en lo mucho que le gustó la actuación tan estridente que presenció en Niblo.

Ahora se había acostumbrado a lo mejor y era capaz de apreciar la hermosa voz de Truffi en *Emani* o la magnífica dicción de Biscaccianti en *La Sonnanbola*. Hacía tiempo que había superado embarazosas equivocaciones, como por ejemplo cuando confundía *Richelieu* con *Ricardo III*; sabía qué piezas eran interpretadas con gran calidad, incluso cuándo eran sublimes, y conocía, ya sin dudas, cuál era el momento en el que se debía aplaudir. Nunca adoptaba esa actitud de indiferencia, tan común entre las damas de la alta sociedad, pues su interés por el mundo del espectáculo era absolutamente genuino. Lo consideraba una auténtica fábrica de sueños y, en esos momentos, ya había adquirido conocimiento y desenvoltura.

Era perfectamente consciente de que, aquella noche, lucía sus mejores galas. Tanto ella como Nicholas vestían de manera absolutamente formal, que era lo que se esperaba no solo de los ocupantes de los palcos, sino de todos y cada uno de los espectadores del Teatro de la Ópera de Astor Place. Y era precisamente este énfasis en vestir de gala por obligación lo que despertaba las iras de los miembros del pueblo llano que aspiraban a acudir a óperas de calidad en Nueva York. No se permitía el paso de los caballeros que no llevaran levita negra, chaleco y guantes cortos blancos. Para alegrar la severidad de su atuendo, Nicholas se había colocado un pequeñísimo clavel en el ojal y unos gemelos de zafiros.

Miranda lo miraba con admiración. Los problemas que existían en su relación, o quizá precisamente debido a ellos, hacían que nunca la diera por hecha ni por consolidada. Siempre estaba atenta a él, nunca caían en la rutina. La nobleza de su perfil, moreno y potente, contrastaba con la impoluta blancura del cuello de la camisa, su pelo negro y brillante y el siempre sorprendente color azul pálido de sus ojos enmarcados en las oscuras cejas… Todo ello hacía que el corazón le siguiera latiendo con fuerza cada vez que lo miraba.

—¿Te gusta mi vestido nuevo, Nicholas? —preguntó, ansiosa por recibir un cumplido que raramente le otorgaba. Pero ese día fue generoso. Se volvió hacia ella y la miró muy sonriente de arriba abajo. El vestido era de color azul medianoche, el que utilizaban más habitualmente las mujeres rubias, y con escote palabra de honor, es decir, de corte limpio y sin hombreras. Miranda estaba muy orgullosa de su atuendo, pues se trataba de una moda importada directamente de París, que no llegaría a Nueva York hasta la temporada siguiente. Así, lograba evitar los fruncidos, adornos y demás parafernalia que, hasta ese momento, se consideraban esenciales en la moda femenina; bastaba con un solo diamante en forma de botón, incrustado en la zona del pecho, una pequeña diadema en forma de flecha, también de diamantes, y una pequeña pluma azul en el pelo.

Nicholas se llevó a los labios su mano enguantada.

—Eres muy hermosa, amor mío, y tienes un gusto excelente para la ropa. Siempre me gusta lo que llevas.

—¿Reamente te gusta todo de mí, Nicholas? —insistió ella con cierta tristeza. Era muy poco habitual que la alabara y que se mostrara tan cercano como parecía estarlo en aquel momento.

Se produjo un largo silencio, y Miranda pensó que se había comportando como una tonta al preguntar eso. Ninguno de los dos lo había mencionado jamás, pero ambos lo sabían y les pesaba: todavía no se había vuelto a quedar embarazada. De hecho, había acudido a visitar al doctor Francis para consultarle ese tema tan delicado y asegurarse de que no existía ningún problema físico por su parte. El médico le dijo que solo era cuestión de tiempo, que la naturaleza era impredecible.

—Si no fuera así, no estarías conmigo aquí sentada —dijo Nicholas, soltando de inmediato una sonora carcajada.

Decididamente, aquella noche estaba de muy buen humor.

Avanzaron por la Tercera Avenida, por lo que pudieron ver el famoso peral que estaba en la esquina de la calle Treinta. Al igual

que los doscientos años anteriores, el magnífico árbol estaba absolutamente plagado de flores. Le resultaba extraño que, cada primavera, renovara su eterna y exquisita juventud, cuando las manos que lo habían plantado ya hacía mucho que se habían convertido en polvo.

Nicholas se bajó un momento del carruaje con gran agilidad, cortó una pequeña flor y se la dio. La aceptó con una amplia sonrisa, pensando que ese mínimo gesto era una prueba más de las tres virtudes que, pasara lo que pasase, siempre estaban presentes en Nicholas: su veneración por la tradición holandesa en la nueva tierra, su amor por la belleza y su galantería. Solo esas tres cualidades… ¿pero acaso no era ya bastante? Sí que lo era, pensó inmediatamente, completamente decidida a que ningún nubarrón estropeara la velada de aquella tarde.

El carruaje se detuvo en la parte oeste de Gramercy Park, delante de una escalinata blanca, adornada con un pasamanos de brillante latón, que conducía a la entrada de la casa. Los Vandergrave eran tan amables y elegantes como su mansión e igual de sólidos. Como suele ocurrir con las parejas felizmente casadas, habían terminado por tener un aspecto parecido, y la cara sonriente de Rebecca, enmarcada por brillantes rizos de pelo castaño, era muy semejante a la de su marido, también sonriente y con rizos a los lados, eso sí, bastante más cortos. En las habitaciones del piso de arriba retozaban ocho pequeños Vandergrave, todos con cabello rizado y castaño y caras redondas y sonrosadas, como las de sus padres.

Era una casa confortable, alegre y muy acogedora. Siempre que entraba en ella, Miranda sentía una pizca de envidia sana que Nicholas no compartía en absoluto. Los Vandergrave terminaban por aburrirle al cabo de poco tiempo, pero soportaba la relación porque sus antepasados, por ambas partes, habían llegado a la isla de Manhattan con Cornelius Van Ryn y, como él, formaban parte nuclear de la sociedad neoyorquina más conservadora, aquella en la que los extraños no podían ni pensar en incluirse. Su actividad jamás saldría en los periódicos; serían enterrados y, tras su paso por la vida, sus hijos, sus nietos, etc. se casarían entre ellos, dentro de ese círculo cerrado al que el populacho, como solían decir, jamás tendría acceso. No ocurría lo mismo con los Goelet, los Lorillard o los Astor, que ya eran objeto de seguimiento e interés en sectores cada vez menos exclusivos de la sociedad.

A las seis y media, cuando ya era hora de desplazarse al muy cercano Teatro de la Ópera, cuyas representaciones comenzaban a

las siete en punto, a Miranda le dio cierta pena tener que marcharse. Ni la prolongada cena ni la conversación habían sido brillantes, pero se lo había pasado bien. La charla de Rebecca, siempre cargada de buen humor, su seguridad respecto a los buenos y felices sentimientos de todo el mundo, como le ocurría a ella, creaba una atmósfera muy agradable.

Miranda tenía claro que Rebecca no la consideraba eclipsada por la arrolladora personalidad de Nicholas, como ocurría con la mayoría de la gente a la que conocían, y por eso se sentía muy bien allí. Sabía que la apreciaba, no solo como la esposa de Nicholas, sin embargo, aunque su marido lo permitiera, también sabía que entre ellas era imposible establecer una amistad íntima: los cuarenta y dos años de Rebecca y los veinticuatro suyos lo impedían, pues constituían una diferencia excesivamente notable. Y, además, estaban todos esos niños. Una mujer joven y sin hijos apenas podría compartir intereses vitales o experiencias con una madre de ocho. No obstante, la visita había aportado cierto alivio a la tensión bajo la que vivía Miranda, aún sin ser plenamente consciente de ella. La verdad era que se había terminado acostumbrando a la situación y a la pesadumbre de su estado anímico habitual.

—Ranny, querida, he llamado para pedir nuestros chales. Me temo que, si no salimos enseguida, vamos a llegar tarde —dijo Rebecca, y Miranda sonrió mientras se ponía en pie de mala gana. Esa mujer era la única persona de su nueva vida que la llamaba por su nombre infantil y familiar, y lo seguía haciendo pese a que se daba cuenta del contenido malestar que esa costumbre causaba en Nicholas.

Fueron los cuatro juntos en el carruaje de los Vandergrave y, al llegar a la calle Catorce, la mujer, que estaba hablando distendidamente y en tono humorístico de los esfuerzos del «comodoro» Vanderbilt para ganarse la aceptación de la alta sociedad, de repente, se calló y miró hacia la calle con gesto de cierta ansiedad.

—¡Oh, querido! —dijo—. Me da la impresión de que hay un montón de hombres malencarados por aquí, nos están echando miradas asesinas. Puedo suponer que no habrá ningún tipo de incidente esta noche, ¿verdad?

—Pues claro que no, bonita —contestó su marido dándole unos cariñosos golpecitos en la mano.

En ese mismo momento, el carruaje dobló una esquina para dirigirse a la entrada del teatro, y los cuatro ocupantes del coche, bastante asombrados, pudieron ver un gran cartel que decía lo

siguiente:

¡AMERICANOS! ¡DESPERTAD Y ALZÁOS!
¡HA ESTALLADO LA GRAN CRISIS!
¡¡¡Decidid por vosotros mismos si los
ARISTÓCRATAS ingleses tienen derecho
a triunfar en esta gran ciudad AMERICANA!!!
¡TRABAJADORES! ¡HOMBRES LIBRES! ¡Manifestaos!
¡Sed dignos sucesores de los hombres de hierro del 76!

—¡Oh, querido! —gritó Rebecca, cada vez más alarmada—. ¿Qué van a hacer? ¿No crees que deberíamos volver a casa?

—¡Por supuesto que no, señora! —respondió Nicholas, que estaba disfrutando de verdad—. No podemos permitir que unos cuantos alborotadores nos estropeen la magnífica velada que nos espera. Esa absurda pelea entre actores no tiene nada que ver con nosotros.

Las damas parecieron tranquilizarse un tanto. Clement Vandergrave se aclaró la garganta y contuvo la orden de regresar que estaba a punto de dar al cochero.

Pero, de repente, una multitud inundó Astor Place. Mientras se detenía un carruaje tras otro para que sus ocupantes bajaran a la alfombra roja que discurría por los escalones de granito de la escalera que conducía a la entrada del teatro, la multitud formaba un estrecho pasillo que apenas permitía pasar a los carruajes. Empezaba a inundar el aire una especie de bramido, como un trueno distante y amenazador.

Cuando el grupo de los Vandergrave entraba al teatro, un hombre vestido con traje marrón pasó a su lado y alzó los brazos, dirigiéndose a la cola que se había formado junto a la taquilla.

—¡Vosotros no podréis entrar aquí, pobres locos! —exclamó, mostrando un pequeño trozo de cartón—. ¡He pagado un buen dinero por esta entrada, pero no me permiten pasar porque no llevo guantes ni chaleco blancos! ¡Me han dado con la puerta en las narices! ¡Malditos ricachones…!

La intensidad del rumor creció, se oía perfectamente a través de las paredes del teatro.

Miranda se giró hacia Nicholas.

—Esto parece algo más serio que una simple pelea entre actores, ¿no crees? —dijo con tono de duda—. Quiero decir que parecen ir directamente en contra de… las personas como nosotros.

—Me temo que así es —concedió Nicholas, conduciéndola al

palco y sentándose en uno de los sillones tapizados de terciopelo rojo—. Las clases bajas siempre envidian y tratan de imitar a sus superiores, como hacen los simios.

Se escuchó un distante estruendo de cristales. Entre la audiencia se extendió un rumor de consternación. Todos los ojos se volvieron hacia el grupo de policías uniformados que estaban agrupados en una esquina del patio de butacas. Su capitán, el señor Matsell, se tocaba el mentón con gesto despreocupado. Los asistentes se tranquilizaron y volvieron a mirar los programas y a charlar en voz baja.

El telón se alzó en el momento adecuado y las tres brujas aparecieron en el escenario. En la tercera escena entró Macready, magníficamente ataviado con una cota de malla, y se dirigió a Banquo:

—¡Día de sangre, pero más hermoso que cuantos he visto hasta hoy!

Su parlamento inicial fue recibido con una ovación, solo enturbiada con unos cuantos siseos que la Policía se encargó de acallar. Los que apoyaban a Macready colocaron un cartel al lado del proscenio que decía:

> «Los Amigos del Orden permaneceremos tranquilos».

Los Amigos del Orden permanecieron tranquilos, pero no ocurrió lo mismo con la multitud que se había congregado en el exterior. La furia allí era creciente. Al comenzar la séptima escena, Macready, golpeándose el pecho y echando chispas por los ojos, decía:

> —¡Si bastara hacerlo… pronto quedaría terminado!
> Si con dar el golpe se atajaran las consecuencias,
> y el éxito fuera seguro… yo me lanzaría de cabeza,
> desde el escollo de la duda al mar de una existencia nueva.

En ese preciso momento, un montón de piedras se estrellaron contra las ventanas superiores y cayeron sobre la galería, aunque sin causar daños mayores. A través de los huecos abiertos en los cristales rotos, toda la audiencia pudo escuchar un sonoro grito.

—¡Destrozadlo todo! ¡Peguémosle fuego a la guarida de la aristocracia!

Macready se detuvo durante un segundo, y después finalizó su parlamento a toda velocidad. La actriz principal, la señorita Pope, que hacía el papel de *lady* Macbeth, continuó con su interpretación

con valentía, si bien un tanto pálida y temblorosa.

Sobre distintas zonas del teatro cayó otro montón de piedras, una de ellas golpeó un magnífico candelabro que se balanceó peligrosamente. La representación de la obra continuó pese al alboroto, aunque resultaba imposible escuchar a los actores que, en la práctica, quedaron reducidos a una especie de marionetas mudas y gesticulantes.

El señor Vandergrave se levantó.

—Voy a llevar a casa a mi esposa —le dijo a Nicholas en voz baja—, me imagino que tú harás lo mismo. Esto es un escándalo.

—No veo por qué —respondió Nicholas, al tiempo que se levantaba para ayudar a Rebecca a ponerse el chal—. Nosotros vamos a quedarnos. Me encanta *Macbeth,* y la verdad es que esta representación me está pareciendo especialmente interesante —dijo señalando el escenario, en el que el tercer acto avanzaba de forma bastante resolutiva, pese a que los actores tenían que sortear un canal de agua que surgía de unas tuberías que se habían roto entre bastidores, cerca del camerino del señor Macready.

Vandergrave negó con la cabeza con pesar y le ofreció el brazo a su esposa. Juntos, y dándose bastante prisa, abandonaron el palco, uniéndose a otros prudentes espectadores y dirigiéndose a la salida trasera que daba a la calle English, donde les esperaba un numeroso grupo de policías para escoltarlos en el exterior.

—¿No crees que también nosotros deberíamos marcharnos? —preguntó Miranda en tono nervioso. Constantemente se escuchaba el ruido de ladrillos y de otras piedras arrancadas del pavimento, estrellándose contra la fachada del edificio; de la zona de los anfiteatros, cuyas entradas eran más baratas, también surgían gritos que contribuían al pandemónium que procedía de Astor Place.

—¿Tienes miedo? —preguntó Nicholas riendo.

Se frotó las manos enguantadas y, de la forma más razonable que le fue posible, trató de liberarse del pánico que sentía. Por el momento, en el palco estaban a salvo. ¿Pero qué ocurriría cuando salieran? ¿Y si los alborotadores conseguía pegarle fuego al teatro o destruirlo de alguna otra manera? Y, si no ocurría ninguna de las dos cosas, cuando esa pesadilla de representación terminara por fin, ¿qué haría Nicholas? Para él, el peligro era un reto y una diversión.

Le entró una gran aprensión, un miedo interno y profundo que no tenía que ver con la sensación de pánico que reinaba a su alrededor.

Aunque la compañía de Macready ya estaba solicitando que el telón bajara definitivamente o que, al menos, se recortaran algunas

escenas, el actor se negó a ello. El público asistente había pagado por una representación completa y eso es lo que se le iba a ofrecer, si es que los espectadores se atrevían a continuar allí. Esa multitud de despreciables yanquis, sin duda azuzada por el aún más despreciable Forrest, no iba a asustar a un caballero inglés.

Hacia el final del último acto se produjo un momento de calma en el exterior, debido a la llegada a Astor Place de la milicia, aunque en ese instante, en el interior del teatro, nadie sabía a ciencia cierta qué era lo que estaba pasando fuera. Lo que pasaba era que habían aparecido sesenta soldados de caballería y trescientos de infantería, perfectamente equipados con sables y fusiles.

Las últimas escenas resultaron perfectamente audibles. Por fin cayó el telón, Macready salió a saludar y fue vitoreado.

El director del teatro también salió brevemente al escenario para agradecer la presencia de ánimo de los que se habían quedado hasta el final de la representación y solicitarles que abandonaran el edificio por la puerta trasera, donde la Policía estaba en condiciones de garantizar su seguridad.

Todos los presentes se dirigieron obedientemente a la puerta señalada. Todos menos Nicholas. Ayudó a Miranda a colocarse el chal de satén, él se ajustó la capa negra y se sacudió unas motas imaginarias de polvo de los guantes inmaculadamente blancos. Después colocó bajo el brazo el sombrero de hongo.

—¿A dónde vamos? —exclamó Miranda mientras la guiaba fuera del palco y torcía hacia la derecha por el pasillo desierto.

—Saldremos por la puerta principal, ¡faltaría más! Por la misma por la que hemos entrado.

Ella dio un paso atrás, tirándole del brazo

—Pero… ¡ahí es precisamente donde se están produciendo los disturbios! ¡Por favor, Nicholas, por favor! ¡Te lo suplico! ¡Vamos con los demás!

—Parece que los disturbios han finalizado —dijo sin mostrar síntomas de haber cambiado de opinión—. No obstante, y aunque no fuera así, ¿de verdad que contemplas la posibilidad de huir por la puerta trasera, como si fuéramos ratones asustados?

«¡Sí!», pensó ella apasionadamente. «¡Quiero ponerme a salvo, irme a casa y olvidar esta pesadilla!». No obstante, su hábito de obediencia, así como la admiración por su valentía, hicieron que permaneciera callada. Las grandes puertas de acceso estaban atrancadas desde el interior. Nicholas retiró los tablones y abrió una de las hojas para dejarla pasar.

Inmediatamente se dieron cuenta del motivo por el que reinaba un absoluto silencio fuera. Las tropas estaban alineadas en la base de la escalinata, frente a la multitud. Los dos bandos mostraban una actitud de incertidumbre y se observaban con precaución. De cuando en cuando, alguno de los alborotadores levantaba un garrote o lanzaba un ladrillo aislado o una manzana podrida hacia las tropas, y los soldados esquivaban los inofensivos proyectiles sin reaccionar. No tenían orden de disparar.

Una gran cantidad de antorchas, además de las lámparas de aceite de la calle que no se habían destrozado, iluminaban la plaza. En la esquina de Bowery surgía un gran chorro de agua, procedente de una fuente cuyas tuberías de canalización habían resultado dañadas.

Debido a la oscuridad que reinaba en la columnata, nadie se había fijado en Miranda y Nicholas. Podían descender hasta donde estaban los soldados, pasando por detrás de ellos para dirigirse a la calle Lafayette, en la que también se agolpaba una multitud de curiosos. Desde allí solo había dos manzanas hasta su casa.

Al parecer, la multitud de alborotadores ya había agotado su enfado y probablemente también todos los objetos arrojadizos a los que podía tener acceso. Era casi medianoche, no se habían producido víctimas y estaban frente a una milicia impasible, por lo que los congregados empezaron a pensar en retirarse. Ya se habían manifestado contra «el predominio extranjero y de la aristocracia», y también habían causado bastantes daños al odiado edificio del Teatro de la Ópera. Puede que con eso bastara. El frenesí destructivo se iba diluyendo a marchas forzadas, y la mayoría de los hombres de más edad empezaban a pensar para sí que era una buena noticia que no se hubieran producido ningún derramamiento de sangre.

En ese momento, Nicholas atravesó la columna de atónitos soldados, se colocó por delante de la primera fila y miró desafiante a la multitud.

Durante un momento nadie reaccionó, pero rápidamente surgieron cientos de gritos indignados.

—¡Maldito bastardo aristócrata! ¡Destrocemos esa ropa tan elegante que lleva! ¡Démosle lo que se merece! —Pero no fueron más que gritos, sin ningún tipo de acción. Se movían hacia delante y hacia atrás, apretaban los puños, lanzaban guijarros sin puntería. De repente, se adelantó un chiquillo que llevaba un balde de agua. Lo había llenado en la fuente, y empezó a hablar von voz y risas histéricas.

—¡Seguro que con esto le estropeo esa ropa tan elegante! —dijo, vaciando el balde sobre Nicholas. Hubo vítores y gritos de aprobación.

Ahora la multitud tenía ganas de divertirse, más que de ejercer la violencia, de modo que les encantó contemplar el espectáculo de un aristócrata completamente empapado.

Nicholas realizó un movimiento muy suave con el brazo, pero también muy rápido. Agarró el rifle de uno de los soldados que estaban a su lado, apuntó con cuidado y disparó.

El chico soltó el balde, y la amplia sonrisa de su boca se convirtió en un gesto de sorpresa, dolor y miedo. Del agujero de la garganta salió un chorro de sangre, negra como la tinta a la escasa luz. Antes de que cayera sobre el pavimento, la milicia disparó hasta cincuenta veces.

La multitud, ahora completamente aterrorizada, lanzó una nueva salva de piedras y ladrillos antes de huir despavorida. Una de las piedras alcanzó en el pecho a Nicholas, que cayó al suelo a menos de tres metros del cuerpo del chico, que agonizaba.

Dos de los soldados arrastraron a Nicholas hacia las escaleras y lo dejaron sobre el escalón más alto. Miranda se arrodilló a su lado, agarrándole la cabeza y colocándosela debajo el chal, que puso a modo de almohada. El horror de los últimos minutos se diluyó y dejó de escuchar los gritos y los disparos procedentes de la plaza. El cerebro le funcionaba a toda velocidad y con enorme lucidez. Sabía exactamente lo que tenía que hacer. Vio que Nicholas, aunque estaba inconsciente, no tenía ninguna herida sería, pero había que trasladarlo a casa de inmediato.

—Soy la señora Van Ryn. Vaya a casa de los Van Ryn, en Stuyvesant Square —le espetó con tono autoritario a uno de los soldados—. Dígale a quienquiera que le abra la puerta que ordeno que se envíe a toda prisa un carruaje a la entrada del Teatro de la Ópera de la calle Ocho. Deben venir al menos tres de nuestros criados, hombres, los más fuertes, con mantas y brandi. Después espere a que lleguen y guíeles hasta donde estamos.

El muchacho salió disparado sin decir una sola palabra. Miranda no se dio cuenta de que se trataba de la primera orden que daba en toda su vida de casada, aunque sí que era consciente de su propio asombro. ¡Después de todo, Nicholas no era invulnerable! Además de asombrada, se sintió enferma. Estaba demasiado confundida como para darse cuenta de lo que había pasado en realidad en la plaza, de lo que todavía estaba pasando. Solo podía quedarse esperando junto a Nicholas y procurar borrar de su memoria el

agujero negro y chorreante de sangre de la garganta del chico y de su cara contorsionada. Una cara que le había recordado a la de su hermano Nat.

Antes de que el soldado regresara, acompañado de MacNab, un sirviente y el cochero, los disturbios de Astor Place habían llegado a su fin. De los cincuenta hombres a los que habían alcanzado las balas, veinte yacían muertos sobre los adoquines, entre ellos dos transeúntes, una niña que había salido de su casa sin que sus padres pudieran impedirlo para ver por qué disparaban los soldados y un hombre mayor que iba de camino a su casa, en la calle Jones, después de visitar a su hija en el norte de la ciudad.

Las tropas volvían ya hacia sus cuarteles.

Un poco más al norte, la nueva torre de mármol de Grace Church se recortaba brillante contra el cielo de la medianoche, como un carámbano de hielo vuelto del revés.

Capítulo 19

Un mes más tarde, cuando los Van Ryn ya habían regresado a Dragonwyck, Nicholas se había recuperado por completo de los efectos del golpe del adoquín, que le había fracturado dos costillas. Su cuerpo se había recuperado, pero su personalidad se había resentido. No quería ver a nadie. La fase de actividad y hospitalidad casi febril terminó de forma tan abrupta como había empezado.

Durante la recuperación en Nueva York guardó cama día tras día, silencioso y malhumorado, aceptando sin comentarios los cuidados que le prodigaban Miranda o la señora MacNab.

Nadie sabía nada de su implicación en la masacre de Astor Place. Si alguno de sus amigos se hubiera enterado, con toda probabilidad habría dicho que su acción había estado plenamente justificada, y habrían admirado y aplaudido su valor. ¿Qué más daba la vida de un proyecto de rufián entre tantos muertos y heridos? Y, después de todo, el ejército había disparado casi al mismo tiempo.

Miranda era la única que se sentía horrorizada y corroída por la duda. Un montón de preguntas, cada cual más amarga, la atormentaban. Si Nicholas no hubiera insistido en abandonar el teatro por la puerta principal, no habría quedado expuesto a las miradas de la multitud. Y si, en vez de disparar al chico, le hubiera dado un simple puñetazo o un tirón de orejas, ¿se habría evitado la masacre? ¿O los soldados habrían disparado en cualquier caso?

Empezó a estar convencida de que Nicholas sufría y sentía remordimientos, lo que la ayudaba a soportar su malhumor. No dejaba de sufrir pesadillas en las que veía una y otra vez el agujero de la garganta del muchacho, pensaba que a Nicholas le pasaba lo mismo que a ella.

Pero la actitud de Nicholas no era esa, ni muchísimo menos. Su sentimiento era de frustración, pues hasta ese momento se había

considerado un hombre invencible e intocable y, sin embargo, había sido derribado por un golpe desafortunado, que lo había dejado inconsciente e inerme por primera vez en toda su vida y había hecho que durante aquellos momentos dependiera de extraños… y de Miranda.

Cuando regresaron a Dragonwyck, su malhumor y su silencio se mantuvieron igual que en Nueva York. Un día ascendió las escaleras y se encerró en la habitación de la torre. No volvió a aparecer hasta pasados tres días y Miranda, que recordaba perfectamente lo que había ocurrido después del fallecimiento del niño, lo dejó en paz.

Cuando por fin reapareció, su actitud pareció más normal que la que había adoptado tras la muerte del niño, pero desde su primer saludo ella notó el olor corporal que desprendían su cuerpo y sus ropas. Además, hablaba muy despacio, como si masticara las palabras, que resultaban difícilmente perceptibles.

Peggy también se dio cuenta. Dado que en la habitación de la torre solo entraba su señor, era imposible que se hubiera ido de farra durante tres días, pensó. Por otra parte, no olía a alcohol y no era hombre dado a las borracheras, él no.

Un mes después volvió a ocurrir lo mismo.

Miranda no paraba de dar vueltas por la casa, en aquella época no había invitados, de modo que volvía a sentir plenamente toda su opresiva atmósfera. Procuraba evitar las miradas de los criados y fingía, incluso delante de la propia Peggy, que la conducta de su marido era completamente normal.

Al llegar el crepúsculo del segundo día tomó una decisión. Ascendió las escaleras que conducían a la habitación de la torre, nada menos que cincuenta peldaños con varias espirales. La puerta era de paneles de roble y tenía más de quince centímetros de grosor. No hubo ninguna respuesta a su primera llamada. Retrocedió un paso y aguzó la vista, intentando fijarse mejor en la oscura e imponente puerta. Un año, o incluso un mes antes, habría aceptado sin rechistar este silencioso símbolo de la inevitable aceptación de las órdenes y la voluntad de Nicholas, le habría obedecido sin más.

Pero ahora no. Apretó el puño y, muy resuelta, golpeó con él la puerta hasta escuchar la voz de Nicholas, con tono de enfado y muy amortiguada.

—¿Quién llama?

—¡Soy Miranda! —respondió sin dudar—. Tengo que exigirte que me dejes entrar.

Se produjo un silencio, pero no pasó mucho rato antes de

escuchar cómo introducía la llave en la enorme cerradura y abría la puerta. Nicholas, que llevaba una bata de brocado, se quedó de pie, mirándola sardónicamente.

—Entra, cariño, no faltaba más, ya que tienes que exigírmelo… —Cerró, volvió a echar la llave y se la guardó en el bolsillo.

Ella lo miró de hito en hito, después recorrió con los ojos la habitación circular. ¿Qué era lo que esperaba encontrar allí? ¿La habitación de Barbazul, pieles de marta cibelina colgadas de las paredes, una magnificencia indescriptible, incluso mayor que la de las habitaciones de las plantas inferiores?

La realidad era exactamente la contraria. La habitación estaba decorada con austeridad espartana, de hecho casi desnuda de muebles. Solo había una mesa muy normal, una silla y un sofá. Sobre la mesa descansaba una pila de libros bastante usados y una vela apagada y, en el suelo, un colchón de paja. Pese a que el sol ya se había escondido tras los montes Catskill, las cuatro ventanas, orientadas a los puntos cardinales, todavía dejaban entrar mucha luz.

Pasado un momento notó que en la habitación flotaba un humo azulado y un olor bastante penetrante.

—¿Fumas aquí? —preguntó en tono tenue y sintiéndose algo defraudada. Siempre había tenido un concepto romántico de la habitación, inaccesible para ella hasta ese momento, pensaba que una vez que descubriera su secreto, también se le abrirían las puertas del alma de su marido.

La miró fijamente y ella le mantuvo la mirada, dándose cuenta con sorpresa de que sus pupilas se habían reducido prácticamente a unos meros puntos. Los iris parecían ser completamente azules.

—Sí, fumo aquí —dijo, dándole a la afirmación una inflexión sarcástica. Estiró el brazo y la agarró por la muñeca con una fuerza brutal. La arrastró hacia el sofá y, en ese momento, ella pudo ver que, en el otro extremo, había un pequeño brasero de carbón vegetal y un taburete sobre el que descansaba una caja de plata labrada rodeada de alambre fino y tres pipas de formas extrañas.

—¡Traspasa la puerta de diamantes que conduce a la belleza y al poder total! —dijo él, con esa forma de pronunciar tan curiosa y tan diferente a la habitual.

Se quedó mirando las extrañas pipas y el carbón que brillaba.

—¿Qué es esto, Nicholas?

Le soltó la muñeca para poder abrir la puerta de la caja de plata, de la que extrajo una bola negra de aspecto pegajoso que sostuvo entre sus manos para mostrársela.

—Es opio, amor mío. ¡El glorioso fruto de la amapola!

Giró la vista, apartándola de la bola pegajosa y centrándola de nuevo en su cara.

—Pero eso es una droga, ¿verdad? —dijo con cierta inseguridad. No conocía bien la palabra, solo recordaba haber leído acerca de ella hacía dos años en un artículo editorial de un periódico que hablaba sobre los graves problemas que causaba el tráfico ilegal de opio procedente de China.

Nicholas insertó uno de los alambres en la bola, extrajo una pequeña cantidad y comenzó a calentarla sobre el brasero.

—Para mí no es una droga —dijo. Su voz se había convertido en un susurro—. No, no lo es; en realidad, es una jabalina que perfora la niebla que nos separa de la auténtica realidad. Está a mi servicio. Todo está a mi servicio. Y es que soy el señor de la vida y de la muerte. ¿Acaso no lo sabes aún, Miranda?

Volvió la cabeza y sonrió entre las pestañas medio cerradas. El corazón de la joven empezó a latir muy despacio, pero con fuerza; no obstante, se las arregló para hablar con mucha calma.

—Nicholas, no estás bien. Tengo claro que, sea lo que sea, esto no te conviene, es malo para ti. Baja conmigo ahora, te lo pido por favor…

Se limitó a reír con desgana mientras colocaba la bolita, ya caliente, en la cazoleta de una de las pipas. Inhaló profundamente y se echó sobre el sofá.

Ella empezó a alejarse con precaución, pero le agarró la muñeca casi al vuelo, apretándosela de nuevo.

—Nicholas… —dijo, mirándolo fijamente—. No lo entiendo. ¿Qué es lo que te empuja a hacer esto?

No contestó. Analizó su pregunta mientras sentía un intenso placer, como si estuviera viéndose a sí mismo y a ella a través de un cristal traslúcido. ¡Era delicioso sentir cómo se expandían las facultades perceptivas de esa manera tan inmensa! Su mente funcionaba por sí sola, libre de control. Se había trasladado a un espacio abierto, frío y lleno de estrellas brillantes, y allí, en el vasto infinito, se sintió henchido de poder y notó cómo se convertía en una estrella poderosa que ardía con brillo exquisito.

Fue durante la visita a la pequeña casa de Poe cuando se le ocurrió por primera vez la idea de probar este potentísimo instrumento de poder. Poco después acudió a un fumadero de la calle Mott, pero la experiencia le resultó desagradable en extremo. Después supo que la amapola con la que se había elaborado el opio que le sirvieron no había llegado a madurar adecuadamente, por lo

que no volvió a fumar durante bastante tiempo. ¡Había renunciado! Ahora se avergonzaba de ello, rendirse no era propio de su forma de ser.

La renuncia le hizo sufrir durante aquel periodo, pues lo consideró una debilidad de carácter que no debía permitirse; sin embargo, ahora aquella renuncia la concebía como una especie de insecto rastrero que ya había aplastado. Todo lo que osara oscurecer su brillantez cegadora debía ser aplastado sin contemplaciones. Volvió la cabeza para fijar la vista en Miranda. Ella también había adquirido una cualidad fluida y luminosa. Ahora, en la oscura habitación, el cabello dorado que cubría su cabeza era el único punto realmente brillante. Le apretó aún más la muñeca, hasta notar el movimiento de los pequeños tendones.

—Suéltame, por favor —susurró—. Me haces daño.

Observó que temblaba de pies a cabeza y que había bajado las largas y hermosas pestañas para esconder el miedo que había en sus ojos.

—¡Suéltame, deja que me vaya! —exclamó otra vez más alto.

—¡Ah, querida, pero si en realidad no quieres marcharte! Tu alma y tu cuerpo no son más que un reflejo de mi voluntad. —Le torció el brazo para obligarla a que se sentara a su lado en el sofá. Sus gritos le llegaban ahogados. Miranda se quedó quieta, como si se hubiera congelado de repente. El olor del opio le producía náuseas.

Por fin dejó de apretar la muñeca. La apartó del sofá y se inclinó para extraer otra pequeña bola de la caja de plata.

—Déjame solo —dijo perezosamente—. Me aburres.

Sacó la llave del bolsillo y la arrojó al suelo.

Miranda se inclinó para recogerla y no pudo evitar soltar un gemido de dolor al mover la muñeca tumefacta.

Nicholas estaba tumbado, inmóvil y con los ojos cerrados. Abrió la puerta, volvió a dejar la llave en el suelo y la cerró al salir. Después bajó despacio los peldaños de la retorcida escalera, camino de su dormitorio.

Peggy, ocupada en su eterna tarea de colocar ropa de cama recién lavada, no pudo evitar dar un grito al ver a su ama.

—¿Qué ha pasado, señora? —La miró horrorizada. El pelo le colgaba sobre los hombros, completamente desarreglado, y el precioso corpiño rosa estaba desgarrado. Pero lo peor de todo eran sus grandes ojos, abiertos de par en par, mortalmente asustados, así como el temblor de sus hermosos labios—. ¡Oh, se ha hecho usted daño, querida mía! —exclamó Peggy, tocándole con cuidado la

muñeca magullada—. ¿Ha sido ese canalla, esa alimaña? —gritó, comprendiendo de repente—. ¡Así que es verdad que se dedica a beber sin control cuando se encierra en esa maldita torre!

Miranda negó con la cabeza.

—No es la bebida —dijo, acercándose inquieta a la mesa de tocador, donde agarró el cepillo, pero inmediatamente lo volvió a dejar donde estaba—. Peggy, necesito ver al doctor Turner. Dios quiera que todavía siga en Hudson.

—Sí que sigue por aquí, señora. Ayer mismo hablaban en la cocina sobre él de lo buen médico que es. ¿Lo quiere visitar para que le cure la muñeca?

Miranda se miró la mano y el brazo.

—Sí, sí, claro. Habrá que vendarla. No me atrevo a ir a Hudson. Hay que hacerle llegar un mensaje, sea como sea… Pero no sé cómo.

—Déjelo en mis manos, niña —dijo Peggy, entendiendo al instante la situación—. Escríbale una nota. Me aseguraré de que la reciba antes de medianoche.

—¿Pero cómo vas a poder…? —susurró Miranda, dudando abiertamente—. ¿No te das cuenta del peligro que corres si…? —En la casa nada escapaba al control y al conocimiento de Nicholas, no podía transmitirse ninguna orden que no fuera aprobada por él, ni siquiera la más trivial.

Peggy sonrió con cierta vergüenza.

—Hay un muchacho en el pueblo, señora; se llama Hans Klopberg, el aprendiz del herrero; le garantizo que estará encantado de hacerme un favor. Se puede confiar en él. Es un holandés descomunal…

—¡Mi querida Peggy! No estarás enamorada, ¿verdad? —exclamó Miranda divertida, olvidando por un momento su propio malestar al contemplar la expresión de su criada.

Había llegado a dar completamente por sentado su presencia, su afecto y su fidelidad, y nunca se le había ocurrido pensar que Peggy pudiera tener una vida propia y que, en algún momento, pudiera desear irse y contraer matrimonio. Ese pensamiento la llenó de espanto.

Peggy le leyó el pensamiento a su señora y se puso muy seria.

—Querida señorita, nunca la dejaré sola mientras me necesite y desee que esté con usted —dijo con absoluta convicción—. Nunca.

Miranda se lo agradeció en el alma, pero también pensó que no podía retenerla si tenía la posibilidad de ser feliz y de escapar de allí. Tampoco sabía si sería capaz de vivir sin su compañía. Pensó

que, aún sin conocerlo, ya odiaba al tal Hans Klopberg, quienquiera que fuese, pero al mismo tiempo se sintió asqueada por su propio egoísmo. En todo caso, solo había dos personas en el mundo de cuyo amor por ella no dudaba: la propia Peggy y Abigail. Y a ninguna de las dos las había compensado de ninguna forma, pues, desde su matrimonio, había permanecido siempre a la sombra de Nicholas.

—Vamos, señora, escriba la nota —la apremió Peggy con ternura—. Estoy pensando que no deberíamos atrevernos a decirle al joven doctor que venga a esta casa, pues no sabemos cuándo saldrá él de la habitación, ni tampoco si podría verlo llegar desde las ventanas de la torre. Debe encontrarse con el doctor en otra parte. —Arrugó la frente mientras pensaba, dándose cuenta de que su pobre señora estaba demasiado preocupada como para hacer ningún tipo de plan—. El mejor lugar es el viejo molino, en la ensenada, y en cuanto amanezca. A esa hora sí que podría usted escaparse. Propóngaselo en la nota. «Y que el buen Dios y su Santa Madre no permitan que ese diablo salga de su cueva antes de tiempo» —añadió para sí misma.

Sus ruegos fueron atendidos. De la habitación de la torre no salió ni un ruido desde que se fue Miranda, que pasó la noche sola y en vela en la gran cama de los Van Ryn. La muñeca le dolía muchísimo y también le quemaba la piel. Se levantó a las cinco y, con la ayuda de Peggy, se vistió. La mañana de noviembre era fresca, tanto que a las dos mujeres les temblaban los dedos mientras abotonaban el vestido de Miranda y lo cubrían con una rebeca azul de lana. Se puso en la cabeza un sencillo sombrerito gris de viaje.

Todo estaba preparado. Peggy le dijo en susurros que Hans se había llevado a Hudson el caballo de tiro de su padre, poniendo como excusa que le había empezado a doler el pie de repente y que necesitaba ir al médico.

—La verdad sea dicha, creo que en su vida le ha dolido nada, es muy fuerte —afirmó Peggy sin poder reprimirse—. Espero que los santos del cielo le perdonen la mentira. En todo caso, eso se le ocurrió a él solito. También es listo.

Miranda sonrió tristemente al comprobar el irreprimible orgullo de Peggy.

—Sí, muy listo. ¿Y qué pasó después? —preguntó con cierta urgencia.

Le explicó que Jeff se despertó y leyó la nota.

—Parece que se quedó mirándola un rato, como si estuviera leyendo algo que hubiera escrito un fantasma, con perdón de la

expresión, señora —dijo Peggy, que no hizo más que repetir las palabras de su admirador—. Pero inmediatamente asintió, se estiró y dijo que allí estaría.

Miranda se inclinó y le dio un beso a Peggy.

—Gracias —susurró.

Avanzaron juntas por la casa, que estaba en el más absoluto silencio y, gracias a las gruesas alfombras, ni siquiera los irregulares andares de Peggy produjeron el menor ruido.

Habían decidido utilizar la puerta pequeña de la sala de música para salir, era el punto de la casa más alejado de la torre. La puerta estaba detrás del piano grande y Miranda, al ver el brillante instrumento, recordó que hacía muchísimo tiempo que Nicholas no lo tocaba. De hecho, el teclado estaba cerrado con llave y los dibujos de guirnaldas que adornaban la voluminosa tapa estaban cubiertos por una fina capa de polvo. El servicio no hacía del todo bien su trabajo. En ese momento, recordó el aspecto de su marido la primera noche que había pasado en Dragonwyck.

Se había sentado al piano para interpretar para ella el aria *Marble Halls* y había sonreído al notar que cantaba de forma vacilante. Fue una sonrisa llena de indulgencia y ternura. Johanna se había quedado en el salón rojo, sola, cosiendo con su torpeza habitual. ¿Qué habría pensado estando allí sola, mientras Nicholas y ella cantaban y tocaban juntos?

—¡Dese prisa, señora! —susurró Peggy, y Miranda dejó de pensar en aquello. Al revivir esa escena de hacía cinco años, se había olvidado de su horrible presente y hasta de que se iba a encontrar con Jeff.

Peggy la esperaba ya en el umbral exterior de la puerta, Miranda salió. Inicialmente se mantuvieron cerca de la casa, pero después corrieron unos quince metros por la hierba del jardín, hasta alcanzar los abetos más cercanos, y después se internaron en el bosque, camino de la ensenada del antiguo molino de agua. Por delante de ellas, más allá de los distantes robles y castaños, un enorme sol rojo empezaba a asomar por el horizonte.

Jeff llegó al molino antes que ellas. Ató las riendas del caballo a un árbol cercano y penetró en el abandonado edificio de piedra. Se levantaba en uno de los extremos de las propiedades de Van Ryn, y la triste profecía de la señora Gebhard había terminado por cumplirse. Tan pronto como los arrendatarios iniciaron sus actuaciones contra Nicholas, reclamando su derecho a quedarse con las tierras que trabajaban, se vieron privados del molino, de la pesca en el río, de las trillas y del barco de transporte de

mercancías. Cuando aceptaban sin rechistar su condición de arrendatarios, podían disfrutar de todo ello. Ahora ya no. Nicholas no se dignó a negociar, rechazó todas sus propuestas: pagar un alquiler por el uso, compartir beneficios, etc. De hecho, durante el último año había ignorado por completo a los que habían sido sus arrendatarios. Si veía a alguno de ellos en la iglesia o en el pueblo, volvía la cabeza de forma ostensible.

El alguacil, finalmente, había decidido quedarse, fue él quien cobró las rentas de aquellos que aún no se habían hecho con sus terrenos. Las enviaba directamente al agente neoyorquino de Van Ryn. La situación era bastante favorable para él, pues como el patrón había dejado de molestarse en supervisar los cobros, Duyckman tenía la oportunidad de sisar, y la aprovechaba sin dudarlo.

Jeff, que tenía muy presente la situación, no pudo evitar mirar con pena las enormes piedras cubiertas de musgo. Los arrendatarios habían ganado, sí, pero su victoria había sido pírrica. Estaban atrapados, como los granos de trigo entre esas enormes piedras: por un lado, las nuevas leyes se desarrollaban con una lentitud desesperante y, por otro, Nicholas se negaba en redondo a cooperar.

Jeff juntó las manos y echó el aliento sobre ellas para calentarse. Cuando hacía frío le dolía la antigua herida del hombro; de todas formas, esa pequeña molestia y la cicatriz de la mejilla, ahora ya tenue, eran las únicas huellas apreciables de su participación en la campaña mexicana, en la que tan cerca estuvo de perder la vida.

Últimamente se sentía más o menos contento y profesionalmente estaba muy satisfecho. El uso anestésico del éter le pareció un avance increíble, sin duda, transformaría por completo la cirugía. La famosa intervención llevada a cabo en el Hospital General de Massachusetts que dio a conocer públicamente el uso del nuevo y potente anestésico se produjo cuando él estaba todavía en México. Hasta el año siguiente no pudo viajar a Boston para aprender a administrar la casi milagrosa técnica. Desde entonces la utilizaba con entusiasmo, disfrutaba muchísimo más con la cirugía ahora que no tenía el efecto colateral de infligir un enorme dolor, apenas paliado con brandi o *whisky* para el paciente.

Sí, los últimos dos años habían sido agradables. Se había autoimpuesto la disciplina necesaria como para no echar de menos ni sufrir por Miranda; sabía que, junto a su marido, había entrado de lleno en la rueda de la vida social, así que le resultó más fácil alejarla de su mente.

De todas formas, no se había casado con Faith, que finalmente

renunció a él y se unió a un joven abogado que parecía hacerla feliz. Jeff se había resignado a la soltería, aunque en realidad la palabra resignación no casaba con lo que sentía. No llevaba una vida monacal; durante las siempre cortas vacaciones que muy de vez en cuando se permitía, disfrutaba de buenas copas de ron de Barbados y tuvo un par de aventurillas en Boston y en Nueva York.

Cuando la noche anterior el fornido aprendiz de herrero le entregó la nota de Miranda, Jeff se quedó mirándola atónito y consternado. Esa convocatoria para una cita secreta le pareció tan melodramática como ridícula. Pero cuando volvió a leer las frases, algunas de ellas incoherentes y escritas con letra temblorosa, pensó que, en el momento de escribirla, el estado mental de la muchacha debía de rozar la histeria. Él, que jamás le negaba su ayuda a nadie, difícilmente podía negársela a Miranda y, por supuesto, no lo hizo, aunque no pudo evitar sentir una fuerte reticencia, no quería volver a experimentar las complicadas emociones que esa mujer despertaba en él cada vez que la veía.

Y allí estaba, helado, hambriento, a la espera de su desayuno y con un estado de ánimo que estaba muy lejos de cualquier romanticismo.

Al cabo de un momento, pudo ver la figura gris de la joven que avanzaba entre los troncos desnudos. Pese a las prisas y al frío que sin duda sentía, se movía con su habitual elegancia, tan natural en ella. Se adelantó para acudir a su encuentro y ella le agarró con fuerza la mano izquierda entre las suyas, en un gesto de saludo y también de súplica.

—¡Jeff! ¡Muchísimas gracias por venir! Tenía que verte… tenía que hablar con alguien. Es sobre Nicholas.

No podía ser por otro motivo, por supuesto. Corroborarlo ensombreció aún más su ánimo pero, haciendo de tripas corazón, sonrió y la acompañó al interior del molino en busca de un poco de abrigo. Casi había olvidado lo adorable que era. La última vez que la vio, su cuerpo y su ánimo estaban muy afectados por el alumbramiento y la muerte cercana e inevitable de su hijo, pero ahora, tocada con ese gorrito gris, su expresión era suave y aniñada y su piel parecía tan suave como la porcelana. Solo en sus ojos se notaba el paso del tiempo, cuya profundidad y brillo de color avellana mostraba ahora un atisbo de desilusión y de ansiedad.

—¿Qué ocurre, Miranda? Explícamelo —dijo, hablando en tono bajo y tranquilizador; se dio cuenta de que, ahora que estaban juntos, apenas sabía qué decir. Ella no dejaba de mirar hacia atrás, en dirección a la mansión, y notó que temblaba bajo la capa que le

cubría el pecho.

—No sé por qué he venido —dijo distraídamente, tras mojarse los labios—. Lo cierto es que no hay mucho que contar. Ahora parece distinto, no tan preocupante como anoche.

La miró con cierta ansiedad. Estaba claro que necesitaba tranquilizarse y descansar, pero en esas circunstancias ambas cosas resultaban imposibles. Desenrolló la manta de la montura y la colocó sobre el contenedor de granos de trigo, y en el suelo de piedra encendió rápidamente una pequeña hoguera. Cuando el aromático humo empezó a elevarse en volutas, se sentó a su lado.

—¡Qué bien sienta el calorcito, y qué bien huele! —dijo ella en tono agradecido, extendiendo las manos hacia las llamas.

—¡Vaya! —exclamó Jeff—. ¿Qué le ha pasado a esa muñeca? —Se dio cuenta de que se ruborizaba inmediatamente, al tiempo que hacía un movimiento instintivo intentando ocultar la magulladura. No obstante, pudo ver que se extendía desde el antebrazo hasta los nudillos—. No parece que tengas nada roto, pero la verdad es que tiene muy mal aspecto. Ponte paños fríos y árnica. Cuando vuelvas a casa no utilices el brazo, procura tenerlo apoyado sobre algo blando o sujétalo para que quede colgando durante dos o tres días. —Sacó un gran pañuelo de algodón del bolsillo y, con gran destreza, fabricó con él un cabestrillo—. ¿Cómo ha ocurrido, Miranda?

Ella volvió la vista. Aquí, en el viejo molino y junto a un agradable fuego, la escena de la torre le parecía irreal, y la conmoción que la había conducido a pedir ayuda a Jeff dio paso a una dolorosa fatiga. Su presencia le aportaba consuelo y seguridad, además ayudaba en cierto modo a alejar las últimas semanas vividas junto a Nicholas en aquel mundo de lujo distorsionado. Le apeteció mucho apoyar la cabeza sobre ese hombro poderoso y acogedor, cubierto por un abrigo gastado y cómodo. Y cerrar los ojos y descansar…

Pero Jeff insistió. Sabía muy bien que no le había llamado a través de esa frenética nota solo para que le curara la magulladura del antebrazo y la muñeca. Se dio cuenta de que, en ese momento, tanto su estado de nervios como la lealtad hacia Nicholas la bloqueaban, y su forma de actuar le convenció de que el causante de todo aquel malestar era, sin duda, su marido.

—¿Has tenido una discusión con tu marido? —preguntó con tranquilidad—. Cuéntamelo, querida. Me has pedido ayuda y ahora tienes que confiar en mí. Considérame solo como un médico, estoy acostumbrado a escuchar montones de cosas raras.

—Lo sé —dijo, asintiendo lentamente. Se inclinó hacia delante, mirando las llamas fijamente—. Últimamente está distinto. Supongo que siempre ha sido peculiar, en cierto modo, pero… desde los disturbios de mayo en el teatro, la cosa ha ido a peor. No creo que te enteraras, pero resultó herido. Aunque no se trata de eso…

—Querida niña —intervino Jeff pacientemente y sonriendo un poco—. Creo que deberías empezar por el principio. ¿Tu marido está enfermo? ¿Quizá está bebiendo demasiado?

—No, no es eso —dijo con repentina tranquilidad—. Fuma opio.

—¡¿Que fuma opio?! —repitió Jeff, tan sorprendido que por un momento le entraron ganas de reír. ¡Tendría que haberse imaginado que a la forma de ser y al temperamento de Nicholas no le bastaba con algo tan corriente como el alcohol!

—Entonces ¿no es nada importante, no hay motivo de preocupación? —preguntó ella, mirándole a los ojos con expresión ansiosamente esperanzada.

Se puso serio de nuevo de forma inmediata.

—Apenas sé nada acerca del opio, Miranda. Un médico de pueblo como yo no suele tener la oportunidad de conocer a gente que utilice ese tipo de drogas. Pero cuéntamelo todo y procuraré ayudarte como pueda.

Empezó a hablar de forma un tanto abrupta y atropellada, luchando por encontrar las palabras precisas. Le describió brevemente el tiroteo de Astor Place y el malhumor y la melancolía constantes de Nicholas después de aquello. Le dijo que, inicialmente, atribuyó la melancolía a los remordimientos. Después le habló de sus encierros en la habitación de la torre y de lo que había descubierto la noche anterior, pero no le dio detalles sobre el tiempo que pasó encerrada con Nicholas. Solo a partir de la expresión atribulada de sus ojos, Jeff pudo imaginarse más o menos lo que había pasado.

Se levantó y reavivó el fuego, absolutamente decidido a que sus emociones personales no interfirieran. Le había ofrecido su ayuda como médico, lo que le iba a dar era un consejo objetivo, no emocional. Se acercó a la ventana sin cristal y miró el arroyo del molino, cuya agua fluía bajo una fina capa de hielo. De ese modo, sin estar al lado de ella, intentó analizar a Nicholas de forma desapasionada.

Si hubiera nacido cien años más tarde, habría considerado el caso a la luz de una nueva rama médica en desarrollo y habría utilizado su terminología. Pero no necesitó otra cosa que su propia e innata capacidad de análisis, que era mucho mayor de lo normal,

y su conocimiento de la naturaleza humana, adquirido por experiencia, para llegar a la conclusión de que, para Nicholas, el opio no era otra cosa que la forma de escapar de unas circunstancias vitales intolerables para él, fueran las que fuesen. También llegó a la convicción de que, en cierta medida, los ciclos de frenética actividad y sus desapariciones respondían de igual manera a su deseo de escapar del mundo que lo rodeaba. Pero lo que no podía llegar a saber, con la información de la que disponía, era la causa de esa necesidad de escapar. Era consciente de que su enorme ego, su necesidad de tenerlo todo y de que todo fuera perfecto y a su medida no podía soportar reveses de ningún tipo. Así, quizá, la muerte de su hijo y las leyes que prohibían las rentas vitalicias fueron acontecimientos que supusieron para él tal conmoción que, simplemente, las ignoró, actuando como si no hubieran ocurrido.

Se volvió de repente hacia Miranda.

—¿Por qué no te marchas de Dragonwyck durante una temporada? ¡Ve de visita a tu casa! —propuso bruscamente.

Ella levantó la cabeza y lo miró con una sonrisa triste.

—Eso era lo que solías decirme el primer año que pasé aquí, ¿te acuerdas? Vete a casa. Vete a casa. Entonces no pude hacerlo… —Hizo una pausa. El gorrito se le había caído hacia atrás y la luz de las llamas hacía que su pelo brillara intensamente—. Y ahora tampoco —terminó en voz muy baja.

—¿Por qué no? —preguntó muy enfadado—. ¿No te lo permitiría?

—No, no me dejaría. Pero yo tampoco quiero. No puedo dejarle. Me… me necesita.

—¡Tonterías! —espetó Jeff—. Sé poco, pero lo suficiente como para asegurarte que no se puede hacer nada con un adicto a las drogas, a no ser que él mismo desee curarse. Puedes quitarle el opio, pero se hará con más. Y te arrastrará a su degradación. ¿Acaso quieres que te haga lo mismo en la otra muñeca? ¿O algo peor aún?

Ella se puso de pie, mirándolo con frialdad.

—Siempre lo has juzgado mal —dijo—. Ahora se encuentra así porque le remuerde la conciencia por haber disparado a aquel chico. No puedo abandonarlo, necesita ayuda. Debajo de todas sus capas, es una persona sensible y buena.

¿De verdad se creía eso? Jeff estaba estupefacto.

—Cuando me escribiste la nota no pensabas eso. ¡Y tampoco cuando llegaste aquí hace un rato! —exclamó exasperado. Le entraron ganas de sacudirla, pero también de comerse a besos su

patético brazo magullado.

—Sí que lo pensaba —le dijo, levantando la barbilla con gesto terco.

No pudo evitar acercarse a ella de repente y besarla en los labios con fuerza… Se sintió consternado de forma inmediata.

Se produjo un silencio. Ella se llevó la mano a la boca con gesto de asombro.

—Jeff… —susurró, mirándolo de hito en hito.

—¡Perdóname! —dijo—. Pero tampoco hace falta que te quedes tan estupefacta. Dejaría de creer en la intuición femenina si de verdad no te hubieras hecho una idea de lo que siento por ti.

Negó con la cabeza muy, muy despacio.

—Pues no, no tenía ni idea. —La sorpresa inicial dio paso a una emoción mucho más intensa. Se acordó del parto y de la fuerza que Jeff le había transmitido. Pensó en la charla con el doctor Francis en la cocina de la casa de Poe y en el inesperado placer que sintió cuando el viejo médico le habló de Jeff.

Al ver cómo fruncía el ceño y la cara de preocupación que ponía, él sonrió, reaccionando con ese sentido del humor que siempre tardaba poco en recuperar y que tanto le ayudaba a superar las situaciones incómodas y difíciles.

—No te preocupes por eso. No soy un adolescente enfermo de amor ni voy a hacerte proposiciones indecentes. Conozco muy bien la razón por la que mis afectos se han centrado en ti de una forma tan poco conveniente. —Se detuvo un momento, pensando hasta qué punto era verdad lo que le acababa de decir. Parte de la atracción que sentía por ella era puramente física, eso era evidente. El cuerpo delgado, la gracia y elegancia de sus movimientos, el pelo rubio y brillante, la provocativa belleza de sus ojos del color de la miel bajo unas rectas cejas de un marrón claro… Otras mujeres habían ejercido sobre él una atracción física tan fuerte como la que sentía por ella, pero lo definitivo para él había sido su inocencia esencial y su desamparo que, paradójicamente, la habían conducido inexorablemente hacia Nicholas. Puede que, al principio, su atracción solo consistiera en la excitación de lograr lo que parecía inalcanzable para él, una especie de reto inconsciente. Pero ahora se trataba de algo más que eso. La dulzura de sus labios, cediendo a la presión del abrupto beso, había dejado fuera de toda duda, de una vez para siempre, su amor por ella. Y aunque continuara hablándole medio en serio, medio en broma, sintió sobre él todo el peso de la tristeza y el anhelo frustrado.

—Debo irme, Jeff —dijo Miranda en voz baja, dirigiéndole una

leve e incierta sonrisa, casi al mismo tiempo que lanzaba una mirada asustada en dirección a la mansión.

—Y, después de todo, no he sido capaz de ayudarte. —Frunció el ceño, dándole pisotones al fuego para apagar las brasas—. Buscaré toda la información que pueda acerca del opio y te escribiré.

—No lo hagas, por favor. Él leería la carta. No te preocupes, ya me las arreglaré. Puede que no vuelva a hacerlo.

Jeff pensó que lo más probable era que sí que lo hiciera, pero él no podía hacer nada. Pensó que quizás ella se había arrepentido de ir en su busca. La había fallado, no solo en lo que se refería a los consejos prácticos, sino también por ese beso que había dado la vuelta por completo a su relación. Ese impulso absurdo la alejaba de su vida de nuevo, quizá definitivamente.

—Adiós —susurró aunque sin mirarlo. E inmediatamente se marchó, corriendo entre los árboles. En ningún momento se le ocurrió pensar a Jeff en la posibilidad de que estuviera deseando arrojarse en sus brazos. Ni tampoco que el frenético regreso a la mansión, resbalando sobre el suelo medio helado, no se debiera al ávido deseo de volver junto a su marido, ni tampoco al miedo de que la descubriera. Lo cierto es que huía del propio Jeff y del deseo que había despertado en ella. Sentía en su boca el beso como si le hubiera dejado una marca indeleble e intentaba imponerse una lealtad culpable hacia Nicholas.

Tuvo la necesidad de poner en práctica esa lealtad aquella misma tarde. Nicholas entró sin llamar en su habitación y se quedó de pie, mirándola en silencio y con los ojos entrecerrados. Ella estaba sentada al lado de la ventana, pasando distraídamente y con cierta dificultad las páginas de la revista *Godey's*. Había ocultado bajo un chal azul el cabestrillo que le sujetaba la magullada mano derecha.

—Tu aspecto es mucho mejor del habitual, querida. De hecho, tienes las mejillas más sonrosadas que nunca. ¿Te has puesto colorete? ¿O es que has ido a dar un paseo durante la fresca mañana de noviembre?

Se puso en alerta. ¿Era posible que la hubiera visto atravesar el prado cuando volvía?

—Pues mira, sí —respondió con firmeza—. Esta mañana he salido pronto a dar un paseo. No he dormido muy bien y he pensado que el aire fresco me revitalizaría.

—Tiene lógica —concedió él, y Miranda se dio cuenta que hablar de su paseo había sido solo un disparo de salva. Tenía en mente otro objetivo.

—¿Cómo estás de salud últimamente, querida? —preguntó, inclinándose hacia delante y sonriendo con una expresión de exagerada cortesía, esa que siempre terminaba trayendo problemas —. Sabes que me interesa.

Sintió un repentino calor por toda la cara. El significado de lo que había dicho era evidente, pero ella decidió ignorarlo, refugiándose tras una respuesta intrascendente.

—Que te interese dice mucho de ti, Nicholas, pero creo que estoy bien —dijo, levantándose con rapidez—. ¿Quieres acompañarme a comer algo ahora? Estoy segura de que te vendría bien. —Su piel, habitualmente oscura, presentaba una tonalidad amarillenta. Tenía la cara demacrada y ojerosa. Además, le temblaba el párpado inferior izquierdo.

—Sería una verdadera pena que fueras estéril —dijo sin moverse del sitio.

Miranda pensó que tenía ese aspecto y se comportaba de esa manera por los efectos de aquella droga, del maldito opio. No estaba bien. Hacía casi tres días que no probaba bocado y parecía estar sufriendo.

Intentó recomponerse y sonreír.

—Eso está en manos de la voluntad de Dios, querido —dijo con la mayor tranquilidad de la que fue capaz—. Y, en cualquier caso, nos tenemos el uno al otro. Seguro que no te casaste conmigo solo por esa razón.

A esa afirmación, que pronunció con tono nervioso sin poder evitarlo, le siguió un ominoso silencio. A ella le pareció que aquel silencio le devolvió la conciencia a Nicholas como si hubiera sido un disparo.

—No fue por eso, ¿verdad, Nicholas? —susurró—. Te casaste conmigo porque me amabas a mí, por lo que yo era y sigo siendo. Sé que es así, en el fondo… ¡No me mires de esa manera! —añadió alarmada.

—¿De qué manera, querida? —preguntó suavemente, manteniendo los ojos, amenazadores, fijos en ella.

—Pues la misma con la que solías mirar a… —Se mordió los labios—. Vamos abajo, Nicholas. Tienes que comer algo. —Lo acarició suavemente con la mano izquierda y el movimiento hizo que se le cayera el chal, dejando al descubierto el pañuelo que le sujetaba el brazo.

Él se agachó para recogerlo y volvió a colocárselo con cuidado alrededor de los hombros. Ella vio cómo le brillaban los ojos cuando, por un momento, los posó sobre su muñeca. No dijo nada,

pero creyó ver un destello de incertidumbre en su expresión. La siguió hacia el comedor y apenas hizo caso de sus esfuerzos por que comiera y bebiera algo. Era como si se negara a reconocer el lamentable estado físico en el que se encontraba.

Permanecieron todo el invierno en Dragonwyck. Fue Nicholas quien lo decidió así, aunque Miranda también lo prefirió. No tenía ningunas ganas de recordar el episodio de Astor Place. Las obras de teatro y las funciones de ópera, que antes le resultaban tan agradables, habían perdido todo su interés. Además, toda la ciudad de Nueva York había quedado ensombrecida por el horror de las últimas semanas que había pasado allí. Dio por hecho que esa era también la razón por la que Nicholas había preferido la calma de la mansión campestre. Durante esos meses invernales, sus vidas volvieron a la rutina típica de la aristocracia rural. Nicholas no volvió a encerrarse en la habitación de la torre. Se concentró en la hacienda: planificó una nueva carretera, dirigió el reforzamiento y ampliación del muelle y supervisó la construcción de un nuevo establo para las reses de Jersey que había adquirido recientemente, todas ellas ganadoras de varios concursos. Retomó su antiguo interés por la jardinería, lo cual resultó un auténtico incordio para los jardineros, que hasta entonces habían llevado una vida de lo más plácida.

Antes de Navidad, los MacNab se marcharon. Habían ganado dinero suficiente para comprar una granja en Michigan, donde los esperaban sus parientes escoceses, de modo que Miranda, liberada de su control, permitido y hasta favorecido por Nicholas, empezó a llevar las riendas de la casa por sí misma. Ya no era una chica ignorante e inútil, y el mayordomo y el ama de llaves que sustituyeron a los MacNab ni se planteaban desobedecer sus órdenes, todo lo contrario de lo que ocurría antes. Así pues, durante aquella época se ocupaba desde la mañana hasta la noche de las tareas domésticas que correspondían a la señora de la casa.

Nicholas apenas desplegó las peculiaridades negativas de su carácter temperamental. En todo momento se mostró cortés, hacía ver a Miranda su consideración, aunque siempre estaba algo distante. La fría indiferencia y la violenta lujuria que había puesto en práctica en los primeros tiempos del matrimonio, y que tanto la habían hecho sufrir, parecían haberse esfumado.

Y Miranda, profundamente agradecida por su actitud, se limitó a vivir sobre la superficie, convenciéndose a sí misma de que por fin estaban empezando a llevar la vida plácida y normal de una pareja casada como las demás.

Capítulo 20

Fue el viernes veinticuatro de mayo el día en el que Miranda hizo su trascendental descubrimiento.

Esa mañana se despertó con una inusual sensación de alegría y libertad, que atribuyó al espléndido tiempo primaveral, sin querer reconocer que la causa era en realidad la ausencia de Nicholas de Dragonwyck.

La semana anterior había vuelto a mostrar ese estado de ánimo áspero y malhumorado, y hacía dos días había anunciado de repente que se marchaba a Nueva York por asuntos de negocios. No la invitó a acompañarle. Se había acostumbrado de tal manera a su presencia constante que, durante las primeras horas de ausencia, se sintió perdida y vacía. Pero esa sensación inicial pronto dio paso a una gran tranquilidad y a un ánimo festivo. Le resultó delicioso tener para ella sola la enorme cama, comer cuando le apetecía a ella, y no a él, pasear, leer o disfrutar durante horas de un baño en la enorme tina, llena de burbujeante agua caliente.

Aquella mañana del día veinticuatro se despertó llena de energía y con ganas de hacer algo divertido. Cuando Peggy apareció con el té de la mañana, se encontró a su señora sentada al borde de la cama, con aspecto jovial y juvenil.

—¡Buenos días, Peggy! —exclamó alegremente al verla—. ¡Qué día tan maravilloso!, ¿verdad? Puedo oler las flores y la humedad del rocío.

—Desde luego que sí, señorita. Y usted también tiene el aspecto de una perfecta mañana de mayo.

La pequeña criada ayudó a Miranda a ponerse un ligero salto de cama de muselina, pensando que era magnífico que las cosas hubieran ido bastante mejor últimamente. El señor no había tenido más ataques de furor y la mayor parte del tiempo se había comportado de una forma adecuada y hasta agradable, sin

parecerse en nada a Squire O'Brien, el de allá, el de Irlanda. Y ahora que se había marchado, todo era mejor todavía.

—¿Y cómo está tu Hans, Peggy? —preguntó Miranda, sonriendo maliciosamente y deseándole lo mejor—. ¿Te apetece tener la tarde libre y pasarla con él?

Peggy sonrió y negó con la cabeza.

—Ya le veo muy a menudo, no crea. Ese hombretón siempre está merodeando por la cocina y por la sala del servicio, me sigue los pasos. Él y sus ojos de carnero degollado. Creo que quiere un puesto de criado aquí.

—¿Ah, sí? —preguntó Miranda bastante sorprendida—. Yo pensaba que era herrero.

—Sí que lo es, señora, y bastante bueno, por cierto. —Peggy dudó—. Pero quiere entrar aquí como criado por mí. Sabe que no la dejaré a usted nunca, así que ha pensado que quizás…

—¡Por supuesto! —dijo Miranda, dejando la taza de té en la bandeja—. He sido muy estúpida y también muy egoísta. ¿Lo quieres de verdad, Peggy? ¿Crees que te haría feliz?

La chica asintió de inmediato. Sus brillantes ojos irlandeses se llenaron de candor.

—Hasta quiere hacerse católico por mí, señora. Y es muy bueno. No… nunca ha dicho absolutamente nada acerca de… mi pierna. —Se volvió y estiró el vestido mañanero que se iba a poner Miranda.

—Pues te casarás en junio, querida —dijo Miranda rápidamente—. Tu boda será magnífica. Traeremos un sacerdote católico de Hudson o de Nueva York, si es necesario. Y tu vestido de boda será blanco, por supuesto. De muselina de la India. Guardé la tela en el ático hace tiempo; no recuerdo exactamente dónde, pero la encontraré.

—¡Mi querida señorita! —exclamó Peggy, riendo—. El blanco es solo para los aristócratas. No resultaría apropiado para alguien como yo.

—¡Por supuesto que sí! Es el color más alegre y apropiado para las novias. —Se paró en seco, acordándose de una chica vestida de seda verde y del furioso ruido de la lluvia golpeando las ventanas. Hacía cuatro años. Cuatro siglos.

Saltó de la cama e introdujo sus finos pies en las zapatillas que le trajo Peggy.

—Voy a vestirme deprisa para subir cuanto antes a buscar ese vestido. Tengo clarísimo lo que hay que hacer: el corpiño apretado y una falda con mucho vuelo, sin que parezca que la sujeta un conjunto de aros. También hay que poner un adorno de encaje en el

cuello. En mi antigua caja de costura tengo un tejido veneciano que irá de perlas.

Peggy pestañeó, absolutamente emocionada. Pensaba que un pato como ella, encima cojitranco de una pierna, no se podía convertir en un cisne por mucha muselina que se le pusiera encima, pero no contradijo a la joven señora. Le gustaba muchísimo verla tan activa y vital, sin ese constante gesto de preocupación que, a su vez, tanto la preocupaba a ella.

Después del desayuno subieron juntas al ático. Ese piso superior se extendía por toda la superficie de la casa, y Peggy conocía el ala sur como la palma de su mano, pues albergaba las habitaciones de la servidumbre. La más pequeña era la suya.

Sin embargo, entraron por una puerta verde tapizada que daba paso a la zona de almacenamiento, a la que no iba nunca casi nadie. Era una especie de laberinto de habitaciones sin terminar, además había un espacio abierto que hacía de cuarto trastero general.

Encontraron sin dificultad la caja de costura, pero no la muselina de la India. Miranda la había comprado el otoño posterior a su boda, con la intención de hacer con ella ropa para el futuro bebé. Seguro que la habían dejado abandonada por allí, como tantos otros objetos que recordaban aquella época tan breve y tan trágica. La señora MacNab fue quien se encargó de todo, y después Miranda nunca reunió el valor suficiente como para hacer averiguaciones.

En ese momento se dio cuenta de que, entre la multitud de cajas y otros objetos guardados, no había ni el más mínimo rastro de aquel pequeño ser tan deseado, pero de vida tan breve, cuya muerte había causado tanto dolor. Ni siquiera pudo encontrar la cuna.

Miranda estaba segura de que habían sido órdenes de Nicholas. Su dolor fue tan profundo que hizo eliminar de la casa cualquier cosa que recordara al niño, igual que lo había hecho en su memoria, al menos en apariencia.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo era posible que alguna vez hubiera dudado de él, simplemente porque, como hombre que era, prefería ocultar sus sentimientos? Embargada por una súbita ternura hacia su marido, se sentó en un desvencijado sofá que yacía abandonado en una esquina de la sala grande. Cuando volviera, lo trataría mejor. En el pasado había luchado por entenderlo, a veces hasta de forma terca e inadecuada para una esposa, y había malinterpretado muchas de sus actitudes. Por ejemplo, el disparo de Astor Place. ¿Acaso no fue una actitud lógica en un hombre orgulloso de sí mismo y que defendía con celo sus

derechos por nacimiento? Lo único que hizo fue responder a un insulto, además de protegerla a ella, por supuesto. Y en cuanto al opio, ¡cuánto había exagerado al respecto! Muchos hombres bebían en exceso de vez en cuando y a sus esposas apenas les importaba. ¿Por qué razón le había dado tantísima importancia a esas pequeñas pipas de plata? Además, el hecho no había vuelto a repetirse.

Eso era lo que pensaba Miranda en aquel momento, liberada de su constante presencia, lo que le permitió llegar a conclusiones dictadas por su corazón, que no eran otras que mantener una fe ciega en él.

Fue en ese momento cuando descubrió el colchón. Peggy estaba en una de las habitaciones pequeñas, también llena de trastos, volviendo a meter cosas en un baúl que ya habían registrado, así que Miranda estaba sola en la gran sala.

Entró un rayo de sol a través de la claraboya oriental, dejando ver telas de araña e iluminando directamente un enorme colchón enrollado que reposaba de pie, al lado de una alacena holandesa que aún conservaba su decoración original. Recordaba vagamente aquella alacena, sobre todo los adornos con flores y guirnaldas exquisitamente dibujados. Seguro que los había visto antes. Se inclinó hacia delante y comprobó con disgusto que era el armario que estaba en la habitación de Johanna. Todos los muebles de ese rincón habían estado en la habitación de Johanna. Allí estaba la mesa en la que solía darse atracones de comida, aún con restos pegajosos en la superficie chapada. Y ese colchón provenía de la cama de los Van Ryn.

Se levantó rápidamente y se dio la vuelta para marcharse, pero no pudo evitar fijarse en una peculiaridad del colchón, y se detuvo. Años de actividad de ratones y otros animales habían destrozado la superficie, ahora tenía agujeros por todas partes. Y de uno de ellos asomaba un objeto oscuro. Lo tocó con precaución y tiró de él al darse cuenta de que era un grueso cuaderno con tapas de cuero. Lo abrió y comprobó que sus páginas estaban escritas a mano, con tinta que, en su momento, debió de ser negra, ahora era ya marrón. Muy sorprendida, empezó a pasar aquellas páginas, y en la última leyó una frase que la hizo dar un respingo:

> *¿Y por qué me trae ahora flores, él, que jamás lo había hecho antes? Adelfas rosas… Me da un miedo mortal, pero ¿por qué? Seguramente será por la fiebre del resfriado. Desde que esa chica llegó…*
>
> *Ha llamado al médico para que venga a verme, aunque no*

estoy enferma, en realidad. No a nuestro médico habitual, sino a ese nuevo del pueblo…

Después de esa frase había un espacio en blanco, finalmente podía leerse la última anotación.

Me he comportado como una estúpida. Nicholas ha estado aquí y me ha tratado con mucha amabilidad. De hecho, hasta ha cortado un trozo de pastel para mí y le ha añadido nuez moscada, igual que solía hacer cuando estábamos recién casados. Me ha dicho que la chica se va a marchar dentro de unos días. Me alegro muchísimo. Las cosas volverán a ir bien…

Había más páginas, pero estaban en blanco.

El diario se le escurrió a Miranda de entre las manos y cayó al suelo. Se quedó de pie, mirándolo sin moverse. Un momento después se agachó a recogerlo y lo guardó en el bolsillo del delantal que se había puesto para proteger su vestido del polvo del desván. Se dio la vuelta y salió de la sala rápidamente, sin escuchar siquiera la sorprendida llamada de Peggy.

Bajó muy deprisa los dos tramos de escaleras y salió al exterior. Cruzó los jardines, evitando los grupos de lirios blancos y peonías, así como los lirios del valle que se arracimaban junto a la pequeña catarata artificial. Avanzó hacia la zona sur del río, en la que había unas filas de abetos canadienses que se habían salvado de las últimas reformas de Nicholas, y se sentó entre las acículas caídas. Sobre su cabeza soplaba una brisa suave que movía levemente las ramas de los árboles y desde más lejos llegaba el rumor del agua, que se movía lenta por esa zona del río.

Sacó el diario del bolsillo, lo abrió y leyó de nuevo y rápidamente la última página. Se dijo a sí misma que aquello no significaba nada. Solo que a Johanna le costaba entenderlo a veces. Había sido amable con ella. Eso era lo que decía.

Releyó una tercera vez aquella frase: «Me ha dicho que la chica se va a marchar dentro de unos días». ¿Cómo podía saber Nicholas que se iba a ir de Dragonwyck? Su marcha no estaba planeada. Se fue solo porque Johanna murió…

—¡No! —dijo en voz alta—. Tengo que calmarme y pensar con claridad. —En el desván del ático, hacía menos de media hora, había decidido evitar a toda costa cualquier tipo de exageración, de mala interpretación.

Seguro que Nicholas, por alguna razón que aún no le había

contado, había decidido que ella debía irse de Dragonwyck. Quizá simplemente para contentar a Johanna. Y esta interpretación, que antes le habría resultado insoportable, ahora la reconfortaba extraordinariamente.

Abrió de nuevo el libro para leer pasajes anteriores. Había pocos y no tenían coherencia narrativa. Sin embargo, la letra era bonita y limpia, absolutamente incongruente con la forma de ser y el aspecto de Johanna. A medida que leía, a Miranda se le fueron secando la boca y la garganta, pues los párrafos demostraban una situación de soledad y tristeza extremas:

> *Creo que me odia desde que llegó esa chica. Siempre he sabido que nunca me ha amado como yo lo amo a él, pero antes éramos felices. ¡Si al menos pudiera tener un hijo! Que Dios me ayude, las cosas son como son…*

Y otro párrafo:

> *Hoy he terminado los monogramas de dos de sus pañuelos y se los he dado. Me ha dicho que deje que Miranda termine los demás. La muy descarada se ha arreglado el pelo y ha sonreído. ¡Ojalá no hubiera venido, Dios no debió permitirlo! Siempre se interpone entre nosotros.*

Miranda apartó la vista del diario y levantó la cabeza. Recordaba perfectamente aquello, tanto la frase de Nicholas como la alegría que sintió al escucharla. ¿De verdad se había atusado el pelo para remarcar el insignificante triunfo? Lo cierto es que había despreciado aquellos chapuceros monogramas y se había sentido muy orgullosa de los que ella había bordado, porque le salieron muy bien. Había remarcado sus pequeños triunfos ante ella sin ninguna piedad, en esa sorda lucha que mantuvieron ambas mujeres.

Buscó una vez más la última página: «¿Y por qué me trae ahora flores, él, que jamás lo había hecho antes?». No podía deducirse nada malo de esas palabras ni del resto de lo escrito, no obstante, esta vez, mientras leía, le pareció como si un torrente de aguas negras y turbulentas inundara su corazón.

Solo había una persona a la que podía acudir, que la ayudara a ver las cosas con objetividad y que además conociera perfectamente las circunstancias de aquella infausta noche.

La invadió inmediatamente la necesidad febril de entrar en acción. Corrió hacia los establos y le indicó al atónito cochero que

la llevara inmediatamente a Hudson. Envió a un lacayo a la casa para que le trajera inmediatamente una capa corta y no paró de meter prisa a los mozos de cuadra para que prepararan los caballos lo más rápido posible.

Tardaron menos de dos horas en llegar al pueblo, durante todo el camino ella no dejó de mirar hacia delante, a la carretera, con el diario bien apretado contra el pecho, debajo de la capa.

El doctor Turner sí que estaba en casa, pero comiendo, tal como le dijo la vieja Rillah en tono de reconvención, mirando con disgusto su atuendo informal. Normalmente acudían a pedir ayuda al doctor todo tipo de personas, incluso las más desarrapadas, pero a la anciana le pareció que esta mujer tenía expresión de loca y hasta de peligrosa, más que los pobres desheredados que tan a menudo acudían a su buen doctor.

—Llámele, por favor —rogó Miranda—. Tengo que verlo inmediatamente. Dígale que soy la señora Van Ryn.

¡Ah, eso era otra cosa! Rillah sonrió con expresión de disculpa y señaló una silla con la canosa cabeza.

Jeff salió del pequeño comedor, todavía masticando y con una servilleta en la mano.

—¡Querida niña! No sabes lo que me alegra volver a verte; aunque espero que no haya ningún problema serio.

—No lo sé. Tengo que hablar contigo a solas.

Asintió y la acompañó hasta la sala de curas, cerrando la puerta tras entrar.

Dejó la capa de cualquier manera encima de una de las sillas, abrió el diario por la última página y se lo ofreció.

—Nicholas está en Nueva York. Esta mañana he encontrado esto en el desván. Estaba escondido en una grieta del colchón que utilizaba Johanna. Me gustaría que leyeras esta página y que me dijeras qué piensas de ello.

Jeff la miró de frente, tenía una expresión muy seria, y después bajó los ojos para mirar el diario. Sintió un escalofrío y una premonición.

Leyó la última página y se hundió en el sillón del escritorio.

—¡Dios mío! —dijo al fin, en voz extremadamente baja—. ¡Las adelfas! —Bajó los ojos y volvió a leer la página otra vez.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Miranda de inmediato.

Jeff se levantó y se acercó a su estantería nueva, en la que había unos cien libros que había adquirido después de su llegada de México. Agarró el tratado de toxicología de Lunt y lo abrió por la sección de plantas herbáceas.

Le dio la espalda a Miranda y se acercó a la ventana con el libro:

> *Nerium oleander, familia Apocynaceae. Contiene un glucósido bastante semejante a la digitalina, pero su toxicidad es aún mayor. Se sabe que el ganado puede morir si ingiere entre tres y cuatro hojas de esta planta. Tanto las flores como la corteza son también venenosas.*

Y, al final del párrafo, aparecía la irrefutable lista de síntomas. Rompió a sudar sin darse cuenta en cuanto empezó a leer, en un tipo de letra pequeño, aunque perfectamente claro, el cuadro clínico exacto que presentó Johanna la noche de su muerte.

> *Vómitos y cólico. Mareo. Latido cardíaco lento e irregular. Gran dilatación de las pupilas. Sangrado. Parálisis respiratoria. Muerte. El color y la apariencia de la orina generalmente es normal. Puede resultar difícil de diagnosticar y confundirse con cualquier otro tipo de gastritis aguda producida por indigestión.*

Cerró el volumen y lo volvió a colocar en la balda correspondiente de la estantería.

—¿Qué ocurre, Jeff? —susurró Miranda—. ¿Qué es lo que has estado leyendo?—La chica no se había movido desde que le había dado el diario.

Volvió a sentarse en el sillón del escritorio, buscando de forma instintiva la calma que siempre le inducía ese sitio cómodo y familiar en el que había resuelto muchos problemas. Pero para la situación a la que se enfrentaba no había precedente alguno.

Se inclinó hacia delante, apretando las manos sobre el escritorio. Sus ojos, que se habían oscurecido tanto como el broche de ónice que colgaba sobre su pecho, lo miraban fijamente, sin pestañear.

—Dime en qué estás pensando, Jeff.

Al principio, no quiso decírselo. Esa fue su primera reacción: ocultárselo, tranquilizarla y mandarla de vuelta a casa, para que sacara sus propias conclusiones y decidiera qué hacer. Pero cambió de idea de inmediato, en cuanto la miró a los ojos.

—Creo que… —empezó, hablando despacio y procurando que su tono de voz no dejara traslucir la más mínima emoción, y eso que eran muchas las que lo embargaban—. Creo que, de alguna manera, y por medio de las adelfas que llevó a su habitación, Nicholas asesinó a Johanna.

A la chica se le escapó un grito ahogado, él se apresuró a

ponerse a su lado. Ella negó con la cabeza y evitó su brazo, que le había ofrecido para que se apoyara sobre él. Se alejó de él y se sentó en la pequeña silla Windsor que solían utilizar sus pacientes.

Agarró una botella de agua amoniacal y diluyó una pequeña dosis en un vaso de agua.

—Bébete esto —le ordenó—. Tenía que decírtelo, Miranda. Si hubiera podido ahorrarte algo tan horrible, lo habría hecho. No tengo pruebas, pero estoy completamente seguro. Y, por tu propia seguridad, es imperioso que me creas.

Recorrió varias veces la gastada tira alfombrada que cubría parte del suelo, frente al escritorio.

Sí, por su propia seguridad. Ese era el núcleo del asunto, el que le hacía sentir un miedo cerval, el mismo que le invadió tras llegar a la inevitable conclusión de que el asesinato había sido un hecho, no una posibilidad. Si Nicholas había traspasado una vez la barrera que separaba el comportamiento humano habitual, no había nada que pudiera impedir que volviera a hacerlo.

Jeff se volvió y se arrodilló delante de ella, agarrando su flácida mano.

—Miranda, no debes regresar con Nicholas. Nunca más. Sé que para ti es una conmoción terrible y que no puedes creer lo que te he dicho. Yo tampoco lo creería, pero desde el primer momento tuve la sospecha… Desde el momento mismo de la muerte de Johanna. Cometí un error, un error que hasta podría calificarse de imprudencia criminal, por no haber investigado más de lo que lo hice en su momento. Pero entonces solo tenía una corazonada y fui incapaz de encontrar ningún resto de veneno. Además, entonces no tenía ni la mitad de los conocimientos que creía tener.

Hablaba y hablaba para darle tiempo a recobrarse y recomponerse del todo. Tanto su naturaleza como su formación le llevaban a enfrentarse de forma directa con la realidad, por muy intolerable y dura que fuera. Ella también debía hacerlo. Debía salir de ese silencio alucinado y convencerse de la terrible situación a la que se enfrentaba. Sabía muy bien que debía enfrentarse a la insensata lealtad que todavía sentía hacia el hombre al que había venerado.

Así que siguió hablando, con voz tranquila y suave, intentando ser objetivo.

—Imagino que lo planeó con mucha antelación y que esperó a que Johanna sufriera una enfermedad menor, para así poder llamar a un médico. Fue muy inteligente. —Jeff se detuvo para asumir la ola de amarga humillación que sintió. Nicholas lo utilizó como a un

peón. ¡Qué astucia, escogió a un médico joven e inexperto, y que además se sabía que era un adversario político, para no despertar ni la más mínima sospecha entre el vecindario!—. Es muy propio de él utilizar flores como arma letal —continuó, sin dejar traslucir lo alterado que estaba—. Se ajusta mucho a su meticulosidad. Todo debió de ocurrir cuando se quedó solo con ella, por supuesto. Y la tarta tuvo que ser el vehículo del veneno, como sospeché desde el principio. ¿Pero cómo? —Reflexionó durante un minuto—. ¡Claro! ¡El molinillo de plata de nuez moscada! Molió las hojas con él.

Se acordó de la frase exacta de Nicholas: «Su repugnante glotonería la ha matado». Cuadraba perfectamente con su sentido de la ironía que la insana pasión de Johanna por los dulces fuera el vehículo de su muerte.

En ese momento recordó con gran nitidez las pequeñas partículas de color verde que había en el pegajoso trozo que había examinado. En su momento pensó que eran restos de angélica o de lima.

—Sin duda, estaba atontada por el catarro —comentó en voz alta—. No debió darse cuenta de lo que hizo con el molinillo.

Finalmente, Miranda se movió.

—¿Y qué más da cómo se hiciera? —dijo con un tono de voz bajo y apagado.

—Debes conocer la verdad, Miranda. Y creerla —respondió amablemente.

Alzó la cabeza y sus labios dibujaron una ligera y aterradora sonrisa.

—Me da la impresión de que siempre lo he sabido —dijo.

Jeff emitió un sonido gutural e involuntario, y negó con la cabeza.

—No, no en el sentido que creo que estás pensando. No conscientemente. Me refiero a esa zona oscura y secreta de mi alma en la que no me atrevo ni a mirar.

—¡Bobadas! —exclamó Jeff, expresando su alivio de forma violenta—. Eso es morboso, Miranda. Vamos a procurar ser prudentes y sensatos, y discurrir juntos qué es lo que debemos hacer. Tenemos que mantener la cabeza fría y utilizarla.

Ella no le escuchaba, bajó los ojos y se quedó mirando fijamente la venda dorada que le cubría la muñeca izquierda.

—Llevo cuatro años casada con un asesino —afirmó con el mismo tono de voz que antes—. Y disfrutando de los resultados de ese asesinato.

—No podías evitarlo. No lo sabías —replicó de inmediato.

—Si no hubiera sido por mí, nada de esto habría pasado —continuó, sin hacerle caso—. Fue mi debilidad lo que avivó su maldad. Como el pedernal y el acero. Zélie lo sabía, pero no quise escucharla.

—¿Zélie? —repitió Jeff desconcertado—. ¿Te refieres a aquella vieja sirviente mestiza de los Van Ryn? ¡Pero si estaba senil, no estaba en sus cabales! Todo lo que supiera o dejara de saber no tenía nada que ver contigo. —Le puso las manos sobre los hombros—. Escúchame, querida niña. Tienes que ser fuerte y valiente. No tienes nada que ver con la muerte de Johanna. En el peor de los casos, puedes haber sido una de las causas por las que la mató, pero eres completamente inocente. ¡Tienes que librarte de ese morboso sentimiento de culpa! No está en nuestras manos cambiar el pasado, pero sí el futuro. El asesinato debe salir a la luz.

Ella se mojó los labios con nerviosismo.

—No puedes, Jeff. Tú mismo has dicho que no tienes pruebas. Nadie te creería.

Frunció el ceño y relajó los amplios y tensos hombros. Durante un momento le asustó la posibilidad de intentar acusar a Nicholas. Para ser sinceros, ¿quién creería las conjeturas de un médico de pueblo acusando al poderoso patrón? Por otro lado, destruiría su propia reputación, pues tendría que reconocer que había sido negligente. Habría que conseguir un permiso para exhumar el cadáver y, en el improbable caso de que lo consiguiera, tampoco sabía si, después de tanto tiempo, permanecería en las vísceras, o en lo que quedara de ellas, algún resto de ese veneno concreto. Eso sí que podría averiguarlo previamente, por supuesto, pensó en el doctor Francis con mucho alivio. El viejo médico lo ayudaría, con toda seguridad. Pero ¿y si no hubiera trazas del veneno? En ese caso, no tendría ninguna prueba. Nada, salvo algunas anotaciones ambiguas en un diario, y Jeff tenía suficiente experiencia en materia de juicios como para saber la forma en la que actuaría la defensa legal de Nicholas: lo destrozaría indicando que era un médico mediocre, sembraría dudas respecto a su animadversión política por él, etcétera. Pero sí que podía haber algo: ¡Magda! Recordó de repente a la antipática criada personal y ama de llaves de Johanna. Recordó que la mujer también había sospechado en su momento. Había visto a Nicholas darle el trozo de tarta a su señora. Puede que existiera la posibilidad de encontrarla y de que testificara. Pero dudaba de que estuviera en Albany con Katrine.

Jeff cerró los ojos al pensar como afectaría a la niña, y también a Miranda, tanta exposición pública. Hasta entonces no había

considerado el asunto desde ese punto de vista. Se hundió al pensar lo difícil que resultaría evitar a Miranda el calvario que se imaginaba. Sin lugar a dudas, la considerarían el móvil del crimen, e incluso hasta podrían intentar implicarla como cómplice.

Ella lo había estado mirando sin apenas moverse. Observó su expresión de desánimo, aunque solo entendió parcialmente sus razones.

—Sí —dijo—. A Nicholas no se le puede ni tocar. Es más fuerte que nadie.

—¡Supongo que es humano, como todos! —exclamó Jeff con un súbito acceso de furia—. Y no pararé hasta evitar que siga yéndose de rositas. Por Dios, ha cometido un asesinato ventajista, cobarde y repugnante. Solo dudo por ti, Miranda, no debes volver con Nicholas.

—También merezco sufrir —afirmó rotundamente—. Me casé con él.

—¿Y también crees que mereces ser asesinada? —exclamó Jeff, perdiendo un poco los estribos. Vio cómo le brillaban los ojos de puro espanto, al tiempo que contenía el aliento—. ¡Pequeña inocente! —continuó con amargura—. ¿Acaso tu ciega pasión por ese hombre no te permite darte cuenta de que tú misma corres peligro? También puedes convertirte en una esposa no deseada. En algún momento dejarás de ser joven y guapa. Además, al igual que Johanna, tampoco has satisfecho su loca obsesión por tener un heredero. Supón que encuentra otra mujer, del mismo modo que te encontró a ti. O que, sin necesidad de que se cruce ninguna otra, imagina que, de alguna manera, frustras su ego, su ansia de controlarlo todo y de tener el poder sobre todas las cosas. Si eso ocurriera, ¿crees de verdad que estarías a salvo, Miranda?

La chica volvió la cabeza y sintió un escalofrío por todo el cuerpo. De repente se dio cuenta de que le estaba diciendo la verdad, pura y dura. En ese momento se agolparon en su memoria un montón de señales.

—Pero ¿qué puedo hacer? —le preguntó.

—¿Cuándo vuelve Nicholas? —preguntó él a su vez.

—Mañana por la tarde, en el barco —respondió sin apenas mover los labios.

«¡Alabado sea Dios!», pensó Jeff sin hablar. Después, con voz muy pausada y clara, habló en voz alta.

—Tienes que marcharte antes de que vuelva. Dile a uno de los criados que haga señales al barco de la mañana para que te recoja. Esta noche prepara un baúl. ¡Y llévate contigo a Peggy! Cuando

llegues a Nueva York, vete directamente a ver al doctor Francis. —Se volvió a sentar en el escritorio, escribió una nota a toda prisa y se la puso en la mano. Ella asintió y se la guardó en el corpiño.

—Francis te acogerá y cuidará de ti durante unos días, hasta que llegue yo. Creo que no deberías ir a Greenwich, pues ese será el primer sitio en el que Van Ryn te busque.

—Sí, claro —dijo débilmente—. Pero ¿qué es lo que vas… qué puedes hacer tú, Jeff?

—Cuando sepa que estás a salvo, iré a Dragonwyck y le plantearé a Nicholas nuestros descubrimientos.

—¿No tienes miedo? —susurró.

Jeff pensó para sí que por supuesto que lo tenía. Y no tanto por lo que Nicholas intentara hacer. De hecho, estaba seguro de que su primera reacción sería librarse del joven médico y, después, buscar a Miranda para hacer lo mismo. No podría enfrentarse solo a Nicholas, pero no temía por su pellejo. Lo que temía eran las más que probables e insuperables dificultades que surgirían al intentar acusar a Nicholas, y la imposibilidad de adivinar lo que haría un hombre con una mente tan retorcida. Pensó que debería buscar consejo para decidir qué hacer. Y, de repente, tuvo una inspiración súbita y clarividente.

—Voy a ir a hablar directamente con el gobernador —afirmó con rotundidad—. Mañana sin falta. Le expondré todo el caso, sin ningún tapujo.

Ella se incorporó, se apoyó en el brazo de la silla y se levantó. Jeff la rodeó con el brazo y, durante un instante, la chica se inclinó hacia él.

—Sé valiente, querida —le dijo con suavidad.

Ella se incorporó y se ciñó la capa alrededor del cuello. Caminó hacia la puerta y, al agarrar el pomo, soltó una risa amarga.

—Tendré que ser valiente, sí —dijo—. Lo suficientemente valiente para entender que mi amor… que todos mis sueños eran aciagos y perversos.

Capítulo 21

Nicholas no regresó a Dragonwyck al día siguiente, tal como esperaba Miranda. En realidad, llegó a las cinco en punto de aquel mismo día, en el momento justo en el que ella salía de la casa de Jeff en Hudson y volvía a entrar en el carruaje para regresar.

El asunto de negocios que había llevado a Nicholas a Nueva York se solucionó con presteza. Se trataba de estampar su firma en el arrendamiento de algo menos de media hectárea de terreno cerca de Odellvile, en la calle Cuarenta y nueve este, en la que un irlandés muy optimista pensaba abrir una taberna y pensión imitando a la del señor Odell, que daba nombre a ese distrito de la ciudad.

La presencia de Nicholas no era realmente necesaria. Solomon Bronck había negociado con éxito transacciones inmobiliarias más importantes y complicadas que aquella sin más ayuda de su cliente que una sencilla e indiferente carta de aquiescencia. Por eso, el agente se había quedado atónito al ver entrar a Nicholas en la pequeña oficina de la calle Broad y, después, pedirle el contrato de arrendamiento para leerlo.

—Por supuesto, *mynheer* —dijo, utilizando la palabra holandesa que quería decir «señor», y haciendo sonar la campanilla para llamar a su empleado—. Espero que no tenga quejas respecto a mi trabajo con sus cuentas y transacciones —dijo con cierto tono de resentimiento. La verdad es que se sentía un tanto molesto haciendo grandes negocios y ganando mucho dinero para un hombre que no se tomaba el menor interés ni tampoco hacía ningún esfuerzo ni aportación. Todo era mérito de Bronck, por su trabajo, él había continuado con la política de obtención de beneficios del padre de Nicholas, vendiendo las propiedades de los Van Ryn por sumas increíblemente altas, comprando con parte de ellas y a precio muy barato en el extremo de la ciudad y, dado que la ciudad se expandía con increíble rapidez, repitiendo el proceso una y otra vez.

—Estoy absolutamente satisfecho de su trabajo, Bronck —dijo Nicholas sonriendo vagamente. Cuando el empleado llegó con el contrato de arrendamiento, apenas lo miró y estampó rápidamente su firma en él.

Al observar esa forma de comportarse, el administrador y agente inmobiliario dedujo que la razón por la que había ido a la ciudad no podía ser aquel negocio. También se dio cuenta del aire ausente y abstraído de su cliente y de los erráticos movimientos que hizo al mirar los documentos que le facilitó.

—Sí, sí —dijo Nicholas, dejándolos a un lado—. Todo parece estar en orden.

—Tiene usted una buena cantidad de dinero sin invertir —indicó Bronck con tono paciente—. Yo le propondría que comprase todo el terreno que pudiera en la esquina de la Cincuenta y siete con la Quinta Avenida. Allí solo hay ahora una cabaña y un par o tres de cabras, pero nunca se sabe…. Puede que alguien, algún día, lo quiera y, en ese caso, haría usted un negocio redondo.

—Haga lo que le parezca —contestó Nicholas—. Y mándeme después la escritura.

—O también… —continuó el agente, decidido a hacer bien su trabajo, pese al evidente desinterés y aburrimiento de Nicholas… Aunque si no estuviese interesado, ¿por qué habría venido a la ciudad? La indecisión era lo único que no hubiera esperado encontrar nunca en el patrón—. ¿Qué le parecería comprar una participación en el nuevo barco fluvial, el *Mary Clinton?* El propietario quiere vender. Se marcha el viernes de luna de miel a Albany. Y ha dicho que, a partir de ahora, quiere olvidarse por completo del río.

Nicholas lo miró interesado.

—¿Es lo suficientemente rápido como ganarle al *Reindeer* o al *Utica*?

—No lo sé, *mynheer* —respondió Bronck, frunciendo el ceño—, pero espero que no se dedique a hacer carreras. Eso de las competiciones con barcos de pasajeros es algo funesto y muy peligroso, acuérdese de todos los que murieron en el *Swallow*. Es inmoral, si quiere saber mi opinión.

—Estoy de acuerdo —dijo Nicholas—. Pero a mí me entusiasma.

Bronck se ruborizó al darse cuenta, por la expresión de Nicholas, de que lo consideraba un gallina. Si lo que quería ese tipo eran emociones fuertes, ¿por qué no se buscaba algo que no pusiera en peligro la vida de los demás? Estaba verdaderamente enfadado.

—Voy a ir enseguida a ver el barco —dijo Nicholas,

levantándose—. Si tiene buen aspecto y está en buenas condiciones, mañana cerraremos el trato. Le agradezco su sugerencia, Bronck, es de lo más valiosa. No entiendo cómo no se me ha ocurrido a mí.

Cuando se quedó solo, sintió bastante recelo. En ese momento le habría gustado no decir una palabra acerca del maldito barco y mordió casi con saña el extremo de su cigarro puro antes de encenderlo. El patrón había cambiado, y Bronck no tenía la menor idea de por qué. Conocía a su cliente desde siempre y sabía que normalmente era un hombre distante, se podría decir que hasta indiferente con respecto a los asuntos financieros; en realidad, se lo podía permitir, dada su enorme riqueza, pero también sabía que era capaz de apasionarse hasta el fanatismo con según qué cosas. A ese respecto, lo que había ocurrido hoy no era excepcional en absoluto, pero en algún momento su actitud y su expresión no habían sido… normales, ni siquiera para él. Intentando alejar de sí esa línea de reflexión, el agente negó con la cabeza, se secó la frente, que se había perlado de sudor, y le dio a su empleado las órdenes oportunas para que se pusiera en contacto con el propietario del *Mary Clinton,* sabedor de que, una vez que hubiera tomado su decisión, si esta fuese la de adquirir el barco, querría llevarla a cabo sin tardanza.

Bronck no pondría pegas, ni las más mínimas. En una casita de Chelsea había cinco pequeños Bronck y uno más en camino.

Nicholas compró la mitad de la propiedad del *Mary Clinton* después de examinarlo cuidadosamente de proa a popa mientras estaba atracado en un muelle del North River.

Era un barco muy bonito, construido en el mejor astillero de Hoboken, de unos setenta y cinco metros de eslora y de líneas simétricas y elegantes. Las calderas y las máquinas eran de última generación, los puentes, de madera de roble inmaculadamente blanca, no presentaban ni un solo defecto y eran amplios, cómodos y lujosos. La enorme rueda de palas era del mismo color. En resumen, el barco era imponente, de forma que Nicholas no fue capaz de descubrir ni una sola falta, y hasta cambió de planes para poder viajar en él de vuelta a casa, en el crucero de boda del viernes.

En un principio pensó en sustituir al capitán, John Hall de Jersey City, que parecía excesivamente joven e inexperto como para manejar un barco tan nuevo y potente. No obstante, tras hablar con él, Nicholas se dio cuenta de que conocía al dedillo cada una de las corrientes y remolinos del río y de que compartía de forma entusiasta el deseo de Nicholas de batir todas las marcas de

velocidad. Así que salió muy satisfecho del muelle. Paseó tranquilamente a lo largo de la calle Desbrosses hasta llegar a Canal y, en la esquina de dicha calle con Broadway, dudó sobre qué camino tomar. La ruta lógica sería ir hacia el sur por Broadway, hasta Astor House, que era el hotel en el que se alojaba durante aquella breve visita, dado que la casa de la ciudad estaba cerrada.

Dudó durante tanto tiempo que la gente que pasaba a su lado se lo quedaba mirando con curiosidad, pues no era habitual ver a un hombre de su porte y elegancia mirando al suelo en una actitud de absoluta y anormal inmovilidad.

Dos mujeres jóvenes que paseaban por Broadway, muy repeinadas y con extensiones de cabello rizado, aunque de aspecto bastante desaliñado, al ver a Nicholas, se detuvieron a su lado y empezaron a reírse.

—¡Mira que es guapo! ¡Y encima altísimo! —exclamó una de ellas, alzando la voz a propósito—. Parece una estatua, ¿a que sí? ¿Qué estará mirando con tanto interés?

—Pues yo diría que recreándose en su propia imagen reflejada en ese charco. Pero, si mirase alrededor, tendría otras cosas que admirar. —Las dos mujeres empezaron a moverse en torno a él, toqueteándose los rizos, que al moverse desprendían un penetrante olor a pachuli.

Nicholas siguió mirando al suelo, con el ceño fruncido y sin inmutarse.

—¡Igual tiene miedo de las mujeres! —insistió una de ellas con tono malicioso.

De todas las estúpidas palabras pronunciadas por esas mujeres de vida alegre, solo una de ellas, pronunciada en la última frase, hizo reaccionar a Nicholas. Se volvió hacia ellas violentamente y las miró indignado.

—¡No le tengo miedo a nadie ni a nada, ni de este mundo ni de ningún otro! —exclamó, y las mujeres se encogieron, dando un rápido paso hacia atrás.

—Caballero, señor… —balbuceó una de ellas—. No era nuestra intención molestarle…

No se quedó a escuchar sus asustadas disculpas, empezó a caminar a grandes y presurosas zancadas, haciendo que se apartaran todos los que se interponían en su camino, hasta llegar a una puerta medio escondida de la calle Mott. Permaneció en el local durante varias horas y, al salir por la misma puerta por la que entró, guardaba en el bolsillo una pequeña y untuosa bola envuelta en papel de arroz.

En ese momento, Nicholas tuvo que reconocer ante sí mismo que ese, y no la excusa del negocio inmobiliario, había sido el verdadero motivo de su apresurado viaje a Nueva York.

El primer viaje del *Mary Clinton* supuso un gran éxito, pues el barco realizó el viaje muy deprisa, superando con facilidad al *Rochester,* el único barco que realizó el trayecto ese mismo día. Su diferencia de velocidad era tan amplia que ni siquiera hubo lugar para una carrera, lo que defraudó profundamente a Nicholas. Jeff había acertado de pleno al deducir que, para Nicholas, el peligro resultaba tan estimulante y adictivo como las drogas. Si se hubiera producido una carrera frenética entre ambos barcos y hubiera ganado el *Mary Clinton,* que es lo que habría ocurrido sin ningún género de dudas, el placer de la victoria y, sobre todo, la excitación de la carrera habrían reducido la necesidad de alivio que iba a obtener con la sustancia negra que llevaba en el bolsillo.

Y en esas circunstancias, descendió del barco en el muelle de Dragonwyck, con un estado de ánimo taciturno y silencioso, pero con los nervios en tensión, ávidos por otra dosis del opio que se había negado a sí mismo durante varios meses.

Y, entonces, descubrió que Miranda no estaba en casa.

Subió las escaleras de la torre y colocó la bola de droga en la caja de plata, pero no se quedó en la habitación, sino que bajó y mandó llamar a Peggy.

La pequeña criada mantuvo un aterrorizado, pero terco silencio. No tenía la menor idea de a dónde había ido la señora. A visitar a alguna vecina, quizá. No, no sabía a cuál de ellas. No, la señora no había salido ninguna otra vez; igual se había cansado de no salir de la casa y estar sentada sin hacer nada ni ver a nadie.

—No, señor, no sé dónde está.

Y esa era la verdad, por los evangelios, fue lo que pensó Peggy. No sabía ni a dónde había ido ni por qué había salido como alma que lleva el diablo, aunque estaba segura de poder adivinarlo sin dificultad. Seguro que había descubierto que tenía algún problema y había ido en busca del joven doctor, pero rogó a todos los santos que su señor no pensara en esa posibilidad, porque le daba la impresión de que había vuelto a casa de un humor de perros.

Se escabulló de la presencia de Nicholas en cuanto tuvo la oportunidad y se colocó junto a una ventana del piso de arriba, con la atolondrada idea de avisar con gestos a Miranda tan pronto como el carruaje apareciera al doblar la esquina del camino.

Pero a eso de las siete, cuando llegó Miranda, no fue capaz de ver la ansiosa cara de Peggy ni sus inútiles gesticulaciones. A quien

sí vio fue a Nicholas, esperándola, cruzado de brazos y sin sombrero en la puerta. Y al encontrase con su figura, que esperaba no volver a ver más en toda su vida, sintió un miedo cerval durante un segundo, pero inmediatamente se calmó. En ese momento le invadió el desapego por el que tanto suspiraba Jeff, así que se levantó despacio y se relajó por completo, músculo a músculo y nervio a nervio, preparándose para la confrontación que la esperaba.

—¿Has tenido un paseo agradable, querida mía? —dijo Nicholas, ofreciéndole el brazo cuando el cochero abrió la portezuela del carruaje.

—No —contestó con brusquedad. Ignoró su brazo, pasó a su lado sin mirarlo siquiera y entró en la casa. Se dirigió hacia la escalera, pero Nicholas, con un rápido movimiento, se puso delante de ella, impidiéndole el paso.

—Extraña manera de saludar a tu marido, al que llevas tres días sin ver —dijo con suavidad, una suavidad a la que traicionaba la cruel y ansiosa luz que brillaba en sus ojos. No perdió detalle de su desaliñado aspecto. Todavía tenía las manos y las uñas llenas de polvo del ático y no se había parado ni siquiera a quitarse el delantal que había utilizado, pues salió rápidamente en busca de la ayuda de Jeff. El pelo se le había soltado desordenadamente a causa de la brisa de la tarde, igual que el descuidado moño. Una de las coletas se había deshecho, de modo que los rizos le invadían parte de la cara, mientras que la otra coleta le caía sobre el hombro.

—Sí —confirmó—. No me he arreglado. Haz el favor de dejarme entrar en mi habitación, Nicholas.

—Con mucho gusto, cariño. Y te acompaño. Esta noche tengo mucho interés en ti, me has sorprendido. En realidad, no pensaba que fueras capaz de sorprenderme. —Se hizo a un lado y subió las escaleras detrás de ella.

¡Qué bien se le daba y cómo disfrutaba de ese juego del ratón y el gato! Por un lado, dejarla escapar mínimamente de su poder, pero inmediatamente reconducir la situación hacia los cauces que había establecido. Utilizaría el sarcasmo y también ese enfado frío y suave, y en cualquier momento pondría en práctica la dominación violenta de su cuerpo, y también de su alma, pues sabía que ella aún lo amaba.

Sí, hasta entonces lo había amado, pero con una mezcla de violenta repulsión. ¿Sería amor lo que había sentido? ¿Podía el amor cimentarse sobre el miedo?

Entraron juntos en el oscuro dormitorio. Nicholas avivó en la

chimenea el escaso fuego que Peggy había preparado y encendió las velas. Se sentó en una silla junto al hogar, mientras Miranda echaba agua en la palangana y se lavaba la cara y las manos. También se arregló el pelo muy rápidamente, se quitó el delantal y se alisó el vestido. Finalmente se quitó la gargantilla con la perla y el ónice y se abrochó el cuello del vestido con un antiguo prendedor para el pelo.

—¿No vas a cambiarte? —preguntó Nicholas—. Me gustaría verte con ropa de colores alegres. ¿Y por qué te has puesto ese alfiler tan horrible? Ponte otra de tus joyas.

—No —replicó, levantándose de la silla del tocador y acercándose al fuego—. No tengo derecho a ponerme ninguna otra joya, solo esta.

La miró asombrado. Estaba de pie, a solo unos pasos de él, con su oscuro vestido de mañana y extendiendo las manos hacia el fuego.

—¿Dónde has estado esta tarde, Miranda? Si tú no me lo dices, lo hará el cochero.

—No tengo ninguna intención de mentir ni de ocultarte nada. He ido a Hudson, a ver al doctor Turner.

Al escucharla se estremeció perceptiblemente, volvió la cabeza con brusquedad y ella pudo identificar su expresión de incrédula esperanza.

—No, Nicholas —dijo ella con aspereza—. No es lo que piensas. Jamás volveré a concebir un hijo para ti. Igual que no lo hizo Johanna.

Cuando pronunció ese nombre, pareció como si hasta la habitación se quedara en absoluto silencio, a la expectativa. Solo se escuchaba el ruido de la leña ardiendo.

—¿Por qué has dicho eso? —Mientras preguntaba, se puso de pie casi de un salto y se colocó al lado de ella.

Miranda se apoyó en la repisa de la chimenea. Una voz interna, casi suplicante, le rogaba que no le dijera nada, que podría estar equivocada. Que Jeff podría estar equivocado. Que era su marido, para lo bueno y para lo malo…

—Estoy muy cansada —susurró—. Y nerviosa también. Apenas sé lo que me digo.

La tensión de su cuerpo se relajó visiblemente. Soltó una corta risa. Después la rodeó con los brazos y tiró de ella. Le rozó la boca con los labios, algo que siempre había tenido la capacidad de provocar en ella una respuesta. Pero Miranda volvió la cara, no de forma violenta, pero dejando ver una infinita frialdad.

—No —dijo—. Todo ha acabado, Nicholas. —Al sentir cómo la abrazaba, perdió todos sus miedos—. Ahora te detesto, sí, a ti, pero también a mí misma. Y además te temo. Mortalmente, igual que le pasaba a Johanna. Y con razón.

La soltó de inmediato. Durante un momento, su expresión se volvió borrosa, como si una mano gigantesca hubiera desdibujado los marcados rasgos que eran tan característicos de su rostro, disolviéndolos casi por completo. Enseguida se recompuso, recobrando su habitual expresión de superioridad. Pero Miranda había visto en sus ojos un inconfundible brillo de pánico.

—Sí, Nicholas —dijo con tranquilidad—. No eres tan fuerte como creías, ¿a que no? Ni siquiera tú puedes saltarte las leyes de Dios y de los hombres sin sufrir las consecuencias. Ni siquiera tú…

Durante un larguísimo minuto ambos se mantuvieron de pie, cada uno a un lado de la chimenea. Fue Nicholas el primero en moverse y hablar.

—No sé de qué me estás hablando, amor mío —dijo. Después se volvió y salió de la habitación.

Miranda esperó con los ojos fijos en la puerta, hasta que dejó de escuchar sus pisadas. Dio un fuerte respingo cuando uno de los troncos, ya quemado, cayó soltando chispas en la chimenea. El ruido hizo que se asustara. Tocó la campanilla con tanta fuerza que se le cayó al suelo. Esperó de nuevo. Solo se escuchaba el tictac del reloj de la repisa. Diez minutos. Quince. Abrió la puerta y, encogida de miedo, aguzó la vista hacia la oscuridad del pasillo y también el oído para intentar escuchar el paso irregular de Peggy. Nada. Volvió a hacer sonar la campanilla una y otra vez.

Al oír un ruido procedente de la ventana que daba al norte, una serie de golpecitos continuos, soltó un grito ahogado y se llevó las manos al pecho. Echó a andar muy despacio hacia atrás, hacia el otro extremo de la habitación y, de repente, escuchó una voz débil que la llamaba. Y de nuevo los golpecitos en la ventana. Avanzó hacia ella y retiró las gruesas cortinas que la cubrían. Abajo, en el suelo, pudo ver una cara absolutamente pálida y muy crispada por la preocupación. Miranda abrió y se asomó.

—No he podido ir a verla, señora —susurró Peggy con voz ronca —. He estado lanzando piedrecitas a la ventana. Todas las puertas de comunicación entre la zona de servicio y su habitación están cerradas con cerrojo. Y también las del exterior.

El rostro de Peggy se nubló a la escasa luz del crepúsculo. Miranda se apoyó con fuerza en el alféizar de la ventana.

—¿Dónde está él ahora? —susurró, y vio que la criada negaba

con la cabeza. No había podido oír lo que le había preguntado Miranda.

Se volvió hacia atrás y recorrió su habitación con la mirada. Estaba tranquila y desierta. Así que se volvió a asomar y volvió a preguntar en voz más alta.

—Creo que está en la habitación de la torre —respondió Peggy —. Por lo menos se ve la luz desde aquí. ¡Oh, señora!, ¿qué ha pasado?

—Tengo que salir. Dile a uno de los sirvientes que traiga una escalera lo más rápido que pueda.

—No lo harán, señora —respondió inmediatamente Peggy con tono asustado—. Todos le temen. Seguro que no vuelven a dejarme entrar. ¿Quiere que vaya a por Hans? Puedo ir corriendo al pueblo.

—¡Sí! ¡Date prisa, toda la que puedas!

Peggy desapareció entre los árboles, y Miranda volvió a la habitación. Se acercó al agonizante fuego y metió un tronco, y después otro.

Pasó mucho tiempo.

«Tengo que calmarme y entrar en calor», pensó. «Tengo que pensar con claridad, pero nunca puedo hacerlo cuando tengo frío».

En el comedor había un decantador con brandi. Esa bebida ayudaba a entrar en calor. Agarró una vela y abrió la puerta del pasillo. Salvo por el ruido que procedía del interior de sus oídos, no se oía nada. Lanzó una rápida mirada a la puerta que estaba en el otro extremo del pasillo, la que conducía a las escaleras de la torre. Estaba cerrada.

Manteniendo bien alta la vela, salió corriendo hacia el comedor. Encontró rápidamente el decantador y se lo llevó a la boca. Estaba tan nerviosa que los dientes le castañetearon contra el cristal, haciendo ruidos perfectamente audibles. Tras el trago, un poderoso calor inundó las venas de su cuerpo. Soltó la vela y se apoyó con fuerza contra la repisa. Su mente empezó a trabajar de inmediato. ¡Las ventanas del piso de abajo, por supuesto!

Por la noche se cerraban, así como las contraventanas, y también se colocaban barras. Ese trabajo lo realizaban los criados más fuertes, pero ya se las apañaría de alguna manera. Y también estaba esa puerta pequeña del salón de música, la que daba al exterior. Puede que se hubiera olvidado de cerrarla con cerrojo.

Agarró el tapón de cristal tallado y levantó la mano para volver a tapar con él el decantador, cuando de repente escuchó un ruido procedente de las escaleras. El tapón se le escurrió de las manos y cayó al suelo de madera pulida. Dominó el primer impulso de

apagar la vela y salir corriendo, pero en vez de eso se quedó quieta donde estaba.

Nicholas entró y se detuvo junto a la puerta, mirándola con expresión de perplejidad.

—¿Te lo estás pasando bien, Miranda? —preguntó incrédulo—. Te he escuchado tocando el piano y riendo.

Pudo ver un brillo anormal en sus ojos y también que le temblaba ostensiblemente un músculo de la mejilla. Poco a poco fue recobrando el valor. Alzó la cabeza.

—¿De verdad crees que podría ser capaz de reír o tocar esta noche? Te has drogado, Nicholas.

La miró durante un momento, después desvió los ojos con gesto inseguro. Tenía la cabeza adelantada, como si estuviera intentando escuchar algo.

—¿Por qué has cerrado las puertas con cerrojo? —preguntó Miranda.

De nuevo volvió los ojos hacia ella, pero no la vio.

—Te he oído reír por aquí, Miranda. Y también he oído el piano. Y muy claramente.

Y, de repente, ella entendió lo que ocurría. En el comedor había una corriente de horror, de horror y de odio. Pero esa corriente ya no la afectaba. Pasaba a su lado, pero se dirigía a la figura estática y oscura que seguía al lado de la puerta.

—Creo que a quien has oído ha sido a Azilde, Nicholas —dijo en voz baja—. Lo mismo que la oyó tu hija la noche que murió Johanna. Se ríe porque sabe que en esta casa que tanto odia va a producirse un desastre.

—¡Mientes! —exclamó—. ¡Te he escuchado a ti!

—No —respondió.

Al escuchar su negativa, él dio un rápido paso hacia delante. Se llevó la mano derecha al bolsillo, y Miranda vio un brillo metálico, pero no se movió.

—Sí, estoy completamente indefensa —admitió—. Puedes hacerme todo el daño que quieras. Pero esta vez no saldrás impune, Nicholas. Hay demasiada gente que sabe lo que está pasando. Peggy sabe que me has encerrado. Y Jeff Turner sabe lo que ocurrió con Johanna. Va a ir a ver al gobernador para contárselo.

Dejó caer los brazos por los costados, despacio, muy despacio. Ella notó los esfuerzos que hacía para controlarse, intentando recuperar su habitual gesto de seguridad en sí mismo.

—Querida, esta noche estás haciendo muchos comentarios y alusiones siniestras y melodramáticas. Solo puedo concluir que estás

sufriendo un ataque de histeria femenina. ¡Y ahora añades fantasmas…!

Se interrumpió de una manera tan abrupta que pareció que un cuchillo afilado le cortaba la voz. Volvió la cabeza despacio en dirección al salón rojo.

La vela del comedor parpadeó y su luz se atenuó.

Miranda, al ver su cara paralizada, estuvo segura de que en ese preciso momento estaba escuchando a Azilde. Se quedó muy quieta, observando. Ella no percibía nada, excepto su agitada respiración.

Nicholas extendió la mano, buscando el apoyo del alto respaldo de la silla de madera de nogal que estaba en el extremo de la mesa del comedor. Su propia silla.

—¿Lo has oído? —susurró—. ¿Tú también lo has oído?

Ella negó resueltamente con la cabeza.

Se tapó los oídos con las manos, sin duda, al escuchar esa risa espectral y cruel. En ese momento hasta sintió pena al ver la expresión aterrorizada de sus ojos. Juntó las manos y empezó a recitar.

—Con sus plumas te cubrirá y con sus alas te dará refugio. Sus fieles promesas son tu armadura y tu protección. No tengas miedo de los terrores de la noche…

Miranda notó un cambio sutil en la atmósfera de la habitación, él soltó un ligero suspiro.

—Ha parado —afirmó.

Apartó las manos de la silla, levantó los hombros y recobró la fuerza. Soltó una de sus habituales y breves risas de desprecio.

—Ha sido una alucinación. El opio, me temo. No sé cómo he podido ser tan crédulo.

Se acercó a la estantería y agarró el decantador de brandi.

—¿Quieres acompañarme, amor mío? —preguntó, imitando a la perfección su habitual cortesía.

Se lo quedó mirando asombrada. ¿Podía ser posible que pretendiera actuar como si nada hubiera pasado?

—Nicholas —dijo—, me voy de Dragonwyck. Tienes que saberlo y asimilarlo. ¿No es esa la razón por las que has cerrado las puertas con cerrojo?

—Solo las he cerrado siguiendo un impulso —respondió rápidamente—, porque estabas absolutamente histérica y diciendo barbaridades, locuras… No te vas a ir de Dragonwyck, Miranda. No vas a dejarme, nunca. ¿No recuerdas que te dije una vez que solo la muerte sería capaz de separarnos?

Se inclinó hacia ella sonriendo ligeramente.

Miranda se acordó de su terrible noche de bodas. Fue entonces cuando pronunció la frase: «solo la muerte será capaz de separarnos», la muerte. Y también fue ella la que los unió. Se llevó las manos al pecho, intentando ocultarle el desbocado latir de su corazón. Allí estaba, colocado en actitud de alerta entre ella y la puerta del comedor. No había más escape que el porche techado y desde él no había salida. Y si la hubiera habido, todas las puertas estaban cerradas y los criados ni podían ni debían estar muy dispuestos a acudir a ayudarla en caso de que los llamara.

«¡Tengo que ser valiente!», pensó con desesperación, «igual que hace cinco minutos».

Se mojó los labios.

—Nicholas… —susurró, pero la última sílaba acabó en un grito, ya que se escuchó, potente como un trueno, una llamada a la puerta que rompió el espeso silencio que reinaba en la casa.

Con gran alivio, imaginó que debía tratarse de Peggy y su pretendiente, pero enseguida cayó en la cuenta de que tal cosa era imposible. Jamás se habría atrevido a realizar una aparición tan estentórea como esa.

Los golpes en la puerta continuaron, sonoros y machacones.

—Al parecer, la persona que está fuera es muy insistente, amor mío —dijo Nicholas con suavidad, mirándola con los ojos entrecerrados—. ¿Te interesaría averiguar quién es?

Le rodeó la cintura con el brazo y la arrastró hacia el vestíbulo, mientras sacaba una gran llave del bolsillo y abría la puerta.

—¡Ah, pero si es nada menos que el doctor Turner! —dijo Nicholas—. Lo cierto es que no me sorprende.

Apretó la cintura de Miranda hasta hacerle daño, obligándola a permanecer pegada a él. Desde el exterior de la casa, la escena podía interpretarse como una más: los atractivos dueños de Dragonwyck, el señor y la señora Van Ryn, salían, juntos y en una armonía perfecta, a dar la bienvenida a un invitado.

Por un momento Jeff se sintió confuso y desconcertado, pero enseguida se fijó en la expresión de Miranda.

—¡Esto era precisamente lo que me temía! —exclamó, acercándose a ella e ignorando por completo a Nicholas—. Por eso he venido. ¿Estás bien?

No fue capaz de mover los labios. Nicholas la soltó y, con un rápido movimiento, cerró la puerta inmediatamente después de que entrara Jeff.

—Es magnífico que haya venido, Turner —dijo con voz falsamente agradable—. De hecho, he mandado un mensaje para

avisarle hace un rato. ¿No se ha encontrado al mensajero por la carretera?

—Dudo que hubiera acudido a su llamada —contestó Jeff, también con voz tranquila y educadamente. Sabía que necesitaba tiempo. Aún no sabía cuál era la situación exactamente, ni cuánto sabía Nicholas, pero la expresión de Miranda le lanzó una aterrorizada advertencia.

—Ya me imaginaba que sería así —respondió Nicholas, moviéndose levemente—. El mensaje que habría recibido si hubiera esperado un poco, mi joven e impetuoso doctor, habría sido de Miranda, por supuesto.

Jeff miró a la chica, que movió ligerísimamente la cabeza negando silenciosamente. Tenía los labios resecos y casi blancos, y los ojos tan oscuros como las sombras del inmenso vestíbulo que estaba a sus espaldas.

Jeff pensó que la cosa no iba bien y que no había ninguna razón para pensar que podría mejorar. Observó un gesto aparentemente descuidado de Nicholas en dirección a su bolsillo derecho y un ligero brillo plateado en él. De hecho, había visto muchos brillos como ese en México que procedían de pistolas.

—Entremos en el salón rojo —dijo Nicholas, tomando la vela—. Allí podremos sentarnos confortablemente y charlar. Siempre hemos considerado esa habitación la más acogedora y familiar de la casa, ¿verdad, amor mío? —Sonrió en dirección a Miranda, que contuvo el aliento y avanzó casi dando tumbos en la dirección que había señalado.

Se sentaron todos, Miranda y después Jeff, en los dos sillones de pelo de caballo. Nicholas colocó el candelabro en la mesa de centro. La llama titiló, haciendo que tanto el mantel como las rojas paredes y los libros apilados cambiaran de tono. Él se sentó en el sofá, cruzó los brazos y los observó a ambos con una sonrisa sardónica.

Miranda se sentía medio hipnotizada, con los ojos muy abiertos y fijos en la cara de su marido. Sin embargo, Jeff se obligó a sí mismo a ponerse cómodo, echándose hacia atrás con una sonrisa anodina y cruzando las piernas de forma descuidada. En ningún momento dejó de mirar el bolsillo derecho de Nicholas y su cerebro empezó a valorar la situación y sus posibilidades. Se sintió estúpido por no haber llevado un arma, pero su vieja pistola militar había desaparecido ya hacía tiempo y, como había salido hacia Dragonwyck de manera impulsiva y a toda prisa, no tuvo tiempo de prever una situación como aquella. De hecho, pese a su corazonada, no pensó siquiera que Nicholas pudiera haber regresado con

antelación. Lo único que quería era asegurarse de que Miranda estaba bien y acompañarla.

—Miranda me ha dicho que usted piensa que ha hecho un descubrimiento interesante —dijo Nicholas en tono distendido, como si se tratara de una conversación puramente social.

—No es que lo piense, es que lo sé —contestó Jeff—. No obstante, debo reconocer que actuó usted de un modo extremadamente inteligente. —Le dio la impresión de que quería hablar, practicar la esgrima dialéctica durante un rato. Quizá no pensaba disparar hasta haber disfrutado prolongando la situación, por lo que, antes de que eso pasara, era él quien debía actuar. Calculó la distancia entre ambos. Si daba un salto rápidamente lo alcanzaría, pero existía el peligro de que el arma se disparara e hiriese a Miranda.

La vela chisporroteó durante un momento, y Jeff pudo ver mejor sus ojos, de un azul metálico y un poco turbio. Pensó que había tomado opio, quizá no demasiado, pero sí lo suficiente como para que sus reacciones fueran más lentas.

—Es usted un hombre verdaderamente notable, Van Ryn —dijo Jeff—. Hasta podríamos decir sin exagerar que es un genio. Podría haber sido el hombre más poderoso del país, pero para eso tendría que haber puesto en práctica su talento de una forma más sabia.

—No sabe hasta qué punto me agrada su amable opinión —dijo Nicholas—. ¿No será, querida mía, que nuestro buen doctor cree que soy sensible a los halagos? —dijo dirigiéndose a Miranda.

Se produjo un tenso silencio. Allí estaban sentados los tres, como estatuas de barro. La sombra de Nicholas parecía expandirse y ennegrecerse contra la pared empapelada de rosa.

Miranda hizo un ruido rasposo con la garganta, pero no dijo una palabra ni se movió. Nicholas se inclinó hacia delante.

—Estás muy silenciosa, querida. —La sonrisa había desaparecido de sus labios—. ¿Acaso no te interesa lo que piensa el doctor? Pues yo pensaba que sí… —Con un movimiento rapidísimo, como el de una pantera, Nicholas se puso de pie y, en ese mismo instante, también se incorporó Jeff. Pero Nicholas giró sobre sí mismo, de forma que la pistola quedó a la vista. Con un rápido movimiento de la otra mano, Nicholas arrancó la redecilla que sujetaba el pelo de Miranda, dejando que la mata de pelo dorado se soltara hasta caer sobre el respaldo de la silla, casi hasta el suelo.

—¡Mire! —gritó, volviéndose hacia Jeff—. ¡Es hermosa!, ¿verdad? ¿Ha visto usted alguna vez algo más seductor? Aunque es posible que esta visión de mi esposa no sea nueva para usted. ¡Me

pregunto si ya le ha permitido contemplarla, y algo más, en todo su esplendor!

Olvidándose de la chica, alzó la pistola, sintiéndose seguro, debido a la habitual lealtad de Miranda hacia él. Pero la chica superó su parálisis: apretó el puño y le golpeó desde atrás con todas sus fuerzas, consiguiendo que la pistola se le cayera de las manos. No obstante, se escapó un disparo, que resonó en la habitación como un trueno. En cuanto sonó, Jeff se lanzó hacia delante.

La chica se estremeció y se apoyó contra la pared, jadeando. A la escasa luz de la habitación, veía las dos figuras entremezcladas, la del médico y la de su marido, luchando a brazo partido. Mientras los miraba, empezó a rezar.

Jeff era muy fuerte, pero tenía la desventaja de la antigua herida del brazo; por otra parte, la fuerza de Nicholas, como siempre que estaba en una situación de peligro, era descomunal, casi sobrehumana.

El momento clave llegó cuando Jeff, medio aplastado contra el sofá, sintió cómo los fuertes y largos dedos de su enemigo se cerraban sobre su garganta, apretando salvajemente y sin piedad. Rompió a sudar copiosamente por la frente, se le empezó a nublar la visión y sintió un agudo dolor de cabeza. En ese momento, pensó que había llegado su hora y pidió al buen Dios que cuidara de Miranda. Ya casi ni sentía dolor…

Pero, de repente, se dio cuenta de que el mortal apretón sobre su garganta se aflojaba. La sangre volvió a acudir a su cerebro a borbotones y el dolor volvió, intensamente, pero pudo soportarlo por la liberadora sensación de alivio.

Abrió los ojos y los fijó con dificultad en la oscura cara que estaba sobre la suya. En ella pudo ver una intensa emoción y también mucho miedo.

Nicholas se retiró y se apoyó de espaldas sobre la pared, con la guardia baja y los ojos muy dilatados, mirando detrás de él o, al menos, eso le pareció. Se puso en pie de un salto.

—¡Acércame la cuerda de la campana! —gritó.

Nicholas se recuperó en ese momento, pero la violenta y sobrehumana fuerza que había empleado en la pelea lo había abandonado. Jeff le inmovilizó los brazos hasta que la chica terminó de quitar de la cornisa la larga cuerda bordada y se la llevó corriendo. Ató con ella a Nicholas, asegurándose con sus hábiles dedos de cirujano de que le resultara imposible soltarse, manejando el grueso material como si fuera un hilo. El cuerpo, tirado en el suelo, dejó de pelear, e inclinó la cabeza, quedándose inmóvil.

—¡Rápido, Miranda! ¡Ponte la capa! —Sacó la llave del bolsillo de Nicholas y, cuando Miranda llegó corriendo hasta él, abrió la puerta y, agarrados de la mano, salieron por la enorme puerta de entrada de la mansión Dragonwyck… por última vez.

El caballo de Jeff esperaba pacientemente comiendo la dulce hierba de mayo, atado al árbol en el que lo dejó.

—¡Monta detrás de mí! —gritó Jeff, soltando a la chica. El recio jamelgo, sin hacer ni un movimiento de queja por el inusitado exceso de carga, empezó a trotar rápidamente, siguiendo la carretera del río en dirección norte. Todavía había algo de luz, aunque por el cielo oriental el rosa pálido daba paso a la oscuridad y dejaba ver las primeras estrellas.

—¿Qué vamos a hacer, Jeff? —preguntó Miranda, con una voz que apenas le salía del cuerpo.

Él frunció el ceño, pensando a toda velocidad. Tardó unos minutos en contestar, y ella no le apremió.

—Te voy a acompañar para que tomes el primer barco de la mañana en el muelle de Schodack. Estamos a punto de llegar. Irás a Nueva York, tal como habíamos planeado, irás directamente a buscar a Francis. Y yo me daré toda la prisa que pueda para ir a ver al gobernador. Cuando escuche todo lo que tengo que decirle, incluyendo lo que ha pasado esta noche, estoy seguro de que actuará, con un poco de suerte, lo hará mañana por la tarde o pasado mañana, a más tardar.

—Pero Nicholas podría escaparse —dijo ella, de nuevo débilmente.

—Lo sé. Pero no podrá deshacerse de esos nudos a no ser que alguien le ayude. Y con todos los criados aterrorizados y encerrados en la casa, no creo que tal cosa ocurra, al menos durante un tiempo. De todas maneras, voy a mandar a un chico bastante espabilado que conozco en Schodack para que vigile la casa. Si Nicholas escapa, el chico lo vigilará. No irá demasiado lejos. Pero tengo el presentimiento de que Nicholas no abandonará Dragonwyck. Es más propio de él encerrarse en su castillo y desafiar a todo el mundo. Su arrogancia es enorme, igual que la confianza que tiene en su poder.

—Yo creo que no —dijo ella—. Ya no.

—Bueno, es poderoso y fuerte, estoy de acuerdo. Ha estado a punto de ahogarme —dijo Jeff, palpándose con cuidado la garganta —. No tengo la menor idea de qué es lo que ha enviado el cielo para que me soltara y bajara la guardia durante unos segundos. Supongo que habrá sido el opio…

—No —dijo ella—. No ha sido la droga. Ha sido Azilde. Ha

vuelto a oír su risa. No sé si la escuchó de verdad, quizá solo lo hiciera en una parte oscura y recóndita de su mente. Pero le tiene miedo. La teme, como a todo lo que simbolice la derrota y la maldición de su familia. ¡Oh, Jeff…! —Su voz se rompió en un sollozo. Desde la parte de atrás de la silla, lo rodeó con los brazos y apoyó la mejilla sobre su hombro—. En todo caso, la envió el cielo, porque te ha salvado.

Se giró sobre la silla y la besó con suavidad. De alguna manera, la chica había conseguido sujetarse el pelo en la base del cuello en una especie de coleta. Estaba muy pálida y su pequeña cara presentaba sombras bajo la capucha gris que le cubría la cabeza.

—Procura no preocuparte, cariño. Duerme si puedes —dijo, intentando mostrar confianza. El caballo avanzaba a buen ritmo, pasaron unas horas. Se escuchó el canto de un gallo procedente de una finca cercana y el mugido de una vaca que estaba siendo ordeñada a primera hora del día. El hermoso pueblo de Schodack surgió ante su vista, inundado por la luz del sol, y para Jeff la vida empezó a retomar sus habituales formas. En ese momento, tanto Nicholas como la pesada atmósfera de Dragonwyck, e incluso la lucha a muerte en el pequeño salón rojo, le parecieron personas, lugares y hechos irreales y descabellados.

Cuando llegaron al muelle y se pusieron de pie entre otros pasajeros que esperaban el primer vapor de la mañana, apenas reparó en que había atracado un nuevo y magnífico barco, engalanado además con adornos y banderas multicolores. El águila dorada que coronaba el palo del trinquete brillaba con fuerza. Su nombre era el *Mary Clinton.*

Cuando puso el pie en la rampa de embarque, Miranda se volvió de repente y se abrazó a él.

—Jeff, llévame contigo a Albany. Estoy asustada. —Sus ojos del color de la miel lo miraron implorantes.

—No podemos arriesgarnos a lo que la gente pueda pensar o decir si vienes conmigo. Ahora ya no hay nada que temer. Mira a toda la gente que está en el barco, riendo y pasándoselo bien. Siéntate entre ellos y disfruta de la brisa y del sol de la mañana. E intenta descansar un poco. —Le sonrió y le apretó el brazo cubierto por la capa—. En unos días estaré contigo.

Ella asintió como una niña obediente y caminó despacio a lo largo de la rampa, en dirección al abarrotado puente. El barco zarpó enseguida y empezaron a navegar río abajo.

Como le había aconsejado Jeff, se sentó en un rincón de la cubierta. Pensó que, cuando pasaran por Dragonwyck, ni siquiera

miraría. Pero cuando el barco hizo sonar la bocina y se adentró por el canal, una vez sobrepasada la isla de Houghtaling, Miranda supo que no podría contenerse. Se acercó a la barandilla y contempló la silueta de la mansión, que se iba acercando con lentitud. Después, notó bajo sus pies un rápido y corto acelerón, y el barco se acercó a puerto. Bajó la mirada, que había fijado en la torre y miró hacia el muelle. La bandera roja que indicaba que los barcos debían detenerse estaba izada, se movía por la brisa, y tras ella pudo ver una figura alta y de porte elegante.

El barco atracó deprisa, como si estuviera impaciente, y Miranda fijó sus ojos en los de su marido.

¿De qué iba a servirle intentar esconderse entre los pasajeros o encerrarse en cualquier camarote o pedir ayuda desesperadamente? Se dio cuenta de que no podía luchar contra su propio destino, y le invadió una gran sensación de calma. La rueda de la fortuna todavía no había completado su ciclo, por lo que el vínculo que los unía aún no se había deshecho. Faltaba algo para romper con él, lo supo con certeza, y no podría escapar de ello, fuera lo que fuese.

Se quedó completamente quieta mientras Nicholas ponía el pie en la cubierta y se acercaba hacia ella.

El joven capitán Hall prácticamente se abalanzó sobre él.

—¡Hoy vamos a tener la rara oportunidad de participar en una carrera muy interesante, señor! —exclamó—. El *Utica* está por delante de nosotros, pero muy cerca. Su tripulación no ha parado de pregonar en Albany que su barco es el más rápido de todos. ¡Pero los vamos a pasar antes de que lleguemos a Nueva York, se lo aseguro!

Mientras hablaba, la grácil figura del *Utica* rodeó la isla y les dedicó un bocinazo burlón. Hall levantó el puño en dirección al barco rival.

—Tenemos que recuperar el tiempo que hemos empleado en venir a recogerle. Si no llega a ser el nuevo dueño, no lo habría hecho, se lo aseguro. —El joven volvió a toda prisa hacia el puente de mando, sin darse cuenta, por su ansia por demostrar que su barco era el más rápido del río y por ende el mejor de todos, de que el señor Van Ryn, que ayer se había mostrado entusiasmado, hoy ni siquiera le había contestado.

Nicholas se quedó de pie en la cubierta, justo al lado de Miranda. El traje azul marino, el mismo que llevaba la noche anterior, estaba muy arrugado y una de las mangas estaba rota. Tenía rozaduras en las manos y en las muñecas, sin duda, debidas a las fuertes ataduras con las que le había sujetado Jeff. El sol le daba

de lleno y, por primera vez, Miranda vio alguna mata de cabello gris en las sienes. Tenía los ojos hundidos y la boca floja. Miranda, asombrada, pensó que había envejecido varios años.

—Miranda… —dijo sin ningún brío, sin mostrar sorpresa al verla, seguramente, en aquel momento, en su mente no había lugar para las sorpresas—. Tenía que… tenía que irme de… Dragonwyck. —Parecía tener dificultades para hablar, y no precisamente por efecto del opio, sino por una causa mucho más profunda y mortífera para él: la certeza de su derrota. Las horas que había pasado atado, impotente, atrapado en su propia casa, vencido por un hombre al que odiaba y que ahora iba de camino a ver al gobernador, amenazando con exponerle a una inconcebible humillación… ¡Todo había sido obra de Azilde! Solo el hecho casual de que un jardinero que trabajaba en el exterior de la casa hubiera escuchado los desesperados gritos de auxilio de su patrón hizo que fuera finalmente liberado.

—¿Todavía llevas el arma? —preguntó Miranda—. ¿Vas a dispararme ahora? —preguntó con gélido desprecio.

Apartó los ojos de ella lentamente y los fijó en la cubierta. Parecía como si se movieran solos, sin obedecer su voluntad.

—No te habría disparado… a ti.

Miranda se ciñó la capa y se alejó de él.

—Todavía eres mi esposa, Miranda —dijo con voz extrañamente amortiguada—. Cuando lleguemos a Nueva York podemos tomar un barco, irnos a Europa. Juntos podríamos encontrar…

—Nicholas —dijo Miranda lenta y fríamente—, ya no tengo miedo de ti, cuando lleguemos a Nueva York no volveré a verte en toda mi vida. Lo único que siento ahora por ti es aversión… y algo de pena. Sí, pena —repitió inexorablemente.

Movió la mano rápidamente, como si pidiera ayuda. Se volvió con un movimiento brusco, casi violento, para mirar hacia Dragonwyck, que se alejaba a toda prisa, pero aún resultaba perfectamente visible entre la neblina, recortándose contra el cielo azul del norte.

Miranda no miraba Dragonwyck, sino la vacilante silueta de Nicholas, casi desplomada sobre el pasamanos de caoba del barco. Ese era el hombre al que amó una vez, con el que tuvo un hijo. Repentinamente un tremendo cansancio se llevó consigo toda emoción. La insensibilidad se apoderó por completo de ella. Era como si no tuviera huesos bajo los músculos y la piel. Se dejó caer sobre una silla de la cubierta y cerró los ojos.

Tras unos momentos, Nicholas se sentó a su lado. Notó su

presencia y se alejó, moviendo la silla ligeramente para darle la espalda.

A su alrededor, el entusiasmo empezaba a inundar a los pasajeros. La gente empezaba a apiñarse en las cubiertas, gritando y agitando las manos en dirección al otro barco, el *Utica,* que estaba a menos de doscientos metros de distancia. De vez en cuando, algún pasajero miraba con curiosidad a esa aislada pareja que permanecía sentada y ajena al clamor.

En esos momentos, todo el mundo sabía ya quienes eran y, durante unos segundos, la multitud se mostró tan interesada en ellos como en la carrera. Las damas se sintieron muy decepcionadas al ver la ropa que vestía Miranda, tan normal y falta de elegancia, y casi todas estuvieron de acuerdo en que no eran ni de lejos la pareja atractiva y modélica de la que hablaban las revistas y periódicos; además, su aire ausente, su total falta de simpatía y la indiferencia que mostraban hacia el resto de los pasajeros hicieron que pensaran que se trataba de unos personajes arrogantes que se sentían superiores a los demás, pero que, de hecho, no lo eran, como demostraba su aspecto. En realidad, eran despreciables. Pero cuando el *Mary Clinton* giró para embocar el muelle de Hudson, todos se olvidaron del entretenimiento que aportaban los Van Ryn, pues el *Utica,* en lugar de esperar su turno para entrar en el pequeño puerto, perpetró una inusitada y vil maniobra: se saltó la parada obligatoria y continuó triunfalmente por el canal occidental.

La indignación de los que esperaban al *Utica* en el muelle, con sus billetes ya comprados, no fue nada comparada con la furia del capitán Hall. Antes de que se levantara la rampa de embarque, dio la orden de zarpar, de modo que el barco salió a toda velocidad tras el *Utica.*

—¡Que arda en el infierno si no les hago morder el polvo por esto! —susurró. La presencia de Nicholas en el barco inflamaba aún más su furia. Al suprimir deliberadamente la parada en Hudson, el *Utica* había utilizado el más sucio de todos los subterfugios posibles, uno que nunca nadie se había atrevido a poner en práctica en este tipo de carreras.

En ese momento, la carrera entre ambos barcos había sobrepasado los límites de lo deportivo. El joven capitán Hall estaba asomado a la valla del puente de mando, muy estirado, como si así pudiera hacer ganar velocidad para su barco, sin apartar del *Utica* la mirada, desencajada y nerviosa, y dictando de vez en cuando órdenes a la sala de máquinas a través del tubo interior por el que se establecía la comunicación.

Junto a la pequeña cabina del piloto, la espuma saltaba a chorros con las frenéticas vueltas de la rueda y el agua rugía al recibir las potentes paladas. Corriente abajo, la figura del *Utica* se iba haciendo cada vez más visible. ¡Estaban acortando la distancia rápidamente!

—¡Las máquinas se están recalentando demasiado, capitán! —gritó el piloto—. ¡Hasta puedo olerlas! No podremos mantener esta velocidad…

—¡No durará mucho! —replicó Hall—. El *Mary* lo va a alcanzar enseguida. Además, vamos a utilizar un par de trucos que yo me sé.

Dudó por un momento, pero casi de inmediato apretó la mandíbula y volvió a dirigirse a la sala de máquinas.

Abajo, el ingeniero recibió las órdenes.

—Chicos, el capitán está muy nervioso. Echa más humo que las máquinas —dijo gravemente, dirigiéndose a los sudorosos operarios que alimentaban el fuego arrojando madera sin parar—. Tenemos que producir más vapor. —Frunció el ceño y se encogió de hombros—. ¡Echad el alquitrán!

La sala de máquinas se inundó de un olor intenso y desagradable. Fue el propio ingeniero el que ejecutó personalmente la segunda orden: nada menos que cerrar la válvula de seguridad.

El *Mary Clinton* empezó a responder de forma gradual, y el entusiasmo por el desarrollo de la carrera hizo que la multitud de pasajeros, apiñados en los puentes, jalearan y levantaran los brazos. No obstante, bastantes damas y algunos de los caballeros más sensatos empezaron a alarmarse. Todos los elementos de la cubierta vibraban de forma violenta, el barco entero palpitaba de forma rítmica y muy rápida, como un corazón desbocado.

Una tal señora Edwards, de Vermont, que llevaba a un niño de tres años llamado Tommy en su primer viaje a Nueva York, se estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—¡No entiendo por qué quieren alcanzar a ese otro barco! —gritó de forma casi histérica, abrazando fuerte a Tommy—. ¡Esto es de locos, de locos! ¡No está bien!

Alrededor de ella se produjeron murmullos de asentimiento, y un hombre llamado Davis se alejó de forma algo avergonzada. Al poco tiempo, volvió para informar de que había hablado con un empleado del barco, que se rio ante sus preguntas y le aseguró que no había el más mínimo peligro. Los demás pasajeros aceptaron las explicaciones y trataron de tranquilizar a la señora Edwards, que se asomó a la barandilla como los demás cuando quedó claro que el capitán Hall había cumplido su venganza, pues el *Mary Clinton*

alcanzó a su rival y después lo sobrepasó, aunque a duras penas, logrando ponerse unos metros por delante.

Desde su puente de mando, el capitán miró hacia abajo, contemplando triunfante las caras de asombro de los pasajeros de ambos barcos. Las manos, fuertemente apretadas, sujetaban con todo su vigor la rueda del timón. El *Mary Clinton* viró a estribor y trató de colocarse por delante de la proa del otro barco, por lo que el choque fue inevitable.

El impacto de la colisión hizo que Miranda se cayera de la silla. Nicholas se acercó a ella al instante para ayudarla a incorporarse. Ella se encogió para evitar que la tocara.

—Estoy bien —dijo fríamente—, pero no entiendo qué es lo que ha pasado.

—¡Hemos derrotado al *Utica,* sin paliativos! —exclamó Nicholas, y Miranda contempló asombrada que su apatía había desaparecido por completo—. Además, lo empujaremos a tierra —añadió, absolutamente exultante—, a no ser que pare las máquinas y libere el vapor.

El capitán del *Utica* y su ingeniero habían llegado a la misma conclusión. El triunfo del capitán Hall había sido absoluto. Le dirigió una sonrisa de superioridad a su impotente antagonista y dio nuevas órdenes. Los pasajeros fueron conducidos a la zona de babor, se liberaron las cadenas de seguridad y, con un potente bocinazo, el victorioso barco se dirigió al centro del río.

Nicholas avanzó hacia al pasamanos y miró al *Utica* que, con torpes maniobras, intentaba salvar las fuertes corrientes de esa zona del río.

Miranda volvió a sentarse. Tenía ganas de que ese horrible viaje terminara de una vez, cerró los ojos, estaba mental y físicamente agotada.

El capitán Hall se dirigió de nuevo a la sala de máquinas. El ingeniero soltó un suspiro de alivio al recibir la orden de liberar la válvula de seguridad, aunque no la de reducir vapor. A Hall no le bastaba con haber ganado al *Utica,* quería humillarlo, hacerlo con horas de diferencia si fuera posible. Así que las vibraciones continuaron y el olor a quemado se hizo cada vez más intenso. En los puentes, las chispas y las cenizas, gruesas como trozos de granizo, y el sofocante calor impedían casi por completo utilizar los salones interiores.

A la una en punto, una comisión de cinco pasajeros se acercó a hablar con Nicholas. Una vez más, el señor Davis fue el portavoz.

—Señor Van Ryn, acabamos de enterarnos de que es usted

dueño de una parte importante de este barco y queremos pedirle que le ordene al capitán que disminuya la velocidad. No atiende a razones.

—Caballeros, si tienen miedo, con toda libertad pueden bajarse en Poughkeepsie —replicó Nicholas sonriendo y haciendo una cortés inclinación que daba por terminada la brevísima conversación.

Los caballeros se retiraron completamente desconcertados. La forma de reaccionar de Nicholas los había hecho sentirse ridículos.

Unos cuantos pasajeros decidieron, de hecho, desembarcar en la siguiente parada, pero la señora Edwards se quedó a bordo: ver a Miranda, tranquilamente sentada en el puente de atrás, contribuyó a disipar sus miedos temporalmente.

Mientras sobrepasaban la isla de Pollopel, a sotavento de Storm King, el *Utica* reapareció inopinadamente corriente arriba, aunque todavía lejos. Nicholas soltó una exclamación en voz baja y se agarró con fuerza al pasamanos exterior. Desde el puente de mando, el capitán vio también la aún lejana silueta del barco perseguidor. El *Mary Clinton* empezó a vibrar y a palpitar todavía más fuerte y rápido. El barco se adentró en el Tappan Zee.

La señora Edwards, que se había agachado para abrocharle el cordón de uno de los zapatos a su hijito, notó una vibración tan intensa que no pudo sostenerse, y estiró la mano para apoyarse sobre el suelo de la cubierta. El intenso calor le quemó los dedos. Se levantó de inmediato, tomó en brazos a Tommy, que empezó a lloriquear, y corrió hacia el resguardado rincón en el que se encontraba Miranda.

—¡Oh, señora! —exclamó—. ¿Está usted segura de que no hay peligro? Dicen que su marido se ha reído cuando se lo han preguntado y le han pedido que calmara al capitán, por eso me he quedado en el barco. Pero estoy muy nerviosa, cada vez más. ¡Todo está muy caliente!

Miranda alzó la cabeza. El rostro de la mujer expresaba un enorme temor y el niño lloraba desconsoladamente. Tenía unos rizos oscuros y el cuerpo fuerte. Pensó que el suyo, si hubiera sobrevivido, se parecería mucho a ese niño.

—¡Respóndame, señora! —exclamó la señora Edwards, cuyo terror se había incrementado al ver la cara aturdida de Miranda—. ¿Hay peligro? —La mujer tiró de la capa de Miranda y el niño hizo lo mismo, imitando a su madre.

—No lo sé —respondió finalmente Miranda.

—¡Mire! —exclamó la señora Edwards, señalando con el dedo.

De una de las escalerillas surgía una densa columna de humo negro, e inmediatamente salió una fuerte llamarada de una rejilla cercana.

El capitán estaba petrificado, allí de pie, en su puente, observando por la ventana cómo una lengua de fuego de color escarlata surgía de la trampilla delantera.

—¡Dios mío! ¿No ve que el barco está ardiendo, pedazo de loco? —gritó el piloto, arrebatándole la rueda del timón de entre los flácidos dedos. El *Mary Clinton* giró lentamente en dirección al puerto, después avanzó a toda velocidad en paralelo a la orilla de Riverdale. Un repentino viento del sur lo azotó, alimentando el fuego y haciendo que toda la sección central del barco estallara en llamas.

Los pasajeros se quedaron petrificados durante unos momentos, mientras el llameante barco avanzaba directo hacia la orilla. El golpe fue tan violento que las chimeneas se partieron. Algunos afortunados se las arreglaron para apartarse, tras un instante de estupefacción, y saltaron a tierra como pudieron. Pero la mayoría estaba en popa, como Miranda y Nicholas, todavía sobre aguas bastante profundas. Entre la zona de seguridad y ellos había una bola de fuego que avanzaba rápidamente.

Durante esos momentos, Nicholas fue la única persona a bordo del barco que no sintió pánico. Su poderosa voz se alzó sobre el coro de gritos de alrededor.

—¡Arrojen por la borda las sillas y las banquetas! —exclamó, mientras él mismo empezaba a hacerlo.

Los hombres siguieron su ejemplo, lanzando al agua todo lo que no ardía y no estaba amarrado. Empezaron a buscar desesperadamente chalecos, salvavidas o pequeños botes, pero no había ninguno.

—¡Deben saltar y luchar por su vida! —gritó Nicholas. Todos se volvieron instintivamente a mirarlo y siguieron sus órdenes. Cuando el último de los pasajeros hubo saltado al agua, se volvió hacia Miranda, que seguía de pie, paralizada por el terror.

—¡Vamos, amor mío! —exclamó él, su tono era muy alegre, casi exultante.

—No puedo —susurró Miranda.

Con un fondo de fuego y humo no podía apartar la vista del azul violento de sus ojos.

Le arrancó la capa y la tiró al suelo ardiente; inmediatamente la tomó en brazos y la transportó corriendo hacia la barandilla. Mientras lo hacía, le dijo unas palabras al oído, pero ella no pudo recordarlas hasta pasados varios días, cuando empezó a recuperarse

de la terrible experiencia vivida.

Las verdes y frías aguas del río se cerraron sobre ella.

Jeff se enteró del desastre del barco de vapor a la mañana siguiente, en Albany. Había pasado la noche en un hotel a la orilla del río, se estaba vistiendo para ir a ver al gobernador cuando, procedentes de la calle, escuchó los excitados gritos de los chavales vendedores de periódicos. No prestó atención hasta escuchar las palabras *«Mary Clinton»* y *«Utica»*. En ese momento se puso la americana y se unió al grupo de curiosos compradores que rodeaban a uno de los chicos.

Compró un ejemplar y, tras leer los confusos y sensacionalistas titulares que habían llegado a través del nuevo sistema de telégrafo, capaz de llevar información inmediata a centenares de kilómetros del lugar de los hechos, el apellido Van Ryn lo golpeó en la cara.

«Pocas esperanzas para el noble héroe», decía a cuatro columnas el encabezamiento de la noticia. Jeff agarró el periódico con dedos temblorosos. Recorrió con la vista a toda prisa los párrafos, que eran una especie de panegírico histérico, lleno de conjeturas y de afirmaciones contradictorias. Empezó a leer otra vez.

> Apenas se conocen detalles de este tremendo suceso, pero por encima de los abundantes actos de heroísmo destaca poderosamente uno de ellos con glorioso lustre. Nos referimos al del señor don Nicholas Van Ryn, quien…

—¡Dios mío! —exclamó Jeff, perdiendo el aliento. Empujó con el codo la puerta del bar del hotel, que a esas horas de la mañana estaba muy tranquilo y casi desierto. Se sentó en una mesa y extendió el periódico.

Se obligó a leer despacio y con mucha atención, buscando los hechos reales entre la maraña de verborrea en la que el periodista los había escondido. Hasta ese momento, habían contado al menos cuarenta muertos, entre ellos el capitán Hall y el piloto. Nicholas Van Ryn había rescatado a su esposa y, posteriormente, a una tal señora Edwards y a su hijo pequeño, tras lo cual se le había visto entrar en el agua por tercera vez para intentar ayudar a aquellos que aún no se hubieran ahogado. Desde ese momento no habían vuelto a verlo.

Un tren había recogido a los supervivientes y a los cuerpos de las víctimas que habían sido recuperados, los trasladaron a Nueva York. Eso era todo.

Jeff se secó el sudor de la cara, subió a su habitación y agarró la maleta y el sombrero. Cruzó el río en un barco transbordador y

alquiló un caballo. Tras cabalgar a furioso galope, logró llegar al tren en Castleton, que recorría la línea de ferrocarril recientemente construida junto a la orilla del río.

A las ocho de la tarde, el tren pasó junto a la escena del desastre. A menos de treinta metros de las vías, el *Mary Clinton,* más bien lo que quedaba de él, seguía embarrancado junto a la orilla. La paz del río se veía turbada por las balas de cañón que se disparaban para intentar que los cuerpos hundidos salieran a flote. El hedor de la madera quemada y de los cuerpos flotaba alrededor, perturbando el fresco aroma del aire de los bosques en mayo.

El tren de Jeff se detuvo precisamente para recoger otros tres cadáveres, envueltos en sábanas blancas, y él aprovechó para preguntar a algunos de los hombres que trabajaban en la orilla, que lo remitieron a un hombre, no muy alto, que en ese momento se estaba tomando un descanso y fumaba. Se trataba del agente de Nicholas, Bronck, que llevaba en la escena de la tragedia desde la noche anterior, después de que el primer tren dejara su terrible carga en Nueva York.

Levantó la cara demacrada para contestar a la pregunta de Jeff.

—No —dijo Bronck—. Aún no se ha encontrado el cuerpo del señor Van Ryn. Los he comprobado todos. En cualquier caso, todavía hay al menos una docena de ellos que no han salido a la superficie. Es imposible precisar cuántos quedan, ya que no había lista de pasajeros y algunos se bajaron en un muelle anterior.

—Pero ¿y Miranda, la señora Van Ryn, quiero decir? —preguntó atropelladamente Jeff—. ¿Dónde está?

—La han llevado a la casa de la calle Stuyvesant. Creo que está bien —contestó el agente de forma desganada. Un temblor recorrió repentinamente su cara—. Que Dios maldiga el momento en el que le mencioné a Van Ryn el nombre del *Mary Clinton.* Todo se ha debido a esa maldita y enloquecida carrera. ¡Se lo dije, se lo rogué! —La voz del hombrecillo se rompió—. Pero al menos intentó reparar el mal que había causado. Ha muerto como un héroe, como un auténtico aristócrata.

El conductor llamó a los pasajeros que se habían bajado para que regresaran al tren, y Jeff salió corriendo para no perderlo. Dos horas más tarde recorrían Park Avenue en dirección a la estación de madera de la calle Cuarenta y dos.

Jeff paró un coche de punto, que bajó a toda prisa por la Tercera Avenida en dirección a donde estaba Miranda.

Capítulo 22

La recuperación de Miranda del enorme cansancio que sentía, la conmoción y el enfriamiento causado por el agua se complicó con una neumonía, de modo que la fiebre la hizo delirar. Durante varios días no reconoció a nadie. Yacía en la cama dorada, su primera cama de matrimonio de la casa de la calle Stuyvesant, sin ser consciente de las amorosas manos que la cuidaban. Jeff le mandó un mensaje a Abigail nada más llegar, la tarde siguiente al desastre, al encontrar a Miranda quejándose y sumida en una inconsciencia absoluta, atendida solamente por la asustada esposa del guardés de la casa.

Peggy llegó dos días más tarde. Abigail y ella intercambiaron una mirada inteligente y evaluativa y, sintiéndose mutuamente satisfechas por la primera impresión, empezaron a colaborar en la difícil tarea de alimentar a la paciente.

Jeff no salió de la casa durante los nueve días posteriores, pero tampoco se atrevía a confiar plenamente en sí mismo, ya que estaba emocionalmente muy implicado por tratarse de Miranda, la mujer a la que amaba, así que avisó al doctor Francis, que le dedicó también una atención constante.

La mañana del décimo día, Miranda abrió los ojos y los paseó por la habitación, en la que predominaban los tonos rosas y dorados. Soltó un débil grito e, inmediatamente, sintió un montón de manos que la acariciaban y la reconfortaban.

—¡Oh, madre! —susurró, todavía muy confusa y sintiendo, más que entendiendo, el reconfortante apoyo de su presencia—. ¡He soñado que estabas conmigo!

«¡Alabado sea Dios», exclamó para sí Abigail. «Por fin ha vuelto». Después habló en voz alta, con mucha dulzura.

—He estado contigo desde el principio, querida. Llevas muy enferma muchos días. No intentes hablar.

«Y que el Señor nos ayude y nos dé inteligencia y tacto para contestar si empieza a hacer preguntas», añadió para sí.

Miranda bajó los párpados y apoyó la cabeza en el pecho de su madre, volviendo a caer de inmediato en un estado de sopor.

Abigail se mantuvo al borde de la cama, sentada en la misma posición contraída. Salían de sus ojos lágrimas de dolor. Miró a su hija mayor y más querida, parecía muy joven y desamparada, tanto como la propia Charity. Y es que le habían cortado la preciosa melena dorada para intentar reducir la fiebre, y ahora solo le llegaba a la altura del inicio del cuello, como una especie de gorro rizado.

¿Cómo iban a decirle que su marido había muerto? Había muchas cosas que Abigail no terminaba de entender. Durante sus horas de delirio, Miranda había balbuceado muchas palabras y frases incomprensibles: un galimatías acerca de la habitación de la torre, un ático, un diario, flores, adelfas… La madre lo atribuyó todo al aturdimiento. Pero en el delirio de su hija siempre estaba presente un angustioso deseo de escapar. Su voz, alterada y balbuceante, siempre terminaba repitiendo la misma frase: «Tengo que huir. ¡Tengo que huir de aquí! Pero Dios no me lo va a permitir ni me va a perdonar mi pecado. Porque he pecado». En ningún momento mencionó el nombre de Nicholas.

Ni Peggy, de quien Abigail sabía que conocía al menos en parte la realidad que subyacía a esas palabras, ni Jeff, que lo entendía todo, se las explicaron a la madre de Miranda. Tendría que hacerlo su hija cuando se recuperara, si es que quería.

La tarde del día en el que se inició la recuperación de Miranda, el doctor Francis y Jeff bajaron por las escaleras tras examinar a su paciente y, a petición de este último, ambos entraron en la sala de estar.

—Tengo que hablar con usted, señor. Es necesario —dijo Jeff en tono formal y perentorio.

Al doctor Francis le hizo gracia la formalidad de Jeff y su aspecto consternado.

—La chica está bien. Se va a recuperar. Es una moza joven, fuerte y saludable, así que no va a tener ningún problema. Además, sin falsas modestias, está en manos de dos médicos muy buenos, y también de dos mujeres que la cuidan con cariño, que en un caso de congestión pulmonar como el suyo, es casi más importante que el cuidado médico.

—Sí, ya lo sé. No es la recuperación ni la salud de Miranda lo que me preocupa, con excepción de… —Jeff se detuvo,

mordiéndose el labio inferior.

—¿Te refieres a cómo se tomará la noticia de que es viuda? Bueno, el disgusto no le durará mucho, es muy joven. Además, puede mitificar su muerte, la de un héroe que la salvó… en fin, todo muy consolador cuando se pierde un ser querido.

Francis hablaba con una absoluta y deliberada falta de seriedad, pues estaba convencido de que la preocupación de Jeff se debía a su evidente apego a la chica enferma.

—De quien quiero hablarle es de Van Ryn, señor. Me estoy devanando los sesos de tal forma que ya no puedo ni pensar. Tengo que sacármelo de dentro o me voy a volver loco.

—Dispara, muchacho —dijo el doctor Francis al tiempo que se sentaba en un sillón—. ¿Qué pasa con el señor Van Ryn?

—Pues que su forma de vivir no tuvo nada que ver con su forma de morir —afirmó, soltando una risa amarga—. Una vez me preguntó cómo había muerto el primer Van Ryn, y ahora voy a contárselo. Y también cómo vivió el último.

Pero antes de que pudiera empezar con la historia, alguien llamó quedamente a la puerta, e inmediatamente la abrió Peggy.

—La señorita quiere verle, doctor —dijo, dirigiéndose a Jeff—. A usted solo. No, tranquilo —añadió al ver que Jeff fruncía el ceño por la preocupación—, no se siente mal. Es otra cosa.

Miranda estaba apoyada sobre tres almohadones y, por encima de la colcha azul, asomaba su cara, muy ojerosa, demacrada y pálida. Pero sus ojos, ahora enormes, debido precisamente a esos rasgos afilados, miraban a Jeff casi sin pestañear.

—¡Tienes buen aspecto! —dijo él, sonriendo—. Con ese pelo corto pareces un chico encantador. ¿No estuvo de moda ese corte de pelo a finales del siglo pasado? Quizá lo pongas de moda aquí, aunque sin duda te crecerá enseguida.

Ella no hizo caso de su intento de hablar de cuestiones triviales.

—Jeff —dijo, hablando muy bajo—. Nicholas ha muerto, no hay ninguna duda al respecto… —No era una pregunta.

Solo había una respuesta, Jeff asintió.

—Cuéntame lo que ocurrió, por favor.

—Te rescató a ti y después a la señora Edwards y a su hijo de tres años. Volvió al agua otra vez para intentar rescatar a otros, pero me imagino que sobreestimó su resistencia, porque no se le volvió a ver.

—No —dijo ella, con una desconcertante certeza—. No sobrestimó su resistencia. Me lo dijo en el último momento, antes de que el fuego se hiciera con todo el barco… —Se detuvo un

momento y repitió las palabras que su marido le susurró al oído—. «¡Vas a comprobar que puedo salvar vidas y que del mismo modo puedo destruirlas, aunque eso ya lo sabes!».

Jeff pensó, con cierto hartazgo, que, después de todo, murió igual que había vivido, demostrando a todo el mundo que, pasara lo que pasase, era el patrón, el amo. El desastre del barco le dio una última oportunidad de gloria.

—Sí —continuó Miranda, como si estuviera respondiendo a sus palabras no pronunciadas—. Pero ¿sabes una cosa? Todos estábamos equivocados con respecto a Nicholas, igual que él lo estaba respecto a su verdadera naturaleza. Era débil. La persona más débil del mundo. Un hombre que vivía solo para sí mismo.

La miró con asombro. Se dio cuenta de que, con esa voz tan débil y cansada, había puesto de manifiesto la verdad más profunda, una realidad que explicaba perfectamente el desconcertante carácter de Nicholas. No era la fuerza, sino la debilidad, o el miedo a ella, lo que le había conducido a la despiadada explotación de los demás, al crimen. En una traducción de un libro que se había escrito en Alemania, había leído un nuevo término: egolatría. Y en él se describía el daño que un ególatra, una persona egoísta hasta extremos incalculables, podía causar a mucha gente inocente y bienintencionada.

—Jeff —susurró—, ¿cuándo voy a estar en condiciones de marcharme de aquí? Quiero volver a casa, a la granja.

—Todavía te falta, querida. Antes tienes que recuperarte del todo.

La chica puso la mano encima de la colcha. Se la miró y al ver el anillo de oro que brillaba débilmente, la volvió a esconder de inmediato bajo las sábanas.

—No puedo permanecer aquí —dijo—. Seguro que puedes entenderme, Jeff.

—Esta casa es tuya ahora —afirmó él con tranquilidad—. De hecho, todas las posesiones de Van Ryn son tuyas ahora. —No sabía muy bien qué más decir en ese momento. Hacía unos días, cuando quedó claro que el cuerpo de Nicholas no iba a aparecer, Bronck había acudido a la casa de la calle Stuyvesant y había hablado con el joven médico. El agente conocía los términos del testamento de Nicholas, ya que le había ayudado a redactarlo según su voluntad; por otro lado, era extremadamente simple.

Nicholas no cambió nunca su testamento, elaborado en el verano de 1846, antes del nacimiento del niño. En él, dejaba todo lo que poseía a su primer descendiente varón, salvo un cuantioso legado

para su hija Katrine. Bronck había intentado persuadirle, advirtiéndole de que era algo peligroso e inadecuado, pero Nicholas no hizo caso a la tímida sugerencia del agente de que cabía la posibilidad de que no hubiera nunca ningún descendiente varón. Y ahora, habiéndose dado tales circunstancias y en ausencia de herederos, todas las propiedades irían a parar a Miranda. Era una mujer inmensamente rica.

Jeff se lo explicó todo, intentando no demostrar la tristeza que sentía al pensar que su riqueza tendería a separarlos, al igual que la había separado de Nicholas.

—¿De verdad te crees que voy a aceptarlo? —exclamó, verdaderamente indignada—. Toda la riqueza de los Van Ryn pertenece a la hija de Johanna, Katrine. Se lo transferiré todo a ella… salvo una cosa: Dragonwyck. Esa maldita casa desaparecerá por completo de la faz de la tierra, será demolida piedra a piedra, hasta que no quede ni rastro de que una vez se irguió allí, un lugar en el que solo habitaban la miseria y el mal.

—¿Y las tierras de labor? —preguntó Jeff, casi sin recuperarse de su asombro.

—Las tierras serán cedidas a los granjeros, a los que las trabajan. Solo los que trabajan tienen derecho a tener propiedades.

—¡Pero querida niña! —exclamó, Jeff sonriendo. Pensaba que no estaba hablando en serio, que era una reacción pasajera debida a todo el horror que había vivido. Le parecía imposible que fuera capaz de comprender que la absoluta soledad espiritual de Nicholas, su falta total de comprensión y solidaridad con sus semejantes, había sido la causa de la tragedia. Ese hombre y su forma de vida eran un obstáculo para el progreso social. Para el progreso de la humanidad y, por supuesto, para la nación, para su crecimiento y desarrollo. Gracias a Dios que había muerto, pensó Jeff.

—Lo digo completamente en serio —confirmó con gesto grave—. Le tenía miedo al trabajo. Quería obtener las cosas sin ningún esfuerzo, como si tuviera derecho a ellas sin ganármelas. En mí surgió el mal y fui cómplice de la maldad de Nicholas. —Escondió la cabeza en la almohada.

Jeff pudo ver que lloraba con suavidad, las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¡No, Miranda! —exclamó—. No te eches la culpa ni te tortures.

No le contestó. Al cabo de un rato él salió de la habitación sin hacer ruido y bajó a reunirse de nuevo con el doctor Francis, que lo esperaba sentado tranquilamente en la sala de estar. El viejo se

estaba tomando una copa de jerez. Levantó la mirada al escuchar la llegada de Jeff, alzó la copa y la agitó.

—¡Es un vino magnífico! —afirmó—. Las bodegas de Van Ryn son famosas. Y ahora todo es de Miranda —añadió admirado—. Va a ser una joven muy, pero que muy rica.

—Pues creo que no —le dijo Jeff en voz baja—. No lo quiere.

—¿Qué es lo que no quiere?

—Pues el dinero, no quiere nada de lo que perteneciera a Van Ryn.

—¡Tonterías! —gruñó el doctor Francis—. Una reacción infantil. Es la viuda y tiene todo el derecho a las propiedades. ¿O acaso le has estado lavando el cerebro con tus ideas progresistas? —añadió con deje de sospecha—. ¿La basura utópica de la granja Brook y su vida comunal?

—No —respondió Jeff con una sonrisa desganada—. Hay una razón de peso. Atiéndame, señor, que voy a contarle lo que empecé antes.

Jeff se pasó más de una hora hablando. Desde las primeras frases, la expresión indulgente del viejo médico fue cambiando, hasta convertirse en perpleja intensidad. Dejó la copa de jerez sobre la mesa de centro, se inclinó hacia delante en el sillón y escuchó atentamente. No dijo ni una palabra ni emitió el más leve sonido mientras hablaba Jeff. Pero sí cuando terminó.

—¡Madre de Dios, qué sufrimiento! —Sacó del bolsillo de la americana un llamativo pañuelo rojo y se secó el sudor de la cara—. Si no fueras tú el que me lo ha contado, no creería una palabra.

—Lo sé. Es algo increíble.

—Ha sido una suerte que no llegaras a hablar con el gobernador aquella mañana en Albany. Habría pensado que estabas loco, sobre todo ahora que a Van Ryn se lo aclama como un héroe.

—Sí —dijo Jeff, asintiendo con la cabeza—. Lo cierto es que salvó tres vidas a cambio de las dos que se llevó por delante, la de Johanna y la de ese chico al que disparó en Astor Place. Y, si fue una manera de intentar restituirlas, no tengo manera de saberlo. Pero, en realidad, todo el desastre ocurrido con el barco de vapor fue responsabilidad suya, indirecta, sí, pero suya. Al menos, eso es lo que opina Bronck.

El viejo asintió a su vez.

—Hijo, yo estoy convencido de que todos los desastres, todas y cada una de las tragedias que ocurren en el mundo y que no tienen causas naturales, se deben al egoísmo de las personas que se niegan a reconocer los derechos de otras. Pero, afortunadamente, no hay

muchos como Van Ryn.

Ambos hombres se quedaron en silencio. Al cabo de un rato, el doctor Francis lo miró con intensidad.

—¿Todavía quieres a esa chica, Jeff?

—Más que nada en este mundo, y espero que ella me quiera a mí.

—Te quiere y te lo demostrará, solo tienes que ser paciente y darle tiempo —afirmó el viejo médico con total convicción.

En diciembre de ese mismo año, la profecía del doctor Francis se convirtió en realidad.

Jeff y Miranda se casaron dos días antes de Navidad, en el púlpito sagrado del templo de la Segunda Iglesia Congregacionista, en una ceremonia que ofició el nuevo pero ya muy apreciado pastor, el doctor Joel Linsley.

Abigail pensaba en lo distinta que estaba resultando aquella boda. Estaba allí de pie, junto a Ephraim, en la primera fila de bancos. Le colocó la mano sobre el brazo y el soltó un quedo y cariñoso gruñido. Su hija solo le había contado un resumen, sin apenas detalles, de su matrimonio con Van Ryn. Debido a su sentido práctico, tan yanqui, se molestó un poco al enterarse de que había renunciado a todas las propiedades de su marido fallecido. Pero enseguida aceptó la explicación de Abigail, que le dijo que Miranda había sido muy infeliz durante su matrimonio con Nicholas. De hecho, la madre apenas sabía nada más, tampoco quería saberlo.

Cuando Ephraim supo que Jeff y Miranda querían casarse, se puso muy contento.

—Una lástima que no lo hicieran a la primera, pero es que esta chica siempre ha sido algo veleidosa. —Ese fue su único comentario.

Miranda ya no era nada veleidosa, hasta su padre se vio obligado a admitirlo. Había desarrollado una tranquila fuerza interior y una gran seriedad en todo lo que emprendía. Se integró en la vida de la granja sin una sola protesta, evitándole a su madre las tareas más fastidiosas y complicadas. Y Ephraim estaba asombrado de lo que había hecho con Peggy, que estaba de pie, detrás de su querida señorita, enjugándose las lágrimas con un pañuelo.

En julio Jeff operó a Peggy de la pierna en la cocina de la granja de Stanwich Road. Y fue Miranda, con su rostro blanco como la sábana que cubría el pequeño cuerpo tumbado sobre la mesa, la que sostuvo el cono de éter, dejando caer las gotas, siguiendo atentamente las sucintas órdenes de Jeff. La operación,

absolutamente brillante desde el punto de vista quirúrgico, también fue un éxito para la calidad de vida de Peggy. La cojera desapareció por completo y aquel día, el día de la boda de Miranda, Peggy había acompañado orgullosamente a su señorita, mostrando todavía cierta inseguridad en sus andares, pues aún debía acostumbrase a sus nuevas capacidades, tenía que olvidarse de la cojera que la había acompañado toda la vida. La herida apenas le molestaba y no sentía dolor. ¿Qué más podía pedir?

Fue precisamente durante las semanas que siguieron a la intervención, en las que Jeff y Miranda lucharon codo con codo contra la infección y la fiebre, que solían ser un efecto inevitable en ese tipo de operaciones, cuando ambos descubrieron cómo se iba a desarrollar su vida futura. Y fue ella la que puso el tema encima de la mesa.

Una magnífica y brillante tarde de verano dejaron a la paciente al cuidado de Abigail y salieron a pasear. Como solían hacer, caminaron por el prado hasta el campo de manzanos y se sentaron en las piedras de la valla del pequeño cementerio. Se quedaron en silencio, disfrutando de la suave brisa que traía olor a manzanas y a heno recién cortado. Miranda empezó a hablar.

—¿Dejarías Hudson, Jeff? Para siempre, quiero decir.

Se volvió hacia ella, preguntándose qué habría detrás de la frase. En esos momentos le parecía más hermosa que nunca, aunque estaba muy delgada y su pelo, que ya le llegaba por debajo de los hombros, no era de un tono tan rubio, sino algo más acastañado. Destilaba una integridad y una dulzura solo propias de los que han sufrido mucho y han llegado a conocer a fondo y completamente lo que guarda su alma.

—Iría a cualquier parte, siempre que tú me acompañaras —contestó—. Tú eres lo único que quiero.

—Y tu trabajo.

—Sí, y mi trabajo.

—He estado pensando, Jeff —continuó, con una sonrisa en la boca—. Creo que podría ayudarte. En California hacen falta médicos. Desesperadamente. Yo… —Dudó por un momento, pero enseguida prosiguió con esa voz tan madura y controlada que todavía lograba sorprenderle cuando la escuchaba—. No quiero volver otra vez al río, cerca de… ya sabes. No podría soportarlo. Aunque quizá sea una tontería.

—No, querida, no es ninguna tontería. —Él pensó en el lugar en el que se había erguido Dragonwyck en el pasado. Había estado allí hacía una semana. Las órdenes de Miranda se cumplieron a

rajatabla, aunque se consideraron quijotescas por la mayoría de la gente de los alrededores. Todos los muebles y demás cosas se vendieron en una subasta abierta. Todo, incluido el guardarropa completo de la viuda Van Ryn. Lo obtenido se donó anónimamente a los hospitales de la zona y allá, en Irlanda, al asombrado párroco de Killarney le llegó una enorme cantidad de dinero, indicándole que lo empleara para enviar a los Estados Unidos a toda la familia de Peggy, y cuanto antes. También se le dijo que, lo que sobrara, lo utilizara según su criterio.

Peggy iba a casarse la primavera siguiente con su Hans Klopberg, y Miranda ya había organizado su regalo de bodas, aunque la pequeña criada no tenía ni la más remota idea de en qué iba a consistir. Los fértiles terrenos en los que Nicholas había plantado sus árboles exóticos y en los que estaban situados los invernaderos pertenecerían para siempre a Peggy y a sus descendientes. La mansión fue demolida por completo. Donde se había erigido solo podía apreciarse la fina capa de tierra con la que se habían rellenado el espacio y en la que ya empezaba a crecer la hierba.

—No —dijo Jeff—. No debes volver. Y nunca debes mirar atrás, querida. Si quieres que nos vayamos al oeste, allá iremos.

La rodeó con el brazo y la apretó cariñosamente contra él, pero notó que tenía el cuerpo rígido y no pudo evitar cierto disgusto al sentir que apartaba la cabeza, alejándola de la suya.

—Nunca mirar atrás. —Las palabras se mezclaron con el suave ruido del viento, que soplaba sobre los olmos, por encima del camposanto. Miró hacia la pequeña fila de lápidas. Con qué paz descansaban bajo el sol de septiembre, con qué seguridad… Y sin embargo, él, en aquella fría oscuridad… yaciendo para siempre entre el limo, bajo las profundas aguas que no se calentaban ni siquiera en los días más calurosos del verano. Y completamente solo, como siempre había estado.

Soltó un conmovido gemido, y Jeff sintió una punzada de celos al ver que se le empezaban a acumular las lágrimas en los ojos.

¿Sería siempre igual? ¿Se interpondría siempre entre ellos? ¿Acaso no se había liberado todavía de él?

Pero inmediatamente lo miró y le leyó el pensamiento a través de los ojos y la expresión de la cara.

—No, Jeff… —dijo—. No es lo que estás pensando. Lo que pasa es que estuvo siempre tan… tan terriblemente solo…

Se quedaron en silencio, mirando a través de los campos, en dirección a la puesta de sol. De repente, lo entendió todo. Ella tenía

razón, como siempre últimamente. Toda la crueldad y la pasión debían arder finalmente, para dejar solo un sentimiento de inmensa pena.

Le tomó de la mano, y se sintió segura por la cariñosa y fuerte respuesta. Cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre su hombro.

Descarga la guía de lectura gratuita
de este libro desde este
enlace